AÑO CRISTIANO

Ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO

CONTIENE

LA EXPLICACION DEL MISTERIO, Ó LA VIDA DEL SANTO DE CADA DIA, ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA EPÍSTOLA Y UNA MEDITACION SOBRE EL EVANGELIO DE LA MISA, Y ALGUNOS EJERCICIOS PRÁCTICOS DE DEVOCION Á PROPÓSITO PARA TODA CLASE DE PERSONAS.

POR EL **P. J. CROISSET**, DE LA COMPAÑÍA DE JESUS,

TRADUCIDO DEL FRANCÉS, POR EL P. J. F. DE ISLA, DE LA MISMA COMPAÑÍA

NUEVA EDICION

Aumentada con las adiciones y notas del P. CAPARROS y de los PP. CENTENO y ROJAS, con la vidas de algunos Santos nuevamente canonizados, y una noticia de otros Santos antiguos, con el Martirologio Romano íntegro; y seguida de las DOMINICAS del mismo P. J. CROISSET, traducidas por D. JOSÉ MARIA DIAZ JIMENEZ, presbitero.

ARREGLADA Y DIRIGIDA

Por Don Justo BARBAGERO, Presbitero, Doctor en Teología, Licenciado en Canones y Catedrático de lengua hebrea de la real Universidad de Alcadá de Henares.

Adornada con láminas finas.

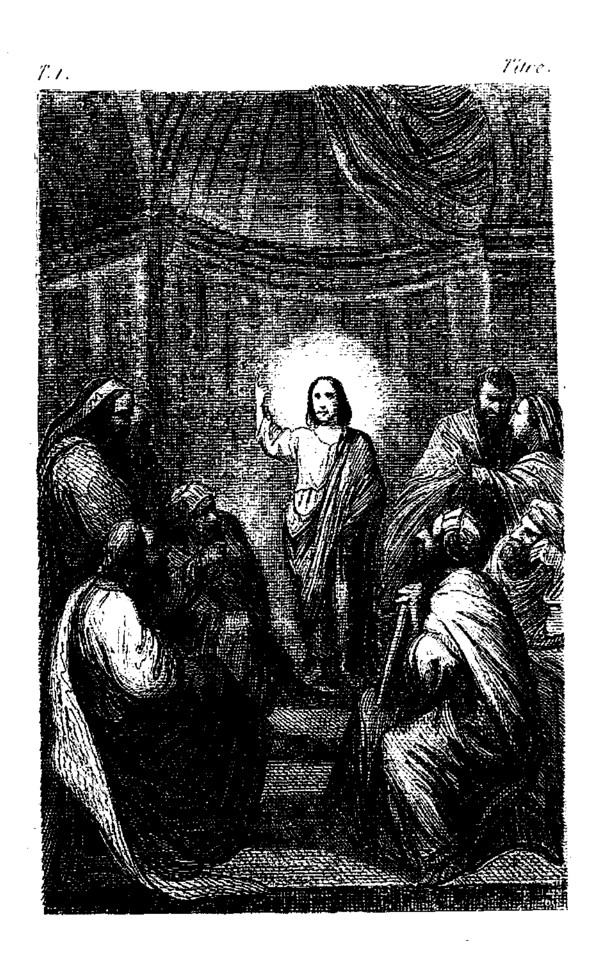
TOMO I.

PARIS

LIBRERIA DE ROSA Y BOURET

1864

T. I. Titre.



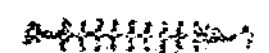
JESUS CON LOS DOCTORES.

ADVERTENCIA.

El singular aprecio que ha dispensado el público á la nueva edicion publicada del *Año Cristiano*, y los deseos manifestados por muchas personas de adquirir las *Domínicas*, han movido al editor á emprender su impresion, adoptando cuantos medios han estado á su alcance para que salga con todo el esmero posible.

Con este objeto, pues, ha encargado la traduccion al señor don José María Diaz Jimenez, de cuya erudicion no puede dudarse por la aceptacion que ha merecido la que publicó del *Año afectivo*, ó sean *sentimientos del alma con Dios para todos los dias del año*, de la cual los redactores de las *Cartas Españolas* en su número 63 hicieron el siguiente elogio: « La traduccion está desempeñada con mucho esmero, y quien tal ha hecho, muestra que conoce muy bien las elocuentes plumas de los Leones y Granadas. »

Finalmente, para que nada deje que desear, se ha propuesto el editor adornar esta parte de la obra con hermosas estampas, á pesar del grave dispendio que ocasionan.



PREFACIO DEL AUTOR.

Despues de haber dado al público las vidas de los santos, nos parece muy justo dar tambien la de Jesucristo, Santo de los santos, y la de la Reina de los santos la santísima Vírgen María.

Así como un compendio demasiado conciso desagrada, así tambien una historia demasiado larga fatiga. Habiéndonos, pues, dado los cuatro evangelistas un pormenor exacto de los misterios y de las principales acciones del Salvador y de la santísima Vírgen, su Madre, nos hemos guardado de seguir otras guías; únicamente hemos cuidado de reunir en un solo cuerpo de historia lo que solo se halla separado en todos estos historiadores sagrados, y de imitar la noble sencillez de su estilo.

Nos hemos aprovechado de las luces de los mas sabios intérpretes para facilitar y poner al alcance de todo el mundo lo mas misterioso y mas sublime que se encuentra en la vida de este Hombre-Dios, y sin salir del carácter de historiadores hemos acompañado la narracion de los hechos con algunas cortas reflexiones dogmáticas y morales. No hay expresion, no hay

término tan oscuro en el Evangelio, cuyo verdadero sentido no hayamos tratado de desenvolver; y como toda la vida de Jesucristo es una prueba sensible de su divinidad, nos hemos aplicado á dar á conocer toda su evidencia.

Además de las profecías, cuyo cumplimiento se ve en la persona de Jesucristo, y los milagros, pruebas incontestables de su divinidad, y además de que el milagro permanente, subsistente todavía en el establecimiento milagroso del cristianismo, no es la menor de las pruebas de ella, nos referimos tambien al testimonio mismo de los paganos y de los mayores enemigos de nuestra religion, quienes á pesar de su supersticiosa obstinacion se han visto estrechados por la fuerza de la verdad á confesar que Jesucristo era mas que hombre.

Todo lo que ha servido de instrumento á la pasion y á la muerte de Jesucristo, habiendo sido consagrado con su sangre, tiene una relacion íntima con la vida mortal de este divino Salvador, y por tanto no debe olvidarse en esta historia; pruébase la autenticidad de ello, justifícase su veneracion, y se refieren los milagros obrados por su medio; esperamos que el lector hallará en esta obra un compendio de toda la Religion.

El mismo método poco mas ó menos hemos observado en la historia de la santísima Virgen que en la de Jesucristo; las figuras del Antiguo Testamento, los brillantes testimonios del Nuevo, las profecías en ór-

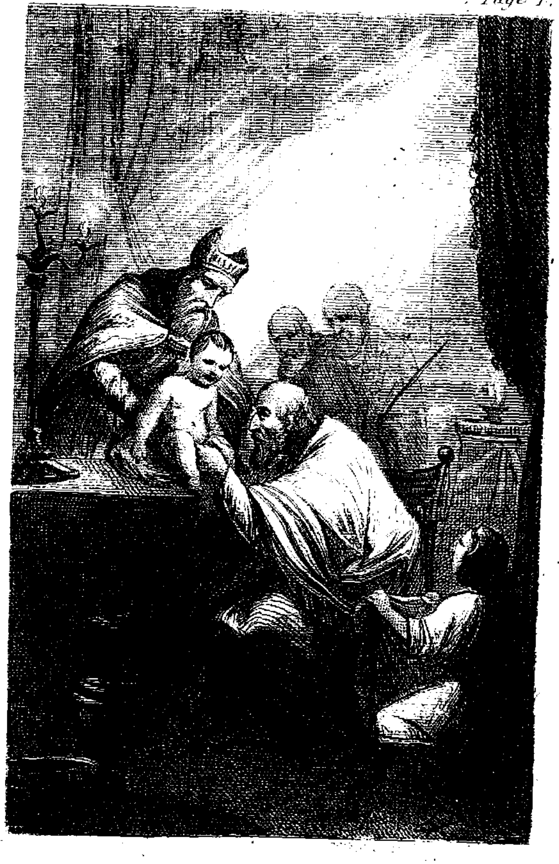
den á la excelencia y las prerogativas de la Madre de Dios, todas cumplidas visiblemente en la santísima Vírgen, los sentimientos de los santos padres antiguos y modernos, el testimonio de toda la Iglesia, su zelo, su devocion, su culto, todo se encuentra reunido bajo de un solo punto de vista, para dar una idea menos imperfecta de aquella cuyo retrato se hace aquí.

Sea cualquiera el valor que se dé á muchas circunstancias particulares referidas en la historia de la santísima Vírgen, que en estos últimos tiempos se ha dado á luz, y que se miran como piadosas anécdotas, no hemos creido que debíamos dispensarnos de la ley que nos hemos impuesto de no decir nada al escribir esta vida de que no fuesen garantes los historiadores sagrados ó los santos padres, prefiriendo su autoridad á todas las inspiraciones ó revelaciones posteriores.

Nos hemos extendido un poco mas sobre la inmaculada concepcion de la Madre de Dios, porque de todas las gracias que ha recibido del Señor, es esta el privilegio favorito que le hace mas honor, y que hubiera preferido si hubiera estado en su eleccion á todas las demás.

Háblase al fin de esta historia del culto singular que la Iglesia desde su nacimiento ha tributado á la Madre de Dios, y la tierna devocion que siempre ha profesado hácia aquella en quien, despues de Dios, pone toda su confianza; devocion que en todos tiempos ha

caracterizado á todos los verdaderos fieles. Las fiestas particulares establecidas, el gran número de templos edificados en su honor, la multitud asombrosa de piadosas sociedades instituidas bajo desu nombre, y el concurso unánime de todos los santos para publicar sus alabanzas é implorar su intercesion, son monumentos todavía mas augustos de la gloria, del poder y de las grandezas de la Madre de Dios, que todos los que la han elevado en reconocimiento de sus beneficios los mas grandes monarcas del universo, y por estos termina esta historia.



CIRCUNCISION DEL SEÑOR.

AÑO CRISTIANO

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

ENERO.

DIA PRIMERO.

LA CIRCUNCISION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

El misterio de la Circuncision de nuestro Señor Jesucristo se puede llamar el gran misterio de sus humillaciones, la primitiva prenda de nuestra salvacion, la consumacion de la ley antigua, y como las arras ó el primer sello del nuevo Testamento.

Habiendo Dios escogido para sí un pueblo entre todas las naciones del mundo, ordenó que fuese la circuncision el distintivo que le diferenciase de todas. *Todos los hijos varones que tuviéreis*, dijo Dios á Abraham (1), *serán circuncidados: y esta circuncision será la señal de la alianza que hay entre mí y vosotros.* Como este era el carácter singular del pueblo que, descendiendo de Abraham, estaba destinado para heredero de las bendiciones prometidas á su posteridad,

(1) Gen. 17.

era menester que Jesucristo fuese marcado con este sello, como aquel en quien habia de ser bendita esta descendencia, para mostrar que era hijo de Abraham, de cuyo linaje estaba profetizado y prometido que habia de nacer el Mesías.

Sujetóse el Hijo de Dios voluntariamente á esta ley de humillacion, aunque por ningun título estaba obligado á ella. Habíase ordenado la circuncision como remedio para purificar la carne del pecado original; y la de Jesuscristo estaba limpia de toda mancha. Pero como se cargó del empleo de Salvador de los hombres, fué menester, dice san Agustin, que se cargase tambien con la marca de pecador, para que pudiese tambien cargar sobre sus espaldas la pena correspondiente al pecado.

Para desempeñar perfectamente el título de Salvador, prosigue el mismo santo Padre, era menester un Justo, en quien por una parte se complaciese Dios infinitamente, y á quien por otra pudiese tratar como pecador, á fin de hallar en sus trabajos y en sus merecimientos una plena satisfaccion, proporcionada á la majestad de la Divinidad ofendida, y al rigor de su justicia.

Hasta que se perfeccionó este misterio no habia habido en el mundo propiamente Jesus, ó Salvador, que fuese hostia de propiciacion por nuestros pecados. Ni en aquel divino Niño encontraba Dios cosa que no sirviese de objeto á sus divinas complacencias. Circuncidóse, y luego que aquel querido Hijo se dejó ver con apariencia de pecador, unió en su persona las dos cualidades necesarias para Salvador del mundo; porque sin dejar de ser Hijo querido, fué tambien la víctima que pedia el mismo Dios. Por eso no tomó el nombre de Salvador hasta el dia de su circuncision, y este fué, hablando en rigor, el dia en que echándose á cuestas la carga de nuestros pecados, hizo so-

lemne obligacion de satisfacer por ellos. Vida pobre y oscura, vida laboriosa y humillada, oprobios, suplicios y muerte de cruz, todo fué efecto de la dura obligacion que contrajo en este misterio. Nada padeció en su pasion, ni durante el curso de su vida, que no hubiese aceptado libremente en su circuncision.

Las demás humillaciones del Salvador fueron en cierta manera ilustres, por la brillantez de algun milagro: la presente careció de todo esplendor que la ilustrase; porque en ella tomó la señal, la confusion y el remedio del pecado. Es verdad que semejante humillacion en el verdadero Hijo de Dios fué tan asombrosa como lo pudiera ser el mayor de todos los prodigios.

Desde este dia se puede decir propiamente que comenzó la redencion del mundo, y que Jesucristo *tomó posesion de su empleo de Salvador*, haciendo las primeras funciones de tal por la primera efusion de sangre. ¡O qué poderoso motivo de amor y de reconocimiento son estas primicias de sus dolores! ¿Qué seria de nosotros si no hubiéramos logrado tan dulce Salvador? ¿Pero qué será de nosotros si no nos aprovechamos de todo lo que este divino Salvador padeció para salvarnos?

Muchas razones alegan los santos Padres para que el Hijo de Dios quisiese sujetarse á la ley de la circuncision. Primera: quiso, dice san Epifanio, quitar á los Iudíos el aparente pretexto que tendrian para no reconocerle, si fuera incircunciso. Segunda: era la circuncision de institucion divina, y no pretendia dispensarse de ella el Salvador. Tercera: quiso convencer con esta dolorosa ceremonia, dice santo Tomás, que era hombre verdadero, contra el error de los maniquéos, que solo le concedian un cuerpo fantástico y aparente; contra los apolinaristas, que le atri-

buian uno espiritual y sustancial á la misma divinidad; contra los valentinianos, que defendian que *el cuerpo de Cristo era de materia celeste.* Cuarta: quiso dar ejemplo de perfecta obediencia á la ley en todas las circunstancias que esta prescribia. Quinta: quiso, dice el Apóstol, cargarse él mismo con el yugo de aquella ley que venia á abolir, poniendo fin á todas las ceremonias legales, al mismo tiempo que él las observaba: porque con aquel acto de Religion él solo daba mas gloria que le podian dar todos los hombres juntos, por la mas exacta observancia de la ley hasta el fin de todos los siglos.

Es muy probable que el Salvador del mundo fué circuncidado en Belen, y, segun san Epifanio, en el mismo portal donde nació. La ley nada determinaba, ni en órden al lugar, ni en órden al ministerio de aquella operacion. Hízose al octavo dia de su nacimiento, segun lo ordenaba la misma ley; porque habiendo venido el Salvador del mundo para cumplir la ley y los profetas, y para llenar perfectamente todas las obligaciones de la Religion, quiso observar esta ley hasta en las mas menudas circunstancias.

Acostumbraban entonces los Judíos no poner nombre á los hijos hasta el dia de su circuncision. No era precepto expreso de Dios, sino estilo inconcuso, fundado acaso en el ejemplo de Abram, á quien Dios mudó este nombre en el de Abraham el dia en que le mandó se circuncidase. Por otra parte, parecia puesto en razon que, para dar al niño aquel nombre por donde habia de ser conocido en el pueblo de Dios, se aguardase al dia en que habia de ser incorporado en el mismo pueblo por medio del sacramento instituido por Dios para este efecto. Y es verosímil que, por la misma razon, nosotros tambien ponemos nombre á los niños en el Bautismo, por cuyo medio se hacen miembros del cuerpo místico de Jesucristo, y son

parte del verdadero pueblo de Dios, pasando á ser hijos de la santa Iglesia.

Recibió el Hijo de Dios el nombre de *Jesus* en el dia de la circuncision, como el ángel se lo habia prevenido á la santísima Vírgen, antes que le concibiese en sus entrañas (1). *Parirás un hijo á quien pondrás por nombre Jesus; porque salvará á su pueblo, y le librará de sus pecados.*

¡Oh mi Dios, y cuántos misterios se encierran en este solo misterio! ¡Qué lecciones tan importantes nos da! ¡Qué ardor, qué ansia la de Jesucristo por cumplir todas las obligaciones de la Religion! ¡Con qué exactitud obedeció á la ley! ¿Pudo anticiparse mas á darnos las mayores muestras de amor? ¿Pudiéramos nosotros lograr otro Salvador mas digno de todo nuestro corazon, mas acreedor á todos nuestros respetos? ¿Podíamos nunca tener ejemplar, ni modelo mas perfecto? ¡O Dios mio, y cuánto condena esta exacta obediencia de Jesucristo aquellas demasiadas indulgencias, aquellas vanas interpretaciones de la ley, aquellas frívolas dispensas con que pretendemos eximirnos de ella! ¡Cuánto confunde nuestro orgullo esta anticipada humillacion del Salvador! ¡Qué remedio tan poderoso serian estas primicias de sus dolores para curar las delicadezas de nuestro amor propio, si nos embebiéramos bien en el espíritu de este misterio!

Acabóse en Jesucristo la circuncision antigua, porque él mismo vino á establecer la nueva; pero no nos dejó, dice el Apóstol, una circuncision exterior de la carne: *In expoliatione corporis carnis*, sino una circuncision interior del corazon, que se hace con el fervor del espíritu (2): *Circumcisio cordis in spiritu.* Sin esta circuncision del corazon, es decir, sin cortar

(1) Matth. 1. — (2) Colos. 2.

los deseos inquietos y vanos, los deseos mundanos y desordenados, los deseos inmoderados é ilícitos que nacen dentro del corazon, que le estragan y corrompen; en fin, sin aquella mortificacion generosa y perseverante de nuestras pasiones, vanamente nos preciamos de discípulos de Cristo, solo porque exteriormente estamos, por decirlo así, marcados con su sello.

Esta interior reforma del corazon humano es la que llama san Pablo propiamente la circuncision de la ley de gracia, cuando dice que nosotros los que servimos á Dios, somos hoy la misma circuncision (1): *Nos enim sumus circumcisio, qui spiritu servimus Deo.*. Es la vida cristiana una vida de circuncision y de cruz. Por mas que lo resista el amor propio, por mas que la carne repugne, no se puede reconocer el verdadero cristiano sino por este sello. Quien no tiene este espíritu de mortificacion interior, debe ser reputado, por decirlo así, como incircunciso.

Es de notar que la fiesta de este dia, antiquísima en la Iglesia por la devocion que siempre tuvieron los fieles á este misterio, se celebra ya con título de la octava de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo, ya con el de la Circuncision, y ya con el de la fiesta particular de la santísima Vírgen

En el Sacramentario romano, el papa san Gregorio junta la memoria de la circuncision de Jesucristo con la octava de su Natividad, y con la solemnidad de la santísima Vírgen su madre. La Iglesia con el mismo espíritu parece que tambien celebra hoy estas tres solemnidades en el oficio y en la misa del dia; porque el intróito, el gradual y el ofertorio son de la octava de la Natividad; la epístola y el evangelio son del misterio de la Circuncision; y las oraciones son en honor de la santísima Vírgen, que, habiendo tenido tanta

(1) Philipp. 3

parte en estos misterios, no era razon quedase olvidada en la solemnidad de este dia.

Fué singular disposicion de la divina Providencia, que, siendo el dia de hoy el primero del año civil segun el modo de computar de los Romanos, que daban entonces la ley á todo el universo, fuese tambien el primero del año cristiano.

Acostumbraban los gentiles, por una especie de antigua supersticion, celebrar con toda suerte de desórdenes el primer dia de enero en honor del dios Jano y de la diosa de las estrenas; pero habiendo sido santificado este dia por el Salvador del mundo con las primicias de su sangre, no perdonó la Iglesia medio ni arbitrio alguno para mover á los fieles á santificarle con piedad verdaderamente cristiana, aboliendo la memoria de las profanidades gentílicas con la modestia edificativa, y con los ejercicios de penitencia y de devocion, en que desea se empleen todos sus hijos.

Habiéndose introducido poco á poco, aun entre los cristianos, los regocijos profanos de las calendas de enero, encendieron el zelo de los santos Padres contra la fiesta de las estrenas; y en los primeros siglos de la Iglesia introdujeron en ella el ayuno de los tres dias últimos del año y de los tres primeros del siguiente, como se lee en el cánon diez y siete del segundo concilio Turonense. Pero destruido despues enteramente el paganismo, la misma Iglesia tuvo por mas conveniente quitar el ayuno universal en todo el tiempo que hay desde la Natividad hasta la Epifanía, reputándole por tiempo pascual (1): *Omni die festivitates sunt*; y se contentó con inspirar á los fieles un grande horror de las costumbres paganas, exhortándolos á santificar el primer dia del año y los siguientes con extraordinaria edificacion y piedad.

(1) Conc. Turon. cán. 17.

¿Se podrá ver sin lágrimas, exclama el célebre Faustino, lamentando las extravagancias de los paganos de su tiempo, se podrá ver sin lágrimas á esos mentecatos corriendo de calle en calle desde los primeros dias del año, disfrazados con máscaras ridículas de todo género de figuras, dar brincos de alegría, porque se ven trasformados en fieras y en los mas viles animales? *In istis diebus miseri homines sumunt formas adulteras; alii vestiuntur pellibus pecudum, gaudentes et exultantes, si taliter se in ferinas species transformaverint.* Este es el verdadero orígen de las fiestas del carnaval, y estos fueron los primeros autores de las máscaras.

Horrorízate, continúa este Padre, horrorízate de los escandalosos desórdenes que muchos cristianos no se avergüenzan de imitar: *Quas adhuc plures in populo observare non erubescunt.* No quiera Dios que jamás manches tus ojos con la vista de las extravagancias y de las locuras de esos insensatos: *Ut oculi vestri, videndo luxuriam stultorum hominum, polluantur.* El cristiano, que tiene algun pudor, nunca debe ser testigo de estos espectáculos.

Predicando san Agustin contra los excesos que se cometian en aquellos primeros dias, mirándolos como reliquias del paganismo; ¿es posible, decia, que sigais las mismas costumbres, y que cometais los mismos excesos que los paganos, vosotros que haceis profesion de ser cristianos (1)? ¿*Quomodo aliud credis, aliud speras, aliud amas?* ¿Cómo se compone vuestra religion con vuestras costumbres? ¿Cómo se ajustan esas diversiones con vuestra fe y con vuestra esperanza? Hermanos mios, si de hoy en adelante quereis proceder como cristianos, esta debe ser vuestra conducta: *Dant illi strenas, date vos eleemosynas.*

(1) Serm. 17.

Los gentiles, á título de estrenas, hacen hoy regalos supersticiosos; pues haced vosotros limosnas caritativas. *Advocantur illi cantationibus luxuriarum, advocate vos sermonibus scripturarum.* ¿Concurren ellos á sus festines, convidados de las músicas peligrosas, de las voces halagüeñas y de los cantares provocativos; juntaos vosotros en vuestras casas á conversaciones piadosas, ó cuando menos, honestas. *Currunt illi ad theatrum, vos ad ecclesiam.* ¿Corren ellos á las plazas, á los teatros; corred vosotros á las iglesias. *Inebriantur illi, vos jejunate.* Entréganse ellos á la embriaguez, á los excesos en banquetes desarreglados; santificad vosotros el primer dia del año con el ayuno. *Si hodiè non potestis jejunare, saltem cum sobrietate prandete.* Y cuando por la solemnidad del dia os parezca que no es razon ayunar, por lo menos que reine la sobriedad en vuestras mesas, y procurad dar en todo buen ejemplo por medio de una cristiana modestia.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La Circuncision de N. S. Jesucristo, y la Octava de su Natividad.

En Roma san Almaquio, mártir, á quien los gladiatores dieron muerte por órden de Alipio, prefecto de la ciudad, porque habia dicho públicamente: Hoy es la octava *de la Natividad* del Señor; renunciad al culto supersticioso de los ídolos y absteneos en adelante de ofrecer sacrificios impuros.

En el mismo lugar, sobre la via Apiana, treinta soldados, mártires, coronados bajo el emperador Diocleciano.

Tambien en Roma, santa Martina, vírgen, la que, despues de haber sufrido diversos tormentos bajo el emperador Alejandro, obtuvo en fin la palma del martirio, muriendo degollada. Se celebra su fiesta el 30 de este mes.

En Espoleto, san Concordio, sacerdote y mártir, el cual, en tiempo del emperador Antonino, fué primeramente apaleado, despues extendido sobre el caballete, en seguida sufrió largo tiempo en una cárcel, donde vino á consolarle un ángel, y acabó en fin su vida por la espada.

El mismo dia, san Magno, mártir.

En Cesarea, en Capadocia, la muerte de san Basilio, obispo, cuya fiesta se solemniza principalmente el catorce de junio, dia en que fué consagrado obispo.

En Africa, san Fulgencio, obispo de Ruspa, quien, durante la persecucion de los Vándalos, sufrió mucho de parte de los arrianos, á causa de su gran zelo por la fe católica junto con la eminencia de su saber, y fué desterrado á Cerdeña; despues habiendo recibido permiso para volver á su diócesis, murió alli en paz, tan recomendable por sus predicaciones, como por la santidad de su vida.

En Chieti, en el Abruzo citerior, la fiesta de san Justino, obispo de esta ciudad, ilustre por su santidad y milagros.

En un monasterio de la diócesis de Leon (1), situado sobre el monte Jou, san Oyando, abad, cuya vida ha sido llena de virtudes y de milagros.

En Suviñi, san Odilon, abad de Cluni, que fué el primero que dispuso se hiciese en sus monasterios la conmemoracion de todos los fieles difuntos al dia siguiente de la fiesta de todos los Santos, práctica que ha sido aprobada y recibida despues por la Iglesia universal.

En el monte Senario, en Toscana, el beato Bonfilio, confesor, uno de los siete fundadores de la órden de Servitas, el cual, habiendo honrado á la santa Vírgen

(1) Leon de Francia: este monasterio fué erigido en obispado bajo el nombre de san Claudio, en 1743, y restablecido en 1817.

con un zelo ardiente, fué llamado por ella á gozar de la felicidad del cielo.

En Alejandría, santa Eufrosina, vírgen, que se distinguió en su monasterio por una severa abstinencia, y por milagros.

Y en otras partes se hace la fiesta y la conmemoracion de otros muchos santos Mártires, Confesores y santas Vírgenes.

Se responde: Alabado y glorificado sea Dios eternamente (1).

La misa de este dia es del misterio, y la oracion es la que se sigue.

Deus, qui salutis æternæ, B. Mariæ virginitate fecunda, humano generi præmia præstitisti: tribue, quæsumus, ut ipsam pro nobis intercedere sentiamus, per quam meruimus auctorem vitæ suscipere Dominum nostrum Jesum Christum Filium tuum; qui tecum vivit et regnat, in unitate Spiritus sancti Deus per omnia secula seculorum. Amen.

Dios, que comunicaste la salvacion eterna á todo el género humano, por la fecunda virginidad de la bienaventurada vírgen María; suplicámoste nos concedas que experimentemos en nuestras necesidades, cuan poderosa es para con vos la intercesion de aquella por quien recibimos al Autor de la vida nuestro Señor Jesucristo, que como Dios verdadero vive y reina contigo, y con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amen.

La epístola es del apóstol san Pablo, sacada del cap. 2 de su carta á Tito.

Charissime: Apparuit gratia Dei Salvatoris nostri omnibus hominibus, erudiens nos, ut abnegantes impietatem, et se-

Carísimo: La gracia de Dios nuestro Salvador se manifestó á todos los hombres, enseñándonos que, renunciando á la

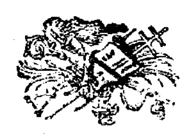
(1) Estas mismas palabras se dicen cada dia al fin del Martirologio.

cularia desideria, sobrie, et juste, et pie vivamus in hoc seculo, expectantes beatam spem, et adventum gloriæ magni Dei, et Salvatoris nostri Jesu Christi: qui dedit semetipsum pro nobis, ut nos redimeret ab omni iniquitate, et mundaret sibi populum acceptabilem, sectatorem bonorum operum. Hæc loquere, et exhortare in Christo Jesu Domino nostro.

impiedad y á los deseos mundanos, vivamos en este siglo con templanza, con justicia y con piedad, aguardando la bienaventurada esperanza, y la venida de la gloria del gran Dios, y nuestro Salvador Jesucristo, el cual se entregó por nosotros, para redimirnos de toda iniquidad, y purificar para sí un pueblo digno por su zelo por las buenas obras. Esto has de hablar y persuadir en Cristo Jesus nuestro Señor.

NOTA.

« Estando san Pablo en Nicópolis, ciudad de la » Tracia á la entrada de Macedonia, escribió esta » carta á su amado discípulo Tito, á quien habia hecho » obispo de Creta ó de Candía; encomendándole el » cuidado de aquella iglesia, y fué hácia el año 66 de » Cristo.



REFLEXIONES.

La gracia del Salvador se manifestó á todos los hombres. ¡Gran consuelo! saber por boca del mismo Apóstol que ninguno de los hombres fué exceptuado de esta gracia! *Apareciόse para nuestra instruccion.* A la verdad toda la vida de Jesucristo, propiamente hablando, no fué mas que una leccion continuada. Ella nos enseña á renunciar la impiedad y las relajaciones del siglo: ella nos enseña á vivir con templanza, segun la justicia, y con piedad. Estas tres virtudes comprenden en sí otras muchas. Cumplimos con lo que debemos á Dios, por medio de una piedad humilde y sincera; con lo que debemos al prójimo, siguiendo las leyes de la justicia; con lo que nos debemos á nosotros mismos, moderando nuestro amor propio y domando nuestras pasiones. Sobre estos solos principios se forma el verdadero cristiano. Renunciando á los desórdenes del siglo, á las máximas y al espíritu del mundo, se forma el cristiano verdadero; no hay otro medio. Esta es la primera obligacion que contrajimos en el bautismo; ¿y es esta la obligacion que desempeñamos con mayor exactitud? Aquellas personas mundanas, aquellas víctimas de la profanidad, del interés, de la ambicion, ¿renunciaron las vanidades del siglo? ¿Viven por ventura segun las leyes de la templanza, de la justicia y de la piedad? ¿Pueden decir con verdad que esperan la bienaventuranza eterna, que este es el fin de su esperanza? ¿Pero en quién fundarán esta esperanza? ¿Será acaso en Jesucristo como Salvador, ó como Juez? Pero ¿será en Jesucristo como Salvador, cuando no quieren seguir sus leyes, cuando deshonran su religion, cuando menosprecian sus máximas? ¿Será en Jesucristo como Juez? Mas consultemos, examinemos bien, si somos parte de

aquel pueblo puro y perfecto, que es el objeto de sus complacencias, de aquel pueblo á quien mira como á la mejor obra de sus divinas manos, que debe ser su gloria, su corona y su alegría. ¿Honramos por ventura á Jesucristo con unas costumbres tan poco cristianas? *Predicad estas cosas.* Ciertamente no seria menester mas para convertirnos, si nosotros mismos no pusiéramos tantos estorbos á nuestra conversion. ¡O qué materia tan abundante de reflexiones! ¡Quiera Dios que no lo sea tambien de penetrantes remordimientos!

El evangelio es del capítulo 2 de san Lúcas.

In illo tempore: Postquàm consummati sunt dies octo, ut circumcideretur puer: vocatum est nomen ejus Jesus, quod vocatum est ab angelo priusquàm in utero conciperetur.

En aquel tiempo: Despues de cumplidos los ocho dias para circuncidar al Niño, pusiéronle el nombre de Jesus, como le habia llamado el ángel, antes de ser concebido en el vientre.

MEDITACION SOBRE EL MISTERIO DE LA CIRCUNCISION.

PUNTO PRIMERO.

Considera que caro costó á Jesucristo el empleo de Salvador de los hombres. Un nacimiento pobre, una vida laboriosa y humillada, lágrimas de infinito precio no bastaron, ó no se contentó con ellas, para adquirir el título de nuestro Salvador. Quiso que nuestra salvacion fuese de mas alto precio. Habia de comprarla con su muerte, y no recibió el nombre de Jesus hasta que derramó las primicias de su sangre; y esta primera efusion no fué mas que una como prenda de otra redencion mas abundante.

¡Oh mi dulce Jesus! y cuánto os cuesta el haberme amado tanto! ¿Pero qué ventaja sacais vos de un empleo tan gravoso? En vuestra voluntad estuvo aceptar ó no aceptar la muerte, sin perder nada de vues-

tra infinita gloria; no ignorábais vos que íbais à obligar á innumerables ingratos; pero el inmenso amor que nos teníais prevaleció sobre todo. ¿No seré yo sensible alguna vez á una caridad tan benéfica? ¡Qué caro os cuesta, mi dulce Jesus, el empleo de Redentor, y el derecho, por decirlo así, de hacerme bien! ¡Qué amor debo profesar á un Salvador tan benigno! ¿Y cuál ha sido hasta aquí mi reconocimiento?

No hay cosa mas opuesta á la majestad y á la santidad divina, que la humillacion que se funda en el pecado. Por todo pasa el Hijo de Dios cuando se trata de salvarnos: cargándose hoy con la marca de pecador, se carga tambien con toda la confusion que trae consigo; compadecido de nuestra desgracia, prefiere la ignominia de la muerte, y muerte de cruz, á una vida dulce y tranquila. En esto se empeña por medio de su circuncision. Ninguna otra víctima de inferior precio bastaria para borrar el pecado del mundo; esto es lo que cuesta nuestra salvacion. Concibamos por aquí lo que valen nuestras almas. Ciertamente era menester amar mucho á los hombres, para quererlos salvar á tanta costa.

¡Oh mi buen Jesus, qué dolor, qué confusion es la mia, por haber correspondido tan mal hasta aquí á una ternura tan prodigiosa! Apenas habeis nacido, cuando ya me mostrais el exceso de vuestro amor por la efusion de vuestra inocente sangre; y veisme aquí á mí, quizá en el fin de mis dias, que, habiendo sido tan gran pecador, acaso no os he correspondido con una sola lágrima. Pues á lo menos, Señor, dignaos de recibir lo que me restare de vida, que yo os la sacrifico toda desde este mismo momento.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que es cierto que el Hijo de Dios vino al mundo para salvar á los hombres. Esto es así:

Allí podemos repasar, como lo aconseja el profeta Isaías, todos los años pasados, y perdidos, en la amargura de nuestro corazon, suplicando fervorosamente al Señor que nos dé gracia para aprovecharnos mejor del que comienza. Este fin y este principio del año empleado tan santamente, no puede menos de producirnos mil bendiciones del cielo.

3. Aquellas personas que no pudieren vacar á estos piadosos ejercicios por la noche, podràn madrugar mas de lo ordinario por la mañana, adelantándose á bendecir al Señor desde que comienza á rayar el dia, que todo debe consagrársele con particular fervor. Rezarán tambien la letanía de la Vírgen, por la mañana al fin de la misa, y por la tarde cuando hagan la estacion y visita del Sacramento. En levantándose, rezarán el salmo 62 : *Deus, Deus meus, ad te de luce vigilo;* y es admirable devocion rezarle todas las mañanas al tiempo de vestirse, por ser muy oportuno para aquel tiempo.

DIA SEGUNDO

SAN MACARIO DE ALEJANDRIA.

San Macario, de quien hoy hace mencion el Martirologio romano, nació en Alejandría, capital del inferior Egipto, al principio del cuarto siglo. Su nacimiento fué tan humilde, y sus padres tan pobres, que se vió obligado á pasar los primeros años en servicio de un panadero.

A los treinta años de su edad, movido de un fervoroso deseo de ser santo, se fué á sepultar en un espantoso desierto. Los primeros ejercicios de su soledad pasaron por prodigios de abstinencia. Por espacio de



S. MACARIO DE ALEXANDRIA.

siete años no comió mas que yerbas crudas. Los tres años siguientes se contentó con cuatro ó cinco onzas de pan al dia, y nunca durmió mas que dos horas.

En tiempo de cuaresma doblaba sus austeridades. Una de ellas la pasó enteramente sin echarse ni sentarse, haciendo siempre oracion en pié ó de rodillas; y, por un milagro bien singular, no comia ni bebia sino el domingo. No hubo hombre mas ingenioso en mortificar sus sentidos y en hacerlos padecer.

Habiendo pisado un dia cierto insecto que le mordia, aunque ejecutó esta accion sin libertad, con el primer movimiento del dolor, le tuvo muy grande de esta que le pareció demasiada delicadeza, y se condenó á pasar seis meses en un desierto de Escitia, inhabitable por la multitud de insectos y de sabandijas, que ahuyentaban de él aun á las mismas fieras.

Con estas mismas armas venció tambien al demonio de la impureza; porque, atormentado de los estímulos de la carne, se metió por otros seis meses en un barranco, infestado de avispas, cuyos aguijones eran tan penetrantes, que pasaban la piel de un jabalí. Salió de allí tan desfigurado, que no se le podia conocer sino por la voz, y el enemigo quedó tan corrido, que nunca volvió á tentarle en la misma especie.

En medio de tan excesivas penitencias, le parecia que era nada lo que hacia para salvarse. Lleno de bajísimos sentimientos de sí mismo, resolvió ir á buscar á otros solitarios para aprender de ellos las virtudes que á su parecer le faltaban. Tanta verdad es que la humildad fué siempre la virtud universal de todos los santos.

Fué pues Macario al célebre desierto de Tabenas para aprovecharse de los ejemplos de tantos religiosos que florecian en él, cuya reputacion se habia extendido por todo el mundo. Pero, aunque se disfrazó en traje de un pobre oficial, san Pacomio le conoció;

y no pudiendo sufrir nuestro santo las honras que le hacian en aquella soledad, fué á buscar un asilo á su humildad en los desiertos de Nitria. Pero no estuvo allí mucho tiempo; porque, informado el patriarca de Alejandría de su eminente virtud, le ordeno de presbítero, por mas que se resistió á ser elevado á esta sagrada dignidad.

Luego que se vió revestido de tan superior carácter, solo pensó en hacer una vida mas penitente y mas perfecta. Dejó los desiertos conocidos, y se fué á sepultar en una de las mas horribles soledades de la Libia, que se llamó despues el yermo de las celdas, por las muchas que fabricaron en él los innumerables que concurrieron de todas partes.

Aunque el deseo de nuestro santo era vivir solitario y desconocido, fué preciso rendirse á los ruegos de sus nuevos discípulos, que, queriendo imitar sus ejemplos, tenian tambien necesidad de sus exhortaciones, ni el órden de presbítero le permitia tener ocioso el sagrado ministerio que con él habia recibido; y así, trabajando en su propia perfeccion, se dejó persuadir á trabajar tambien en la de los prójimos. Pero las atenciones del zelo en nada disminuyeron las de sus penitencias. Eran siempre eficaces sus sermones, porque iban acompañados con sus ejemplos. Ocupaba todo el tiempo en oracion, en ejercicios de caridad y en obras manuales.

Nunca dejó de hacer oracion cien veces entre dia, y casi toda la noche; de manera que se podia decir que su vida era una oracion continuada. En cierta ocasion pasó dos dias enteros con sus noches sin perder de vista á Dios un solo momento, y sin padecer la mas mínima distraccion.

En medio de tener nuestro santo tan mortificados los sentidos, y de luchar perpetuamente contra los movimientos del corazon, permitió Dios, para puri-

ficarle mas, que fuese molestado la mayor parte de su vida con diferentes géneros de tentaciones. Eran las mas frecuentes unos violentos deseos de penitencias excesivas, grandes ansias de ejercitarse en buenas obras que no le convenian, y continuos impulsos de emprender viajes de devocion que no le eran necesarios; pero en todas estas tentaciones quedó siempre avergonzado el tentador.

Fatigado un dia de estos deseos importunos, se echó á cuestas un costal lleno de arena, y anduvo cargado con él por todo el desierto. Preguntado por uno de sus discípulos, porqué se cansaba inútilmente de aquella manera, respondió: *Por atormentar á quien me atormenta, y por contentar el hipo que tengo de hacer viajes.* Esta accion tan generosa desarmó al enemigo; y dándose Dios por satisfecho de la humildad y de la paciencia de su siervo, le restituyó luego la paz del corazon, y le concedió tan grande imperio sobre los demonios, que bastaba acudir á Macario para librarse de todas las tentaciones.

Sobre todo, tuvo don particular para descubrir y para vencer la malicia y los artificios del tentador. Refiere Paladio que, habiéndole consultado un dia sobre los pensamientos que se le habian ofrecido de dejar la oracion, á causa de las continuas distracciones que padecia en ella: *Guárdate bien,* le respondió el santo, *de dejarte vencer de una tentacion tan peligrosa; antes bien cuando sean mas importunas las distracciones, entonces has de alargar la oracion un poco mas, y has de responder al enemigo que si no sabes orar, por lo menos sabrás estarte en tu oratorio.* Este consejo tan saludable produjo luego su efecto.

Lo mismo le sucedia con casi todas las palabras que articulaba. Pasando un dia el rio Nilo en compañía de dos coroneles del ejército del Emperador, le dijo uno de ellos: ¡ *Dichosos vosotros los monjes, que asi*

os burlais del mundo! Respondióle el santo: ¡*Y desventurados vosotros los cortesanos, porque no veis que el mundo se burla de vosotros!* Fueron tan eficaces estas palabras, que aquel oficial renunció luego su empleo, retiróse del mundo, y se hizo religioso.

A la eminente virtud de nuestro santo parece que solo le faltaba tener alguna parte en la cruel persecucion que por aquel tiempo hacian los arrianos á la Iglesia; pero presto le hizo Dios esta merced. San Macario, invencible defensor de la divinidad de Jesucristo, fué desterrado por el emperador Valente á una isla cuyos habitadores todos eran paganos; pero apenas llegó á ella el glorioso confesor de Cristo, cuando se hizo cristiana toda la isla; lo que obligó á los arrianos á volverle á enviar á su primera soledad. Allí, consumido al rigor de sus penitencias, admirado por sus eminentes virtudes, y dotado del don de profecía y de milagros, murió colmado de merecimientos el año de 405, á los noventa y nueve de su edad.

SAN ISIDORO, OBISPO Y MÁRTIR.

San Isidoro, de quien este dia hace conmemoracion el Martirologio romano, segun nos instruyen varios escritores nacionales, fué natural de la ciudad de Sevilla, descendiente de ilustres y esclarecidos progenitores, que, interesados en la educacion del niño segun las máximas de la religion cristiana, hicieron desde luego eficaces sus deseos mediante sus buenas disposiciones. Aplicado á las ciencias naturales, como se hallaba dotado de un ingenio excelente, hizo en ellas maravillosos progresos, de forma que ya en su juventud estuvo reputado por uno de los sabios. Por su extraordinario mérito fué elevado á la dignidad

de cónsul, ó de magistrado con este honor, introducida por los Romanos en las colonias de España, en cuyo empleo se portó con tan universal reputacion, que el desempeño de todas sus obligaciones y cargos fué el mayor elogio y el mayor crédito del acierto de su eleccion. Procedia en todo con tanta prudencia, justificacion y rectitud, que en él se admiraban todas las virtudes de los mas santos prelados eclesiásticos. Ibale disponiendo la divina Providencia para esta alta dignidad, á fin de que, despues de haber hecho en él un modelo de ministros perfectos en la república, fuese asimismo ejemplar de los obispos mas santos en la Iglesia. Sucedió así con efecto, pues, siendo notoria en toda España la fama de su justificacion, y con especialidad la de su zelo ardiente por la religion católica, congregados los obispos comprovinciales, clero y pueblo, segun costumbre de aquellas edades, en la ciudad de Zarogoza, para elegir sucesor de Valerio III en aquella cátedra, nombraron á Isidoro con general aplauso.

Colocado en esta silla, este varon apostólico se mostró desde luego como padre y vigilante pastor en el cumplimiento de su ministerio episcopal. Surtió con abundancia de saludables pastos á su rebaño, atendió á la reforma de sus costumbres, y no omitió diligencia alguna que pudiera contribuir á acreditar su gran vigilancia en órden á la disciplina eclesiástica. Basta, en comprobacion de su zelo, el especial elogio que mereció del sumo pontífice Hilario (en la decision de la consulta hecha por Ascanio, primado de Tarragona, y demás obispos comprovinciales); sobre los justísimos procedimientos de nuestro santo contra Silvano, obispo de Calahorra, con motivo de la injusta consagracion que hizo este de cierto prelado, sin aprobacion ni consentimiento del metropolitano, y contra las reglas prescriptas en las

sagrados Cánones; á quien no pudiendo separar del atentado con sus nerviosas cartas, como diestro en el manejo de negocios de esta gravedad, recurrió á los remedios mas fuertes y eficaces.

No satisfecho con sus incesantes fatigas apostólicas dentro de los límites de su obispado, pasó á otras provincias infectadas con los errores de la herejía, á ilustrarlas con la luz del Evangelio. Supo que Ayax, apóstata Gálata, inficionado con la peste arriana, pervirtió á los Suevos, dueños de Galicia por entónces, auxiliado de Ramismundo su rey, manchado con el mismo contagio; y, encendido de aquel zelo santo que constituye el carácter de los varones apostólicos, se presentó á defender la fe católica en la capital de Orense, llamada Anfiloquía en la antigüedad, cuya semejanza de denominacion con la de Antioquía, ha dado motivo á algunos escritores, que, arreglados al Martirologio romano, donde con facilidad se pudo cometer igual equivocacion, atribuyan á aquella ciudad de Grecia este héroe español. En este pueblo predicó con espíritu magnánimo contra la impiedad de los herejes arrianos, blasfemos sacrílegos, que se atrevieron á negar la consustancialidad de la segunda persona de la santísima Trinidad con el Eterno Padre, instruyendo á los oyentes en la verdadera inteligencia del dogma católico, conforme le cree y confiesa nuestra santa fe, en el inefable misterio de la Encarnacion; explicándoles con la mayor claridad las sentencias de la santa Escritura donde se apoya, y manifestándoles con la misma la perversa glosa con que los Arrianos las convertian en comprobacion de su impiedad.

Como la herejía cuando no puede engañar á los hombres intenta perderles, y en defecto de razones recurre á los acostumbrados artificios de la malicia, vencidos los herejes por la predicacion de Isidoro, reconociendo la impresion que hacia su verdadera

doctrina en el corazon de los fieles desengañados, no suficientes á intimidar la valentía de su espíritu las varias molestias é injurias que le causaron, tomaron el partido de darle muerte, como lo hicieron clandestinamente en 2 de enero del año 466, rigiendo Hilario, sumo pontífice, la cátedra apostólica, el reino de España Eurico, godo, y Ramismundo, arriano, el de Galicia.

Arrojado el cuerpo del santo prelado al rio Miño, contiguo á dicho pueblo, extraido de él por los católicos, le dieron primeramente sepultura á sus orillas, trasladándole de allí, despues de 8 años, á la ciudad de Iviza, donde se venera de tiempo inmemorial con el correspondiente culto, cuya tradicion sobre lo dicho confirma la opinion de los escritores nacionales que estiman á nuestro santo originario de España.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La Octava de S. Estévan, primer mártir.

En Roma, la memoria de muchos santos mártires, quienes, despreciando un edicto del emperador Diocleciano (1), por el que ordenaba este príncipe entregar

(1) Diocleciano hizo formar este edicto el año diez y nueve de su reinado, hácia el fin de febrero. Sin embargo no se publicó, como nota san Agustin (*Ciudad de Dios*, lib. XVIII, cap. 52), sino hácia la fiesta de la Pascua, al principio de la segunda persecucion de la Iglesia; y fué ejecutado con una crueldad extremada, segun las órdenes del emperador, que babia imaginado por este medio abolir enteramente el cristianismo. Hubo bastante número de cristianos débiles, en quienes el temor de los tormentos hizo tal impresion, que entregaron todos los libros sagrados que tenian, y fueron calificados con el nombre de *traditores;* pero tambien hubo muchos mas que prefirieron la muerte á entregar los libros á los perseguidores. Sin duda son estos bienaventurados mártires de los que hace hoy mencion el *Martirologio;* y aunque no hayan sufrido todos en el mismo dia, ni en el mismo lugar, la Iglesia ha escogido el dia 2 de enero para honrar la memoria de todos en general, y en este dia se señala su fiesta en Roma

los libros sagrados en manos de los oficiales de la justicia, prefirieron entregar sus cuerpos á los verdugos, mejor que abandonar á los perros las cosas santas.

En Antioquía, el martirio de san Isidoro obispo.

En Tomes, en la provincia del Ponto, los santos Argeo, Narciso y Marcelino su hermano, jóven todavía: habiendo sido este alistado, en tiempo del emperador Licinio, entre los soldados nuevos, y rehusando marchar, fué golpeado cruelmente; despues se le tuvo largo tiempo en una dura prision, y por último fué arrojado al mar, donde acabó su martirio. Sus hermanos fueron muertos con la espada.

En Milan, san Martiniano, obispo.

En Nitria, en Egipto, san Isidoro, obispo y confesor.

El mismo dia, san Siridion, obispo.

En la Tebáida, S. Macario de Alejandría, abad.

La misa es en honor de san Estévan protomártir, cuya octava celebra hoy la santa Iglesia; y la oracion es la que se sigue.

Omnipotens sempiterne Deus, qui primitias Martyrum in Beati Levitæ Stephani sanguine dedicasti; tribue, quæsumus, ut pro nobis intercessor existat, qui pro suis etiam persecutoribus exoravit Dominum nostrum Jesum Christum Filium tuum, qui tecum vivit, et regnat...

Todo poderoso y sempiterno Dios, que consagraste las primicias de los mártires con la sangre del bienaventurado levita san Estevan; suplicámoste nos concedas que interceda por nosotros aquel que intercedió por sus mismos enemigos á nuestro Señor Jesucristo, hijo tuyo, que vive y reina por los siglos de los siglos.

La epistola es de los Actos de los Apóstoles, cap. 6 *y* 7.

In diebus illis: Stephanus plenus gratia, et fortitudine, faciebat prodigia, et signa

En aquellos dias: Estevan, lleno de gracia y fortaleza, obraba prodigios, y grandes

magna in populo. Surrexerunt autem quidam de synagoga, quæ appellatur Libertinorum, et Cyrenensium, et Alexandrinorum: et eorum qui erant à Cilicia et Asia, disputantes cum Stephano: et non poterant resistere sapientiæ, et spiritui, qui loquebatur. Audientes autem hæc, dissecabantur cordibus suis, et stridebant dentibus in eum. Cum autem esset Stephanus plenus Spiritu sancto, intendens in cælum, vidit gloriam Dei, et Jesum stantem à dextris virtutis Dei. Exclamantes autem voce magna, continuerunt aures suas, et impetum fecerunt unanimiter in eum. Et ejicientes eum extra civitatem, lapidabant: et testes deposuerunt vestimenta sua secus pedes adolescentis, qui vocabatur Saulus. Et lapidabant Stephanum invocantem, et dicentem: Domine Jesu, suscipe spiritum meum. Positis autem genibus, clamavit voce magna, dicens: Domine, ne statuas illis hoc peccatum. Et cum hoc dixisset, obdormivit in Domino.

maravillas en el pueblo. Mas se levantaron algunos de la sinagoga, llamada de los Libertinos, de los de Cirene y Alejandría, y de los de Cilicia y Asia á disputar con Estevan; y no podian resistir á la sabiduría y al espíritu con que hablaba. Pero al oir sus razones reventaban de ira en su interior, y rechinaban los dientes contra él. Mas Estevan, que estaba lleno del Espíritu Santo, fijando los ojos en el cielo, vió la gloria de Dios, y á Jesus que estaba en pié á la diestra de Dios. Y dijo: He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre, que está en pié á la diestra de Dios. Pero ellos, clamando á grandes voces, se taparon los oidos, y se arrojaron todos á él. Y echándole fuera de la ciudad, le apedreaban: y los testigos dejaron sus vestidos á los piés de un jóven, que se llamaba Sáulo. Y apedreaban á Estevan, que oraba y decia: Señor Jesus, recibe mi espíritu; y puesto de rodillas, exclamó diciendo en alta voz: Señor, no les imputeis este pecado. Y dicho esto, durmió en el Señor.

NOTA.

« Llámase Actos de los Apóstoles el libro que com-
» puso san Lucas, donde se refieren los hechos de los
» Apóstoles, y de los primeros discípulos de Jesu-

» cristo desde la Ascension del Salvador hasta el pri-
» mer viaje que hizo el Apóstol á Roma, que fué por
» los años de Jesucristo de 62. »

REFLEXIONES.

Jamás falta el ánimo á quien quiere. No solo esto, pero siempre tiene mucha fuerza el que es fiel á la gracia. No hay que atribuir nuestra flaqueza y nuestra cobardía sino á nuestra ninguna resistencia. Los santos no tuvieron ni menos estorbos, ni menos poderosos enemigos que nosotros; pero fueron mas perseverantes en la oracion, mas fieles á la gracia, y tuvieron mayor confianza en Dios.

¡Qué maravillas no haria cada uno de nosotros en su estado, si solamente siguiera las inspiraciones del Espírita Santo, si la gracia fuera el móvil de todas sus acciones, si no tuvieran otro principio que la mayor glória de Dios! Pero es muy poco lo que hacemos; porque tenemos demasiada parte en todo lo que obramos.

Es cosa verdaderamente admirable que tanta diversidad, tanto número de gentes hubiesen conspirado contra san Estévan; pero nunca la muchedumbre se declaró por la piedad. Mas, ¿y qué puede esta misma muchedumbre contra la virtud verdadera? Envidias, zelos, calumnias, autoridad, tarde ó temprano todo cede á la prudencia cristiana, aunque no todo se rinda. Empléense en hora buena todos los artificios para desacreditar, para deslucir, para oprimir á los justos; no se les tocará en el pelo de la ropa, porque estan contados por el Señor todos los cabellos de su cabeza. La mas fea malicia solo conseguirá rabiar ella de despique, arrojar espumarajos, y dar diente con diente de pura cólera. Fué apedreado san Estevan, es verdad; ¿pero

qué importa, si al mismo tiempo estaba viendo los cielos abiertos; si logró tener á Jesucristo por testigo de su combate; si estaba mirando en la gloria al mismo Dios que iba á ser la recompensa de sus trabajos? ¿Se puede por ventura decir que se pierde la vida cuando se da á tan alto precio? Ah! y cuánta verdad es que un volver los ojos hácia el cielo es capaz de extinguir todo el fuego de la persecucion mas sangrienta! Nunca está lejos Jesucristo de los que combaten por él. Y quien combate á vista de tan generoso dueño, ¿qué tendrá que temer? Fácilmente se perdonan las injurias cuando se tiene presente á Jesucristo.

El evangelio es del cap. 23 de san Mateo.

In illo tempore: Dicebat Jesus turbis Judæorum, et principibus Sacerdotum: Ecce ego mitto ad vos prophetas, et sapientes, et scribas, et ex illis occidetis, et crucifigetis: et ex eis flagellabitis in synagogis vestris, et persequemini de civitate in civitatem: ut veniat super vos omnis sanguis justus, qui effusus est super terram à sanguine Abel justi usque ad sanguinem Zachariæ, filii Barachiæ, quem occidistis inter templum et altare. Amen dico vobis: venient hæc omnia super generationem istam. Jerusalem, Jerusalem, quæ occidis Prophetas, et lapidas eos, qui ad te missi sunt, quoties volui congregare filios tuos, quemadmodum gallina congregat pullos suos sub alas, et noluisti? Ecce relinquetur vobis

En aquel tiempo: Decia Jesus á los escribas y fariseos: Ved que envio á vosotros profetas, y sabios y doctores, y de ellos mataréis y crucificaréis, y de ellos azotaréis en vuestras sinagogas, y los perseguiréis de ciudad en ciudad, para que venga sobre vosotros toda la sangre inocente que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, á quien matásteis entre el templo y el altar. En verdad os digo que todas estas cosas vendrán sobre esta generacion. Jerusalen, Jerusalen, que matas á los profetas, y apedreas á los que te son enviados, ¿cuantas veces quise reunir tus hijos al modo que la gallina reune sus pollos debajo de las alas, y no quisiste? He

domus vestra deserta. Dico enim vobis, non me videbitis amodò, donec dicatis: Benedictus qui venit in nomine Domini.

aquí que os quedará desierta vuestra casa. Porque os digo que *no* me veréis desde ahora, hasta que digais: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor.

MEDITACION

SOBRE LA RENOVACION DEL AÑO.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuántos comienzan este año nuevo con perfecta salud en la flor de su edad, que les promete una larga serie de años, y con todo eso no llegarán al fin del presente.

Ninguno murió el año pasado que no esperase vivir en el dia de año nuevo. ¿Hemos acaso conocido á muchos que pensasen morir en el año que murieron? Dios cuenta nuestros dias muy de otra manera que nosotros los contamos. Cogiólos la muerte de improviso; porque, ¿cuándo ha practicado la atencion de enviar á nadie recado? Alguno piensa hoy en conseguir un empleo, en edificar una casa, en lograr una rica herencia, que dentro de ocho ó diez meses no *tendrá mas que una mortaja, un ataud, y una sepultura.* ¡O mi Dios, y qué dignos de compasion, qué desdichados son los que únicamente se apacientan de quimeras!

¿Cuántos de aquellos á quienes hoy, á la entrada del año nuevo, se les saluda con la ceremonia y con cumplimiento de desearles un buen año, estarán acaso en la víspera de su muerte? Traigamos á la memoria todos aquellos conocidos nuestros que murieron en el año precedente. Ah! que tambien á estos se les hicieron los mismos cumplimientos; tambien recibieron las mismas salutaciones; y con todo eso, ¿de qué les

sirvieron? Las que nosotros recibimos hoy quizá no serán mas eficaces. No hay año bueno, sino es año santo; no hay dias buenos, si son dias vacíos. ¿Qué ventaja es vivir mucho, si no se vive mejor?

Comparemos nuestra vida con la de los santos; sus excesivas austeridades, su fervor, sus trabajos, su retiro, con nuestra vida mundana, delicada, tumultuosa; y concluyamos que pues tenemos las mismas obligaciones, teniendo el mismo Evangelio, lograrémos tambien la misma suerte. ¿Pero podrémos discurrir de esta manera, á menos que no se nos trastorne del todo el entendimiento y la razon?

Muchos años ha que estamos haciendo grandes proyectos de conversion; pero ¿cuál será nuestra desgracia si morimos sin habernos convertido, sin haber hecho aquella confesion, aquella restitucion, aquella reforma? Es muy necesario que entre la penitencia y la muerte haya algun intervalo, algun espacio de tiempo. Y si este año no es el de mi conversion, ¿qué motivo podré tener para creer que me convertiré el año que viene? Pocos murieron el año pasado que no pensasen alguna vez convertirse en el presente. Ah! que quizá se podrá decir de mí otro tanto el año que sigue!

No, Dios mio, no serviré yo de materia de compasion y de meditacion á los que me sobrevivieren. Lleno de confianza en vuestra misericordia, y con el socorro de vuestra gracia, pretendo que este segundo dia del año sea el primero de mi conversion.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el entrar en otro año nuevo es una gracia muy especial; pero el abusar de este beneficio será una gran desdicha. Y el arrepentimiento será mucho mayor cuando estan bien prevenidas las funestas

consecuencias de esta infelicidad, y cuando se comprende bien de cuanta importancia es no abusar de esta gracia.

Si en el momento en que he de parecer ante el tribunal de Dios se me restituyera al estado en que hoy me hallo; si se me concediera entónces otro año para aplicarme al negocio de mi salvacion; ¡ó Dios, y qué milagro! Hoy tengo en mi mano todas las ventajas que podia esperar de este prodigio; ¿pues porqué no me aprovecharé de ellas?

Ello es cierto que tengo de entrar en un año del cual no he de salir. ¿Quién me puede asegurar que no es este aquel año crítico que ha de decidir mi suerte eterna? Y si lo fuere, ¿estoy bien prevenido? Y si no lo estoy, ¿en qué fundo mi serenidad? ¿Obro con prudencia en arriesgarlo todo? ¿Puedo perder tiempo en negocio de tanta importancia? Hoy me concede Dios tiempo para apaciguar su ira, ¿será prudencia dilatar esta reconciliacion para otro tiempo?

Jerusalen, Jerusalen, ¿cuántas veces quise yo congregar tus hijos, como la gallina junta todos sus polluelos debajo de las alas, y tú no quisiste? Mi Dios, ¿quién tendrá valor para sufrir en la hora de la muerte una reconvencion tan vergonzosa y tan justa?

¿Cuántos años te concedí, dice el Señor, para que trabajases en el negocio de tu salvacion? ¿Cuántas veces, durante el largo curso de estos años, quise convertirte, quise ponerte al abrigo contra el rigor de mi justicia, y no quisiste tú? *Et noluisti.* ¿Cuántas veces te solicité, y aun te estreché en estas mismas meditaciones, para que reformases tus costumbres, para que abrazases el partido de la devocion, para que mudases de vida? Esas secretas inspiraciones, esos espantos interiores, esos vivos remordimientos de una conciencia justamente sobresaltada, voces mias eran, tú no les quisiste dar oidos; *Et noluisti.* Pues *ecce*

relinquetur domus vestra deserta : Ve aquí que esa tu casa, ese cuerpo que ha servido de habitacion á esa ingrata alma, quedará desierto: *Ecce sto ad ostium, et pulso* : Diez años, veinte años, treinta años ha que estoy llamando inútilmente á la puerta de tu corazon, y no has querido abrirme; pues ve aquí que me retiro, y que estás en vísperas de perderte para siempre.

Y qué, Señor, ¿será posible que la gracia que me haceis de concederme todavía algunos dias, solo ha de servir para hacer mayor mi desdicha por mi perseverancia en mis maldades, y que todavía he de dilatar mi conversion para otro año? No, mi Dios, no quiero yo hacer mas resistencia á vuestra gracia; vos me concedeis este año únicamente para que me convierta; pues yo me quiero convertir sin dilacion, sin reserva. Acabad, Padre de las misericordias, la obra que habeis comenzado. No quiero diferir un momento el entregarme á vos enteramente.

JACULATORIAS.

Dixi, nunc cœpi: hæc mutatio dexteræ Excelsi. Salm. 76.

Esto es hecho; ya yo lo he prometido; ahora comienzo, y reconozco que esta gran mudanza es obra del Todopoderoso.

Recogitabo tibi omnes annos meos in amaritudine animæ meæ. Isai. 38.

Yo quiero, Señor, con el socorro de vuestra gracia, que este año repare todas las quiebras de los años precedentes. Voy á repasar estos años en la amargura de mi corazon, exáminando lo mal que he usado de ellos.

PROPOSITOS.

1. Examina y anota con cuidado los vicios ó las inclinaciones principales de que debes reformarte; deter-

mina los medios de que te has de valer para esta reforma, y comunica sin perder tiempo con tu confesor el plan de vida que piensas seguir en adelante. No dilates un punto poner en práctica una instruccion tan saludable; porque en este particular es muy nociva cualquiera dilacion.

2. Haz en este dia con especial fervor la oracion y los demás ejercicios espirituales. Oye misa con tal devocion, con tal respeto, que sea como fruto y como prueba de la nueva reformacion; y siendo muy conveniente comenzar siempre este género de conversiones por algun acto generoso, por algun sacrificio, mira si has recibido algun disgusto de alguna persona, si te han ofendido en algo, y con la ocasion del año nuevo practica con ella alguna atencion, ó anticípate á ir á visitarla. Guárdate bien de detenerte en puntillos sobre la igualdad ó desigualdad de la sangre, y mucho menos sobre la calidad del agravio. Nuestra religion condena todas esas quisquillosas delicadezas, y siempre hay un mérito singular y una verdadera grandeza de alma en todo lo que se hace por amor de Dios.

3. El ejemplo de san Estévan, cuya octava celebra hoy la santa Iglesia, puede alentarnos á practicar esta accion. Son inútiles los proyectos de conversion y de reforma si no se desciende á cosas particulares, y si desde luego no se comienza á poner en ejecucion estos proyectos.



STA GENOVEVA, V.

DIA TERCERO.

SANTA GENOVEVA, VÍRGEN.

Santa Genoveva, á quien escogió por su patrona la ciudad de París, nació en una aldegüela, llamada Nanterra, á dos leguas del mismo Paris, hácia el año de 422. Su padre se llamó Severo, y su madre Geroncia, ámbos de condicion muy mediana, pero honrados y distinguidos por su piedad.

Casi desde la cuna previno Dios á la santa niña con sus dulces bendiciones; porque su modestia, su prudencia y su devocion parecieron extraordinarias, aun en los mas tiernos años de su infancia.

Pasó por Nanterra san German, obispo de Auxerre, yendo de camino á Inglaterra para combatir los errores de Pelagio; y concurriendo todo el pueblo á recibir su bendicion, el santo prelado, ilustrado de superior luz, descubrió aquel tesoro escondido; y distinguiendo entre la muchedumbre á la niña Genoveva, de edad á la sazon de siete á ocho años, la habló en particular. Admirado de su piedad y de sus respuestas, la exhortó á consagrarse enteramente á Dios, y á no admitir otro esposo que á Jesucristo. La niña, que ya tenia sentimientos muy superiores á su edad, le respondió que nunca habia tenido otro pensamiento sino ser toda de Dios, y abrazar la profesion de las vírgenes cristianas; y san German, para confirmarla en esta resolucion, la dió una medalla de cobre, donde estaba grabada la señal de la santa cruz, como en arras de la fidelidad que habia ofrecido á Jesucristo, su celestial esposo; de lo cual hizo Genoveva tanta estimacion, que toda la vida la trajo colgada al cuello.

Crecia con la edad la virtud de Genoveva, y era cada dia mas vivo su amor á Jesucristo. Un dia de fiesta, yendo su madre á la iglesia, quiso obligarla á que se quedase en casa. Era sumamente humilde; pero creyó que no se oponia á la obediencia el representar á su madre que la permitiese ir tambien á hacer oracion; añadiéndola que, siendo esposa de Jesucristo, parecia tener algun derecho y aun alguna mayor obligacion á cortejarle en su iglesia. Estaba la madre de mal humor, y ofendida de lo que la debiera edificar, la dió una bofetada, mandándola que no la acompañase. Castigó Dios al punto un arrebatamiento tan poco cristiano, y quedó ciega la madre, y no recobró la vista hasta que se lavó los ojos con un poco de agua sobre la cual rogó á la hija que hiciese la señal de la cruz.

Luego que Genoveva llegó á edad correspondiente, se consagró á Dios con voto solemne, y comenzó, segun la práctica que tenian en aquel tiempo las vírgenes consagradas, á alimentarse de legumbres, á beber agua solamente, y á traer continuo cilicio. Dormia sobre la dura tierra, pasando en oracion las noches que precedian al domingo, al juéves, y á los dias en que habia de comulgar.

Habiendo muerto sus padres, se fué á París, donde la recogió su madrina, y allí pasó una vida humilde y oscura en el ejercicio de una austerísima penitencia, y de perpetua oracion.

Por este tiempo la asaltó una enfermedad tan extraordinaria, acompañada de tan crueles dolores, que la tuvieron por muerta, habiendo estado tres dias sin sentido. Sirvióse Dios de aquella especie de éxtasis para descubrirla muchos misterios, y para darla á entender lo mucho que habia de hacer y pádecer por su amor en lo restante de su vida. Hizo confianza de esto, no sin alguna facilidad, á algunas personas in-

discretas, y de aquí se la originaron nuevos motivos para ejercitar la paciencia.

Comenzóse á murmurar de su retiro, á censurar su modo de vida, y á notar de imprudentes y extravagantes sus ejercicios de mortificacion y de piedad. Probó Dios por algunos años la virtud de su sierva con el fuego de la mas viva persecucion, hasta que volviendo san German de su viaje de Inglaterra, confundió á todos sus envidiosos, haciendo justicia á la virtud de nuestra santa.

Pero no duró mucho la serenidad. Esparcióse en París una voz falsa de que los Hunos se acercaban para destruir la ciudad; ausentáronse todos, y queriendo la santa doncella consolarlos, asegurando ser falso el rumor, se levantó contra ella, por esta obra de caridad, la mas cruel persecucion, y estuvo á pique de que la quemasen como hechicera y maga. Hallábase san German en Italia, cerca del emperador Valentiniano, cuando tuvo noticia del peligro en que se hallaba la santa. Inútilmente trabajó por libertarla; y el arcediano de Auxerre, que despachó luego á París, estuvo él mismo en peligro de ser maltratado por aquel furioso pueblo. Solamente se deliberaba sobre el género de suplicio con que se la habia de castigar, y muchos hábian opinado ya que fuese entregada á las llamas, cuando Dios mudó de repente los corazones de todos.

La dulzura, la humildab, la paciencia, la inalterable tranquilidad que mostró la santa en medio de tan gran riesgo, hicieron abrir los ojos á sus perseguidores; reconocieron su inocencia, y condenando ellos mismos su propia pasion, desde allí adelante convirtieron el odio en veneracion de Genoveva.

Pero la santa no se aprovechó de la quietud que comenzaba á gozar, sino para aumentar los ejercicios de piedad y sus penitencias. No comia mas que

dos veces á la semana, el juéves y el domingo, y fué menester precepto expreso del obispo para obligarla á usar de un poco de leche en su mayor ancianidad.

Una virtud tan eminente no podia dejar de resonar en las partes mas remotas. San Simeon Estilita se encomendaba en sus oraciones desde lo mas retirado de Siria, y el nombre de Genoveva se hizo célebre casi en todo el ámbito del mundo.

Pasó los Alpes y el Ródano Atila, rey de los Hunos. Iba á echarse sobre Paris, cuando la santa salió de su retiro, y exhortó al pueblo á que apaciguase la cólera de Dios con oraciones, ayunos y penitencias. Hallábase la ciudad entregada á estos devotos ejercicios, cuando se tuvo noticia de que el ejército de los bárbaros se habia retirado; y los parisienses atribuyeron este milagro á las oraciones de santa Genoveva.

Sitiaba Meroveo á Paris, y estaba reducida la ciudad á las últimas extremidades. Compadecida Genoveva de la extrema miseria en que se hallaba el pueblo por razon de la hambre, fué hasta Arci del Atuve, y llegó á Troya, donde, juntando cantidad de trigo, se puso á la frente del convoy, y por medio de este socorro libertó á toda la ciudad.

Esta magnánima caridad, acompañada de muchos milagros, dió nuevo lustre á sus virtudes, haciéndola venerar aun de los mismos gentiles. Chilpérico, padre de Clodoveo, estimaba tanto á nuestra santa, que nunca se atrevió á negarla cosa alguna que le pidiese. A instancias suyas emprendió este príncipe edificar aquella suntuosa iglesia, que consagró en nombre de los apóstoles san Pedro y san Pablo, y con el tiempo fué dedicada á la misma santa Genoveva, como lo está hoy dia.

Aunque era tan ardiente su zelo y caridad con el prójimo, no por eso perdia nada de su recogimiento interior; y en medio del tumulto y de la muchedum-

bre estaba tan recogida como si se hallara en la soledad del desierto. Todos los años se encerraba extraordinariamente desde la Epifanía hasta Pascua, en cuyo tiempo de nadie se dejaba ver, tratando únicamente con las vírgenes que se habian puesto debajo de su direccion.

El amor y la devocion á la santísima Virgen parecia la primera de todas sus virtudes; y era la que mas principalmente encomendaba á sus hijas, y á cuantas personas trataba.

Hallándose dotada del don de milagros y de profecía, respetada de los príncipes y de los prelados, y en singular veneracion de todo el pueblo, estaba llena de tan profunda humildad, que tuvo mas que padecer en los honores que la tributaban, que en las crueles persecuciones con que la habian ejercitado. En fin, adornada de tantos dones sobrenaturales, y colmada de merecimientos, murió en París, á los 89 años de su edad, el dia 3 de enero del año de 512, tan santamente como habia vivido.

Fué llevado su cuerpo con grande pompa á la iglesia de los santos Apóstoles, que se miraba como obra suya, y hoy tiene el título de la misma santa. Conocióse muy desde luego cuan poderosa era para con Dios su intercesion; y creciendo cada dia la devocion del pueblo, san Eloy se ofreció á trabajar de su mano la magnífica urna en que estan depositadas sus reliquias, la cual se colocó, despues de la irrupcion de los Normandos, detrás del altar mayor, donde se conserva y se venera al presente (1).

(1) El cuerpo de esta santa, conservado durante casi trece siglos en la iglesia edificada sobre su sepulcro, fué quemado por los impios en 1793. Sin embargo se pudieron salvar algunas reliquias, que son ahora veneradas en la iglesia de san Estévan del monte, en París, cerca del magnífico templo que modernamente se habia construido bajo su invocacion, pero que despues ha sido destinado por nuevos impios para Panteon de hombres funestamente célebres.

El año de 887 vinieron los Normandos á sitiar á París, y entónces fué la primera vez que se sacó en procesion la urna de santa Genoveva, á cuya intercesion se atribuyó con mucha razon el levantamiento del sitio, al mismo tiempo que el enemigo se disponia para dar el asalto.

En 1129, una enfermedad, llamada de los ardientes, porque era una especie de erisipela acompañada de una ardiente calentura, que quitaba la vida á innumerables personas, desolaba á todo París: bajóse la urna de santa Genoveva; y apenas se dejó ver al pié de la montaña, cuando cesó la epidemia, y catorce mil enfermos que habia en la ciudad cobraron repentinamente la salud.

Habiendo venido á Francia el año siguiente el papa Inocencio II, despues de haberse informado exactamente de un hecho tan milagroso, ordenó que todos los años se celebrase la memoria en accion de gracias de tan singular prodigio con el título *del milagro de los ardientes*. La devocion del pueblo con la santa no se ha entibiado con el tiempo, y cada dia se experimentan los efectos de su proteccion, así en las calamidades públicas, como en las necesidades particulares.

SAN ANTERO, PAPA Y MÁRTIR.

En tiempo en que se hallaba la Iglesia afligida con una de la mas crueles persecuciones de los paganos, necesitada de varones sobresalientes en zelo, brio y santidad, capaces de oponerse á los poderosos enemigos de la religion cristiana, muerto el sumo pontífice Ponciano, por universal consentimiento del clero y pueblo romano, fué electo por su sucesor san Antero.

hijo de Rómulo, griego de nacion, profesor de la vida eremítica.

Colocado en la cátedra apostólica, acreditó el mérito de su eleccion, y justificó con pruebas prácticas el alto concepto de santidad y virtud que de su persona habia formado la Iglesia romana, que lloró amargamente la brevedad de su pontificado. En el corto espacio de su duracion, penetrado del mas vivo dolor al ver su rebaño disperso, afligido y atribulado por la vehemencia de la persecucion, que ni le permitia una leve tregua para su descanso, ni que con quietud pudiera dedicarse á los cultos sagrados, sin embargo de las cautelas tomadas por los fieles en aquellas lamentables edades, aplicó su vigilante cuidado á conservar el sagrado depósito de la fe en la misma pureza que los príncipes de los apóstoles la habian enseñado. A costa de incesantes desvelos y trabajos, surtia á su grey amada de los saludables pastos que necesitaba en aquellas deplorables circunstancias; reuniéndola en los cementerios y catacumbas para que pudiesen celebrar los oficios divinos é implorar la asistencia de Dios en tan deshechas tempestades. Consolaba á los fieles con amor paternal en los fracasos, exhortándolos á que en caso necesario testificasen su fe á costa de su sangre; y, deseoso de que en los tiempos futuros se conservase la memoria de los hechos laudables de los héroes que padecian por Jesucristo, dispuso que los notarios asignados para escribirlos los custodiasen en los archivos apostólicos con la mayor cautela y recato, mediante á que en su tiempo murieron innumerables mártires con motivo de la terrible persecucion de Maximino.

No menos zeloso en conservar la disciplina eclesiástica, se dedicó á restablecer las pérdidas que padeció con las turbaciones de una persecucion tan cruel y dilatada. Entre otros reglamentos, se atribuye á este

insigne papa una decretal, expedida á consulta de los prelados eclesiásticos de las provincias de Toledo y Andalucía, sobre las traslaciones de los obispos de una á otra cátedra. En esta se lee concedido el permiso, en caso de intervenir necesidad ó resultar utilidad á la Iglesia, pero no por propia conveniencia; ordenando en ella asimismo, para evitar todo engaño, que precediese la aprobacion de la Silla apostólica: y aunque en semejante disposicion aparece la misma disciplina que adoptó la Iglesia en virtud de sus decretos conciliares, con todo, no la estiman por legítima varios escritores críticos.

A una vida tan ejemplar, acompañada de las virtudes mas heróicas, y á un zelo tan fervoroso y tan digno de los mas santos sucesores de san Pedro, era muy correspondiente que se siguiese la gloria del martirio para coronar sus apostólicos trabajos. Logróla en fin; porque, entendido el emperador de sus progresos en favor de la religion cristiana, y de que alentaba como zeloso pastor á los fieles á despreciar sus edictos, reputándole por uno de los mas formidables enemigos de sus dioses, despues de haber probado su invencible fortaleza por medio de promesas y terribles amenazas, le condenó á muerte, logrando por ella nuestro santo el triunfo que tanto tiempo deseaba con vivas ansias, en el dia 3 de enero del año de 229. Su cuerpo fué sepultado en el cementerio de Calisto, y trasladado despues á la iglesia de san Silvestre, sita en el Campo Marcio.

Sobre el tiempo que duró su pontificado, son varias las opiniones; unos le conceden nueve meses, otros un año, un mes y catorce dias. Celebró una vez órdenes, y consagró un obispo para la ciudad de Fundi en Campania.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La Octava de san Juan, apóstol y evangelista.

En Roma, sobre la via Apia, la fiesta de san Antero, papa, que sufrió la muerte bajo Julio Maximino, y fué enterrado en el cementerio de Calisto.

El mismo dia, san Pedro, que murió en el suplicio de la cruz, cerca de la ciudad de Valona.

En el Helesponto, los santos mártires Cirino, Primo, y Teógenes.

En Cesarea de Capadocia, san Gordio, centurion: nos queda, en alabanza de este Santo, un discurso elocuente que pronunció san Basilio el grande el dia de su fiesta.

En Cilicia, san Zósimo, y san Atanasio, notario, ámbos mártires.

El mismo dia, los santos Teopente y Teonas, que padecieron un glorioso martirio durante la persecucion de Diocleciano.

En Padua, san Daniel, mártir.

En Viena del Delfinado, san Florencio, obispo, el cual, habiendo sido desterrado en tiempo del emperador Galiano, recibió en esta ciudad el honor del martirio.

La misa de este dia es en honra de san Juan apóstol y evangelista, cuya octava celebra hoy la santa Iglesia; y la oracion es como se sigue.

Ecclesiam tuam, Domine, benignus illustra: ut beati Joannis Apostoli tui, et Evangelistæ illuminata doctrinis, ad dona perveniat sempiterna: Per Dominum nostrum Jesum Christum.

Ilustrad, Señor, benignamente á vuestra Iglesia, para que, alumbrada con la doctrina de vuestro apóstol y evangelista san Juan, llegue en fin á participar de vuestra eterna gloria.

La epistola es del cap. 15 del libro del Eclesiástico.

Qui timet Deum, faciet bona: et qui continens est

El que teme á Dios, obrará bien; y el que sigue la justicia,

justitiæ, apprehendet illam, et obviabit illi quasi mater honorificata, et quasi mulier à virginitate suscipiet illum. Cibavit illum pane vitæ et intellectus, et aqua sapientiæ salutaris potavit illum : et firmabitur in illo, et non flectetur: et continebit illum, et non confundetur : et exaltabit illum apud proximos suos, et in medio Ecclesiæ aperuit os ejus, et adimplebit illum spiritu sapientiæ et intellectus, et stola gloriæ vestiet illum. Jucunditatem et exultationem thesaurizabit super illum, et nomine æterno hæreditabit illum Dominus Deus noster

la poseerá, y le saldrá al encuentro como una madre venerable, y lo recibirá como una esposa vírgen. Le alimentará con pan de vida y de inteligencia, y le dará á beber del agua de la sabiduría saludable : y se afirmará en él; y no se doblará; y lo sostendrá; y no será confundido; y le exaltará entre los suyos; y en medio de la congregacion abrirá su boca, y le llenará del espíritu de sabiduría é inteligencia, y le vestirá una estola de gloria. Pondrá en él un tesoro de gozo y alegría, y le dará por herencia un nombre inmoral el Señor nuestro Dios.

NOTA.

« Salomon compuso un libro, que intituló *de la* » *Sabiduría*, y la Iglesia da el mismo nombre á otro, » que se llama *el Eclesiástico*; es decir, *libro que pre-* » *dica*, porque está lleno de sentencias y de preceptos » muy convenientes para arreglar las costumbres. » Compuso este libro un santo profeta, llamado Jesus, » hijo de Sirach. »

REFLEXIONES.

El que teme á Dios no se contenta con huir el mal, que esto no tanto seria temer á Dios, como temer la pena y el castigo; aliéntase tambien á hacer el bien, porque el temor filial, cual debe ser el de Dios, quiere agradarle, y por consiguiente solicita hacer lo que le agrada. La prudencia, ó por mejor decir la verdadera sabiduría, es inseparable de toda virtud cristiana. Tenga uno en buena hora todo el ingenio imaginable, sin esta guia no dará paso que no sea en un precipicio; por el contrario, el mas moderado entendimiento, dotado de mucha piedad, pocas veces dejará de caminar con acierto.

Desengañémonos, que no hay otra verdadera sabiduría sino la de la salvacion eterna. La sabiduría del mundo es una necedad enmascarada, es una sabiduría insensata. Quien yerra en los principios, ¿Cómo puede acertar en lo demás? Algun dia conocerán esos sabios de perspectiva, aunque lo conocerán muy tarde, que anduvieron errados y descaminados. *Ergo erravimus, nos insensati.*

La verdadera sabiduría consiste en no equivocar el fin, y en acertar con los medios. Y pregunto: ¿son por ventura de este carácter esos discretones del mundo? No tienen pues que aspirar á esta verdadera gloria, ni crean que la sabiduría cristiana se halla en los sabios del siglo. Con toda verdad se puede decir que no hay rectitud, no hay bondad, no hay entendimiento sino en los buenos cristianos; ellos solos son los sabios verdaderos; ellos sí que logran la alegría, la quietud, y aun la felicidad de esta vida. Mientras viven son respetados, y esta gloria les acompaña hasta la sepultura. Es la estimacion un tributo que se debe a la virtud. Ninguno se exime de pagarle. Aun los mismos que la persiguen, la respetan. No puede separarse la verdadera gloria de la verdadera piedad. ¡Buen Dios! ¿Qué inmortalidad puede esperar el que se condena?

El evangelio es del cap. 21, de san Juan.

In illo tempore: Dixit Jesus Petro: Sequere me. Conversus Petrus, vidit illum discipulum, quem diligebat Jesus, sequentem: qui et recubuit in cæna super pectus ejus, et dixit: Domine, quis est qui tradet te? Hunc ergo cum vidisset Petrus, dixit Jesu, Domine, hic autem quid? dicit ei Jesus: Sic eum volo manere, donec veniam, quid ad te? Tu me sequere. Exiit ergo

En aquel tiempo dijo Jesus á Pedro: sígueme. Volviéndose Pedro, vió que le seguia aquel discípulo á quien amaba Jesus, y el que en la cena se habia inclinado sobre su pecho, y le habia dicho: Señor, *¿quién es el que te ha de entregar?* Pedro, pues, habiéndole visto, dijo á Jesus: Señor, ¿qué ha de ser de este? Dícele Jesus: Quiero que permanezca así hasta que yo venga; ¿que te importa?

sermo iste inter fratres quod discipulus iste non moritur. Et non dixit Jesus : Non moritur ; sed, Sic eum volo manere, donec veniam, quid ad te? Hic est discipulus ille, qui testimonium perhibet de his, et scripsit hæc, et scimus quia verum est testimonium ejus.

Tú sígueme. Divulgóse pues esta palabra entre los hermanos, de que aquel discípulo no moriria; y no le dijo Jesus que no moriria, sino : Quiero que permanezca así hasta que yo venga, ¿qué te importa? Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas, y las escribió : y sabemos que su testimonio es verdadero.

MEDITACION.

QUE TODA DILACION DE LA CONVERSION ES PERNICIOSA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que gran desgracia es morir sin haberse convertido; pues la misma es, poco mas ó menos, hablando por lo comun, el dilatar la conversion. Mientras solo se piensa en convertirse, ninguno se convierte.

Al presente no tengo gana de convertirme; ¿pero la tendré otro dia? No quiero convertirme hoy, ¿acaso querré mañana? ¿Quién me puede prometer, ni quién me puede asegurar que llegaré á mañana? ¡Gran locura, confiar la salvacion á lo mas incierto de la vida! Estar persuadido de que es menester convertirse, confesar que no se quisiera morir sin haberse convertido, y no convertirse al instante, es merecer no convertirse jamás. Al presente no tienes fuerzas para romper esos lazos; ¿y los romperás mas fácilmente cuando se hayan multiplicado mas? ¿Y tendrás mayores fuerzas cuando tambien las tenga mayores la costumbre?

Dices que ahora no tienes tiempo; ¿y cuándo llegará el caso de que le tengas? ¿Porqué no será el tiempo de tu conversion el tiempo presente? ¿Por ventura te ha dado Dios este año nuevo para que no te conviertas hasta el año que viene? ¿Qué es lo que ahora te embaraza convertirte? Y dime, ¿ese estorbo, ese embarazo vale tanto como tu conversion, como tu salvacion eterna? Oh! que no tengo tiempo. ¡Excusa

verdaderamente miserable! ¿Pues ignoramos por ventura que si nosotros mismos no nos tomamos el tiempo, ni el mundo, ni los amigos, ni los negocios no nos lo concederán jamás?

¡Oh que ceguedad tan digna de compasion! Con la mayor seguridad caminamos á la muerte sobre la peligrosa esperanza de un tiempo de preparacion, que puede ser no lleguemos á ver nunca.

¡Ah Señor! Si el año pasado hubiera sido el último de mi vida, como lo fué de tantos otros; ¿qué seria ahora de mí? Estoy en el principio de este, incierto si lo acabaré; pero no incierto si me convertiré, pues con el auxilio de vuestra gracia estoy bien resuelto á no diferir mi conversion ni un solo dia.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que rehusar convertirse en el tiempo presente, es decir que todavía no se ha ofendido á Dios bastantemente, que es menester estar todavía un poco mas tiempo en su desgracia. Querer convertirse algun dia, y no querer que sea hoy, es querer disponer segun nuestro capricho del tiempo, de los tesoros, de los méritos, y hasta de la misma gracia de Jesucristo; es querer dar reglas á la sabiduría divina, sujetar la providencia á nuestro humor, y hacerla esclava de nuestras mismas pasiones. ¡Qué impiedad! ¡qué extravagancia! ¿Y habrá todavía valor para decir: yo me quiero convertir, pero será allá para otro tiempo; quiero entregarme á la devocion, pero allá mas adelante? ¿Comprendes por ventura el verdadero, el ridículo sentido de una proposicion tan poco cristiana?

¿Temo acaso que me convierta demasiadamente temprano, si es que me convierto este año? ¿Recelo quizá, que si comienzo desde luego á amar á Dios,

me ha de quedar demasiado tiempo para amarle? Pasóse ya el tiempo mas florido de mi edad; ya no me resta mas que una porcion de vida gastada, usada y roida en el servicio del mundo; ¡y con todo eso delibero! ¡aun me resisto á dar á Dios estas miserables reliquias! Ciertamente es menester hacer bien poco caso de la amistad de Dios para tratarle de esa manera.

Ay! ¡y qué dolor en la hora de la muerte cuando llegue á pensar que yo fuí aquel discípulo á quien Jesus amaba, y que no quiso amar á Jesus! Sí, Jesus me amaba cuando interiormente me llamaba á que mudase de vida; Jesus me amaba cuando me concedia aquellos bellos dias, aquellos largos años para que hiciese penitencia; Jesus me amaba cuando me convidaba con su gracia al principio de este año; Jesus me amaba cuando me ponia á la vista la inocencia, la penitencia, la caridad, y todos los ejemplos de virtud de santa Genoveva y de tantos otros santos. Reflexiones sólidas, meditaciones eficaces, discursos concluyentes; todas eran pruebas sensibles del amor que Dios me profesaba; pero todo fué inútil para mí, porque no me dió la gana de convertirme. ¡O Dios, qué cruel remordimiento!

Muérame, Señor, ahora en vuestro amor, si he de vivir algun tiempo sin amaros. Vos me amais, y todo me convence de vuestra ternura. Esto es hecho; desde este mismo instante comienzo nueva vida, con esperanza de que todo os ha de acreditar mi eterno amor, mi perfecta conversion perpetuamente.

JACULATORIAS.

Dixi, nunc cœpi: hæc mutatio dexteræ Excelsi. Psalm. 6.

Yo comencé tarde á amaros, Señor; mas ya doy principio, y confieso ser obra de vuestro excelso brazo esta mi conversion.

Juravi, et statui custodire judicia justitiæ tuæ.
Psalmo 118.

Resuelto estoy, y así lo he prometido, á guardar en adelante vuestros santos mandamientos.

PROPOSITOS.

1. Lee delante de un Crucifijo los propósitos que hiciste ayer, y el nuevo plan de vida que te propusiste. Mira si hay que añadir; nota los embarazos que pueden ofrecerse, y deja tambien anotados los medios de que te has de servir para vencerlos. En esto es absolutamente necesario proceder con especificacion y con menudencia. Las resoluciones indeterminadas, vagas y genéricas solo sirven para adormecer los remordimientos de una conciencia justamente sobresaltada; lisonjean y engañan con la esperanza de una conversion futura, pero jamás convierten.

2. Comienza haciendo á Dios algun corto sacrificio, ya sea contradiciendo tu propia voluntad y tu amor propio en ciertas cosas; ya sea mortificando tus sentidos en muchas ocasiones; ya sea privándote de lo que mas te gusta y te divierte. Nada sirven los grandes proyectos de conversion, si no se reducen á la obra. Todas las lecciones de moral son prácticas. No es rico el que solo sabe contar grandes cantidades, sino el que es dueño de las cantidades que cuenta. De la misma manera es menester que las obras acrediten lo que cada uno quiere ser, y lo que es efectivamente.

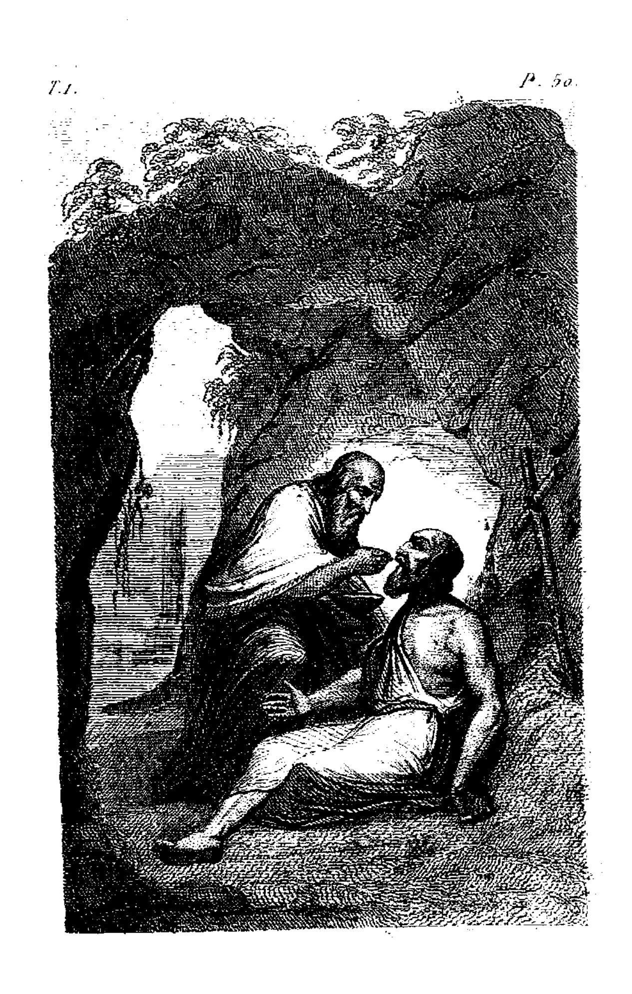
DIA CUARTO.

SAN SIMEON ESTILITA.

La vida de san Simeon Estilita está llena de hechos tan extraordinarios y tan maravillosos, que debe mirarse como una especie de prodigio para la admiracion, antes que como ejemplar ó modelo para la imitacion. Quiso el Señor manifestar en ella lo que es capaz de hacer una alma generosa cuando la anima su espíritu, y la da aliento su gracia; y al mismo tiempo quiso confundir nuestra delicadeza, poniéndonos á la vista una penitencia tan excesiva y autorizada con milagros, condenando tambien nuestro amor propio y el cobarde tiento con que nos tratamos.

San Simeon, llamado *Estilita* por la columna en que pasó la mayor parte de su vida, nació en la villa de Sisan hácia los confines de la Cilicia y la Siria, cerca de los años de 392. Su padre fue pastor, y Simeon pasó los primeros años de su edad apacentando ganado.

Hallándose un dia en la iglesia cuando tenia solo trece años, oyó leer aquellas palabras del Evangelio: *Bienaventurados los que lloran.* Preguntó á un buen viejo el significado que tenian; instruyóle este de la felicidad que lograban los que se entregaban á una vida retirada y penitente, teniendo sin cesar delante de los ojos á Jesucristo crucificado; y el niño Simeon se sintió luego tan movido y tan ansioso de seguir aquel divino modelo, que al instante mismo se fué á esconder en el desierto mas cercano, donde pasó siete dias enteros sin comer ni beber, llorando y orando de dia y de noche, postrado sobre la tierra. Despues de este



S. SIMEON ESTILITA.

primer ensayo fué á echarse á los piés de un gran siervo de Dios, llamado Heliodoro, abad de un monasterio vecino, quien, persuadido de su resolucion y de sus lágrimas, le recibió entre los monjes.

Apenas se vió Simeon en la compañía de aquellos fervorosos religiosos, cuando á todos los excedió en ayunos, en vigilias y en todo género de austeridades, repartiendo entre los pobres el poco pan y legumbres que le daban á él, y pasando muchas veces de un domingo á otro sin comer bocado.

Ingenioso ya en macerar su delicado cuerpo, se apretó tan estrechamente á la cintura una cuerda de palma, que introduciéndosele en la carne al cabo de diez dias, el mal olor que despedia la llaga podrida, descubrió aquel nuevo género de penitencia, con espanto y con horror de cuantos fueron testigos de ella. No se le pudo cortar la cuerda sin grandes y terribles dolores; y la llaga tardó en curarse dos meses, con tanto asombro de los monjes, que pidieron al abad despidiese aquel mancebo, cuyos ejemplos los confundian, sin hallarse con fuerzas para imitarlos. Retiróse Simeon á otro desierto que no estaba distante; y encontrando en él un pozo seco, lo escogió por celda. La noche siguiente vió el abad en sueños á muchos hombres vestidos de blanco que cercaban el monasterio, y pedian con amenazas el santo Simeon, á quien tan indignamente habia echado del convento. Luego que despertó Heliodoro, envió los monjes á buscarle por todos los desiertos vecinos, mandándoles que le trajesen al siervo de Dios; y les costó mucho trabajo reducirle á que dejase su querido pozo, temiendo siempre que no le habian de permitir hacer una vida tan austera y tan penitente como deseaba.

Tres años estuvo Simeon en el monasterio; pero no pudiendo sufrir la distincion y el respeto con que le trataban, obtuvo en fin licencia para retirarse á otra

soledad mas escondida. Aquí estuvo otros tres años como sepultado en una choza arruinada, cerca de Telanisa, expuesto á todos los rigores de las estaciones.

Aquí fué donde, deseoso de imitar mas perfectamente el ayuno del Salvador del mundo, pasó una cuaresma entera sin probar bocado. Vino á verle un sacerdote el dia de pascua, y hallándole casi al espirar, le dió la sagrada comunion, con cuyo divino alimento recobró luego todas sus fuerzas. Lleno entónces de confianza en aquel Señor que habia hecho esta maravilla, resolvió pasar en adelante todas las cuaresmas con la misma prodigiosa abstinencia; y Teodoro asegura que ya habia pasado veinte y ocho de esta manera cuando él lo estaba escribiendo.

Siendo tan asombrosas estas austeridades, todavía le parecian á Simeon muy ligeras siempre que ponia los ojos en Jesucristo crucificado. Retiróse á la cumbre de una elevada montaña; hizo un breve círculo, que cercó de cal y canto, donde estuvo mucho tiempo sin techo y sin abrigo, expuesto á todas las inclemencias; y para quitarse la libertad de traspasar aquellos estrechos límites, se echó al pié una cadena de hierro de veinte codos de larga. Desaprobó esta singularidad el santo varon Melecio, quien, habiendo venido á visitar á Simeon, le dió á entender que debia aprisionarle en la soledad la suave cadena del amor de Jesucristo, y no la dura de hierro. No fué menester mas para que al instante se la mandase limar; porque la verdadera virtud nunca está pagada del propio juicio.

En vano procuraba sepultarse vivo entre las mas ásperas rocas; en vano solicitaba huir á los montes mas encumbrados por vivir desconocido; esparcióse su fama por todo el universo, y bien pronto se vió cercado de innumerable multitud de todo género de gentes, atraidas del olor de su virtud y del eco de sus milagros. El deseo de huir de esta muchedumbre,

que interrumpia su oracion, fué el principal motivo que tuvo para la extraña resolucion de ponerse sobre la columna.

La primera, sobre la cual pasó algunos años, solo tenia cuatro piés de alta. Pero como todavía le interrumpiese el ruido de los que concurrian á verle, levantó otra de doce codos, y sobre ella se mantuvo diez ó doce años. Aun aquí no estaba tan recogido como quería, y erigió la tercera columna de veinte y dos codos en alto, sobre la cual se conservó cerca de catorce años. Pero queriendo huir mas y mas de la tierra hasta perderla de vista, hizo levantar otra de cuarenta y dos codos de altura, en la que se conservó todo lo restante de su vida. La extremidad ó plano superior de estas columnas no tenia mas que cuatro piés de diámetro, bordeado de una especie de apoyo ó parapeto que llegaba á la cintura. No tenia espacio para echarse, ni podia estar en postura que no fuese muy incómoda, ó de rodillas, ó en pié, ó recostado sobre el borde. ¿Qué dirán ahora de su delicadeza aquellas gentes que pasan los dias de la vida en la sensualidad y en el regalo?

Pareció tan extraordinario á todo el mundo este género de vida, que se movieron contra el santo muchas persecuciones. No puede haber virtud sobresaliente sin que pase por grandes pruebas. Unos oian con desprecio aquella austeridad singular; otros la miraban con indignacion, tratando al santo de un insigne embustero; muchos le censuraban de vano y de soberbio. Hasta los solitarios de Egipto se dejaron preocupar contra él; y teniéndole por hombre que pretendia hacerse estimar y dejar fama de sí por aquella singularidad, estuvieron casi resueltos á tratarle como á excomulgado.

Pero antes de llegar á este extremo, les pareció conveniente hacer una buena prueba. Despacharon á

un solitario para que le intimase de órden de los superiores, que al punto se bajase de la columna, y viniese adonde estaban los demás. Previnieron al que llevaba esta órden que si en oyéndole Simeon hacia resistencia, era señal de que no le gobernaba el espíritu de Dios, y que entónces le hiciese bajar, aunque fuese con violencia; pero que al contrario, si obedecia sin réplica, no podian dudar que su vocacion era de buen espíritu, y que en tal caso se le dejase vivir en paz. Apenas el solitario significó al santo la órden de los superiores, cuando al momento sin replicar, y sin dar la mas leve muestra ó señal de repugnancia, iba á bajar de la columna. Esta pronta obediencia calmó enteramente las dudas, y quedaron todos convencidos de su eminente virtud. Consoláronse y admiráronse los superiores, y le dejaron proseguir libremente sobre la columna.

Desde ella, como desde un altar, se sacrificaba á Dios con oraciones, con genuflexiones y con penitencias sin número. Desde ella predicaba eficazmente dos ó tres veces al dia al innumerable gentío que concurria de todas partes á oirle, y se juntaba al rededor de la columna. Sus sermones eran siempre de la penitencia y del desprecio del mundo, seguidos todos de asombrosas conversiones. Antonio, discípulo de Simeon, refiere que un insigne pecador, llamado Antioco, murió de contricion al pié de la columna. Los Sarracenos, los Persas, los Etíopes, y otras muchas naciones idólatras venian en tropas á pedir el bautismo despues de haber visto ó de haber oido al santo.

Veranio, rey de Persia, y la reina su mujer, dieron público testimonio de lo mucho que le veneraban. Los príncipes árabes le respetaron; y los emperadores cristianos acudian á él en las necesidades públicas del Estado y de la Iglesia. Todos estos hono-

res no alteraron su humildad. Es verdad que el Señor tuvo cuidado de mantenerle en ella por medio de fuertes pruebas, permitiendo que fuese casi continuamente ejercitado con violentas tentaciones, para conservarle siempre mas humilde y mas vigilante sobre sí mismo; y en cierta ocasion permitió el mismo Señor que estuviese casi á pique de caer en el lazo que le armó el demonio.

Trasformóse en ángel de luz este enemigo de la salvacion de los hombres, y quiso persuadir á nuestro santo que ya no gustaba Dios de aquel género de vida, y que queria le sirviese en otra parte. Pero haciendo la señal de la cruz, desapareció el fantasma, y el santo descubrió entonces el lazo; pero, pareciéndole que se habia dejado llevar algun tanto de la ilusion, para hacer penitencia por su demasiada credulidad, se condenó á tener un pié levantado toda la vida. Esta postura tan penosa, sobreviniendo despues el frio del invierno, le abrió una grande úlcera en la pierna, que le causaba intensísimos dolores; pero tenia gran cuidado de recoger los gusanos que se le caian, y volver á ponerlos en la llaga.

Asegura Teodoreto que casi era su único alimento la divina Eucaristía, que recibia de ocho en ocho dias, pasando las cuaresmas enteras sin tomar otro bocado, y casi todo el año sin comer ni beber.

En medio de una vida tan extraordinariamente dura, que se podia llamar un martirio continuado, ó un milagro de penitencia, se admiraba siempre aquella afabilidad, aquella igualdad de humor, aquella dulzura inalterable, que hacen el carácter de la verdadera virtud, y que no contribuyeron poco á la conversion de tantos pueblos.

Jamás permitió que mujer alguna entrase dentro de la clausura de su ermita, esto es, en el recinto del muro que cercaba su columna; y costó la vida á una

dama que, por curiosidad ó por imprudente devocion, quiso violar esta ley. Disfrazóse en hombre; pero apenas puso el pié dentro de la puerta, cuando expiró.

Finalmente sintió que se iba acercando su fin este gran santo, célebre por tantos milagros, dotado del don de profecía, colmado de merecimientos, y consumado por un martirio tan largo de penitencia; y redoblando entonces su fervor, se inclinó para hacer oracion, segun su costumbre, en cuya postura entregó su alma al Criador, por los años de 462, teniendo 69 de edad, y habiendo pasado 47 sobre diferentes columnas.

Su discípulo Antonio estuvo tres dias sin conocer que habia muerto, creyendo siempre que estaba en oracion. Luego que se esparció esta noticia, el patriarca de Antioquía, acompañado de seis obispos, de los oficiales del emperador y un infinito concurso de todo género de gentes, acudió al lugar donde habia muerto el santo. Los obispos bajaron el santo cuerpo, y le colocaron al pié del altar que estaba enfrente de la columna, y en el cual se le decia misa cuando vivo. Fué menester que seis mil hombres de las tropas del emperador fuesen escoltando este precioso tesoro, que se llevó á Antioquía como en pompa y como en triunfo. En el camino hizo una multitud de milagros. Quiso el emperador Leon que sus reliquias fuesen conducidas á Constantinopla; pero al cabo desistió de su empeño, rindiéndose á las instantes súplicas de los vecinos de Antioquía. Edificóse luego en aquella patriarcal una magnífica iglesia en honor del santo, donde fueron continuando los milagros y creciendo la devocion de los pueblos. El Martirologio romano no hace memoria de san Simeon hasta el dia 5 de enero; pero se adelanta hoy el compendio de su vida porque mañana se ha de hablar de la vigilia de la Epifanía.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La Octava de los santos Inocentes.

En Creta, san Tito, á quien ordenó san Pablo obispo de esta isla, en donde, despues de haber llenado con mucha fidelidad el ministerio de la predicacion evangélica, acabó dichosamente sus dias, y fué enterrado en la iglesia que habia sido cometida á sus cuidados por el santo apóstol.

En Roma, san Prisco, presbítero, san Prisciliano, clérigo, y santa Benita, mujer piadosa, que alcanzaron la palma del martirio, bajo Juliano el apóstata, muriendo con la espada.

Además, en Roma, santa Dafrosa, mujer de san Flaviano, mártir, la cual, despues de la muerte de su marido, fué primeramente desterrada, y decapitada despues bajo el mismo emperador.

En Bolonia, los santos Hérmes, Ageo y Cayo, que sufrieron el martirio bajo el emperador Maximiano.

* En Adrumeto, en Africa, la conmemoracion de san Mávilo, el cual, habiendo sido expuesto á las bestias por órden del cruelísimo presidente Scápula, en la persecucion del emperador Severo, recibió la corona del martirio.

En Africa, los santos y muy ilustres mártires Aquilino, Gémino, Eugenio, Marciano, Quinto, Teódoto y Trifon.

En Langres, san Gregorio, obispo, célebre por sus milagros.

En Reims, san Rigoberto, obispo y confesor.

La misa es en honra de los santos Inocentes, cuya octava celebra hoy la santa Iglesia; y la oracion es la que sigue.

Deus, cujus hodiernâ die præconium Innocentes marty-

Dios y Señor, cuya gloria confesaron hoy los santos mártires

res non loquendo, sed moriendo confessi sunt: omnia in nobis vitiorum mala mortifica, ut fidem tuam quam lingua nostra loquitur, etiam moribus vita fateatur: Per Dominum nostrum...

Inocentes, no con sus palabras, sino con su muerte y con su sangre, haced que mueran en nosotros todas las pasiones y todos los vicios, para que aquella fe que confesamos con la boca, la confiese tambien nuestra vida con las costumbres: Por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina...

La epístola es del cap. 14 del Apocalipsis de san Juan.

Et vidi: et ecce Agnus stabat supra montem Sion, et cum eo centum quadraginta quatuor millia habentes nomen ejus, et nomen Patris ejus scriptum in frontibus suis. Et audivi vocem de cœlo, tanquam vocem aquarum multarum, et tanquam vocem tonitrui magni: et vocem, quam audivi, sicut citharædorum citharizantium in citharis suis. Et cantabant quasi canticum novum ante sedem, et ante quatuor animalia, et seniores: et nemo poterat dicere canticum nisi illa centum quadraginta quatuor millia, qui empti sunt de terra. Hi sunt, qui cum mulieribus non sunt coinquinati: Virgines enim sunt. Hi sequuntur Agnum quocumque ierit. Hi empti sunt ex hominibus primitiæ Deo, et Agno, et in ore eorum non est inventum mendacium: sine macula enim sunt ante thronum Dei.

En aquellos dias, vi al Cordero que estaba en pié sobre el monte Sion, y con él á ciento cuarenta y cuatro mil personas que tenian su nombre y el nombre de su Padre escrito en sus frentes. Y oí una voz del cielo, como el ruido de muchas aguas, y como el estallido de un gran trueno. Y la voz que oí era como de músicos que tañian sus arpas. Y cantaban como un cántico nuevo delante del trono, y delante de los cuatro animales y de los ancianos: y ninguno podia cantar este cántico, sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil, que fueron rescatados de la tierra. Estos son los que no se mancharon con mujeres; porque son vírgenes. Estos siguen al Cordero donde quiera que fuere. Estos han sido rescatados de entre los hombres, para ser las primicias de Dios y del Cordero: y en su boca no se halló la mentira: porque estan sin mancilla ante el trono de Dios.

NOTA.

« *El libro del Apocalipsis* es el libro de las revela-
» ciones que tuvo san Juan evangelista en la isla de
» Pathmos, que está en el Archipiélago, adonde le
» habia desterrado el emperador Domiciano. Tuvo
» muchas visiones, que debajo de diferentes figuras
» le representaban lo que habia de suceder á la Iglesia
» en los siglos venideros. Todo lo que se contiene en
» este libro es misterioso y profético. »

REFLEXIONES.

Solamente en la elevacion del monte, donde el aire es siempre puro, se ve al Cordero inmaculado, y en su compañía aquella multitud de almas escogidas, que no se avergonzaron del Evangelio, y pisando generosamente todos los respetos humanos, hicieron gloriosa vanidad de servirle, llevando escrito su nombre en la misma frente á vista de todo el mundo. Una virtud mediana, una alma tibia y cobarde no pierde jamás de vista la tierra, y así solo ve al Cordero muy de léjos. No basta tener su nombre en la boca; es menester llevarle estampado en la frente. Muchos temen hacer una declaracion tan pública, porque despues es menester sostenerla con una conducta irreprensible. Es menester parecer cristiano; pero támbien es menester que cada uno sea lo que parece. Nuestras costumbres y nuestras operaciones han de decir mudamente la religion que profesamos.

!Qué gran don es la virginidad¡ !Qué excelentes son sus méritos! ¡Qué grandes los privilegios que goza! Solamente los vírgenes siguen al Cordero á cualquiera parte donde vaya; ellos solos estan cerca de su persona; ellos solos, digámoslo así, componen su corte. Como la virginidad es el estado mas perfecto, el mas excelente: cualquier favor señalado, cualquier gracia distinguida parece que se reserva para las al-

mas que la profesan. Quiso Dios que el sacrificio de los vírgenes en la persona de los santos Inocentes consagrase, por decirlo así, las primicias de la redencion. Ciertamente Dios no se complace sino en las almas puras; ellas tienen el privilegio de conocerle mas perfectamente en esta vida, y de ser mas distinguidas en la otra. Para conservarse delante del trono de Dios, es menester no tener mancha.

El Evangelio es del cap. 2 de san Mateo.

In illo tempore: Angelus Domini apparuit in somnis Joseph, dicens: Surge, et accipe puerum, et matrem ejus, et fuge in Ægyptum, et esto ibi usque dum dicam tibi. Futurum est enim, ut Herodes quærat puerum ad perdendum eum. Qui consurgens accepit puerum, et matrem ejus nocte, et secessit in Ægyptum: et erat ibi usque ad obitum Herodis, ut adimpleretur quod dictum est à Domino per Prophetam dicentem: Ex Ægypto vocavi filium meum. Tunc Herodes videns quoniam illusus esset à Magis, iratus est valde, et mittens occidit omnes pueros, qui erant in Bethlehem, et in omnibus finibus ejus, à bimatu et infra, secundum tempus, quod exquisierat à Magis. Tunc adimpletum est quod dictum est per Jeremiam Prophetam dicentem: Vox in Rama audita est, ploratus et ululatus multus, Rachel plorans filios suos, et noluit consolari, quia non sunt.

En aquel tiempo: el ángel del Señor se apareció en sueños á José, y le dijo: Levántate, y toma al niño y su madre, y huye á Egipto, y estáte allí hasta que yo te avise: porque ha de acontecer que Herodes busque al niño para matarle. Levantándose José, tomó al niño y á su madre de noche, y se retiró á Egipto: y estuvo allí hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliese lo que dijo el Señor por el profeta, que dice: Llamé á mi hijo del Egipto. Entonces Herodes, viéndose burlado por los Magos, se irritó sobremanera, é hizo matar á todos los niños que habia en Belen y en todos sus contornos, de dos años y de ahí abajo, conforme al tiempo que habia averiguado de los Magos. Entonces se cumplió lo que estaba dicho por el profeta Jeremías: Oyóse en Rama una voz, mucho llanto y gemidos: Raquel, que llora á sus hijos, y no quiso ser consolada, porque no existen.

MEDITACION

DE LA ESTRECHA NECESIDAD QUE TODOS TENEMOS DE CONVERTIRNOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera si quisieras morir en la disposicion en que te hallas, con los defectos que tienes, y con los remordimientos de conciencia que te punzan. ¿Pues para qué dilatas á otro tiempo esta indispensable reforma?

¡Cosa extraña! todos convienen en que tienen necesidad de convertirse; pásanse las reflexiones, las meditaciones en conocer los defectos, los vicios que nos dominan; y despues de dos años, de seis años, de diez años que se ha hecho esta revista, que se ha hecho esta confesion, todavía la conversion, la reforma de las costumbres se está por hacer.

Si creemos que tenemos necesidad de convertirnos algun dia, ¿qué razon tenemos para no convertirnos el dia de hoy? ¿Tememos acaso convertirnos muy temprano? ¡Pero ah! que aunque lo hiciéramos hoy, siempre tendríamos el dolor de haberlo hecho muy tarde!

Eres jóven, eres mozo; ¿y por ventura Dios nos pide únicamente los años, los dias de la vejez? Eres rico, estás en empleo, eres hombre distinguido; ¿luego es menester vivir en pecado? ¿luego es menester proseguir en ofender á Dios? ¿luego es menester menospreciar su gracia? Causan horror estas consecuencias; pero ¿se razona de otra manera, cuando se dilata la conversion con tan frívolos pretextos? Tú no te quieres convertir hoy; pues tampoco te convertirás mañana. Cuanto mas adelante vayas, tendrás que vencer mayores dificultades. Si hoy te dominan las pasiones, el interés y los respetos huma-

nos, mañana te tiranizarán. No hay que perder tiempo, porque todo se puede temer cuando se pierde el tiempo y no se aprovecha la gracia, cuando se resiste á estas reflexiones, á estas inspiraciones apretantes, de que quizá está pendiente tu eterna salvacion.

¿Señor, si serán de esta consecuencia las que yo siento en este instante? Si lo son, y las desprecio ¡desdichado de mí! Ya es tiempo que se acaben mis irresoluciones: esto es hecho; quiero ser vuestro, mi Dios, quiero ser vuestro sin reserva. Ya no mas medios deseos, ya no mas vanos pretextos, ya no mas peligrosas dilaciones.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que hay circunstancias favorables, hay ciertos modos felices en órden á la salvacion, los cuales importa mucho aprovechar bien, y es muy peligroso despreciarlos. ¿Quién nos ha dicho que no es el dia de hoy ese dia crítico? Dios llama, Dios solicita, Dios aprieta con voces interiores; ¡pero que mucho hay que temer cuando Dios calla!

¡Qué ocasion mas favorable para la conversion de Herodes, qué momento mas feliz que el arribo de los Magos! ¡Qué dicha la de este rey, si de buena fe hubiera querido buscar á su Dios y á su Salvador, que le advirtió de su venida, y le convidó para que fuese á visitarle! Tuvo Herodes pensamiento de hacerlo; no cesó la gracia de solicitarle interiormente: este es el momento crítico de la salvacion. ¿Y esta misma meditacion no será acaso para alguno este crítico momento? Resistió Herodes á la gracia; despertósele el temor, la ambicion, los vanos zelos de estado; revolviéronsele todas las pasiones; ¡y en qué excesos de impiedad, de furor y crueldad no precipitaron á este tirano! ¡O qué desdicha es hacer á la gracia resistencia!

Demasiado tiempo ha, Señor, que yo resisto á las que vos me dispensais benignamente; eternamente sea bendita vuestra misericordia, porque habeis querido aguardarme hasta este dia. Conozco que tengo necesidad de reformar mis costumbres, de vencer mis pasiones, de arreglar mi vida segun vuestras máximas. Sea siempre, Señor, vuestra gracia mas abundante, porque pretendo no dilatar mi conversion ni un solo dia.

JACULATORIAS.

Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum. Psalmo 56.

Mi corazon está preparado, Dios mio, mi corazon está preparado á hacer vuestra divina voluntad.

Diligam te, Domine, fortitudo mea. Psalm. 17.

Sí, mi Dios y mi Señor, yo os amaré en adelante; yo os amaré, siendo vos mi fortaleza; espero amaros por toda la eternidad, á pesar de mi enemigo el demonio.

PROPOSITOS.

1. Inútilmente se concluye la necesidad de enmendarse, si la vida no acredita prácticamente la enmienda. Examina sériamente y con un espíritu verdaderamente cristiano todo lo reprensible que hay en tí, todo lo que necesita reformarse. ¿No hay alguna mala costumbre? ¿No hay alguna ocasion próxima ó remota? Ese espíritu altanero, ese genio impaciente, ese humor colérico; esa habitual delicadeza en el comer, en el vestir, y en todo lo que se hace; esa negligencia voluntaria en el cumplimiento de las obligaciones del estado ú del empleo; esa falta de devocion, y aun de respeto en los ejercicios mas sagrados de la religion; esa indevocion diaria que casi ha pasado ya á naturaleza, sobrados materiales ofrecen

para una gran reforma. Señala dos ó tres defectos de estos, escogiendo los mas capitales, y no dejes pasar este dia sin haber puesto en práctica lo que hubieres determinado.

2. Acude hoy á la iglesia, asiste al santo sacrificio de la misa, haz tus ejercicios espirituales con tanta modestia, con tanto fervor, con tanta devocion, que sean como pruebas efectivas de la sinceridad de tus propósitos. Muestra en todas ocasiones aquella dulzura, aquella modestia cristiana de la cual nos dió Jesucristo tan bellas, tan concluyentes y tan expresivas lecciones. Y para nutrir, para fomentar esta buena voluntad, este nuevo fervor, repite muchas veces entre dia las palabras del profeta: Mi corazon está preparado, Señor, mi corazon está preparado, *Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum.* Ps. 56.

DIA QUINTO.

LA VIGILIA DE LA EPIFANÍA.

Celebra hoy la Iglesia el oficio, y hace como la fiesta de la Epifanía, para disponer los fieles con un modo particular á la celebracion de este gran misterio, y para darles con esta festividad preparatoria una idea mas alta de la solemnidad de mañana.

Lo que singularmente hizo mas célebre en la Iglesia esta vigilia, fué el bautismo de los catecúmenos, cuya ceremonia se hacia esta noche en el Oriente con mayor pompa y con mas solemne aparato, que se ejecutaba en el Occidente la vigilia de pascua de Pentecostes. Encendíase esta noche un gran número de lámparas, de velas y de hachas; el pueblo la pa-

saba toda en la iglesia, dedicado á ejercicios de leccion y de oracion.

Habiéndose mudado la costumbre de las vigilias nocturnas, se trasladó esta fiesta al dia precedente, con el oficio y con parte de las ceremonias. Dispensóse en el ayuno, que siempre servia de preparacion á las mayores solemnidades, en atencion á que este dia estaba comprendido entre Navidad y Reyes, cuyo tiempo se consideraba como una fiesta continuada: *Inter natale Domini et Epiphaniam omni die festivitates sunt*, dice el concilio Turonense; porque el ayuno siempre debe ir acompañado de luto y de tristeza, y la fiesta está pidiendo gala y alegría.

No contribuia poco á esta misma solemnidad la bendicion de las aguas que llaman *saludables*; la cual se hacia tal noche como esta para bautizar á los catecúmenos. Y es que la Iglesia, siguiendo una tradicion antiquísima, siempre hacia memoria del bautismo de Jesucristo en el mismo dia de la Epifanía.

San Juan Crisóstomo dice en un sermon que los fieles de su tiempo, aun los que ya estaban bautizados, tenian la devocion de lavarse con estas aguas, como santificadas por la bendicion de la Iglesia, y de llevarlas á sus casas. A la media noche de esta solemne fiesta, dice este padre, todos los fieles, despues de haberse lavado con las aguas saludables, que por la bendicion de la Iglesia estan como revestidas de la virtud de aquellas que consagró con el bautismo el Salvador del mundo, las llevan á sus casas, y las guardan dos y tres años, conservándose tan claras y tan puras como si acabaran de salir de la fuente: *Biennio et triennio sæpe, quæ hodie fuit hausta, incorrupta et recens permanet, ac post tantum temporis cum iis quæ fuerunt à fontibus eductæ, certant.*

Aunque los Orientales incurrieron despues en una infinidad de errores, y casi todos estan divididos por

el cisma y por la herejía, se observa que casi todos han conservado esta ceremonia. Cada territorio bendice el rio que le baña con largas oraciones y preces; y despues concurre un inmenso gentío de todas condiciones y estados á meterse en él, como para renovar su bautismo en memoria del de Jesucristo. Esta ceremonia se observó tambien por algun tiempo en las iglesias de Africa, como lo prueba el milagro que hizo san Eugenio, obispo de Cartago, curando á un ciego la vigilia de la Epifanía, durante la bendicion de las aguas bautismales, en presencia de todo el pueblo que asistia á los solemnes oficios de la noche.

La Iglesia latina no siguió la misma costumbre, teniendo por mas conveniente practicar la ceremonia de bendecir las aguas bautismales en la vigilia de Pascua y de Pentecostes; pero con todo eso celebró siempre la vigilia de la Epifanía con tanta solemnidad, que aun en las vísperas del dia precedente hace memoria de ella, como de fiesta muy particular.

Aunque por justos motivos suprimió la Iglesia el estilo de pasar en oracion las noches de las vigilias, llamadas así porque en ellas se velaba y no se dormia, preparándose los fieles de esta manera para celebrar la fiesta del dia subsiguiente, no por esto les dispensó de esta preparacion. Con este espíritu quiere que se ayune en las mas de las vigilias; y aunque en la de hoy dispensa el ayuno por la razon que llevamos insinuada, no es su ánimo dispensar en las otras buenas obras que deben acompañarle; antes desea que esta mortificacion se supla con el ejercicio de una devocion mas fervorosa.

Es error pensar que las fiestas no son mas que dias de descanso, y es mayor error imaginarlas como dias que se deben dedicar á profanas diversiones. Césase en ellas, es verdad, de toda obra servil; pero es úni-

camente para que nos entreguemos con mayor desembarazo á las sagradas, las que inmediatamente se dirigen al mayor bien de nuestras almas. Los dias de fiesta son dias de alegría, no lo niego; pero de una alegría toda espiritual y toda santa.

Tambien es cierto que en los primitivos tiempos de la Iglesia se estilaban muchos festines y convites en los dias de fiesta. ¿Pero qué convites, y qué festines? Aquellos, dice Tertuliano, en que reinaba la frugalidad, se servia la templanza, y se hacia ostentacion de la piedad; festines que instituia la caridad, y alentaba la religion, para contraponerlos á los escandalosos excesos de los paganos. Su mayor aparato era la modestia; llamábanse *caridades*, porque todo el gasto que se hacia era principalmente en obsequio de los pobres. *Vocatur Agape, id quod penes Græcos dilectio est, quantumcumque sumptibus constet, lucrum est, pietatis nomine facere sumptum; siquidem inopes quoque refrigerio isto juvamus.* Los gastos que se hacen en obsequio de la caridad no son gastos, que son lucros; empléanse aquellos no tanto en el regalo de los ricos, como en el refrigerio de los pobres. Así se explica Tertuliano. Y pregunto: ¿pudiera explicarse así, si hablara de los festines y de los convites que en los dias de fiesta se suelen hacer en nuestros tiempos?

Cada dia se ve que todo lo que es conforme á la inclinacion de nuestros sentidos, por santo que sea en su primitiva institucion, presto degenera en reprensibles excesos. Aquellos convites de la caridad y de la religion, degeneraron ya en banquetes de la vanidad, y no pocas veces del desórden. Hácense grandes gastos para contentar la gula de los ricos, no para satisfacer la necesidad de los pobres. ¿Y cuántas veces, á costa del sudor, y aun del crédito de los pobres, banquetean tiranamente los ricos? Entre los

fieles no debiera haber convite en que no fuesen los pobres los primeros convidados.

Es probable que la costumbre de echar rey en este dia sea muy antigua, y tambien muy loable en su principio. Quizá se introduciria para que en cada casa, en cada familia hubiese uno que con el nombre de rey, á imitacion de los Magos, se esmerase en adorar y reverenciar el dia de mañana á Jesucristo. Hace verosimil esta conjetura el no descubrirse rastro de supersticion en esta costumbre, y el contar que siempre la practicaron las familias mas piadosas y arregladas. Pero el tiempo todo lo vicia, siendo cierto que las costumbres mas honestas y mas santas degeneran en reprensibles excesos, pasando á ser usos ilícitos y licenciosos por la depravada corrupcion del corazon humano.

SAN TELESFORO, PAPA Y MÁRTIR.

San Telesforo, griego de nacimiento, sucedió al papa Sixto I, y fué el octavo pontífice romano despues de san Pedro. Tenia la Iglesia necesidad de un pastor magnánimo, brioso y científico, en tiempo que el furor de los gentiles la perseguia de muerte, y la perversidad de los herejes no perdonaba medio para corromper el sagrado depósito de la fe y santidad de las costumbres. Todo este auxilio logró en Telesforo, que, elevado á aquella primera cátedra, se portó como un verdadero sucesor del Príncipe de los Apóstoles. No faltaron en su tiempo ocasiones para demostrarlo. Los discípulos de Basilíades antioqueno, hombre de ingenio agudo y perverso, socio de Saturnino y discípulo de Menandro, penetraron hasta Roma, con el fin de sembrar en ella el veneno de su impía doctrina contra el Redentor del mundo; Cerdon, otro

heresiarca maligno, que por principios de su secta establecia dos dioses, uno bueno y otro malo, despreciaba el antiguo Testamento, profetas y revelacion, y negaba que Jesucristo hubiese nacido de Santa Maria Vírgen, tenido verdadera carne, padecido y muerto en realidad, y con los sofismas de que se valia, tenia engañados á no pocos hombres simples: este y otros monstruos del infierno, que se reunieron en la capital del orbe cristiano, perseguian á la Iglesia con mas daño que los mismos gentiles; de forma que la pusieron en el extremo de peligrar, si aquel Señor que afianzó en sus promesas su eterna estabilidad contra el poder del abismo, no hubiera providenciado un pastor tan zeloso, eficaz é invencible como Telesforo, que, oponiéndose á semejantes fieras, no omitió medio alguno que pudiera contribuir á sepultar la perversidad de tan detestables doctrinas.

Echó Dios sus bendiciones sobre los zelosos trabajos de este insigne pontífice, por cuyos desvelos se vió libre el rebaño de Jesucristo de las enfermedades contagiosas de las herejías, con suceso tan feliz, que en su tiempo se vió en Roma, centro de la unidad y de la fe, florecer esta, el fervor de los fieles, y santidad de sus costumbres.

No satisfecho su zelo con tan penosa fatiga, deseoso de dilatar el reino de Jesucristo, envió muchos operarios apostólicos por diferentes partes del mundo á que predicasen el santo Evangelio, y con la luz de su celestial doctrina ilustrasen á los miserables infieles sumergidos en las tinieblas de la idolatría. Aun en tiempos tan turbulentos como fueron los de su pontificado, encontró lugar su solicitud para establecer varios reglamentos utilísimos sobre disciplina eclesiástica. Fué memorable entre ellos, las disposiciones de que los obispos y sacerdotes de Dios no fuesen acusados por alguno de los seculares, ni man-

chados con cualquiera clase de calumnias; que no se juzgase al prójimo con temeridad, especificando la clase de acusadores que debian admitirse en los juicios, y mostrando con muchos testimonios de la santa Escritura la malicia de los que fuesen tales contra los siervos de Dios.

Asimismo estableció la abstinencia de carnes y delicias por el espacio de siete semanas precedentes á la Pascua de Resurreccion; de modo que, aunque el ayuno cuadragesimal fuese instituido por los apóstoles y observado por tradicion, segun las diversas costumbres de las iglesias, Telesforo le ordenó, en el tiempo dicho por constitucion perpetua. Tambien dispuso que en la noche de la Natividad de Nuestro Salvador se celebrasen tres misas: una al comedio de ella, en que nació Jesucristo; otra al romperse la aurora, cuando fué adorado por los pastores; y otra en la hora de tercia, en señal de la luz que brilló sobre nosotros por el nacimiento del Mesías; con la prevencion de que en estas y otras misas solemnes se rezase ó cantase el himno *Gloria in excelsis Deo,* y de que en el santo sacrificio se dijese el Evangelio antes del cánon. Cuatro veces hizo órdenes en el mes de diciembre, en las que creó diez y nueve presbíteros, diez y ocho diáconos y trece obispos para diversas iglesias.

Despues de once años, nueve meses y tres dias que gobernó la Iglesia como pastor zelosísimo, terminó su carrera con la gloria del martirio en tiempo del emperador Antonino Pio (1), en el dia 5 de enero

(1) Parecerá acaso extraordinario que san Telesforo haya sido martirizado bajo Antonino Pio, pues, segun atestigua Tertuliano (*Apolog.* cap. v.), gozó la Iglesia de paz en su reinado; y aun añade Eusebio, en su *Historia* (lib. IV, cap. 12.), que este emperador hizo extender un edicto en favor de la religion cristiana: mas este mismo autor dice tambien que el principio de su reinado no fué favorable á los cristianos, y que se hizo morir á muchos, de cuyo número fué san Telesforo.

del año 150, en el que hace mencion de este insigne pontífice el Martirologio romano, cuyo zelo, santidad y sabiduría elogian san Ireneo, Tertuliano, Epifanio y san Agustin, entre otros muchos escritores antiguos. Su cuerpo fué sepultado en el Vaticano, inmediato al de san Pedro.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La Vigilia de la Epifanía de nuestro Señor.

En Roma, san Telesforo, papa, que llegó á la gloria del martirio bajo Antonino Pio, despues de haber sufrido mucho en defensa del nombre de Jesucristo.

En Egipto, la conmemoracion de muchos santos mártires, que se hizo morir en la Tebáida con diversos géneros de torturas, durante la persecucion de Diocleciano.

En Antioquia, san Simeon, solitario, que estuvo muchos años de pié sobre una columna, lo que hizo darle el nombre de Estilita: toda su vida no fué mas que un largo tejido de maravillas.

En Inglaterra, san Eduardo, rey, ilustre por su castidad y por el don de milagros. Un decreto del papa Inocencio XI ha fijado su fiesta en el 13 de octubre, dia de la traslacion de su cuerpo.

En Alejandría, santa Sinclética, cuyas bellas acciones han sido descriptas por san Atanasio.

En Roma, santa Emiliana, vírgen, tia de san Gregorio, papa, la cual habiendo sido llamada por su hermana Tarsila, muerta hacia poco tiempo, pasò en este dia de la tierra al cielo.

El mismo dia, santa Apolinaria, vírgen.

La misa de hoy es de la vigilia de la Epifanía, y la oracion es la siguiente.

Omnipotens sempiterne Deus, dirige actus nostros in beneplacito tuo: ut in nomine dilecti Filii tui mereamur bonis operibus abundare: Qui tecum vivit, et regnat...

Todo poderoso y sempiterno Dios, dirigid todas nuestras acciones segun la regla de vuestra divina voluntad; para que, en el nombre y por los merecimientos de vuestro querido Hijo Jesucristo, podamos producir en abundancia frutos saludables de buenas obras: por el mismo Señor nuestro Jesucristo, que contigo vive y reina.

La epístola es del cap. 4 de san Pablo á los Gálatas.

Fratres: Quanto tempore hæres parvulus est, nihil differt à servo, cum sit dominus omnium: sed sub tutoribus, et actoribus est usque ad præfinitum tempus à Patre: ita et nos, cum essemus parvuli, sub elementis mundi eramus servientes. At ubi venit plenitudo temporis, misit Deus Filium suum factum ex muliere, factum sub lege, ut eos, qui sub lege erant, redimeret, ut adoptionem filiorum reciperemus. Quoniam autem estis filii, misit Deus Spiritum filii sui in corda vestra clamantem: Abba, Pater. Itaque jam *non est* servus, sed filius, Quod si filius, et hæres per Deum.

Hermanos, mientras que e heredero es párvulo, en nada se diferencia de un esclavo, siendo el señor de todo; sino que está bajo los tutores y curadores hasta el tiempo determinado por su padre. Así tambien nosotros, cuando éramos niños, estábamos sujetos á los primeros rudimentos del mundo. Mas cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios á su *Hijo hecho de una mujer*, sujeto á la ley, para que redimiese á los que estaban bajo la ley, para que recibiésemos la adopcion de hijos. Mas como sois hijos, envió Dios á vuestros corazones el espíritu de su Hijo, que clama: Abba, esto es Padre. Así pues, ya no es esclavo sino hijo. Y si es hijo, es tambien heredero de Dios por Cristo.

NOTA.

« Los Gálatas, á quienes escribia san Pablo, eran
» de un pueblo del Ásia menor. Habíalos convertido
» este santo Apóstol; pero fueron despues otros falsos
» doctores, que pretendieron engañarlos, persuadién-
» dolos debian sujetarse á la ley de la circuncision,
» y á las otras ceremonias que ordenaba la ley de
» Moises. Para que no cayesen en este error, les escri-
» bió san Pablo desde Efeso la carta de donde se ha
» sacado esta epístola, y la escribió el año 56 de Jesu-
» cristo. »

REFLEXIONES.

¡Qué poco conocemos las grandes ventajas que gozamos en la ley de gracia! Los judíos recibieron las promesas, nosotros recogemos los frutos. ¡Gran lástima será que no estimemos el precio! Como hijos adoptivos de Dios, como coherederos de Jesucristo, somos herederos de Dios mismo: ¿se comprende esta gran dicha, cuando se siente tan poco el perder tan rica herencia? Somos hijos de Dios; ¿y hacemos punto, hacemos vanidad de portarnos como tales? ¿Amamos á Dios, honramos á Dios como si fuera nuestro Padre?

Libres estamos ya de las duras observancias de la ley antigua; en nuestra mano está disfrutar las dulzuras de la nueva. En ella derrama sus dones el Espíritu Santo; en ella se dejan sentir las bendiciones del cielo; en ella todo es auxilios, todo es gracias. Consideremos qué dicha la de ser hijos de Dios, amados de su Espíritu, poder recurrir á él á todas horas, y en todas nuestras necesidades poder llamarle padre á boca llena. ¡O que gran motivo para alentar la confianza!

Por irritado que esté como señor, como Dios y como juez, al fin es siempre nuestro padre: y ¿nuestras cos tumbres, nuestras máximas y nuestra conducta nos acreditan de hijos suyos?

La augusta cualidad de hijos de Dios prevalece á todas las demás; todas las hunde, todas las sorbe. Ser de familia ilustre, ennoblecida por las heróicas hazañas, por los elevados empleos, por el mérito de los antepasados; ocupar un puesto muy distinguido en la monarquía; ser favorecido de un gran príncipe; ser oficial en el ejército; ser ministro de los primeros tribunales; poseer grandes bienes; sobresalir en el ingenio, en el saber, en la elocuencia; estar lleno de títulos pomposos, de magníficos dictados; todos estos son nombres grandes, pero grandes vanidades; nombres vacíos, que nada significan á la hora de la muerte. ¿Qué consuelo, qué confianza, qué prerogativa dan á un moribundo en aquella última hora? ¿Qué estimacion añaden á las cenizas en la sepultura? La cualidad de hijos de Dios es la única que se respeta aun en la otra vida; este es el único título que nos da derecho á la felicidad eterna, á aquella gloria que con nada se oscurece, que no puede borrar la misma muerte. Esta es aquella nobleza que jamás se deslucе; esta aquella cualidad, aquella excelencia en la cual fundan su mérito los mismos ángeles. El nacimiento humilde, la condicion oscura, el oficio vil, la falta de talentos, de recursos, de prosperidades, de bienes de fortuna, todo esto aflige á los que el mundo desprecia: pero ¡qué agravio se hacen á sí mismos en quejarse de su suerte! no de otra manera que si un príncipe heredero presuntivo de la corona, se afligiese por no ser ministro de un consejo, ó gobernador de una plaza. Esos pobrecitos tienen la eminente cualidad de ser hijos adoptivos de Dios: poco conocen la ver-

dadera grandeza, poca idea tienen de la nobleza verdadera los que no hacen mas estimacion de esta eminente cualidad, que de todas las vanidades humanas. *Amados mios*, decia el evangelista san Juan, *ahora somos hijos de Dios; y lo que despues seremos, ahora no se ve. Mirad que grande amor nos ha mostrado el Padre celestial, pues tenemos el nombre de hijos de Dios, y verdaderamente lo somos.* Ut filii Dei nominemur, et simus. *Joan.* 3.

El evangelio es del cap. 2 de san Mateo.

In illo tempore: Defuncto Herode, ecce Angelus Domini apparuit in somnis Joseph in Ægypto, dicens: Surge, et accipe puerum, et matrem ejus, et vade in Israel: defuncti sunt enim, qui quærebant animam pueri. Qui consurgens, accepit puerum, et matrem ejus, et venit in terram Israel. Audiens autem quod Archelaus regnaret in Judæa pro Herode patre suo, timuit illò ire: et admonitus in somnis, secessit in partes Galilææ. Et veniens habitavit in civitate, quæ vocatur Nazareth: ut adimpleretur quod dictum est per Prophetam: Quoniam Nazaræus vocabitur.

En aquel tiempo, muerto Herodes, he aquí que el ángel del Señor se apareció en sueños á José en el Egipto, diciéndole: Levántate, y toma al niño y á su madre, y vuelve á la tierra de Israel: porque ya murieron los que buscaban al niño para matarle. Levantándose pues, tomó al niño y á su madre, y vino á la tierra de Israel. Pero oyendo que Arquélao reinaba en Judea por su padre Herodes, temió ir allá: y avisado en sueños, se retiró á Galilea. Y vino á habitar en una ciudad que se llamaba Nazaret, para que se cumpliese lo que dijeron los profetas: Será llamado Nazareno.

MEDITACION

DEL MODO DE DISPONERSE PARA CELEBRAR LAS FIESTAS GRANDES.

Considera los cuidados que se emplean, los gastos que se hacen, y el tiempo que se gasta en las prevenciones para una fiesta profana; el corazon, el ingenio, el bolsillo, todo se pone en movimiento, todo se ocupa, todo se consume. Llega el dia de la fiesta; ¡qué atencion á que todo esté prevenido, qué ansia de brillar, qué empeño en sobresalir, qué miedo de no dar gusto, de no quedar con lucimiento! Mi Dios! ¿hay las mismas ansias, empléanse los mismos cuidados, hácense las mismas prevenciones para disponerse á la celebracion de nuestros mayores misterios? ¡Qué disposicion para celebrar una fiesta de religion!

No nos pide Dios tanto. Un corazon puro, una fe viva, una devocion tierna, estas son las únicas y las verdaderas disposiciones. Un culto que se contenta con meras exterioridades, mas es hazañería que verdadero acto de religion. Quiere Dios ser adorado en espíritu y en verdad; este es el fin principal á que se dirige la celebridad de nuestras fiestas. Porque, ¿á qué fin renovar todos los años los misterios de nuestra religion, traernos tan frecuentemente á la memoria los beneficios que debemos al Salvador, sino para avivar nuestra fe y para excitar nuestro reconocimiento? ¿A qué fin ese cesar de todas obras serviles, sino para ocuparnos enteramente en las divinas? Son nuestras fiestas solemnidades de religion; ¿será bien hacerlas puramente mundanas y profanas! Quiere Dios ser honrado en ellas con sacrificios que nazcan del corazon,

con públicos homenajes; ¿y se contentará con esas apariciones, á manera de relámpago, con esas entradas y salidas en la iglesia en que tiene mas parte la costumbre y el ir adonde van todos, que la devocion y la piedad?

Celébrase mañana la memoria de la adoracion de los Magos. Todos debemos tambien adorar á Jesucristo. ¿Presentarémonos en su presencia con el corazon manchado y con las manos vacías? ¡Qué indecencia aparecer delante de Jesucristo sin el adorno de su librea! ¡Qué indignidad ponernos á su vista en dia tan grande sin la debida preparacion!

¡Mi Dios, y qué poco concepto he formado yo hasta ahora de la santidad, de la majestad de mi religion, pues he aplicado tan poco, tan ningun cuidado á santificar las mayores fiestas de ella! Sea prueba de mi arrepentimiento la sincera confesion que hago de mi descuido; resuelto estoy á enmendar desde este dia un desórden tan digno de corregirse.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que debe escandalizarnos, pero que no debe admirarnos que los dias mas solemnes del año sean los menos santificados, y sean tambien los mas vacíos: porque ¿cuál es nuestra preparacion para celebrar las mayores solemnidades?

Las vigilias que solo se instituyeron para purificar por medio de la penitencia, de la oracion y del recogimiento un corazon que debe ser presentado al Señor, se han convertido en dias de distraccion y de tumulto. Los negocios, el mundo, la vanidad ocupan todo el tiempo. ¿Estílase otra disposicion para las fiestas? Como el demonio es tan sagaz, se anticipa á hacerse dueño de las primicias, sabiendo bien que el fruto que se podia sacar en estos dias solemnes, depende en gran parte de las vigilias.

No volvió Cristo á Judea hasta que murió el tirano Herodes. Mientras reinen en el corazon humano las pasiones, no hay que esperar que Dios se aposente en él. Si queremos volver á encontrar á nuestro Salvador en estos dias de bendicion, trabajemos desde la víspera en hacer morir dentro de nosotros á todos esos enemigos de nuestra salvacion. Bastó que el hijo de Herodes reinase en Judea para obligar al Salvador á no detenerse en ella. Reinará el Señor de asiento en una alma, llenarála de bendiciones y de dulzuras en abundancia, particularmente en estos dias grandes, como esten desterrados de ella todos sus enemigos.

¿Quiérese gustar de Dios en estos dias solemnes? Pues empléense santamente las vigilias. Si estos son dias de penitencia y de recogimiento, los dias siguientes serán dias de fiesta para el alma. Por eso antiguamente se pasaban en la iglesia todas las noches que precedian á las festividades mas solemnes. Ya que ahora no hagamos tanto, dediquemos por lo menos algunas horas del dia precedente á la oracion y al recogimiento. ¿Somos por ventura menos cristianos que nuestros padres y nuestros abuelos? pues ¿porqué seremos menos zelosos y menos devotos?

Dios mio! uno y otro lo espero de vuestra misericordia; y pues me habeis hecho la gracia de darme á conocer y detestar el error en que he vivido hasta aquí, descuidado de una preparacion tan necesaria; disponed que al cuidado que desde hoy en adelante he de aplicar para celebrar con devocion las fiestas de la Iglesia, corresponda el solemnizarlas segun el espíritu de vuestra divina intencion, logrando de esa manera que estos dias grandes sean para mí dias de bendicion y de salud.

JACULATORIAS.

Hodiè scietis quia veniet Dominus, et manè videbitis gloriam ejus. Exod. 16.
Hoy sabrás que ha de venir el Señor, y mañana te manifestará su gloria.

Præparate corda vestra Domino, et servite ei soli: Cras solemnitas Domini est. 1. Reg. 7. Exod. 32.
Disponed vuestros corazones para servir al Señor, y servidle á él únicamente, porque mañana es el dia de su solemnidad.

PROPOSITOS.

1. Fuera del recogimiento interior y del espíritu de retiro que has de procurar observar este dia, dispon tus negocios de manera que te pueda quedar libre una parte de la tarde para prepararte á tan grande solemnidad. Si se puede, será muy conveniente confesarse desde la víspera; porque ninguna preparacion es mas eficaz, ni contribuye tanto al recogimiento. A lo menos, cuando esto no se pueda, se debe hoy disponer la confesion para mañana. Asiste á las vísperas solemnes de esta tarde, y pasa una buena parte de ella en la iglesia, empleándola en oracion y en ejercicios de piedad, ya que no está en estilo pasar la noche como antiguamente.

2. Retírate á casa á buena hora para dar algo de mas tiempo á la leccion espiritual. Despues de cenar junta los hijos y la familia; haz que se lea la historia del misterio de mañana; explícales la devocion con que deben celebrarle, y exhórtalos á que confiesen y comulguen, y á que asistan con devocion á la misa mayor y á los divinos oficios. ¡Qué abundantes bendiciones derramaria el Señor en todas las familias, si los amos y padres de ellas se aplicaran con mas desvelo al cui-

dado de la salvacion de los que Dios ha confiado á su direccion y gobierno! Por medio de estos ejercicios, y por la fidelidad en cumplir exactamente semejantes devociones, llegan las almas á la santidad, como á cada uno se lo enseñará bien presto su experiencia.

DIA SEXTO.

LA EPIFANÍA, POR OTRO NOMBRE, LOS REYES.

La Epifanía, que significa aparicion ó manifestacion del Salvador en el mundo, siempre fué reputada por una de las fiestas mas célebres y mas solemnes en la Iglesia de Dios, ya sea por los tres misterios que se comprenden en esta solemnidad, ya sea porque se considere como fiesta peculiar de la vocacion de los gentiles á la fe.

Tres misterios se celebran en una sola fiesta, por ser tradicion antiquísima que sucedieron en un mismo dia, aunque no en un mismo año; la adoracion de los Reyes, el bautismo de Cristo por san Juan, y el primer milagro que hizo Jesucristo en las bodas de Caná de Galilea. Esta palabra griega *Epifania*, que significa aparicion ó manifestacion, conviene perfectamente á todos tres misterios. Manifestóse el Señor á los Magos cuando por medio de la estrella milagrosa le vinieron á reconocer por su rey, por su Dios, por su salvador, y de todo el género humano. Manifestóse su divinidad en el bautismo por medio de aquella voz del cielo que la declaró, y se manifestó su omnipotencia en el primer milagro que hizo. Por haber sido estos los principales medios de que Dios se valió para manifestar en la tierra la gloria de su Hijo, los comprende todos la santa Iglesia en el nombre de Epifa-

nía, aunque sola la adoracion de los reyes es como el principal objeto del oficio de la misa, y de la solemnidad presente.

Es muy probable que en el mismo punto en que los ángeles estaban anunciando á los pastores el nacimiento del Mesías en Judea, la nueva estrella lo anunciaba tambien en el Oriente. Fué sin duda observada de otros muchos, porque su extraordinario resplandor y la irregularidad de su curso la hacia distinguir entre todas la demás; pero solamente los Magos, ilustrados de lumbre superior, conocieron lo que significaba aquel fenómeno; y ni un momento dudaron en ir á buscar al que anunciaba la estrella.

Los Orientales llamaban magos á sus doctores, como los Hebreos los llamaban escribas, los Egipcios profetas, los Griegos filósofos, los Latinos sabios; y esta palabra *mago* en lengua persa tambien significa sacerdote. En todas estas partes les respetaban sumamente los pueblos, teniéndolos como por depositarios de la ciencia y de la religion. La Iglesia da el nombre de reyes á estos tres hombres ilustres, fundada en aquellas palabras de David: *Los reyes de Társis y de las islas, los reyes de Arabia y de Sabá vendrán á ofrecerle dones* en prendas de su veneracion, de su fidelidad y de su obediencia. Tambien se funda en una tradicion tan antigua, que no es fácil encontrarla principio, hallándose pinturas antiquísimas, que los representan personas coronadas con todas las insignias de la majestad. Añádese á esto el testimonio de los padres mas célebres de la Iglesia, como Tertuliano, san Cipriano, san Hilario, san Basilio, san Juan Crisóstomo, san Isidoro, el venerable Beda, Teofilato, y otros muchos. Es cierto que las naciones orientales, cuando los reinos eran electivos, escogian reyes entre los filósofos; y si eran hereditarios, procuraban instruir en las ciencias á los príncipes, de

manera que pudiesen merecer el título de sabios. Así lo observa Platon tratando de la educacion de los príncipes de Persia; añadiendo que sobre todo la astronomía era estimada como la ciencia mas digna de los soberanos.

Habiendo, pues, observado estos tres monarcas, á quienes algunos llaman Gaspar, Baltasar y Melchor, el dia 25 de diciembre, una estrella mas brillante que las ordinarias, juzgaron que era aquella estrella de Jacob, anunciada por el profeta Balán (cuyas profecías tenian bien estudiadas) como señal de un rey que habia de nacer para salud de todo el género humano. Alumbrados al mismo tiempo con una luz interior, por la cual conocieron que aquel astro les serviria de guia para encontrar al Mesías, tomaron el camino de Judea donde sabian por la tradicion que habia de nacer aquel rey tan deseado de todas las naciones. El evangelista solamente nos previene que vinieron del Oriente, esto es, de un pais que era oriental respecto de Jerusalen y de Belén. La opinion mas verosímil es que vinieron de la Arabia feliz, habitada por los hijos que Abraham tuvo de Cetura su segunda mujer, es á saber, por Jectan, padre de Sabá, y por Madian, padre de Efá. Esto lo tenia pronosticado David bien claramente, cuando dijo que *el Mesías seria adorado por el rey de los Arabes y de Sabá, quien le ofreceria oro de Arabia*. Y el profeta Isaías habia anunciado lo mismo, diciendo *que vendrian de Madian y de Efá sobre camellos, como tambien de Sabá, para reconocerle, ofreciéndole incienso y oro, y publicando en todas partes sus alabanzas*. No favorecen poco á esta opinion las especies de dones que le ofrecieron; porque el oro, el incienso y la mirra nacen principalmente en la Arabia. Fueron guiados los Magos por la estrella durante todo el viaje, que fué de doce dias, ó cerca de ellos. Servíales de guia este luminoso astro, no de otra manera

que la columna de fuego que iba conduciendo á los Israelitas por el desierto cuando salieron de la esclavitud de Egipto para la tierra de promision; pero cuando los reyes se acercaron á Jerusalen, desapareció la estrella. Por eso entraron en aquella corte preguntando por el nuevo rey, cuyo nacimiento les habia anunciado la estrella en el Oriente. Fué grande la conmoción que causó ver á unos hombres de aquel carácter, que venian de pais tan distante preguntando por un nuevo rey de los Judíos, á quien los mismos Judíos no conocian, ignorando del todo su nacimiento. Pero el que mas se asustó fué el rey Herodes, que quiso verlos para informarse menudamente del motivo de su viaje.

Zeloso de su dignidad, y temiendo perder la corona, que indignamente poseia, mandó al punto que concurriesen á palacio todos los sacerdotes y escribas de la ley; esto es, los que tenian obligacion de explicar al pueblo las divinas Escrituras, cuidando que fuesen bien entendidas, y que no se introdujése algun error contrario á su verdadero sentido.

Bien conocia que un rey cuyo nacimiento anunciaba el cielo con señas tan especiales, no podia ser otro que el Mesías; y así la pregunta que hizo á la junta, la limitó á estos precisos términos. Decidme: ¿dónde ha de nacer el Salvador? Todos á una voz respondieron que en Belen, pueblo humilde de la tribu de Judá, segun la profecía de Miqueas, cuando asegura que la desconocida aldea de Belen, no obstante su pequeñez, tendria la gloria de que carecerian las ciudades mas ilustres, de dar un príncipe y un capitan general á todo el pueblo de Israel. No fué menester mas para llenar de turbacion el ánimo y el corazon de aquel ambiciosísimo príncipe, cuya crueldad era igual á su ambicion.

Habia ya resuelto deshacerse de aquel niño; y, lla-

mando á parte á los Magos, les hizo cien cavilosas preguntas. Sobre todo, se informó exactamente de ellos del tiempo en que les habia aparecido la estrella; y, reconociendo al mismo tiempo su piedad y su desconfianza, afectó aprobarles mucho su devocion, y los exhortó á que prosiguiesen su viaje. Id, les dijo, id en buen hora á Belen, donde ha de nacer ese rey prometido, y ese libertador de su pueblo; informaos menudamente de todas las circunstancias de ese niño, y hacedme el favor de volver á honrar mi corte, donde os espero con impaciencia, para que me participeis lo que hubiéreis descubierto, á fin de que tambien logre yo la dicha de adorar á ese divino Monarca. De esta manera pretendia engañarlos artificiosamente para hacerlos caer en el malicioso lazo que les armaba.

Luego que los Magos se despidieron de Herodes y volvieron á ponerse en camino, volvió tambien el Señor á restituirles su resplandeciente guia. La estrella, que se les habia encubierto desde que entraron en la corte, se dejó ver otra vez apenas salieron de ella, y los condujo derechamente á Belen.

No es fácil hacer concepto del gozo que inundó sus corazones cuando volvieron á registrar aquel astro, y sobre todo cuando le vieron hacer alto y pararse perpendicularmente sobre el humilde portalillo donde estaba el nuevo rey. Entraron en él, y hallaron lo que buscaban. Encontráronle en los brazos de su madre, y no vieron ningun aparato, ninguna señal exterior que le diferenciase de los demás niños. Con todo eso aquella misma interior luz que les dió á entender lo que significaba la estrella, esa misma les hizo conocer, en medio de aquel exterior humilde, la augusta majestad y la suprema dignidad de aquel Dios niño hecho hombre.

Llenos de fe y de respeto, se postraron en su presen-

cia, y le adoraron como á Señor del cielo y tierra, y como á Salvador de los hombres; y, segun la costumbre de su pais de no presentarse nunca ante los grandes con las manos vacias, le ofrecieron de los géneros mas preciosos y mas estimados que llevaba su tierra, oro, incienso y mirra. Entónces se cumplió á la letra la profecía de David, hablando del Mesías: *Los reyes de la India, de la Arabia y de Sabá vendrán á ofrecerle dones en testimonio de su fidelidad y de su obediencia.*

Pensaban los santos reyes volverse por Jerusalen; pero el ángel del Señor se les apareció en sueños, y les advirtió que se volviesen por otro camino, y que por ningun caso se dejasen ver de Herodes, cuyos artificios descubrieron entonces, conociendo la malignidad de sus perversos intentos.

Cosa extraña! que los extranjeros vengan de paises tan distantes á adorar al Salvador del mundo, y que no le conozcan los Judíos, cuando acaba de nacer en medio de ellos. ¿Podian tener indicios mas claros de su venida? ¿Pero de que sirve la luz á los que son voluntariamente ciegos? ¿Quién tendrá la culpa de que Herodes no lograse la misma dicha que los Magos? Envíale Dios tres príncipes extranjeros para que le anuncien el nacimiento del Salvador del mundo en Judea; sus mismos doctores le instruyen con toda claridad del lugar en que ha de nacer el Mesías. ¿Pero que efecto producen todas estas instrucciones, todas estas gracias en un corazon ambicioso, irreligioso é impío? la turbacion, el engaño y la crueldad. Un corazon puro, un corazon religioso, apenas ve la estrella cuando se pone en camino para adorar al que anuncia. Una alma mundana, un hipócrita, hace servir la religion á su política, á su ambicion y á su insaciable avaricia.

¡Oh cuánta verdad es que á Dios se le encuentra siempre que se le busca de buena fe! Si no hubiere

estrella, no por eso falta socorro, no por eso falta guia; todo depende de la rectitud de nuestras intenciones, y de la sinceridad del corazon. La malicia de este es la única que apaga, que inutiliza la luz de la gracia. En vano brilla esta si se cierran los ojos á su resplandor. El pais de los gustos nunca lo fué de la virtud. Apenas se retiraron los Magos de la corte de aquel impío monarca, cuando volvieron á descubrir la estrella que se les habia ocultado. Pocas veces se dilata largo tiempo la vuelta de la devocion sensible. No basta ponerse en camino, es menester ir adelante; es menester no parar hasta llegar al término. Pero nunca nos pongamos delante de Dios con las manos vacías. La caridad, la piedad, la mortificacion son dones muy de su gusto; el corazon contrito y humillado siempre es bien recibido.

En la opinion mas comun de los expositores y padres, los Magos llegaron á Belen trece dias despues que habia nacido el Salvador. Este tiempo bastaba para que viniesen de la Arabia; y por otra parte, si se hubieran detenido mucho mas, es cierto que no hubieran encontrado al Señor en el portalillo de Belen. Es verdad que Herodes hizo degollar á todos los niños que no pasasen de dos años, segun el tiempo que se habia informado de los Magos; pero esto solo prueba que viendo Herodes como no venian, los tuvo por unos hombres simples, ligeros é ilusos, que, avergonzados de no haber encontrado al que venian buscando desde tierras tan distantes, no se habian atrevido á volver á la corte; y que, llegando despues á su noticia las maravillas que habian sucedido en el templo, con ocasion de un niño, que se decia ser el Mesías, entró en un cruel furor, que le movió á mandar pasar á cuchillo todos los niños de dos años abajo, que habian nacido en Belen y en sus cercanías, por no dejar con vida al que habian anunciado los

Magos, sin declararle el preciso tiempo de su nacimiento.

Casi todos los padres de los primeros siglos son de opinion que la estrella era un astro nuevo, cuyo resplandor, como dice san Ignacio mártir, excedia al de todos los demás, criado por Dios únicamente para el ministerio de anunciar á los hombres el nacimiento del rey de los cielos.

En fin es tradicion constante, de la cual no hay razon alguna para desviarnos, que aquellas primicias de la gentilidad que vinieron á adorar al verdadero Dios, eran verdaderamente reyes, esto es, príncipes soberanos de una ó de muchas ciudades, como eran los de Pentápolis á quienes venció y deshizo el santo patriarca Abraham.

Los mas célebres padres de la Iglesia fueron de sentir que el bautismo del Hijo de Dios, el milagro de la conversion del agua en vino, y la adoracion de los Magos acaecieron en un mismo dia; esto es, el dia 6 de enero, aunque en años diferentes. En virtud de esto, la santa Iglesia une estos tres misterios en una misma fiesta, haciendo una como triple Epifanía, que quiere decir triple manifestacion, celebrando el dia en que se manifestó Cristo á los Magos por medio de una estrella; el dia en que se manifestó á san Juan por el testimonio de su Eterno Padre; el dia en que se manifestó á sus discípulos por el primero de sus milagros. Por esta triple solemnidad fué tan célebre esta fiesta desde los primeros siglos de la iglesia, que, hallándose tal dia como este en Viena de Francia Juliano Apóstata, el año de 361, no se atrevió á dejar de asistir á los divinos oficios; y el emperador Valente, aunque era arriano, estando en Cesarea de Capadocia el dia de la Epifania, le pareció preciso concurrir á la misa mayor con todos los católicos, creyendo que si dejaba de hacerlo seria sumamente odiado, y le tendrian por

impío. Pero nosotros nos contentamos con hablar el dia de hoy de la adoracion de los reyes reservando para los dos dias siguientes el hablar de los otros misterios.

Por lo que toca á los reyes que tuvieron la dicha de adorar al Salvador y de ofrecerle sus dones, fácilmente se deja discurrir la abundancia de gracias y de dones sobrenaturales con que serian correspondidos; con que fe tan viva, con que caridad tan ardiente, con que zelo tan puro y tan generoso se volvieran á sus casas, donde, despues de haber anunciado las maravillas de que ellos mismos habian sido testigos, merecieron morir con la muerte de los santos. Y ciertamente, con una gracia y una vocacion tan singular, con una fidelidad tan generosa y tan exacta, no podian dejar de conseguir tan feliz suerte. Así lo cre la misma santa Iglesia, y por eso permite el culto público que se les rinde.

Asegúrase que las reliquias de estos primeros héroes del cristianismo fueron primeramente trasportadas de Persia á Constantinopla por el zelo y por la piedad de santa Elena; que despues, en tiempo del emperador Emanuel, se trasladaron á Milan, donde se matuvieron 670 años, segun Galesino, hasta que finalmente, cuando esta cuidad fué tomada y saqueada por Federico Barba-roja el año de 1163, fueron trasladadas á Colonia, donde se conservan el dia de hoy con singular veneracion.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La Epifanía de nuestro Señor

En el territorio de Reims, el martirio de santa Macra, vírgen, que fué arrojada en el fuego, durante la persecucion de Diocleciano, por órden del presi-

denteRictiovaro; pero, habiendo salido de él tan sana como habia entrado, cortádosle los pechos, fué encerrada en una horrible prision; en seguida, habiendo sido arrastrada sobre cascos agudos de vasijas rotas y sobre carbones encendidos, murió orando al Señor.

En África, la memoria de muchos santos Mártires, que fueron atados á postes, y consumidos por el fuego durante la persecucion de Severo.

En Rennes, san Melano, obispo y confesor, quien, despues de haber obrado innumerables milagros, no respirando mas que por el cielo, pasó de este mundo á la bienaventuranza eterna.

En Florencia, san Andrés, carmelita, de la ilustre familia de los Corsinos, obispo de Fiésoli, célebre por sus milagros; fué colocado en el número de los santos por el papa Urbano VIII: se celebra su fiesta el dia 4 de febrero.

En Geres, en Egipto, san Nilamon, recluso, quien, al tiempo de ser conducido á pesar suyo para elevarle al episcopado, se puso en oracion y dió su espíritu á Dios.

La misa de este dia es del misterio, y la oracion es la que se sigue.

Deus, qui hodierna die Unigenitum tuum Gentibus stella duce revelasti; concede propitius, ut qui jam te ex fide cognovimus, usque ad contemplandam speciem tuæ celsitudinis perducamur: Per eumdem Dominum nostrum...

O Dios, que en este dia hicisteis conocer y adorar á vuestro unigénito Hijo de los gentiles, dándoles por guia una estrella, concedednos por vuestra bondad que pues ya os conocemos por la fe, lleguemos hasta la contemplacion de vuestra gloria inefable: por el mismo Jesucristo nuestro Señor...

La epistola es del cap. 60, de Isaias.

Surge, illuminare, Jerusalem, quia venit lumen tuum, et gloria Domini super te orta est. Quia ecce tenebræ operient terram, et caligo populos; super te autem orietur Dominus, et gloria ejus in te videbitur. Et ambulabunt gentes in lumine tuo, et reges in splendore ortus tui. Leva in circuitu oculos tuos et vide: omnes isti congregati sunt, venerunt tibi: filii tui de longe venient, et filiæ tuæ de latere surgent. Tunc videbis, et afflues, et mirabitur, et dilatabitur cor tuum, quando conversa fuerit ad te multitudo maris, fortitudo Gentium venerit tibi: inundatio camelorum operiet te, dromedarii Madian, et Epha: omnes de Saba venient, aurum et thus deferentes, et laudem Domino annuntiantes.

Levántate, Jerusalen, recibe la luz; porque ha venido tu luz, y la gloria del Señor ha nacido sobre tí. Porque he aquí que las tinieblas cubrirán la tierra, y la oscuridad á los pueblos; mas sobre tí nacerá el Señor, y su gloria se manifestará en tí. Y caminarán las gentes con tu luz, y los reyes con la claridad de tu resplandor. Levanta al rededor tus ojos, y mira: todos los que ves congregados, han venido para tí: tus hijos han venido de lejos, y de tu lado se levantarán tus hijas. Entonces verás, y te hallarás abundante; se admirará y se ensanchará tu corazon, cuando te vieres llena de las riquezas del mar, y venga á entregarse á tí todo el poderío de las naciones. Serás inundada de una multitud de camellos, de dromedarios de Madian y Efa. Todos vendrán de Sabá á traerte oro é incienso, y á publicar las alabanzas del Señor.

NOTA.

« Isaías fué hijo de Amós, de sangre real, y el pri-
» mero en el órden de los profetas. Comenzó á profe-
» tizar en tiempo de Osias, rey de Judá, hácia el año
» de la creacion del mundo 3270, setecientos ú ocho-
» cientos años antes del nacimiento de Jesucristo, cuyo

» retrato y cuya historia profética refiere con clari-
» dad y con precision. Continuó en profetizar hasta el
» reinado de Manasés, que, no pudiendo sufrir las jus-
» tas reprensiones de este santo profeta, le mandó
» serrar en dos partes con una sierra de madera.
» Murió de edad de 130 años, pocos meses menos,
» segun la opinion mas comun. »

REFLEXIONES.

Muy ciego está el que no ve en la mitad del dia. Tal es la suerte de todos los que estan fuera del gremio de la santa Iglesia. Que se viese con escasez, ó que nada se viese antes de descubrirse el divino sol de justicia, no era maravilla; pero despues que amaneció el mas claro dia; despues que la luz de la fe iluminó todo el universo, despues que brilla en el mundo la gloria del Salvador, proseguir en un profundo sueño, en un fatal letargo, no abrir los ojos al golpe de tanta claridad, ó tenerlos medio abiertos, no dejarse persuadir de unas verdades tan grandes, no levantarse jamás del polvo, arrastrar siempre por la tierra : ¡que estado mas lamentable, ni mas digno de temerse!

Fuera de la iglesia católica todo es error. ¡Que dicha nacer y morir dentro del seno de la santa Iglesia! ¡Mi Dios, cuanto acreditan la verdad de nuestra religion, cuanto ensalzan vuestra gloria, tantas naciones bárbaras y fieras humilladas á los piés de Jesucristo, tantos monarcas rendidos á los abatimientos de la cruz! ¿Pero que impresion hace en nosotros un motivo tan poderoso de credibilidad? ¿Corresponden nuestras costumbres á lo que creemos por la fe?

La iglesia ha visto ya cumplido todo lo que se anuncia en esta profecía. Los pueblos vinieron desde lejos, puesto que vinieron desde lo muy profundo de la ido-

latría á abrazar la verdadera religion. ¿Qué alegría para la santa Iglesia al ver dentro de su reino tanta multitud de escogidos! ¿Estamos nosotros comprendidos en el número de los que dan este motivo de gozo en la santa Iglesia? ¡Oráculo terrible! ¡Oráculo espantoso! Muchos vendrán del Oriente y del Occidente, y serán colocados con Abraham, Isaac y Jacob en la mesa del reino de los cielos, y los hijos del mismo reino serán arrojados fuera. ¿A quién deberán ellos atribuir esta desgracia sino á su propia malicia? Quién no quiere reconocer á Dios por padre, ¿de que se queja si Dios no le trata como á hijo?

Levanta tus ojos, y mira al rededor de tí. Tantas personas de la misma edad, del mismo estado, de la misma profesion, que, en medio de los mismos peligros, con las mismas pasiones, con los mismos enemigos, con los mismos obstáculos, hacen una vida cristiana, una vida ejemplar, adoran á Dios en espíritu y en verdad, honran con sus costumbres nuestra religion, y condenan tan visible, tan concluyentemente, tus desórdenes, tu vida tan licenciosa. ¿Que tendrás que responder cuando te den en los ojos con unos ejemplos tan convincentes contra tu cobardía, contra esa vida tan poco cristiana? ¿Que salida, que excusas, que justificácion? Fué violenta la tentacion: ¿y quién es tu mayor tentador sino tu mismo? ¿Piensas que el enemigo comun perdonó á los otros, que los dejó en paz? Te engañas; pero velaron; pero acudieron á la oracion con mayor fervor que tú; pero fueron mas firmes, mas perseverantes en ella. No hay que acusar en nuestras caidas á nuestra flaqueza, sino á nuestra mala voluntad. La gracia, que á nadie se niega, suple abundantemente lo que nos falta de fuerza. Huyamos el peligro, evitemos la ocasion, guardémonos contra los artificios, contra los lazos que nos arma el enemigo.

No nos expongamos á sangre fria con plena deliberacion á esas concurrencias, á esas diversiones, donde *todo* es riesgo, donde todo es tentacion. ¡Cosa extraña! exponerse á todos los golpes del enemigo, y quejarse despues de salir herido y maltratado!

El evangelio es del cap. 2 de san Mateo.

Cum natus esset Jesus in Bethleem Juda in diebus Herodis regis, ecce Magi ab Oriente venerunt Jerosolymam, dicentes: Ubi est, qui natus est Rex Judæorum? vidimus enim stellam ejus in Oriente, et venimus adorare eum. Audiens autem Herodes rex, turbatus est, et omnis Jerosolyma cum illo. Et congregans omnes principes Sacerdotum, et scribas populi, sciscitabatur ab eis ubi Christus nasceretur. At illi dixerunt ei: In Bethleem Juda. Sic enim scriptum est per Prophetam: Et tu, Bethleem, terra Juda, nequaquam minima es in principibus Juda: ex te enim exiet dux, qui regat populum meum Israel. Tunc Herodes, clam vocatis Magis, diligenter didicit ab eis tempus stellæ, quæ apparuit eis: et mittens illos in Bethleem, dixit: Ite, et interrogate diligenter de puero: et cum inveneritis, renuntiate mihi, ut et ego veniens adorem eum. Qui cum

Habiendo nacido Jesus en belen de Judá, reinando Herodes, he aquí que vinieron del Oriente los Magos á Jerusalen, diciendo: ¿Dónde está el que ha nacido rey de los judíos? porque hemos visto una estrella suya en el Oriente, y venimos á adorarle. Oyendo esto el rey Herodes, se turbó, y toda Jerusalen con él. Y juntando á todos los príncipes de los sacerdotes, y á los escribas del pueblo, les preguntaba donde habia de nacer Cristo. Y ellos le dijeron: En Belen de Judá; porque así está escrito por el Profeta: Y tú, Belen, tierra de Judá, no eres la menor entre las principales ciudades de Judá; porque saldrá de tí el capitan que gobierna á Israel mi pueblo. Entonces Herodes, llamando en secreto á los Magos, les preguntó con cuidado el tiempo en que se les habia aparecido la estrella; y, enviándoles á Belen, les dijo: Id, é informaos exactamente acerca de ese niño; y cuando le halláreis, avisád-

audissent regem, abierunt; et ecce stella, quam viderant in Oriente, antecedebat eos, usque dum veniens staret supra ubi erat puer. Videntes autem stellam, gavisi sunt gaudio magno valde. Et intrantes domum, invenerunt puerum cum Maria matre ejus; et procidentes, adoraverunt eum: et apertis thesauris suis obtulerunt ei munera, aurum, thus et myrrham. Et responso accepto in somnis ne redirent ad Herodem, per aliam viam reversi sunt in regionem suam.

melo, para ir yo tambien á adorarle. Y ellos en oyendo al rey, se fueron, y al mismo tiempo la estrella que habian visto en el Oriente iba delante de ellos, hasta que, llegando á donde estaba el niño, se paró. Mas viendo la estrella, se llenaron de sumo gozo. Y entrando en la casa, hallaron al niño con su madre María; y, postrándose, le adoraron. Y, abriendo sus tesoros, le ofrecieron dones, oro, incienso y mirra. Y avisados en sueños de que no volviesen á Herodes, tomando otro camino, se volvieron á su tierra.

MEDITACION

DE LA ADORACION DE LOS MAGOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuales fueron los sentimientos de gozo, de admiracion, de amor y de respeto en aquellos santos reyes cuando, habiendo llegado á Belen, vieron que no se habian engañado, y que no habian salido falsas sus conjecturas. Encuéntrase á Dios siempre que se le busca; ¡y qué consuelo es hallarle despues de haberle buscado!

¿Cuántos verian la misma estrella y tendrian el mismo pensamiento que los Magos, pero no tuvieron el mismo valor ni la misma docilidad? Por eso fué muy diferente su suerte. Esas mismas gracias que nosotros



ADORACION DE LOS S. REYES.

menospreciamos, esas mismas saludables inspiraciones que nosotros resistimos, quizá, y sin quizá, ganarán para Dios á muchas almas fieles. ¡Qué desdicha haber sido indóciles á ellas! Y algun dia, ¡qué dolor! ¡qué desesperacion!

¿Cuántos mirarian con una falsa compasion la credulidad de los piadosos monarcas? ¿Cuántos se reirian de su sencillez? ¿Cuántos la tratarian de facilidad y de ligereza? ¿Que zumba, que burla no se haria en sus cortes, y aun en las extranjeras de su jornada? Pero cuando los Magos hallaron lo que buscaban, ¿se arrepentirian de haber sido tan prontos á seguir la voz de Dios? ¿Se avergonzarian de su candor? ¿Se quejarian de las fatigas, de los trabajos del camino? Infiere de aquí los sentimientos que tendrian á la hora de la muerte. Entonces, ¡que dulce cosa será haber seguido la estrella! Ah, ¡y que diferencia tan espantosa entre Herodes y los santos reyes!

Pero, ¿cuál fué el exceso de su gozo cuando advirtieron aquel divino Salvador, en el cual, alumbrados con superior luz, reconocieron que habitaba corporalmente toda la plenitud de la divinidad? Penetrados de los mas vivos sentimientos de religion, ¡con qué profundo respeto, con qué devocion se postrarian en su presencia! ¿Es parecida nuestra devocion, nuestra piedad á la de los reyes Magos? Y sin embargo el mismo Jesucristo que ellos tenemos nosotros realmente presente en el Sacramento.

¡Ah, dulce Jesus mio, y que poco me he aprovechado hasta ahora de vuestra divina presencia! ¿Adonde estaba mi fe cuando os he tenido tan poco respeto? ó ¿adonde estaba mi respeto cuando os creia presente por la fe? Lloro, Señor, lloro íntimamente mi ceguedad, y mi adoracion comienza desde hoy á reparar mis irreverencias.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que agradable fué al Salvador del mundo esta adoracion de los Magos. ¡Con qué fe derramaron el corazon en su presencia! ¡Mi Dios! una fe viva es muy elocuente, un corazon franco y rendido es mucho de vuestro divino agrado!

Fueron sin duda preciosos los dones que ofrecieron, pero á los ojos de Dios su devocion, su caridad fué la mas preciosa. El corazon es el que da estimacion á nuestras liberalidades : sin él no aprecia el Señor nuestras ofrendas. No nos presentemos jamás delante de Dios con las manos vacías; ofrezcámosle liberalmente lo que no nos pide, y estarémos mas prontos á no negarle lo que expresamente nos demanda. ¿Cuántos rinden á Dios un vano culto, porque su corazon está muy distante de su Majestad?

Pero ¿con que favores, con que dones sobrenaturales enriqueció el Salvador el alma de aquellos primeros fieles? Ay! Dios recompensa lo mismo que él nos da; y aun así nos cuesta trabajo el dar nosotros á Dios ¡ó que injusticia tan impía!

Tambien fueron objeto de su veneracion la santísima Virgen y san José. Ninguno puede honrar al hijo, que no tenga amor y devocion á la madre. ¡Mi Dios! ¡y que gran dicha es hallaros! ¡Con que felicidades se encuentra el alma que sinceramente os busca! No hay ya que admirarse de que no hubiese hecho fuerza á los Magos para dejar de reconocer por Dios al que veian en tan humilde figura, ni la oscuridad del lugar, ni la pobreza de las personas, porque la fe lo suplia todo. ¿Y qué es sino falta de fe nuestra insensibilidad á vista de nuestros mas sagrados misterios?

¡Ah mi dulce Salvador, que lecciones tan importantes, que ejemplos tan eficaces encuentro en vuestros primeros adoradores! ¡Es posible que, porque

yo os puedo encontrar á menos costa, os busque con menos cuidado, os adore con menos respeto, y os rinda mi veneracion mas raras veces! Esto es lo que hasta aquí he practicado, y esto es lo que desde ahora comienzo á detestar íntimamente, resuelto á daros mas culto en adelante, con mayor frecuencia, y á adoraros en espíritu y en verdad lo restante de mis dias.

JACULATORIAS.

Omnis terra adoret te, et psallat tibi. Salm. 65.
Adórete, Señor, y bendígate por siempre jamás toda la tierra.

Sedenti in throno, et Agno, benedictio, et honor, et gloria, et potestas in secula seculorum. Apoc. 5.
Bendicion, honra, gloria y poder por los siglos de los siglos al que está sentado en el trono, y al Cordero.

PROPOSITOS.

1. No dejes de rendir hoy tus respetos á Jesucristo, presente en nuestros altares; y escogiendo, si puede ser, la iglesia menos frecuentada, vé á adorarle con singular devocion, con fervor nuevo. Hazle tres visitas en horas diferentes, y acompaña cada adoracion con alguna especie de satisfaccion para reparar el olvido que se tiene de su Majestad, y las irreverencias que se cometen en su presencia. Procura que tu respeto, tu devocion y tu modestia sean pruebas de tu fe y muestras de tu amor.

2. Acuérdate de no ponerte hoy delante de Jesucristo con las manos vacías. Nuestra oracion debe ir acompañada de nuestros dones. Fuera del corazon que le debes ofrecer, añade tambien algun otro presente en cada visita. Ciertos actos de mortificacion y de virtud, ciertos pequeños sacrificios que conviene

determinar y prometer, no dejarán de ser bien recibidos. Una limosna podrá ser uno de los dones mas agradables. Y habiendo pocos lugares crecidos donde no esté fundada la utilísima devocion de la adoracion perpetua del santisimo Sacramento, haz un piadoso empeño de alistarte en tan santa congregacion. Señala tu dia y tu hora de adoracion. No hay devocion mas útil, ni mas sólida; y así procura desempeñarla con perseverancia y con puntualidad. Si no estuviere introducida esta congregacion en el lugar donde vives, empeña toda tu autoridad y todo tu crédito en introducirla, y será una obra muy digna de tu católico zelo. ¿Qué cosa mas fácil que persuadir á todos los parroquianos á que pasen una hora cada mes, ó cada año, delante del santísimo Sacramento? Será un manantial perenne de bendiciones para el pueblo, y tú tendrás grandísimo consuelo en haber contribuido á que Jesucristo sea adorado todas las horas del dia.

DIA SÉPTIMO.

DEL BAUTISMO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, CUYA MEMORIA CELEBRA LA IGLESIA EL DIA DE LA EPIFANÍA.

Si este segundo dia de la octava cayere en domingo, se podrá leer lo que corresponda á la domínica infraoctava en el dia nueve, y trasladar para aquel dia lo que corresponde al presente.

El año décimoquinto del imperio de Tiberio, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea por los Romanos, reinando en Galilea como tetrarca, esto es, como príncipe dependiente de los mismos romanos, Herodes



BAUTISMO DE N. S. J. C.

Antipa, hijo del otro Herodes que mandó degollar los santos niños inocentes, Juan Bautista, inspirado del espíritu de Dios, salió del desierto para predicar penitencia y para preparar los caminos del Señor, como precursor del Mesías. Andaba por las orillas del Jordan bautizando à los que concurrian á oirle, y exhortándolos á convertirse á Dios, haciendo penitencia de sus pecados.

Por este tiempo el Salvador del mundo, que, desde que volvió de Egipto, habia vivido enteramente ignorado en Nazaret, lugar pequeño de Galilea, vino á Judea, siendo de edad de treinta años, y quiso ser bautizado por san Juan, como los otros, para santificar desde entonces las saludables aguas del bautismo de los cristianos, del cual era figura el bautismo de Juan, y para dar principio á su vida pública por este grande acto de humildad.

Cuando el Hijo de Dios se iba acercando al rio Jordan, alumbrado san Juan con una luz sobrenatural, conoció clara y distintamente que aquel hombre que venia á pedirle el bautismo era el Mesías, y que se certificaria mas en esto con las visibles señas que le daria el Espíritu Santo despues de haberle bautizado. Es fácil considerar qué sentimientos de gozo, de admiracion, de respeto y de ternura inundarian entonces el corazon del Bautista. *¿Pues qué, Señor, vos venis á mí á ser bautizado, cuando yo debo ser bautizado de vos?* Asi exclamó Juan, al ver que el Salvador se iba acercando al Jordan. Respondióle el Señor que era menester cumplir este misterio, y que queria comenzar su predicacion por este acto de humildad para confundir el orgullo del mundo; que los dos debian sujetarse á las órdenes de la divina sabiduría, cumpliendo ellos mismos toda la justicia, y desempeñando sus obligaciones. Al oir esto el Bautista, calló, se rindió, y le bautizó sin réplica.

Apenas el Salvador habia recibido el bautismo, no bien habia salido de las aguas, cuando poniéndose en oracion á la orilla del mismo Jordan, quiso el Padre eterno manifestar con un extraordinario prodigio cuan grata le habia sido su humildad. Abrióse repentinamente el cielo, y vió san Juan que el Espíritu Santo bajaba visiblemente sobre él en figura de paloma, así como el dia de Pentecostes bajó despues sobre los apóstoles en lenguas de fuego, y al mismo tiempo oyó una voz del cielo que decia (1): *Este es mi Hijo querido, en el cual tengo yo todas mis delicias y todas mis complacencias.* Nunca tarda mucho tiempo el premio de la humildad. Un afectuoso aniquilamiento de nosotros mismos, un conocimiento práctico de nuestra nada, gana siempre el corazon de Dios. ¿Cuántos discretones del mundo mirarian el bautismo de san Juan como una devocion popular, como una exterioridad propia para entretener la piadosa credulidad del vulgo? Con todo eso Jesucristo no se desdeñó de mezclarse entre la muchedumbre, ni de adocenarse con el comun del pueblo en una devocion piadosa, en un acto de religion.

Bella leccion para aquellos personajes de autoridad y de respeto, que imaginan se deslucirá su nobleza, se abatirá su dignidad, si se muestran tan religiosos, tan devotos como la gente del pueblo. Todo lo que Dios nos manda, todo lo que es de su agrado, honra mucho á cualquiera que lo practica; porque no hay título, no hay calidad mas honrada que la de siervo de Dios.

No es de admirar que el Espíritu Santo escogiese aquel tiempo para bajar visiblemente sobre el Salvador del mundo en figura de paloma. Es el bautismo el sacramento que mas purifica el alma, y el Espíritu

(1) Matth. 3

Santo no descansa sino con las almas puras; ni Dios tiene sus delicias sino en el corazon humilde. ¿Cuándo ha de llegar el tiempo de que ejemplo tan ilustre, lecciones tan importantes hagan alguna impresion en nuestro espíritu, y sirvan de remedio eficaz á nuestro orgullo?

Este oráculo tan claro, y este testimonio tan auténtico de la divinidad de Jesucristo, se consideró tan glorioso á la religion católica, que en memoria suya se instituyó una fiesta particular en la Iglesia; siendo una de las mas solemnes que se celebraban en los primeros siglos. Llamábase entonces la fiesta de *Teofania*, que quiere decir la manifestacion de la divinidad de Jesucristo, ó el dia en que Dios se mostró visiblemente á los hombres, por la venida del Espíritu Santo sobre el Salvador, y por el testimonio sensible del Padre eterno, que declaró tener en él su complacencia. Y como este bautismo sucedió en el dia 6 de enero, segun la tradicion mas antigua y testimonio de san Paulino, por eso se junta esta fiesta con la adoracion de los reyes.

Nunca se habian visto con los ojos corporales san Juan y Jesucristo; pero con todo eso no dejaban de conocerse perfectamente. San Juan habia conocido á Jesucristo antes de nacer, cuando saltó de gozo en el vientre de su madre santa Isabel, en presencia de la santísima Vírgen, que llevaba en su seno al Salvador hecho carne.

San Agustin, san Juan Crisóstomo, san Jerónimo y otros padres de la Iglesia alegan muchas razones de congruencia, para que el Salvador, que era la inocencia misma, y que venia á quitar los pecados del mundo, hubiese recibido el bautismo, instituido únicamente para los pecadores. Lo primero, para enseñar con su ejemplo á que los demás lo recibiesen, teniendo tanta necesidad. Lo segundo, para manifestar su humildad,

cumpliendo, como el mismo lo dijo, toda justicia y virtud. Lo tercero, para autorizar con su aprobacion el bautismo de san Juan su precursor. Lo cuarto, para que el Espíritu Santo, el Padre eterno, y el mismo san Juan tuviesen esta ocasion de dar el testimonio que dieron de su divinidad, y sirviese esto de disposicion á los pueblos para oir su doctrina y para seguirle. Lo quinto, para santificar las aguas, preparándolas con su presencia, con su contacto y con la virtud secreta que las comunicó, para que algun dia fuesen saludables á los demás, habilitándolas, como dicen san Hilario y san Ambrosio, para dar la remision de los pecados, por medio del sacramento que habia de instituir antes de su muerte. Lo sexto, en fin, como añaden san Agustin y san Crisóstomo, para abolir con esta ceremonia el bautismo de los judíos, y establecer su propio bautismo, cuyo precepto impuso á todos algun tiempo despues.

Dice el Evangelio que al salir del agua el Salvador vió rasgarse el cielo, y descender sobre su cabeza al Espíritu Santo en figura de paloma. La materia de los cielos es incapaz de rasgarse ó de romperse, y así san Mateo como san Marcos se explican en esta ocasion segun el vulgar modo de hablar. Es probable que aquel aparente rompimiento no fué separacion ó segregacion real y verdadera, sino una como súbita luz ó resplandor, que parecia salir del fondo del mismo cielo, á la manera que el relámpago ó el rayo parece que hienden al aire, rompiendo por medio de la nube. Ni los santos padres, ni la venerable antigüedad hallaron indecencia alguna en que el Espíritu Santo se representase en figura de paloma, puesto que toda la Escritura está llena de semejantes representaciones figuradas del Hijo de Dios, llamándole Leon de Judá, Gusanillo de Jacob, Cordero, Piedra angular, Aguila, etc. La paloma que Noé despachó desde su arca



REGRESO DE EGIPTO.

para saber si las aguas del diluvio se habian retirado, en sentir de los santos padres fué símbolo de la paloma que apareció en el bautismo sobre la cabeza de nuestro Salvador. Es la paloma un animal dulce, inocente, benigno, casto, fecundo, amable, y por eso muy oportuna para representar los dones del Espíritu Santo; es á saber, su bondad, su dulzura, su liberalidad, su fecundidad, etc. Añade san Justino mártir, sobre la fe de una tradicion muy antigua, que, en el momento en que Jesucristo entró en el Jordan, se vió brillar un resplandeciente fuego sobre las mismas aguas, efecto sin duda del súbito resplandor que circundó entonces al Hijo de Dios, semejante al que le rodeó despues en el monte Tabor cuando se vió como investido de una luminosa nube.

La iglesia griega siempre celebró, y aun celebra el dia de hoy la fiesta de la Epifanía con una piadosa profusion de luminarias: lo mismo practicó por mucho tiempo la iglesia latina; y de aquí sin duda debió de tener principio el estilo que se observa en algunas provincias, de presentarse recíprocamente en este dia unas velas coloradas, que se llaman *las candelas de los Reyes*; costumbres fundadas en la tradicion, que rara vez dejan de aludir á algun piadoso misterio. Observólas con loable candor la devocion de nuestros antepasados; y si con el tiempo degeneraron de aquella sencillez y de aquel mérito que tuvieron en su primera institucion, no por eso dejaron de ser plausibles y recomendables en su orígen.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La vuelta del niño Jesus de Egipto.

El mismo dia, san Luciano, presbítero de la Iglesia de Antioquía, uno de los hombres mas sabios y mas elocuentes de su siglo, que sufrió la muerte por la fe de Jesucristo en Nicomedia, durante la persecucion

de Galerio Maximiano, y fué enterrado en Helenópolis en Bitinia: san Juan Crisóstomo ha hecho un discurso en su alabanza.

En Antioquía, san Clero, diácono, que fué aplicado siete veces á la tortura, tenido muy largo tiempo en una estrecha prision por defensa de la verdad, y en fin, habiéndosele cortado la cabeza, se consumó su martirio.

En Heraclea, los santos Félix y Jenaro, mártires.

El mismo dia, san Julian, mártir.

En Dinamarca, san Canuto, rey y mártir, cuya fiesta se celebra el dia diez y nueve de este mes.

En Pavía, san Crispin, obispo y confesor.

En Dacia, san Nicetas, obispo, quien, predicando el Evangelio á naciones feroces y bárbaras, las volvió pacíficas y tratables.

En Egipto, san Teodoro, monje, quien brilló por su santidad en tiempo de Constantino el Grande, y de quien habla san Atanasio en la Vida de san Antonio.

En Barcelona, san Raimundo de Peñafort, del órden de predicadores, célebre por su saber y por su santidad. No se hace su fiesta hasta el dia veinte y tres de este mes.

La misa es la misma que el dia de la Epifanía, y la oracion es la siguiente.

Deus, qui hodierna die Unigenitum tuum gentibus stella duce revelasti; concede propitius, ut qui jam te ex fide cognovimus, usque ad contemplandam speciem tuæ celsitudinis perducamur: Per eumdem Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que en este dia hicisteis conocer y adorar á vuestro unigénito Hijo de los gentiles dándoles por guia una estrella; concedednos por vuestra bondad que, pues ya os conocemos por la fé, lleguemos hasta la contemplacion de vuestra gloria inefable: por el mismo Jesucristo nuestro Señor.

La epístola es del cap. 60, de Isaías, y la misma que ayer dia VI, *pág.* 90.

NOTA.

« Todo el capítulo de donde se ha sacado esta epís-
» tola representa el estado triunfante de Jerusalen
» luego que logró su salud, la multitud de reyes y
» pueblos que se la rindieron de todas partes, y las
» riquezas de que fué como inundada. El Profeta, dice
» Teodoreto, se dirige y habla de la Jerusalen ter-
» restre, segun que representa la Jerusalen celestial
» y la Iglesia de Jesucristo. »

REFLEXIONES.

Entonces verás, y serás enriquecido; se admirará y se dilatará tu corazon. Hasta que nos hallemos en el cielo, en aquella celestial Jerusalen, en nuestra querida, en nuestra suspirada patria, no se verificarán estas dulces, estas alegres profecías. La tierra es para nosotros lugar de destierro y region de llanto.

Cubrióse de una profunda tristeza el semblante de los Israelitas durante el tiempo de su cautiverio en la ciudad de Babilonia. Algunos vecinos de aquella populosa ciudad, movidos de compasion, procuraban consolarlos, exhortándolos á que desahogasen el ánimo olvidando por algun tiempo sus trabajos y sus melancolías, y para eso continuamente los estaban importunando para que cantasen en Babilonia alguna de aquellas tonadillas que cantaban en su pais. Cantad aquí, les decian, como cantabais en Jerusalen. ¿Porqué no os divertis vosotros como nos divertimos los demás? Estais lejos de vuestra tierra, es así; ¿pero qué os falta en la nuestra? ¿Cuántas diversiones, cuántos entretenimientos podeis hallar aquí, si los quereis gozar? Sois extranjeros, es verdad; pero la alegría es paisana de todo el mundo. Olvidad por algun tiempo esa patria, por la cual tanto suspirais, y lograd

los buenos dias que logramos todos. En Babilonia hay diversiones; si las buscais, ya encontraréis en que aliviar vuestras penas, y en que descansar de vuestros cuidados. Hay juegos, hay conversaciones, hay espectáculos, hay convites; y todo puede contribuir á haceros mas llevadero vuestro destierro. Estais en tierra extraña; pero es tierra que produce flores, y en vuestra mano está cogerlas. Si quereis, fácilmente podeis convertir en dias de fiesta estos dias de cautividad y de destierro. Si el cielo no está tan sereno como el de vuestro país, no por eso los placeres de Babilonia son menos agradables. Deponed esa seriedad incómoda y sombría, revestíos de unos modales mas gratos, mas placenteros; cantad como cantamos nosotros; oigamos el metal de vuestra voz, ya que nosotros no os escaseamos las nuestras.

¿Qué responderian los fieles Israelitas á unas solicitaciones tan tentadoras, á todas aquellas razones de conveniencia y de gusto? *Quomodo cantabimus in terra aliena?* ¡Infelices de nosotros! ¿Cómo quereis que cantemos en tierra extraña, y desterrados? ¿Cómo es posible alegrarnos, hallándonos tan distantes de nuestra querida patria? No son decentes para nosotros vuestras diversiones, ni es razon que tengamos parte ni tomemos gusto á vuestras fiestas. Vosotros que no servis al Señor á quien nosotros servimos, vosotros que no esperais mejor suerte, gozad cuanto quisiéreis de los gustos, de los placeres que se os presentan. Pero nosotros que somos de otro país, que esperamos cada hora el fin de nuestro destierro, que estamos continuamente suspirando por nuestra amada patria, no hallamos, ni podemos hallar en esta region mas que llanto y amargura, y nos reservamos para otros placeres mas sólidos, para otros gustos mas dulces. No cantarémos, no, nuestras canciones, sino en Jerusalen; no lograrémos, no, alegría verdadera, sino

en aquella feliz, en aquella dichosa mansion. Babilonia para nosotros es region de llanto; tendrémos un poco de paciencia, que ya se nos llegará el tiempo de trasladarnos al país del regocijo. Así respondian los fieles Israelitas á los infieles Babilonios. ¿Y qué otro lenguaje deberian observar los verdaderos cristianos? ¿Es por ventura el mundo pais menos forastero, lugar de menos destierro para ellos, que Babilonia para los judíos? ¿Son decentes á los fieles las diversiones, las alegrías del mundo?

El evangelio es del cap. 2 de S. Mateo, y el mismo que ayer, por lo que se omite, véase pág. 93.

MEDITACION.

QUE JESUCRISTO NUNCA PARECE MAYOR QUE CUANTO MAS SE HUMILLA POR NOSOTROS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que nunca pareció Jesucristo tan grande como es verdaderamente, sino en medio de sus mayores abatimientos. ¿Qué cosa de mayor humildad para todo un Dios, que verse reducido á las miserias y á la flaqueza de un niño? Pues el nacimiento de ese niño flaco y desconocido es el que anuncian los ángeles; ese niño es el que un nuevo astro manifiesta á las naciones extrañas; á ese niño tan pobre y tan pobremente alojado, vienen á adorar los reyes; á ese le reconocen por soberano suyo cuando le ofrecen sus dones, cuando le rinden respetos, cuando le tributan vasallaje. ¿Qué monarca del mundo recibió jamás tanto honor en sus magníficos palacios? ¿Qué motivo humano, qué razon natural pudo influir en un suceso tan maravilloso, tan extraordinario? ¿No se descubrió aquí visiblemente la omnipotencia del Dueño del

universo? ¿Dónde se hallará el carácter de una majestad suprema mas bien estampado? Brilla su divinidad entre las sombras de un oscuro nacimiento; ¿pero qué impresion hace en nosotros? ¿Reconocémosla? ¿Respetámosla? Consultemos nuestras ansias, nuestra devocion, nuestro rendimiento.

Fué sin duda bien abatida la muerte de Jesucristo; ¿pero dónde se descubrió mas su divinidad, que en el desprecio de aquella muerte? Expira el Salvador, y toda la tierra se estremece; rinde en la cruz el último aliento, y reconócenle sus enemigos por verdadero Hijo de Dios, por Mesías verdadero. Muere en fin, y los mismos que no pudieron dudar habia muerto, le vieron resucitado. ¡O sabiduría de mi Dios, y qué admirable eres! Si el Salvador hubiera nacido entre la abundancia, entre la magnificencia, ¿qué maravilla seria que le cortejasen los grandes de la tierra? Pero que naciendo entre la oscuridad, entre la pobreza, sea conocido por Dueño del universo, y que sea adorado por los príncipes mas religiosos, por los mas sabios del mundo, ¡qué prueba mas sensible ni mas ilustre de su divinidad!

¡Oh gran Dios, y qué poco caso hace del parecer de los sentidos una fe viva, una fe ardiente! ¡Qué maravillas no descubre en todos nuestros misterios! Necesariamente ha de ser muy débil, muy apagada nuestra fe cuando nada nos hace fuerza sino lo que entra por los ojos. ¡Pero ah! que nada nos debilita tanto la fe como el desórden de las costumbres!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el bautismo de Jesucristo no fué el menor de sus abatimientos, y aun puede ser que fuese uno de los mas sensibles. Es claro que solamente los pecadores tenian necesidad de aquella purificacion;

ninguno la practicaba que no se reconociese culpable, y que no fuese reconocido por tal. Fuera de eso no parecia decente que el Salvador del mundo, el Mesías, se hiciese como discípulo de san Juan Bautista. Sin embargo, ni se desdeña de mezclarse entre los pecadores, ni rehusa oir los sermones de su precursor, y recibir de sus manos el bautismo. ¿Qué accion mas abatida para el Salvador? Pero entonces puntualmente fué cuando á Jesucristo se le declaró, se le conoció públicamente por lo que era. El Bautista, sin haberle visto, le confesó por su Salvador, el Padre eterno le publicó por su Hijo, el Espíritu Santo bajó visiblemente sobre él en figura de paloma. Quizá no logró jamás testimonio mas auténtico ni mas visible de su divinidad.

Adoremos los abatimientos de nuestro divino Salvador; pero avergoncémonos, corrámonos, lloremos el horror con que nuestro orgullo ha mirado hasta aquí las humillaciones y los abatimientos. Solamente los réprobos se escandalizan de la humildad de Jesucristo. Un corazon puro, una alma fiel nunca descubre mejor la virtud de la divinidad, como dice el Apóstol, que en medio de la humillacion. Entre ellas fué Cristo reconocido por verdadero Hijo de Dios, y entre ellas tambien hemos de ser nosotros reconocidos por verdaderos discípulos de Cristo: *Aprended de mí*, nos dice el mismos Señor, *que soy manso y humilde de corazon.* ¿Me he aprovechado mucho de esta divina leccion? Es la humildad el carácter que distingue á los verdaderos cristianos; sin ella no hay virtud verdadera. ¡Mi Dios, y cuánto he gastado inútilmente, por no haber fundado sobre este sólido cimiento!

¡Ah Señor, y qué vanidad tan necia es la mia! He pecado, y no quiero parecer pecador. Testigo sois de mi arrepentimiento; haced que con el socorro de vuestra divina gracia sea sincero. Muchas veces he

sido humillado sin ser humilde. Ayudadme, Señor, para que sea humilde siempre que fuere humillado.

JACULATORIAS.

Magnus Dominus, et laudabilis nimis. Salm. 43.
Grande es el Señor, y digno de ser infinitamente alabado.

Tu es ipse Rex meus et Deus meus. Salm. 43.
Vos, Señor, sois mi Rey, y sois mi Dios.

PROPOSITOS.

1. Imponte una como ley de honrar la humillacion y la pobreza de Jesucristo en la persona de los pobres. No solamente los has de hablar con agrado y con apacibilidad, sino tambien con respeto. Es atencion muy digna de un cristiano el saludar siempre á los pobres. Positivamente nos declaró Jesucristo que quien honra al pobre á él le honra, y quien desprecia al pobre á él le desprecia. Examina si tienes algun pariente necesitado; visítale, socórrele, consuélale, á lo menos con el cariño y con la visita, si no pudieres hacerlo de otra manera. Es vanidad muy simple, es pobreza de entendimiento, es ruindad, es vileza de corazon desconocer á un pariente ó á un amigo, porque se le ve en estado de pobre. Acuérdate que Jesucristo ennobleció la pobreza con su ejemplo.

2. Muchos santos tenian la piadosa costumbre de dar gracias á Dios con alguna breve oracion siempre que les sucedia alguna humillacion, algun abatimiento. Haz tú lo mismo, aunque no sea mas que con un *Ave Maria*, con un *Laudate Dominum, omnes gentes*, con un *Gloria Patri*. Esta fidelidad, esta generosidad cristiana será origen de abundantes gracias. Apenas habrá cosa que mas contribuya á fabricar un corazon verdaderamente cristiano, que esta generosa, esta perfecta resignacion.

T. 1. P. 111.

BODAS DE CANÁ.

DIA OCTAVO.

DEL PRIMER MILAGRO QUE HIZO CRISTO EN LAS BODAS DE CANÁ, DEL CUAL HACE MENCION LA IGLESIA EL DIA DE LA EPIFANÍA.

Si este dia cayere en domingo, se traslada como el precedente.

Para que el Hijo de Dios se manifestase en el mundo, no tenia necesidad de otra cosa mas que dejarse ver en él. Pero como la mayor parte de los hombres no aciertan á creer sino se ven cosas extraordinarias; y como el Señor predicaba á un pueblo material y grosero, á quien nada hacia impresion sino lo que entraba por los sentidos, quiso por su bondad acomodarse á su flaqueza, y juzgó que para convencerlos de la verdad de su doctrina, era menester hacer obras de estrépito y de ruido, descubriendo su divinidad por medio de milagros.

Apenas salió Cristo del desierto, donde habia estado retirado por espacio de cuarenta dias; no bien comenzaba á darse á conocer en el mundo, cuando fué convidado á unas bodas en Caná, lugar corto en la provincia de Galilea. Asistió tambien á ellas su santísima madre, y los discípulos que ya entonces le seguian, y eran no mas que cuatro ó cinco. Sin duda nos quiso dar á entender en aquella concurrencia que no solo se encuentra á Dios en el retiro, sino que tambien se le puede hallar en las funciones y en los convites del mundo, cuando nos llama á ellos la caridad, la necesidad ó la atencion cortesana.

Sentóse en la mesa la madre junto al hijo, y como

la caridad, mas que algun otro motivo humano, la habia llevado al convite, reparó hácia el fin de la comida que se habia acabado el vino. Resolvió remediar esta falta sin meter ruido. Volvióse à Jesus, persuadida que bastaba representarle la necesidad para que hiciese el milagro, y se contentó con decirle sencillamente: *No tienen vino.* La respuesta del hijo pudo parecerla algo seca, si no hubiera penetrado bien el misterio y el sentido: *¿Mujer, qué te va á ti en eso? Yo haré lo que conviene, y lo haré á su tiempo.* No le replicó María; pero llamó à los sirvientes, y en voz baja los previno que hiciesen cuanto él les mandase.

Habia en la misma pieza seis grandes vasijas de piedra, prevenidas para las purificaciones que estilaban mucho los Judíos, especialmente en las funciones y convites grandes. Cada vasija hacia dos ó tres medidas, que corresponden á ochenta azumbres. Apenas habia acabado la santísima Vírgen de hacer aquella prevencion á los sirvientes, cuando les dijo Cristo: *Llenad esas vasijas de agua.* Hiciéronlo así, llenándolas hasta rebosar; y añadió entonces el Salvador: *Llevad ahora de beber al architriclino*, ó al mayordomo del festin. Ordinariamente hacia este oficio uno de los sacerdotes, de cuya incumbencia era dar órden en todas las cosas, y cuidar que todo se hiciese con gravedad y con modestia. Gustó este la bebida, y llamando aparte al novio, que andaba de mesa en mesa dando providencias para que nada faltase, y se sirviese la comida con órden y con puntualidad, le dijo sonriéndose: «¿Qué es esto? ¿Qué chasco nos has dado? » Otros sirven el mejor vino al principio de la mesa, y » cuando los convidados estan hartos de beber sacan el » peor. Tú has seguido otra moda muy contraria; sa» caste el vino mas ordinario al principio, y reservaste » el mas generoso para los postres.» Probaron el nuevo vino los convidados, y todos le graduaron de exce-

lente. Examinóse á los criados, y unánimemente contestaron que ellos habian llenado de agua las vasijas; con que todos quedaron igualmente convencidos y admirados del milagro. Este fué el principio de las maravillas con que manifestó el Salvador su gloria y su poder; lo que no contribuyó poco à confirmar en la fe á sus discípulos.

¡Qué dichosos serian los matrimonios si se hallara Cristo en todas las bodas! ¡Qué cristianos los festines, las tertulias, las diversiones, si el Hijo de Dios fuera convidado á ellos! Nada nos faltara en nuestras necesidades, como no nos faltara la confianza, y tuviéramos á Dios presente en ellas.

El primer milagro que hizo el Salvador fué á peticion de su santísima Madre, y aun parece que por su respeto anticipó el tiempo de ostentar sus maravillas. Dichosos los que logran la proteccion de madre tan poderosa. Todas las gracias se derivan de Jesucristo como de su orígen; pero la Vírgen tiene gran parte en la distribucion de todas. ¡Qué consuelo para los que son verdaderamente devotos de esta Señora! Dos cosas principalmente concurrieron á este milagro: la intercesion de la Vírgen, y la rendida obediencia de los sirvientes. ¿Queremos que la madre se empeñe en nuestro favor con su hijo? pues seamos siervos obedientes y fieles. En vano se implora la proteccion de la madre, si se hace profesion de ofender y desobedecer al hijo.

Necesítase vino, y Cristo manda que se traiga agua. La obediencia para ser perfecta ha de ser ciega. Tantos discursos carnales, tanta prudencia humana esterilizan la devocion y destruyen aquella docilidad religiosa de que habla el Salvador, y que sola caracteriza los verdaderos discípulos de Cristo. Obedezcamos á Dios puntualmente, no nos metamos en inquirir lo que despues sucederá. Dios sabe siempre conseguir

sus fines, y nuestros fines no deben ser otros que los de Dios. Haz siempre lo que te dice, y harás siempre lo que debes.

Si los asistentes á la mesa hubieran sido menos dóciles, acaso Cristo no hubiera estado tan benéfico. Contentémonos con representar á Dios nuestras necesidades espirituales y corporales con resignacion, con humildad y con confianza. Interesemos siempre en nuestro favor á la santísima Virgen por medio de una devocion tierna y sólida; y estemos seguros que el Señor proveerá á todo, cuando lo juzgare á propósito para nuestra salvacion y para su gloria. Muchas veces hace como que no nos oye, y es para probarnos y para despacharnos mejor.

Échase agua en las vasijas, y las vasijas se encuentran llenas de vino. Dejemos obrar á la Providencia, y hallarémos nuestra cuenta. No pocas veces desconcertamos su órden y su economía en órden á nosotros, por querer tener demasiada parte en los sucesos. Quisiéramos, por decirlo así, ser los únicos artífices de nuestra fortuna. Desengañémonos, que nuestros alcances son muy débiles, son muy limitados, y no pueden sernos muy útiles. Rindámonos á las órdenes de la Providencia; no pongamos estorbos á los designios de Dios; tengamos una firmísima confianza en su bondad y en su misericordia; en fin, dejémonos gobernar, que el Señor cuidará de todo.

Por testimonio de san Epifanio se sabe indubitablemente, que la fiesta de este primer milagro se celebraba en el cuarto siglo el dia 6 de enero. No era esto suponer, como nota san Agustin, que en este mismo dia se habia celebrado el milagro, sino que la Iglesia celebraba su memoria en este dia, en que se juntaban las tres principales manifestaciones de la gloria y de la divinidad de Jesucristo, debajo de un solo nombre de Epifanía. Porque, como añade el mismo

padre, aunque en estos tres misterios las opiniones sean diversas, nuestra fe y nuestra devocion es una misma (1): *Una tamen sanctæ devotionis est fides: in omnibus Dei filius creditur, in omnibus festivitas est vera.* Que las manifestaciones hubiesen sucedido en el dia en que la Iglesia las celebra, que hubiesen concurrido en dias diferentes, siempre es el mismo Cristo el que es honrado por ellas, siempre es la misma festividad la que se solemniza, siempre es la misma divinidad la que se reconoce y se adora: *In omnibus festivitas est vera.*

El mismo san Epifanio refiere un prodigio bien extraordinario, asegurándonos que sucedia en su tiempo. Dice que el dia de la Epifanía se veian muchas fuentes, y aun algunos rios, cuya agua, ó se convertia en vino, ó á lo menos tomaba el gusto y el color de este licor. Certifica que él mismo probó el vino de una de estas fuentes, que estaba en Cibira, pueblo del Asia Menor. Añade que otros aseguraban sucedia lo mismo en no sé qué parte del Nilo. Seria imprudencia, y aun pecar en temeridad, poner en duda la verdad de un hecho que depone un hombre tan santo, como testigo ocular ó experimental, y que tantos hombres grandes confirmaron despues.

Puédese añadir al culto de esta fiesta, la veneracion con que se guardan las hidrias ó vasijas que sirvieron de instrumentos al milagro. Es muy verosímil que por esta circunstancia las hubiesen conservado cuidadosamente, fuese por curiosidad ó por devocion. Quiérese decir que los príncipes del Occidente las encontraron en Palestina en tiempo de las Cruzadas, y que trajeron algunas á Europa. Muéstranse cuatro en Paris, Piú, Tongres y Colonia. No hay razon para negar que sean las mismas que sirvieron en las bodas

(1) S. Aug. Serm. de Temp.

de Caná; porque es cierto que vinieron de Judea, que son de la misma figura, y que tenian el mismo destino que las que sirvieron al milagro.

La misa, la oracion y la epístola, son las mismas que el dia de Reyes, pág. 90.

SAN LUCIANO, PRESBÍTERO Y MÁRTIR.

San Luciano, dicho *de Antioquía*, era de Samosata en Siria. Habiendo perdido á sus padres, distribuyó todos sus bienes á los pobres, á fin de servir á Dios con el mas perfecto desprendimiento de las cosas visibles. Al estudio de la retórica y de la filosofía, en que habia hecho los mas rápidos progresos, sustituyó el de las santas Escrituras, escogiendo para maestro á un tal Macario, que enseñaba entonces en Edesa con mucha reputacion. Ordenado de sacerdote, no se ocupó mas que en atraer á los demás á la virtud por medio de sus discursos y ejemplos. No contento con esto, y persuadido que un sacerdote debe á la Iglesia el uso de sus talentos, emprendió el dar una nueva edicion de los libros santos, en que se corrigiesen todas las faltas que se habian introducido en el texto del antiguo y nuevo Testamento, sea por la inexactitud de los copiantes, sea por la malicia de los herejes. Esta nueva edicion mereció un aprecio universal, y fué de grande uso á san Jerónimo.

Se ha sospechado de la fe de nuestro santo, á causa del testimonio poco favorable que da de él S. Alejandro, obispo de Alejandría, diciendo que Luciano vivió separado de la comunion de la Iglesia bajo de tres obispos consecutivos de Antioquía, por haberse mostrado partidario de Pablo de Samosata. Pero, además de que algunos críticos piensan que el Luciano del

que habla S. Alejandro, es otro que nuestro santo, fundándose para ello en el silencio de Eusebio, S. Crisóstomo y S. Jerónimo, que nada dicen de su excomunion, es mas que probable que el santo se dejó llevar de buena fe al partido de Pablo de Samosata, heresiarca muy artificioso; y de todos modos es cierto que murió en el seno de la iglesia católica, como se prueba por haberle contado esta siempre en el número de sus mártires, y por la confesion de fe escrita por el mismo santo, que fué aprobada por cuarenta obispos reunidos en Antioquía el año de 341, y en la que condena la herejía de Pablo de Samosata y establece la divinidad del Verbo. Así es que en vano pretendieron despues los arrianos citarle como á su padre, suponiendo que Arrio habia recibido de él su doctrina.

Aunque Luciano era presbítero de Antioquía, hallábase en Nicomedia el año de 303, cuando el emperador Diocleciano publicó allí sus primeros edictos contra la religion cristiana, y fué preso con otros muchos por la fe. Del fondo de su prision escribió á los fieles de Antioquía una carta que acababa así: « Todos los mártires os saludan. Os doy la nueva de » que el papa (1) Antimo ha terminado su carrera con » el martirio. » Como la data de esta carta sea del año 303, y el santo no haya recibido la corona del martirio, segun la relacion de Eusebio, sino despues de la muerte de S. Pedro de Alejandría, sucedida en 311, resulta que ha debido estar el santo nueve años en prision. Conducido al fin delante el tribunal del gobernador, ó del mismo emperador, porque de uno y otro puede entenderse la palabra griega de que se sirve Eusebio, se aprovechó de esta ocasion para presentar al juez una sabia apología de la religion cristiana.

(1) Era el obispo de Nicomedia: el nombre de *papa* era entonces comun á todos los obispos.

Habiendo el juez oido al santo confesar generosamente la fe de Jesucristo, mandó volverle á la prision con órden de no darle ninguna clase de alimento; pero despues de haberle hecho ayunar largo tiempo, ordenó se le sirviesen manjares delicados que habian sido ofrecidos á los ídolos, los que rehusó constantemente el santo, fundado en esta máxima, que no se deben comer carnes inmoladas si de ello resulta escándalo para los débiles, ó lo exigen los paganos como un acto de idolatría. Llevado segunda vez delante del juez, persistió siempre en la confesion de Jesucristo, siendo en vano que se empleasen los mayores tormentos para alterar su fortaleza; jamás se pudo sacar de su boca otras palabras que estas : *Soy cristiano.* Estas eran las únicas armas de que se servia para vencer, persuadido, dice S. Crisóstomo, que no es la elocuencia la que en semejantes casos obtiene la victoria, y que el medio mas seguro de triunfar no es saber hablar bien, sino saber amar bien. Algunos dicen que habiendo sido vuelto á la prision, murió allí; pero S. Crisóstomo, que debia estar mejor informado que ninguno, nos asegura que fué decapitado. Rufino dice que fué degollado secretamente en la prision, por órden de Maximino, quien no se atrevió á hacerle morir públicamente por causa del pueblo. En sus Actas se lee que hizo muchos milagros, y que estando en la prision atado y recostado de espalda, consagró los divinos misterios sobre su pecho, y dió la comunion á los fieles que se hallaban presentes.

Es constante, por el testimonio de S. Crisóstomo y de algunos otros escritores antiguos, que el martirio de san Luciano sucedió el 7 de enero; y debió ser en el año de 312, porque sufrió durante la persecucion de Maximino, la cual acabó con la publicacion del edicto que, hácia noviembre del mismo año, dieron en favor de los cristianos Constantino y Licinio. Su

cuerpo fué enterrado en el pueblo de Drepana, en Bitinia, segun nos lo manifiesta S. Crisóstomo; en cuyo sitio, poco tiempo despues, hizo el emperador Constantino el Grande construir una hermosa ciudad, que llamó *Helenópolis*, del nombre de su madre, á la que eximió de toda clase de contribuciones, para mostrar lo mucho que honraba la memoria del santo mártir. La iglesia de Arles pretende tener las reliquias de san Luciano, fundada en una antigua tradicion, que dice que habiéndole sido enviadas á Carlo Magno del Oriente, hizo este hacer su traslacion á una iglesia que edificó en aquella ciudad en honor del santo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Beauvais, en Francia, los santos mártires Luciano, presbítero, Maximiano y Julian. Los perseguidores hicieron primeramente morir con la espada á los dos últimos. San Luciano que habia venido á las Galias con S. Dionisio, como persistiese en confesar de viva voz el nombre de Jesucristo, sin cesar de hacerlo aun despues de ser cruelmente azotado, fué condenado al mismo suplicio que sus compañeros.

Además, san Eugeniano, mártir.

En Libia, los santos mártires Teófilo, diácono, y Heladio, los cuales, desgarrados primeramente á azotes, despues frotados con cascos agudos de vasijas rotas, fueron en fin arrojados al fuego, donde entregaron su alma á Dios.

En Venecia, san Lorenzo Justiniano, confesor y primer patriarca de esta ciudad, canonizado por el papa Alejandro VIII, por los excelentes dones de la ciencia del cielo, y de una sabiduría incomparable y sobrenatural con que Dios le habia llenado. Se hace tambien mencion de él el dia 5 de setiembre.

En Hierápolis, en Asia, san Apolinar, obispo, que

brilló por su santidad y su doctrina bajo el reinado de Marco Antonino Vero.

En Nápoles, san Severino, obispo, hermano de san Victorino mártir: despues de haber obrado muchos milagros, murió en paz, lleno de virtudes y de méritos.

En Pavía, san Máximo, obispo y confesor.

En Metz, san Paciente, obispo.

En Alemania, hácia los confines de la Baviera, de la Carintia y del Austria, san Severino, abad, que predicó el Evangelio á los pueblos de esta comarca, conocida otro tiempo con el nombre de Nórica, y fué llamado su apóstol. Su cuerpo milagrosamente llevado á Luculano, cerca de Nápoles, fué de allí trasladado al monasterio que lleva su nombre.

REFLEXIONES.

Cubriráse la tierra de tinieblas, y los pueblos de una densa oscuridad. Demasiadamente se habia cumplido esta funesta profecía en las espesas tinieblas de la idolatría, que cubrian casi todo el universo cuando nació el Salvador. Este Sol de justicia disipó aquellas horribles tinieblas y aquella noche oscura por medio de su claridad. Pero ¿con cuánta razon se podrá decir, no ya de los gentiles, sino de los cristianos de nuestros tiempos, que muchos, y aun los mas, han apagado las luces de la fe, metiéndose voluntariamente en las tinieblas del espíritu y del corazon, por el desórden, por la corrupcion del uno y del otro? Desterráronse las supersticiones del paganismo; pero ¿qué importa, si ocuparon su lugar las perniciosas máximas del mundo? A la corrupcion de las costumbres presto se sigue la falta de religion. Un corazon desarreglado llena el alma de espesísimas tinieblas. Toda herejía, todo cisma tuvo principio en algun desórden, en algun vicio. ¿Y no se podrá decir que las

alegrías mundanas, las profanas diversiones se han hecho el dia de hoy como el ídolo de la mayor parte de los cristianos? Casi todos sus votos se consagran á esta especie de divinidad. No hay gusto, no hay inclinacion sino á sus fiestas, á sus sacrificios.

Ya no son las diversiones del mundo entretenimientos de la decencia y de la razon. Son ejercicios de fatiga, en que las pasiones se burlan de nosotros, persuadiéndonos á su antojo todo cuanto las lisonjea. Ya no se busca la diversion para desahogo del ánimo; búscase para entretener la ociosidad, búscase como por ocupacion principal, segun las inclinaciones de un corazon inconstante, con el cual se juegan las mismas diversiones. Si no sigamos, con la consideracion, la vida lastimosa de la mayor parte de los mundanos, y veamos lo que nos representa.

Un continuo enlace de juegos, de diversiones y de pasatiempos, hace la mas séria y casi la única ocupacion de las personas del mundo. No se divierten para vivir; viven para divertirse. Mírase con una especie de compasion á los que por genio, ó por ser algo mas cristianos, se muestran menos ansiosos de estos frívolos entretenimientos. Tiénese por desgraciado el que no es convidado á todas las fiestas, á todas las ocasiones de diversion. ¡Qué dolor! ¡Qué gran trabajo el no hallarse en todas las funciones! El cuidado de no saber cómo divertir, cómo ocupar una hora, inquieta y desasosiega. A la mesa sigue el paseo, al paseo el juego, al juego el baile, al baile la cama, á la cama una misa la mas breve, á la misa el mentidero, la conversacion, los corrillos, el tocador, las visitas mas inútiles; á estas la mesa, y vuelve la misma rueda de los pasatiempos. ¿No es esta por lo comun la ocupacion de las personas del siglo? ¿No consiste su imaginaria felicidad en no tener sosiego en nada, y en estar en un continuo movimiento?

¡Mi Dios! ¿Esta es vida de un cristiano? Y sin embargo esta es la vida de las gentes del mundo. Estos son aquellos entretenimientos honestos, aquellas diversiones inocentes, de las que por poco se pretenderá aun hacerse un mérito. Esto en suma es decir que aquello que destruye la moral del Evangelio, aquello que aniquila la vida cristiana, es el dia de hoy en el mundo la vida que se usa entre los cristianos. El israelita se confunde con el babilonio; las mismas diversiones, los mismos banquetes, las mismas costumbres, los mismos entretenimientos. Eso de combatir, eso de luchar, eso de vencerse, eso de mortificarse, es cuento; no se trata mas que de fomentar, de nutrir, de contentar las pasiones.

Una vida ociosa, una vida delicada es la que ha entrado á sustituir aquella vida laboriosa, aquella vida penitente que Jesucristo quiere sea el carácter y el distintivo de sus hijos. La mitad del tiempo se pasa en vestirse, en componerse, en adornarse, en buscar modo de agradar á los demás; y la otra mitad en solicitar cada uno lo que á él mismo le agrada. ¿En qué escuela, Dios mio, habrán aprendido los cristianos estas lecciones de ociosidad y de delicadeza? ¿Quién les habrá enseñado á no tener otra ocupacion que la de divertirse, ni otro estudio que el de fruslerías y de bagatelas?

El evangelio es del cap. 2, *de san Mateo, y el mismo que el dia* VI, *pág.* 93.

MEDITACION

DEL CUIDADO QUE TIENE DIOS DE LOS QUE LE SIRVEN CON FIDELIDAD Y CONFIANZA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que nada se puede temer cuando se entrega el corazon solamente á Dios, y se está siempre

con Dios. ¿Puédese estar mejor que sirviendo á tan grande amo? Si este Señor toma de su cuenta nuestros intereses; si nos admite en el número de sus amigos, ¿quién nos podrá hacer daño? ¿Ni qué podrá faltar á quien tiene de su parte á Jesucristo? Si Dios está lleno de misericordia aun para con los pecadores, ¿qué bondad será la suya con los que le sirven de veras? ¿Qué ternura les profesará? La pobreza, las persecuciones, las enfermedades, las cruces, la misma muerte, todo sirve á quien sirve á Dios: *El Señor cuida de mi*, dice el Profeta, *y nada me faltará.*

Haz reflexion á lo que pasó con los Magos. Buscan á Dios, y le buscan de buena fe. Está escondido Jesucristo: no importa; ni por eso dejan de hallarle. Ignoran el camino y el lugar de su nacimiento; y es criado un nuevo astro para que les sirva de guia. Forja el zeloso Herodes malignos intentos contra ellos y contra el niño que buscan para adorarle, y un ángel les previene que se vuelvan por otro camino. Si nosotros no experimentamos cada dia efectos sensibles de una providencia particular, es porque muchas veces nos falta la confianza y la pureza de intencion. No buscamos á Dios puramente, y contamos demasiado sobre nuestra prudencia y sobre nuestras medidas. Somos siervos poco fieles. Busquemos á Dios sin rodeos, sirvámosle sin artificio, amémosle sin reserva, nada neguemos á Dios, y experimentaremos los efectos de su providencia en la necesidad. Sirvamos á Dios con fidelidad, y le serviremos con confianza.

PUNTO SEGUNDO.

Considera con qué bondad provee el Señor las necesidades de todos los que le sirven. ¡Qué maravillas no hizo en favor de su pueblo á la salida de Egipto!

2. Examina si cuidas como debes de tus criados y de tu familia, si velas sobre sus costumbres y sobre su salvacion, y si les das tiempo y lugar para que ellos tambien atiendan á ella. ¿Tienes cuidado de que sirvan bien á Dios los que te sirven á ti? Si quieres que Dios te provea á ti en tus necesidades, provee tú en las suyas á los que te sirven; págalos exactamente sus salarios, y haz lo mismo con todos los oficiales que trabajan para ti. No dejes pasar el dia sin haber cumplido con esta indispensable obligacion.

DIA NUEVE.

LA DOMINICA INFRAOCTAVA DE LA EPIFANÍA.

En la octava de la Epifanía siempre concurre por precision un domingo, que no puede fijarse á dia del mes determinado, porque todos los años se muda. Por eso esta meditacion servirá para el dia en que concurriere el domingo, y las antecedentes se colocarán en los dias que las correspondieren.

Dice san Agustin en el sermon tercero del viernes despues de Pascua, que Cristo fué bautizado en domingo, que en domingo hizo el primer milagro; y nota el santo que en este primer dia de la semana hizo el Señor las mayores maravillas. Considera, dice S. Agustin, cuán digno de nuestra veneracion es este dia del Señor. En domingo fué criada la luz; en domingo pasaron los Israelitas el mar Bermejo á pié enjuto; en domingo cayó la primera vez el maná para alimentar al pueblo en el desierto; en domingo fué bautizado el Salvador en el Jordan; en domingo convirtió el agua en vino en las bodas de Caná; en domingo hizo

el milagro de los cinco panes, con que sustentó á los cinco mil hombres; en domingo resucitó; en domingo se apareció en medio de sus discípulos estando las puertas cerradas; en domingo bajó el Espíritu santo sobre los apóstoles, y en domingo será el dia del juicio universal, como todos lo esperamos.

Veis aquí sobrados títulos para que este dia del Señor sea venerable á todos los fieles. ¿Qué otras razones son menester para que todos le santifiquen? Es dia privilegiado; es dia en que cesa todo trabajo servil; pero no es este el único objeto de la ley. Para santificar este dia del Señor, deben concurrir muchos actos positivos de piedad y de religion. Es el domingo por su institucion y sus misterios el dia mas santo y el mas respetable de todos los dias; pero en estos tiempos, segun le pasa la mayor parte de los cristianos, ¿es el que mas se santifica, y el que mas se respeta?

A este domingo que cae en la octava de los reyes, llamaban los griegos *el domingo despues de las santas candelas.* La epístola que en él se canta es la misma que ya se cantaba ántes de Carlo-Magno. Es de san Pablo á los Romanos, en que los exhorta á hacer de su cuerpo una hostia viva, santa y agradable á Dios por el ejercicio de las virtudes cristianas; á guardarse de las máximas del mundo, á ser hombres espirituales, á reprimir todo sentimiento de orgullo y de vanidad, arreglando sus deseos y sus pensamientos á las máximas del Evangelio; en fin, á mantenerse todos unidos por los vínculos de una mútua caridad, y á conservarse en el buen orden que manda la ley, esforzándose cada uno á cumplir con sus obligaciones.

El evangelio de la misa, que ya se cantaba tambien en el séptimo siglo, es el viaje que hizo el niño Jesus á Jerusalen en tiempo de Pascua.

Su padre y su madre iban tres veces cada año á Jerusalen para cumplir lo que la ley ordenaba, es á saber, que todos los Judíos que estuviesen en la Palestina, fuesen regularmente á Jerusalen en las tres fiestas principales del año, que eran la solemnidad de la Pascua, que se celebraba en memoria de la salida de Egipto y libertad del cautiverio de Faraon; la de Pentecostes, que se solemnizaba en memoria de la ley que se dió á Moises cincuenta dias despues de la salida de Egipto; y la fiesta de los Tabernáculos, llamada por otro nombre *Senopegia,* instituida en memoria de haber habitado los israelitas debajo de tabernáculos, ó de tiendas de campaña, mientras anduvieron por el desierto. Celebrábase el dia 15 de setiembre, que se llamaba *Tisri,* y duraba ocho dias, siendo el último el mas solemne de todos.

No se sabe de qué edad comenzó á ir á Jerusalen el niño Jesus, que no perdia ocasion de honrar á su padre y á su madre. Solo se sabe, no sin admiracion, que no teniendo mas que doce años emprendió el viaje desde Nazaret á Jerusalen, que por lo menos era camino de treinta leguas. Ya los romanos habian despojado del reino al cruel y bárbaro Arquelao: con que juzgaron María y José que no corria peligro el divino Infante, aunque fuese con ellos. Pero aunque no tenian ya que temer por parte de sus enemigos, no por eso les faltaron inquietudes y cuidados. Rara vez perdian de vista á su querido hijo, á quien tan tiernamente amaban; pero el niño, luego que se acabó la fiesta, y sus padres cumplieron con su devocion, se apartó de ellos sin hablarles palabra.

En igual de seguirlos cuando se volvian á Nazaret, se quedó en Jerusalen; y lo hizo tan secretamente, que no entraron en cuidado hasta despues de un dia de jornada. Esta aparente inadvertencia no fué olvido

de un hijo que amaban mas que su alma; antes bien fué efecto del elevadísimo concepto que tenian formado de su sabiduría divina. Desde luego se persuadieron que se habria separado de ellos para mezclarse en la tropa de los demás caminantes, por motivos superiores que no les tocaba examinar. Buscáronle hácia la noche entre los parientes, amigos y conocidos; y no hallando razon ni noticia de él, es facil considerar el cuidado y el dolor que penetraria sus amantes corazones.

Resolvieron volver inmediatamente á Jerusalen, persuadidos de que, pues no estaba con ellos, le hallarian en el templo. Con efecto, al cabo de tres dias le encontraron en él, sentado entre un corrillo de doctores en una de las galerías ó corredores que volaban al rededor del mismo templo, donde solian juntarse los doctores de la ley. Allí estaba el divino niño enseñando á los maestros con lo que les preguntaba, con lo que les respondia, y con su modestia y con su humildad. Oíalos, y les hacia preguntas como si tuviera necesidad de aprender. Cuando hablaba, á todos admiraba su prudencia, su eficacia, el acierto de sus respuestas y la solidez de sus discursos.

Sorprendiéronse agradablemente san José y la santísima Vírgen, cuando le hallaron en una junta tan autorizada; y la madre, que le hablaba con alguna mayor libertad y confianza, le dijo con una queja amorosa: *Hijo mio, ¿cómo has hecho esto? ¿Pues no conocias que tu padre y yo te habiamos de andar buscando con mucho dolor y pena?* La respuesta de Jesus á esta amorosa queja no fué sin misterio. *¿Qué necesidad teniais de asustaros, ni tampoco de andarme buscando? ¿No podiais conocer que naturalmente estaria ocupado en alguna cosa del servicio de mi Padre?* Como si dijera: No tuvisteis razon para entrar en tanto cuidodo acerca de mi persona, sabiendo, como sabeis,

quien soy yo, cual es el fin de mi venida y la santidad de mi ministerio. No ignorais que debo ser el modelo de la perfeccion, y consiguientemente que debo hacer una vida toda nueva, toda consagrada á Dios, enteramente desprendida de la carne y sangre, una vida toda divina; que la gloria de mi Padre debe ser el único objeto de mis acciones, la única regla de mi conducta; y así en medio del amor y de los respetos con que os miro, todo debe ceder á sus órdenes y á su divina voluntad.

No replicaron palabra María y José, y conocieron que no habian comprendido el misterio cuando se afligieron tanto con su ausencia. Salió del templo el niño Jesus, y se vino con sus padres á Nazaret, donde vivió retirado y desconocido, sin que se sepa en particular cosa alguna de las grandes acciones de virtud que practicó. Solo quiso se supiese que profesó siempre una rendida obediencia á María y á José, para darnos á entender la excelencia de esta importante virtud, que comprende todas las demás. Es humilde, es mortificado, es piadoso, es constante el que es verdadero obediente.

Añade el evangelio que conforme iba creciendo en edad, iba tambien creciendo en gracia y en sabiduría. Es cierto que su alma infinitamente santa, infinitamente sabia por la union á la persona del Verbo, no podia crecer mas ni en sabiduría ni en gracia; pero quiso dar esta bella, esta importante leccion y documento á las personas que tratan de virtud, advirtiéndolas que cada dia deben ir aprovechando, adelantando y creciendo en gracia y en virtud delante de Dios y de los hombres; porque el conservarse siempre en una medianía, cuando cada dia son mayores los auxilios, degenera presto en tibieza, de la cual se pasa á la costumbre; y en el camino del cielo el que no adelanta, anda hácia atrás. Virtud que no hace

progresos, es como árbol que no crece, y al cabo se seca.

No es maravilla que no se encuentre á Jesucristo entre la tropa, porque Dios no se halla entre el tumulto ni entre la muchedumbre, á menos que el mismo Señor nos meta entre ella: y aun entonces es menester que cada uno fabrique una especie de retiro ó de recogimiento interior, viviendo dentro de sí mismo si quiere gustar de Dios. Puramente por la mayor gloria de Dios dejó Cristo á sus padres para volverse al templo. ¿Es semejante el motivo que nos hace parecer tan raras veces, y siempre con tan poco respeto, en nuestras iglesias? ¿Es la gloria de Dios la que se busca en aquellos proyectos ambiciosos, en aquellos juegos, en aquellas diversiones, en aquellas vanidades en que se suelen pasar los domingos y los demás dias de fiesta? El Salvador bien claramente nos aleccionó con sus ejemplos; nosotros no ignoramos lo que debemos hacer; ¡qué dolor, qué remordimiento padeceremos algun dia, por no haber hecho lo que debíamos!

SAN JULIAN Y SANTA BASILISA,

MÁRTIRES.

La vida admirable de estos dos célebres héroes de la Religion cristiana, con las asombrosas particularidades que ocurrieron en el martirio de san Julian, hicieron su memoria recomendable en todo el orbe cristiano. Nació este en la ciudad de Antioquía, metrópoli de la Siria, de padres mas distinguidos por su piedad que por la nobleza de su sangre, los cuales aplicaron sus desvelos en darle una educacion cristiana; facilitando sus deseos, mas que todo, su bello natural y su inclinacion á lo bueno. Aplicado al estudio

de la ciencias humanas, como se hallaba dotado de extraordinarios talentos, hizo en ellas maravillosos progresos, y mayores en la de los santos. En la edad de diez y ocho años pensaron sus padres darle estado de matrimonio, cuyo golpe fué muy sensible para Julian, ya ligado con voto de castidad. En vista de las repetidas instancias sobre que se declarase, recurrió á Dios por medio de la oracion, ayuno y penitencia, suplicándole se dignase disponer las cosas de modo que, sin incurrir en la nota de inobediente, pudiera conservar la virtud prometida tan agradable á sus divinos ojos. Oida su peticion, le reveló el Señor condescendiese con la voluntad de sus padres, bajo el seguro de que no perderia la virginidad, antes bien con su ejemplo la guardaria la esposa que con él contrajese, sirviendo el de ambos para que otros les imitasen.

Habiendo prestado su anuencia, se desposó con una doncella cristiana, llamada Basilisa, muy apreciable por todas sus circunstancias; la que sintiendo en la primera noche del matrimonio un olor extraordinario en el aposento de su retiro, preguntó á Julian de donde provenia aquella fragancia en tiempo de invierno, que no lo era de flores. No es el que percibes, respondió el santo, originado de la estacion; es, sí, de Jesucristo, que recrea con estos síntomas á los amantes de la castidad, prometida por mí en el caso de que consientas observar una virtud tan apreciable, para que, viviendo castos como hermanos, seamos dignos vasos donde derrame sus dones el Espíritu Santo. Condescendió Basilisa con la propuesta, añadiéndole era su voluntad profesarla, para merecer la corona que tiene el Señor prometida á las vírgenes. Jesus y su santísima Madre, acompañados de los coros angélicos, les dieron el parabien en la misma noche por una resolucion tan heróica.

Muertos los padres de ambos, distribuyeron entre los pobres necesitados sus cuantiosas herencias; con lo que no satisfechos, determinaron vivir separados en distintos domicilios, para hacer los oficios de maestros de cristiana educacion con las personas de sus respectivos sexos, logrando por este medio aumentar el rebaño de Jesucristo considerablemente.

Corria por aquel tiempo la persecucion cruel que suscitaron contra la Iglesia los emperadores Diocleciano y Maximiano, inconciliables enemigos de los cristianos, cuya tempestad sangrienta procuraban aplacar los santos con oraciones continuas, ayunos y penitencias, rogando al Señor particularmente por los que vivian bajo su direccion, empleados en su santo servicio, á fin de que, asistiéndoles con sus soberanos auxilios, no desmayasen en los vivos deseos de derramar la sangre por Jesucristo. Oida esta súplica de Basilisa, la manifestó Dios que en premio de su castidad moriria naturalmente con sus discípulas; pero que su esposo padeceria grandes tormentos, triunfando gloriosamente de los enemigos de la Religion. Cumplióse así con efecto la primera parte de la revelacion en espacio de seis meses; y dando Julian sepultura al venerable cuerpo de su esposa, oró sobre ella por algun tiempo.

Vino por Lugarteniente de los referidos principes á la capital de Antioquía, Marciano, hombre bárbaro y cruel, tan zeloso del culto de sus dioses, que mandó no pudiese alguno comprar ó vender aun las cosas necesarias para conservar la vida, sin adorar primero á los ídolos; maliciosa cautela y diabólico pensamiento, que en clase de ordenanza mandó fijar en todos los sitios públicos del departamento de su gobierno. Entendido de los progresos de Julian, envió á su asesor, para que le persuadiese á que obedeciera los decretos imperiales. Hallábase á la

sazon el santo en la iglesia con muchas personas eclesiásticas y seculares refugiadas á ella por temor de la persecucion, esforzándolos á padecer por amor de Jesucristo. Supo que se le buscaba de órden del presidente, y presentándose al comisionado, despues de una larga conferencia, le respondió que ni él ni los suyos obedecerian jamás tan injustos mandatos, mediante á que los sacrificios y adoraciones solo eran debidos al verdadero Dios, no á los falsos, representados en los ídolos. Sintió Marciano tanto la respuesta, que, encendido en cólera, mandó al instante pegar fuego al templo, donde quedó abrasada la ilustre comitiva ofrecida en sacrificio al Señor, quien, para acreditar lo agradable de aquel holocausto, hizo se oyese por muchos años una celestial música en el sitio, al tiempo de las horas canónicas.

Conducido Julian, á presencia del tirano, solicitó este reducirle á sus intentos por medio de ventajosas promesas y terribles amenazas, hasta que, viendo inútiles todos sus esfuerzos, mandó le azotasen con palos nudosos. Perdió un ojo uno de los verdugos en la ejecucion, á la violencia de un golpe, y advirtiéndolo el santo, dijo á Marciano que juntase sus sacerdotes para que hiciesen sacrificios y preces á sus dioses á fin de que restituyesen el ojo perdido al miserable, prometiéndole que, cuando no lo consiguiesen, él lo haria, con la ventaja de ilustrar además su alma. Condescendió con la proposicion el presidente, pero fueron ineficaces todas sus súplicas y sacrificios, las que solo tuvieron el efecto de que clamasen los demonios desde los ídolos, pidiendo les dejasen, manifestándoles se habian acrecentado sus penas desde la prision de Julian; el cual, burlándose del poder de aquellas deidades quiméricas, con la invocacion del santo nombre de Jesucristo le restituyó el ojo tan perfectamente como si nunca le hubiese perdido. Lo

mas digno de admiracion en el caso fué la ilustracion del alma del agraciado, quien principió á publicar era debido el beneficio al Dios verdadero, en quien Julian creia, solo digno de adoracion por los hombres; por cuya confesion mandó el tirano quitarle la vida inmediatamente. Y atribuyendo el prodigio al arte mágica, de que eran notados los cristianos en semejantes operaciones maravillosas, providenció que, amarrado el santo con duras prisiones, fuese llevado por las calles de la ciudad, publicando delante el pregonero : « Asi deben ser tratados los enemigos de los dioses y despreciadores de los decretos de los emperadores. »

Tenia Marciano solo un hijo llamado Celso, quien salió del estudio con otros jóvenes á ver el espectáculo, y advirtiendo que acompañaba á Julian una multitud de ángeles en ademan de coronarle, sin poderlo contener sus maestros, se arrojó á los piés del santo, protestando queria ser su socio en los tormentos, para serlo en la gloria, que tocaba con sus propios ojos, clamando públicamente que habia sido engañado de sus padres cuando le enseñaron á maldecir á Jesucristo. Llegaron ambos á presencia del tirano, que rasgó sus vestidos de sentimiento viendo la inesperada novedad, atribuyendo al encanto de Julian aquel engaño.

No se pueden explicar fácilmente los esfuerzos que Marciano hizo con Marcionila su mujer y otras matronas para reducir á Celso, el que, ya ilustrado con la luz del cielo, respondió al padre, no como niño, sino como sabio consumado, en los siguientes términos : *La rosa no pierde su olor ni hermosura por nacer entre las espinas, ni estas dejan de punzar y lastimar : haz el oficio de herir como espina, que yo daré como rosa un buen olor, sin temor por la vida temporal. Los que por esta temen, podrán obedecer los decretos imperiales, pero*

no yo, que pretendo lograr una vida eterna. ¡O Marciano! tú, por la ciega pasion de los falsos dioses, podrás negarme por hijo porque soy cristiano; pero sé que no te hago injuria, anteponiendo á tu amor el del Dios verdadero, pues por no ser cruel contra mí, no soy piadoso contigo.

Fuera de sí el tirano al oir esta respuesta, mandó que á su propio hijo le encerrasen en un oscuro y asqueroso calabozo; pero convirtiendo el Señor en un lugar de delicias la inmundicia de aquel lugar, con una brillante claridad que descendió del cielo, contribuyó este prodigio á la conversion de veinte soldados asignados para su custodia. Vinieron por disposicion divina á visitar á los santos confesores siete caballeros cristianos con un sacerdote llamado Antonio, que, entendido del suceso, bautizó á los convertidos.

Supo lo ocurrido el inhumano presidente, y no resolviéndose á tomar por sí alguna providencia, dió parte del negocio, con referencia de todas las circunstancias, á los emperadores, los cuales mandaron atormentar á Julian con su comitiva, en cubas encendidas con especies combustibles. Para la notificacion de semejante providencia, mandó el tirano conducirles á su tribunal, formado en la plaza de la ciudad, por donde, al tiempo de tratar el asunto, pasaban los gentiles á enterrar á un difunto, y diciendo á Julian en tono de mofa que lo resucitase, ejecutó este el milagro para mayor gloria de Dios y confusion de los idólatras. Quedó asombrado Marciano á vista del prodigio, y mas cuando oyó al resucitado publicar que eran demonios los dioses que adoraban los gentiles en las estatuas, y solo verdadero Dios el á quien los cristianos daban culto. No suficientes para ablandar la dureza de corazon de aquel bárbaro semejantes maravillas, mandó prender al resucitado, llamado Atanasio, á fin de que muriese en el mismo tormento;

cuya ejecucion cometió á un vicario suyo, por no ver fallecer en él á su propio hijo. Incluyeron los verdugos en treinta y tres cubas encendidas á los treinta y tres santos, que entraron en ellas dando al Señor repetidas gracias porque los hacia dignos de padecer por su amor, y de las cuales salieron sin lesion alguna, mas puros que el oro del crisol.

Sin embargo de tan asombroso prodigio, mandó el tirano volverles á la prision, disponiendo que su mujer pasase á ella á persuadir á Celso; en cuya diligencia, puestos en oracion los santos, suplicaron al Señor se dignase ilustrarla. Sucedió así con efecto, en vista de un brillante resplandor que iluminó la oscuridad del calabozo, y de una fragancia extraordinaria que sintió la madre, oyendo en el mismo lugar celestiales voces que la convidaban á lograr los eternos premios cuando creyese en Jesucristo: como lo hizo, bautizándola el sacerdote Antonio, y sirviendo de padrino su propio hijo.

No cabe en ponderacion la ira que concibió el bárbaro luego que supo lo ocurrido nuevamente con su mujer, y encendiéndose en cólera mandó degollar al momento á los veinte soldados convertidos, siete caballeros dichos, dejando solo á Julian, hijo, mujer, Antonio, presbítero, y Atanasio resucitado, para tratar mas despacio un asunto en que luchaba el enojo con el amor natural.

Persuadido el tirano que con blandura podria conseguir de los santos lo que no por tormentos, segun lo habia experimentado, mudando de tono habló á Julian con fingido halago, diciéndole que reconociese y sacrificase á los dioses protectores del imperio. Condescendió el santo con la proposicion, siempre que ordenase asistiesen á su sacrificio todos los sacerdotes gentiles y los ciudadanos, para que fuesen testigos, lo que ejecutó Marciano sin la menor dilacion, lison-

jeándose tener ya reducidos á los mártires. Habia en Antioquía un magnífico templo dedicado á Jove, Jano y Minerva, en el que ordenó preparasen los gentiles víctimas especiales para el acto; pero haciendo oracion Julian con su comitiva, se arruinó aquella grande fábrica, y cayeron en tierra las estatuas, reducidas á menudos pedazos, con admiracion de todos los circunstantes.

Lleno de confusion el presidente, sin saber que hacerse en el caso desesperado, sentenció á degüello á Julian, á su hijo á las llamas, á Antonio y Atanasio á que les arrancasen los ojos con garfios, y á su mujer á los tormentos de un potro. Pero el Señor dispuso, para mayor gloria suya, quedasen ciegos los verdugos, y secos sus brazos. No ablandándose con estos prodigios el corazon de aquel bárbaro, ordenó que arrojasen á los mártires al anfiteatro público, donde fuesen pasto de las fieras, las cuales olvidándose de su condicion, postradas á los piés de los santos con grande mansedumbre, dieron las pruebas de veneracion que les negaban los hombres; en vista de lo cual, convencido Marciano de la ineficacia de su poder y facultades, por último recurso les mandó degollar, logrando por este medio nuestros santos la corona del martirio en el dia 9 de enero del año 308.

En esta ejecucion sucedió el prodigio de convertirse la sangre de los mártires en una masa blanca como la nieve, repitiendo el Señor otro de no menor momento, para que pudiesen libremente sepultarles los cristianos, y fué el de un temblor de tierra formidable, que arruinó la mayor parte de la ciudad, con muerte de muchos paganos, que huian del pueblo intimidados á vista de semejantes castigos, los cuales fueron aun insuficientes para el reconocimiento del presidente bárbaro, quien falleció á poco comido de gusanos.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Antioquia, la fiesta de san Julian, mártir, y de santa Basilisa, vírgen, su mujer, que pasaron á una vida mas dichosa bajo los emperadores Diocleciano y Maximiano. Basilisa, habiendo guardado la virginidad con su marido, acabó tranquilamente sus dias. Pero Julian, despues que fueron martirizados con fuego un gran número de sacerdotes y ministros de la Iglesia que se habian refugiado á su casa para evitar la crueldad de la persecucion, sufrió tormentos muy rigurosos, y fué decapitado por decreto del presidente Marciano. Sufrieron con él la muerte, Antonio, presbítero; Anastasio, á quien resucitó Julian é hizo participante de la gracia de Jesucristo; Celso, niño, y Marcionila su madre, con siete hermanos, y otros muchos de sus compañeros.

En la Mauritania Cesariense, santa Marciana, vírgen, que llegó á la gloria del martirio habiendo sido expuesta á las bestias.

En Esmirna, los santos mártires Vital, Revocato y Fortunato.

En Africa, los santos Epicteto, Jucundo, Segundo, Vital, Felix y otros siete santos mártires.

En Sebaste, en Armenia, san Pedro, obispo, hermano de san Basilio el Grande.

En Ancona, san Marcelino, obispo, que con el socorro de Dios preservó á esta ciudad de un grande incendio, segun lo escribe san Gregorio.

La misa es de la dominica infraoctava de la Epifania, y la oracion es la siguiente.

Vota, quæsumus, Domine, supplicantis populi cœlesti pietate prosequere: ut et quæ

Suplicámoste, Señor, que recibas con tu acostumbrada piedad las oraciones y los

agenda sunt, videant; et ad implenda quæ viderint convalescant: Per Dominum nostrum...

deseos de tu pueblo, para que conozca lo que debe hacer para agradarte, y se aliente á ejecutar lo que conociere. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es de san Pablo á los Romanos en el cap. 12.

Fratres: Obsecro vos per misericordiam Dei, ut exhibeatis corpora vestra hostiam viventem, sanctam, Deo placentem, rationabile obsequium vestrum. Et nolite conformari huic sæculo, sed reformamini in novitate sensus vestri: ut probetis quæ sit voluntas Dei, bona et beneplacens et perfecta. Dico enim per gratiam quæ data est mihi, omnibus qui sunt inter vos: non plus sapere, quam oportet sapere, sed, sapere ad sobrietatem: Et unicuique sicut Deus divisit mensuram fidei. Sicut enim in uno corpore multa membra habemus, omnia autem membra non eumdem actum habent: Ita multi unum corpus sumus in Christo, singuli autem alter alterius membra: in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos: Ruégoos por la misericordia de Dios, que le ofrezcais vuestros cuerpos como una hostia viva, santa, agradable, que es el culto racional que debeis darle. Y no querais conformaros con este siglo, antes bien reformaos, renovando vuestro espíritu, para que conozcais cual sea la voluntad de Dios, lo que es bueno, lo que le agrada y lo que es perfecto. Digo, pues, á todos vosotros por la gracia que se me ha comunicado, que no querais saber mas que lo que conviene saber; sino que sepais con moderacion, conforme á la medida de la fe que Dios ha repartido á cada uno. Porque así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, y todos los miembros no tienen un mismo oficio, así tambien, aunque somos muchos, somos un solo cuerpo en Cristo; y todos somos recíprocamente miembros los unos de los otros, en Cristo Jesus nuestro Señor.

NOTA.

« Hallándose el apóstol en Corinto para pasar á
» Jerusalen, escribió esta carta á los Romanos; esto es,
» principalmente á los gentiles convertidos, porque
» ya habia en Roma un grande número de cristianos
» cuya fe era muy conocida en todo el mundo. Escri-
» bióse esta carta cerca del año 48 de Jesucristo; y aun-
» que fué posterior á otras muchas, se la dió el primer
» lugar entre todas, ó por la importancia de sus ins-
» trucciones, ó en atencion á la ciudad de Roma,
» que siempre fué respetada como el centro de la Re-
» ligion. »

REFLEXIONES.

Si nuestro cuerpo debe ser hostia viva, santa y agradable á Dios, ¿cuál debe de ser su pureza? Nada irrita tanto la ira de Dios como una víctima sucia y asquerosa. ¿Podemos ofrecer nuestros cuerpos á Dios sin temor, y es cristiano, es racional nuestro culto cuando le presentamos un cuerpo asquerosamente manchado por el pecado?

No os conformeis con este mundo, dice el apóstol. No hay cosa mas opuesta al espíritu y á las máximas de Jesucristo que las máximas y el espíritu del mundo. Conformarse con él, es renunciar la moral del Evangelio, es seguir el espacioso camino que guia á la perdicion. ¿Y qué otro camino sigue la mayor parte de las personas del siglo? ¿A quién se procura imitar en el mundo? ¿Qué ley se sigue? ¿Qué máximas se aprenden? Aquellas personas ambiciosas y vanas, aquellas almas terrenas y sensuales, aquellas víctimas de sus propias pasiones, ¿siguen por ventura la doctrina de Jesucristo? ¿son de la misma religion que los santos? ¿sirven á un mismo Señor, á un mismo Dios? ¿Y no hay sobrados motivos para hacer estas preguntas?

¿Y qué tendrán que responder las personas mundanas á cualquiera que se las haga?

Reformaos, prosigue el apóstol, *imbuyéndoos en máximas, en principios enteramente nuevos y contrarios á lós que hasta aquí habeis seguido.* Digo: ¿y no será ya tiempo de hacerlo? ¿A qué queremos esperar para emprender esta reforma? ¿Podráse decir que la comenzamos muy temprano cuando ya debiera estar acabada? ¿Es posible que eternamente hemos de estar diciendo que tenemos necesidad de reformarnos, y que jamás hemos de dar una prueba de que estamos reformados? ¡Oh! ¡qué cosa tan terrible es morir solo con el plan, con el proyecto, con la idea de reforma!

Pero si creemos que no necesitamos de ella, el apóstol nos desmiente, declarándonos que vivimos muy engañados si presumimos tan ventajosamente de nosotros mismos. ¡Ah! ¡que esas pasiones tan vivas, ese amor propio tan dominante, esas imperfecciones tan groseras, esas caidas tan frecuentes no son el mayor elogio, ni la mayor recomendacion de nuestra virtud! ¡Ah! ¡que deshonran mucho al cuerpo místico de Jesucristo, de quien nosotros somos miembros! Es la inocencia y la piedad en un cristiano lo que la razon en el hombre. No es consejo, que es precepto el que seamos absolutamente santos. Serlo mas, ó serlo menos, puede ser consejo; pero serlo absolutamente, es precepto riguroso.

El evangelio es del capítulo 2 de san Lucas.

Cum factus esset Jesus annorum duodecim, ascendentibus illis Jerosolymam secundum consuetudinem diei festi consummatisque diebus, cum redirent, remansit puer Jesus in Jerusalem, et non cognoverunt parentes ejus. Existimantes au-

Siendo ya Jesus de doce años, subieron sus padres á Jerusalen, como lo acostumbraban en el tiempo de la solemnidad; y volviéndose despues de concluida la fiesta, se quedó el niño Jesus en Jerusalen, sin que lo advirtie-

tem illum esse in comitatu, venerunt iter diei, et requirebant eum inter cognatos et notos. Et non invenientes, regressi sunt in Jerusalem, requirentes eum. Et factum est, post triduum invenerunt illum in templo sedentem in medio doctorum, audientem illos, et interrogantem eos. Stupebant autem omnes qui eum audiebant super prudentia, et responsis ejus. Et videntes admirati sunt. Et dixit mater ejus ad illum: Fili, quid fecisti nobis sic? ecce pater tuus et ego dolentes quærebamus te. Et ait ad illos: Quid est quòd me quærebatis? nesciebatis quia in his, quæ Patris mei sunt, oportet me esse? Et ipsi non intellexerunt verbum, quòd locutus est ad eos. Et descendit cum eis, et venit Nazareth, et erat subditus illis. Et mater ejus conservabat omnia verba hæc in corde suo. Et Jesus proficiebat sapientia, et ætate, et gratia apud Deum, et homines.

sen sus padres. Y juzgando que vendria entre la comitiva, caminaron una jornada, y le buscaban entre sus parientes y conocidos. Mas no hallándole, se volvieron á Jerusalen á buscarle. Y sucedió que despues de tres dias le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Y todos los que le oian se pasmaban de su sabiduría y de sus respuestas. Y viéndole sus padres se admiraron, y su madre le dijo: Hijo, ¿porqué has hecho esto con nosotros? hé aquí tu padre y yo te buscábamos llenos de dolor. Y les dijo: ¿Y porqué me buscabais? ¿no sabiais que debo emplearme en la obediencia de mi Padre? Mas ellos no entendieron lo que querian decir estas palabras. Y se fué con ellos, y llegó á Nazaret, y estaba sujeto á ellos. Y su madre conservaba en su corazon todas estas palabras. Y Jesus crecia en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres.

MEDITACION

QUE DIOS DEBE SER PREFERIDO Á TODO LO CRIADO.

PUNTO PRIMERO.

Considera quien es Dios, qué ha hecho Dios por ti, qué merece Dios hagas tú por él; y juzga despues si

hay alguna criatura que pueda disputar la preferencia al amor de Dios. Es Dios soberano criador, soberano dueño, que nos crió para sí, y no pudo criarnos para otro. En sus manos está nuestra vida; él es árbitro de nuestra suerte; debémosle todo lo que tenemos, todo lo que somos; es nuestro padre, nuestro juez, nuestro rey; de él pende nuestra felicidad ó nuestra infelicidad eterna. ¿Qué te parece? ¿Este gran Dios merecerá ser preferido á todo lo criado? ¿Tendremos otro dueño á quien contemplar, ni á quien temer mas que á él? Y con todo eso ¡cosa extraña! parece que no hay otro á quien menos contemplemos, ni á quien menos temamos. Contemporízase no pocas veces con un pariente, con un amigo, y aun con un criado de quien se espera recibir algun servicio; pero al ver la poca atencion que se tiene de agradar á Dios, al notar el ningun cuidado que suele dar el desagradarle, y aun el ofenderle, hay sobrada razon para decir que la mayor parte del tiempo no se hace mas caso de Dios que si no le hubiera.

Y no hay que pensar que solamente hacen inclinar la balanza los puestos sobresalientes, las pasiones violentas, las fortunas grandes; ¿cuántas veces una lijera inclinacion, un vilísimo interes, nuestro amor propio, un ridículo respeto humano logran esta preferencia, y pueden mas que nuestra obligacion? ¿Y con todo eso presumimos de hombres de razon y de religion? Bella prueba por cierto es de uno y de otro la conducta que tenemos en punto tan esencial ¡O mi Dios, y qué de veces he preferido yo mis gustos, mis intereses, mis amigos á todos vuestros preceptos! ¡Gran dolor verme en la triste precision de confesar esta verdad! Pero ¿qué importaria que yo la disimulase, si mi conciencia la publicaria á gritos? No, Señor, no puedo yo desmentirla; pero mientras ella me está acusando, mirad, oid, Señor, lo que os dice mi corazon.

PUNTO SEGUNDO.

Considera qué injusticia, y aun qué impiedad es preferir la criatura al Criador. ¿Quién negará que el corazon ejercita entonces una especie de idolatría? ¿Qué horror, qué indignacion no concebimos contra aquellos pérfidos, contra aquellos ingratos Judíos que prefirieron á Barrabás al Salvador del mundo? ¿Y qué otra cosa hacemos nosotros? Pero ¿qué digo? Aun la hacemos mucho peor; pues conociéndole, y haciendo profesion de conocerle, le sacrificamos á un vil interés, á un respeto humano.

No hay sombra de razon que pueda jamás autorizar tan indigna preferencia. ¿Qué padres ha habido ni habrá mas amables ni mas respetables que María y que José? ¿Qué hijo ha habido, ni habrá que mas respetase ni amase mas á sus padres que el Salvador? Con todo eso luego que se atraviesa la gloria de Dios, luego que se trata de hacer la voluntad de su Padre celestial, no delibera un momento: sepárase de ellos, déjalos partir, y retírase al templo. ¡Oh! ¡cuántos hijos desgraciados hay en el mundo por haber sacrificado su salvacion á los intereses de su casa, ó á la vana condescendencia con sus parientes! *¿No sabiais vosotros que yo debia emplearme en las cosas que tocan á mi Padre?* Esta es la generosa respuesta que debemos dar á esos tentadores peligrosos é importunos, á esas solicitaciones artificiosas, á esas falsas ternuras de la carne y sangre, á todo lo que nos induce á preferir la criatura al Criador, el gusto á la obligacion, y el siervo al soberano dueño.

¿No sabiais vosotros? Con efecto, este es uno de los primeros principios de nuestra religion. Aun la misma luz de la razon da á conocer la espantosa injusticia de esta indigna preferencia. Qué, ¡Dios en concur-

rencia con una criatura! La fe, el entendimiento, la conciencia, todo clama, todo grita contra esta impiedad. Con todo eso, ante nosotros se intenta esta causa; en el tribunal de nuestro corazon se litiga este pleito, y por lo comun damos la sentencia contra Dios.

Señor, Señor, y ¡qué ingratos que somos! ¡Pero cuánta es vuestra infinita bondad en sufrir mi iniquidad y mi malicia! Mil veces os he pospuesto á las criaturas; millares de veces yo mismo me he preferido á vos. Confieso mi maldad, detéstola, abomínola. De hoy en adelante ninguna cosa os disputará el lugar en mi corazon; no os haré el agravio de admitir otra concurrencia. Penas, ternuras, pérdida de bienes, complacencias, intereses, todo lo sacrificaré á vuestra voluntad, hasta mi propia vida. Vos sois el Dios de mi corazon, y mi corazon será desde este punto segun el corazon de Dios. Amen.

JACULATORIAS.

Omnia ossa mea dicent: Domine, ¿quis similis tibi? Salm. 34.

Mi corazon, mi espíritu, mi alma, hasta mis mismos huesos, de hoy en adelante dirán en su lenguaje: ¡Ah Señor! ¿y quién es semejante á Vos?

¿Quid mihi est in cœlo, et à te quid volui super terram?

¿Qué puedo yo desear en el cielo ni en la tierra fuera de vos, Dios mio?

PROPOSITOS.

En todo tiempo debe Dios ser preferido á todas las cosas, pero con especialidad el domingo. Este es el dia del Señor, que eso quiere decir *Dies Dominica*. Pues ¡qué impiedad será hacer del dia del Señor dia de diversion ó de negocios! ¡Y qué delito preferir en



S. GUILLELMO, ARZOB.

semejante dia los intereses temporales á los deberes de la religion! Asiste hoy á los divinos oficios y á la misa mayor con piedad y con edificacion, sin que te lo estorbe ningun embarazo, ningun negocio que pueda sobrevenir, respondiendo que primero es Dios que todo; y en todas las ocasiones que ocurrieren en este dia, pórtate de manera, que visiblemente sea Dios preferido, y servido antes que todos.

Toma media hora de tiempo para examinar seriamente en qué cosas has dado hasta aqui mas frecuentemente la preferencia á las criaturas con perjuicio del Criador; cuántas veces has dejado á Dios por los hombres; cuántas un interés temporal, una vana diversion, un respeto humano, una cobarde condescendencia, te han impedido cumplir con las obligaciones de cristiano. Ténlo todo presente para acusarte de ello en la primera confesion, y sírvate esto mismo de materia de meditacion en esta noche, para que, arrepentido verdaderamente de tu cobardía y de tu pasada infidelidad, pidas perdon á Jesucristo, prometiéndole que en adelante con el socorro de su divina gracia le preferirás á todo lo criado.

DIA DIEZ.

SAN GUILLELMO, ARZOBISPO DE BOURGES.

Fué san Guillelmo de la nobilísima casa de los antiguos condes de Nevers, y nació hácia la mitad del siglo duodécimo. Criáronle sus padres con el mayor cuidado en el temor santo de Dios; pero su bello natural y su inclinacion á la virtud facilitaron mas que todo el efecto de la buena educacion. Habíale prevenido

Dios con todas las disposiciones de la naturaleza y de la gracia que eran necesarias para los grandes designios á que le destinaba su amorosa providencia. Un ingenio vivo, sólido, eminente, capaz de todas las ciencias; un juicio perspicaz, claro y derecho; un corazon noble, generoso, dócil; unas modales gratas, apacibles, naturalmente políticas y cultas; un sumo horror al pecado, una sublime idea de Dios, y una inclinacion natural al retiro y á la vida interior.

Descubrió luego estas prendas en el niño Guillelmo, Pedro el Ermitaño, tio suyo materno, arcediano de Soisons, hombre ejemplar y sabio; y enamorado de ellas, se encargó él mismo de ser su maestro en los estudios. Hizo en ellos maravillosos progresos el discípulo, acreditando la enseñanza de tan insigne maestro: en poco tiempo fué mas sabio de lo que correspondia á sus años; pero todavía fué mas virtuoso y mas santo. Desde entonces aprendió á despreciar todas las grandes esperanzas que el mundo, su nacimiento y sus bellas prendas podian prometerle; y, haciendo únicamente estimacion de los bienes eternos, se dedicó al estado eclesiástico. Apenas abrazó este estado, cuando le hicieron canónigo, primero de la iglesia de Soisons, y despues de la de París. En una y en otra, su modestia, su gravedad, su circunspeccion, su sabiduría y su vida ejemplar fueron la admiracion de todos y el modelo de los eclesiásticos.

Pero aunque el estado que acababa de abrazar era tan santo, como le llamaba Dios á un grado de perfeccion tan eminente, le estaba siempre inspirando ardentísimos deseos de vida mas retirada. Cuando se consideraba en medio del mundo, rodeado de tantos peligros, se llenaba de temor. Las dignidades eclesiásticas le parecian títulos llenos de pesadumbre y de peligro, y los beneficios de mayor renta, redes de mayores lazos. Todas sus ansias, todos sus suspiros

eran por el desierto de Grandmont, de que se habia enamorado sumamente. Florecia en él con todo el rigor de la primitiva observancia el nuevo órden religioso que habia fundado san Estevan el año de 1076, haciéndose mas estimable el nuevo instituto por la vida austera que practicaban los monjes. Guillelmo renunció generosamente sus beneficios y prebendas con todas las grandes esperanzas que le prometian su sangre y sus insignes méritos; y cerrando los oidos á los engañosos halagos de la carne y sangre, pidió ser admitido en el monasterio. Recibiéronle como un don venido del cielo, y desde luego comenzó á portarse con tanta regularidad y tan singular edificacion, que, admirado el abad de aquel prodigio de virtud, no se pudo contener sin alabarle en un concilio pleno, á presencia del papa Inocencio III y de todos los prelados y padres que habian concurrido á él.

Disponíase nuestro santo para hacer su profesion en el monasterio de Grandmont, cuando el demonio, zeloso de los progresos que habia de hacer el nuevo instituto con un sugeto tan insigne, excitó en el monasterio tan furiosa y deshecha tempestad, que faltó poco para que pereciese en ella toda la órden. Introducido infelizmente el espíritu de division en aquella santa casa, presto oscurecio su resplandor y su lustre. Empleó nuestro santo toda su aplicacion, todo su desvelo, todo su crédito, toda su reputacion, todos cuantos medios le pudieron sugerir su sabiduría, su zelo y su industria, para restituir á ella la paz y la union, que andaban desterradas; pero todo fué vano. Y viendo en fin que cada dia se enconaban mas los ánimos y los corazones, y que no podia reinar el espíritu de Dios donde no reinaba la paz, resolvió pasarse al órden del Cister, tan célebre por el gran número de santos que ya entonces contaba, y por aquel espíritu de regularidad y de retiro que reinaba

en todo su vigor, haciendo al órden cisterciense uno de los mas florecientes de toda la Iglesia. Tomó el hábito en el monasterio de Pontiñy, donde hizo su profesion con el fervor que habia crecido todos los dias en su noviciado, y en poquísimo tiempo fué cabal modelo de la perfeccion religiosa.

No contento con haber dejado el mundo, quiso dejar hasta la memoria de él. La soledad perfeccionó su recogimiento interior, y hallando en el retiro todo el alimento que podia desear para nutrir el singular amor que profesaba à la oracion, no perdia de vista á Dios ni un solo instante. Su modestia, su devocion, su puntual asistencia á los divinos oficios, alentaban á los menos fervorosos. Bastaba verle en el altar ó en el coro para moverse á recogimiento, y aun para experimentar la devocion sensible. En el sacrificio de la misa sentia siempre tanto fervor, que derramaba copiosas lágrimas hasta dejar humedecido el altar, confesando de sí mismo que se hallaba tan penetrado de ternura, de respeto y de reconocimiento al Salvador del mundo cuando le consideraba víctima incruenta inmolada en los altares, como si lo estuviera viendo con los ojos corporales crucificado en el Calvario.

Sus penitencias correspondian á su devocion. Aseguraba él mismo que le servian de verdadero tormento los alivios que era preciso conceder á la necesidad de la naturaleza. Tantas y tan eminentes virtudes llenaron de envidia y de inquietud al infierno. Puso en movimiento el demonio cuantas máquinas, cuantos artificios pudo discurrir para tentarle; pero en los ejercicios de penitencia, de oracion y de humildad halló nuestro santo todas las armas que habia menester para rebatir todos sus esfuerzos. Sobre todo la devocion á la santísima Vírgen fué el principal escudo que le sirvió para defenderse. Decia que despues de Jesucristo tenia colocada toda su confianza en la

Madre de misericordia; y los auxilios que esta Señora le consiguió por toda la vida, le hicieron salir siempre victorioso del infierno junto.

La soledad era toda su delicia; pero se atendió menos á su inclinacion que al gran concepto que se habia formado de su prudencia y de su piedad. Hiciéronle abad de Fuente Juan, y despues de Chalís, donde servia de consuelo á la violencia que le habian hecho precisándole á aceptar aquel cargo, el horrible desierto donde estaba colocado el monasterio, y la esperanza de acabar sus dias en aquella soledad; pero Dios lo habia dispuesto de otra manera para su mayor gloria. Despues que por espacio de quince años fué modelo de abades santos, quiso el Señor que tambien fuese modelo de santos obispos.

Gobernaba Guillelmo sus monjes con tanta dulzura y con tanta prudencia, que se hizo dueño de los corazones de todos. Vivia con sus súbditos, como si fuera el menor de todos, con una humildad profunda, con una pureza de corazon y de espíritu inviolable, con una franqueza y una naturalidad indecible, con una abstinencia y una mortificacion de sentidos y pasiones general y sin reserva; y lo que asombraba mas á todos, era que, en medio de tanta austeridad, la cual por lo comun se comunica al humor y al temperamento haciéndole cetrino y melancólico, él conservaba una continua apacibilidad, un despejo y una habitual alegría, que, saliéndole del corazon, se derramaba por el semblante, y se dejaba ver en todas sus acciones.

No pensaba en otra cosa que en santificarse á sí y santificar á sus monjes, en la quietud y en la oscuridad de la vida monástica, cuando el año de 1200 vino á vacar la silla arzobispal de Bourges por muerte del arzobispo Henrique de Sully. Resolvió el clero de aquella metrópoli hacer eleccion de un prelado que fuese digno de serlo por su virtud y por sus méritos

personales. Florecia entonces el órden cisterciense en hombres insignes, cuya santidad era la edificacion de todo el orbe cristiano. Esta misma multitud de sugetos en que escoger embarazaba la eleccion del clero. Recurrió á Odon, obispo de París, hermano del arzobispo difunto, suplicándole viniese á asistirle con su direccion y consejo, para asegurar el acierto en negocio de tanta importancia. Luego que llegó el obispo de París, le propusieron al abad de Chalís, con otros muchos abades, todos de santidad conocida. Era Odon hombre de una gran prudencia y de una eminente virtud, y se tomó tiempo para consultarlo con Dios por medio de la oracion y el ayuno. Al dia siguiente mandó escribir los nombres de todos los abades propuestos en cédulas separadas; y poniéndolas sobre el altar mientras celebraba el sacrificio de la misa, hizo á Dios aquella oracion de los apóstoles cuando se habia de llenar la plaza vacante en el sagrado colegio: *Vos, Señor, que conoceis los corazones de los hombres, dadnos á entender el que vos habeis escogido.* Declaróse la divina Providencia por nuestro santo, y todos prorumpieron en demostraciones de alegría, rindiendo solemnes gracias al cielo.

Cuando llegó á los oidos de san Guillelmo la noticia de su eleccion, se afligió tanto, que resolvió evadirse, huyendo ocultamente. No fué posible lograrlo; pero tampoco lo fué el vencer su repugnancia. Viéndole inflexible los diputados de la iglesia, hicieron recurso al general del Cister y al legado de la santa Sede. Mandáronselo en virtud de santa obediencia, y fué preciso obedecer; pero á todos se hizo visible lo mucho que le costaba este sacrificio. Arrancóse con increible dolor de sus religiosos de Chalís, y fueron recíprocas las lágrimas de unos y de otros. En Bourges fué recibido como un hombre enviado del cielo. Consagráronle, y en su consagracion se le comunicó sen-

siblemente la plenitud del sacerdocio. Revestido de él, entregó totalmente su aplicacion á imitar al soberano Pastor en toda su conducta. Al amor de la soledad sucedió el zelo por la salvacion de sus ovejas. Visitó su arzobispado con tanta caridad, que parecia iba pegando fuego en todas partes. Predicaba, enseñaba la doctrina, administraba los sacramentos, visitaba á los pobres en los hospitales, consolábalos, socorríalos; y haciéndose todo á todos, ganaba á todos para Jesucristo, sin que hubiese pecador tan obstinado que se resistiese á la eficacia de su zelo.

Ni su dignidad ni sus inmensos trabajos le obligaron jamás á remitir en algo sus excesivas penitencias. Nunca dejó el hábito religioso, ni mucho menos el espíritu de monje. Observaba los ayunos de la regla con el mismo rigor que si estuviera en el claustro. No probó cosa de carne, aunque se servia en su mesa siempre que habia convidados. Su palacio estaba abierto para todos; solo estaba cerrado para las mujeres, con las cuales nunca hablaba sino en caso muy preciso, y entonces en la iglesia. Calificábase de nimiamente rígida esta severidad; pero respondia siempre que un obispo nunca podia ser nimiamente rígido en esta materia. Habiendo sido arrestados ciertos diocesanos suyos por haber defendido los derechos de la Iglesia con mas zelo que prudencia, no perdonó diligencia alguna con los jueces para que les diesen libertad; pero, viendo que eran inútiles todos sus oficios, se puso á la puerta de la cárcel, resuelto á no salir de allí hasta lograr el fin de sus caritativas instancias. Esta caridad ablandó el corazon de los jueces, y dieron libertad á los encarcelados.

Por muchas y graves ocupaciones que tuviese, jamás abrevió, ni mucho menos omitió, ninguno de sus ejercicios espirituales. Todos los dias tenia dedicadas algunas horas que infaliblemente pasaba en un pro-

fundo recogimiento y retiro. Tenia siempre la muerte delante de los ojos; y acostumbraba decir que este pensamiento era un soberano remedio para todas las enfermedades del alma; siendo su mayor consuelo asistir á los moribundos. Su liberalidad con los pobres era una prueba concluyente de su desinterés; y repetia muchas veces que no habia cosa mas indigna de un obispo que atesorar dinero. A los pobres, los llamaba sus acreedores; y cuando repartia entre ellos casi todas sus rentas, decia con gracia: *Vamos poco á poco saliendo de trampas y de deudas.*

Pero en medio de una santidad tan eminente no se libró de aquellas pruebas con que suele Dios purificar la virtud de sus siervos. Padeció algunas persecuciones por parte de aquellos á quienes incomodaba su exacta regularidad, porque era censura de su desarreglada vida. Los ministros del rey Felipe Augusto ejercitaron por algun tiempo su paciencia; pero triunfó de todo con la dulzura y con la humildad. Animado de un ardiente zelo por la gloria de Dios, se disponia á ir á combatir la herejía de los Albigenses, cuando el cielo le dió á entender habia llegado el tiempo de recibir el glorioso premio de tantas otras victorias.

Hallóse muy indispuesto el dia de Reyes; mas no por eso dejó de predicar como lo acostumbraba. Dió principio á su sermon por estas palabras: *Esta es la hora de salir del letargo en que hemos estado hasta aqui*; y al acabar el sermon, se despidió de su pueblo. Como todos estaban persuadidos de que se hallaba dotado del don de profecía, nadie dudó que pronosticaba su muerte. El dolor del auditorio se comunicó presto á toda la ciudad, donde fué general el llanto y la tristeza. Apenas se retiró el santo á su casa, cuando pidió que le administrasen los sacramentos, que recibió con singularísima devocion y con particular ternura. Pasó hasta el dia 10 en oracion casi continua y en una

íntima union con Dios, pronunciando sin cesar los dulcísimos nombres de Jesus y de María, en quienes tenia colocada toda su confianza. Aunque siempre habia dormido sobre un poco de paja, quiso tener el consuelo de morir sobre la ceniza y el cilicio. En fin, habiéndose querido esforzar á rezar los maitines del dia, al acabar el primer salmo, rindió tranquilamente el espíritu al Criador, el dia 10 de enero del año 1209.

Hizo su muerte en los corazones de todos el efecto que hace ordinariamente la muerte de los santos. Cada uno lloraba á su pastor, á su protector y á su padre. Todos querian besarle los piés, invocando su intercesion para con Dios, y refiriendo cada cual alguna maravilla ó milagro de su vida. Antes de morir mostró deseo de que su cuerpo fuese enterrado en su querido desierto de Chalís; pero toda la ciudad de Bourges se puso en armas para conservar este tesoro. Fué, pues, sepultado en la iglesia metropolitana de dicha ciudad, celebrándose sus funerales con tanta solemnidad y con tanto concurso de los pueblos comarcanos, que pudo parecer testimonio de que ya desde entonces le veneraba la ciudad como uno de sus patronos. La fama y la multitud de milagros obrados en su sepulcro movieron al arzobispo Girardo, sucesor de Guillelmo, á elevar de la tierra el santo cuerpo, ocho años despues de su muerte. Hiciéronse despues las informaciones en órden á su canonizacion por autoridad del papa Honorio III, y se celebró la ceremonia en Roma con el mayor aparato el dia 2 de julio de 1218, al noveno año de su dichoso tránsito, mandando el Papa por una bula que se celebrase su fiesta en la universal Iglesia. Conserváronse sus reliquias en la catedral de Bourges hasta el año de 1562, en que los Hugonotes, de quienes parece se valió el infierno para vengarse de los santos en sus preciosos despojos,

quemaron el cuerpo de san Guillelmo con execrable impiedad, arrojando sus cenizas por el viento, despues que tomaron y saquearon la ciudad. Su culto se ha perpetuado en Bourges y en otras partes, siendo reverenciado por uno de los santos protectores de Francia.

SAN GONZALO DE AMARANTE, CONFESOR.

En uno de los pueblos del reino de Portugal llamado Tagilde, y antes Atanagilde, perteneciente al obispado de Braga, nació san Gonzalo de Amarante, brillante ornamento del órden dominicano en los principios de su establecimiento. En su misma infancia dió señales nada equívocas de su futura santidad; lo que determinó á sus padres á ofrecerle al Señor en holocausto, y no omitiendo los medios que pudieran contribuir al logro de sus intenciones. Apenas hubo llegado á la edad de la razon, le buscaron por maestro á un sacerdote venerable, á fin de que le educase en buenas costumbres, y fomentase sus piadosas ideas. Perfeccionado en semejantes principios, y deseosos los padres de mayores adelantamientos, le presentaron al arzobispo de Braga, quien, notando en el semblante del jóven una singular modestia y admirable cordura en sus palabras, le admitió en su familia con suma complacencia; y viendo sus progresos en la virtud, y su inteligencia en los estudios eclesiásticos, á la edad prefijada por los cánones, le ordenó de sacerdote, y á poco tiempo confió á su cuidado la abadía de san Pelagio. La carga de tan grave ministerio excitó el zelo de san Gonzalo; y persuadido que para animar á los hombres tienen mas eficacia las obras que las palabras, desde luego se puso en el pié de

alentar á sus feligreses con el ejemplo. Abrazó la frugalidad en la comida, satisfecho con el preciso alimento; cubrió su cuerpo con el vestido mas despreciable, observó inviolable la castidad y pureza, manifestóse humilde de corazon, y no quiso sobresalir en otra cosa que en las limosnas; así es que mirándose como un mero administrador de los bienes de la Iglesia, los invertia en socorro de los pobres, que le llamaban padre á boca llena.

Con esta serie de vida inculpable, continuó por algunos años Gonzalo en su monasterio; pero como la materia frecuente de sus meditaciones, que eran los misterios de nuestra redencion, le encendiese en vivos deseos de visitar los santos lugares en que se obró esta; dejando por vicario de su abadía á un sobrino suyo, sacerdote, que habia criado desde la infancia, partió para la Tierra Santa en hábito de peregrino. Ocupó en visitar aquellos sagrados monumentos catorce años, sufriendo muchas incomodidades en el camino, pero compensadas con las divinas consolaciones de que fué inundada su alma. De vuelta de su peregrinacion, hallando que su sobrino no habia correspondido á sus esperanzas, se dedicó á reparar sus faltas predicando la fe evangélica en toda aquella region; y conciliándose en breve tiempo el respeto y veneracion de todas las gentes, edificó con sus limosnas una pequeña ermita, dedicada á la santísima Virgen, en cierto sitio inculto cerca del rio Tamaca, donde vivió como otro Pablo é Hilarion en el desierto, empleado en santas contemplaciones, y en el ejercicio de la predicacion. Concurriendo á la fama de su santidad y de sus milagros muchos personajes portugueses, se turbó la humildad del santo; y como pidiese al Señor le indicase el método de vida que mas fuese de su agrado, pasando una noche en oracion delante el altar de la Virgen, oyó una voz que le dijo: « Levanta, siervo

mio, y sigue entre las órdenes religiosas esparcidas por el mundo, al que oyeres que da principio y fin á los oficios divinos con la salutacion angélica.» Siguiendo esta inspiracion, buscaba con diligencia este sagrado instituto; y como pasando un dia por Vimaro entrase en el convento de los religiosos dominicos, y notase que el oficio divino daba principio y fin con la dicha salutacion, convencido de que esta era la órden prevenida por la santísima Vírgen, pidió el hábito con anhelo, y fué admitido con aprobacion universal de todos los religiosos. Pasado el año de noviciado, en el que dió sobradas pruebas de su fervor, de su inocencia y de sus eminentes virtudes, y hecha la profesion solemne, obtuvo licencia de sus superiores para volver al oratorio de Amarante á continuar sus funciones apostólicas.

La caridad del santo no se limitó á enriquecer con dones espirituales á los habitantes de aquella comarca. Sintiendo en el alma que las inundaciones continuas del rio Tamaca impidiesen á los fieles concurrir á sus sermones, pensó en fabricar un puente, y lo llegó á ejecutar con limosnas que recogió de los pueblos comarcanos, y en su construccion se refieren varios milagros. Los inmensos trabajos que padeció y el rigor de sus penitencias le debilitaron en términos, que cayó en una gravísima enfermedad; y conociendo se acercaba la hora de su muerte, se dispuso á recibirla con las preparaciones de la mayor edificacion, rogando á la santísima Vírgen, su protectora, que le alcanzase la gracia de que no le perturbase el enemigo infernal. Su súplica fué oida, y agravándose cada vez mas, tuvo la dicha de que á su fallecimiento asistiese la Reina de los ángeles, acompañada de los coros celestiales, entre cuya comitiva entregó su espíritu al Criador, el dia 10 de enero de 1260.

Justificados los muchos milagros que en vida y despues de muerto obró el Señor por la intercesion de su siervo, con el heroismo de sus virtudes, le puso en el catálogo de los santos el papa Julio III, mandando se celebrase su festividad en el mismo dia de su fallecimiento. Además de esta, repiten otra los Portugueses en la octava de Pentecostes, con mucho concurso de aquel pais, en Amarante, donde se edificó un monasterio suntuosísimo de religiosos dominicos, que enriqueció con cuantiosas donaciones el rey Don Juan el tercero. Su vida ha sido escrita por órden de Don Bartolomé de los Mártires, arzobispo de Braga.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Chipre, san Nicanor, uno de los siete primeros diáconos, el cual, siendo admirable por la eminencia de su fe y de su virtud, mereció recibir la corona de la gloria.

En Roma, san Agaton, papa, que, habiéndose hecho célebre por su piedad y su ciencia, murió en paz.

En Bourges, san Guillelmo, arzobispo y confesor, ilustre por sus milagros y por sus virtudes; fué canonizado por el papa Honorio III.

En Milan, san Juan el Bueno, obispo y confesor.

En la Tebaida, la muerte de san Pablo, primer ermitaño, quien, habiéndose retirado al desierto no teniendo mas que diez y seis años, vivió allí, solo, hasta la edad de ciento y trece años. San Antonio vió su alma que los ángeles llevaban al cielo en medio de una tropa numerosa de apóstoles y de profetas. Su fiesta se celebra el dia 15 de este mes.

En Constantinopla, san Marciano, presbítero.

En el monasterio de Cusan (*Cataluña*), san Pedro Urséolo, primeramente dux de Venecia, en seguida religioso del órden de san Benito, muy notable por su piedad y sus virtudes. Se celebra su fiesta el dia 14 de este mes.

La misa es de la octava de la Epifanía, y la oracion en honor del santo es la siguiente.

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in Beati Guillelmi confessoris tui atque pontificis solemnitate deferimus, et qui tibi dignè meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis : Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Dad, Señor, oidos á las súplicas que os hacemos en la fiesta de vuestro confesor y pontífice san Guillelmo; y pues él os sirvió dignamente, libradnos por sus merecimientos de todos nuestros pecados : Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 60 *de Isaías, y es la misma que el dia* VI, *pág.* 90.

NOTA

« Las profecías de Isaías se pueden dividir en ocho » partes. La primera pertenece al reino de Joathan, » hijo de Osías, rey de Judá. La segunda comprende » al reino de Acáz. La tercera es contra Babilonia, » los Filisteos, los Moabitas, y contra Damasco, Sa- » maria y Egipto. La cuarta es contra Cedar, la Arabia, » Jerusalen y toda la Judea. La quinta es sobre la » guerra de Senaquerib. La sexta es un discurso sobre » la existencia de Dios, y sobre la verdad de la religion » de los Hebreos. La séptima trata mas particular- » mente del Mesías. La octava tiene por objeto la venida » del Mesías, la vocacion de los gentiles, la repro- » bacion de los Judíos y la fundacion de la Iglesia. »

REFLEXIONES.

Levántate, Jerusalen, y brilla con nuevo resplandor, porque ya ha venido tu luz. ¡Asombroso es que aun despues de haber amanecido en el mundo el divino Sol

de justicia, reinen todavía las tinieblas en el espíritu de tanto número de fieles! ¡Qué ceguedad mas lamentable, que ver, en medio del cristianismo, dias enteros destinados á diversiones poco cristianas, y que, por un intolerable abuso que parece presume de lícito por la prescripcion, corra sin freno la licencia desde Reyes hasta el tiempo santo de cuaresma!

Si entre las calumnias que los gentiles forjaron contra los cristianos se les hubiera ofrecido darles en cara con esta inconsecuencia, conviene á saber, que, mientras nuestra religion condena el paganismo en todos sus puntos, imita sus desórdenes en muchos; que, preciándose de una moral austera, cuyas leyes ponen límites tan estrechos á las mas honestas diversiones, permite con todo eso los regocijos y las fiestas de los paganos; que unas veces severa, otras indulgente, segun las diversas ocurrencias de los tiempos, da licencia en ciertos dias para desórdenes y para disoluciones que prohibe en otros; ¿con qué indignacion, con qué enojo no se hubiera gritado desde luego contra esta reconvencion, tratándola de impostura, de embuste y de calumnia?

¡Qué mentira mas grosera, se diria entonces, qué mayor impostura, que acusar á la religion cristiana de desordenada en sus costumbres, cuando en virtud de sus preceptos está condenando hasta el deseo, hasta el pensamiento del pecado! ¡Puede ignorarse cuánta es su delicadeza en punto de pureza de conciencia y limpieza de corazon! ¿Qué vicio se puede jactar de ser exceptuado ó de ser disimulado por ella? ¿Hay por ventura un solo instante en la vida que sea exento de la práctica de la virtud, en que ella dispense la obligacion de servir á Dios y de conservarse en la inocencia?

De esta manera responderian confiada y animosamente los cristianos de la primitiva Iglesia; porque no

les dolian prendas, ni se les podia dar en rostro con algun desórden. Jamás parecian en el circo; huian del teatro, de los espectáculos y de los juegos públicos; no se les veia ni coronados de flores, ni vestidos de púrpura; reinaba una modestia inalterable en todos los estados; no reconocian ni edad, ni tiempo, ni dias destinados para inmoderadas alegrías; sus diversiones siempre honestas, siempre puras, eran lecciones de virtud y de decencia; en sus convites sobresalia la frugalidad y la moderacion; en sus concurrencias, juntas y visitas, iba delante la piedad; en fin, en todo tiempo y en toda ocasion eran cristianos. Estos sí que facilmente confundirian la calumnia. Pero pregunto: ¿tendríamos nosotros el dia de hoy el mismo derecho y el mismo valor para rebatirla á vista de nuestra conducta tan poco cristiana, especialmente durante el carnaval y en tiempo de carnestolendas? ¿Qué retorsiones no nos harian? ¿Cómo nos argüirian con esos festines licenciosos, con esos bailes, con esas danzas, con esas máscaras, con las cuales los primeros cristianos daban en cara á los idólatras, como muestras visibles, así de la corrupcion de sus costumbres, como de la falsedad de su religion?

¿Qué tendríamos que replicar, si los paganos nos dijeran que en tiempo de carnaval haciamos lo mismo que ellos hacian en sus fiestas Bacanales, los mismos excesos, los mismos festines, los mismos saraos, los mismos regocijos? Los desórdenes son públicos, la licencia no es menos desenfrenada. ¿Seria bien recibida la excusa de que en esas diversiones se observa alguna mayor moderacion, esto es, que los regocijos y las máscaras del carnaval á lo sumo solo se pueden llamar reliquias del paganismo mitigado? Pero gracias al Señor, que, aunque sean tan universales los abusos y la licencia de los malos cristianos, no puede perjudicar á la santidad de la Religion, que en todo

tiempo ha condenado, como la condena tambien el dia de hoy, esa profanidad, ese escandaloso desórden.

Adorado en casi todos los altares el enemigo comun de todo el género humano, orgulloso y fiero con el imperio universal de todos los corazones, se hacia consagrar los primeros dias del año con esa disolucion. Este, y no otro, es el principio que tuvo la escandalosa costumbre de los excesos del carnaval.

¿Qué hombre de buen juicio se atreverá á autorizar esas licenciosas alegrías con el pretexto de que despues entra el tiempo de ayuno y de penitencia? ¿Habrá valor para decir que se concede toda la libertad á los sentidos, porque dentro de tres dias se ha de llorar esa libertad que se les ha concedido? ¿que se entrega el corazon al esparcimiento y al desórden, porque se acerca el tiempo en que se ha de hacer penitencia de ese desórden y de ese esparcimiento? Llega la cuaresma, en que es menester llorar los pecados; pues consolemos anticipadamente esas lágrimas futuras con todo género de divertimientos. Dentro de pocos dias obligará la Iglesia á todos sus hijos al ayuno; pues pertrechémonos contra ese ayuno con excesos, convites y comilonas, que lleguen á ser glotonerías.

Bien presto se nos convencerá desde los púlpitos, que todas esas fiestas del carnaval son indignas del nombre cristiano; pues trabajemos ahora en merecer que entonces nos avergüencen. Mañana se nos predicará la penitencia; pues hagamos hoy todo lo posible para tener necesidad de ella.

Conócese, pálpase la ridiculez y la impiedad de este lastimoso discurso; ¿pues cuándo se confesará la indignidad de esa miserable conducta? Tendríase vergüenza de justificar así el carnaval; y sin embargo esto es lo que quiere decir todo cuanto se alega para autorizar la costumbre. Pues qué, ¿el cristianismo es

cosa de mojiganga, ó es á manera de vestido que se ha de mudar segun la diferencia de los tiempos? ¿Es cosa de farsa, es á modo de teatro, en que ha de haber diversas mutaciones, y se han de representar distintos y aun contrarios papeles? ¿Hoy disolutos, y aun casi malvados de apuesta, y mañana hipócritas por bien parecer? ¿Hoy entregados á las disoluciones de los gentiles, y mañana aparecer con una mascarilla de cristianos? Adorándose el mismo Dios, teniendo la misma ley, y siendo uno mismo el infierno en carnaval y en cuaresma, ¿qué razon hay para que en un tiempo se haga vanidad de ser impíos y disolutos, y en otro se haga ridícula ostentacion de parecer cristianos?

¿Es posible que una ceguedad tan grosera no haga fuerza á todo hombre de mediana razon? ¿Puede haber quien tenga alguna tintura, no digo ya de religion, sino de sentido comun, que no se avergüence de hacer públicamente este género de farsa? ¿Seria creible, si no se viese cada dia, que tan frescamente se incurriese en este género de ilusiones? ¿Ignórase por ventura que, para ser verdaderamente cristiano es menester vivir siempre como tal? No quiere Dios nuestro corazon si no se le da para siempre. ¿Y creerás tú que llevará á bien que en tales y en tales dias lo repartas entre él y el mundo? Si se confiesa que Dios merece ser servido en ciertos dias del año, ¿no será un desprecio intolerable el juzgar que en otros se puede dejar de servirle?

Es artículo de fe que el mundo es su irreconciliable enemigo: ¿y ha de haber tiempo en que un cristiano pueda entregarse sin vergüenza y atolondradamente á todos los pasatiempos del mundo? ¿A bailes, á saraos, á juegos excesivos, á entretenimientos poco cristianos, á máscaras, á desórdenes? ¿Ha de haber tiempo en que se crea ser lícito y permi-

tido no amar mas que al mundo, y hacer como reputacion de servirle, cortejarle y de complacerle? ¿Habria quien tuviese valor para proferir una máxima tan contraria á la fe y á la razon? Y en medio de eso, esta es la máxima que hoy se sigue en el mundo. Tanta verdad es que, en dejándose de vivir cristianamente, se incurre en una insensatez y locura.

Y lo que apenas se pudiera creer, si no se palpara, es que un abuso tan irreligioso se halla no pocas veces autorizado por personas que tratan de devocion, que se precian de muy cristianas, y que con efecto en otros tiempos del año se portan con una vida bastantemente arreglada. Pero, mi Dios, ¿estas benignas interpretaciones de vuestra ley son muy conformes al espíritu de vuestro santo Evangelio? ¡Ah, Señor, y qué ilusiones se encuentran en los sistemas de devocion que cada uno se forja á su modo! ¡Qué nulidades en esas vanas dispensas! ¡Qué horror causa mirar en la hora de la muerte el carnaval con ojos cristianos!

El evangelio es del cap. 2 de san Mateo, y el mismo que el dia VI, *pág.* 93.

MEDITACION

DE LA FIDELIDAD Á LA GRACIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera con qué prontitud, con qué fidelidad obedecieron los Magos la voz de la divina gracia, figurada por la estrella. *Vidimus stellam, et venimus.* Apenas se nos descubrió la estrella, cuando al instante nos pusimos en camino. ¿Cuántas razones tenian para deliberar, para informarse, para asegurarse de la verdad del hecho? Pero cuando Dios habla, quiere ser prontamente obedecido. Tanta deliberacion cuan-

do se trata de convertirse, es efectivamente no querer hacerlo. Luego que Marta dijo á su hermana María que el Señor la llamaba, al instante, al momento se levanta y deja á los que la estan consolando sin hablarles palabra. El que no parte al momento que ve la estrella, luego la pierde de vista, y al cabo no se mueve.

¿Cuánta multitud de gente veria la que anunció el nacimiento del Salvador? Pero en lugar de seguirla, se contentaron con admirar su resplandor, con observar su movimiento, con hablar de ella como filósofos ó astrónomos. Solamente los Magos, sin detenerse á filosofar, se aplican á obedecerla; y queriendo acreditarse de mas dóciles que sabios, van derechos adonde ella los conduce, y encuentran felizmente lo que la misma les anuncia. ¡Cuántas veces ha brillado á nuestros ojos la estrella de la gracia! ¡Cuántas santas inspiraciones! ¡cuántos piadosos movimientos! ¡cuántas voces interiores! Y nosotros hemos discurrido, delicadamente hemos admirado, hemos deliberado mucho; pero sin concluir nada. Dios nos ha convidado, nos ha solicitado, nos ha estrechado mil veces á que le sigamos; y nosotros sin dar un paso, sin movimiento.

Al fin, Señor, ya es tiempo de que lo haga; ya quiero dejarme de mis imperfecciones, desviarme de mis malas costumbres, apartarme de todo cuanto desagrada á vuestros purísimos ojos. No os canseis vos de convidarme, haced que brille de nuevo vuestra gracia, que desde este punto resuelto estoy á seguirla.

PUNTO SEGUNDO.

Considera cuantas dificultades se les representarian á estos santos reyes para desviarlos de emprender aquel viaje. El camino es largo y malo; la estacion áspera y cruda; no vemos urgencia que nos precise;

tiempo tendremos para emprender esta jornada con menos incomodidad; la estrella no habla solo con nosotros, que con todos habla, y no vemos que otros se muevan ni se inquieten. ¿No son unos discursos muy semejantes, unas quimeras muy parecidas las que aun el dia de hoy nos estorban el seguir las impresiones de la divina gracia? ¿Y qué? cuando se trata de obedecer la voz de Dios, de cumplir las obligaciones de cristiano, de ser feliz ó infeliz eternamente, de asegurar mi eterna salvacion, ¿me han de servir de embarazo el tiempo, el lugar, la edad, la condicion, los respetos humanos? Nada de esto nos detiene cuando se trata de un interés, de una ganancia, de un empleo, de conservar la vida; y solo cuando se trata de mi suerte eterna, de la amistad de un Dios, de mi eterna felicidad, entonces todo me hace dificultad, todo me hace estorbo. ¡Cuántos prudentes á lo del mundo se burlarian entonces de la credulidad de los santos reyes, tratándolos quizá de sencillos! ¿pero el dia de hoy habrá quien los califique de muy fáciles, ó de nimiamente dóciles?

Encubrióseles la estrella por algun tiempo; mas no por eso quedaron sin auxilios y socorros. Siempre hay libros espirituales y devotos, nunca falta la luz de los directores prudentes y zelosos. En medio del tumulto, del bullicio del mundo, son poco frecuentes, son muy raras las gracias extraordinarias y sensibles; debilítanse mucho cuando nos paramos dentro de él; pero en saliendo del bullicio y del tumulto, vuelve á descubrirse la estrella, y con ella el consuelo y la alegría. ¡Dichosa el alma que es constantemente fiel á la gracia! ¡Qué consuelo haber sido mas fiel que otros en seguir la estrella cuando se logra la dicha de haber encontrado á Jesucristo! Esta es la suerte de todos los que le buscan con valor, con constancia y con fidelidad.

No mireis, Señor, á mis pasadas ingratitudes; brille de nuevo la luz de vuestra gracia, que determinado estoy á no ser mas infiel á ella. Mandadme, Señor, cuanto fuere de vuestro agrado, que pronto estoy con el socorro de vuestra gracia á cumplir exactamente todo cuanto me mandareis.

JACULATORIAS.

Loquere, Domine, quia audit servus tuus. I Reg.
Hablad, Señor, que vuestro siervo oye.

Hodiè si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra. Salm. 94.
Si oyeres la voz del Señor, guárdate bien de obstinarte en no seguirla al momento.

PROPOSITOS.

1. Mucho tiempo ha que Dios te está solicitando, te está estrechando para que le hagas ese cierto sacrificio, para que dejes esa ocasion, para que reformes tus costumbres, y para que te arregles con cierto género de vida; y todo este tiempo ha que tú le estás resistiendo. Hoy se te descubre la estrella, que acaso se te ha encubierto todo el tiempo que has vivido tan ciego y tan empeñado en esa mala amistad. No dilates un momento hacer lo que Dios te manda; pon por escrito tu resolucion; no se pase este dia sin hacer este sacrificio; da principio á él inmolando la víctima que mas tienes en el corazon.

2. Socorre con limosna al primer pobre que hoy encontrares, y reserva algun tiempo para retirarte á alguna iglesia, y para renovar á los piés de Jesucristo el propósito que has hecho de serle fiel en adelante. Concibe un gran dolor de tu cobardía en el servicio de Dios, de haber perdido tantas gracias, malogrado tantos auxilios; y acúsate particularmente de esto en la primera confesion.

DIA ONCE.

SAN HIGINIO, PAPA Y MÁRTIR.

Tiene el Señor gran cuidado de conservar y defender su Iglesia contra todos los esfuerzos del infierno, segun sus promesas, especialmente cuando la vé atribulada y afligida; bajo cuyo supuesto, en aquellos calamitosos tiempos en que fueron muchos y muy poderosos sus enemigos, fué muy particular su vigilancia en proveerla de prelados santos, sabios y valerosos, que sin temor de la muerte la defendiesen con brio, y animasen á los fieles con su ejemplo. De esta clase fué san Higinio, griego de nacion, natural de Atenas, hijo de un filósofo cuyo nombre y genealogía no explican los escritores. Por su eminente virtud y recomendables prendas, ascendió á la cátedra apostólica por muerte de san Telesforo, hácia la mitad del siglo segundo, en el reinado del emperador Antonino Pio.

En tiempo de su pontificado fueron muchas y graves las calamidades del mundo, y con especialidad las del imperio romano: y atribuyendo los gentiles estos males, este castigo de la divina justicia á los vicios y delitos de los cristianos, enemigos de sus dioses, con esta falsa preocupacion los perseguian de muerte, con el fin de aplacar el enojo de sus ídolos, á quienes suponian gravemente ofendidos.

No menos cruel que la persecucion de los paganos fué la que sobrevino á la Iglesia en la época de este papa por la malignidad de los herejes, que no perdo-

naban medio alguno para corromper la pureza de la fe y santidad de las costumbres. Casi todos los enemigos declarados de Jesucristo habian concurrido á Roma con la perversa intencion de envenenar la fuente matriz de la doctrina evangélica. El impío Valentin, hombre de vivo ingenio, lleno de fuego y de brillante elocuencia, con singular atractivo y cultos modales, hacia grandes progresos en su secta, engañando al vulgo con su continua afectacion de reforma, y una muy bien estudiada exterioridad de virtud. Marcion, otro famoso heresiarca, separado de la Iglesia por su mismo padre (obispo despues de viudo), no pudiendo conseguir en Roma ser admitido á la comunion de los fieles, por mas que se cubrió con la máscara de virtud y autoridad, precipitado en la herejía de Cerdon, añadiendo muchas impiedades á las de aquel perverso maestro, engañó á muchos sencillos y simples con las apariencias de arrepentido y devoto. Contra estos y otros monstruos tuvo que luchar Higinio; y como era un hombre de superior ingenio, de eminente sabiduría, de extraordinaria grandeza de alma, de inflexible teson, y de tanta intrepidez que miraba con desprecio los mayores peligros, los persiguió hasta exterminarlos, y no perdonó diligencia alguna para precaver á su rebaño de la ponzoña, con el antídoto oportuno.

Mucho sirvió para la consecucion de progresos tan felices san Justino, luz brillante de su siglo, y despues mártir de Jesucristo, quien por aquel tiempo compuso su doctísima apología en favor de los cristianos, capaz de confundir vergonzosamente á todos los enemigos del Evangelio, teniéndose por dichoso en contribuir á las empresas de tan gran pontífice, á cuya vigilancia y zelo se debió el fervor que en su tiempo acreditaron los fieles, á pesar de las persecuciones de los gentiles y esfuerzos de los herejes.

Conseguidos tan recomendables triunfos, aplicó su cuidado á la reforma del clero en los grados de su jerarquía. Aunque esta se hallaba ya establecida desde el tiempo apostólico con varios reglamentos de disciplina, posteriormente se habian confundido ya unos, y relajado otros con motivo de las persecuciones de Trajano y Adriano, segun escribe Baronio; y los restituyó y perfeccionó Higinio, ordenando en cada uno de los grados eclesiásticos el modo y forma de ejercer sus respectivas funciones. Tambien expidió muchos decretos útiles, entre ellos varios sobre ritos y ceremonias para la celebracion del santo sacrificio. Mandó asimismo que no hubiese mas que un padrino y una madrina en el bautismo, pues se habia introducido mayor número, con inhibicion de que lo fuese en el sacramento de la confirmacion el que lo fuera en el bautismo. Igualmente mandó que en la consagracion de los templos se celebrase el santo sacrificio de la misa, y que las iglesias no se erigiesen ni demoliesen sin licencia de los obispos, prohibiendo que lo cedido para el culto divino sirviese en usos profanos. Tres veces hizo órdenes en el mes de diciembre, en las que creó quince presbíteros, cinco diáconos, y siete obispos para diferentes iglesias.

Murió san Higinio el año 142, despues de haber ocupado la silla pontificia cerca de cuatro años. Muchos calendarios antiguos y el Martirologio romano le dan el título de mártir; lo que puede estar fundado sobre las diferentes persecuciones que tuvo que sufrir, y sobre los peligros á que en tiempos tan borrascosos le exponia el sitio que ocupaba.

SAN TEODOSIO EL CENOBIARCA, CONFESOR.

San Teodosio, llamado el Cenobiarca, es decir cabeza del estado cenobítico, porque juntó un gran número de religiosos que viviesen en comunidad dentro de un mismo monasterio, nació en una aldea de Capadocia hácia el año de Jesucristo de 423. Fueron sus padres los mas ricos y mas distinguidos del lugar; pero se hacian respetar mas por su virtud que por los bienes de fortuna. Tuvieron gran cuidado de la educacion de su hijo, criándole en el temor santo de Dios, y procurando sobre todo que las instrucciones fuesen acompañadas de los ejemplos. De esta manera lograron el consuelo de ver los progresos que hacia el niño Teodosio en la ciencia de los santos, antes de tener edad para instruirse en las ciencias humanas. No manejaba mas libros que los de devocion, ni tomaba gusto en otro género de lectura. Su aplicacion al estudio de las sagradas letras le habilitó en la ciencia de la Religion, y su piedad le disgustó tanto del mundo, que le dejó luego que llegó á conocerle. Abrazó el estado eclesiástico, y en poco tiempo fué director y padre espiritual de los mismos que le habian dado el ser y la educacion.

Despues de haber ejercitado el oficio de lector en la iglesia por algun tiempo, se encendió en tan vivos deseos de la perfeccion, que resolvió dejarlo todo por Jesucristo, y retirarse á un desierto á pasar en él los dias de su vida. Pero antes quiso instruirse mejor de la voluntad del Señor; y para descubrirla, tomó el partido de ir á visitar los santos lugares, y consultar de camino á aquellos santos varones que mas se distinguian en los desiertos por la santidad de su vida.

S. THEODOSIO CENOBIARCA, C.

Habiendo, pues, dejado como otro Abraham su casa, su patria y sus parientes, tomó el camino de Jerusalen, y al pasar por las cercanías de Antioquía en Siria, se le excitó un vivo deseo de ir á ver á san Simeon Estilita, que á la sazon vivia sobre una columna; y dejándose llevar de él, dobló el camino, y fué á pedirle su bendicion, su consejo y sus oraciones. Apenas le descubrió Simeon desde muy lejos, cuando, ilustrado con superior luz, le comenzó á gritar: *Seas bien venido, Teodosio, siervo de Dios.* De que atónito y confuso nuestro santo, solo correspondió con una profunda humillacion, postrándose hasta el suelo. Mandóle el santo solitario que se levantase, y le alentó á que subiese á la columna. Allí le abrazó tiernamente, descubrióle los designios que Dios tenia de él, exhortóle á corresponder con fidelidad, y le aconsejó que continuase su viaje.

Despues que Teodosio desahogó en parte su devocion, y visitó los santos lugares, estuvo dudoso por algun tiempo si abrazaria el instituto de los solitarios, que viven solos y separados unos de otros, ó el de los cenobitas, que viven muchos juntos en comunidad. Al fin prefirió este segundo, pareciéndole mas seguro, y en cierta manera mas perfecto, por las continuas ocasiones que se ofrecen en la vida comun de quebrantar la propia voluntad y de sufrirse con caridad los unos á los otros. Púsose luego bajo la disciplina de un santo anciano, llamado Longino, hombre de gran magisterio de espíritu, que vivia en la Torre de David entregado á ejercicios de penitencia. Admirado el maestro de la virtud del discípulo, y sumamente prendado de ella, se consolaba con la esperanza de tenerle en su compañía hasta la muerte, cuando una virtuosa señora, llamada Icela, se le vino á pedir para encargarle el cuidado de una iglesia que acababa de edificar en honor de la santísima Vírgen. El sacri-

ficio fué recíproco, no costando menos al santo anciano separarse de su querido compañero, que á nuestro santo desviarse de su dulce compañía; pero hubo de rendirse en virtud de la ley que se habia impuesto de obedecer. No estuvo mucho tiempo en esta ocupacion; porque á la fama de su santidad concurrió tanta gente por verle y por consultarle, que dejó el empleo, y retirándose á un desierto vecino, se escondió en una gruta, donde era tradicion que los reyes Magos habian dormido cuando volvian de Belén de adorar al Salvador. Aquí soltó las riendas á su fervor, entregándose á la contemplacion y á todos los rigores de la penitencia. Gastaba en oracion los dias y las noches, gustando en la íntima comunicacion con su Dios la dulzura y suavidad de los consuelos celestiales. Su ayuno era riguroso y perpetuo, sin usar otro alimento que algunas legumbres cocidas en agua ó algunas yerbas silvestres. Este régimen observó hasta la muerte, eso es, por mas de treinta años, confesando que no era la menor de sus mortificaciones la precision de comer, tan mortificado tenia el apetito.

Ya no pensaba mas que en vivir desconocido y retirado en su desierto, creyendo que podia ser esta su vocacion, no obstante la resolucion primera; pero queria Dios que fuese útil á muchos, y extendió tanto la reputacion de su virtud, que concurrió á la gruta una innumerable multitud de gente, pidiéndole con instancias que los tomase debajo de su direccion. No podia resistirse á la voluntad de Dios tan descubierta el que habia hecho tan generoso sacrificio de la suya, ni podia negarse á los que únicamente le buscaban con el deseo de trabajar eficazmente en el importante negocio de su eterna salvacion; y así recibió luego á seis ó á siete, pareciéndole que podia limitarse á este reducido número.

La primera leccion que les dió, fué que tuviesen perpetuamente en la consideracion y en la memoria

la imágen de la muerte; persuadido á que entre todos los ejercicios de piedad que se pueden inventar para hacer grandes progresos en la virtud y para domar las pasiones, el continuo pensamiento de la muerte es el mas eficaz de todos. Mandóles trabajar una especie de bóveda ó cementerio para el entierro comun; y luego que se concluyó la obra, les dijo con aquella gracia y con aquella apacibilidad que le hacian tan amable: *Hermanos, la sepultura ya está abierta; ahora falta quien haga la dedicacion.* Habia entre ellos un sacerdote llamado Basilio, que solamente suspiraba por la dicha de ver á Dios, y arrojándose intrépidamente á los piés de Teodosio, le dijo: *Yo, padre, la haré si me das licencia.* Conoció el santo con luz del cielo lo que habia de suceder, y permitió que Basilio se metiese y se echase en la sepultura; mandó que le cantasen el oficio de difuntos, como se estila en el dia del entierro, en el noveno y en el cabo de año, y al acabarse las oraciones de la Iglesia, por un milagro nada inferior al de la resurreccion de los muertos, Basilio, sin calentura, sin accidente, sin indisposicion, durmió en el sueño de los santos, y se fué á reposar en el Señor.

Este milagro y otros muchos que se siguieron á él, hicieron tan famosa la pequeña y recien nacida comunidad de Teodosio, y fué tanto el número de los que concurrieron á ser discípulos suyos, que al fin se vió precisado á consentir que le edificasen un monasterio mas espacioso para mantenerlos mejor en la disciplina regular. Pero como se dudase del sitio en que se habia de edificar el monasterio, Teodosio acudió á su ordinario recurso de la oracion; al fin de ella tomó un incensario para ir á decir misa á la capilla que estaba muy distante de su celda, cuando, en medio del camino, bajó del cielo una hermosa llama que dejó encendidos los carbones del incensario, y al punto se

desvaneció; con cuya maravilla conoció el santo ser aquel el sitio en que queria Dios se levantase el edificio. Desde entonces hizo ánimo de no despedir á ninguno de cuantos quisiesen dejar el mundo y ponerse debajo de su disciplina. Presto se halló con un prodigioso número de discípulos. Venian de todas partes del mundo personas de la mayor calidad, oficiales, ministros, caballeros particulares, señores de la primera distincion, hombres ricos, filósofos, sabios, doctores, movidos todos de un deseo sincero de asegurar su eterna salvacion, que, renunciándolo todo por Jesucristo, solo aspiraban á servir á este Señor debajo de la disciplina y de la direccion del abad Teodosio.

Era sin duda una especie de maravilla ver tanta diversidad de naciones, de estados, de condiciones, de profesiones, juntos todos en un mismo lugar, con tal union, con tal órden, con tal economía y con tanta regularidad, que ciertamente no era el menos asombroso de todos los milagros. Conforme iba creciendo el número de los discípulos, iba añadiendo al edificio del monasterio, y multiplicando las celdas. No se vió en el mundo monasterio mas vasto ni mas numeroso. Parecia una ciudad en el desierto, sin turbacion, sin tumulto, sin confusion. En él reinaba un eterno y maravilloso silencio; habia mas de mil monjes, y era como si no hubiera una alma.

Para facilitar el oficio divino á los que hablaban diferentes lenguas, edificó cuatro iglesias principales dentro de las paredes del monasterio. Una para los de Asia, Europa y Africa, que entendian el griego; otra para los Armenios, en cuyo número estaban comprendidos los Persas y los Arabes; otra para los Besas, ó septentrionales, que hablaban la lengua esclavona y rúnica; y la cuarta en fin, con grandes habitaciones separadas, para los energúmenos, es decir, para

todos aquellos, fuesen religiosos ó seglares, que por secreta disposicion de la divina Providencia estaban poseidos del demonio, que en aquellos tiempos eran innumerables. Todas estas iglesias estaban destinadas para cantar el oficio divino, segun las diferentes lenguas y naciones; pero no se celebraba en todas el sacrificio de la misa. Esto solo se hacia en la de los Griegos, que era la mayor, y solamente en esta se comulgaba. Cada dia se cantaban los salmos, y se hacia siete veces oracion en cada iglesia, segun la costumbre, que es lo que corresponde á las que llamamos horas canónicas en Occidente; y á la hora señalada todos concurrian á la iglesia mayor á oir misa y hacer sus devociones.

Persuadido Teodosio de que la ociosidad es madre de todos los vicios, cuidaba que se emplease en el trabajo corporal todo el tiempo que sobraba de la oracion y demás ejercicios espirituales. En este oficio manual se fabricaba todo lo necesario para los menesteres de la casa. Lleno del espíritu de Dios, el santo abad gobernaba aquella comunidad numerosa con tanta prudencia, con tanta dulzura y con tanta destreza, que cada dia brillaba mas en ella la piedad y la disciplina religiosa, creciendo el fervor al paso que se iba aumentando el número de los monjes. Severo consigo mismo, reservaba únicamente la apacibilidad y la indulgencia para todos los demás. Su humildad y sus modales siempre gratas, su temple constantemente sereno, y su semblante risueño perpetuamente, le ganaban el corazon y la confianza de todos sus súbditos. A los que se descuidaban en algo, les reprendia, mas con ejemplos que con sus palabras; mas era modelo que superior de sus religiosos, á los cuales miraba como á hijos y como á hermanos.

Su caridad con los enfermos, con los pobres y con los extraños en nada era inferior á la que tenia con

sus discípulos. Su casa estaba abierta para todos en todos tiempos. Además de las enfermerías que había dentro del monasterio para los monjes, mandó hacer otras para los enfermos de afuera, teniendo tambien sus hospederías para los pobres y para los peregrinos. Su fe y su confianza en Dios era verdaderamente eficaz y generosa. Asegurado Teodosio de la divina Providencia, recibia á todo el mundo con alegría, y á cada uno se le asistia con lo que habia menester en lo espiritual y corporal, con tanto cuidado y con tan buen órden, que se anticipaba el socorro á las mismas necesidades. Parece cosa increible, pero en realidad es verdadera; alguna vez se sirvieron en un solo dia mas de cien mesas para los forasteros. No podia sufrir que se atendiese á si habia ó no habia con que socorrer á los que concurrian aun en tiempo de hambre. Verdad es que Dios le hizo experimentar mas de una vez que á una caridad perfecta, acompañada de una fe viva, nada puede faltarla.

En una hambre universal que afligió todo el Oriente, concurrió al monasterio tan prodigioso número de pobres, que espantados los hospederos y limosneros les cerraron las puertas. Hízolas abrir Teodosio, mandando que se distribuyese á cada uno lo que hubiese menester; y por un milagro de que fueron todos testigos, todos quedaron satisfechos sin que la provision se disminuyese; conociéndose desde entonces que cuanta era mayor la liberalidad con que daba, era mas abundante lo mucho que recibia. En una semana santa fué tanto el concurso de forasteros, que en la víspera de Pascua no quedó ni un solo pan en el monasterio. Viendo el santo la inquietud que esto causaba en los que no tenian tanta confianza, les dijo con mucha bondad: *Cuidemos, hermanos, de prevenir el altar, y de disponernos para la comunion de mañana; que en lo demás Dios proveerá.* Con efecto

aquella misma tarde llegó á la puerta del monasterio tan cuantiosa provision, que bastó para todos los monjes hasta la pascua de Pentecostes. Refiérese tambien que un hombre rico y muy piadoso, habiendo hecho grandes limosnas á todos los monasterios vecinos, se olvidó del de Teodosio. Propusieron al santo abad los limosneros si le parecia conveniente se hiciesen saber las necesidades de la casa á aquel hombre tan caritativo. De ningun modo, respondió el santo, que eso seria faltar á la confianza en la divina Providencia. En aquel mismo dia se la premió Dios; porque, habiendo llegado á la puerta del monasterio un hombre que llevaba grande provision de víveres para otros, se quedaron inmóviles las caballerías que conducian el convoy, sin ser posible hacerlas dar un paso adelante; y reconociendo la voluntad divina, tan bien manifestada, dejó rico el convento de Teodosio para muchos dias.

Profesaban estrecha amistad san Sabas y nuestro santo, y comunmente los llamaban los dos apóstoles de los desiertos de Palestina. San Sabas gobernaba un gran número de solitarios en su laura, y Teodosio un número mucho mayor de cenobitas en su convento. Movidos los herejes eutiquianos de la gran reputacion de nuestros santos, no perdonaron medio, diligencia ni artificio para ganar á su partido á dos hombres tan insignes. El emperador Anastasio, gran fautor de estos herejes, se valió de promesas y amenazas para engañarlos; pero siempre los halló invencibles. Unidos indisolublemente para defender los intereses de Dios y de la Iglesia, se opusieron intrépidamente á la violencia del emperador con un número casi infinito de religiosos y de solitarios. Aunque el carácter de los dos era la humildad y la dulzura, fueron siempre intrépidos é inflexibles en defensa de la verdad. Creyó el emperador que habia encontrado el secreto

de ganar por lo menos á Teodosio. Envióle una suma de sesenta marcos de oro con el especioso pretexto de socorrer á los enfermos y á los pobres. Conoció Teodosio el artificio y supo aprovecharse de él; tomó el dinero y distribuyólo entre los necesitados. Juzgando el emperador que ya le tenia ganado, le envió una fórmula de confesion eutiquiana, rogándole que la suscribiese. El santo, en lugar de obedecer, convocó á todos sus monjes, y los exhortó á defender la verdad á costa de la vida. Escribió despues al emperador con aquel zelo y con aquel valor que convenia á un hombre apostólico, declarándole que él y todos sus religiosos estaban dispuestos á perder mil veces la vida al rigor de los mayores tormentos, antes que separarse en un solo punto de la fe de la Iglesia. Admirado Anastasio de una libertad tan generosa y tan no esperada, aunque le llegaba muy al alma, disimuló su resentimiento, afectando quedar edificado. Y así le volvió á escribir segunda carta en términos no solo templados, sino respetosos; pero sin embargo, poco tiempo despues, expidió nuevos edictos contra la Iglesia, mandándolos obedecer y ejecutar. Con esta noticia, Teodosio, que no habia salido del desierto en cincuenta años, voló á Jerusalen á confirmar en la fe á muchos que titubeaban; y un dia en que toda la ciudad habia concurrido á la iglesia, subió al púlpito con la licencia del obispo, y pronunció en alta voz estas palabras: *Si alguno no venerare los cuatro sagrados concilios ecuménicos como los cuatro santos Evangelios, que sea anatematizado*. Una accion tan heróica en un venerable anciano de noventa y cuatro años produjo todo el efecto que se podia desear. El mismo Dios la quiso autorizar con un milagro; porque al salir de la iglesia, cierta pobre mujer que adolecia de un cáncer mortal y pestilente, apenas tocó el hábito del santo, cuando quedó repentina y perfectamente buena. Corrió

despues Teodosio otras muchas ciudades de Palestina, predicando contra la herejía de los eutiquianos, y haciendo inútil el decreto del emperador. Irritado este príncipe del zelo ardiente y eficaz de nuestro santo, le desterró, mandando que en aquel mismo dia saliese á cumplir su destierro. Obedeció Teodosio, y partió con tanta alegría de verse desterrado por la fe, que confesó no haberla tenido igual en su vida. Pero habiéndosela quitado al infeliz emperador un rayo poco tiempo despues, se restituyeron de su destierro los santos confesores de Cristo, y Teodosio volvió á su monasterio.

Puédese discurrir con qué gozo seria recibido de sus amados hijos, y cual seria el recíproco consuelo de los hijos y del padre. Contaba el santo á la sazon noventa y cinco años, y vivió despues otros once, sin experimentar decadencia en la razon ni en la virtud; antes al contrario una y otra cobraban nuevo vigor, conforme se iba acercando hácia el fin de la vida. No se practica la mortificacion, la devocion, la piedad y el fervor en la vejez, si no se ejercitan estas virtudes en la juventud. Jamás quiso dispensarse en nada este santo anciano, ni en los ejercicios de devocion, ni en los rigores de la penitencia. Nunca fué mas fervoroso que cuando ya pasaba de cien años. A los ciento y cinco le envió Dios una enfermedad muy dolorosa, que le duró por un año, para purificar su virtud y para ejercitar su paciencia. En fin, viendo que se acercaba la hora del descanso eterno, despues de haber exhortado á todos sus hijos á la observancia de las reglas y á la penitencia, habiendo recibido los santos sacramentos, entregó dulcemente el espíritu en manos de su Criador el dia 11 de octubre del año 529, á los ciento y seis de su edad, pasados casi todos en el retiro y en el desierto.

Luego que espiró, un hombre poseido del demonio,

que muchas veces le habia suplicado en vida pidiese á Dios le librase de aquel trabajo sin haberlo podido conseguir, se arrojó impetuosamente sobre el cadáver del santo para abrazarlo, y al momento le dejó el maligno espíritu.

Apenas tuvo noticia de su muerte el patriarca de Jerusalen, llamado Pedro, hombre célebre por su virtud, cuando vino á oficiar la misa del entierro, acompañado de muchos obispos y de una multitud innumerable de religiosos y solitarios que concurrieron á los funerales. Enterróse en la caverna de los monjes, donde por largo tiempo habia hecho una vida tan santa y tan penitente; y allí fué honrado despues por todos los fieles con singular veneracion.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Higinio, papa, que cumplió gloriosamente su martirio durante la persecucion de Antonino.

En Africa, san Salvio, mártir, para cuya fiesta hizo san Agustin un discurso al pueblo de Cartago.

En Alejandria, los santos mártires Pedro, Severo y Leucio.

En Fermo, en la Marca de Ancona, san Alejandro, obispo y mártir.

En Amiens, san Salvio, obispo y mártir.

En Brindis, san Leucio, obispo y confesor.

En Marisa, pueblo de Capadocia, san Teodosio, llamado el Cenobiarca, que murió en paz, despues de haber sufrido mucho por la fe católica.

En la Tebáida, san Palemon, abad, que fué el maestro de san Pacomio.

En el monasterio Supentonio del monte San Silvestre, san Atanasio, monje, y sus compañeros, que, llamados por una voz divina, entraron en el gozo del Señor.

En Pavía, santa Honorata, vírgen.

La misa es de la octava de la Epifania, y la oracion en honor del santo es la siguiente.

Infirmitatem nostram respice, omnipotens Deus: et quia pondus propriæ actionis gravat, beati Hyginii martyris tui atque pontificis intercessio gloriosa nos protegat: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Atiende, ó Dios todopoderoso, á nuestra flaqueza; y pues nos oprime el peso de nuestros pecados, alívianos de él por la gloriosa intercesion de tu bienaventurado mártir y pontífice Higinio: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 60 *de Isaías, y es la misma que el dia* VI, *pág.* 90.

NOTA.

« Es constante tradicion de los Hebreos, seguida » de los padres de la Iglesia, que Isaías murió aserrado al principio del reino de Manasés, rey de » Judá. La verdadera causa de la indignacion de este » impío Monarca fué la santa libertad con que el profeta reprendia sus desórdenes. San Justino y san » Jerónimo afirman que la sierra con que padeció este » tormento fué de madera, para que fuese mas prolongado y mas cruel su martirio. »

REFLEXIONES.

Levanta los ojos, y mira al rededor de ti. Si el dia de hoy se levantaren los ojos, y se volvieren á lo que pasa en el mundo, ¿serán objetos cristianos todos los que se miren? Esa multitud de ociosos, esas bandadas de divertidos que en todos ó en ciertos dias concurren á esas casas de conversacion, á esas mesas de juego, á esos festines y saraos, y á esas diversiones mas peligrosas y mas profanas; ¡júntanse todos esos para serviros y para adoraros á vos, Dios de mi alma! ¡Escandaloso, extraño trastornamiento de la moral cristiana,

por aquellos mismos que hacen profesion de ella! Se puede decir que las diversiones del carnaval solo se diferencian de las que se usan en lo restante del año en que son mas frecuentes y son menos cristianas. El tiempo de carnaval, en el concepto mas templado y mas comun, se representa en la idea como un tiempo de disolucion y de desórden.

¿Pero qué pecado es, dicen los mundanos, divertirse en este tiempo? ¿Y qué mérito, replico yo, qué virtud comunica este tiempo á aquellas diversiones que son ilícitas en todos los demás tiempos?

Pregúntase qué pecado es divertirse en el carnaval, es decir de renovar en medio del cristianismo la mayor parte de las fiestas de los paganos; de deshonrar la profesion de cristiano por los entretenimientos mas indignos, y de ser objeto de escándalo aun á los mismos infieles.— ¿Qué pecado es difrazarse, para hacer cuanto á cada uno se le antoje sin vergüenza, y para exponerse á los mayores peligros sin temor? ¿Qué pecado es pasar una gran parte del dia en el juego, la mayor parte de la noche en el baile; apacentar sus ojos de objetos lascivos y halagüeños; no reconocer otro Dios, por decirlo así, que el placer, ni otro dueño que la pasion; mezclarse y confundirse entre una tropa de disolutos; los sentidos sin freno, el corazon sin custodia, el espíritu sin moderacion; no faltar á ningun entretenimiento; respirar continuamente un aire contagioso, sin preservativos; eternamente acompañado con la gente mas libre, mas desahogada de la ciudad ó del pueblo? Porque ¿qué otros sugetos son los que pueden componer durante el carnaval esas asambleas, esas juntas, por la mayor parte nocturnas, y en todo tiempo descompuestas? ¿Hállanse en ellas los hombres maduros, los de juicio, los que estan reputados por buenos cristianos? ¡Qué admiracion causaria, qué escándalo si se

viese en esas concurrencias una persona virtuosa y pia! ¡A qué zumbas no estaria allí expuesto un hombre de bien! Esta es una razon muy plausible que da á conocer el carácter de las personas que las componen: ¿y despues de esto se preguntará qué pecado hay en entregarse á las diversiones que se estilan en el carnaval?

Yo pregunto por el contrario, ¿qué pecado nó hay? ¿Qué inocencia habrá tan cauta, que pueda librarse de tanto lazo como se la arma? ¿qué virtud tan intrépida, que pueda salir bien de entre tantos enemigos? ¿Con que el tiempo de carnaval ha de ser un tiempo en que se entreguen los cristianos á todas las pasiones; un tiempo en que se expongan sin temor á todos los peligros; un tiempo en que se sacrifique públicamente á todos los vicios?

¡Cómo! exclama un gran siervo de Dios, ¿el cristianismo pues no es mas que una fantasma, no es mas que una quimera? El nombre de cristianos con que nos honramos, ese nombre que costó á Jesucristo tanta sangre, ¿es un nombre tan vil, tan despreciable, que no le puede deshonrar ninguna accion, por loca, por torpe, por indecente que sea? ¿Es posible que el estado en que nos hallamos de hijos adoptivos de Dios no nos obligue á alguna moderacion, á alguna decencia?

Se avergonzaria un príncipe de salir á un tablado haciendo papel de comediante; un ciudadano particular cree, y con razon, que hay diversiones indecentes á su estado; desacreditaríase, quedaria infame para siempre un religioso que se divirtiese en el carnaval como lo hacen la mayor parte de los cristianos. ¡Y se persuade un cristiano que nada desdice de nombre tan grande, de nombre tan santo! ¿Serenamente creerá que puede holgarse como pudicra un pagano?

Qué! emplear una gran parte de la mañana ó de la tarde en vestirse, en adornarse, en componerse, en pintarse la cara para ir al sarao, á la visita, á armar lazos á la castidad de los hombres, á servir de tea al demonio con que encender el fuego de la lujuria (porque fórjense los motivos que se quisiere, no se lleva otro fin en todo ese hipo de parecer bien); estar toda una noche expuestas á los ojos lascivos, á las libertades, á las desvergüenzas de cuanto jóven disoluto hay en la ciudad; valerse de todo lo mas peligroso que hay en la naturaleza y en el arte para atraer cada cual hácia sí los ojos de la gente jóven, y para conquistar sus corazones; consumirse de envidia y de dolor si ven que otras son mas atendidas, y llenarse de orgullo y de vanidad las que han sido mas reparadas; disfrazar el sexo y la persona para quitar á la gracia el pequeño socorro que la presta el traje natural de cada uno; loquear de calle en calle, y de plaza en plaza, á favor de una máscara de mogiganga; no contentarse con discursos inútiles y frívolos, desahogarse hasta en palabras obscenas que escandalizan, y adelantarse á conversaciones que cubren el semblante de empacho y de rubor; ¿qué términos osaráse emplear para autorizar una licencia tan escandalosa?

¿El espíritu del mundo, la intemperancia en las comidas, los excesos en el juego, los desórdenes en los saraos, los espectáculos, los bailes provocativos son menos condenables en carnaval que en cuaresma? ¿El vicio es menos vicio en un tiempo que en otro? ¿En qué capítulo, en qué lugar del Evangelio se encuentra que hay ciertos dias del año en que el precepto de mortificarse, de evitar las ocasiones, de vivir como cristianos, de hacer vida ejemplar y pura, de renunciar, de aborrecer con un santo horror las máximas del mundo, obligue menos que en otros?

Si un pagano, despues de haber sido testigo en el carnaval de esos espectáculos públicos, de esas tertulias mundanas, de esas innumerables mesas de juego, de esos espléndidos y licenciosos banquetes, de esos bailes indecentes y provocativos, y de todo lo que el lujo mas ingenioso y refinado inspira de mundanalidad ó de fausto, entrase dos dias despues en nuestras iglesias, y viese á los piés de nuestros altares encorvada la cabeza en la ceniza á aquellos mismos que pocas horas antes habia visto en la comedia y en el baile, ¿qué pensaria? ¿qué diria?

Lo que diria y lo que pensaria no lo ignoramos nosotros; pues nosotros mismos pensamos lo que pensaria él. Pero, ¡mi Dios! ¿es posible que siempre nos hemos de contentar con condenar aquello que estamos haciendo siempre? Vamos de buena fe: ¿no es hacer prácticamente burla de nuestra religion el estar dando al mundo continuamente estas escenas teatrales? ¿No es desacreditar con unas acciones tan desordenadas las ceremonias mas sacrosantas de nuestra Religion? A los dias mas disolutos sucede una apariencia, un remedo, una mojiganga de piedad; semejantes á aquellos pueblos agregados á Samaria, que tan presto Asirios y tan presto Israelitas, despues de haber incensado á los ídolos, venian á adorar al verdadero Dios.

Pero tendré que sufrir mil zumbas, que tolerar mil matracas, si no concurro á los divertimientos del carnaval, si me abstengo del juego, si me retiro del baile, si no voy adonde van los demás. Está bien; pero dime, ¿y quiénes son los que te darán esa matraca, los que te harán esa burla? Dime mas; ¿sobre que recaerá esa burla y esa matraca? ¿sobre que eres timorato, sobre que te quieres salvar? ¿Y se ignora por ventura que este género de burla en la estimacion de los hombres de juicio, honra tanto á quien la padece, como desacredita á quien la hace? O Señor, ¿qué dirán? Mas ¿qué dirán?

Dirán que no asistes á esas fiestas, porque piensas seriamente en ser lo que debes; porque tienes puesta la consideracion en la eternidad; porque no quieres ser loco, ni atolondrado, ni disoluto, ni impío; porque te has convertido de veras: dirán que abrazaste el partido de hacer una vida cristiana. Y dime: ¿será delito el ser y parecer cristiano en medio del cristianismo?

¿Cuánto tuvo que padecer la incorrupta bondad del virtuoso Lot en medio de una ciudad tan universalmente estragada? ¿Qué burla no se hacia de su piedad, de su moderacion, de su retiro? ¿qué de quemazones no oía en las conversaciones? ¿qué sátiras no corrian contra él, qué apodos, qué invectivas, porque no se dejaba llevar de la corriente, y porque vivia con tanta pureza, con tanta inocencia de costumbres? Pero pregunto: ¿los que tan impiamente se burlaban del piadoso Lot, hablaban en el mismo tono cuando vieron bajar el fuego del cielo sobre ellos, sobre sus casas y sobre sus familias? ¿cuando el vengador de tantos delitos dejaba libre al justo y le ponia en seguridad? Desengañémonos, que la burla y la zumba en materia de religion ninguna fuerza hace á un corazon recto y sincero; solo espanta á los que se espantan de la virtud. Un entendimiento sólidamente cristiano conoce la ridiculez de esas insulsas chacotas, y sabe generosamente despreciarlas.

El evangelio es del cap. 2 de san Mateo, y el mismo que el dia VI, *pág.* 93.

MEDITACION

DE LA RESISTENCIA Á LA DIVINA GRACIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuantos vieron la estrella. Descubrióse igualmente á todos, y pocos la siguieron. ¡Qué infe-

lices fueron los que no se aprovecharon de sus luces! La misma infelicidad padecen hoy los que resisten á la gracia.

Dios habla, Dios nos llama: ilustraciones interiores, inspiraciones secretas, meditaciones eficaces, libros espirituales, enfermedades, accidentes, de todo se sirve Dios para hacernos entrar en el camino del cielo para convertirnos. Tiénense los ojos abiertos, admíranse, por decirlo así, estos sagrados fenómenos; pero en medio de eso se cierran los oidos á la voz de Dios.

Raras son las fiestas grandes, raras las entradas de año nuevo en que no hayamos descubierto alguna nueva estrella, en que no hayamos visto alguna nueva luz. Conócese, confiésase, créese; está la razon plenamente convencida de que es grande el atraso que se padece, que falta todavía largo camino que andar; que se han pasado años y mas años sin haber adelantado nada. Esta confesion y este conocimiento estéril, es el único fruto que produce esta gracia. Y sin embargo esa luz no brilló precisamente para alumbrar á los ojos; el fin principal de su resplandor fué para hacer impresion en los corazones. Era menester romper desde luego esta inclinacion, esos lazos; era menester ponerse al punto en camino; era menester seguir otra nueva senda con el año nuevo: pero nada menos que eso; conócense los descaminos, repréndese cada uno á sí mismo sus desórdenes, confiésase que todavía no se ha comenzado á servir á Dios de veras; se tiene á la vista la sepultura, camínase á largas jornadas á la muerte, y en medio de eso los lazos subsisten, las pasiones echan mas hondas raices, los pecados se multiplican, sofócanse las gracias, y aquel pobre corazon se endurece. Pregunto: ¿no es esto lo que yo estoy experimentando en mí mismo?

¡Mi Dios, qué remordimientos! ¡qué dolor! No permitais, Señor, que se apaguen esas divinas luces; voy á seguir esta inspiracion; yo me rindo á vuestra gracia, no mas dilacion, no mas tardanza.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que aquella divina estrella brilló por algun tiempo; pero despues desapareció, se ocultó á los ojos de los que no se resolvieron á seguirla.

Caminad, dice el Salvador, *mientras os alumbra la luz, no sea que despues os coja la noche, y os sorprendan las tinieblas.* Esas gracias sobrenaturales, esos piadosos impulsos se desvanecen despues que inútilmente nos solicitaron por algun tiempo. Consérvase la memoria de que alguna vez se tuvo el pensamiento, y aun el deseo de hacer bien; pero con efecto nada se hizo; como aquellos pueblos, que se acordaban de haber visto la estrella, pero sin haber andado un paso.

¿Cuánta diferencia hubo en la suerte de los Magos que siguieron la estrella, y la de aquellos que se contentaron con verla y con admirarla? Estos viven errados, y mueren infieles; aquellos conocen á Cristo, merecen ser sus primeros discípulos, y gozan despues de la muerte la bienaventuranza eterna. ¡Ah, que todo pendia de haber dado oidos á aquella voz interior, y de haber partido al instante! Cobardía, irresolucion, interés vil, respetos humanos, amor propio: ¡oh! ¡cuántas veces sois el orígen fatal de una infelicidad eterna, de una funestísima suerte!

¿Cuántos de nuestra misma edad, de nuestra misma condicion, de nuestro mismo estado fueron mas fieles á la gracia que nosotros? Tuvieron la misma educacion, el mismo genio, las mismas luces que nosotros; unos dejaron el mundo por servir á Dios única-

mente; otros abrazaron el partido de servir á Dios quedándose dentro del mundo; entablaron una vida ejemplar, cristiana, arreglada, constante; y por su virtud se hicieron respetar aun de los mismos disolutos; y yo, entregado á mis pasiones, abandonado á mis apetitos, víctima de mis remordimientos, soy el oprobio, el desprecio de las gentes: y despues de todo esto, ¡cuál será el fin de mi vida, cuál será mi suerte eterna! ¡Ah! ¡y quién comprendiera de cuán inestimable precio son las menores gracias! Y sin embargo, ¡cuántas veces las hice inútiles yo! ¡Oh! y cuánto importa no resistir á la gracia! ¡cuánto interesa seguir aquellos piadosos movimientos, aquellas santas inspiraciones, que con tanta frecuencia llaman á la puerta del corazon! Desengañémonos, que nuestra condenacion eterna siempre es obra de la resistencia á la gracia. ¡Qué dolor, qué rabia por toda la eternidad la de haber sido nosotros mismos los artífices de nuestra desgracia eterna!

Señor, no os enojeis, no os retireis de mí por mis continuas infidelidades. Efecto es de vuestra divina gracia el vivo arrepentimiento que ya siento. Aumentad esta gracia, que en vuestra misericordia espero no ha de hallar mas resistencia, y que ya no me ha de solicitar en vano como hasta aquí.

JACULATORIAS.

Surgam, et ibo ad Patrem meum. Luc. cap. 14.

Despertaré en fin de este profundo letargo: levantaréme, y volaré á vos, Dios mio, que sois mi padre.

Vocabis me, et ego respondebo tibi. Job, cap. 14.

Todavía, Señor, me habeis de llamar vos por vuestra divina gracia, y ciertamente no me haré sordo á ella, yo responderé.

PROPOSITOS.

1. Has de tener por una gracia especial todas las reflexiones que has leido, y las que por ti mismo hubieres adelantado sobre los profanos divertimientos del carnaval. Triste de ti si te resistieres á ella. Ea, ya estás en el tiempo crítico; quizá depende tu conversion y tu salud eterna de la resolucion que vas á tomar. Resuélvete desde instante á desterrarte de los espectáculos, del baile, de esas concurrencias tan poco cristianas; á ponerte un inviolable entredicho de todas esas diversiones, que solo dejan un amargo arrepentimiento. Escribe este propósito, fírmale y renuévale todos los dias en el sacrificio de la misa, y hazle con espíritu de verdadera penitencia, para reparar en algun modo por medio de esta pública reforma, todos tus desórdenes pasados, todos tus escándalos, todos tus excesos.

2. Ten previstas todas las solitaciones, todas las tentaciones, todas las zumbas que tendrás que despreciar por un motivo tan justo. Preven al enemigo, declarándote tú el primero sobre la conducta que resueltamente has de seguir; nada desarma tanto á los mordaces como esta generosa prevencion. Da prontamente cuenta á tu confesor ó director de esa resolucion que has tomado, y entabla con su consejo las medidas que parecieren mas proporcionadas para no inutilizar esta gracia; mira que es de mucha consecuencia. ¡Qué consuelo tan dulce, qué gozo tan exquisito experimentarás el primer dia de cuaresma, si desde hoy hicieres con seguridad lo que Dios pide de ti.

S. BENTO BISCOP.

DIA DOCE.

SAN BENITO BISCOP, CONFESOR.

San Benito, llamado Biscop del apellido de su familia, era Inglés de nacion, y de aquella parte setentrional de Inglaterra que se llama Northumberland. Nació al mundo por los años de nuestra redencion de 628. Su casa era una de las mas ilustres y de las mas antiguas de Inglaterra. Fué su educacion en la corte, pero no se tiñó ni de sus máximas ni de su espíritu. Previnole el Señor con sus dulces bendiciones, y le concedió un corazon tan nacido para la virtud, una inclinacion tan derecha y un juicio tan sólido, que no fueron capaces de hacerle prevaricar todos los artificios de que el mundo se valió para engañarle. Túvose gran cuidado de hacerle aprender los ejercicios y habilidades militares, en las que salió muy diestro, ayudado de los talentos naturales que poseia por ellas, y de la grande aplicacion con que se dedicó á su estudio.

Manejó las armas con reputacion. Su valentía, su intrepidez, y el ser siempre el primero en los peligros le hicieron muy distinguido en el ejército. Creóle oficial el rey Oxwin, y para darle alguna prueba de lo satisfecho que estaba de sus buenos servicios, le gratificó con una bella posesion al acabar la primera campaña. Señalábase Benito entre los soldados por su valor, y entre los cortesanos por su política, por su afabilidad y por sus admirables prendas naturales; pero muy especialmente por su piedad y por su singular prudencia. Estimado del príncipe, honrado de los grandes y amado de todos, parecia que habia de

avanzarse á largos pasos en la gloriosa carrera que habia emprendido, lisonjeándole el mundo con las mas brillantes esperanzas, cuando la consideracion de una fortuna mas sólida, y de una felicidad mas llena y mas digna de un corazon verdaderamente grande, le hizo renunciar todos cuantos halagos tienen los favores de los grandes. Herido del amor de los bienes eternos, y deseoso de no servir á otro amo que á solo Dios, dejó la corte, renunció los empleos, apartóse de sus parientes, y huyó de su pais en la flor de su juventud, á los veinte y cinco años de edad, y emprendió por devocion el viaje de Roma. Correspondió fielmente á todos los impulsos de su piedad. A vista de aquellos santos lugares, bañados con la sangre de los apóstoles y tantos mártires, y enriquecidos con el tesoro de sus sagradas reliquias, se inflamó nuevamente el fervor y el zelo de nuestro Benito. Redoblóse su fe hallándose en el centro de la Religion; y, reverenciando aquella santa ciudad que habia sido teatro de las victorias de tantos gloriosos mártires, ardia su corazon en el deseo del martirio. Pero como no tenia otra regla para gobernar su voluntad que la voluntad divina, entendió que esta era de que se restituyese á su pais: y así lo hizo, aun con ideas muy diferentes que las de su familia. No pudieron persuadirle á que volviese á dejarse ver en la corte; y se dedicó enteramente á ejercicios de virtud y al estudio de la sagrada Escritura. En esto empleó los cinco años que estuvo en Inglaterra, donde su eminente santidad hacia ahora mas ruido, y le granjeó mayor reputacion, que la que cinco ó seis años antes habia merecido por las hazañas de su valor. Despues que se halló bien instruido en las letras sagradas, y en todo lo que toca á la Religion, acordándose de las singulares gracias que Dios le habia comunicado en Roma, se halló movido á emprender segunda vez esta devota pere-

grinacion. Quiso acompañarle en ella el príncipe Alfrido, hijo del rey Oxwin, cuyas inclinaciones piadosas, en todo semejantes á las de nuestro santo, le habian hecho contraer con él una estrecha amistad. Partieron juntos, y todo el tiempo que se detuvieron en Roma fué un continuado ejercicio de las mas heróicas virtudes, que al fin le mereció la gracia de dejar enteramente al mundo para no pensar mas que en Dios. Escogió el órden de san Benito, que entonces florecia con todo el vigor de su primitivo espíritu, y se retiró al célebre monasterio de Lerins, junto á las costas de Provenza.

Apenas vistió Benito la cogulla, cuando fué uno de los mas fervorosos y mas perfectos monjes del monasterio. Presto sirvió el novicio de modelo á los mas ancianos; su fervor, su devocion, su mortificacion y su humildad eran admiradas como prodigios de todos los religiosos. Acabado el tiempo del noviciado, y hecha la profesion, se halló precisado á volver á Roma tercera vez. Partió de Lerins con dolor universal de todos los monjes; pero tenia en esto sus designios la divina Providencia, queriendo Dios que Benito condujese á Inglaterra el espíritu de la Religion que habia bebido en el monasterio de Lerins, y que fuese restaurador de la disciplina monástica en aquel reino. Con efecto, aunque deseaba mucho pasar toda su vida en aquella cabeza del orbe cristiano, donde todo cuanto miraba contribuia á nutrir mas su fervor y á encender mas su zelo, apenas llegó, cuando le mandó el papa Vitaliano que volviese á Inglaterra en compañía de san Adrian y de Teodoro, arzobispo de Cantorbery.

Conociendo entonces nuestro santo la vocacion á que el Señor le destinaba, y viendo claramente estar designado por la divina Providencia para trabajar en la conversion de sus paisanos, luego que entró en In-

glaterra buscó un monasterio donde retirarse. Encontróle presto en el de san Agustin de Cantorbery, del cual fué nombrado abad; y se conoció fácilmente el gran poder que tiene la virtud sobre los corazones cuando se da á conocer desde la primera silla. Halló Benito relajado el monasterio, y trató desde luego de reformarle, no con sus palabras, sino con sus ejemplos. Presto conoció que tienen mayor eficacia las obras que las palabras. Su piedad, su dulzura y su observancia regular hicieron observante al monasterio. Supo ganar los corazones, cuidando de no enajenar los ánimos; y en menos de dos meses, se vió reflorecer en el monasterio de san Agustin la disciplina religiosa.

Cuarta vez le obligaron á volver á Roma varios negocios de la iglesia de Inglaterra; y al retirarse á su patria, trajo consigo de aquella santa ciudad varios libros espirituales, y algunos rituales concernientes al culto divino, sabiendo aprovecharse admirablemente de unos y de otros. Vióse en precision de partir á Northumberland, dejando el cuidado del monasterio de san Agustin á cargo de su discípulo san Adrian. Luego experimentó su pais los efectos del celo y de la santidad de Benito. Fundó el monasterio de Wermouth en la diócesis de Durham por la liberalidad del rey Egfrido, sucesor de Oxwin. El fué quien introdujo el uso de las vidrieras adornadas de varios colores imitando pinturas, y otros muchos ornamentos de las iglesias de Inglaterra, valiéndose de artífices que hizo venir de Francia. Gustaba sumamente de que el oficio divino se celebrase con majestad; que todo lo que servia al altar fuese precioso, que todo fuese rico, magnífico y exquisito en nuestros templos. Fundó tambien el monasterio de Girwic ó Jarou, á dos leguas del de Wermouth; y habiendo puestro á este la advocacion de san Pedro,

puso al otro la de san Pablo. Estando tan inmediatas estas dos casas, no se pudo excusar de encargarse del cuidado y del gobierno de entrambas, como si fuese una sola comunidad; y así florecieron mucho en poco tiempo á favor de su prudente y celosa direccion. Hijos fueron de estas dos casas los santos Esterwin, y Geolfrido, y algunos años despues fué tambien contado el venerable Beda en el número de sus mas ilustres alumnos.

Volvió á Roma quinta vez para obtener del papa algunas gracias y privilegios, que juzgó ser convenientes á sus piadosas fundaciones; y para beber en aquel manantial puro del mejor espíritu, como él le llamaba, arroyos de religion que derivar despues en sus discípulos. Recorrió los mas célebres monasterios, no solo de Italia, sino tambien de Francia, recogiendo cuidadosamente cuanto observaba en ellos de mayor edificacion y ejemplo, para introducirlo despues en sus monasterios de Inglaterra. Logrólo con felicidad. Todo lo mas perfecto que tiene la vida interior, todo lo mas edificativo y mas santo que se encierra en la vida monástica, todo lo mayor y mas elevado que inspira la Religion, todo florecia en las comunidades que estaban debajo de su gobierno. Pero se puede asegurar que, aunque nuestro santo nada omitió de todo lo que podia contribuir á la reformacion interior y á la perfeccion de sus religiosos, con todo eso, su vocacion y su gracia particular consistió en establecer el culto divino exterior con magnificencia, y en solicitarle toda la extension y toda la majestad que se le debe. Tenia un extraordinario zelo por el adorno de las iglesias, y por la pompa y magnificencia de las ceremonias eclesiásticas. Celebrábase en todos los monasterios el oficio divino con una modestia, con una decencia, con una compostura, que verdaderamente hacia honor á nuestra Religion, in-

fundiendo respeto y devocion á los pueblos mas groseros y menos dóciles. Apenas habia en Inglaterra por aquel tiempo ni iglesia, ni capilla labrada de piedra; no se conocia el uso de vidrieras en las ventanas. Á todo proveyó nuestro santo con un celo, con una industria admirable.

Cuando volvió de Roma, trajo consigo arquitectos, vidrieros, pintores, artífices habilísimos; y muy presto enseñó á todos la experiencia cuánto conduce para imprimir un alto concepto de la Religion, y para inspirar el fervor á los fieles, la solemnidad de las ceremonias, la riqueza de los ornamentos, el socorro de las pinturas devotas y la majestad del culto exterior. Tuvo tambien san Benito el consuelo de enriquecer sus iglesias con muchos cuerpos de santos que trajo de Roma, habiéndoselos regalado los papas en premio de su piedad. Tampoco se olvidó del auxilio de la música y del canto, desconocido hasta entonces en Inglaterra. Prendado el papa Agathon de su zelo por el culto divino, envió en su compañía á Juan, abad de san Martin, chantre capiscol ó maestro de capilla de la iglesia de san Pedro en Roma. Por la religiosa industria y por el fervoroso zelo de nuestro santo, se introdujo en Inglaterra el canto gregoriano y las ceremonias romanas. El mismo compuso un libro, que intituló *Celebracion de las fiestas*. Creció en Inglaterra con la piedad y con la solemnidad del culto, el amor, el zelo y la pureza de la Religion; siendo uno y otro dichoso fruto de la virtud y del zelo de nuestro santo. Pero aunque fué tan eminente, tan ilustre esta virtud durante el tiempo de una vida tan pura, tan laboriosa y tan penitente, quiso Dios purificarla y perfeccionarla mas al fin de sus dias, para que habiendo dado tan grandes ejemplos de observancia, de mortificacion y de penitencia á todos sus religiosos, los diese el de una paciencia admirable

con que sufrió una cruel parálisis, que le sirvió de una durísima cruz por espacio de tres años. Su semblante siempre afable, siempre igual, siempre tranquilo; su íntima union con Dios, y aun su exterior alegría, nunca se mostraron alteradas. En fin, despues de haber recibido con nuevo fervor los postreros sacramentos, despues de haber exhortado á todos sus amados hijos al cumplimiento puntual de sus religiosas y monásticas obligaciones, entregó dulcemente el espíritu en manos de su Criador el dia 12 de enero del año de 703, á los setenta y seis años de su edad, ó, segun algunos historiadores, á los ochenta y seis. Fué enterrado en la iglesia del monasterio de Wermouth, de donde en tiempo de las incursiones de los Daneses fueron trasladadas sus reliquias al de Glaston, en el condado de Somerset, y allí se cree que estan aun el dia de hoy con las de san Geolfrido, su sucesor.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, santa Taciana, mártir, quien fué desgarrada con uñas y peines de hierro, expuesta á las bestias y arrojada en el fuego, sin recibir ninguna lesion, bajo el emperador Alejandro: en fin, habiendo muerto con la espada, entró en la mansion de la bienaventuranza eterna.

En Acaya, san Sátiro, mártir, que pasando delante un ídolo, soplando encima de él, y haciendo sobre su frente la señal de la cruz, le hizo al punto caer en tierra; y por esto fué decapitado.

El mismo dia, san Arcadio, mártir, ilustre por su nacimiento y por sus milagros.

En Africa, los santos Zótico, Rogato, Modesto, Cástulo, y cuarenta Soldados, mártires.

En Constantinopla, los santos Tigre, presbítero, y Eutropio, lector, que sufrieron la muerte en tiempo del emperador Arcadio.

En Tívoli, san Zótico, mártir.

En Efeso, cuarenta y dos santos monjes, que habiendo sido cruelmente atormentados por la defensa de las santas imágenes bajo Constantino Coprónimo, cumplieron en fin su martirio.

En Ravena, san Juan, obispo y confesor.

En Verona, san Probo, obispo.

En Inglaterra, san Benito, abad y confesor.

La misa es de la octava de la Epifanía, y la oracion en honra de san Benito Biscop es la que sigue.

Intercessio nos, quæsumus, Domine, sancti Benedicti Abbatis commendet: ut, quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado abad Benito nos recomiende á vuestra divina Majestad, para que consigamos por su proteccion lo que no podemos por nuestros merecimientos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 60 *de Isaías, y la misma que el dia* VI, *pág.* 90.

NOTA.

« San Jerónino reconoce á Isaías por el mas hábil y
» el mas elocuente de todos los profetas. Sus escritos
» son como el compendio de toda la Escritura. Son,
» dice, un conjunto de lo mas exquisito, y de lo mas
» delicado que puede discurrir el ingenio humano,
» ni dar á entender la mas fecunda elocuencia: *Quid-*
» *quid potest humana lingua proferre, et mortalium*
» *sensus accipere, isto volumine continetur.* »

REFLEXIONES.

Las tinieblas cubrirán la tierra, y una oscura noche se apoderará de los pueblos. Menester es estar bien sepultado en una densa oscuridad; menester es que el

entendimiento y el juicio estén apoderados de unas espesísimas tinieblas, para incurrir en medio del cristianismo en disoluciones y en excesos, que lo serian en medio de los paganos. Porque, ¿con qué otro nombre se podrán apellidar las escandalosas licencias y las torpes máscaras del carnaval? Ciertamente entre todos los abusos, entre todos los desórdenes de los cristianos, ningunos hay que mas deban encender la piadosa indignacion, que mas deban excitar el ardiente żelo de todo hombre que tenga alguna tintura de religion, que las licencias, que los desahogos de este tiempo; tanto mas, cuanto se tiene el descaro de quererlos autorizar por la costumbre. La Religion los condena; la misma razon natural los abomina; y aunque este pernicioso abuso fuese tan antiguo como los falsos cristianos, no por eso prescribiria contra la ley santa de Dios.

Pocos hay que no conozcan toda la iniquidad de estos desórdenes; pero la inclinacion al mal prevalece; el amor de los placeres domina; no se dan oidos á los gritos de la razon; síguese á la muchedumbre, y se aumenta el número de los aturdidos y de los atolondrados. El torrente es muy rápido, y no es posible detenerle; la costumbre rompe los diques y todo lo inunda. De aquí nacen los juegos torpes, las diversiones excesivas, los bailes disolutos.

Y lo mas digno de llorarse con lágrimas de sangre, es que, para que los movimientos de la gracia no inquieten la falsa seguridad de la conciencia en medio de tanta disolucion, se hace todo lo posible para sofocarlos, para reprimirlos, para menospreciarlos, hasta que al fin se haya conseguido esta falsa, esta imaginaria seguridad, en la cual se descansa, se duerme, se amodorra el corazon. A la verdad tarde se llega á esta ceguedad total tan estrechamente ligada con la eterna reprobacion, pero al cabo se llega:

y como la voluntad ordinariamente arrastra el entendimiento, se hace estudio de no ver lo que no se quiere ejecutar. Gústase del juego, concúrrese con ansia al baile, y se considera como enemigo de nuestra quietud todo lo que puede perturbar nuestra pasion. Hácese todo lo posible para persuadirse cada uno que son armas falsas, que son escrúpulos impertinentes los remordimientos de una conciencia justamente sobresaltada; y al fin se consigue.

Háblase con desprecio de los confesores incómodos, de los predicadores zelosos que declaman contra las diversiones de carnestolendas, que condenan los espectáculos, que prohiben los bailes. Trátaseles de genios apocados, de hombres simples, de teólogos de *primera tonsura*, de *espíritus impertinentes* y vanos, que solo aspiran á distinguirse entre los demás por sus austeridades de boca y por sus extravagantes singularidades, queriendo hacerse famosos á costa de las almas crédulas y sencillas.

Si alguna persona virtuosa tiene valor para desaprobar este género de diversiones, ¡ó buen Dios! y qué secreta aversion se concibe contra ella! Ni al mismo Jesucristo se le perdona si alguna vez se citan sus divinas palabras para condenar estos desórdenes. Dificúltanse los oidos á los gritos del Evangelio en la escuela de los mundanos. ¿Y qué fuerza harán estas reflexiones á los que las leyeren si fueren de este carácter? ¿Cuántos sentirán en el alma el haberse puesto en la necesidad de hacerlas?

El que gusta de permanecer en el engaño, se rebela contra su misma razon. Todo error que nutre y lisonjea la pasion, tiene grandes atractivos. Por poca piedad, por casi nada de religion que se tenga, es imposible dejar de condenar los regocijos y las máscaras de carnestolendas. No se puede ignorar que el Evangelio condena el baile, los espectáculos y las

funciones profanas; pero en este punto de moral quiere aturdirse ó atolondrarse el entendimiento, como se atolondra voluntariamente en otros muchos puntos. El número, la calidad, los dictados, el nombre mismo de los muchos que se engañan como ellos, da una especie de autoridad al error, que le hace mas plausible; y cuando se quiere y se ama el error, no hay que esperar que se confiese como tal.

Decid á aquella señorita, á quien sus mismos padres hacen ostentacion de sacrificar á tantas vanidades, y que está tan contenta con ser víctima; decid á aquel jóven disoluto, en quien el espíritu del mundo y una ociosidad inveterada han extinguido casi el espíritu de la religion; decid á esa dama jóven tan encaprichada de su aparente hermosura, tan orgullosa, tan soberbia, porque le ha cabido en suerte un poco de mas gracia y de mas aire, tan entregada, tan embebecida en las alegrías, en las fiestas mundanas, que en ninguna otra cosa toma gusto; decid á todos estos, que segun san Juan Crisóstomo no hay enemigo mas peligroso de la salvacion eterna que esos espectáculos, que esos saraos nocturnos, que esas concurrencias de la ociosidad, que esas profanas diversiones, indignas de un cristiano.

Decidles que el baile está prohibido, como el escollo ordinario de la inocencia, como el sepulcro donde se entierra el pudor, como el teatro donde se representan las vanidades, como el campo donde triunfan todas las pasiones. Que es un conjunto de todos los peligros; que es un compendio de todas las tentaciones; que allí todo es escollo, todo es veneno, las danzas, los instrumentos, los objetos, las conversaciones, la concurrencia de hombres y mujeres, empeñados como de apuesta en agradarse, en parecerse bien los unos á los otros; que todo concurre á sofocar la piedad, á alucinar el espíritu, á encantar

al corazon; que no hay cosa mas contraria al espíritu del cristianismo. Decidles, decidles todas estas católicas verdades, y vereis con qué indignacion os escuchan, con qué desprecio os oyen; y los mas templados con qué sátiras, con qué apodos, con qué invectivas, con qué burla os reciben. Cómo os tratarán del gran reformador, del gran teólogo, del gran moralista. Y cómo no os veréis de polvo entre sus murmuraciones, y aun entre sus calumnias.

Así eran menospreciadas en otro tiempo las saludables advertencias y la moral de los santos patriarcas de la ley antigua. Pero cuando se comenzaron á oscurecer aquellos dias claros y serenos; cuando el cielo irritado comenzó á desgajarse en torrentes; cuando el mar enfurecido no reconocia ya términos ni límites; cuando las aguas del diluvio, interrumpiendo los entretenimientos y los gustos, llevaban el espanto con la muerte hasta las cimas de las mas altas montañas; pregunto, ¿se pensaba entonces que las opiniones, que la moral de los patriarcas habian sido excesivamente rigidas, que sus declamaciones habian sido espantajos? ¿Creíase entonces que habia condenado injustamente la ociosidad perdurable, la delicadeza insufrible, la profanidad sin límite, los juegos sin término, los desórdenes licenciosos, los entretenimientos mundanos, en una palabra, todo lo que el dia de hoy quieren aprobar esos atolondrados del siglo, y todo lo que enciende la cólera del Dios vivo? ¿Juzgábase que se habian excedido en gritar contra aquel torrente de maldades que inundaba el género humano, contra aquellos desórdenes públicos, contra aquellos vicios secretos, que era preciso ahogar en un diluvio?

Ea, ea, que quizá alguna mano invisible introducirá el espanto en medio de esas tertulias y de esos bailes; quizá una muerte precipitada y siempre des-

prevenida, convertirá en triste luto esa pomposa, esa brillante mundanalidad; quizá un funesto accidente disipará esas peligrosas concurrencias. Tiempo vendrá, y no tardará, en que esas jóvenes, esos libertinos esas gentes mundanas, indignadas de sus propios descaminos, condenarán con una especie de horror todas esas profanas diversiones. Pero, digo, ¿será entonces tiempo?

Tendráse entonces muchísima razon de tratar, de calificar de entretenimientos paganos los regocijos de carnestolendas. Conoceráse entonces que los ministros del evangelio, sinceros y nada aduladores, fueron los verdaderamente sabios, los verdaderamente zelosos. Haráse entonces justicia á la virtud de los que siguieron el partido seguro, prohibiéndose para siempre todas esas funciones tan poco cristianas. Confesaráse entonces que las máximas del mundo eran contrarias á la verdadera sabiduría, y aun opuestas al buen juicio, á la razon natural. Veráse entonces con la mayor claridad que esas alegrías profanas no eran mas lícitas, no eran mas permitidas en tiempo de carnestolendas que en tiempo de semana santa. Pero, ¡ó buen Dios! ¡qué amargo es el arrepentimiento cuando es sin fruto y sin remedio! ¡Qué remordimientos, qué turbacion no causa la memoria del baile y de las diversiones poco cristianas cuando se miran en la hora de la muerte!

Pero no; por lo regular no se espera tan tarde para condenar todos esos desórdenes. La bulla y el tumulto no atolondran enteramente; hay ciertos intervalos en que la razon y la religion hacen su oficio, y por débiles que sean en un libertino, en un disoluto, no dejan de darle á conocer la malignidad de todo lo que le gusta; no dejan de descubrirle la ponzoña de todo lo que le encanta.

Siempre tuve á los bailes por peligrosos, decia uno de los mas bellos entendimientos de su tiempo, y el cortesano mas culto y mas discreto de su siglo, el conde de Busy Rabutin: *Siempre tuve á los bailes por peligrosos; y esto no lo aprendí solamente por mi razon, enseñómelo tambien mi propia experiencia.* Muy fuertes y muy expresivos son los testimonios de los santos padres en favor de esta verdad; pero creo que en este punto el de un cortesano debe ser de mayor peso. Bien sé que algunos dicen son para ellos menos peligrosos los bailes y los saraos que otras concurrencias. Con todo eso, los que comunmente asisten á ese género de funciones son de tal temperamento, que con gran trabajo resisten á la tentacion cuando los acomete en el retiro de sus cuartos; ¿pues cómo la resistirán en una sala donde las hermosuras que embelesan, las luces que resplandecen, los violines que deleitan, los meneos del baile que irritan, son capaces de encender á un anacoreta? Los viejos, que quizá son los únicos que pudieran asistir á esas funciones sin riesgo de la conciencia, se harian risibles si asistiesen; los mozos, en quienes no parece mal que asistan, no lo pueden hacer sin gran peligro. Pues mi dictámen es que el que quiera parecer y ser cristiano no debe concurrir al baile; y que los confesores cumplirán con su obligacion si exigieren de sus penitentes que se abstengan para siempre de semejantes funciones.

La misa es la misma que en el dia de la Epifanía, y tambien el evangelio, del cap. 2 de san Mateo.

MEDITACION

DE LOS EFECTOS DE LA GRACIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera tres efectos visibles de la gracia en el viaje de los Magos. Parten al punto sin reparar en

trabajos ni en dificultades; prosiguen su camino, aunque el astro se les oculta; vuélvense por otro sin hacer caso de un rey falaz y cruel. ¡O, y qué importantes lecciones nos da este solo misterio!

Luego que se forma la generosa resolucion de servir à Dios, salen al encuentro mil dificultades. No siempre son reales y verdaderas, sino aparentes; con todo eso no pocas veces hacen el mismo efecto que si fueran efectivas. ¡Qué cobardía es el desmayar, el desalentarse! ¿Acaso hemos de marchar solos? ¿acaso hemos de contar únicamente con nuestras fuerzas? ¿Ignoramos por ventura que la gracia deriva toda su virtud de la sangre y de los méritos de nuestro Señor Jesucristo, y que nunca puede faltarnos esta gracia? ¡Grande error dudar ponerse en camino, logrando tan buena guia! Cuando me siento mas flaco, decia el Apóstol, entonces verdaderamente estoy mas fuerte; porque cuento mas sobre la divina gracia. Si la virtud cristiana fuera únicamente obra nuestra, tendríamos mil razones para desalentarnos; pero con el auxilio de la divina gracia, ¿qué genio tan indómito, qué costumbre tan inveterada, qué inclinacion tan violenta, qué enemigo tan fiero, tan formidable, no podrá ser rendido, no podrá ser sujetado, sirviendo de gloriosa materia á una completa victoria? Por lo mismo que somos la misma flaqueza, somos mas fuertes. ¡Qué confusion, qué dolor para aquellos corazones tímidos, para aquellas almas cobardes, á las cuales todo las desanima, todo las detiene, cuando vean que con el auxilio de la divina gracia eran capaces de todo!

Tierna era santa Inés, pobre era san Isidro, rey era san Luis: ¿por ventura nos cuesta el cielo mas caro á nosotros que á los santos mártires? ¡Qué austeridad en los desiertos! ¡qué sacrificios en todos los estados! ¡qué inocencia en medio del mundo! ¡qué multitud

de santos en todas las religiones! ¡qué prodigios de santidad en toda la Iglesia! Hombres flacos eran cómo nosotros; pero fueron mas fieles á la gracia que nosotros.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que solamente las almas pusilánimes se desalientan cuando la estrella se oculta. El que solo es devoto cuando siente las dulces impresiones de la gracia, señal de que sirve á Dios por interés, y no por amor. Si el principal móvil de la virtud es la devocion sensible, no hay que esperar que dure la virtud por mucho tiempo.

Alegra sin duda la vista de la estrella; pero aunque esta se esconda ó se retire, no por eso dejan los Magos de continuar su camino. A la verdad no estará escondida por largo tiempo. ¡Qué desgraciados hubieran sido los Magos si cuando se les ocultó la estrella se hubieran vuelto atrás! Perseveremos constantes en los caminos de Dios, que la estrella volverá á dejarse ver cuando sea necesario. Ordinariamente se encubre en el tumulto del mundo. Menester es que con diferentes pruebas se debilite el amor propio, el cual se fomenta, se nutre con los gustos de la devocion sensible.

Gran motivo tenian los Magos para volver por el mismo camino en virtud de las instancias que les hizo el rey Herodes; pero la gracia siempre nos mueve á volver por camino diferente. El que no muda de camino, no se convierte.

Muchos se contentan con ir á ver al niño recien nacido, y á ofrecer sus obsequios á María; pero todo se reduce á cumplimientos y á buenas palabras. ¿Cuántas veces nos portamos de esta manera con el mismo Jesucristo? Presentámonos á él en la misa, en la comunion: ¿y á qué se reducen nuestras oraciones? A palabras, y no mas. ¿Hay muchos que al venir de

confesar y de comulgar vuelvan por otro camino? Cuando los ejercicios espirituales, cuando la frecuencia de sacramentos, cuando la misma devocion no nos hace mejores; mala señal, mala señal.

No permitais, Señor, que haga yo inútilmente estas reflexiones. Demasiado he abusado hasta aquí de vuestra gracia; bendito seais para siempre por la que ahora me haceis. Resuelto estoy á mudar de camino, mudando de vida. Haced que sea fruto de esta meditacion mi conversion verdadera.

JACULATORIAS.

Vias tuas, Domine, demonstra mihi: et semitas tuas edoce me. Salm. 24.

Mostradme, Señor, tus sendas y tus caminos, que de hoy en mas no quiero seguir otros.

Converte nos, Domine, et convertemur, innova dies. Tren. 5.

Convertidnos, Señor, y quedarémos verdaderamente convertidos. Haced por vuestra misericordia que yo entable una nueva vida.

PROPOSITOS.

1. Hoy has de lograr el dulce consuelo de experimentar en tu conducta los efectos de la gracia. ¿Eres colérico, impaciente, poco recogido? ¿Están acostumbrados tus ojos á andar derramados por la iglesia, esparciéndose indiferentemente por todos los objetos? ¿Distráeste voluntariamente en la oracion y en la misa? ¿Gastas mucho tiempo en componerte, y te dejas llevar con exceso del vano deseo de parecer bien? ¿No tienes algo que corregir, que reprenderte sobre esa vida inútil, regalada y ociosa? ¿Tratas con dureza, ó con poca piedad á los pobres? ¿Corresponden tus limosnas á tus rentas? ¿Trabajas en domar tus pasio-

nes? ¿Domínate el amor propio? Ea, determina alguno de estos defectos, y aplícate á corregirlos hoy. Seguramente puedes contar con la gracia; ojalá que con igual seguridad pudieras contar con tu correspondencia.

2. Una vez al dia trae á la memoria los propósitos, el proyecto de conversion que habrás hecho en otras ocasiones. Hazte presente aquel plan, aquel método de vida que alguna vez sería fruto de alguna confesion general, de algunos ejercicios; y examina si le has desmentido, si te has desviado de él. Renueva todos aquellos propósitos y ese método, imponiéndote alguna penitencia por cada vez que faltares. Tambien es práctica muy útil determinar antes de la confesion, y aun antes que se acabe la meditacion, el fruto particular que se desea sacar de ella. ¡Buen Dios, de cuántas industrias se valen los mundanos para adelantar sus intereses temporales! ¡Y será posible que solo en el negocio de nuestra salvacion hemos de ser estúpidos y descuidados!

DIA TRECE.

SAN HILARIO, OBISPO Y CONFESOR.

San Hilario, uno de los mayores ornamentos del órden episcopal, uno de los mas brillantes astros de la iglesia galicana, á quien san Gerónimo y san Agustin apellidan el gloriosísimo defensor de la Fe, y el doctor insigne de la Iglesia, este hombre verdaderámente grande nació en Poitiers hácia el fin del siglo tercero, ó al principio del cuarto. Su casa era de las mas distinguidas de toda aquella provincia, aunque tenia la desgracia de estar envuelta en las tinieblas del gen-



S. HILARIO, O. Y C.

tilismo, en el cual fué tambien criado Hilario. Su educacion, no obstante haber sido pagana, fué correspondiente á un niño de distincion. Aplicáronle con tiempo al estudio de las ciencias profanas; y el niño Hilario hizo tan rápidos progresos, así en las bellas letras, como en la filosofía, que desde luego se persuadieron todos á que habia de ser con el tiempo uno de los sabios mas eminentes de su siglo. Con efecto lo fué; pero no debió la eminencia de su sabiduría á las ciencias profanas.

Tenia Hilario un juicio demasiadamente sólido y una comprension demasiadamente perspicaz y penetrativa, para vivir pagado y satisfecho de las supersticiones y ridiculeces del gentilismo. Bastaríale su sola razon natural con las luces de la filosofía para conocer los groseros errores y los enormes absurdos de la idolatría; pero aunque el entendimiento puede descubrir todo esto con la luz de la razon, con todo eso la conversion del corazon siempre es obra de la gracia. Comenzó esta insensiblemente á iluminarle el espíritu, y á correr el velo á la ridiculez y á la impiedad de todas aquellas divinidades quiméricas que entretenian y engañaban miserablemente al pueblo. Al resplandor de esta divina luz conoció muy presto Hilario que habia un Ser supremo, soberano y eterno, principio y fin de todos los entes criados, quien únicamente podia hacer la suma felicidad y bienaventuranza del hombre. Hallábase todo embebido en estas reflexiones, cuando, por especial disposicion de la divina Providencia, le vinieron á las manos los libros de Moisés y de los profetas. Leyólos con ansia y con gusto; pero la leccion del Evangelio acabó de descubrirle la verdad y la santidad de nuestra religion; y el Padre de las misericordias, que queria hacer de Hilario otro vaso de eleccion, le inspiró el deseo eficaz de abrazarla y de seguirla.

Iluminado con estas vivas luces, renunció sin dificultad el paganismo mas filosófico que gentílico que habia profesado, porque nunca fué capaz de incurrir en los absurdos de los paganos; y desde que tuvo el uso de la razon, conoció que no se hallaba la verdad en el partido de la idolatría. Recibió el bautismo con un gozo inexplicable, como él mismo lo asegura; y fué tan abundante la gracia de esta regeneracion, que desde el principio se sintió tan lleno del espíritu de Dios como los cristianos mas perfectos. Desde luego miró con tedio y con horror todo lo que habia aprendido en los libros de los paganos: no hallaba gusto sino en el estudio de los sagrados; cualquiera otra lectura le parecia insípida y fastidiosa. Como el Señor le destinaba para que fuese una de las mas grandes lumbreras de la Iglesia, le dió una inteligencia tan clara de la sagrada Escritura y de las verdades mas sublimes de la Religion, que apenas recibió las aguas del bautismo, comenzó á portarse, no ya como neófito, sino como maestro consumado en la fe, y como padre de la iglesia de Jesucristo. Era todavía secular, y parecia poseer con anticipacion la gracia del sacerdocio, como se explica Fortunato.

A la especulacion de la teología dogmatica añadió la práctica de la moral cristiana. Su devocion era la mas tierna, su porte el mas ejemplar. Estaba casado con una dama de singular mérito, que, siguiendo en todo las piadosas inclinaciones de su virtuoso marido, servia de ejemplo y de modelo á todas las de su sexo y de su estado. Tenian por fruto de este matrimonio á una hija, llamada Abra, la cual se supo aprovechar tan bien de los ejemplos domésticos que tenia siempre á la vista, y de la cristiana educacion de sus padres, que mereció ser honrada como santa, y como tal celebra su fiesta la iglesia de Poitiers.

Creciendo cada dia mas la virtud de nuestro santo, convino con su mujer en vivir de allí adelante como si fueran hermanos. No se hablaba de otra cosa en toda la provincia que de la pureza de sus costumbres, admirando todos la modestia, el celo y la caridad de Hilario. En fin, su raro mérito y su extraordinaria piedad le granjearon tanta estimacion, no solo del pueblo, sino tambien del clero, que, habiendo muerto el obispo de Poitiers, todos los fieles de aquella iglesia pusieron los ojos en él; y sin dar oidos ni á su repugnancia, ni á su humildad, le escogieron de consentimiento universal por su pastor y maestro. Separado de su mujer con recíproco consentimiento, se vió precisado á consentir en su eleccion, y fué consagrado obispo.

No ignoraba Hilario los formidables cargos del estado episcopal; pero lleno de confianza en aquel Señor que se los habia echado á cuestas, esperando de su piedad todas las luces y fuerzas necesarias para cumplir fielmente con su ministerio, se aplicó á conservar el sagrado depósito de la fe que se le habia confiado, y á defender su pureza contra la corrupcion de las heregías. Habia penetrado el arrianismo hasta las Galias despues de haber desolado toda la iglesia de Oriente. Engañado el emperador Constancio, hijo del gran Constantino, por los artificios de su mujer, princesa arriana, se declaró protector del arrianismo con tanto empeño, que por defenderle persiguió á la Iglesia cruelmente, desterró á los prelados mas celosos y ejemplares, y en fin fué azote de los católicos. Encendido san Hilario en un celo ardiente y generoso por la fe de Jesucristo, no contento con mantener á sus ovejas, apacentándolas con el saludable pasto de la divina palabra por medio de sus continuos sermones, no cesaba de declararse contra el error, y era ya tenido por uno de los enemigos mas formidables del

arrianismo. La mayor parte de los prelados de las Galias celebró su generosidad y se declaró á su favor, mirándole no solo como á hermano, sino como á caudillo del partido católico; y unidos con él, obraron de concierto en defensa de la fe, y en prevenir antídotos en los pueblos contra el veneno de la herejía. Pero turbó esta santa liga de los pastores, Saturnino, obispo de Arles, gran fautor del arrianismo, hombre de ingenio travieso y de costumbres estragadas. Orgulloso con el favor que le hacia el emperador arriano, comenzó á ejercitar una especie de tiranía con los demás obispos, hermanos suyos. Valióse de amenazas y de violencias para atraerlos á su parcialidad, y armó contra los que no se dejaban persuadir de sus artificios el poder de los magistrados y de los ministros del emperador, que por la mayor parte estaban inficionados del arrianismo como él. Diósele poco á san Hilario del crédito de Saturnino; y viendo que no perdonaba medio alguno para intimidar ó los católicos, se separó de su comunion y de la de todos sus parciales con los otros prelados católicos de las Galias. Quiso despicarse Saturnino de este que reputaba desaire de su dignidad y de su carácter. Ligóse con algunos obispos herejes, y protegido con la autoridad del emperador, convocó un concilio en Beziers, en el cual se cree que él mismo presidió, y llamó á él á san Hilario con otros muchos prelados cotólicos de la provincia.

Concurrió al concilio nuestro santo, y animado con aquel generoso y ardiente zelo que hace siempre el carácter de los verdaderos prelados, se declaró intrépidamente por delator de los obispos arrianos, denunciándolos ante los católicos. Obligóse á probar su impiedad, á convencer sus errores, á producir testigos de sus herejías, á descubrir la malignidad de su secta. Demostró que se corrompia el Evangelio, que se arruinaba la fe, y que á la sombra de una falsa y en-

gañosa confesion de Jesucristo, se introducia en la Iglesia la mas horrible blasfemia. Mas la violencia que reinaba en una junta gobernada por los enemigos de la fe católica, no le permitió libertad para representar todos estos puntos con la claridad, con la extension y con el método que requeria la materia. Cuanto mas insistia en que le prestasen atencion, mas se empeñaban en negársela los enemigos de la verdad. Temian verse confundidos, y echaron por el atajo de no escucharle. Hallándose, árbitros del poder en aquel conciliábulo, Saturnino y los demás obispos arrianos depusieron á nuestro santo; y abusando del crédito que tenian con el emperador Constancio, que á la sazon se hallaba en Milan, dispusieron que fuese desterrado á Frigia en compañía de Rodano, obispo de Tolosa.

Recibió Hilario la sentencia ó la órden del emperador con un gozo muy parecido al que sentian los apóstoles y los mártires cuando se les ofrecia ocasion de padecer en defensa de la causa de Jesucristo. Triunfante y orgulloso Saturnino, viendo desterrado al azote de los herejes, creyó que no se atreverian á tratarle como tal los demás obispos católicos de las Galias intimidados por este destierro; pero le engañó su vanidad. No hubo siquiera uno de aquellos generosos prelados que quisiese admitirle en su comunion, permaneciendo constantes en la fe y en la comunion de san Hilario. Partió este sin dilacion á su destierro, y allí le tenia prevenidos la Providencia nuevos triunfos.

Animado con la confianza de la causa que defendia, escribió al emperador una carta muy respetuosa y muy atenta, justificándose plenamente de las negras calumnias que sus enemigos le imputaban. Escribió tambien otra, pero mucho mas enérgica, á los obispos de las Galias, con quienes conservó siempre una correspondencia tan seguida y tan estrecha, como si es-

tuviera en medio de ellos. Sus cartas desarmaron el artificio de los arrianos, y fueron de gran socorro á los obispos que no tenián tanto zelo, ni eran tan generosos como Hilario.

Apenas llegó al lugar de su destierro, cuando se sintió penetrado de un vivísimo dolor al ver el lastimoso estado en que se hallaban las iglesias de toda el Asia. Las de Frigia, donde se hallaba desterrado, y las de las provincias comarcanas, tenian apenas mas que el nombre de iglesias de Jesucristo. Solo habian quedado en ellas unas débiles señales, unas imperceptibles reliquias de la religion católica. No se oian mas que escándalos, cismas, perfidias, nuevos errores, que brotaban y se multiplicaban cada dia. Protegido el arrianismo con todo el poder del emperador, de tal manera habia desolado la viña del Señor, que asegura nuestro santo no haber encontrado mas que tres obispos que no fuesen total y descubiertamente arrianos; *los demás vivian tan lastimosamente descaminados, que Dios apenas era conocido por los prelados de las diez provincias del Asia*, como él mismo se explica y se lamenta.

En este teatro, pues, fué donde mas brilló y mas gloriosos frutos produjo la sabiduría, el zelo y la prudencia de Hilario. Animado siempre con el espíritu de Jesucristo, combatió á los enemigos de la fe con un ardor tan vigoroso, y al mismo tiempo tan prudente, que no pudieron cogerle prenda. Conociendo el genio falaz y artificioso de los herejes en sus diversas confesiones de fe, á cual mas capciosa, volvió á tomar la pluma en defensa de la causa del Hijo de Dios; y exponiendo á los ojos de todo el mundo el veneno del error, ilustró con tanta claridad todos los puntos controvertidos, hizo tan patente la verdad de la fe católica, y lo hizo de una manera tan plausible, que debiera espirar el monstruo de la herejía si el genio de

esta hidra fuera reducible. Compuso por el mismo tiempo otras varias excelentes obras, y entre ellas el admirable tratado *De los sínodos;* y trabajó tan gloriosamente en servicio de la Iglesia, que pudiera parecer no haber sido enviado á un pais tan remoto mas que para restablecer el reino de Jesucristo y resucitar la religion verdadera.

Celebrábanse por entonces dos famosos concilios en el imperio con la autoridad del emperador, en los cuales la multitud y la variedad de las confesiones de fe que presentaron los arrianos destruia la augusta simplicidad y unidad de la religion cristiana, como lo notó juiciosamente un gentil. Estaba convocado el primer concilio en Rímini, ciudad de Italia, para los obispos de Occidente : el segundo en Seleucia de Isauria para los de Oriente; ambos enemigos de la verdad católica. Como la órden del emperador para que concurriesen los prelados era general, el gobernador obligó á san Hilario á que asistiese al de Oriente, y aun le proveyó de carruaje para la jornada. En ella le salió al encuentro una doncella pagana, llamada Florencia, que habia dias tenia ardientes deseos de conocer al siervo de Dios por las grandes cosas que de él publicaba la fama, y le pidió su bendicion. Recibióla el santo con agrado; instruyóla, y la bautizó juntamente con su padre y su familia.

Luego que llegó á Seleucia, fué recibido de aquellos prelados con testimonios de veneracion. Justificó plenamente á los obispos de las Galias, á quienes los arrianos, fecundos siempre en calumnias, habian desacreditado como sospechosos de sabelianismo. Declamó despues contra los enemigos de la divinidad de Jesucristo, acriminó su impiedad, confundió á los parciales del error, y al fin hizo triunfar la verdad. La herejía asustada á vista de aquel héroe de la verdad, procuró alucinar á la asamblea, la cual siguió en una

horrible confusion; encendidos unos contra otros, los arrianos y los semiarrianos, se maltrataron recíprocamente con tanto furor, que al fin se rompió el concilio, y apelando al emperador, corrieron á Constantinopla. San Hilario los siguió. Los diputados del conciliábulo de Rímini, que llegaran á la corte pocos dias antes, se habian juntado al partido de los anómeos. Viendo nuestro santo que la parcialidad de los herejes iba á prevalecer, se presentó al emperador con generosidad y con respeto; y despues de exponerle en pocas palabras los motivos que le habian impelido á tomarse la libertad de presentarle tambien su memorial, le pidió una conferencia pública, en la cual, á presencia de su Majestad, le fuese permitido disputar con los arrianos. Mostróse Constancio muy inclinado á concedérsela; pero conociendo los herejes los superiores talentos de nuestro santo, y no atreviéndose á medir sus armas con las de Hilario en presencia de testigos y de árbitros, discurrieron un expediente singular para salir de aquel pantano. Persuadieron al emperador que le volviese á enviar á su iglesia, pintándoselo como á un hombre inquieto y sedicioso que con su presencia turbaba todo el Oriente.

Esta nueva especie de destierro era tan grata como gloriosa á nuestro santo, viéndose desterrado á su misma amada iglesia por aquellos mismos que tan inicuamente le habian arrojado de ella; pero como en el corazon de Hilario no prevalecia otro afecto que el de los intereses de Jesucristo, comprendiendo con la mayor penetracion los artificios de sus enemigos, soltó las riendas á su zelo, viendo la malignidad con que era oprimida la Religion. Declaróse, pues, abiertamente y con una grandeza de alma verdaderamente extraordinaria contra un príncipe, que con el especioso nombre de cristiano echaba por tierra el fun-

damento del cristianismo, impugnando la divinidad de Jesucristo. El deseo del martirio, y el dolor de ver las iglesias del Oriente presa infeliz de los herejes le inspiraron esta libertad; pero al fin fué preciso obedecer, y el generoso defensor de la fe tomó el camino de Poitiers, siendo recibido en todas partes como un glorioso confesor de Jesucristo, que volvia cargado de laureles, triunfante de la herejía. Salióle al encuentro san Martin, aquel que fué despues tan famoso en toda Francia, y que á la sazon estaba haciendo vida solitaria y penitente en una isla de las costas de la Liguria. Sabiendo que Hilario pasaba por aquellas cercanías, dejó la soledad, y quiso acompañarle hasta Roma; desde allí le siguió á Poitiers, donde se hizo su discípulo.

Ya se deja discurrir con qué alegría, con qué triunfo, con qué veneracion seria recibido de sus ovejas aquel glorioso confesor de Jesucristo. Tambien Dios quiso honrar la feliz vuelta de nuestro santo con algunos milagros, que dieron mayor nombre á la reputacion de su eminente santidad. Viéndose, pues, restablecido en su silla, no se contentó con hacer que refloreciese en su diócesis la disciplina eclesiástica, la piedad y la pureza de las costumbres, visitándola toda personalmente. Extendióse su zelo á las provincias vecinas, inficionadas del arrianismo, y persiguió la herejía hasta sus mismas trincheras. Vuelto despues á su iglesia, la gobernó en paz el resto de su vida, que solo fué de cinco ó seis años despues de que se restituyó del destierro. Logró el consuelo de ver morir con olor de santidad á la única hija que habia tenido en su matrimonio antes de ser obispo, y la iglesia de Poitiers celebra la fiesta de esta santa vírgen el dia 13 de diciembre. En fin, despues de haber seguido con tanta gloria su penosa carrera, acabó con una muerte aun mas preciosa á los ojos del Señor, el dia 13 de enero

del año 368, á los catorce años de su obispado, y sesenta y siete de su edad.

Dejónos san Hilario muchas obras excelentes, que son muy estimadas y aplaudidas de todos los santos Padres. Doce libros de la Trinidad, que comenzó el año de 356, y los acabó en su destierro; el tratado de los sínodos, que compuso tambien en el mismo destierro el año de 359, tres escritos al emperador Constancio contra los arrianos. Cuando volvió del Asia compuso un tratado contra Ursacio y Valente, obispos arrianos, del cual solo nos han quedado algunos fragmentos; otro contra Auxencio, tambien arriano, obispo de Milan. Tenemos sus Comentarios sobre san Mateo, y una parte de los que escribió sobre los salmos. Es tambien autor de algunos himnos, y no falta quien le atribuya el *Gloria in excelsis*, y el himno que comienza: *Pange lingua gloriosi prœlium certaminis.*

Desde el año inmediato á su muerte se comenzó á celebrar su fiesta en la iglesia galicana, y se trasladó al dia 14 de enero, por concurrir en el dia 13 la octava de la Epifanía. Conserváronse siempre sus reliquias en Poitiers, donde eran reverenciadas de los fieles hasta el año de 1562 en que fueron quemadas por la impiedad de los Hugonotes.

SAN GUMESINDO, CONFESOR Y MÁRTIR.

En principios del siglo nono, tiempo en que sufrian los cristianos de España una sangrienta persecucion de los bárbaros Africanos, nació en la ciudad de Toledo san Gumesindo, de padres naturales de esta capital. Trasladados con el niño á la de Córdoba, aunque se ignora la causa, le criaron conforme al espíritu de la religion cristiana, esmerándose en su

educacion con el objeto de que ascendiese á la dignidad del sacerdocio, obligados por el voto que hicieron al tiempo de su nacimiento, de ofrecerle al Señor, que se dignó concederles este fruto de sus dulces bendiciones. Para facilitar el intento, le dedicaron al servicio de la iglesia de los santos mártires Fausto, Januario y Marcial, sita en Córdoba, con el fin de que aprendiese de religiosos maestros las ciencias divinas y humanas y demás ejercicios conducentes al designio de sus deseos; para lo cual contribuyeron no poco los ejemplos y continuos consejos de sus mismos padres, interesados en demostrarle las nobilísimas prerogativas de la virginidad y la fealdad y abominacion de la torpeza. No costó dificultad imprimir tan recomendables ideas en el alma de Gumesindo, naturalmente inclinado á la virtud, y propenso al estado de mayor perfeccion. Bajo cuyo supuesto, adelantándose conforme iba creciendo en edad en la instruccion de las letras, y mas en la de los santos; apenas llegó al tiempo predifinido de los sagrados cánones, ascendió por sus grados al órden sacerdotal, desempeñando el ministerio con tanta justificacion, que, considerándole digno el obispo de Córdoba para el gobierno de las almas, fió á su cuidado una de las parroquias de la campiña de aquella ciudad, en la que se portó como pudiera hacerlo el pastor mas zeloso y ejemplar, surtiendo á sus ovejas con abundantes pastos espirituales, sin omitir el socorro de todas sus necesidades corporales, segun sus facultades.

Sentia en lo íntimo de su corazon la miserable situacion de España; no le causaba menos dolor el ver que los bárbaros secuaces de la secta de Mahoma tiranizasen con tan dura esclavitud á los hijos de Dios redimidos con la preciosa sangre de Jesucristo; y con estas piadosas reflexiones se encendió en vivos deseos de padecer martirio. Parecióle impropio de su minis-

terio omitir una confesion pública de su fe cristiana ante los jueces árabes, y digno de la nota de una cobardía vergonzosa, si no condenase la necedad de tan impía secta; y animado con semejantes impulsos de la divina gracia, pasó á la ciudad á comunicar su resolucion á un monje íntimo amigo, llamado Siervo de Dios, criado en su compañía en la iglesia de los dichos mártires. Alentados mutuamente para tan laudable empresa, sin esperar á ser llamados, se presentaron voluntariamente al juez agareno, y á su presencia principiaron á predicar contra la falsedad de su secta, reprobando con el mayor brio y zelo los delirios de sus necias supersticiones.

No cabe en ponderacion la ira que el bárbaro concibió á vista de semejante arrojo, graduado por el delito mas enorme; y sin esperar las formalidades de los procesos judiciales, mandó á sus ministros les degollasen al momento. Recibieron los santos la sentencia con una alegría inexplicable, dando al Señor repetidísimas gracias porque les hacia dignos de padecer por defensa de su fe. Esta su confesion sirvió para alentar á otros muchos cristianos, que, siguiendo su ejemplo, testificaron con su sangre la verdad de la religion católica. En el dia 13 de Enero del año 851, se ejecutó la providencia, logrando por este medio Gumesindo la apetecida corona del martirio. Su cuerpo, habido por los fieles, fué sepultado en el monasterio de san Cristóbal, sitio donde hoy existe una pequeña ermita con la advocacion de san Julian. Haber sido célebre su memoria aun en tiempo de los Arabes, lo comprueba la invocacion de su patrocinio por el Rey don Alfonso el VI, en la conquista de Toledo, con el de otros santos tutelares, naturales de aquella capital, suelo de su nacimiento.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La Octava de la Epifania de nuestro Señor.

En Roma, sobre la via Lavicana, cuarenta soldados, que merecieron ser coronados por haber confesado la verdadera fe, en tiempo del emperador Galiano.

En Cerdeña, san Pólito, mártir, quien despues de haber sufrido mucho bajo el emperador Antonino y el presidente Gelasio, obtuvo la gloria del martirio, muriendo con la espada.

En Síngidon (*ahora Belgrado*), en la alta Misia, los santos Hérmilo y Estratónico, mártires, quienes, despues de haber sufrido crueles tormentos bajo el emperador Licinio, fueron sumergidos en el Danubio.

En Córdoba, los santos mártires Gumesindo, presbítero, y Siervo de Dios, monje.

En Poitiers, la muerte de san Hilario, obispo y confesor, que estuvo desterrado durante cuatro años en Frigia por la fe católica, que defendió con valentía, y, entre otros milagros, resucitó un muerto. No se celebra su fiesta hasta el dia siguiente.

En Cesarea de Capadocia, san Leoncio, obispo, que sostuvo diversos combates contra los gentiles bajo Licinio, y contra los arrianos bajo el grande Constantino.

En Tréveris, san Agrecio, obispo.

En el monasterio de Vergi, san Viviente, confesor.

En Amasea, en la provincia del Ponto, santa Glafira, vírgen.

En Milan, en el monasterio de santa Marta, la beata Verónica de Binasco, vírgen del órden de san Agustin.

La misa es de la Octava de la Epifania, y la oracion es la siguiente.

Deus, cujus Unigenitus in substantia nostræ carnis appa-

O Dios, cuyo unigénito Hijo se dejó ver en la tierra ves-

ruit; præsta, quæsumus, ut per eum quem similem nobis foris agnovimus, intùs reformari mereamur: Qui tecum vivit et regnat...

tido de la sustancia de nuestra carne mortal; concédenos que merezcamos reformarnos en nuestro interior por aquel que vimos en lo exterior parecido á nosotros: el cual vive y reina contigo...

La epístola es del cap. 60, *del profeta Isaías, y la misma que el dia* VI, *pág.* 90.

NOTA.

« En la epístola, que es de Isaías, habla este pro-
» feta con tanta claridad del misterio de la Adoracion,
» y en lo restante de su profecía trata tan individual-
» mente de los demás misterios de la vida y muerte
» de Jesucristo, que mas parece historia de lo pasado
» que profecía de lo futuro. Señálase la muerte de
» Isaías el año 681 antes de Cristo; y por esta cuenta
» es menester darle 130 años de edad. »

REFLEXIONES.

No solamente en la ley nueva sino tambien en la ley antigua, el dia octavo de una fiesta era tan solemne como la fiesta misma. Segun el estilo, y aun el idioma de la Iglesia, se puede decir que la octava es una especie de fiesta continuada por espacio de ocho dias; y con la misma razon se puede añadir que la solemnidad de las octavas es de derecho y de institucion divina.

Ordenando Dios á Moisés la celebracion de las principales fiestas, le dijo: « Estas son las fiestas del Señor,
» que serán santas; y las debeis celebrar cada una en
» su tiempo.

» El catorce del primer mes hácia la noche es la
» Pascua del Señor. Celebraréis el primer dia como
» el mas solemne y el mas santo: en este dia no tra-

» bajaréis en ninguna obra servil; pero ofreceréis por
» espacio de siete dias un holocausto al Señor; el dia
» séptimo será mas solemne y mas santo que los
» otros, y en este dia tampoco os ocuparéis en ninguna
» obra servil: » era lo mismo que decir, que en el dia
de la octava no seria lícito trabajar, ni mas ni menos
como en el dia de la fiesta. Tambien mandó Dios á su
pueblo, que en el mes de setiembre celebrase con
octava la fiesta de los Tabernáculos, que los Griegos
llaman *Scenopegia*, porque en ellas se formaban unas
tiendas de campaña cubiertas de ramas de árboles.
« Celebraráse la fiesta de los Tabernáculos, dijo Dios
» á Moisés, por espacio de siete dias; el primero y el
» octavo serán muy célebres y muy santos, y no
» haréis obra servil en estos dias. » En el capítulo
octavo del segundo libro del Paralipómenon se lee
que Salomon celebró la dedicacion del templo por
siete dias continuados, y que el octavo fué un dia
celebérrimo.

Asegura san Agustin que el número de ocho es muy
misterioso en la sagrada Escritura, y que comprende
en sí una idea de perfeccion. Pues así como Dios
mandó en la ley antigua que las fiestas mas solemnes
se celebrasen por espacio de siete dias, sin comprender
el principal de la fiesta, y que el octavo fuese
como dia de descanso y de reposo, así tambien la
Iglesia, gobernada por el mismo espíritu, y siguiendo
la misma idea, dispone que sean celebradas con octavas
las principales festividades.

Una de las octavas mas antiguas en la Iglesia es la
de la Epifanía. En tiempo de Carlo-Magno el dia de la
octava era fiesta de precepto, como consta de la
recopilacion de los Capitulares, hecha por el abad
Ansegise en el reinado de Ludovico Pio. El emperador
Teodosio el Junior tuvo tanta devocion al dia
de la octava de los Reyes, que extendió hasta él

inclusivamente las vacaciones de los tribunales, como se observa aun en el dia de hoy en muchas provincias de la cristiandad. Consta que en el siglo décimotercio la octava de la Epifanía era de las fiestas de tercera clase; es decir, de aquellas en que habia obligacion de oir misa, y despues de ella se podia trabajar.

La epístola de este dia es la misma que en el de la Epifanía, y se saca del capítulo 60 de Isaías, en que el profeta exhorta á Jerusalen á que se levante muy de mañana para ver la luz del nuevo dia que amanece para ella; esto es, como exponen san Agustin y san Cirilo, á que salga de las tinieblas de la ignorancia y del error, y abra los ojos á la luz de la fe que Jesucristo, sol de Justicia, la concede, siendo figurada por la estrella que sirvió de guia á los Magos.

Muchos intérpretes son de sentir que esta profecía se dirige, no á la Jerusalen antigua, sino á la nueva, que es la santa iglesia católica, la cual se habia de componer de gentiles convertidos á la fe, cuyas primicias fueron los Magos.

Levántate, pues, ó nueva Jerusalen; brilla en este dia con un nuevo resplandor, vestida de los rayos del sol, que acaba de nacer, y va extendiendo las luces de la fe por todo el Universo, derramando al mismo tiempo las benignas influencias de su gracia, y los tesoros de sus misericordias por toda la redondez de la tierra.

Las tinieblas del error y aquella densa y oscura noche del paganismo serán disipadas por el mismo Señor, que á manera de este brillante planeta amanecerá sobre ti, y te investirá de luz con el resplandor de su gloria y de su misericordia. A favor de esta divina antorcha marcharán las naciones por el camino de la salvacion, abrazando la fe; y apenas se descubrira este celestial astro, cuando verás á los reyes concurrir apresurados á rendirle vasallaje.

Extiende la vista por los dilatados espacios que pudieres, prosigue el profeta, y hallarás que no hay parte, no hay pais, no hay rincon del mundo donde no alcancen los rayos luminosos de esta luz.

Aunque los Griegos y los Romanos sean tan enemigos de la fe, aunque esté tan desviada de la verdadera religion tanta multitud de pueblos bárbaros, todos se rinden á la ley de Jesucristo. No hay region que no sea fecunda en héroes del cristianismo.

En estos afortunados lugares, tan enemigos hasta aquí del Salvador, encontrarás dignísimos hijos suyos. Los desiertos mas horribles se poblarán de santísimos solitarios; ¿y cuántas doncellas tiernas, cuántas purísimas vírgenes alimentarás en tu seno? Verás con tus mismos ojos estas maravillas, y entonces saltarás de gozo y de alegría.

Llenaráse de pasmo tu corazon cuando veas concurrir á ti á bandadas todos estos pueblos que habitan las dilatadas costas del mar y las islas mas remotas; cuando veas á esas naciones orgullosas, á esos pueblos dominantes, que rinden su cerviz al yugo del Evangelio.

Veráste como inundada de la multitud de camellos y de dromedarios que vendrán de Madian y de Efá; esto es, de la Arabia feliz, á la cual dieron su nombre Madian, hijo de Abraham y de Cetura, y Efá, hijo de Madian, llamandose tambien Sabá.

Es muy verisímil que solamente se hace mencion de estos animales de carga para significar en figura los tesoros espirituales con que habia de ser enriquecida la santa Iglesia. Por eso añade el profeta, que todos vendrán de Sabá, provincia de la Arabia feliz, á ofrecer incienso y oro, géneros y riquezas de que abunda aquella region. Esto se cumplió á la letra por los Magos, y en sentido alegórico se cumple cada dia por los verdaderos y fervorosos cristianos.

En todos tiempos ha sido solemnísimo este dia en la Iglesia católica. Antiguamente parece que el objeto principal de la fiesta que en él se celebra, era el bautismo de Cristo. Hoy no se hace mencion de este misterio sino en el Evangelio. Los Griegos llamaban á este dia *la octava de las manifestaciones del Salvador.*

El evangelio es del cap. 2 de san Juan.

In illo tempore: Vidit Joannes Jesum venientem ad se, et ait: Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi. Hic est, de quo dixi: Post me venit vir, qui ante me factus est: quia prior me erat, et ego nesciebam eum, sed ut manifestetur in Israel, propterea veni ego in aqua baptizans. Et testimonium perhibuit Joannes, dicens: Quia vidi Spiritum descendentem quasi columbam de cœlo, et mansit super eum. Et ego nesciebam eum, sed qui misit me baptizare in aqua, ille mihi dixit: Super quem videris Spiritum descendentem, et manentem super eum, hic est, qui baptizat in Spiritu Sancto. Et ego vidi: et testimonium perhibui quia hic est Filius Dei.

En aquel tiempo, vió Juan á Jesus que venia hácia él, y dijo: Hé aquí aquel Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. Este es el mismo de quien yo dije: Despues de mí viene un hombre que ha sido hecho antes de mí: porque era primero que yo. Y yo no le conocia; mas para que sea manifestado á Israel, por eso he venido yo bautizando con agua. Y Juan dió testimonio, diciendo: He visto al Espíritu que bajaba del cielo en forma de paloma, y reposaba sobre él. Y yo no le conocia; pero el que me envió á bautizar con agua, este mismo me dijo: Aquel sobre quien vieres que baja el Espíritu, y reposa sobre él, ese es el que bautiza en el Espíritu Santo. Y yo lo ví, y dí testimonio de que este es el Hijo dé Dios.

MEDITACION

DE LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

PUNTO PRIMERO.

Considera con cuantas demostraciones sensibles se manifestó la divinidad de Jesucristo. Mira atentamento

la série de maravillas que se obraron en su favor y en su nombre.

Antes de nacer envió profetas que anunciasen su venida. Estos profetas dieron individuales noticias de su Precursor, de la tribu de donde habia de descender, del lugar de su nacimiento, del mérito y de la cualidad de su madre, de las circunstancias de su vida, y de las ignominias de su muerte. Llegado el término de las profecías, todo se cumplió como se habia vaticinado. Ni se puede recurrir á que estas profecías se forjaron ó se fingieron despues, porque sus mayores enemigos eran los depositarios de ellas muchos siglos antes de su nacimiento. Nace Cristo en la oscuridad de un establo; y los ángeles anuncian su nacimiento á los pastores. Los reyes forasteros, alumbrados exteriormente por un astro, é interiormente iluminados por una inspiracion secreta, acuden á adorarle. No podia tener parte en esta adoracion ninguna razon humana. Viene Jesucristo á mezclarse entre los pecadores á la orilla del Jordan; y el Bautista, aquel hombre tan extraordinario y tan santo, asegura haberle revelado Dios que aquel era el Mesías verdadero. Ni Cristo habia hecho hasta entonces milagros, ni Juan habia visto jamás á Cristo. ¡Qué autoridad no tiene un testimonio tan grande!

Pasemos á la multitud de los milagros. Ninguno hay que no lleve consigo el carácter de la omnipotencia de Dios. Manda á las tempestades y á los mares, á toda la naturaleza y á la misma muerte. ¡Con qué puntualidad es obedecido! No hay cosa mas estampada que su divinidad en todos sus milagros. Su vida es tan santa, que él mismo desafía á sus enemigos que le convenzan de un solo pecado. Pues este hombre tan santo dice de sí mismo que es Dios, y se hace en todo igual y sustancial á Dios: ¿puede haber testimonio mas concluyente?

Pronostica hasta las circunstancias mas menudas de su muerte, y hace visibles en los profetas todas las menudencias y todo el misterio de ella. Asegura que resucitará al tercero dia, dando por prueba de su divinidad á la misma resurreccion. ¡Qué no hicieron sus enemigos para desacreditarle, y para que fuese tenido por un impostor! Pero á pesar de deras sus maliciosas precauciones resucita Cristo. Consitoda bien si puede haber prueba mas convincente de su divinidad.

Escoge para predicar su doctrina á los hombres mas viles, mas groseros, mas ignorantes del mundo; y aquellos hombres simples, aquellos idiotas hacen en su nombre mayores milagros que él. No hay cosa mas superior al entendimiento humano que su religion; no hay cosa mas contraria á los sentidos que su moral. Y con este sistema, doce pobres pescadores convierten á la fe á todo el universo, y hacen que Jesucristo crucificado sea adorado por toda la tierra. Este solo prodigio es mayor que todos los demás. Dile al discurso, al entendimiento humano, que te dé una prueba, un carácter mas visible, mas demostrativo de su divinidad.

Para siempre seais bendito, adorado y amado de todas las criaturas, ¡ó Dios de mi alma! que así os dignasteis manifestaros á nosotros de una manera tan sensible. Pero ¡qué dolor es el mio, mi Dios y mi Señor, de haberos conocido y amado tan poco hasta este dia!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que cuanto es mas visible la divinidad de Jesucristo, tanto mas culpables somos nosotros en nuestra falta de sumision, de reconocimiento y de respeto.

Ciertamente es una insigne locura no creer lo que la fe nos enseña; pero no es menos impiedad creer lo

que nos enseña la fe, y vivir contra lo mismo que creemos.

Ya no nos habla Dios entre relámpagos, truenos y centellas; tampoco nos habla ya por la voz de los profetas. En estos novísimos tiempos, dice el apóstol, nos habla por la boca de su mismo Hijo Jesucristo. ¿Pero creemos bien que es el mismo Hijo de Dios el que nos habla? Nuestra obediencia á sus preceptos, nuestras costumbres, nuestra conducta han de responder de nuestra fe.

Es el Evangelio palabra pura de Dios; no hay mandamiento que no sea un decreto, no hay máxima que no sea un oráculo. Esta palabra de Dios, este Evangelio debe ser la única regla de nuestra conducta. ¿Se conforman con esta pauta nuestras costumbres?

Si Baal es vuestro dios, dice el profeta, ¿qué haceis? ¿en qué os deteneis? Adoradle, seguidle, observad escrupulosamente sus máximas. Pero si no reconoceis otro soberano dueño que á Jesucristo, verdaderamente ¿qué delito mayor que servirle con tanto disgusto, ofenderle con tanta facilidad, ponerse en su presencia con tan poco respeto y obedecerle con tanta repugnancia?

¡Oh! ¡qué reprensiones tan sangrientas me están ahora dando mi razon y mi fe! Yo os reconocia por mi Dios y por mi Señor, ¡ó dulce Jesus mio! ¿pues cómo he podido ser tan ciego, tan ingrato, tan indócil? En este momento cesa mi indocilidad, ¡ó mi divino Salvador! No seréis solamente el Dios de mi espíritu por una fe especulativa y estéril; de hoy en adelante convencerán mis acciones que sois verdaderamente el Dios de mi corazon.

JACULATORIAS.

Deus cordis mei, et pars mea Deus in æternum. Salmo 72.

Vos sois el Dios de mi corazon, y eternamente seréis mi tesoro y mi rica herencia.

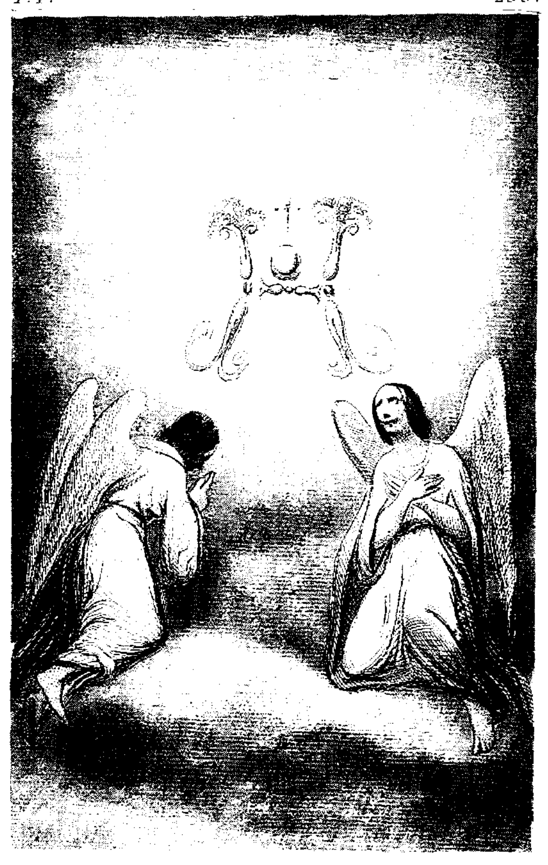
Nos credidimus, et cognovimus, quia tu es Christus, Filius Dei vivi. Juan 6.

Hemos creido, y hemos reconocido que Vos sois Cristo, Hijo de Dios vivo.

PROPOSITOS.

1. Imponte desde este dia una ley inviolable de no entrar en la iglesia y de no ponerte en presencia de Jesucristo sino con un profundo respeto y con una singular modestia. Para esto forma una eficaz resolucion de no mirar jamás en la iglesia á persona alguna por pura curiosidad ó lijereza, ni mucho menos de hablar en ella, no siendo cosa muy necesaria; y de estar siempre en una postura tan respetosa, que visiblemente dé á conocer tu religion y tu fe.

2. Es muy loable y muy provechosa la costumbre de leer todos los dias algun capítulo del Testamento nuevo; pero es menester leerle como palabra de Jesucristo, es decir, con veneracion, con espíritu cristiano, y con las disposiciones necesarias para que esta divina palabra no sea estéril. Muchos grandes santos leian siempre de rodillas la sagrada Escritura; y á la verdad nunca puede sobrar el respeto para leer la palabra de Dios. Es grande impiedad servirse de ella irreligiosamente en las conversaciones, y aplicarla á materias profanas, ó en sentido irrisorio. Léela siempre con espíritu humilde, con intencion pura y con motivo cristiano, y nunca la leerás sin provecho. Acuérdate que es aquel mismo grano que si cae en buena tierra da ciento por uno; si cae junto al camino, le pisan los pasajeros y le comen las aves; si cae en terreno pedregoso, se seca y se esteriliza; si cae entre espinas se sufoca. El mismo Jesucristo fué quien explicó de esta manera esta parábola, para enseñarnos que su divina palabra de suyo siempre tiene mucha virtud, y que el fruto de este grano celestial depende de la disposicion con que se recibe.



EL S. NOMBRE DE JESUS.

DIA CATORCE.

DEL SACROSANTO NOMBRE DE JESUS.

Aunque en el misterio de la Circuncision se comprende tambien la solemnidad del dulcisimo Nombre de Jesus, la Iglesia ha concedido á muchas religiones y á no pocas iglesias particulares que puedan celebrar fiesta singular de este santísimo Nombre el dia siguiente á la octava de la Epifanía, que corresponde al dia 14 de enero.

La veneracion que todos los fieles profesan á este santo Nombre, que, segun el apóstol, debe siempre ser pronunciado con el mas profundo respeto, pide como de justicia este culto. Hasta los mismos Ingleses, que despues de su lastimoso cisma abolieron la mayor parte de las fiestas de la iglesia romana, conservan aun el dia de hoy en su calendario la del santísimo Nombre de Jesus.

Nombre verdaderamente divino, que solo Dios pudo imponer al Salvador del mundo; Nombre venerable, que hace doblar la rodilla y humillarse á toda la grandeza de la tierra; Nombre sacrosanto, que estremece al infierno y pone en fuga á los demonios; Nombre omnipotente, en cuya virtud se han obrado los mayores y mas auténticos milagros; Nombre salutífero, de quien reciben, por decirlo así, toda su eficacia los sacramentos de la nueva ley; Nombre, que todo lo puede con Dios, pues solo por su respeto oye benigno, y despacha benéfico nuestras oraciones; Nombre glorioso, traido por el celo de los apóstoles á todos los gentiles, á todos los reyes de la tierra; Nombre augusto, por cuya confesion los san-

tos mártires se gloriaron y se complacieron en sufrir los mas crueles tormentos; Nombre en fin incomparable, pues no hay otro debajo del cielo en cuya virtud podamos ser salvos: *Nec enim aliud nomen est sub cœlo, in quo nos oporteat salvos fieri.*

« Con razon, dice san Bernardo(1), se llama el dul-
» císimo Nombre de Jesus *óleo saludable*, porque ver-
» daderamente es óleo que alumbra cuando la cari-
» dad le enciende; óleo que nutre cuando el corazon
» le gusta; óleo que sana cuando la devocion le aplica.
» Todo alimento del alma que no esté embebido en
» este óleo, es seco; toda comida espiritual que ca-
» rezcà de este condimento, es insípida.

» No hallo gusto en los libros si no encuentro en
» ellos el Nombre de Jesus. Me fastidian las conversa-
» ciones, si el Nombre de Jèsus no se repite en ellas
» con frecuencia. Este Nombre es miel para mi boca.
» No hay sonido mas armonioso á mis oidos; ¿ni qué
» cosa puede haber mas dulce para el corazon?

» ¿Estàs triste? pues traslada el Nombre de Jesus
» desde el corazon á los labios, y verás que presto
» las nubes se disipan, vuelve la serenidad, se des-
» cubre el bello dia. ¿Te inducen á la desesperacion
» los remordimientos de tu conciencia, y te estre-
» mece la espantosa vista de tus enormes pecados?
» ea, pronuncia el dulcísimo Nombre de Jesus, y
» verás como revive la confianza, y el tentador se
» pone en vergonzosa fuga. A solo el Nombre de Je-
» sus se desarma todo el infierno junto. Él es el que
» hace derramar en la oracion lágrimas tan dulces:
» él es el que infunde tanto aliento en los mayores
» peligros.

» ¿Quién invocó jamás este adorable Nombre, que
» no fuese prontamente socorrido? ¿quién se vió

(1) Serm. 15, sup. Cant.

» nunca combatido de las pasiones mas violentas, ó
» atacado de sus mas furiosos enemigos, que invo-
» cando este dulcísimo Nombre, no hubiese conse-
» guido una completa victoria?

» Nombre de valor en los combates; Nombre de
» luz en los peligros; Nombre de consuelo en los tra-
» bajos; Nombre de salud á la hora de la muerte para
» todos los que le tienen grabado en el corazon.»

¡Qué veneracion tuvieron los santos á este augusto Nombre! San Ignacio mártir decia de sí mismo, que le llevaba impreso en el alma. San Bernardo no acertaba á hablar de otra cosa en sus conversaciones, y era esta la materia mas frecuente de sus elogios. A san Ignacio, fundador de la Compañía de Jesus, le pareció no podia dejar á sus hijos otro nombre que los hiciese concebir mas alta idea de la sublime perfeccion en que los empeñaba su estado y su sagrado ministerio, que el de distinguirse con el Nombre de *Compañía de Jesus*. Por eso esta religion celebra el dia de hoy la fiesta de este dulcísimo Nombre, así como lo hacen tambien otras iglesias y familias religiosas, y en la misma conformidad que lo practica toda la iglesia de España.

¿Qué nombre mas respetable á los ángeles, mas formidable al infierno, mas venerable á los hombres, que el sagrado Nombre de Jesus? Él es el Nombre augusto, dicen los padres de la Iglesia, porque no hay cosa mas gloriosa para Dios, que ser Salvador de los hombres, y aun por eso compró este nombre á tanta costa, haciendo aun mucho mas de lo que basta para merecer esta gloria. Él es un Nombre que inspira alegría y confianza; porque al mismo tiempo que es un soberano remedio para todas las calamidades de esta vida, es tambien una hermosa prenda de la felicidad eterna.

¿Qué significa el Nombre de Jesus, dice san Augustin,

sino Salvador? Pues sálvame tú, ó buen Jesus, aunque no sea mas que por corresponder á lo que me promete tu Nombre: *Quid est Jesus, nisi Salvator? Ergo, Jesus, propter temetipsum salva me: fac mihi secundùm nomen tuum.* El sagrado Nombre de Jesus, añade el mismo santo, es Nombre delicioso, Nombre dulce, Nombre que inspira una amorosa confianza, Nombre que asegura y que alienta al pecador: *Jesus est nomen dulce, nomen delectabile, nomen confortans peccatorem et nomen bonæ spei.* ¡O buen Dios! (exclama el mismo padre) si yo por mi desgracia perdí el derecho de salvarme, tú por tu misericordia conservas el título para no perderme. *¡O bone Domine! Si amisi undè me damnare potes, tu non amisisti undè salvare soles.* En su mismo Nombre, dice san Gregorio Niseno, lleva consigo Jesucristo la prenda mas segura de su misericordia: *Misericordiæ pignus nomine portat.* El Nombre de Jesus, dice san Juan Crisóstomo, es un Nombre donde están contenidos todos los bienes: *Nomen continens omne bonum.* Nombre, añade Orígenes, que acredita la omnipotencia del que se distingue por él: *Nomen Jesu, nomen omnipotentis.* Bendito sea para siempre este sagrado Nombre que aplaca la ira de Dios, nos libra de su maldicion y atemoriza à los mismos demonios: *Hoc nomen Domini sit benedictum in sæcula, quod iram avertit, quod maledictum abstulit, quod dæmones terruit.* Hombres mortales, dice san Ambrosio, en este santo Nombre teneis con que calmar vuestra turbacion, con que remediar vuestros males, con que socorrer vuestras necesidades, con que alentar vuestra fe, con que encender vuestra caridad, con que alimentar vuestra esperanza. Si temeis la muerte, él es la vida; si mirais al cielo, él es el camino; si os abrasa el ardor de la calentura, él es la salud; si teneis hambre, él es sustento; si os oprime el trabajo, él es descanso; si combatís generosamente, él es corona. Mi Jesus, dice san Bernardo,

no lleva, como los que le precedieron, un nombre vacío, un nombre vano; no es la sombra de un nombre grande, mas su Nombre obra cuanto significa: *Non enim ad instar priorum meus iste Jesus nomen vacuum, aut inane portat: non est in eo magni nominis umbra, sed veritas.* Este sagrado Nombre, añade en otra parte, le trajo el ángel, pero no le impuso; porque siendo Salvador por su misma naturaleza, desde la eternidad tenia tambien este Nombre. Es, pues, nombre innato, no impuesto por algun hombre, ni por algun ángel: *Vocatum est nomen ejus: vocatum planè, non impositum; nempè hoc ei nomen ab æterno; á natura propria habet ut Salvator sit. Innatum est ei, hoc nomen, non inditum ab humana nec angelica creatura.* En fin, no hay remedio mas eficaz para apagar el fuego de la ira, para abatir la inflamacion del orgullo, para extinguir el incendio de la lascivia, para mitigar la sed de la codicia, que invocar el dulce Nombre de Jesus, que tenerle incesantemente en la boca, y conservarle grabado en el corazon: *Nihil ita iræ impetum cohibet, superbiæ tumorem sanat, extinguit libidinis flammam, sitim temperat avaritiæ, quam invocatio nominis Jesu.* Serm. 2. de Circumcis.

Por lo mucho que vos os humillasteis, exclama un gran siervo de Dios, por lo mucho que padecisteis, ¡ó divino Salvador mio! vuestro Padre celestial os dió un Nombre superior á todo nombre. Quiso que os llamaseis Jesus, y que al eco de este Nombre todos doblen la rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos. ¡O Espíritu divino! sin cuya asistencia nadie puede decir: *Señor Jesus,* elevad mis sentidos, animad las potencias de mi alma, dadme á penetrar el misterio de este gran Nombre; haced que yo guste su dulzura, que le pronuncie con frecuencia, que nunca le pronuncie sin amor, que siempre le pronuncie con confianza y con respeto, y que reciba siempre los efectos

de la gracia que puede y debe producir en mí. Toda vuestra vida quisisteis llevar este santo Nombre, amable Jesus mio; en vuestra muerte quisisteis que públicamente se fijase sobre vuestra divina cabeza; y cuando estais sentado en el cielo á la diestra de vuestro Padre celestial, os gloriais de llamaros con este Nombre; y de decir, como dijisteis á vuestro apóstol: *Ego sum Jesus*, Yo soy Jesus. Si es tanta gloria para Vos el ser Salvador mio; ¿qué gloria será para mí el que vos os glorieis de serlo? Haced, Señor, que yo desee tan ardientemente salvarme, como deseais Vos ser mi Salvador efectivamente. Haced que desee yo con tanta ansia veros y amaros en el cielo, como deseais Vos verme y coronarme en él. Hasta aquí he deseado que Vos fueseis Salvador mio, á fin de conseguir la salvacion eterna que Vos me habeis merecido; de hoy en adelante deseo esta misma salvacion solo porque Vos tengais la gloria de haberme salvado; y así, Dios mio, yo la deseo, y yo os la pido por Vos y por mí: *A solis ortu usque ad occasum laudabile nomen Domini*. Sí, mi Dios, vuestro santísimo Nombre merece ser alabado por todas las criaturas que hay desde el Oriente hasta el Ocaso. Por siempre sea bendito este Nombre adorable, ahora y en los siglos de los siglos: *Sit nomen Domini benedictum, ex hoc nunc et usque in sæculum.*

La misa de este dia es del santo Nombre de Jesus, y la oracion es la siguiente.

Deus, qui Unigenitum tuum constituisti humani generis Salvatorem, et Jesum vocari jussisti; concede propitius, ut cujus sanctum nomen veneramur in terris, ejus quoque

O Dios, que hicisteis Salvador del género humano á vuestro unigénito Hijo, y mandasteis que se llamase Jesus; concedednos por vuestra bondad infinita, que así como honramos

aspectu perfruamur in cœlis : Per eumdem Jesum Christum Dominum nostrum...

su santo Nombre en la tierra, así tambien gocemos de su presencia en el cielo : Por el mismo Jesucristo nuestro Señor...

La epistola es del cap. 4 de los hechos apostólicos.

In diebus illis : Petrus, repletus Spiritu Sancto, dixit ad eos : Principes populi, et seniores, audite : Si nos hodiè dijudicamur in benefacto hominis infirmi, in quo iste salvus factus est, notum sit omnibus vobis, et omni plebi Israël, quia in nomine Domini nostri Jesu Christi Nazareni, quem vos crucifixistis, quem Deus suscitavit à mortuis, in hoc iste astat coram vobis sanus. Hic est lapis, qui reprobatus est à vobis ædificantibus, qui factus est in caput anguli : et non est in alio aliquo salus. Nec enim aliud nomen est sub cœlo datum hominibus, in quo oporteat nos salvos fieri.

En aquellos dias : Pedro, lleno del Espíritu Santo, dijo : Príncipes del pueblo, y ancianos, oid : Si hoy se nos pide razon en juicio del bien que habemos hecho á este hombre enfermo, y de cómo ha sanado, sea notorio á todos vosotros y á todo el pueblo de Israel, que en el Nombre de nuestro Señor Jesucristo Nazareno, á quien vosotros crucificasteis, á quien Dios resucitó de entre los muertos, ha sanado este hombre que está delante de vosotros. Este es aquella piedra que vosotros desechasteis edificando, y que se ha puesto por cabeza del ángulo. Y no hay salud en otro alguno; porque ningun otro nombre se ha dado á los hombres debajo del cielo en cuya virtud podamos ser salvos.

NOTA.

« El libro de los hechos apostólicos, como ya » queda prevenido en otra parte, es la historia de las » acciones de los apóstoles y de los primeros disci- » pulos de Cristo, escrita por san Lucas, desde la » ascension del Salvador hasta que llegó san Pablo á » Roma »

REFLEXIONES.

¡Qué valor, qué intrepidez, qué elocuencia en un pobre hombre, en un hombre rústico y grosero, que dos dias antes no sabia hablar cuatro palabras, y tan cobarde, que negó y renegó á Jesucristo sin otro impulso que la despreciable amenaza de una vil esclava! Tanto como esto puede el Espíritu Santo; tanto como esto hace la gracia en un corazon verdaderamente convertido; tanto como esto produce en un alma el amor de Jesucristo. Mírase con desprecio el desagrado del mundo y los respetos humanos; no se tiene vergüenza de cumplir con su deber, cuando no se tiene vergüenza de seguir el Evangelio. A la verdad, este no fué un zelo impetuoso, un zelo indiscreto; fué un valor juicioso y cristiano; fué una intrepidez prudente y moderada, pero eficaz y animosa. No se ignora que una leccion dada sin tiempo ofende mas que instruye; una advertencia fuera de sazon irrita mas que enseña. Pues que hoy, con motivo de la milagrosa curacion de un enfermo, jurídicamente se nos pregunta, dice san Pedro, yo te enseñaré, pueblo ciego, cual es el divino poder de ese Jesus Nazareno que has crucificado. El zelo ha de ser ardiente, generoso, intrépido, pero prudente. Todo lo echa á perder si se mezcla la pasion. Para ser eficaz solo ha de ser animado de la gracia de Jesucristo.

¡Pero con qué destreza se aprovecha de la ocasion para enseñar á todo el pueblo la verdad de la religion cristiana! ¡con qué santa animosidad, y qué á tiempo le reprende su delito! ¡Cuánto bien se haria en el mundo, si se miraran con zelo y con cariño los intereses de Jesucristo, y si no se tuviera vergüenza de su Evangelio! Hay mucha cobardia para seguir el camino de la virtud, porque hay poco valor para mantenerse despues por medio del buen ejemplo.

No hay otro nombre debajo del cielo en cuya virtud podamos salvarnos. Pues ¿cómo no colocaremos toda nuestra confianza en este santo Nombre? Ninguna cosa desmaya tanto la confianza como los secretos remordimientos de un corazon ingrato y cobarde. Amase con mucha tibieza á Jesucristo; tiénese poca fidelidad en la obediencia á su ley; de aquí nace aquella confianza tímida, dudosa y poco firme. Es el Nombre de Jesus un manantial perenne de dulzuras y de consuelos para quien vive segun las máximas del Evangelio, y no quiere reconocer ni otro maestro ni otro dueño que á solo Jesucristo.

El evangelio es del capítulo 2 de san Lúcas.

In illo tempore: Postquàm consummati sunt dies octo, ut circumcideretur puer, vocatum est nomen ejus Jesus, quod vocatum est ab Angelo priusquàm in utero conciperetur.

En aquel tiempo: Despues de cumplidos los ocho dias para circuncidar al niño, pusiéronle el nombre de Jesus, como le habia llamado el ángel antes de ser concebido en el vientre.

MEDITACION.

DE LA CONFIANZA QUE DEBEMOS TENER EN JESUCRISTO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que todo cuanto hay nos persuade á tener una entera confianza en Jesucristo. El fin por el cual el Verbo divino se hizo hombre, la vida y la muerte de este hombre Dios, sus palabras, sus acciones, todos son motivos de confianza á una alma que verdaderamente tiene fe.

La bondad, el poder, la voluntad de hacer bien, son poderosas razones de confianza. Pues imagina siquiera una que no se halle eminentemente en Jesucristo. Su poder es infinito, su bondad sin término;

su deseo de hacernos bien, de hacernos enteramente felices, es sin límite.

Él mismo nos tiene declarado que solo vino al mundo para salvar á los pecadores. No se ha visto jamás maestro mas dulce, padre mas amoroso. Diríase que bastaba ser uno infeliz, para hacerse acreedor á sus cariños: *Venid á mí los que estais atribulados, que yo os consolaré.* ¡O mi Dios, y qué convite tan eficaz para empeñar toda nuestra confianza!

¿Qué significa la parábola del pastor que, dejando las noventa y nueve ovejas, corre ansioso tras aquella sola que se ha descaminado, y se la echa á cuestas sobre sus mismos hombros, para escusarla el trabajo de seguirle por su pié?

¿Qué significa la del hijo pródigo, que logra un padre de entrañas tan amorosas que le sale al encuentro, y lejos de tratarle con severidad, le restituye en todos sus derechos, y celebra una fiesta para solemnizar su reconocimiento?

¿Qué indulgencia con la mujer adúltera, y qué bondad con el discípulo incrédulo? Tomás, ¿tú dices que no quieres creer mientras no metas los dedos en la llaga de mi costado? pues yo quiero que metas toda la mano. Quéjase amorosamente á sus discípulos de que nada le pedian, contando por nada los inmensos beneficios de que los habia colmado. ¡Con qué liberalidad se esmeraba en socorrer las necesidades de todos cuantos le seguian! ¡qué milagros no obraba en su favor! ¡con qué dulzura, con qué afabilidad, con qué ternura trataba y recibia á cuantos le buscaban!

¡O dulce Jesus mio, qué mas pruebas puedo desear de tu bondad para poner en ti toda mi confianza! Y en medio de una confianza tan grande, ¿cómo será posible que continúe en ofenderte y en amarte tan poco?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay medio que Cristo no practicase para despertar nuestra esperanza y para alentar nuestra fe. Los misterios de su vida, las particularidades de su pasion, las circunstancias de su muerte, todo es nuevo motivo á nuestra confianza. Aun él mismo quiere que esta virtud consoladora sea una de las cualidades indispensables que deben acompañar á nuestras oraciones, una condicion necesaria, sin la cual declara que no serán oidas. Hasta el número y la gravedad de los pecados pueden hacerse lugar en la economía y en el motivo de nuestra confianza: *Propitiaberis peccato meo; multum est enim.*

¡Pero qué fondo de confianza no podemos hacer sobre la presencia real de Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía! Acabóse la obra de la redencion; mas no se apuró el manantial inagotable de sus ternuras y de sus finezas. Todas sus delicias son estar siempre con nosotros. Y despues de esto ¿buscaremos otros motivos para colocar en él toda nuestra confianza?

¡O mi Dios, y cuánta verdad es que mi poca confianza prueba con evidencia mi poca fe! ¿Pues porqué he de extrañar yo el verme cercado de tantos trabajos, el que sean poco oidas mis oraciones y el que viva tanto tiempo en tanta necesidad? Saldré, saldré de esta miseria por vuestra misericordia, ¡ó Señor mio! ¡ó Salvador mio! ¡ó amoroso Padre mio! Toda mi confianza la pondré en Vos; y fuera de Vos, ¿en quién podré yo colocarla? Aunque sea tan indigno de vuestra gracia, aunque me presente tan lleno de culpas á vuestros divinos ojos, vuestro dulce, vuestro sagrado Nombre me alienta y me asegura. Pecador soy, yo lo confieso; pero vos, mi Jesus, vos sois mi Salvador, vos sois mi Dios.

JACULATORIAS.

In te, Domine, speravi, non confundar in æternum. Salm. 30.

Toda mi confianza la he puesto en Jesucristo; seguro estoy de que jamás me engañará mi confianza.

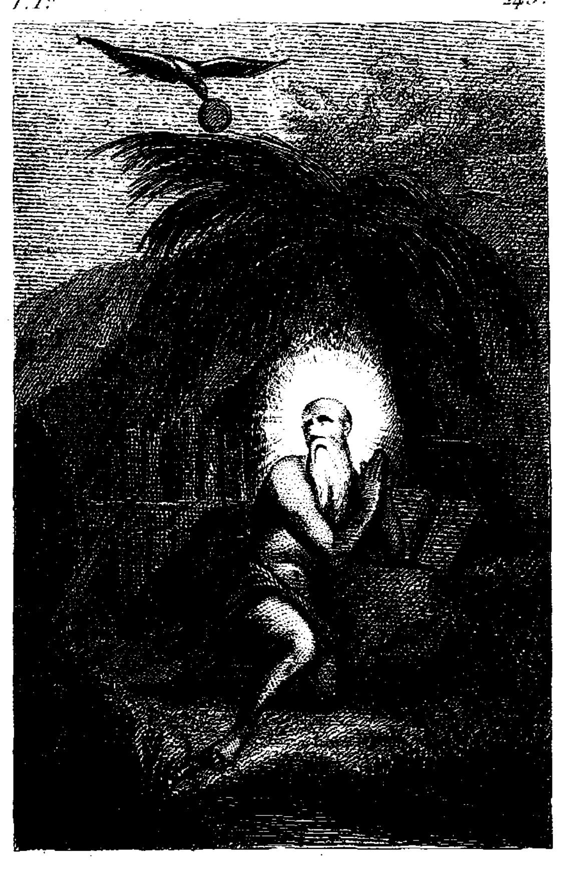
Propter nomen tuum, Domine, propitiaberis peccato meo. Salm. 24.

Tengo, Dios mio, la dulce confianza de que por vuestro santísimo nombre me habeis de perdonar mis pecados.

PROPOSITOS.

1. Profesa toda la vida una ternísima devocion al dulce nombre de Jesus; tenle frecuentemente en la boca para invocarle y para bendecirle, pero mucho mas en el corazon para amarle. Imponte una inviolable ley de no invocarle jamás sin el mas profundo respeto. A lo menos es indecencia, por no decir una especie de impiedad, servirse á cada paso de este santísimo nombre como se pudiera usar de cualquier nombre profano. Ten presente que á la invocacion de este divino nombre, como dice el apóstol, todas las criaturas deben hincar la rodilla, y que no se puede pronunciar con el debido respeto á menos que sea por un movimiento particular del Espíritu Santo.

2. Haz todos los dias á maitines conmemoracion del dulce nombre de Jesus; y ten una gran confianza en este suavísimo nombre. Hazte á la piadosa costumbre de invocarle muchas veces en vida, para que lo pronuncies con confianza á la hora de la muerte. Aquella breve oracion que hizo el ciego de Jericó, debe ser familiar á todo cristiano en todos los peligros, en las diferentes necesidades de la vida, y sobre todo cuando urgen las tentaciones: *Jesu, fili David, miserere mei:* Jesus, hijo de David, ten misericordia de mi; ó la ja-



S. PABLO, PRIMER ERMITAÑO.

culatoria de san Agustin: *Jesu, esto mihi Jesus, et salva me :* Jesus, sed para mí Jesus, y salvadme. San Pablo tenia tanta devocion en este santo nombre, que se ven llenas de él todas sus epístolas. San Ignacio mártir, discípulo de san Juan, le tenia continuamente en la boca. San Bernardino le llevaba siempre grabado en una tabla. San Francisco de Sales daba principio á todas sus cartas con estas palabras: *Viva Jesus*; este era su favorecido nombre, y á cada paso le repetia en todas sus conversaciones. Muchas personas devotas añaden al santo nombre de Jesus el dulce nombre de María. Quien se acostumbrare á pronunciarlos en vida, los invocará con mayor facilidad y con mayor confianza á la hora de la muerte. Tambien es una devocion muy loable invocar este santo nombre al tiempo de despertar por la mañana, antes de dormirse por la noche, y en ciertos accidentes repentinos que suceden. Algunos grandes santos le pronunciaban luego que oian tronar. En todo y por todo nuestra confianza debe estar colocada en el dulcísimo nombre de Jesus.

DIA QUINCE.

SAN PABLO, PRIMER ERMITAÑO.

San Pablo, á quien venera la Iglesia como á módelo de la vida solitaria, por ser el primer ermitaño de quien habla la historia, nació en la inferior Tebáida hácia el año de 228.

Sus padres, que por sus grandes conveniencias podian no perdonar gasto alguno para la buena educacion de su hijo, le aplicaron con el mayor desvelo al estudio de las bellas letras; y nada omitieron de cuanto podia contribuir al cultivo de su excelente in-

dole y talentos. La vivacidad y la penetracion de su genio le facilitaron hacer en poco tiempo maravillosos progresos. Instruyóse en las lenguas griega y egipcia; pero cuanto mas adelante caminaba el santo mancebo en las ciencias humanas, mas le iluminaba el Espíritu Santo en los conocimientos divinos, y mayor penetracion lograba en los misterios de la Religion. Desde edad de catorce años era todo su estudio en la doctrina de Jesucristo, y no tomaba gusto en otra ciencia que en la que enseña el camino de la salvacion eterna. A los quince quedó huérfano de padre y madre; y como solo tenia una hermana, que ya estaba casada, le dejaron heredero de todos sus bienes.

Estaba Pablo muy convencido de la nada de todos los bienes de la tierra, y le sobraba mucho desengaño para que le debiesen el menor apego los que poseia. Ofrecióle bella ocasion de dar una gran prueba de este desasimiento la cruel persecucion que el emperador Décio excitó por aquel tiempo contra los cristianos.

Los horribles estragos que esta violenta tempestad hacia en Egipto y en la Tebáida, pusieron en precision á muchos fieles de refugiarse á los desiertos hasta que se pasase la tormenta. Nuestro santo se retiró á una casa de campo muy apartada, donde comenzó á gustar las dulzuras de la soledad, y aquel placer que experimenta el alma en el retiro cuando se ocupa únicamente en su Dios.

Hallándose con tan buenas disposiciones, tuvo noticia de que su cuñado maquinaba delatarle á los tiranos por la codicia de aprovecharse de sus bienes. Resolvió prevenir una determinacion tan bárbara; y abandonándolo todo, se retiró á unas montañas incultas y muy distantes, siendo de edad de 22 años.

Su primer ánimo fué solo hacer tiempo en aquel sitio á que pasase la tempestad de la persecucion; pero eran muy diferentes los designios de la divina

Providencia. Aquel Señor que le habia destinado para abrir á tantas almas grandes un nuevo camino de perfeccion, le infundió tan ardiente deseo de sepultarse para siempre en aquella espantosa soledad, y de ocuparse únicamente en la contemplacion de las verdades eternas, que desde luego formó la heróica resolucion de pasar en ella todos los dias de su vida.

Lleno de una generosa confianza en la bondad del mismo Señor por cuyo amor lo habia dejado todo, comenzó á penetrar poco á poco por aquel vasto desierto, venciendo el espanto natural y el natural sobresalto que á los principios le causaba la vista de tantas especies de brutos y de fieras.

Así marchaba como á la ventura y sin objeto, volviendo los ojos hácia todas partes, cuando al pié de una montaña advirtió una cueva cuya entrada estaba cerrada con una piedra. Picóle la curiosidad de ver lo que habia dentro, y separando la piedra, halló una especie de salon á quien servian como de techo las dilatadas y entretejidas ramas de una antigua palma, á cuyo pié brotaba una hermosa fuente de agua muy cristalina, que, formando un apacible arroyuelo, á pocos pasos se perdia en la misma tierra. Descubríanse bastantes señales de que en la parte exterior de la montaña habian habitado antiguamente algunos ocultos fabricantes de moneda, porque se veian todavía algunas chozas con yunques, martillos, moldes y cuños; lo que daba á entender que debió ser aquella alguna fábrica de moneda falsa en tiempo de Marco-Antonio y de la reina Cleopatra.

Cuando se vió Pablo en lugar tan retirado de todo humano comercio se sintió mucho mas encendido en el amor á la soledad; y mirando aquella cueva como habitacion que le tenia destinada la divina Providencia, se determinó á sepultarse en ella para todos los dias de su vida.

Desde aquel punto no tuvo otra ocupacion que dedicarse á la contemplacion de las grandezas divinas y de las verdades eternas. gastando en oracion los dias y las noches. La palma de la gruta con sus hojas y con sus dátiles le daba con que cubrirse y con que alimentarse hasta los 53 años de su edad. Desde allí adelante, queriendo Dios dar á entender el especial cuidado que tiene su amorosa providencia de los que por su amor lo dejan todo, dispuso que un cuervo le trajese cada dia medio pan como al santo profeta Elías; milagro que se continuó hasta el dia de su muerte.

Hallábase Pablo en los ciento y trece años de su edad, habiendo pasado noventa en aquel género de vida, cuando, queriendo el Señor descubrir á todo el mundo cristiano aquel tesoro escondido, permitió que á san Antonio, que á la sazon tenia noventa años, y hacia muchos que vivia en otro desierto, le asaltase el vano deseo de saber si habria en aquellos desiertos otro solitario que hubiese vivido en ellos por tanto tiempo, y que profesase una vida tan perfecta como la suya. La noche siguiente tuvo un sueño, en que Dios le dió á entender que con efecto habia en aquellas soledades un ermitaño mas antiguo y mas santo que él.

Apenas amaneció el otro dia cuando Antonio se puso en camino, sin que le embarazase el peso de los años; y entregándose á la direccion de la divina Providencia, anduvo sin cesar, y sin saber adonde iba. Hácia el medio dia se encontró con una especie de monstruo, que al principio le causó algun miedo, porque tenia la figura como de hombre y de caballo. Pero, poniendo toda la confianza en Dios, y hecha la señal de la cruz, preguntó al monstruo con intrepidez si sabia donde habitaba el siervo de Dios. San Gerónimo, que refiere este hecho, dice que, habiéndole

mostrado el lugar aquel animal con su mano derecha, el bruto se entró corriendo por la aspereza, y Antonio prosiguió su camino. A la mañana del dia siguiente encontró otros muchos monstruos de figuras horribles y espantosas, que quizá serian espectros ó ilusiones con que el demonio pretenderia atemorizarle para hacerle volver atrás; pero el santo sin hacer caso caminó adelante.

En fin, despues de haber pasado toda la noche en oracion, apenas amaneció el tercero dia, cuando vió una loba al pié de una montaña que bajaba á beber al arroyo. Siguióla, y llegó á la cueva; entró en ella no obstante su oscuridad, y mirando hácia todas partes, descubrió una luz á corta distancia; aceleró el paso, y al ruido que hizo en el cascajo acudió Pablo á cerrar la puerta con el pasador. Corrió Antonio, y hallándose como burlado, se postró al umbral de la puerta, conjurando al siervo de Dios con ruegos y con lágrimas que le abriese. Bien sabes, le decia, quien soy yo; no ignoras el principal motivo de mi viaje; ya sé que no soy digno de verte, pero estoy resuelto á no apartarme de aquí sin haberte visto. A tu puerta moriré, y á lo menos tendrás el trabajo de enterrar mi cuerpo muerto.

Al oir estas palabras se enterneció Pablo, y abriendo la puerta, le dijo sonriéndose: ¿Quién pide gracias con amenazas? Y si vienes á morir aquí, ¿de qué te espantas que no quiera abrirte? Y abrazándose los dos con gran ternura, se saludaron por sus nombres. Despues de rendir gracias á Dios, y de haber hecho oracion, se sentaron; y volviéndose Pablo á Antonio, le dijo: Ves aquí al que has buscado con tanto trabajo; no ves mas que un cuerpo consumido con la vejez, que en breve se convertirá en polvo. Pero dime, ¿qué es lo que pasa en el mundo? ¿Se fabrican todavía casas nuevas y suntuosos palacios en las ciudades anti-

guas? ¿Quién reina en la tierra? ¿Hay todavía hombres insensatos y ciegos que adoren los demonios y vivan en las tinieblas de la idolatría?

Respondió Antonio á todas estas preguntas; y estando los dos santos entreteniéndose en dulce conversacion, vieron venir al cuervo con un pan en el pico, y volando blandamente le puso entre los dos. Admirado de la bondad del Señor, le dijo san Pablo: sesenta años hace que este cuervo me trae cada dia medio pan; pero hoy Jesucristo por tu respeto, y para que comamos los dos, ha doblado la racion. Dieron gracias á Dios; y hecha oracion, se sentaron á comer junto á la fuente.

El dia siguiente, luego que amaneció, dijo Pablo á san Antonio que ya se acercaba su muerte, y que Dios le habia enviado para que diese sepultura á su cuerpo. Al oir Antonio estas palabras comenzó á deshacerse en lágrimas, y pidió á Pablo que á lo menos le alcanzase de Dios la gracia de que muriese con él. No debes anteponer tu conveniencia á la gloria de Dios, respondió Pablo, y tus discípulos todavía tienen necesidad de tus ejemplos. Pero yo tengo una gracia que pedirte, y es que vayas y me traigas el manto del obispo Atanasio para amortajar con él mi cuerpo. San Gerónimo dice que este solo fué un cariñoso pretexto para que Antonio se ausentase, y no padeciese el dolor de verle morir; si ya no fué quererle significar que deseaba morir en la fe y en la comunion de san Atanasio.

Admirado Antonio de oirle hablar del manto de Atanasio, no se atrevió á replicarle, y besándole dulcemente los ojos y las manos, que regó con sus lágrimas, se puso luego en camino, y al cabo de dos dias llegó desalentado á su monasterio.

Preguntáronle dos de sus discipulos dónde habia estado tanto tiempo, y Antonio exclamó: Pobre de

mi que soy indigno del nombre de solitario. Vi á Elías, ví á Juan en el desierto, y he visto á Pablo en *el paraiso.* Y *sin hablarles mas palabra tomó* el manto de Atanasio, y volviéndose á poner en camino, comenzó á andar con grande priesa, sin detenerse un momento.

El dia siguiente por la mañana apenas habia caminado como tres horas, cuando vió subir al cielo el alma de Pablo toda llena de resplandor en medio de los ángeles, de los apóstoles y de los profetas. Enternecióle sobre manera esta vision, y deshaciéndose en lágrimas, postrado el semblante contra la tierra comenzó á gritar: Amado padre mio, ¿porqué me has dejado así? ¿Es posible que tan tarde te conocí para perderte tan presto? Levantándose despues con nuevo aliento, prosiguió su camino; llega á la cueva, entra en ella, y encuentra el cuerpo de Pablo arrodillado, la cabeza erguida, y las manos levantadas al cielo. Al principio creyó que estaba vivo, y que estaba en oracion; pero como no le oyese suspirar segun lo tenia de costumbre, corrió para abrazarle, y halló que estaba muerto. Entonces regándole con sus lágrimas, amortajó el santo cuerpo con el manto, sacóle fuera de la cueva, y comenzó á cantar los himnos y los salmos que acostumbra la santa Iglesia.

Estaba muy afligido sin saber cómo habia de cavar la tierra para darle sepultura, cuando vió venir hácia sí dos leones que salian de lo interior del desierto. Tuvo miedo al principio, pero animóse despues con la confianza en Dios. Llegaron los leones donde estaba el santo cuerpo, postráronse á sus piés, y dando rugidos lastimeros, comenzaron á abrir la tierra con las garras y las uñas. Cuando hicieron una hoya competente se acercaron á san Antonio, y le halagaron blandamente, como si le pidiesen su bendicion. Levantó el santo los ojos al cielo, y dijo: Señor, dadles

á estos animales lo que les conviene, y haciéndoles señal con la mano para que se fuesen, los despidió. Enterró despues el santo cuerpo, y heredó la túnica de Pablo que él mismo habia tejido de las hojas de la palma, la cual, vuelto al monasterio, vistió despues toda la vida en los dias mas solemnes.

Dicen algunos que san Antonio edificó un monasterio y una iglesia en el mismo lugar que habia enterrado á san Pablo. El emperador Comneno hizo trasladar sus reliquias á Constantinopla. Cuando los latinos se apoderaron de esta ciudad, el cuerpo de san Pablo fué trasportado á Venecia el año de 1240, y el de 1381 Luis I, rey de Ungría, le obtuvo del senado, y le hizo trasladar con grande solemnidad á Buda, donde le colocó en la iglesia de san Lorenzo. Venérase en Roma la cabeza de san Pablo, y en el monasterio de Cluni alguna de sus reliquias.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Anjou, san Mauro, abad, discípulo de san Benito, que le instruyó desde su infancia. Nada mostró mejor cuanto habia aprovechado de las lecciones de un tan buen maestro, como la manera con que marchó sobre las aguas, lo que no se habia visto suceder desde san Pedro. Habiendo sido este santo enviado á Francia, edificó allí un célebre monasterio, que gobernó por espacio de cuarenta años, y murió en paz, célebre por sus gloriosos milagros (1).

En Judea, los santos Habacuc y Miquéas, profetas, cuyos cuerpos fueron hallados por revelacion divina bajo el imperio de Teodosio el Grande.

(1) San Mauro murió en Glanfeuil de Anjou, de que fué abad: su cuerpo fué llevado primeramente á la abadía de san Pedro de los Fosos, cerca de París, á la cual dió entonces su nombre; despues en 1750 á la de san German de los Prados, donde los impíos le profanaron y dispersaron en 1793.

En Anañi, santa Secundina, vírgen, martirizada en tiempo del emperador Decio.

En Cáller de Cerdeña, san Efisio, mártir, quien, revestido de la fuerza de lo alto, sobrepujó los tormentos que le hacia sufrir el juez Flaviano, durante la persecucion de Diocleciano; despues, habiéndosele cortado la cabeza, entró victorioso en el cielo.

En Nola, en Campania, san Máximo, obispo.

En Clermont, en Auvernia, san Boneto, obispo y confesor.

En Egipto, san Macario, abad, discípulo de san Antonio, muy célebre por su santa vida y milagros.

El mismo dia, san Isidoro, á quien han hecho recomendable su santidad, su fe y sus milagros.

En Roma, san Juan Calibita, que vivió algun tiempo ignorado en un rincon de la casa de su padre, despues en una cabaña, cerca de esta casa, en la isla del Tiber. Su padre y su madre no le reconocieron allí sino cuando muerto. Habiéndose entonces hecho célebre por sus milagros, fué enterrado en el mismo lugar, donde despues se ha edificado una iglesia en honra suya.

La misa es en honor de san Pablo, y la oracion es la que sigue.

Deus, qui nos beati Pauli confessoris tui annua solemnitate lætificas: concede propitius, ut cujus natalitia colimus, etiam actiones imitemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que cada año nos llenas de alegría con la fiesta de tu confesor el bienaventurado san Pablo; concédenos por tu bondad la gracia de imitar en la tierra las acciones de aquel cuyo nacimiento en el cielo celebramos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 3 de san Pablo á los Filipenses.

Fratres: Quæ mihi fuerunt lucra, hæc arbitratus sum propter Christum detrimenta.

Hermanos: Lo que antes tuve por ganancia, lo he reputado ya por pérdida, por amor

Verumtamen existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Jesu Christi Domini mei: propter quem omnia detrimentum feci, et arbitror ut stercora, ut Christum lucrifaciam, et inveniar in illo non habens meam justitiam quæ ex lege est, sed illam quæ ex fide est Christi Jesu, quæ ex Deo est justitia in fide ad cognoscendum illum, et virtutem resurrectionis ejus, et societatem passionum illius: configuratus morti ejus: si quo modo occurram ad resurrectionem, quæ est ex mortuis: non quod jam acceperim, aut jam perfectus sim: sequor autem si quomodo comprehendam in quo et comprehensus sum à Christo Jesu.

de Cristo. Antes bien juzgo que todas las cosas son pérdida en comparacion de la alta ciencia de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor he renunciado todas las cosas, y las tengo por estiércol, para ganar á Cristo, y ser hallado en él, no teniendo aquella propia justicia que viene de la ley, sino aquella justicia que nace de la fe en Jesucristo, aquella justicia que viene de Dios por la fe; para conocer á Jesucristo, y el poder de su resurreccion, y la participacion de sus tormentos, copiando en mí la imagen de su muerte, á fin de llegar de cualquier modo que sea á la resurreccion de los muertos. No porque ya lo haya conseguido, ó sea ya perfecto, sino que camino para llegar de algun modo adonde me ha destinado Jesucristo cuando me tomó para sí.

NOTA.

« Cuando san Pablo escribió esta epístola, se ha-
» llaba en Roma como preso. Los Filipenses, esto es,
» los cristianos de la ciudad de Filipo, que en otras
» ocasiones le habian dado pruebas de su devocion y
» de su afecto, no se olvidaron de hacer lo mismo en
» la presente. Enviáronle á su obispo Epafrodito con
» limosna para su asistencia, y cuando el obispo se
» volvió á su iglesia, el apóstol le entregó esta carta
» para los Filipenses, en la cual les exhorta á que ob-
» serven perpetuamente con toda fidelidad la ley que
» les predicó, y á estar siempre unidos con Jesucristo
» en su cruz. Fué escrita esta carta hácia el año de
» Cristo de 61. »

REFLEXIONES.

Así piensa, así habla san Pablo de todo lo que agrada, de todo lo que deslumbra en el mundo, de todo lo que lisonjea, de todo lo que nutre el amor propio, el orgullo y la concupiscencia. ¿Pensamos nosotros como pensaba el apóstol? Pues en verdad que no profesamos otra religion; que á todos hablan las mismas lecciones, y que todos tenemos un mismo maestro. ¿Hallaránse el dia de hoy muchos cristianos que tengan por cosa de humo todo lo que en el mundo brilla? ¿Encontraránse muchos que reputen por desgracia ser poderosos, ser ricos? Sin embargo de eso san Pablo lo reputó como tal.

Ciertamente, cuando se llega á conocer de veras á Jesucristo no se puede mirar sin desprecio todo lo que se estima en el mundo. Cuando se mira fijamente al sol parecen tinieblas los objetos mas brillantes. ¿Qué solidez, qué descanso se puede hallar en unos bienes vacíos y fugaces? ¿Qué realidad se puede encontrar en esos honores que solo consisten en la idea vana y extravagante de los hombres? Solo en los tesoros de mi religion encuentro yo un descanso pleno, una abundancia, una felicidad pura y perfecta. Solo Jesucristo puede hacer nuestra felicidad; mas para eso es menester hallarse en Jesucristo, y solamente se halla el hombre en él por la fe, y con la gracia. Inútilmente se busca en otra parte la paz del alma, porque solo en Jesucristo se hallará.

Muchos hay que renunciándolo todo, nada dan, porque todavía su corazon se queda pegado á todo. Nunca fué del gusto de Dios una renuncia imperfecta ú ociosa. No basta renunciarlo todo por Jesucristo; es menester tener parte en su pasion, es menester hacer visible la imagen de su muerte por medio de

una vida crucificada; es menester trabajar cada dia en ser mas santo y mas perfecto, no perdiendo jamás de vista á Jesucristo enclavado en una cruz.

Prosigo mi camino, dice el Apóstol, *para llegar al término*. Por el mismo camino corremos todos: ¿lograrémos todos el mismo término? Un apóstol grande, un hombre lleno de merecimientos, consumido en trabajos por Jesucristo, un vaso de eleccion no cree haber ganado el premio despues de tantas victorias, antes bien aplica toda su atencion á olvidar el camino que ha andado, para no pensar mas que en el que resta por andar; ¡y nosotros que nada hemos hecho, que quizá estamos ya al fin de la carrera, nos mantenemos ociosos, y vivimos con grande tranquilidad! ¿Cuál será nuestro término? Hácia él caminamos, ¿pero nuestro término será nuestra recompensa? ¿Avanzámonos hácia el premio cuando nos vamos avanzando hácia la eternidad? ¡O buen Dios! ¡y qué temible es nuestra tranquilidad!

El evangelio es del cap. 11 de san Mateo.

In illo tempore: Respondens Jesus, dixit: Confiteor tibi, Pater, Domine cœli et terræ: quia abscondisti hæc à sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Ita, Pater, quoniam sic fuit placitum ante te. Omnia mihi tradita sunt à Patre meo. Et nemo novit filium, nisi Pater: neque Patrem quis novit, nisi filius, et cui voluerit filius revelare. Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos, et discite à me, quia

En aquel tiempo respondió Jesus, y dijo: Glorifícote, ó Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas á los sabios y prudentes, y las has revelado á los párvulos. Sí, Padre, porque esta ha sido tu voluntad. Todo me lo ha entregado mi Padre. Y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce alguno sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo lo quisiere revelar. Venid á mí todos los que trabajais y estais cargados, y yo os aliviaré. Llevad sobre

mitis sum, et humilis corde: et invenietis requiem animabus vestris. Jugum enim meum suave est, et onus meum leve.

vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy dulce y humilde de corazon: y hallaréis el descanso de vuestras almas; porque mi yugo es suave, y mi carga es lijera.

MEDITACION.

NO HAY EN LA TIERRA FELICIDAD VERDADERA SINO EN EL SERVICIO DE DIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que solamente fuimos criados para conocer, para amar y para servir á Dios. Luego no podemos ser felices sino sirviendo al mismo Dios. Cualquiera otra felicidad es quimérica, y el que la busca fuera de Dios camina errado ó iluso.

Cristo dice que *su yugo es suave,* y que *su carga es lijera;* el mundo piensa y dice todo lo contrario. ¿Cuál de los dos se engaña? ¿A quién debemos creer? Jesucristo lo dijo, es verdad; ¿pero nuestra solicitud y nuestros deseos prueban acaso que damos crédito á este oráculo?

Para ser felices, es menester que esten saciados nuestros deseos, y no hay bien creado que no los excite. Es menester que el corazon esté contento, y fuera de Dios no puede dejar de estar inquieto. Fatígase, cánsase, desgástase el alma en el servicio del mundo. No hay estado sin trabajos, no hay dia sin muchas nieblas, no hay empleo que no sea una carga. Desengañémonos, que todo disgusta, todo cansa; solo es dulce y lijero el yugo del Señor. Mi razon misma no acierta á decirme lo contrario; y todavía dudo, todavía delibero, ó mi Dios, si tengo de serviros.

En el servicio del mundo todo es duro, todo es sin fruto; no hay alegría que no nazca rodeada de mil

espinas; todo punza. ¿Qué dia de calma se descubre jamás en este mar borrascoso? Todos son escollos; ¿y cuántos se ven tristes naufragios? ¿Cuánto dan que padecer las pasiones ajenas, y cuánto hacen tambien sufrir las pasiones propias?

En el servicio de Dios estas tiranas estan por lo menos encadenadas; todos los caminos estan llanos; el cielo se registra siempre sereno. Y ciertamente cuando la conciencia está en paz, ¡qué mas dulce calma! ¡Ah Señor! ¡y cuánta verdad es que estos misterios estan ocultos á los sabios, á los prudentes del mundo, y que solamente á los humildes se revelan estos secretos! ¿De quién dependerá que yo no lo conozca? Dadme gracia, Señor, para que haga la experiencia. Pronto estoy á sacrificarlo todo, á ejecutarlo todo para gustar unas verdades tan dulces, tan llenas de consuelo.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que hay pocas verdades prácticas mejor probadas, ni mas concluyentemente convencidas que esta.

¿Qué mundano hay que esté contento del dueño á quien sirve? ¿Cuántas quejas se oyen cada dia de lo mucho que se padece en el servicio del mundo? Al contrario, no hay santo que no esté contento, que no esté lleno de gozo en el servicio de Dios. ¿Se ha encontrado acaso alguno que se haya quejado de lo mucho que se padece en este servicio, de lo poco que se recompensa, y de que Dios no es buen amo? *Non sunt condignæ passiones hujus temporis*. Ninguna proporcion hay entre nuestros trabajos y el premio que nos espera.

La soledad, la penitencia, las cruces son tesoros ocultos á los sabios del mundo; pero ¡qué manantial mas abundante de dulzura, de paz y de consuelos interiores para las almas justas! Su modestia, su cir-

cunspeccion, su igualdad de ánimo son imágenes muy vivas de la tranquilidad del alma y de la alegría del corazon. ¡ Cuándo llegará el dia de que el deseo de mi propia felicidad me conduzca á este divino manantial!

San Pablo, primer ermitaño, pasa noventa años en la soledad mas espantosa, desconocido de los hombres, y únicamente ocupado en la contemplacion de su Dios. ¿ Quejóse san Pablo del dueño á quien sirvió? ¿ ó acaso es digno de compasion el mismo san Pablo? Ignoró enteramente lo que pasaba en el mundo. ¿ Cuántos mundanos, cuántos grandes del siglo envidiaran ahora esta santa ignorancia?

Pregunto : ¿ ochenta años vividos en el servicio del mundo causarán en la hora de la muerte tanto consuelo? ¿ No se seguirá á ellos algun remordimiento? ¿ Serán el objeto de la admiracion y de la veneracion de todos los fieles en todos los siglos? Mas ha de seis mil años que se está demostrando esta verdad por la fe, por la razon y por la experiencia, y todavía no se quiere creer. ¿ Pues qué hay que admirar que haya tantos infelices?

No quiero yo aumentar el número de los desdichados. Convencido estoy, Señor, de que solo en vuestro servicio puede encontrarse la verdadera felicidad. Así no quiero otro señor ni otro amo; de hoy en adelante todo mi gusto, todo mi placer será serviros.

JACULATORIAS.

Quam magna multitudo dulcedinis tuæ, Domine, quam abscondisti timentibus te! Salm. 30.

¡ O Señor, y cuánta dulzura haceis gustar á los que os sirven y os temen!

Melior est dies una in atriis tuis super millia. Salm. 83.

Un solo dia pasado en el servicio de Dios es mejor que mil años entre los gustos del mundo.

PROPOSITOS.

1. Imponte una ley de hablar siempre de la devocion con el mayor respeto, con términos que muestren el aprecio con que la miras; habla siempre de ella como del orígen de nuestra verdadera felicidad. Nuestro comun enemigo, y el enemigo de Jesucristo es el que introdujo la opinion de que cuesta mucho ser devoto, que el servir á Dios es cosa dura, que hay muchos monstruos que vencer en este camino, que no se da paso en él sin sudor y sin violencia. Esta jerigonza de moda, que es tan comun en el siglo que corre, desalienta á muchas almas tímidas, mantiene á los disolutos en sus desórdenes, es injuriosa al soberano Dueño á quien todos servimos, y es mas perniciosa de lo que comunmente se piensa. Un san Pablo en el desierto, un san Luis en el trono, tantos millares de santos y santas de todos estados y condiciones, hablan de la devocion muy de otra manera que los desenvueltos y que las mujeres del mundo. ¿A quiénes habremos de creer? Dices que tú nunca experimentaste esa dulzura, ó á lo menos esa facilidad en la práctica de la virtud. Y dime, ¿qué has hecho para merecerlo? Está todavía ese paladar muy saboreado con el largo uso de los insípidos, de los insulsos placeres del mundo. ¿Aun estás enfermo, ó por lo menos estás convaleciente, y ya quieres tomar gusto á las dulces alegrías del cielo? Sirve á Dios con fervor y con perseverancia, y le servirás con placer.

2. Ama y practica el recogimiento interior. Sin él toda devocion es superficial. Huye el tumulto y la disipacion de los sentidos; entrégate al retiro, que el aire del mundo es siempre contagioso á la salvacion; á lo menos nunca te expongas á él sino por el servicio de Dios; y aun entonces el mismo Dios nos obliga al recogimiento interior como á un preservativo nece-



S. MARCELO, P. Y M.

sario. Da principio con la resolucion de evitar cuanto puedas los concursos grandes; mortifica tu curiosidad en punto de novedades, y de querer saber lo que pasa en el lugar. Esta corta mortificacion no es de poca consecuencia para lograr el recogimiento.

DIA DIEZ Y SEIS.

SAN MARCELO, PAPA Y MÁRTIR.

San Marcelo, papa y mártir, cuya memoria celebra hoy la santa Iglesia, nació en Roma hácia la mitad del tercer siglo. Como ya florecia en aquella ciudad la religion cristiana, á pesar de las persecuciones horribles de los emperadores paganos, tuvo Marcelo la felicidad de ser criado y educado en el seno de la santa Iglesia. Abrazó el estado eclesiástico; y san Marcelino, que ocupaba entonces la silla de san Pedro, conociendo su extraordinario mérito y su eminente virtud, le hizo presbítero de la iglesia de Roma.

Por este tiempo, habiendo sido creados emperadores Diocleciano y Maximiano, movieron aquella cruel persecucion contra los cristianos, que fué la novena desde el imperio de Nerón, la que hizo derramar tanta sangre de mártires, y llenó de luto á toda la Iglesia. Habiendo sido coronado del martirio san Marcelino el año de 304, vacó la silla de san Pedro cerca de tres años. El furor de la persecucion no dejaba libertad á los cristianos para juntarse, y para proceder á la eleccion del nuevo papa; pero habiéndose mitigado un poco por la renuncia que hicieron del imperio Diocleciano y Maximiano, fué elegido papa san Marcelo, siendo el XXXI despues de san Pedro, el año de 307.

Apenas se vió elevado á esta suprema dignidad, cuando se aplicó á restablecer la disciplina, que con las turbaciones precedentes se habia al parecer alterado un poco, y se dedicó á reparar las pérdidas que podia haber padecido la Iglesia durante tan larga y tan cruel persecucion.

Diocleciano y Maximiano habian renunciado el imperio en favor de Galerio y de Constancio, padre del gran Constantino. Pero habiendo este muerto en York, y hallándose á la sazon en Roma Majencio, hijo del viejo Maximiano, creyó que podia ser esta ocasion muy oportuna para hacerse emperador; y con efecto tomó el título de tal. Como los cristianos eran ya poderosos en Roma, afectó hacerse cristiano para atraerlos á su partido, y para lisonjear al pueblo romano. Con esto cesó la persecucion, y por algunos meses gozaron de paz los fieles.

Procuró san Marcelo aprovechar este intervalo de tranquilidad para establecer algunas constituciones saludables, y para remediar algunos abusos que se habian introducido.

Instituyó en Roma veinte y cinco títulos ó parroquias para bautizar á los que se convirtiesen á la fe, para recibir á penitencia á los pecadores, y para sepultar con mayor decencia los cuerpos de los santos mártires, en que habia habido mucho descuido, y procuró con el mayor desvelo recoger las santas reliquias.

Ya san Evaristo, sexto sucesor de san Pedro, habia señalado á los presbíteros los barrios ó los cuarteles de la ciudad que habian de estar á su cargo. San Higinio, cincuenta y cinco años despues, habia aumentado el número, y san Marcelo le determinó al número fijo de veinte y cinco parroquias. Administrábanse en ellas los sacramentos, distribuíase á los fieles la palabra de Dios, y se celebraban los divinos misterios. Desde entonces se comenzó á

llamar presbítero cardenal al presbítero principal que tenia á su cargo las parroquias, como que era el quicio sobre el cual se movia el cuidado espiritual de la parroquia; y esto es lo que hoy dia significa el título de estas iglesias que tiene cada cardenal.

El zelo de la disciplina eclesiástica irritó los ánimos, y ocasionó al santo pontífice crecidas mortificaciones. La mayor parte de los que habian flaqueado en la última persecucion, querian ser reconciliados con la Iglesia, casi sin recibir ninguna penitencia. Muchos de los que por su ministerio debian reconciliarlos, les concedian la absolucion con demasiada facilidad, y acusaban el rigor del santo como inoportuno y excesivo. Esta diversidad de pareceres causó inquietud y division; y Majencio, que despues de la victoria conseguida contra Severo, ya no contemplaba á los cristianos, tomó de aquí ocasion para renovar la persecucion contra la Iglesia.

Mandó venir delante de sí á san Marcelo, y quiso obligarle á renunciar la fe, y á sacrificar á los ídolos. La resolucion y la constancia del santo pontífice le asombraron. Empleó todos los artificios que pudo para derribarle; dulzura, severidad, promesas, amenazas, suplicios. Siendo todo inútil, hízole despedazar con crueles azotes, y por una especie refinada de crueldad le condenó á servir en las caballerizas públicas, pareciéndole que, para un sumo pontífice de los cristianos, no seria la muerte suplicio tan duro como obligarle á pasar sus dias en un ejercicio tan penoso y tan despreciable.

Pero el santo papa nunca pareció tan grande como cuando se vió hecho mozo de caballos por amor de Jesucristo. Privado de todo socorro humano en un lugar tan indigno, peor alimentado que las mismas bestias de carga que tenia á su cuidado, cubierto de unos asquerosos andrajos, y reducido á dormir sobre

la desnuda tierra, cien veces al dia daba gracias al Señor por la merced que le hacia, teniéndose por dichoso en imitar de alguna manera su pasion y sus desprecios.

Los fieles concurrian de todas partes para admirar á su santo pastor, y él los animaba con sus discursos, los cautivaba con su dulzura, y los instruia con sus palabras y con sus ejemplos.

Nueve meses habia vivido san Marcelo en aquel estado tan indigno de su persona, cuando los principales del clero romano hallaron medio de libertarle. Sacáronle una noche, y le condujeron á casa de una santa viuda llamada Lucina, que habiendo sido ejemplo de señoras cristianas en quince años que vivió con su marido, habia diez y nueve que era modelo de todas las virtudes en el estado de viuda.

Recibió Lucina en su casa al santo pontífice con una suma alegría; y como los fieles de todas partes concurriesen secretamente á ella, suplicó á san Marcelo que la consagrase en iglesia. Dióla el santo este gusto, y despues se llamó San Marcelo, y hoy es título de cardenal.

Apenas fué consagrada esta nueva iglesia cuando los cristianos acudian á ella en tropas todos los dias. El santo pontífice celebraba los divinos misterios, repartia á los fieles la palabra de Dios, y pasaba las noches en oracion y en vigilias. No duró mucho esta calma, porque se excitó luego una nueva tormenta que todo lo puso en confusion, y causó grandes estragos.

Noticioso Majencio de lo que pasaba, entró en una furiosa cólera contra los cristianos. Dudó por algun breve rato si quitaria la vida á san Marcelo; pero juzgó que seria mas riguroso castigo para los cristianos el convertir esta nueva iglesia en nuevas caballerizas públicas, y el condenar al santo pontífice á que

pasase sus dias en la última miseria, cuidando de las bestias mas viles; lo que al instante se puso en ejecucion.

La honra de padecer por amor de Jesucristo colmaba á san Marcelo de alegría; pero el dolor de ver profanado aquel sagrado lugar le servia de intolerable suplicio. Mas era menester sufrir este tormento, y todo su consuelo era regar con sus fervorosas lágrimas un lugar que quisiera poder purificar con la efusion de su sangre.

Aunque el santo pastor estaba tan maltratado, no por eso olvidaba sus ovejas. Tiénese por cierto que en este mismo tiempo, y en medio de sus trabajos, escribió dos epístolas, una dirigida á los obispos de la provincia de Antioquía, exhortándolos á conservar con cuidado y con fidelidad el depósito de la fe que habian recibido de san Pedro y de los otros apóstoles, no sufriendo jamás que alguna doctrina extraña se mezclase ni se entremetiese en alterar su pureza. La otra epístola se dirigia al tirano Majencio, á quien representa el daño que hace á su alma en perseguir la religion cristiana, que habia dado muestras de abrazar, y le exhorta á abrir los ojos á la verdad, renunciando al culto de los ídolos.

Poco tiempo despues, consumido de trabajos y de miserias nuestro santo por amor de Jesucristo, acabó su martirio hácia el fin del año de 309. Hallóse su cuerpo cubierto de un cilicio, y retirándole de aquel lugar inmundo, fué enterrado en el cementerio de Princila, donde se conservó hasta el tiempo de san Martin, papa, en el que parte de sus reliquias fueron trasladadas á Flandes, y colocadas en el monasterio de Haumond, cerca de Maubeuge; otra parte en Cluni, y las restantes se conservan el dia de hoy en Roma en la iglesia de san Marcelo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, sobre la via salaria, san Marcelo, papa y mártir, que por haber confesado la fe católica fué primeramente apaleado por órden del tirano Majencio, y despues enviado bajo buena guarda á limpiar las bestias de carga. Murió en esta penosa funcion, revestido de un cilicio.

En Marruecos, en Africa, el martirio de los santos Berardo, Pedro, Acurso, Adyuto y Oton, religiosos de la órden de san Francisco.

En Arles, san Honorato, obispo y confesor, ilustre durante su vida por su ciencia y sus milagros.

En Oderzo (*pueblo de la Marca Trevisana, en Italia*), san Ticiano, obispo y confesor.

En Rinocolura (*hoy Faramida*), en Egipto, san Mélas, obispo, que murió en paz bajo el emperador Valente, despues de haber sufrido el destierro y otras penas por la fe católica.

En Fondi, en Campania, san Honorato, abad, de quien hace mencion el papa san Gregorio.

En Perona, san Furseo, confesor.

En Roma, santa Priscila, que consagró sus bienes y su persona al servicio de los mártires.

La misa es en honor del santo, y la oracion es la que sigue.

Preces populi tui, quæsumus, Domine, clementer exaudi, ut beati Marcelli, martyris tui atque pontificis, meritis adjuvemur, cujus passione lætamur : Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que os digneis de oir misericordiosamente las oraciones de vuestro pueblo, para que seamos ayudados por los merecimientos del bienaventurado pontífice Marcelo, vuestro mártir, de cuya pasion nos alegramos. Por nuestro Señor Jesucristo.

La epistola es de la 2ª á los Corintios del apóstol san Pablo, capit. 1.

Fratres : Benedictus Deus et Pater Domini nostri Jesu Christi, Pater misericordiarum, et Deus totius consolationis, qui consolatur nos in omni tribulatione nostra : ut possimus et ipsi consolari eos, qui in omni pressura sunt, per exhortationem, qua exhortamur et ipsi à Deo. Quoniam sicut abundant passiones Christi in nobis, ita et per Christum abundat consolatio nostra. Sive autem tribulamur pro vestra exhortatione et salute, sive consolamur pro vestra consolatione, sive exhortamur pro vestra exhortatione et salute, quæ operatur tolerantiam earumdem passionum, quas et nos patimur : ut spes nostra firma sit pro vobis : scientes quod sicut socii passionum estis, sic eritis et consolationis in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos : bendito sea el Dios y el Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias, y el Dios de todo consuelo, el cual nos consuela en toda nuestra tribulacion, para que podamos tambien nosotros consolar á los que estan en cualquiera afliccion, por el mismo consuelo con que somos nosotros consolados por Dios. Porque así como abundan en nosotros las tribulaciones de Cristo, asi tambien por Cristo es abundante nuestro consuelo. Pero, ya seamos atribulados, es para vuestra exhortacion y salud; ya seamos consolados, es para vuestro consuelo, ó ya seamos exhortados, es para vuestra instruccion y salud, la cual obra en la tolerancia de las mismas aflicciones que padecemos tambien nosotros : para que sea firme la confianza que tenemos de vosotros, sabiendo que así como habeis sido participantes en las aflicciones, lo sereis tambien de la consolacion en Jesucristo nuestro Señor.

NOTA.

« Hallábase en Macedonia san Pablo, cuando Tito » vino á buscarle, y le refirió lo bien que habian re- » cibido los Corintios la carta que les habia escrito, » y el grande fruto que habia hecho con ella, asegu-

» rándole que se habia recogido mucha limosna para
» los cristianos de Judea. Esto le obligó á escribirles
» esta segunda carta, en la cual, despues de perdo-
» nar al incestuoso, como ellos se lo habian suplicado,
» los exhorta á que se guarden de los falsos apóstoles,
» que procuraban desacreditarle en el espíritu de la
» gente sencilla y simple, con el fin de destruir la fe
» de Jesucristo que él les habia predicado. Escribióse
» esta segunda carta el año 57 de Jesucristo. »

REFLEXIONES.

El Padre de las misericordias, el Dios de todo consuelo es nuestro padre. ¡Y con todo eso hay hombres miserables entre los cristianos! Esta parece paradoja, y con efecto lo es. Hay miserias, hay trabajos, hay adversidades en la tierra, es verdad; las cruces, las espinas nacen, digámoslo así, debajo de nuestros piés; vivimos en la region de las lágrimas. Pero si el Dios de todo consuelo se obliga á consolarnos en todas las tribulaciones de la vida, ¿quién puede tener lástima de nosotros? ¿ignorará por ventura el modo de consolarnos? ¿faltarále el poder, ó se podrá recelar que se olvide de su palabra? A los ojos de tal padre, ¿qué cosa nos puede faltar, ni de qué tenemos que temer? ¿Puede un cristiano no vivir consolado en sus trabajos? Las dulzuras espirituales inundan á torrentes las almas de los fieles. Pero es menester ser verdaderamente fieles para gustar estas dulzuras.

Fué infeliz, fué desgraciado el hijo pródigo, es verdad; pero lo fué cuando estaba fuera de la casa de su padre. Perecia de hambre; pero era cuando se hallaba en pais extraño. Vióse reducido á la última miseria; pero fué despues de haberse abandonado á los mayores desórdenes. Vuelve de sus desvaríos, y al instante olvida sus miserias. No puede ser miserable el que tiene por padre al Dios de toda consolacion; pero es menester no degenerar, es menester vivir

como hijo de tal padre, es menester que un padre tan bueno nos reconozca por sus hijos.

Cuanta mas parte tuviéremos en la pasion de Jesucristo, dice el apóstol, mas parte tendremos en los consuelos que nos vendrán por el mismo Jesucristo. Muchos quieren seguir al Salvador sin tener parte en sus tormentos; ¿pues qué mucho que no la tengan en sus consuelos? Para tener parte en los dolores de Jesucristo es menester que Jesucristo la tenga en los nuestros, quiero decir, es menester sufrirlos segun el espíritu, y por amor de Jesucristo. Los dichosos del siglo¿ son objetos de envidia á los que tienen fe? El mismo padecer sin consuelo es grande dulzura cuando se padece por satisfacer á la divina justicia por tanto número de pecados, y por imitar y seguir á Jesucristo que tanto padeció por nosotros. Una alma justa, en su misma confianza y en su mismo amor de Dios, encuentra un fondo de dulzura y consuelo que jamás se agota.

El evangelio es del cap. 16 de san Mateo.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis: Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me. Qui enim voluerit animam suam salvam facere, perdet eam: Qui autem perdiderit animam suam propter me, inveniet eam. Quid enim prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur? Aut quam dabit homo commutationem pro anima sua? Filius enim hominis venturus est in gloria Patris sui cum angelis suis: et tunc reddet unicuique secundum opera ejus.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y lleve su cruz y sígame. Porque el que quisiere salvar su vida, la perderá; pero el que perdiere su vida por mí, la hallará. Porque ¿qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿O qué dará el hombre en cambio por su alma? Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces dará á cada uno segun sus obras.

MEDITACION.

DE LA IMPORTANCIA DE LA SALVACION ETERNA.

PUNTO PRIMERO.

Considera si tienes algun otro negocio de mayor importancia, si le tienes de tanta consecuencia, ó si puedes tener jamás negocio que interese tanto como el de tu salvacion.

No se trata ahora de perder ó ganar un pleito en que se atraviese toda tu hacienda. Tampoco se trata de ser ó no feliz por toda la vida. A la verdad este seria un punto de grande interés para ti; pero no seria de una consecuencia infinita. Ser en todo desgraciado, padecer trabajos hasta la muerte, en realidad no seria poca desdicha; pero al cabo podria tener algun remedio. Mas ahora se trata de una felicidad ó de una infelicidad eterna. Trátase de poseer á Dios eternamente en la dichosa estancia de los bienaventurados; ó de ser precipitado en los infiernos, condenado sin remedio á las llamas eternas. De esto se trata cuando se habla del gran negocio de la salvacion. Pregunto: ¿es de alguna consecuencia, y merece nuestra aplicacion esto importante negocio?

Al fin el hombre muere. ¡Ah! ¿y de qué le servirá en la hora de la muerte haber sido rico, poderoso, feliz, segun la idea de los hombres del mundo? El hombre muere; y con la muerte todo se pierde, todo se deja. La vida mas feliz y mas larga en aquella hora parece un sueño. El hombre muere; y en la muerte, nobleza, dignidades, honores, todo desaparece, todos son títulos vanos. ¿Y qué comenzaré yo á ser despues de la muerte? Si soy santo, esta sola cualidad me indemniza con ventajas de la pérdida de todos los demás bienes. Pero si me condeno, si el in-

fierno va á ser desde aquel punto mi eterna habitacion, ¿quién me consolará en la desgracia de mi triste suerte? ¿quién me indemnizará de tan grande pérdida? ¿de una pérdida que es obra de mis manos, de una pérdida sin remedio y sin consuelo?

¡Y despues de esto se piensa en el negocio de la salvacion tan á sangre fria! ¡Y se deja pasar un dia entero sin pensar en este negocio! ¿Y quizá haremos nosotros mismos estas reflexiones, sin ser por eso mas cuerdos?

¡O Dios, y cómo lloro yo mi error y mi ceguedad! la mayor parte de mis dias se han pasado, y acaso no he dado principio á trabajar en este negocio. ¿Pero qué mereceré si dilato un solo dia el trabajar en él?

PUNTO SEGUNDO.

Considera de qué servirá en el estado presente á los condenados haber tenido grandes rentas, haber disfrutado grandes títulos, y haber poseido estados muy opulentos. ¿Qué equivalente puede tener el haberse perdido para siempre? Yo he perdido el cielo, yo he perdido á Dios; luego todo se ha perdido para mí, y se ha perdido todo sin remedio.

¡Ah! ¡y cuánto ganaron tantos millones de mártires que perdieron la vida por amor de Jesucristo! Un suplicio de algunos momentos, á lo mas de algunos dias; y aun cuando se hubieran pasado muchos años en los mayores tormentos, las aflicciones del tiempo presente no tienen proporcion con la gloria futura. ¿Puede nunca parecer muy costosa, puede comprarse muy cara la felicidad que consiste en la posesion del mismo Dios? ¡Ah Señor, y qué prudentes fueron aquellos santos, aquellas personas penitentes y mortificadas que lo sacrificaron todo para asegurar su salvacion! Grande á lo del mundo, hombre dichoso

á lo del siglo, ¿tus máximas y tu conducta tocante al negocio de tu salvacion te acreditan de prudente?

Papa era san Marcelo, y despues de haber padecido un penoso destierro y muchos tormentos por la fe de Jesucristo, fué condenado á pasar los dias de su vida en un establo hediondo. ¿Pero ha soñado alguno en tener lástima de su suerte? Encuentra la gloria del martirio en aquella asquerosa prision. ¡Ah! ¡que el perder la vida por Dios es hallarla con ventajas! ¡Qué poca atencion merece su mas sólido, su verdadero interés á aquellas almas delicadas y mundanas que pasan su vida en los deleites!

El rico avariento es sepultado en el infierno, el mendigo, el leproso Lázaro pasa desde el hospital á la gloria. Que uno sea pobre, desconocido, despreciado, si se salvó, hizo su fortuna. La salvacion lo suple todo, y sin la salvacion la mas alta fortuna es nada.

¡Divino Salvador mio, mucho te he costado yo para que me dejes perder! Confieso con un vivo dolor que lo tengo bien merecido, y que mi pérdida será acaso inevitable si desde este mismo punto no trabajo en el negocio de mi salvacion mejor que lo que he trabajado hasta aquí. Pero esto es hecho, Señor; tomado está mi partido. Desde este momento será mi salvacion el objeto de todos mis cuidados, de todos mis deseos, de toda mi aplicacion. Este es mi único negocio: no quiero aplicarme á otro de hoy en adelante; porque, hablando propiamente, tampoco tengo otro negocio que mas me importe; y así este solo ha de llevar todos mis desvelos. *Porro unum est necessarium.*

JACULATORIAS.

Quid prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur? Matth. 16.

¿De qué me aprovechará ganar todo el mundo, si yo me pierdo?

Quam dabit homo commutationem pro anima sua?
Matth. 16.
¿Qué equivalente puede haber que valga la salvacion de mi alma?

PROPOSITOS.

1. Renueva cada dia al levantarte de la cama esta jaculatoria, y cuando vas á emplearte en lo que corresponde á tu ministerio, cuando comienzas alguna accion, cuando das principio á alguna obra, repite muchas veces: *Quid prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur?* ¿De qué me servirá todo esto si no trabajo para mi salvacion? Este es un ejercicio utilísimo y muy conveniente á todo género de personas.

2. Imponte una ley inviolable de practicar cada mes un dia de retiro. No es mas que un solo dia; ¿y quién podrá racionalmente negarse á dedicar un dia cada mes al importante negocio de la salvacion, cuando él solo está pidiendo de justicia que se dedique á él toda la vida? ¿Hállase tanto lugar para los negocios temporales, para las diversiones, para los amigos; y solo ha de faltar tiempo para trabajar en la salvacion del alma? Casi toda la vida se pasa en ajustar cuentas, en examinar libros, en adelantar caudales, en percibir intereses. ¿Pues será mucho emplear un dia cada mes en repasar las cuentas que debemos dar á Dios, en examinar el estado de nuestra conciencia, el uso de los talentos que hemos recibido, y en discurrir arbitrios para reparar las pérdidas espirituales que se han hecho? Puédese decir sin temeridad que de este importante ejercicio pende la perseverancia y la salvacion de muchos.

SAN FULGENCIO, OBISPO Y CONFESOR.

San Fulgencio, hermano de san Leandro, de san Isidoro y de santa Florentina, nació en Cartagena por los años del Señor de 564, gobernando la Iglesia san Juan III, y reinando en España Atanagildo. Su padre se llamó Severiano: el nombre de su madre no está averiguado, pues el de Turtura, que le dan algunos, parece ser el nombre, no de la madre de san Fulgencio, sino de la abadesa que gobernaba el monasterio é instruia santamente á la vírgen Florentina. Eran gente noble y principal, descendientes de los Romanos; y al lustre de la sangre juntaban el de una piedad tan acendrada, como manifiesta la educacion de sus hijos, y el destierro que padecieron en tiempo de Leovigildo, perseguidor de los católicos y protector de los arrianos. Crióse Fulgencio entre los trabajos y adversidades de un cruel destierro; pero como en ellas habia su madre abierto mas los ojos para conocer que nada hay en el mundo digno de precio sino la virtud, la cual permanece cuando se pierde la fortuna, inspiró en el tierno corazon de su hijo las sublimes ideas de piedad y de religion que los trabajos la habian enseñado.

Siendo todavía muy jóven, pasaron sus padres á mejor vida, quedando el santo bajo la tutela y direccion de su hermano Leandro, quien cultivó su talento, procurando se instruyese en todo género de letras humanas y sagradas, en lo que salió muy aprovechado. Era Fulgencio de un natural dócil y capaz de todo, de un genio vivo y penetrante, y sobre todo, de una bondad tan amable, que admitia con facilidad los sabios documentos de su hermano. Este llegó á

T. 1.º

S. FULGENCIO, O. Y C.

formar tal concepto de su virtud, de su integridad y de su despejo para cualquier género de negocios, que hallándose en Sevilla, y considerando que aun se podrian poner en buen órden los bienes de fortuna de que les habia privado el destierro, le envió á Cartagena solo, encargado de negocios, difíciles atendidas las circunstancias del tiempo borrascoso. Como Fulgencio era jóven y de dócil condicion, temió su hermano que podria ser facilmente seducido de otros jóvenes, que entre los desórdenes de la revolucion y de las armas no podian menos de respirar un aire pestilente. Siempre teme lo peor el que ama mucho; y así lo manifestó san Leandro escribiendo á su hermana Florentina. ¡ *Triste de mí*, decia, *triste de mí! que he enviado inconsideradamente á Cartagena á nuestro hermano Fulgencio, cuyos peligros me tienen con un continuo sobresalto*. Pero la virtud de nuestro santo desvaneció los temores de su hermano mayor, saliendo vencedora de los peligros temidos justamente.

Volvió Fulgencio á Sevilla, y continuó de nuevo las instrucciones de Leandro, copiando en sí fielmente los afectos de su corazon, y bebiendo su espíritu. Este era un espíritu de abnegacion, de pobreza, de humildad y de retiro, como lo manifestó entrándose en un monasterio; y aunque Fulgencio no le siguió en la determinacion, no fué por falta de voluntad propia, sino por hacer la de su hermano mayor, y por conocer que la verdadera virtud no es privativa de los claustros, ni está reñida con los que de veras la buscan entre los inevitables tráfagos del mundo. Cuidaba no obstante de no internarse en ellos mas de lo que permitia su obligacion y necesarias conexiones, dedicando á Dios y al estudio los trozos mas preciosos de su vida. En cualquiera parte encuentran á Dios los que le buscan con deseos sencillos de encontrarle; en cualquiera parte labra su santificacion y su mérito el

que, dando oidos solamente á las voces del Evangelio, le sigue por norte, le imita como á modelo, y le obedece como á ley y regla constante que asegura el acierto y la santidad de las acciones. Experimentóse asi en nuestro santo, á quien ni las contradicciones del mundo, ni la persecucion, ni lo calamitoso del tiempo para los fieles verdaderos pudo servir de impedimento en sus loables propósitos y religiosos ejercicios. Consolaba á los afligidos, socorria á los necesitados, instruia á los ignorantes y sostenia á los flacos: animado siempre del espíritu y valor que da la caridad verdadera contra el vil temor que inspira el amor propio, y aun la virtud fingida.

Crecia por momentos su fama siguiendo los pasos de su virtud, y entre los católicos se respetaba su mérito como uno de los mas sobresalientes en piedad, literatura y fortaleza de ánimo, tan necesaria en un tiempo en que la verdad tenia contra sí declarado por enemigo al poder. Este comun y bien formado concepto hizo que vacando la silla de Écija le eligiesen por su obispo, y de hecho fue consagrado antes del año de 610. Luego que se sentó en la silla Astigitana comenzó á esparcir rayos de luz y de doctrina á manera de una luciente antorcha puesta sobre el candelero. Dedicóse primeramente á desterrar los abusos que se habian introducido en la disciplina eclesiástica; y como conocia que el primer móvil de las acciones del pueblo es la conducta de los eclesiásticos, velaba incesantemente sobre sus costumbres, reformando sus extravíos, corrigiendo sus yerros y castigando con misericordia los excesos imprescindibles de una naturaleza frágil y corrompida. Poco hubiera este aprovechado sin el ejemplo y la práctica de lo mismo que enseñaba y persuadia; porque cuando un prelado contradice con sus costumbres á las leyes, es muy dificultoso que sea obedecido, y mucho mas que los

inferiores no conciban en sus transgresiones otros tantos salvoconductos para dispensarse de la ley, ó para traspasarla. Pero cuando el superior es justo é irreprensible, su mismo ejemplo predica, persuade y corrige en el secreto de los corazones de sus súbditos. Nada creia Fulgencio que le era permitido, que no pudiese ser de ejemplo y de provecho positivo á sus ovejas. Recreaciones de ánimo estrepitosas, empleos diferentes del tiempo, muestras exteriores de fausto y de poder que suelen adoptarse con pretextos especiosos de utilidad comun, jamás pudieron lograr en Fulgencio otro concepto que el de verdaderos delitos.

Un pastor, un obispo que piensa con esta exactitud, es facil de conocer cuanto amaria á sus súbditos, y cuantas ventajas lograrian estos bajo de su direccion. Los pobres tenian en Fulgencio un dispensador fiel de su patrimonio; las viudas, los huérfanos, los pupilos no echaban menos á sus protectores, sus padres y sus esposos; nuestro santo cuidaba de todos como si no tuviera que cuidar mas que de solo uno; pero los empleos de la caridad no disminuian un punto el zelo y vigilancia que debia á todas las gerarquías de su diócesis, ni á su propia santificacion. Esta la promovia con continua oracion, con ayunos, vigilias y mortificaciones, celando al mismo tiempo el honor de la casa de Dios, y velando sobre la mas arreglada disciplina. Habíase introducido en su obispado la corruptela de ordenar de diáconos á los casados con mujeres viudas, lo cual era contra todo derecho, y en conocido agravio de la severa disciplina que observaba inviolablemente la Iglesia de España. San Fulgencio procuró cortar de raiz este abuso, y gobernando á la sazon su hermano san Isidoro la Bética, solicitó que se tuviese un concilio, que fué el segundo de Sevilla, en el año de 619, año séptimo del

reinado de Sisebuto. En este concilio se determinó que eran ilícitas las órdenes conferidas á sugetos que hubiesen estado casados con viudas, y debian ser privados del ejercicio de sus ministerios, sin que pudiesen ser promovidos al diaconado, como se dice en su cánon cuarto.

No se limitó á esto solo el zelo de Fulgencio; los derechos de la silla que ocupaba los miraba como una de las primeras obligaciones de su cargo; y aunque el temor de tener que dar á Dios cuenta de todas sus ovejas le hacia desear la reduccion de su número, el haber de ser igualmente responsable del justo órden y arregladas gerarquías en que Jesucristo y sus apóstoles habian distribuido la Iglesia, le movieron á deducir en el concilio la contienda que se habia suscitado entre el Santo y Honorio, obispo de Córdoba. Éste pretendia que cierta parroquia pertenecia á la ciudad Celticense, y de consiguiente á su obispado; y san Fulgencio era de opinion contraria, juzgando que la parroquia controvertida era jurisdiccion de la ciudad Reginense, y por tanto sujeta á la silla Astigitana. Decretó el concilio en el cánon II, que se nombrasen por ambas partes sugetos hábiles que demarcasen los límites antiguos, y se adjudicase la parroquia á aquel obispo dentro de cuyo término fuese señalada; pero que si, hecha la demarcacion, quedase ambiguo el caso, debia tocar al de la posesion tricenal. En este cánon y en todo lo demás del concilio, se ve la integridad y sabiduría de los ilustres padres que le formaban, entre los cuales no fué el menor san Fulgencio.

Ya habia dado el santo, mucho antes, pruebas convincentes de su rectitud en el acto de firmar el decreto del rey Gundemaro, cuando vino á Toledo á asistir á la exaltacion de este príncipe al trono. Y así no hay virtud de las que forman un prelado que no se admirase en su persona, y le hiciese aclamar santo y perfecto.

Dícese que escribió muchos libros expositivos de la sagrada Escritura, y otros para la instruccion del pueblo: su santidad y la sabiduría que es natural recibiese de su hermano san Leandro, hacen creible esto y mucho mas; pero hasta ahora no ha sido Dios servido de darnos el consuelo de desvanecer las dudas que sobre este punto dejó escritas un erudito agustiniano, con tan sólidos fundamentos, que solo un dichoso hallazgo de sus escritos, entre tantos que yacen sepultados en los archivos por una desidia vergonzosa, podrá aclarar y convencer la opinion desde el siglo XIII recibida. Lo que no tiene duda es que, deseoso san Fulgencio de que tuviesen los eclesiásticos toda la instruccion necesaria de las cosas pertenecientes á la Iglesia, pidió á su hermano san Isidoro, que en aquel tiempo vivia con grande fama de sabio, que escribiese sobre el origen de las cosas pertenecientes á los oficios eclesiásticos. El santo Doctor, accediendo á la súplica de san Fulgencio, escribió dos libros sobre este asunto, que son dos pruebas de su profunda doctrina y un ornamento de nuestra madre la Iglesia. Dedicólos á san Fulgencio, y en el fin de ellos le pide que ruegue á Dios por él, bien seguro de la eficacia de sus oraciones.

Contento el Santo con haber desterrado de su diócesis los abusos y reformado la disciplina, viendo propagada por todas partes la instruccion y la general reforma de costumbres, pensó en dedicarse con mas tranquilidad á otros objetos, que, aunque igualmente acreedores á los cuidados del pastor que los ya dichos, no habian excitado su solicitud por estar resguardados de la corrupcion con su mismo retiro. Estos eran los monasterios de religiosas, que con la direccion de su hermana habian subido á un número prodigioso, contándose mas de mil vírgenes sagradas, sujetas al magisterio y obediencia de santa Florentina, aunque en

diferentes monasterios. San Fulgencio los miraba como depósitos de la santidad y de la inocencia, y venturosas mansiones en donde el Esposo celestial goza completamente sus inefables delicias. Visitábalos el santo, exhortando con sus fervorosos consejos é instrucciones á la perseverancia y al espiritual aprovechamiento en todas las virtudes. Como á un mismo tiempo se hallaba el santo obispo en Écija, y su hermana abadesa en la misma ciudad, concurrian la obligacion pastoral y el natural afecto de hermano á hacer mas vivos sus regulares esfuerzos por la observancia, reformacion y aumentos espirituales de todos los monasterios. Jamás se vieron mas florecientes aquellos verjeles de Jesucristo, ni mas fecundos en virtudes: jamás habia respirado la virginidad mas copiosamente el suave olor que enamora á los cielos, y hace á los hombres igualarse con los ángeles.

La pureza virginal se simboliza en una delicada y bella rosa, que tanto dura su hermosura, en cuanto la cercan y defienden las espinas, y en cuanto no se permite tocar de mano grosera y villana. Toda la naturaleza concurre para hermosearla y hacerla reina de las flores: la tierra la suministra los jugos mas aromáticos; el cielo los colores mas vivos y deliciosos; y aun el mismo encogimiento que manifiestan sus hojas al salpicarlas la aurora con su rocío, aumenta su precio y su valor. Todos los demás estados de la Iglesia los reputaba Fulgencio como cercados de árboles fructíferos, capaces de defenderse por sí de los ímpetus de cualquier huracan, sin embargo de ser dignos de la mas vigilante custodia; pero los monasterios de vírgenes llevaban su atencion como sagrarios dignos de guardarse con el decoro y reverencia que si fuesen sacramentos instituidos por Jesucristo, como escribia san Ignacio á su sucesor en la silla de Antioquía. A proporcion de estas ideas era su esmero, su

cuidado, su vigilancia, las máximas que las sugeria, y la provision de ministros que velasen en su educacion, en su consuelo y en su custodia. Así se vieron florecer y aumentarse diariamente aquellos depósitos de santidad, con grandes ventajas de la Religion y mérito de nuestro santo, que fomentaba por su parte las intenciones de su hermana con todo el vigor que puede un obispo exacto, celoso, amable y justiciero.

El peso continuo de una carga que no llevaba á medias, sino sobre sus hombros, iba poco á poco debilitando sus fuerzas y su salud; pero por eso no dejaba de suplir con su espíritu lo que faltaba á las fuerzas corporales. Predicaba incesantemente, siendo sus palabras fuego vivo que encendia los pechos mas helados, y espada de dos filos que dividia el espíritu y trasformaba los corazones. Sentia sin embargo que se le iba acercando aquel dia feliz en que libre de los lazos de la mortalidad habia de reinar con Cristo. Este pensamiento estimulaba su fervor para emplearse con mas continuacion y ahinco en los ejercicios de piedad, que habian sido el objeto de su vida y de su desinterés. Multiplicó las limosnas, aumentó sus oraciones, avivó la predicacion, y parecia querer excederse á sí misma aquella alma grande, cuando presagiaba tan de cerca la corona que á sus merecimientos estaba reservada por el justo Juez. De la continuacion en predicar, de las penitencias y trabajos padecidos en el gobierno de su grey, le resultó tal debilidad y falta de fuerzas, que aconteció algunas veces quedarse desmayado y como amortecido en el acto mismo de dar el pasto espiritual á sus ovejas. Estos accidentes y deliquios le trajeron finalmente la muerte, de que eran precursores, y el Santo dió su espíritu al Criador con aquella tranquilidad y dulzura que causa el testimonio de la buena conciencia, por los años del Señor de 626.

Su muerte fué llorada universalmente de todos, como la de un benéfico y amoroso padre; y al tiempo que las copiosas lágrimas publicaban el verdadero sentimiento, se consolaban los corazones afligidos con la dulce satisfaccion de aclamarle santo. Desde el punto que murió fué venerado por tal, y esta sola noticia que ha llegado fielmente hasta nosotros basta para recompensar las muchas que se han perdido, y cuya falta ha sido ocasion de escribir mil cosas de este santo prelado, sin fundamentos tan sólidos como pudiera desearse.

El cuerpo de san Fulgencio fué sepultado en Écija, en donde se conservó con la mayor veneracion hasta la entrada de los moros en España. La fama de santidad y el culto que tenia, se convence en el hecho de haber trasladado sus reliquias en aquella ocasion funesta. Los cristianos luego que se veian amenazados del terrible azote, cuidaban principalmente salvar los tesoros de su piedad. El perder sus haciendas, sus hogares, el patrio suelo, todo lo miraban con indiferencia respecto de las sagradas reliquias de los santos é imágenes de Jesus y de María. Hacian sus fugas cargados con tan preciosos tesoros; y cuando volvian los ojos llorosos á mirar la patria que abandonaban, les servia de consuelo la certeza de que no quedaban aquellos despojos sagrados expuestos á la profanacion de los bárbaros vencedores. Con esta piedad y esperanza de mejor fortuna llevaron el cuerpo de san Fulgencio á las montañas de Guadalupe, donde le escondieron junto al nacimiento del rio de este nombre, y cerca de la villa de Berzocana. Reinando despues don Alfonso el XII, fué Dios servido de manifestar este tesoro, que fué colocado en la dicha villa, en donde se mantuvo con mucha veneracion de los pueblos circunvecinos. Cartagena, deseosa de poseer alguna parte de las reliquias de san Fulgencio y de su santa

hermana, imploró la piedad y el poder del señor don Felipe II, por cuyo mandado se sacaron cuatro huesos de Berzocana, y dejando dos en el real monasterio del Escorial, llevaron otros dos los canónigos comisionados á la iglesia de Cartagena, en donde se veneran con tanta devocion de los fieles, como merece la santidad de un tan gran obispo, y de una vírgen sábia que conservó siempre la lámpara encendida con el aceite de las buenas obras. Sucedió esta última traslacion en el año del Señor de 1593.

La misa es en honor del santo, y la oracion es la siguiente.

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Fulgentii Confessoris tui atque Pontificis solemnitate deferimus: et qui tibi digne meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis: Per Dominum nostrum...

Oye, Señor, las súplicas que te hacemos en la festividad de tu confesor y pontífice san Fulgencio; y pues te sirvió dignamente, libranos de todos los pecados en atencion á sus merecimientos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 7 de san Pablo á los Hebreos.

Fratres: Et alii quidem plures facti sunt sacerdotes, idcirco quod morte prohiberentur permanere. Hic autem eo quod maneat in æternum, sempiternum habet sacerdotium. Unde et salvare in perpetuum potest accedentes per semetipsum ad Deum: semper vivens ad interpellandum pro nobis. Talis enim decebat ut nobis esset pontifex, sanctus, innocens, impollutus, segre-

Hermanos: Se hicieron muchos sacerdotes (en la ley) porque la muerte los impedia el permanecer. Pero Jesucristo como permanece eternamente, tiene un sacerdocio tambien eterno. Por eso puede salvar perpetuamente á los que por medio suyo se llegan á Dios; y está siempre vivo para interceder por nosotros. Porque era conveniente que tuviésemos un pontífice como este, santo,

gatus à peccatoribus et excelsior cœlis factus : Qui non habet necessitatem quotidie, quemadmodum sacerdotes, et prius pro suis delictis hostias offerre, deinde pro populi : hoc enim fecit semel seipsum offerendo.

inocente, sin mancha, separado de los pecadores, y mas elevado que los cielos, que no tiene necesidad, como los otros sacerdotes, de ofrecer todos los dias sacrificios, primero por sus propios pecados y despues por los del pueblo. Porque esto lo hizo una vez Jesucristo nuestro Señor ofreciéndose á sí mismo.

REFLEXIONES.

Jesucristo, como permanece eternamente, posee tambien un eterno sacerdocio. Solo para negociarte la salud ejercitó Jesucristo el ministerio de su sacerdocio. En calidad de sacerdote te enseña, y es tambien tu modelo. Él es tu primer maestro en materia de religion. Hasta que vino al mundo Jesucristo no se habia visto un doctor perfecto, cuyas doctrinas no se resintiesen de la flaqueza é incertidumbre de las luces humanas. Los mayores sabios habian llegado á conocer ciertas verdades; pero como las mezclaban por otra parte con errores y delirios los mas groseros, daban bien á conocer que ignoraban otras muchas. Quisieron prescribir reglas de conducta, é irritaron las pasiones cuando pensaban reprimirlas. Todos se contrariaban mutuamente en sus ideas y principios: prueba incontestable de su comun ignorancia, pues la verdad nunca admite divisiones ni partidos. Jesucristo reune en su persona una sublimidad de luces, una extension de conocimientos y una claridad en sus discursos, que no se habia visto jamás. Libre de los perjuicios de la pasion establece principios sólidos, y prescribe reglas invariables y seguras, propias para todos en todos los estados y situaciones de la vida. Jesucristo nos en-

seña las mas grandes, las mas altas verdades: el ser divino, su verdad, sus perfecciones, su trinidad, y la igualdad de las tres personas en poder y en eternidad. Nos enseña á conocer á su Padre, y el culto que le debemos. Se manifiesta á sí mismo, y nos hace palpable la necesidad que teníamos de su venida. Por su doctrina conocemos todos nuestros males, su origen, nuestra natural impotencia para sanar de ellos, y la fuente única de donde debe venirnos el remedio. Hubo filósofos que condenaron la usurpacion de lo ajeno, la violencia y la ira contra los demás hombres; pero ¿qué filósofo habia condenado el orgullo, el amor propio, el odio y aun la venganza contra un enemigo, hasta que vino Jesucristo? ¿Quién sino Jesucristo pudo enseñar al hombre á temer los honores, á despreciar los elogios, á tener por bienes los tormentos y á tener por un crímen un solo deseo, un pensamiento contrario á la inocencia? Sin embargo, habrá muy pocos que no esten íntimamente persuadidos de la sublimidad de esta doctrina; ¿pero son muchos los que la practican?

Si Jesucristo no hubiera hecho mas que proponerla, sin haberla sostenido con su ejemplo, esto seria mostrarnos el camino sin andarle, pero no nos le hubiera dejado tan suave. Este es el escollo en que han tropezado todos los principales sectarios. Doctores sublimes en sus palabras é infieles prevaricadores en sus obras; muy elevados en sus discursos y abatidos en sus acciones; panegiristas perpetuos de la sabiduría y enemigos declarados de la sólida virtud. Examínese por el contrario la conducta de Jesucristo, y se verá una concordia admirable entre sus máximas y sus operaciones. Desprecia las riquezas, rehusa los honores, se separa del mundo, renuncia á los placeres, desea los tormentos, se compadece de los pecadores, se sujeta á los soberanos, obedece á su Pa-

dre: oracion, zelo santo, humildad, templanza, todo esto se manifiesta exactamente en el curso de su vida. Fácilmente se reconocen todas estas virtudes en la conducta de Jesucristo; pero aunque no las practicó sino para darnos ejemplo y cumplir la voluntad de su eterno Padre que nos le envió por maestro, ¿son tantos los que le imitan como los que se precian de ser y llamarse sus discípulos?

El evangelio es del cap. 5 de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Vos estis sal terræ. Quod si sal evanuerit, in quo salietur? ad nihilum valet ultra, nisi ut mittatur foras, et conculcetur ab hominibus. Vos estis lux mundi. Non potest civitas abscondi supra montem posita. Neque accendunt lucernam, et ponunt eam sub modio, sed super candelabrum ut luceat omnibus, qui in domo sunt. Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum qui in cœlis est. Nolite putare quoniam veni solvere legem, aut prophetas: non veni solvere, sed adimplere. Amen quippe dico vobis: donec transeat cœlum et terra, jota unum, aut unus apex non præteribit à lege, donec omnia fiant. Qui ergo solverit unum de mandatis istis minimis, et docuerit sic homines, minimus vocabitur in

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Vosotros sois la sal de la tierra; y si la sal se deshace, ¿con qué se salará? Para nada tiene ya virtud sino para ser arrojada fuera y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo; no puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte. Ni encienden una vela, y la ponen debajo del celemin, sino sobre el candelero, para que alumbre á todos los que estan en casa. Resplandezca, pues, así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos. No juzgueis que he venido á violar la ley ó los profetas: no vine á violarla sino á cumplirla. Porque os digo en verdad, que hasta que pase el cielo y la tierra, ni una jota, ni una tilde faltarán de la ley, sin que se cumpla todo. Cualquiera, pues, que quebrante

regno cœlorum: qui autem fecerit et docuerit: hic magnus vocabitur in regno cœlorum.

alguno de estos pequeños mandamientos, y enseñare así á los hombres, será reputado el menor en el reino de los cielos; mas el que los cumpliere y enseñare, *será llamado grande* en el reino de los cielos.

MEDITACION.

DE LA FALTA DE CORRESPONDENCIA Á LAS INSPIRACIONES DIVINAS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que apenas hay hombre que no corra ansioso tras los honores, las riquezas y conveniencias que se le ofrecen en el mundo, siendo así que á poco que reflexione sobre ellas, no puede menos de conocer su vanidad é insubsistencia. Cualquiera que pretende una dignidad, un empleo, un puesto honorífico, sabe con evidencia que lo ha de perder algun dia, así como ve que lo han perdido aquellos que lo obtuvieron anteriormente. Sin embargo de este conocimiento, se pone tanta atencion y son tales las diligencias que se hacen para conseguirlo, como si de ello pendiese enteramente la eterna felicidad. No sucede así con los bienes que nos ofrece Dios por medio de sus santas inspiraciones: estos son inmutables, han de durar para siempre, estamos seguros de no perderlos mientras libremente no queramos despojarnos de ellos: no nos cuesta el lograrlos mas que el desearlos y pedirlos; y con todo necesita Dios llamar, rogar, convidar, solicitar y golpear á las puertas de nuestro corazon para que los recibamos, como si en ello le hiciésemos un gran servicio. ¡Qué locura!

¿Dudarás acaso de la sincera voluntad con que Dios quiere tu salvacion? ¡Ah! El mismo Dios se explica

en este punto con palabras tan terminantes y tan claras, que no admiten la menor duda. No quiero la muerte del pecador, te dice, sino que se convierta y viva. Es imposible que te salves sin creer que Dios quiere salvarte. Dios te manda esperarlo todo de su misericordia, y no es otra cosa esperar en él, que esperar su gloria y la bienaventuranza que te tiene preparada. De manera que mientras vives, nunca debes creer formalmente que eres del número de los réprobos. Esto seria renunciar á la esperanza que Dios te manda poner en él; y por consiguiente seria el delito mas horrendo, ó por mejor decir, el colmo de todos ellos. ¿Para qué pues te mandaría Dios que esperases en él, si, sabiendo mejor que tú mismo toda tu flaqueza, no te proporcionase los medios de alcanzar lo que te manda esperar? ¿Cuántas veces al oir ó leer las admirables virtudes de los santos te has encendido en una santa envidia de imitarlos, esperando participar algun dia del premio que ellos gozan? ¿Cuántas veces en lo mas grave de una enfermedad te has disgustado de la vida, y has llegado á conocer por experiencia propia la vanidad de todo lo terreno? Todos los infortunios, todas las desgracias, ó tuyas ó agenas, son otros tantos golpes con que Dios llama á las puertas de tu corazon para convencer tu entendimiento, y persuadirte que solo debes apetecer los bienes que se poseen sin susto, y se gozan para siempre. Los ejemplos que adviertes en los virtuosos y verdaderos devotos, los sermones, los libros de piedad, y en una palabra, todo cuanto bueno han practicado los justos, son otras tantas voces con que te llama Dios para que le sigas y correspondas á sus designios. Pon despues los ojos en el inmenso amor con que Jesucristo quiso merecerte todos los auxilios necesarios y superabundantes para tu salud; el infinito precio de su sangre derramada por tí; y esto con

tanto amor, con tanta liberalidad como si no hubiera cosa de mas valor en los cielos ni en la tierra que tú. ¿Puedes imaginarte un hombre que se interese tanto por el bien de otro como se interesa por tí tu Redentor y tu Dios? Causa admiracion que creyéndose y experimentándose cada dia los innumerables beneficios con que Dios nos llama á sí, no corramos apresurados á unirnos con él, y á hacerle el único objeto de nuestros deseos y placeres.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que para corresponder á las inspiraciones con que Dios te llama, es indispensable que te persuadas firmemente á que Dios quiere salvarte. Sin esta persuasion cierta, caerias infaliblemente en el exceso de aquellos de quienes habla el apóstol, que, renunciando toda esperanza, se abandonan á la corrupcion de sus deseos. En efecto, desde que llegues á dudar de la voluntad de Dios en órden á tu salud, la tuya se hace tambien incierta y dudosa. Todo tu fervor y zelo se apaga y se amortigua: ya no hay penitencia, ya no hay buenas obras, porque no sabes si esto puede ó no contribuir á tu salud. Desde entonces resucitan todas tus pasiones, y el pecado mas horrendo nada tiene que te espante. Ninguna fuerza te harán las verdades mas terribles de la Religion para corregirte: los juicios de un Dios, sus venganzas, el infierno mismo no hará impresion alguna sobre tí: puedes decir, ¿y qué sé yo si evitaré este infierno cuando no sé que Dios quiera salvarme? Te acordarás de la gloria del cielo, de la felicidad de los santos, y de sus recompensas eternas; y dirás, ¿qué sé yo si esta gloria se ha hecho para mí, pues no tengo pruebas de que Dios quiere salvarme? Lo mismo podrás decir de la muerte de Jesucristo, de sus méritos y del precio infinito de su sangre; y con

tan funestas disposiciones te verás precisado á abandonarte á tus caprichos y á seguir ciegamente tu buen ó mal destino. ¿Y puede haber estado mas infeliz y mas parecido al infierno en esta vida?

Por el contrario, cuando puedes contar seguramente con los designios de la bondad de Dios para salvarte: cuando reflexionas que tu Dios te amó desde la eternidad; que te ama ahora, y que atiende á todas tus necesidades; que te mira con la mayor ternura, que te da sus brazos, te llama, te busca, te previene, te manifiesta todos sus caminos, y te ofrece sinceramente todos los medios de salvarte, ¿no sientes dentro de tí mismo un ánimo, un vigor fuerte para emprenderlo todo, para ejecutarlo todo por su amor? ¿Podrás entonces dejar de amar á un Dios que te ha amado desde el principio, que te ama todavía y quiere amarte para siempre? Redoblarás entonces tus esfuerzos, porque sabes que no han de ser infructuosos; aumentarás tus virtudes y tus merecimientos, porque sabes que sirves á un Señor que todo te lo ha de premiar con abundancia. Regularmente ama el hombre cuando conoce bien que es amado. Si llegas á conocer hasta qué punto te ama Dios, tú le amarás á proporcion: si le amas, cumples con toda su ley santa; y si la cumples, tienes infaliblemente asegurada tu salud eterna.

Sin embargo, has de advertir que te manda el apóstol que obres tu salud con miedo y con temor. Es verdad; pero debes temblar de ti mismo; debes desconfiar, no de Dios, sino de tí mismo; debes temer, no las disposiciones de Dios, sino las tuyas. Dios es la misma bondad, y si le experimentas severo é irritado contra tí, es porque tú le pones las armas en las manos, porque te dejas vencer de las pasiones, porque fomentas dentro de tí mismo esa rebelion continua que hace la carne contra el espíritu, porque

quieres conciliar á Dios con Belial, por eso te falta muchas veces la fuerza necesaria para resistir y vencer. Debes portarte contigo mismo como con un enemigo que tuvieras siempre à tu lado, y que no pensase jamás sino en los medios de perderte. ¡Con cuánto recelo vivirias! ¡qué diligencias no harias para precaverte! Pues no creas que conservarás largo tiempo la gracia, mientras no aprendas á aborrecerte, y combatir contra tí mismo. Por eso te dice Jesucristo que el que aborrece su propia alma en esta vida, la salvará para la eterna. ¡O mi Dios! ¿será posible que empeñándoos por mi bien, como si en esto consistiese vuestra gloria, haya de ser yo tan ingrato que no vaya tras Vos y siga vuestras pisadas? No permitais, Señor, que yo me haga sordo à vuestras divinas voces. Suene vuestra voz en mis oidos, y llenad mi alma de vuestra fortaleza, para que jamás resista á vuestros llamamientos.

JACULATORIAS.

Ecce ego, quia vocasti me. I. Reg. 3.
Vedme aquí, Señor; pues me habeis llamado.

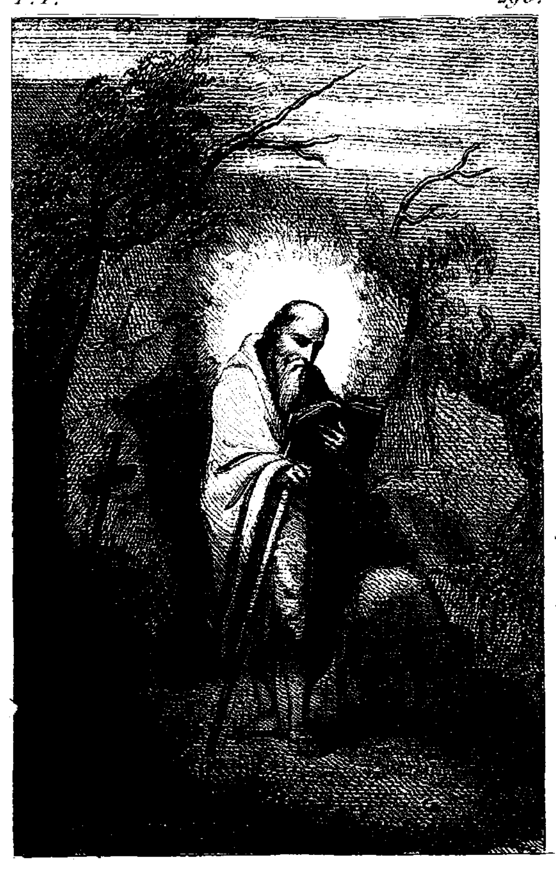
Doce me facere voluntatem tuam; quia Deus meus es tu. Salm. 126.
Enseñadme, Señor, á hacer vuestra voluntad; porque sois mi Dios.

PROPOSITOS.

1. Dios te pide una voluntad pronta y dispuesta para que en cualquier tiempo que te llame estés resuelto á seguirle. Cuando los cuidados y los negocios del siglo tienen ocupada toda tu atencion, no es facil que oigas las dulces y suaves inspiraciones de la gracia. Seria necesaria una voz tan poderosa como la que derribó à Saulo para que la oyeses; pero no obra sino

raras veces de este modo la divina gracia. Aquella fuerza irresistible con que triunfa á veces de toda la repugnancia que le opone un corazon enteramente corrompido, es un prodigio extraordinario que no entra en el plan de la ordinaria economía de la gracia. Es necesario que el corazon esté en silencio, y desembarazado del tumulto de las pasiones, para que pueda percibir la suave voz que le llama, pero sin estrépito y sin ruido. Los buenos deseos, los santos pensamientos y los ejemplos de virtud que vieres en tus prójimos, te servirán de estímulo para caminar á la perfeccion, con tal que no los sofoques, cediendo á inclinaciones contrarias, ó haciéndote del partido de los mundanos, que, por no verse confundidos con los buenos ejemplos, los atribuyen á ficcion ó hipocresía. Pon gran cuidado y resuélvete desde ahora á no desechar cualquier pensamiento que te parezca santo y á propósito para mejorarte en la virtud. Por no corresponder á las primeras inspiraciones de la gracia, suele Dios privarnos de otras mas eficaces y mayores. No esperes que Dios haga milagros extraordinarios para convertirte: eso seria temeridad conocida. Infinitas veces te llama por secretas é interiores inspiraciones, por medio de sus ministros, por los buenos libros, por las desgracias que ves y oyes cada dia, y aun por los innumerables beneficios que te hace. ¿Y no será locura extremada querer que entre en tí la gracia cerrándola las puertas por donde debia tener su entrada? Si has de dar estrecha cuenta del daño que causares con tu mal ejemplo, tambien te la han de pedir del poco fruto que recojas del bueno.

2. Debes pedir á Dios que te ilumine para conocer y hacer lo que mas fuere de su agrado. Es este un ejercicio tan útil como necesario. Acostúmbrate á repetir con frecuencia aquella peticion cotidiana: hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Pero dila



S. ANTONIO, ABAD.

de corazon, y no por costumbre. La voluntad de Dios es la que has de consultar en todas tus empresas; pero muchas veces nos ciega la pasion, y quiere que tengamos por inspiracion del cielo lo que no es sino efecto de nuestro amor propio. Un contratiempo, una desgracia que veamos en nuestro prójimo, una ruina en su fortuna, una muerte inopinada, ó cualquier otro accidente, solemos atribuirlo á su falta de conducta, á su poca prudencia; y nos parece que en iguales circunstancias nosotros hubiéramos procedido con mas juicio y cordura. Pero no advertimos que todos estos contratiempos á que tambien estamos expuestos, son otros tantos avisos con que Dios quiere reprendernos de nosotros mismos, y hacernos conocer la vanidad de las cosas de la tierra para que solo suspiremos por el cielo. ¡Cuántas veces en medio de una grave enfermedad habrás hecho mil propósitos de mudar de vida, persuadido de que este era un aviso de Dios para corregirte! ¿Y dónde está ahora el fruto de tan buenas intenciones? ¿Eres por ventura mas humilde, mas sufrido, mas mortificado? Y si una y otra vez te has hecho sordo á tantas voces, ¿sabes si Dios volverá á llamarte para que puedas convertirte?

DIA DIEZ Y SIETE.

SAN ANTONIO, ABAD.

El gran san Antonio, á quien venera la Iglesia como patriarca de todos los cenobitas, esto es, de los religiosos que viven en comunidad debajo de una misma regla y en un mismo convento, nació al mundo el año de 251. Era natural de Cómo, lugar pequeño cerca de Heracléa en el superior Egipto. Sus padres fueron

cristianos; muy ricos y muy distinguidos por su nobleza, pero mucho mas por su piedad. Dedicáronse á la buena educacion de su hijo, como á una de sus primeras obligaciones; tomándola con tanto empeño, que no le permitian tratar con persona alguna, sino con los de su familia, pareciéndoles importaba menos que no saliese tan instruido en las buenas letras que el que aprendiese á ser menos inocente en las costumbres.

Los grandes principios de la Religion que le inspiraron, y las bellas lecciones que le dieron, lograron todo el efecto que se podia desear. Su modestia y su respeto en las iglesias, su frecuencia en la oracion, la grande atencion con que leia el Evangelio, su docilidad, la dulzura y la suavidad de su genio, su tierna devocion en aquella primera edad, fueron presagios de la eminente santidad á que habia de llegar despues.

Habiendo muerto sus padres cuando Antonio contaba solo veinte años de edad, se halló heredero de una rica herenc[illegible] con el cuidado de una hermana de pocos a[illegible]endo un dia á la iglesia, como lo tenia de c[illegible]mbre, iba considerando por el camino como l[illegible]póstoles lo habian dejado todo por amor de [illegible]risto, y aquel desasimiento con que los pri[illegible] fieles vendian sus bienes y distribuian el precio [illegible]e los pobres. Ocupado en estos pensamientos, en[illegible]tró en la iglesia á tiempo que se leia aquel lugar del Evangelio en que Jesucristo dice á un rico: *Si quieres ser perfecto, ve y vende todo lo que tienes, y hallarás un tesoro en el cielo*. Movido Antonio de esta lectura, no dudó que era inspiracion de Dios la que le hablaba. Apenas salió de la iglesia, cuando, poniendo en depósito seguro el dote de su hermana, añadiendo lo que le pareció conveniente de su mismo patrimonio, se reservó para sí una porcion muy moderada; y

vendiendo el resto de sus bienes, en la misma hora repartió el precio entre los pobres.

Pocos dias despues volvió á la iglesia, y habiendo oido cantar aquel otro lugar del Evangelio, en que el Señor previene á sus discípulos que no tengan cuidado de lo que han de comer el dia siguiente, le pareció que la reserva que habia hecho era falta de confianza en Dios; y arrepintiéndose de ello, al punto repartió tambien entre los pobres los pocos bienes que se habia reservado; puso á su hermana en compañía de unas doncellas virtuosas, que la criaron con mucha piedad; y dejando su casa, se retiró á un sitio no muy distante del lugar, porque todavía no se habia introducido la costumbre de que los solitarios viviesen muy separados de las poblaciones, ó solos en los desiertos.

Escogió por guia y por maestro en la nueva carrera que comenzaba, á un santo viejo que desde su juventud se habia retirado á la soledad. Admiraron al maestro los progresos del discípulo. No sabia estar ocioso: empleaba en el oficio manual, ó en el trabajo de manos, el tiempo que no ocupaba en la oracion. Su humildad, su modestia, su dulzura, su devocion, su igualdad de ánimo le hicieron tan amable á todos los solitarios, que comunmente le llamaban *el amado de Dios*.

Envidioso el demonio de los progresos que hacia, movió todas sus máquinas para disgustarle de la vida que habia emprendido. Púsole delante de los ojos los grandes bienes que habia abandonado, la flor de su juventud, la debilidad de su temperamento, los peligros de su hermana, la nobleza de su sangre, los horrores del desierto, las molestias y riesgos de una larga soledad. Viendo frustrados todos sus artificios, le atacó por otro camino: puso en ejercicio todas las armas de la sensualidad, insultos de la imaginacion,

torpezas del pensamiento, rebeldías de la carne; pero Antonio resistió con valor á todos estos ataques; y para cobrar nuevas fuerzas con que hacer frente á enemigo tan peligroso y tan porfiado, redobló los rigores de su penitencia y consiguió una completa victoria.

Desde entonces no comia mas que una vez al dia, despues de puesto el sol; y no pocas veces pasaba tres dias enteros sin probar bocado. Su alimento era un poco de pan y sal, su bebida un poco de agua, su cama una estera, su sueño casi ninguno, porque pasaba en oracion la mayor parte de la noche.

Al paso que crecian sus austeridades se aumentaba tambien su fervor. Deseando negarse á toda comunicacion humana, se fué á encerrar en una sepultura distante de la ciudad, cuya puerta solo se franqueaba á un amigo suyo, que de tiempo en tiempo le traia algunos panes; pero allí mismo le supo hallar el demonio. Queriendo Dios probar la virtud y la paciencia de su fiel siervo, y confundir á un mismo tiempo al espíritu de las tinieblas con la magnanimidad de aquel mancebo, héroe de la Religion, permitió que el demonio le atormentase tan cruelmente y de tantas maneras, que despues de haberle maltratado un dia con desapiadados golpes, le dejó tendido en el suelo casi sin señal de vida. El amigo del santo le halló en este estado el dia siguiente, y le condujo á la iglesia de una aldea vecina, donde le tuvieron por muerto. Hácia la media noche volvió en sí, tan léjos de acobardarse, que suplicó á su amigo le restituyese á su sepultura con tantas instancias que no se pudo resistir.

Esta resolucion tan generosa confundió de tal manera al enemigo comun, que no teniendo mas licencia para maltratarle con golpes, empleó toda su rabia en atemorizarle con temerosos ahullidos, con gritos

horribles, con visiones espantosas y con fantasmas extraordinarias. Parecia que todo el aire estaba lleno de animales de extraña figura y de bestias feroces que iban á despedazarle. Pero Antonio, colocada en Dios toda su confianza, se burlaba de tanto esfuerzo ridículo. « Muy flacos y muy cobardes debeis de ser » (decia burlándose á los espíritus malignos) cuando » sois tantos contra un hombrecillo solo, pero un » hombrecillo que toda su fuerza la tiene afianzada » en la gracia del Salvador. Si teneis poder para ha» cerme mal, aquí estoy; no es menester tanto ruido. » En vano pretendeis conmover y arruinar el duro » techo de esta sepultura, porque el Señor es mi » ayuda, y yo me burlaré de todos mis enemigos. » Dijo, y haciendo la señal de la cruz, como refiere san Atanasio, puso en vergonzosa fuga á todos los demonios. Entonces, levantando los ojos al cielo, descubrió un hermoso rayo de luz que se desprendia hácia él; y haciéndole sentir el Señor los dulces efectos de su amorosa presencia : *¿Adónde estabais, amado Jesus mio,* exclamó el santo, *adónde estabais durante el tiempo de esta tempestad?* Y oyó una voz que le respondia : *Contigo estaba, hijo mio Antonio, mirando tu pelea, y siendo testigo de tu valor; y pues has sido tan fiel, yo te prometo mi singular proteccion, y tú quedarás siempre vencedor de todos tus enemigos.*

Levantóse Antonio para rendir gracias á Dios; y sintiéndose con mas fuerzas que nunca, partió desde la mañana siguiente á lo mas interior del desierto, adonde le destinaba la divina Providencia para ser padre y modelo de tantos santos solitarios. Era á la sazon de solos treinta y cinco años. Pasó el rio Nilo cerca de Heracléa, y reparando que sobre una montaña se descubrian las ruinas de un edificio antiguo, escogió aquel sitio para su habitacion. Allí se mantuvo veinte años haciendo vida de ángel á pesar de los artificios y

de los esfuerzos que hizo el espíritu de las tinieblas para inquietarle.

Quisiera vivir oculto y desconocido en el mundo, pero no lo pudo conseguir; porque no obstante las diligencias que practicó para lograrlo, sus amigos antiguos le buscaron, y al cabo le vinieron á encontrar en su montaña. Resistióse al principio á recibirlos; pero finalmente fué necesario ceder á su perseverancia. Salió Antonio de su gruta como de un santuario donde el Señor le habia llenado de su espíritu. No le hallaron inmutado sus amigos, aunque por espacio de treinta y cinco años se habia entregado á todos los rigores de la mas austera penitencia. Tenia el semblante tan sereno y tan hermoso como en sus primeros años, el ánimo tan tranquilo, el trato tan afable, el genio tan apacible, y todas sus modales tan gratas como siempre.

Aunque todo su consuelo y todas sus delicias eran la oracion, la contemplacion y el retiro, jamás dió la menor señal de repugnancia de verse rodeado de tanta gente, ni manifestó la mas leve vanidad ó complacencia de verse tan admirado, ni se hizo rogar para responder á cuantas preguntas le hacian. Abrasado su corazon en el fuego del amor divino, comunicó luego sus incendios á los corazones de todos los que le escuchaban. Hablólos con tanta elocuencia, con tanta energía sobre las verdades de la Religion, sobre la nada de los bienes caducos, sobre los falsos atractivos de los deleites, sobre los horrores de la muerte, sobre la brevedad de la vida, que mas de doscientas personas se resolvieron á abandonarlo todo, y á quedarse con él en aquella soledad para atender únicamente al negocio de su eterna salvacion. Pudo mas con Antonio el celo de las almas que el amor al retiro. Edificáronse muchas celdas cerca de la suya, y no pudo el santo negarse á enseñar y á dirigir aquellos

nuevos discípulos por el camino del cielo, en el cual estaba tan instruido.

Extendióse la fama de san Antonio por Africa, Italia y Francia, y casi por todo el mundo, el gran poder que Dios le habia concedido sobre los demonios, el don de profecía y de milagros, y concurrieron á él de todas partes innumerables discípulos. Halláronse bien presto poblados aquellos vastos desiertos; edificáronse muchos monasterios, y en menos de diez años se contaron en ellos muchos millares de solitarios.

Creciendo todos los dias aquella religiosa república, se vió Antonio obligado á dedicar toda la atencion á su gobierno. Unas veces los instruia á todos en comun, otras en particular. Desengañaos, hermanos, les repetia con frecuencia, que para hacer progresos en la vida espiritual es menester hacernos cuenta que cada dia comenzamos. Por mucho que se trabaje por Dios, no hay proporcion entre el premio y el trabajo. Si quereis vencer al demonio, amad á Cristo, orad mucho, mortificaos mucho y sed humildes. El espíritu de las tinieblas teme á las almas puras. Nada le confunde tanto como la desconfianza de sí, y la confianza en Dios.

Pero no solo habia destinado Dios á nuestro santo para instruir á los solitarios; tambien le tenia escogido para confundir á los gentiles y á los herejes, y para alentar á los fieles en el rigor de las mayores persecuciones.

Llegando á noticia de Antonio que eran conducidos á Alejandría muchos confesores de Cristo para quitarles la vida con los mas crueles tormentos, y temiendo que algunos flaqueasen en la fe á vista de los suplicios, partió al punto del desierto para asistirlos en las prisiones. Pretendieron estorbarlo los tiranos, mandando pena de la vida que se retirasen todos los solitarios; pero despreciando Antonio la suya, no

abandonó á aquellos generosos confesores hasta que consumaron el sacrificio, y no dependió de él que no le hubiese tocado la misma dichosa suerte.

Crecia en nuestro santo el amor al retiro en medio de los tumultuosos ejercicios de la caridad; y apenas estuvo de vuelta en el desierto cuando resolvió buscar otra soledad mas apartada. Llegáronlo á entender sus discípulos, y siempre se lo embarazaron con varias piadosas artes. A esto se añadió que las grandes necesidades de la Iglesia no le permitieron gozar largo tiempo la quietud de su celda. Obligáronle los obispos á volver á Alejandría, donde fué recibido con extraordinarios honores, no solo de los católicos, sino tambien de los herejes, y hasta de los mismos paganos que admiraban tanto su virtud como sus milagros. En el poco tiempo que se detuvo en aquella ciudad convirtió á muchos gentiles y confundió á los filósofos con la fuerza de sus argumentos.

Vuelto Antonio al monasterio, tuvo una inspiracion para que fuese á buscar á san Pablo en lo mas interior del desierto. La vista, la conversacion y la muerte de aquel grande ermitaño encendieron mas su zelo y su fervor. Otra vez tuvo necesidad de volver á Alejandría para hacer que la Religion triunfase en aquella populosa ciudad. Quedó desarmada la heregía arriana á vista de aquel ilustre anciano, á quien el puro amor de la verdad habia sacado de su amado desierto á los ciento y cuatro años de su edad, para combatir contra los enemigos de la divinidad de Jesucristo, y para trabajar en restituir la paz á la Iglesia.

Sábese que Constantino el Grande y sus hijos escribieron al santo cartas muy afectuosas, como á su padre espiritual, mostrando gran deseo de recibir sus respuestas. Respondió á ellas Antonio; pero cuando llegó á entender que los herejes, abusando de la sinceridad y de la poca instruccion de los emperadores

en puntos de Religion, pretendian engañarlos, no esperó á que le escribiesen. Él mismo se anticipó, y sabiendo que el emperador Constantino se habia dejado prevenir por los arrianos contra san Atanasio, le escribió con tanta viveza y con tan religioso encendimiento, que mostró bien así la pureza, como la generosidad de su celo, incapaz de andarse en contemplaciones con los herejes ni con los que fuesen sospechosos en la fe. Él mismo le hizo escribir aquella carta tan ardiente á Gregorio, obispo arriano, que habiendo usurpado tiránicamente la iglesia de Alejandría, habia sido causa de que fuese expelido de ella su legítimo pastor.

En fin, abrasado este gran santo en el amor de Jesucristo; encendido en una indecible ternura con la santísima vírgen María, de quien era devotísimo; adornado del don de profecía y de milagros, siendo la veneracion de las cortes, y de casi todas las naciones del universo; el azote de los herejes, el terror de los demonios, el ornamento de la Iglesia, la maravilla del mundo, el asombro de su siglo; á los ciento y cinco años de su edad, habiendo pasado ochenta y cinco en los ejercicios de la mas rigurosa penitencia, despues de haberse despedido tiernamente de sus amados discípulos, recibiendo de ellos los últimos abrazos, extendió sus piés; y dejando ver en su venerable semblante una extraordinaria alegría, á vista de los espíritus celestiales que estaban presentes para ser testigos de su último aliento, entregó el alma á su Criador el dia 17 de enero del año 356, que se contaba el noveno del imperio de Constancio. Sus discípulos ejecutaron religiosamente las órdenes que les dejó en su última voluntad, ó especie de testamento. Mandó que entregasen á san Atanasio una de sus túnicas, y el manto con que murió; otra túnica la dejó á san Serapion, obispo de Thmuis, y ordenó que

enterrasen su cuerpo en secreto sin descubrir jamás á nadie el lugar de su sepultura. Con efecto estuvo oculto por algun tiempo; pero luego fué celebrada en toda la Iglesia la memoria de este santo, especialmente en Oriente, donde desde luego se comenzó á solemnizar su fiesta con la mayor celebridad.

Cerca de doscientos años despues fué descubierto el santo cuerpo. Hízose con gran pompa su traslacion á Alejandría, y despues á Constantinopla cuando los Sarracenos se apoderaron de Egipto. Ultimamente, hácia el fin del décimo siglo, habiendo hecho el viaje de la Tierra santa un caballero de Viena en el Delfinado, muy devoto de san Antonio, pasó á Constantinopla, y obtuvo del emperador aquellas preciosas reliquias, que trajo consigo á Francia. Dió principio á la célebre iglesia de la Abadía en una heredad suya, llamada la Mota, en la diócesis de Viena, que despues tuvo el nombre de san Antonio. El año de 1089 hizo grandes estragos en toda Francia una enfermedad llamada fuego sacro; y experimentándose que era eficacísimo remedio contra ella la invocacion de nuestro santo, se comenzó á llamar el fuego de san Anton. Desde entonces fué prodigioso el concurso del pueblo á adorar las santas reliquias; lo que fué ocasion de que se fundase una nueva religion de canónigos regulares de san Agustin, con el título de san Antonio Abad, que se ha hecho célebre en toda la Europa por su vida arreglada y por su caridad inalterable.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En la Tebáida, san Antonio, abad, padre de un gran número de solitarios, que se hizo muy ilustre por su santa vida y milagros, así como lo escribe san Atanasio en el excelente libro que compuso de sus acciones. Habiendo sido hallado su cuerpo por revelacion divina, bajo el imperio de Justiniano, fué traido á

Alejandría y enterrado en la iglesia de san Juan Bautista.

En Lángres, los tres santos gemelos Espeusipo, Eleusipo y Meleusipo, que recibieron la corona del martirio con su abuela Leonila, bajo el imperio de Marco-Aurelio.

En Roma, la invencion de los santos mártires Diodoro, presbítero; Mariano, diácono, y sus compañeros. Estando celebrando la fiesta de los mártires en una cueva, ó pozo de arena, en tiempo del papa san Estévan, los perseguidores de la fe taparon la boca, é hicieron caer sobre ellos gran cantidad de tierra, con la que fueron sepultados, y de este modo merecieron llegar á la gloria del martirio.

En Bourges, san Sulpicio, obispo, llamado el Piadoso. Sú santa vida y su muerte preciosa han sido ilustradas por un gran número de gloriosos milagros.

En Roma, en el monasterio de san Andrés, los santos monjes Antonio, Merulo y Juan, de quienes hace mencion san Gregorio en sus escritos.

La oracion de la misa es la que sigue.

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Antonii Abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que nos haga recomendables la intercesion del bienaventurado Antonio Abad, para conseguir por su proteccion lo que no podemos por nuestros merecimientos: Por nuestro Señor Jesucristo.

La epistola es del cap, 45 del libro de la Sabiduría.

Dilectus Deo, et hominibus, cujus memoria in benedictione est. Similem illum fecit in gloria sanctorum, et magnificavit eum in timore

Fué amado de Dios y de los hombres, y su memoria es en bendicion. Dióle una gloria semejante á la de los santos, y le engrandeció para que le

inimicorum, et in verbis suis monstra placavit. Glorificavit illum in conspectu regum, et jussit illi coram populo suo, et ostendit illi gloriam suam. In fide, et lenitate ipsius sanctum fecit illum, et elegit eum ex omni carne. Audivit enim eum et vocem ipsius, et induxit illum in nubem. Et dedit illi coram præcepta, et legem vitæ et disciplinæ.

temiesen los enemigos, y amansó los monstruos por medio de sus palabras. Ensalzóle en presencia de los reyes; le dió sus órdenes delante de su pueblo y le manifestó su gloria. Le santificó en su fe y en su mansedumbre, y le escogió de entre todos los hombres. Porque oyó y escuchó la voz de Dios y le introdujo en la nube. Y le dió en público sus preceptos, y la ley de vida y de ciencia.

NOTA.

« Ya se ha hablado del libro del Eclesiástico, cuyo » autor fué Jesus hijo de Sirach. Habiendo leido con » grande atencion la ley y los profetas, compuso Jesus » este libro, cuyos pensamientos y palabras todas son » del Espíritu Santo, puesto que la Iglesia le reconoce » por uno de los libros sagrados y canónicos. Muy » comunmente se llamó libro de la Sabiduría, y tiene » gran semejanza con los libros de Salomon. El capí» tulo 45, de donde se sacó la epístola de la misa cor» respondiente á este dia, contiene un elogio de » Moisés, que la Iglesia aplica con razon y con pro» piedad á los santos abades. »

REFLEXIONES.

¿De qué sirve ser amado de los hombres al que no lo fuere de Dios? ¿Y qué podrá contra nosotros el odio y la malicia de todos los hombres, con tal que Dios nos ame? Toda nuestra felicidad, toda nuestra dicha consiste en ser amigos de Dios.

¡Qué extravagantes y qué injustos suelen ser los hombres en sus amistades! ¡Cuánto suele costar el darles gusto! No siempre ganan su corazon los de

prendas mas sobresalientes, los de mayor mérito. Lleno está el mundo de preferencias en el amor, inicuas y nada racionales. Muchas veces habrás trabajado, sudado, gastado tu hacienda y tu salud en servicio de un grande sin que te lo haya agradecido. Los hombres solo se aman á sí mismos. ¿Caiste en gracia de alguno? Poco ó nada es menester para perderla; y por leve que sea el motivo de la desgracia, siempre se sigue á ella la tibieza, y despues la frialdad.

¿Qué amistad háy en el mundo sincera y pura? No hay otro nudo para estrecharla que el interés ó la pasion. Si aquel se muda, si esta se templa ó irrita, acabóse la amistad. Ningun amigo hay que no esté en vísperas de dejar de serlo. La mas fuerte amistad entre los hombres puede poco, y pende de casi nada.

No es así en la amistad de Dios. Es sincera, desinteresada, benéfica. Amaráme Dios en viendo que yo le amo. Solo con querer darle gusto, se le doy; y no puedo desagradarle sino con el pecado. Toda mi felicidad y toda mi gloria es su amistad; y toda mi suma desgracia será perderla.

Hablando con propiedad, no hay otra gloria verdadera que la de los santos. La gloria del mundo es humo, y no es mas. Aquellos hombres que en el mundo adquirieron grande gloria, que por ella se llamaron hombres grandes; si no fueron santos, si no se salvaron, ¿qué es lo que ahora les resta de esta gloria? Desengañémonos, que nada es mas digno de nuestro respeto, de nuestra estimacion que la santidad. Ella ennoblece á las personas mas viles. Un pobre pastor, si es santo, merece y recibe las adoraciones de los mayores monarcas, mientras los príncipes mas poderosos de la tierra están sepultados en un eterno olvido despues de su muerte. Y si no fueron santos, ¿qué elogios merecen? ¿de quién podrán esperar veneracion y culto?

Todos amamos tanto la gloria : ¿pues cuándo la buscaremos en su verdadera fuente? Ciertamente no hay que pensar encontrarla sino en la conformidad de nuestras costumbres con los preceptos de la ley. No hay otro modelo que la vida de los santos; no hay otra regla que el Evangelio. ¡Qué error! ¡qué locura! pretender que las máximas del mundo tengan parte en la regla de las costumbres.

El evangelio es del cap. 12 de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis : Sint lumbi vestri præcincti, et lucernæ ardentes in manibus vestris, et vos similes hominibus expectantibus dominum suum quando revertatur à nuptiis : ut, cum venerit et pulsaverit, confestim aperiant ei. Beati servi illi, quos cum venerit dominus, invenerit vigilantes : amen dico vobis, quod præcinget se, et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis. Et si venerit in secunda vigilia, et si in tertia vigilia venerit, beati sunt servi illi. Hoc autem scitote, quoniam si sciret pater familias, qua hora fur veniret, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam. Et vos estote parati, quia qua hora non putatis, Filius hominis veniet.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos. Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos; y sed semejantes á los hombres que esperan á su señor, cuando vuelva de las bodas, para que en viniendo y llamando, le abran al punto. Bienaventurados aquellos siervos que cuando venga el señor los halláre velando. En verdad os digo, que se ceñirá y los hará sentar á la mesa, y pasando, los servirá. Y si viniere en la segunda vela, y aunque venga en la tercera, y los halláre así, son bienaventurados aquellos siervos. Pero sabed esto, que si el padre de familia supiera á qué hora vendria el ladron, velaria ciertamente, y no permitiria minar su casa. Estad tambien vosotros prevenidos, porque en la hora que no penseis, vendrá el Hijo del hombre.

MEDITACION.

DE LA INCERTIDUMBRE DE LA HORA DE LA MUERTE.

PUNTO PRIMERO.

Considera que todos estamos ciertos que hemos de morir; pero todos ignoramos cuál será la hora de nuestra muerte. Lo único que sabemos ciertamente es, que podemos morir en cualquier hora; que este dia puede ser el último de mi vida, y que la hora presente puede ser la hora de mi muerte. Persuadidos de esta verdad infalible, ¿en qué fundamos nuestra seguridad? Creer, y no temer; temer, y no velar, ¿qué puede ser sino impiedad ó locura? ¡Qué! á todas horas puede llegar el Juez supremo para decidir de nuestra suerte eterna; ¡y no están las cuentas prevenidas! Seguramente no es tiempo de disponerlas cuando llegue la hora de darlas. Despertar cuando el amo llama á la puerta, ya es fuera de tiempo; era menester estar en vela, era menester estar ya prevenido para partir; era menester tener encendidas las lámparas cuando llegase el Esposo. No es entonces tiempo de ir á buscar el aceite, ni tampoco basta tener provision de óleo si está apagada la lámpara. Menester es estar siempre en estado de gracia, velar sin cesar; porque á no ser así, corremos evidente peligro de ser sorprendidos.

¿Cuántos años ha que yo me hallo en esta dichosa disposicion? ¿Podrá Dios venir cuando fuere servido; en la segunda, en la tercera vigilia, como en la primera? ¿Hallaráme prevenido para comparecer en su presencia con fundada confianza? ¡Ah, dónde estaria yo ahora si el Señor hubiera ya venido! Mi Dios, ¡en qué error, en qué peligro he vivido hasta aquí! Nunca me halló el mundo dormido para sus negocios; ¿pero cuándo me halló Dios despierto para el mio?

¡O gran Dios, y en qué se pasa toda la vida! Gimo, me estremezco solo de acordarme de mi modorra, de mi fatal letargo. Mas pues vos, Señor, me despertais de él, por vuestra divina gracia, haced que en adelante tenga siempre tan presente vuestra venida, que jamás me coja desprevenido.

PUNTO SEGUNDO.

Considera qué gran dicha es la de aquellos fieles siervos que cuando viene el Señor los encuentra velando. ¡Qué alegría tambien para el Salvador del mundo el coger en ellos el fruto de sus trabajos y de su sangre, el poder derramar sobre sus almas el torrente de sus bendiciones, admitiéndolos al festin, y haciéndolos participantes de su gloria!

Pero, ¡y qué gozo para los mismos siervos fieles el no haberse dejado arrastrar de los falsos atractivos con que el mundo embriaga á sus secuaces! ¡qué placer el no haberse dormido como tantos otros que se *dejaron vencer de la modorra*!

El Señor siempre viene antes de lo que se piensa. ¡Qué alegría la de haber estado en vela continuamente; la de no haber perdido de vista ni un punto el importante negocio de la salvacion; la de haber tenido presente dia y noche el pensamiento de la muerte; la de haber perseverado en una vida inocente y rica de buenas obras!

Pon los ojos en san Antonio en el último momento de su vida. Ochenta y cinco años hacia que aquel siervo fiel estaba velando en el desierto para esperar la venida del Señor. A los veinte años de su edad habia dejado el mundo, y habia conservado su inocencia con el continuo ejercicio de una penitencia rigurosa. ¡Oh! ¡y con qué gozo vió que se acercaba ya el momento decisivo de su eterna felicidad! Él mismo con-

solaba á los que lloraban porque le perdian. Muere con tanto consuelo, que la alegría que inundaba su alma, no cabiendo en ella, rebosa hácia afuera y se comunica al semblante de su cuerpo moribundo. ¡Qué diferencia, buen Dios, qué diferencia entre Antonio al espirar, y todos esos aparentes dichosos del mundo cuando mueren! ¡O! ¡cuántos duermen, por decirlo así, toda la vida! ¡Pero qué cosa tan terrible es no despertar hasta la hora de la muerte!

Dulcísimo Jesus mio, preservadme de esta desgracia. No, Señor; no habeis dilatado tanto tiempo vuestra venida sino para darme lugar á que me disponga, á que me prevenga para recibiros. Bendita sea eternamente vuestra piedad, Padre de las misericordias. No, no abusaré ya mas de esta singularísima gracia; desde hoy en adelante quiero vivir como siervo que en todas las horas os aguarda.

JACULATORIAS.

Stulte, hac nocte animam tuam repetunt à te: quæ autem parasti, cujus erunt? Luc. 12.

¡Gran locura el no pensar en la muerte! Esta noche, este dia puede ser el último de mi vida, y todo lo que con tanto afan he amontonado ¿de quién será despues?

Vigilate, quia nescitis diem, neque horam. Matth. 25.

Velad todos los dias, velad todas las horas, porque no sabeis ni la hora ni el dia en que habeis de morir, y podeis morir en este mismo dia y en esta misma hora.

PROPOSITOS.

1. Además de la importante práctica de un dia de retiro cada mes, que es utilísima para prevenir las funestas consecuencias de una muerte repentina, una vez cada semana harás una meditacion sobre la muerte.

No emprendas cosa alguna de consideracion, no hagas viaje ni te entregues á alguna diversion, por honesta, por decente que sea, sin decirte á ti mismo lo que el profeta Isaías dijo á aquel otro rey de Judá (1): *Dispone domui tuæ, quia morieris tu.* Mi fin se acerca; ¿tengo prevenidas todas las cosas? A toda priesa voy corriendo hácia la sepultura; desde ayer acá estoy mas cerca de ella veinte y cuatro horas. El Señor no está lejos. Y aun puede ser que en esta misma hora me esté diciendo, como á aquel rey: Pon en órden los negocios de tu conciencia, porque presto morirás.

2. Siempre que recibas los sacramentos, no dejes de hacerlo como si fuera la última vez que los habias de recibir. Una confesion como si fuera la última, y una comunion como si fuese el viático, no pueden dejar de ser muy eficaces. En tomando todas estas precauciones, no hay riesgo de que el Señor nos coja desprevenidos. Este es uno de los ejercicios piadosos mas importantes. Ten presente que es artículo de fe que nos hemos de morir en la hora que menos lo pensemos (2): *Qua hora non putatis.* No limites únicamente al uso de los sacramentos un ejercicio tan útil. Nada emprendas durante la vida, que no lo mires como lo mirarias en la hora de la muerte: eleccion de estado, nogocios de importancia, comercios, cargos, pleitos; el que no se quisiere engañar, todo lo ha de mirar como si estuviera para morir. En vida se miran las cosas á mala luz; para verlas como son, es menester considerarlas á la luz de la candela.

(1) Isai. 38. — (2) Luc. 12.



CÁTEDRA DE S. PEDRO

EN ROMA.

DIA DIEZ Y OCHO.

LA CÁTEDRA DE SAN PEDRO EN ROMA.

Habiendo querido Dios que aquella misma Roma que por espacio de tantos siglos habia sido la maestra del error, el centro de la supersticion y el asiento del paganismo, fuese despues la maestra de la verdad, la silla de la fe, la cabeza de la Religion y la madre comun de todas las iglesias; era conveniente que todos los fieles celebrasen la época de esta felicidad, y que cada año se solemnizase el nacimiento de aquella primera iglesia del mundo, ó por mejor decir, el dia en que se estableció la fe de la iglesia universal en Roma, como en el centro de su unidad. Este es propiamente el espíritu de la presente festividad tan antigua en toda la Iglesia.

Es, pues, la fiesta de la Cátedra de san Pedro en Roma el aniversario ó la memoria de aquel afortunado dia en que san Pedro, despues de haber fundado la iglesia de Antioquía, vino á establecer su silla en la capital del universo, convirtiéndola en cabeza de todo el orbe cristiano. Sucedió esto cerca del año 48 de Jesucristo, hácia el fin del segundo emperador Claudio, y cuando comenzaba el imperio de Neron. Veinte y cinco años regentó san Pedro esta cátedra romana, y coronó en la misma ciudad sus apostólicos trabajos con un glorioso martirio.

Pero no solo celebraba en este dia la Iglesia la memoria del establecimiento de la silla apostólica en la ciudad de Roma, sino que al parecer comprende tambien en la misma festividad aquella gloriosa con-

fesion que hizo san Pedro de la divinidad de Jesucristo; y el nombramiento que despues de esta solemne confesion hizo Cristo de san Pedro para vicario suyo en la tierra, cabeza visible y piedra fundamental de su Iglesia, perpetuándolo en él y en todos sus sucesores. Por eso sin duda cuando se celebraban en un mismo dia las dos cátedras de Antioquía y de Roma, como se observó por algun tiempo, se contentaba la Iglesia con querer solemnizar el obispado de san Pedro en general; y en este sentido el autor de la carta que se atribuye á san Agustin, dice que se celebra en este dia la Cátedra de san Pedro, porque en él fué cuando el apóstol ascendió al trono del pontificado. Llamaron, dice, nuestros padres á la solemnidad de este dia la Cátedra de san Pedro, porque se asegura que en este mismo dia el Príncipe de los apóstoles tomó posesion de la silla episcopal: *Ideo quod primus Apostolorum Petrus hodie Episcopatus cathedram suscepisse referatur.*

Sin duda que por este mismo motivo, á ejemplo de la fiesta anual de la dedicacion de las iglesias, se obligaba á los sumos pontífices, y aun tambien á los prelados inferiores, á que celebrasen cada año el dia de su consagracion.

San Leon, papa, en el sermon que hizo en honor del Príncipe de los apóstoles, dice ser muy conveniente que aquella misma ciudad, que era cabeza de todo el mundo, fuese tambien el centro de la Religion; para que, colocada en ella la luz de la verdad, criada para alumbrar y para salvar al mundo todo, se difundiese mas eficazmente á todas partes del universo. Y añade, que el Príncipe de los apóstoles, despues de haber conducido la luz de la fe en toda Judea; despues de haber fundado la iglesia en Antioquía, y predicado en Galacia, Capadocia, Asia y Bithinia, vino á colocar su silla en Roma, y levantó sobre el capitolio el trofeo de la cruz de Jesucristo.

El segundo concilio Turonense, que se celebró el año de 567, habla de esta fiesta como tan antigua, que ya se habian introducido en ella algunos abusos, á los cuales era menester poner remedio.

¡Qué profanidad! ¡qué escándalo! esclaman los padres del concilio. ¡Es posible que entre los mismos fieles se hallen personas tan ciegas, que en el dia en que se celebra la Cátedra de san Pedro, dejándose llevar de una ridícula supersticion, ofrezcan viandas á los muertos, y apenas vuelven á sus casas despues de haber asistido al santo sacrificio de la misa, se entregan á los errores y á las supersticiones de los gentiles! ¡Y lo que todavía causa mas horror, despues de haberse alimentado con el precioso cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, manchan sus almas con los manjares que estan dedicados al demonio! Pero oigamos las mismas palabras con que se explica el concilio, porque son muy notables : *Sunt etiam qui in festivitate cathedræ domini Petri apostoli cibos mortuis offerunt; et post missas redeuntes ad domos proprias, ad gentilium revertuntur errores; et post corpus Domini sacratas dæmoni escas accipiunt.*

Ya por aquel tiempo se celebraba esta fiesta; asistiase á la misa, comulgábase en ella. ¡Pero qué impiedad dejarse despues arrastrar de las ceremonias supersticiosas y paganas! ¡Buen Dios, y qué campo tan fecundo de provechosas reflexiones para los herejes que se burlan de la misa, y que niegan la real presencia del cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía! ¡Pero qué copioso manantial de no menos importantes reflexiones para muchos malos católicos, que despues de haber celebrado ó asistido á los mas sacrosantos misterios pasan inmediatamente á las obras mas profanas; desde el templo al teatro, desde la comunion á los banquetes, desde el sermon á las conversaciones mundanas, al juego, al baile y á otros entretenimientos indignos de cristianos!

Muchas iglesias particulares celebraban esta fiesta en dias diferentes; algunas confundian las dos cátedras de Antioquía y de Roma. Para remediar uno y otro inconveniente, el papa Paulo IV fijó la fiesta de la cátedra romana al dia 18 de enero por una bula que expidió en 13 del mismo mes el año de 1558. En ella dice que no pretende introducir alguna fiesta nueva, pues no hace mas que restablecer ó confirmar una solemnidad que ya se celebraba en la Iglesia desde los primeros siglos; señalando para ella el dia 18 de enero, como lo practicaban los padres mas antiguos de la misma Iglesia.

Consérvase todavía en Roma la misma cátedra donde se sentaba san Pedro, grosera por el arte y pobrísima por la materia; pero preciosísima para la veneracion de los fieles, que deben mirar con la mayor estimacion y respeto todo lo que sirvió al Príncipe de los apóstoles.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La Cátedra de san Pedro en Roma, en memoria del establecimiento de su silla en esta ciudad.

En Roma, tambien santa Prisca, vírgen, la que, despues de haber sufrido mucho bajo el emperador Claudio, recibió la corona del martirio.

En la provincia del Ponto, Moseo y Amonio, soldados, que, habiendo sido primeramente condenados á las minas, fueron en seguida quemados.

En el mismo sitio, san Atenógenes, antiguo teólogo: antes de ser arrojado al fuego, donde debia cumplir su sacrificio, entonó alegremente un himno que dejó por escrito á sus discípulos.

En Tours, san Volusiano, obispo, que, habiendo sido preso por los Godos, rindió su alma á Dios en el destierro.

En la misma ciudad, san Leobardo, recluso,

que se hizo admirable por su abstinencia y su humildad.

En Bretaña (1), san Deicolo, abad, discípulo de san Columbano.

En Cómo, santa Librada, virgen.

La oracion de la misa es la que se sigue.

Deus, qui beato Petro Apostolo tuo, collatis clavibus regni cœlestis, ligandi atque solvendi Pontificium tradidisti: concede, ut intercessionis ejus auxilio à peccatorum nostrorum nexibus liberemur: Qui vivis et regnas...

O Dios, que con las llaves del cielo concediste á tu apóstol el bienaventurado san Pedro la autoridad pontifical de atar y desatar: concédenos que por su intercesion nos veamos libres de las ataduras de nuestros pecados: Que vives y reinas...

La epístola es la primera del mismo apóstol san Pedro.

Petrus Apostolus Jesu Christi, electis advenis dispersionis Ponti, Galatiæ, Cappadociæ, Asiæ et Bithyniæ, secundum præscientiam Dei Patris in sanctificationem Spiritus, in obedientiam, et aspersionem sanguinis Jesu Christi: gratia vobis, et pax multiplicetur. Benedictus Deus, et Pater Domini nostri Jesu Christi, qui secundum misericordiam suam magnam regeneravit nos in spem vivam, per resurrectionem Jesu Christi ex mortuis, in hæreditatem incorruptibilem, et incontaminatam, et

Pedro, apóstol de Jesucristo, á los que viven dispersos en el Ponto, en Galacia, en Capadocia, en Asia y en Bitinia, escogidos segun la presciencia de Dios el Padre, para la santificacion del espíritu, para obedecer y ser bañados con la sangre de Jesucristo: la gracia y la paz os sea multiplicada. Bendito sea Dios, y el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que segun su grande misericordia nos reengendró por la resurreccion de Jesucristo de entre los muertos, para una esperanza viva, para una he-

(1) Deberia leerse, en Borgoña; porque san Deicolo no vivió nunca en Bretaña ni en Inglaterra; fué abad del monasterio de Lura en el Franco Condado, diócesis de Besanzon, donde murió.

El evangelio es del cap. 16 de san Mateo.

In illo tempore: Venit Jesus in partes Cæsareæ Philippi: et interrogabat discipulos suos, dicens: Quem dicunt homines esse Filium hominis? At illi dixerunt: Alii Joannem Baptistam, alii autem Eliam, alii vero Jeremiam, aut unum ex prophetis. Dicit illis Jesus: Vos autem quem me esse dicitis? Respondens Simon Petrus, dixit: Tu es Christus, filius Dei vivi. Respondens autem Jesus, dixit ei. Beatus es, Simon Bar-Jona: quia caro et sanguis non revelavit tibi, sed Pater meus, qui in cœlis est. Et ego dico tibi, quia tu es Petrus, et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam, et portæ inferi non prævalebunt adversus eam. Et tibi dabo claves regni cœlorum. Et quodcumque ligaveris super terram, erit ligatum et in cœlis: et quodcumque solveris super terram, erit solutum et in cœlis.

En aquel tiempo vino Jesus á tierra de Cesarea de Filipo, y preguntaba á sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Y ellos dijeron: Unos que es Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías, ó alguno de los profetas. Díjoles Jesus: ¿Y vosotros quién decís que soy? Respondiendo Simon Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el hijo de Dios vivo. Y respondiendo Jesus, le dijo: Bienaventurado eres, Simon, hijo de Jona, porque ni la carne ni la sangre te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares sobre la tierra, será atado tambien en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será desatado tambien en los cielos.

MEDITACION.

DE LA CONFESION DE LA FE.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no basta creer; es menester que cada uno haga pública y solemne profesion de lo que cree.

Cristo no gustó de discípulos tímidos y mudos. Esta cobardía costó muy caro á san Pedro. ¡Desventurado de aquel que se avergüenza del Evangelio! Créese con el corazon para llegar á la justicia; y se confiesa con la boca para merecer la salvacion.

Siempre que no se vive arreglado á lo que se cree, hay temor, hay cobardía en declarar la religion que se profesa. No todos se hallan en ocasiones precisas de confesar la fe con la boca; pero ninguno puede dispensarse de confesarla con las costumbres. Si las obras desmienten la fe, no resta mas que una fantasma de católico. Si no hay mas que una fe puramente especulativa, esa tambien la tienen los demonios.

Bien puede uno confesar á Jesucristo, y no seguir sus máximas; ¿pero podrá ser verdadero fiel no siguiendo las máximas de Jesucristo? Si yo estoy persuadido á que Jesucristo es el Hijo de Dios vivo, á que Jesucristo es mi Dios, ¿podré avergonzarme de ser reconocido por discípulo suyo? Y cuando se defiere tanto á los respetos humanos en perjuicio del Evangelio, ¿se conoce verdaderamente á Jesucristo?

Hay obligacion de confesar la fe en presencia de los tiranos, á pesar de las amenazas y de los suplicios. Aquellos que se avergüenzan de que los tengan por devotos, ¿tendrian valor para hacer esta confesion? Cosa extraña, ¡no se querria morir con una fe titubeante, y se vive por lo comun con una fe muerta! Cuando se examinan de cerca nuestras costumbres, ¿se podrá formar por ellas una grande idea de nuestra fe?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que hay una fe de pura razon natural, que no se levanta sobre los sentidos, y consiguientemente, que no es capaz de constituir un fiel verdadero. Lleno está el mundo de esta especie de fe;

pero sus luces son muy naturales y muy débiles para que puedan elevarse hasta la divinidad.

¿Quién dice por ahí el mundo que es el Hijo del hombre? preguntaba Cristo á sus discípulos. La respuesta que le dieron descubre el carácter de la fe de los mundanos. Unos, discurriendo por su modo de vida y por su doctrina, creian que era Juan Bautista resucitado; otros, reflexionando únicamente sobre sus milagros, se persuadian que era Elías ó alguno de sus profetas. Cuando no hay mas fe que la de una buena razon natural, no se adelanta mucho con ella.

La fe es una luz sobrenatural, y solamente los que estan iluminados de ella exclaman con san Pedro: *Tú eres Cristo, hijo de Dios vivo.* Examinemos de qué naturaleza es la nuestra. Es la fe en cierta manera la medida del amor. Si amamos poco, vanamente nos lisonjearemos de que creemos mucho.

Una fe viva no está largo tiempo sin recompensa. *Bienaventurado eres, Simon, hijo de Jona, porque no te lo reveló la carne y la sangre.* El Padre celestial es el que comunica esta luz sobrenatural con abundancia; ¿pero hará mucha impresion en una alma arrastrada de los apetitos de la carne, en un corazon esclavo de las pasiones y en un espíritu mandado por los sentidos? La confesion que hizo san Pedro le mereció la augusta cualidad de vicario de Jesucristo. Nuestra poca fe nos hace siervos inútiles. Tengamos una fe viva y generosa, y haremos milagros con ella.

Confieso, Salvador mio Jesucristo, que vos sois mi Salvador y mi Dios. De aquí adelante será mi conducta la fiadora de mi fe. Poco os he amado; mal os he servido, porque hasta aquí solo he tenido una fe lánguida. Dadme una fe llena y generosa, y aumentad cada dia esta mi fe.

JACULATORIAS.

Tu es Christus, filius Dei vivi. Matth. 16.
Tú eres Cristo, hijo de Dios vivo.

Domine, ad quem ibimus? verba vitæ æternæ habes. Joann. 6.
¿A quién, Señor, acudiremos si vos solo sois el que teneis palabras de vida eterna?

PROPOSITOS.

1. *El Credo* es la confesion de la fe. La costumbre de rezarle sin atencion y sin devocion es causa de que se diga sin fruto y sin mérito. A lo mas parece una oracion que se reza, y no una profesion de fe que se hace. Resuélvete desde hoy á no rezar jamás este compendio de los artículos de la fe, que no sea acompañándole con una confesion interior de lo que crees. Con el mismo espíritu debes ponerte en pié al evangelio de la misa. No tengas esto por una ceremonia indiferente. Es una profesion de fe muda, pero pública, con la cual se declara que se reconocen aquellas divinas palabras como regla de nuestra fe y de nuestras costumbres. No solo en los cadalsos y en presencia de los tiranos hay obligacion de hacer pública profesion de nuestra fe; tambien es menester que nuestras máximas y nuestras costumbres digan claramente la religion que profesamos.

2. Es una devocion solidísima el ejercitarse en actos de fe antes de la comunion; siempre que nos halla mos en algun peligro, al principio de todas las oraciones, y especialmente cuando se comulga por modo de viático, teniendo frecuentemente en la boca estas palabras del Evangelio: *Credo, Domine, adjuva incredulitatem meam.* Yo creo, Señor, yo creo; pero ayudad mi fe, y fortificadla con vuestra divina gracia.

DIA DIEZ Y NUEVE.

SAN CANUTO, REY DE DINAMARCA, Y MÁRTIR.

San Canuto IV, hijo de Suenon Estrice, rey de Dinamarca, y nieto del otro Canuto que sujetó la Inglaterra, fué un gran rey, y fué un gran santo. Nació hácia la mitad del siglo undécimo. El rey su padre tuvo gran cuidado de confiar su educacion á sabios maestros y á prudentes gobernadores, que se aprovecharon ventajosamente de las nobles prendas de que le habia dotado la naturaleza, y de las ricas disposiciones para la virtud que habia recibido de la gracia, y se dejaron reconocer casi desde la cuna.

Correspondió perfectamente el niño Canuto á los desvelos de su educacion. Dentro de poco tiempo se halló perfeccionado en los ejercicios de espíritu y de cuerpo que correspondian á su real nacimiento. Pudiérase decir que para Canuto no hubo puericia ni infancia. Todos sus entretenimientos eran serios, y las diversiones ordinarias de aquella edad no hicieron la mas mínima impresion en su corazon, que desde luego mostró haber nacido para cosas grandes. Pero lo que es mas singular, ya desde aquella tierna edad se distinguia mas por la piedad y por el zelo de la Religion que por las otras excelentes cualidades que le adornaban.

Su valor se dejó admirar desde la primera ocasion en que se pudo conocer. Apenas tenia fuerzas para montar á caballo, y ya se le tuvo por capaz de que mandase un ejército. Descubrió luego los grandes talentos que habia recibido del cielo para hacerse lugar en el número de los conquistadores. Ganó tantas victorias



S. CANUTO, REY Y M.

como dió batallas; y hacia las conquistas en menos tiempo que era menester para hacer las provenciones. Purgó el mar de los piratas que infestaban las costas; venció los Estones que cometian excesos y latrocinios, y domó á la provincia de Sembia, que despues de esta conquista quedó agregada al reino de Dinamarca.

Hallábase Canuto en el mayor auge de estimacion y de poder cuando murió el rey su padre. Era entonces electiva la corona de Dinamarca, y nadie dudaba que debia ser preferido á Heroldo su hermano mayor. Sus méritos autorizaban la voz del pueblo; pero los grandes temieron á su valor y á su vida irreprensible, pareciéndoles que gozarian de mayor libertad y de mayor reposo, eligiendo un rey flojo y estúpido. Nombraron á Heroldo, y Canuto recibió este desaire como héroe verdaderamente cristiano. Estuvo tan lejos de vengarse, ni de dar oidos á las tropas que le persuadian al desagravio, que antes bien solo se valió de ellas, de su autoridad y de sus fuerzas contra los enemigos de la patria; y el rey su hermano no tuvo vasallo mas obediente ni mas rendido. Pero el cielo tomó de su cuenta premiar luego su virtud. Murió Heroldo á los dos años de su reinado, y Canuto ascendió al trono con aplauso general de la nacion.

Fué su primer cuidado, despues de su coronacion, purgar el reino de los desórdenes y de los vicios que se habian introducido en él, presumiendo de costumbre á favor de la posesion de largos años; y se aplicó á solicitar el mayor lustre de la Religion, así por sus leyes como por sus ejemplos. Créese que por este tiempo le escribió el papa Gregorio VII aquellas dos bellas cartas en que le exhorta á imitar las virtudes de su padre; á llevar adelante el zelo que le animaba por la Religion y por la Iglesia, y á desterrar de su reino la bárbara costumbre de atribuir únicamente á los pecados de los clérigos las calamidades públicas, ocasionadas así de

las enfermedades como de la intemperie ó del desórden de los temporales.

Habiendo sabido que se habian rebelado las naciones incultas y feroces que habitaban en la frontera del reino hácia la parte del Norte, marchó luego á domarlas; buscólas en sus mismas cavernas, y dejólas reunidas para siempre á la corona de Dinamarca. Terminóse esta guerra ventajosamente para el Estado, y gloriosamente para la Iglesia. Ninguna conquista añadia á su corona, que no se la aumentase tambien á la Religion. Habiendo sujetado enteramente las provincias de Curlandia, de Samogicia y de Estonia, hizo ver que era piedad lo que parecia ambicion: y que las habia rendido, menos por dominar él en ellas, que por sujetarlas al imperio de Jesucristo; enviando luego celosos misioneros que trabajaron con feliz suceso en la conversion de aquellos gentiles.

Al volver de esta gloriosa expedicion, casó con la princesa Adela, hija de Roberto, conde de Flandes, de quien tuvo á Cárlos el Bueno, digno heredero de sus virtudes, pues mereció ser tambien contado en el catálogo de los santos.

No teniendo ya enemigos que domar, dedicó toda su aplicacion á hacer felices á los vasallos. La reforma de las costumbres, la correccion de los abusos, la integridad de la justicia, el restablecimiento de la disciplina eclesiástica, enormemente relajada por la licencia de los grandes; en una palabra, la felicidad pública fué el único objeto de todas sus prudentísimas y santísimas leyes. Persuadido á que el bien del Estado pende en gran parte de la prudencia de los gobernadores y de la integridad de los magistrados, hizo empeño de no colocar en estos empleos sino á sugetos de conocido mérito. En su palacio estaba cerrada la puerta á toda intercesion que no fuese la del mérito y de la virtud; y porque la mayor parte de aquellos

pueblos rústicos y groseros estaban poco acostumbrados á rendir á los obispos el respeto y la veneracion que se les debia, ordenó por una declaracion expresa, que en adelante precederian á los duques, y ocuparian en el Estado el lugar que corresponde á los príncipes. Eximió al clero de la jurisdiccion secular, y permitió á los jueces eclesiásticos que castigasen con multas á los que delinquiesen en materia de religion, adjudicándoles el conocimiento de este género de causas.

Reedificó muchas iglesias arruinadas, y las enriqueció con su liberalidad. Fundó nuevos hospitales, agotando muchas veces su tesoro por aliviar á los pobres. El gran número de monasterios que edificó acreditan su estimacion y su veneracion al estado religioso. En todas las partes de su reino se veian monumentos de su piedad. Un dia se despojó de todas las insignias de la dignidad real, y arrojándolas á los piés de Cristo crucificado, declaró altamente ser su voluntad que la Religion reinase con el mayor lustre en todo el reino de Dinamarca.

Su corona real, que era de gran precio, se la regaló á la iglesia de Roschilt, diciendo que lo mas precioso del mundo se debia emplear en adorno de los lugares consagrados á la majestad de Dios, y no en fomentar la avaricia y la vanidad de los príncipes.

Pero al mismo tiempo que su ardiente zelo en dilatar y en hacer florecer la Religion por todo su reino le podian merecer el renombre de apóstol de Dinamarca, su extraordinaria piedad, sus penitencias y su vida ejemplarísima le hacian respetar como modelo de perfeccion en toda la Iglesia.

No puede admirarse ni ponderarse bastantemente el amor que profesaba á Jesucristo en el sacramento augusto de la Eucaristía. Pasaba horas enteras delante del altar bañado en lágrimas. Su devocion á la santísima Vírgen era tiernísima; y quiso que todas

sus festividades se celebrasen en todo su reino con la mayor solemnidad.

Ocupaba en oracion todo el tiempo que le dejaban libre los negocios del Estado. Ayunaba muchos dias en la semana con el mayor rigor; usaba frecuentemente de un áspero cilicio; y en fin, apenas habia mortificacion ó penitencia que no practicase. En una palabra, la Iglesia asegura en las lecciones de su oficio, que nada omitia el piadosísimo monarca de todo aquello que en poco tiempo pudiese conducirle á la mas elevada santidad.

Pero lo que tenia mas impreso en su celosísimo corazon, era el empeño de que reinase la Religion en el de todos sus vasallos. Con este santo fin quiso obligarlos á que pagasen los diezmos á la Iglesia: para conseguirlo habia hecho varias tentativas, todas inútiles. Creyó que se le ofrecia una ocasion muy oportuna, mas no lo fué sino para lograr él la corona del martirio.

Quiso empeñarse en una guerra que le parecia justa, creyendo que no debia negar á la Inglaterra el socorro de sus armas que le pedia. Con este intento juntó un cuerpo de tropas, y mandó equipar una buena escuadra; pero su hermano Olao, que afectaba en público aprobar su resolucion, en secreto le vendia, haciendo espaldas para que la gente desertase, y para que el ejército se deshiciese. El santo rey, que nunca perdia de vista la mayor gloria de Dios y el servicio de la Iglesia, creyó que esta era bella ocasion para establecer el derecho de los diezmos. Convocó cortes, y propuso á los estados ó que pagasen á la Iglesia este piadoso tributo, ó le contribuyesen á él una excesiva cantidad, en que los multó en castigo de su delito y de la desercion de las tropas. Los Daneses, persuadidos y enconados por los enemigos de la Iglesia y del santo rey, escogieron antes

pagar la multa, aunque tan excesiva, que sujetarse á los diezmos, aunque tan moderados; pero este consentimiento fué principio de una declarada rebelion. Conociéndola Canuto, dió providencia para que la reina y los príncipes sus hijos se pasasen á Flandes, y él tomó la determinacion de pasar desde Fionia á la provincia de Seland, donde principalmente consistian las pocas fuerzas que le habian quedado; pero uno de sus primeros oficiales, llamado Blacon, le disuadió artificiosamente de este intento. Mantenia este traidor inteligencias secretas con los rebeldes, y entretenia al santo rey con engañosas esperanzas de reducir los sediciosos á su deber, cuando Canuto, que á la sazon se hallaba en la iglesia asistiendo al santo sacrificio de la misa, se vió de repente sitiado en ella. Persuadióse desde luego á que no guardarian el respeto que debian á su rey, los que se le perdian á su Dios en el mismo templo. Hincóse de rodillas junto al altar, y ofreciéndose al Señor como una inocente víctima, le dijo: Yo os ofrezco, Dios mio, este poco de vida que me resta. Muero, Señor, por defender la causa de vuestra Iglesia; dignáos de recibir con agrado mi pobre sacrificio, y haced que algun dia se arrepientan mis pueblos de su pecado para que vos se lo perdoneis, así como yo les perdono de todo corazon la muerte que me van á dar. Diciendo estas últimas palabras, fué traspasado su cuerpo con las flechas que le disparaban de todas partes. Así murió san Canuto en el sábado 7 de enero de 1087. Al punto manifestó Dios la santidad y la gloria de su fiel siervo con gran número de milagros. En aquel mismo año fué castigada toda la Dinamarca con una hambre espantosa, y con una enfermedad extraordinaria, para la cual no se descubria otro remedio que la invocacion del santo rey. Finalmente, el papa Clemente X, movido de los muchos milagros que obraba Dios cada dia por la intercesion

de su siervo san Canuto, ordenó que se celebrase el oficio en honra de este santo mártir el dia 19 de enero en toda la Iglesia universal.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de san Canuto, rey y mártir, quién recibió la corona de gloria el dia 7 de este mes.

En Roma, sobre la via Cornelia, los santos mártires Maris, Marta su mujer, y sus hijos Audifax y Abacum, nobles Persas, que habiendo venido á esta ciudad por devocion, en tiempo del emperador Claudio, sufrieron el tormento de palos, el caballete, el fuego, las uñas de hierro; en fin, habiéndoseles cortado las manos, cumplieron su martirio; Marta fué anegada; los demás fueron decapitados y sus cuerpos quemados.

En Esmirna, san Germánico, martirizado durante la persecucion de Marco-Antonino y Cómodo; era un jóven en la flor de la edad; habiendo sobrepujado con el auxilio de la gracia el temor que podia causarle la debilidad de la carne, atacó atrevidamente á la bestia que segun la sentencia del juez debia devorarle: en esta lucha recibió tantas dentelladas y mordeduras, que mereció ser incorporado al verdadero pan, Jesucristo, por quien sufrió la muerte.

En África, los santos mártires Pablo, Geroncio, Genaro, Saturnino, Suceso, Julio, Cato, Pia y Germana.

En Espoleto, san Ponciano, el cual fué azotado cruelmente por órden del juez Fabiano, en tiempo del emperador Antonino, y se le obligó á marchar sobre carbones hechos ascuas; lo que hizo sin sentir ningun daño. Habiendo sido atado al caballete con ganchos de hierro, fué en este estado arrojado en una prision, dònde tuvo la dicha de ser fortalecido con

visitas de los ángeles: en fin, despues de haber sido expuesto á unos leones furiosos, y rociado con plomo derretido, finalmente le degollaron.

En Lodi, san Basiano, obispo y confesor, quien juntamente con san Ambrosio combatió valerosamente contra los herejes.

En Vorcester, en Inglaterra, san Vulstano, obispo y confesor, ilustre por sus virtudes y milagros, y puesto en el número de los santos por el papa Inocencio III.

La oracion de la misa es la que sigue.

Deus, qui ad illustrandam Ecclesiam tuam, beatum Canutum, Danorum regem, Martyrii palma, et gloriosis miraculis decorare dignatus es; concede propitius, ut sicut ipse Dominicæ passionis imitator fuit, ita nos per ejus vestigia gradientes, ad gaudia sempiterna pervenire mereamur: Per eumdem Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que para ilustrar á tu Iglesia te dignaste honrar con la palma del martirio y con gloriosos milagros al bienaventurado Canuto, rey de Dinamarca; concédenos por tu bondad, que así como él fué imitador de la pasion de Jesucristo, así nosotros, imitando al mismo santo, merezcamos llegar á la eterna felicidad de que él goza: Por el mismo Señor nuestro...

La epístola es del cap. 10 de la Sabiduría.

Justum deduxit Dominus per vias rectas, et ostendit illi regnum Dei, et dedit illi scientiam sanctorum: honestavit illum in laboribus, et complevit labores illius. In fraude circumvenientium illum, adfuit illi, et honestum fecit illum. Custodivit illum ab inimicis, et à seductoribus tutavit illum, et certamen forte dedit

El Señor ha conducido al justo por caminos rectos, y le mostró el reino de Dios. Dióle la ciencia de los santos, enriquecióle en sus trabajos y se los colmó de frutos. Asistióle contra los que le sorprendian con engaños, y le hizo rico. Le libró de los enemigos y le defendió de los seductores, y le empeñó en un duro combate

illi ut vinceret, et sciret quoniam omnium potentior est sapientia. Hæc venditum justum non dereliquit, sed à peccatoribus liberavit eum: descenditque cum illo in foveam, et in vinculis non dereliquit illum, donec afferret illi sceptrum regni, et potentiam adversus eos qui eum deprimebant: et mendaces ostendit, qui maculaverunt illum, et dedit illi claritatem æternam, Dominus Deus noster.

para que saliese vencedor y conociese que la sabiduría es mas poderosa que todo. Esta no desamparó al justo cuando fué vendido, sino le libró de los pecadores, y bajó con él á la cisterna; y no le desamparó en la prision hasta que le puso en las manos el cetro real, y le dió poder sobre los que le oprimian: convenció de mentirosos á los que le deshonraron, y le dió una gloria eterna el Señor nuestro Dios.

NOTA

« Intitúlase libro de la Sabiduría el libro de donde » se sacó la epístola de la misa de hoy. Compúsole » Salomon, y contiene preceptos muy morales y » máximas muy santas. Por eso le llama san Agustin » el *libro de la Sabiduría cristiana*. Desde el capítulo » 10 hasta el fin muestra el autor el maravilloso modo » con que la divina Sabiduría condujo á los santos » patriarcas desde Adan hasta Moisés. Todo cuanto » en él se lee hace admirar la providencia del Señor. »

REFLEXIONES.

Camínase con seguridad cuando el Señor es quien nos guia: de nosotros pende únicamente el lograr á este divino conductor. Sea puro nuestro corazon, sean rectas nuestras intenciones y tambien lo serán nuestros caminos. Si no seguimos al Señor, y si solamente nos buscamos á nosotros mismos, ¿qué maravilla es que andemos descaminados?

La ciencia de los santos es una ciencia práctica. Es menester saber lo que es menester obrar; y es menester obrar lo que se sabe que es menester. Saber la ley

de Dios con una ciencia seca, estéril y puramente especulativa, es saberla como la saben los demonios, y ese género de ciencia no es la ciencia de los santos.

Los trabajos que padecen las almas santas siempre las llenan de honor; y no es este el único fruto que sacan de sus trabajos. Ninguno hay que no rinda ciento por uno; y todo entra en provecho al que padece por Dios. No solo premia todo lo que se hace por él, sino todo lo que se desea hacer. Admite el deseo, como pudiera el efecto. ¡O qué buen dueño tenemos en nuestro amoroso Dios! Recompensa lo que se quiere hacer como si ya estuviera hecho. Solo con desear agradarle, ya se le agrada.

Búrlese el mundano de las almas justas, haga chacota de su simplicidad, de su rectitud y de su vida arreglada; en vano se cansa, que la virtud siempre ha de ser respetable. Este es un reconocimiento que hasta los mas relajados le han de tributar.

Aunque todo el universo conspire contra el que es verdaderamente virtuoso, no le podrá dañar. No gusta Dios de siervos cobardes, porque estos poco durarán en su servicio; quiere siervos generosos y fieles. Él mismo los empeña en el combate; pero siempre para hacerlos conseguir mas gloriosa victoria. Nunca son vencidos sino los que no son fieles. ¡O qué bello espectáculo es el de la innumerable multitud de tantos invictos mártires! ¿Qué pudo la malicia de los hombres, qué pudo todo el infierno junto armado contra los santos? En los calabozos hallaron la libertad; sobre los cadalsos encontraron las coronas; la muerte les franqueó la vida, y en la ignominia se hallaron con gloria eterna. Así recompensa Dios á los que le sirven. ¿Cuándo nos resolverémos nosotros á servirle?

El evangelio es del cap. 16. de san Mateo, y el mismo que el dia XVI, *pág*. 269.

MEDITACION.

QUE EL CRISTIANO DEBE VIVIR UNA VIDA MORTIFICADA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no es posible ser perfecto cristiano sin ser mortificado, sin renunciarse á sí mismo; y no es posible salvarse sin ser cristiano. Una vida delicada y regalona, nunca fué vida cristiana. La cruz, la mortificacion y la penitencia son los rasgos mas propios, mas expresivos del retrato de un cristiano.

¿Cómo es posible seguir á Jesucristo sin llevar su cruz, y sin llevarla todos los dias? ¿cómo es posible caminar por las huellas que nos dejó estampadas, sin renunciarse á sí mismo? ¿ cómo es posible tener parte en su gloria, sin tenerla en su pasion?

Vivirá el mundo en sus alegrías y en sus placeres; pero vosotros, dice el Salvador, debeis ignorar los placeres y las alegrías del mundo. ¿Con quién habla Jesucristo? ¿Habla por ventura con los mundanos, con aquellos que se entregan á la glotonería y á las diversiones? ¿No se dirige á mí este divino oráculo? ¿Qué autoridad superior ha derogado esta ley? Y si este precepto obliga indispensablemente á todos los cristianos; si esta ley subsiste en todo su vigor, ¿qué será de aquellas personas tan inmortificadas, tan enemigas de la cruz, tan sensuales? ¿qué será tambien de mí? ¿Acaso tengo yo dos caminos para ir al cielo? ¿acaso hay dos evangelios para mí? ¿Nuestras costumbres son semejantes á las costumbres de los santos? Y en medio de una diferencia tan enorme, en medio de un descamino tan visible, ¡se vive sin susto, se divierte con placer y se está con tranquilidad!

Cuando Jesucristo aseguró que el que no llevaba su cruz, el que no se mortificaba todos los dias no podia ser su discípulo, ya sabia muy bien que el tiempo quo

precede á la cuaresma es tiempo de carnaval; esto es, un tiempo de diversiones, un tiempo de disolucion, un tiempo de desórden. ¿Pues porqué no se exceptuó este tiempo? ¿porqué no privilegió estos dias? Pero digámoslo mejor: ¿Qué impiedad, qué espíritu de irreligion ha introducido dias de libertad, dias de di solucion en la vida del cristiano?

¡Mi Dios, á cuántos harán gemir en algun dia estos misterios de iniquidad, estos estilos escandalosos, estas reliquias que nos dejaron las máximas del paganismo! Pues vos os habeis dignado de descubrirme su enorme deformidad, haced, Señor, que las mire con todo el horror que mi religion me inspira, y no permitais que mi conducta desmienta lo que siento y lo que creo.

PUNTO SEGUNDO.

Considera si estas palabras de Jesucristo: *Abrazarse con la cruz, llevarla todos los dias, hacerse violencia, renunciarse á sí mismo, pasar toda la vida en el llanto y en la penitencia, so pena de no entrar jamás en el cielo, de no ser conocido por su discípulo*; considera, digo, si todo esto puede admitir alguna interpretacion benigna; si puede autorizar la vida ociosa, delicada y sensual de las gentes del mundo. ¿Acaso no lo dijo bien claro Jesucristo? ¿Pues qué piensas tú? ¿y qué pensarás en la hora de la muerte? ¿Pero será entonces tiempo de comenzar à descubrir y á penetrar el verdadero sentido de estos divinos oráculos?

Compon estas ideas de inocencia, de modestia, de perfeccion cristiana, compónlas con las alegrías del tiempo de carnaval. Compon estas máximas de Jesucristo con los juegos, con los bailes, con las comilonas, con las licencias profanas de este tiempo.

Rey era san Canuto, y no creyó que por serlo estaba dispensado de las máximas de Jesucristo. Tan mortificada, tan penitente fué su vida en la elevacion del

trono como pudiera ser la de un anacoreta en la oscuridad del desierto. Los ayunos y la maceracion del cuerpo se acabaron cuando se acabó la vida. ¿Si pensaria el santo que hacia demasiado en lo que hacia? ¿Y si habrá alguno tan atrevido que le tenga por imprudente en lo que hizo? Caminó por el camino por donde fué Jesucristo. ¿Por ventura se nos ha descubierto á los demás otro sendero? Ciertamente no nos atreveremos á decir que vamos por donde fueron los santos. ¡Pues qué error, qué locura es pensar arribar al mismo término por caminos tan opuestos! ¿Cuándo discurriremos en punto de religion y en el negocio de nuestra salvacion eterna como discurrimos en todos los demás negocios?

Desde este instante, Dios mio, desde este instante, penetrado de tan terribles verdades, siento un vivísimo dolor de haber vivido descaminado por tanto tiempo: sí, divino Salvador mio; sí, persuadido estoy á que es menester evitar estas fiestas mundanas, estas falsas alegrías. Convengo en que la vida del cristiano debe ser una vida de mortificacion y de cruz. Bien sé que ni mis ideas ni mis errores mudarán jamás este sistema. Ni yo quiero seguir otro, confiado en vuestra divina gracia, y esperándolo todo de vuestra infinita bondad.

JACULATORIAS.

Qui sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis, et concupiscentiis. Ad Gal. 5.

Los que son de Jesucristo, ¿cómo pueden vivir sin crucificar su carne con todas sus pasiones y con todos sus desordenados deseos?

Non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quæ revelabitur in nobis. Ad Rom. 8.

No hay proporcion entre todo lo que podemos padecer por Jesucristo en este mundo, y la gloria que nos espera en el otro.



S. SEBASTIAN, M.

lisa de que uno se priva; una gana de mirar que se mortifica; una curiosidad que se vence; una postura incómoda que se mantiene; todo esto ofrece mil ocasiones de mortificarnos, y puede servir de materia á innumerables sacrificios, pequeños al parecer, pero de gran mérito en la realidad. Quien ama á Dios, en todo tiempo y en todo lugar encuentra cien ocasiones de darle pruebas de su amor. Las mortificaciones pequeñas no siempre son las menos meritorias, y se puede en cierta manera decir que se encierra en ellas el arte de hacerse santo.

DIA VEINTE.

SAN SEBASTIAN Y SAN FABIAN,

MÁRTIRES.

San Sebastian, á quien se dió el renombre de defensor de la Iglesia por las maravillas que obró en defensa de la fe, nació de padres originarios de Milan, aunque establecidos en Narbona, ciudad del Lengüedoc. Criáronle con gran cuidado en la Religion cristiana y en la piedad. Su dulzura, su prudencia, su apacible genio, su generosidad y otras cien bellas prendas que le adornaban, como dice san Ambrosio, le dieron [illegible] á conocer en la corte de los emperadores. [illegible] mucho lugar en ella, y en poco tiempo fué uno [illegible] favorecidos del emperador Diocleciano, que le [illegible]bró por capitan de la primera compañía de sus guardias.

[illegible]unque Sebastian se abrasaba en un encendido [illegible] del martirio, le pareció que debia de moderar [illegible] conservándole como escondido debajo del [illegible],

PROPOSITOS.

1. Resuélvete á comenzar este mismo dia una vida verdaderamente cristiana, esto es, mortificada, reputando la mortificacion como virtud propia de los escogidos de Dios, y abrazarla como virtud propia tuya, de todos los dias y de toda la vida; pero no te contentes con una idea general. Determina en especie y en particular las cosas en que has de mortificarte, y no salgas de la oracion presente sin haber hecho al Señor algun sacrificio, como de no concurrir á tal conversacion, de abstenerte de tal y de tal diversion, de no jugar hasta despues de pascua; y en fin, de que no se te pase dia alguno sin ejercitarte en algunos actos de mortificacion. Sobre todo, te has de determinar á aprovecharte en adelante de todas aquellas mortificaciones involuntarias, y no prevenidas, con que el Señor tiene gran cuidado de salpicar todos los gustos de esta vida; las que siempre se deben aceptar con alegría y con reconocimiento, ó á lo menos con una perfecta resignacion en su divina voluntad.

2. Hay algunas mortificaciones que son de precepto, las cuales consisten en privarse de todo lo que es pecado, ó puede ser ocasion de pecar, por mas gusto y complacencia que se tenga en ello; espectáculos profanos, objetos provocativos, lugares sospechosos, leccion de libros emponzoñados, etc. Hay otras mortificaciones que son de consejo, pero sin las cuales se pueden guardar las de precepto. Estas son [illegible] pensables, aquellas son necesarias: pocos hay que [illegible] condenen por falta de mortificacion. Otras mortificaciones hay desconocidas á la verdad á las almas [illegible]erfectas y tibias; pero de las cuales hacen gran [illegible]al las que son verdaderamente espirituales [illegible] agudo que viene á propósito y se calla; un

de soldado, porque al mismo tiempo que su empleo le hacia tan distinguido en la corte, le ofrecia tambien muchas ocasiones de hacer grandes servicios á la Iglesia, socorriendo y alentando á los cristianos que eran perseguidos. En esto empleaba su autoridad y sus bienes, sin perdonar á trabajo ni á fatigas.

Animaba con sus exhortaciones y socorria con sus limosnas á los gloriosos confesores de Cristo, de los cuales estaban llenas las cárceles y los calabozos. Mantuvo á muchos que titubeaban en los tormentos, y fortaleció á no pocos que desmayaban á vista de los suplicios. Era el apóstol de los confesores y de los mártires; y si parecia que en cierta manera desperdiciaba las vidas de los innumerables que envió al cielo delante de sí, seguramente no fué por perdonar á la suya. Tan léjos estaba de pretender reservarla, que cada dia la exponia. La muerte de cada mártir de los que Sebastian alentaba, acompañándolos hasta el cadalso, era un nuevo sacrificio que hacia de su propia vida. Cada instante la renunciaba porque los demás no renunciasen la fe de Jesucristo.

Fueron presos por la fe dos hermanos y caballeros romanos llamados Marco y Marceliano. Despues de haber vencido gloriosamente la tortura iban á ser degollados, cuando su padre Tranquilino y su madre Marcia, ambos gentiles, acompañados de las mujeres y de los hijos de los confesores de Cristo, se echaron á los piés del juez Cromacio, y con sus ruegos y lágrimas obtuvieron de él que se difiriese la ejecucion de la sentencia por espacio de treinta dias.

En este intermedio no perdonaron á súplicas, á caricias, á halagos, á gemidos, en fin, á todos los medios que puede inspirar el amor y la ternura para mover á un corazon blando y generoso; haciendo tanta impresion en los de Marco y Marceliano, que casi vencidos con la fuerza de tan continua y tan terrible batería,

comenzaban á mostrarse sensibles á las lágrimas. Advirtiólo san Sebastian, que los visitaba con frecuencia, y llegó tan á tiempo su socorro, bendiciendo Dios el gran talento de persuadir de que le habia dotado, que no solo sostuvo aquellos ánimos que ya comenzaban á flaquear, sino que en aquellos pocos dias convirtió á la fe de Jesucristo á Nicóstrato, oficial de Cromacio, á Claudio, alcaide de la cárcel, á sesenta y cuatro presos, y lo que es mas admirable, al padre, á la madre, á los hijos y á las mujeres de Marceliano y de Marco.

A la verdad, tan asombrosas conversiones no se podian hacer sin muchos y grandes milagros. En el mismo tiempo que san Sebastian estaba animando á los dos santos confesores en casa de Nicóstrato, donde los habian como depositado con fianzas, se dejó ver en la sala una brillante luz que llenó á los circunstantes de admiracion y de alegría. En medio de ella se apareció el Señor, acompañado de siete ángeles; y acercándose á Sebastian, le dió ósculo de paz, prometiéndole que siempre estaria con él. Así refiere san Ambrosio esta maravilla.

Zoe, mujer de Nicóstrato, que estaba muda mucho tiempo habia, recobró el uso de la palabra haciendo san Sebastian la señal de la cruz sobre su boca. Todos aquellos neófitos, que padecian alguna enfermedad ó indisposicion corporal, recibieron la salud del cuerpo al mismo tiempo que por el bautismo cobraban la del alma.

Pero el mayor de todos los prodigios fué la conversion de Cromacio, vicario del prefecto. Mandó llamar á Tranquilino para saber si sus hijos se habian dejado persuadir de sus lágrimas; pero quedó admirado cuando supo que el mismo Tranquilino se habia hecho cristiano. Mis hijos, respondió Tranquilino, son dichosos, y yo tambien lo soy desde que Dios me abrió

los ojos del alma para conocer la verdad y la santidad de la religion cristiana, fuera de la cual no hay salvacion. ¿Con que tú tambien al cabo de tus años, le interrumpió Cromacio, te has vuelto loco? No, señor, le respondió el santo anciano: antes bien nunca tuve entendimiento ni juicio hasta que logré la dicha de ser cristiano; porque no hay mayor locura que preferir, como yo lo habia hecho hasta aquí, y como tú lo estás haciendo el dia de hoy, el error á la verdad, y la muerte eterna á una vida de pocas horas. ¿Y te empeñarás, le preguntó Cromacio, á probarme concluyentemente la verdad de la religion cristiana? Sin duda que me empeñaré, respondió el nuevo apóstol, con tal que quieras prestar oidos dóciles y humildes á lo que Sebastian y yo te dijéremos. No duró mucho la conversacion, porque á pocas palabras quedó Cromacio convencido y convertido. Siguióse á la conversion de Cromacio la de toda su familia, y cuatrocientos esclavos recibieron el bautismo y fueron puestos en libertad.

Pero enfureciéndose cada dia mas en Roma la persecucion, se tuvo por conveniente que Cromacio, despues de haber renunciado el empleo que tenia, se retirase á la campaña, donde era su casa el asilo de los fieles perseguidos. Todos los cristianos persuadian á san Sebastian que tambien se retirase á ella; pero este héroe de la fe les pidió con tales instancias que le permitiesen quedarse en Roma para animar y socorrer á los muchos fieles que estaban en las cárceles, y supo proponer al santo papa Cayo tales razones, que este le dijo: *Quédate en buena hora, hijo mio, en el campo de batalla; y en ese traje de oficial del emperador, sé glorioso defensor de la Iglesia de Jesucristo.*

Presto se conoció cuán necesaria era su presencia para el socorro y para el aliento de los santos mártires. La primera que recibió la corona del martirio fué

Zoe; siguióla poco despues Tranquilino, Nicóstrato, su hermano Castor, y Claudio el alcaide de la cárcel. Sinforiano su hijo, y su hermano Victorino, despues de haber sufrido muchos tormentos, fueron conducidos á Ostia y precipitados en el mar. Tiburcio, hijo de Cromacio, fué degollado; Castulo, oficial del emperador, y celosísimo cristiano, fué enterrado vivo; Marco y Marceliano, amarrados á un tronco, fueron cubiertos de saetas.

Despues que estas gloriosas víctimas, preciosos frutos del zelo de san Sebastian, fueron inmoladas á Dios vivo, parecia tiempo que el héroe de Jesucristo consumase en fin su sacrificio. Un infeliz apóstata de la Religion fué el que dió parte á Fabian, sucesor de Cromacio, que era Sebastian el que convertia á los gentiles, y el que mantenia en la fe á los cristianos. No se atrevió Fabian á mandarle arrestar por el elevado empleo que ocupaba en palacio hasta darle parte al emperador, informándole de la religion y del zelo ardiente del primer capitan de sus guardias.

Asombrado Diocleciano de lo que oia, mandó luego llamar á Sebastian, y con las expresiones mas sentidas le acriminó su ingratitud; sobre todo por haber intentado irritar la cólera de los dioses contra el emperador y contra el imperio, introduciendo hasta en su mismo palacio una Religion (como él la llamaba) tan perniciosa al Estado.

Respondió Sebastian con el mayor respeto, que á su modo de entender no podia hacer servicio mas importante al emperador y al imperio que adorar á un solo Dios verdadero; y que estaba tan distante de faltar á su deber por el culto que rendia á Jesucristo, que antes bien nada podia ser tan ventajoso al príncipe y al Estado, como tener vasallos fieles que menospreciando á los dioses falsos, hiciesen oracion incesan-

temente al soberano Arbitro y Criador del universo por la salud del emperador y del imperio.

Irritado el emperador con esta generosa respuesta, mandó al instante, sin esperar á otra forma ó figura de proceso, que Sebastian fuese amarrado á un tronco, y que fuese asaeteado por los mismos soldados de la guardia. Ejecutóse al punto sin remision esta cruel sentencia, y fué cubierto el glorioso confesor de Cristo de una espesa lluvia de saetas. La noche siguiente fué á buscar el santo cuerpo para darle sepultura una devota mujer, llamada Irene, viuda del santo mártir Castulo, y quedó gozosamente admirada y sorprendida hallándole todavía vivo. Hízole llevar secretamente á su casa, donde dentro de poco tiempo sanó perfectamente de todas sus heridas. Instábanle los fieles para que se retirase; pero Sebastian, lejos de rendirse á sus solicitaciones, fué á buscar á Diocleciano; y esperándole sobre una escalera, que llamaban el mirador de Eliogábalo: *¿Es posible, Señor,* le dijo con valor y con respeto, *que eternamente os habeis de dejar engañar de los artificios y de las calumnias que perpetuamente se estan inventando contra los pobres cristianos? Tan léjos están, gran príncipe, de ser enemigos del Estado, que no teneis otros vasallos mas fieles, y que á solas sus oraciones sois deudor de todas vuestras prosperidades.*

Atónito el emperador al ver y al oir hablar á un hombre que ya tenia por muerto: *¿Eres tú,* le preguntó, *aquel mismo Sebastian á quien yo mandé quitar la vida, condenándole á que fuese asaeteado? Sí, señor,* respondió el santo, *el mismo Sebastian soy; y mi Señor Jesucristo me conservó la misma vida para que en presencia de todo este pueblo viniese ahora á dar un público testimonio de la impiedad y de la injusticia que cometeis persiguiendo con tanto furor á los cristianos.*

Enfurecido Diocleciano mandó que le llevasen al circo, y que allí fuese públicamente apaleado hasta

que espirase. Así se ejecutó; y con este cruel suplicio pasó su alma á recibir en el cielo la corona del martirio el dia 20 de enero hácia el año de 288.

Queriendo los paganos impedir que se diese sepultura al cuerpo del santo mártir, le arrojaron en un lugar inmundo, pero no les valió su precaucion; porque el santo cuerpo quedó pendiente de un garfio, y el mismo san Sebastian se apareció aquella noche á una señora de mucha virtud, llamada Lucina, y la mandó que sacase su cuerpo y le enterrase en el cementerio subterráneo, llamado las Catacumbas, á los piés de los apóstoles san Pedro y san Pablo.

El mismo dia celebra la Iglesia la fiesta de san Fabian, papa y mártir. Era romano, y sucedió al papa san Antero el año de 236. Su eleccion fué maravillosa. Habíase juntado el clero y el pueblo para nombrar sucesor á san Antero; y como estuviesen muy divididos los votos, se vió bajar de lo alto una paloma que derechamente fué á descansar sobre la cabeza de Fabian. Al punto comenzaron á clamar todos los fieles que Fabian habia de ser su obispo: por mas que él se resistió diciendo era indigno de tan alta dignidad, fué colocado en la silla episcopal, y consagrado por sumo pontífice en aquellos difíciles y calamitosos tiempos de la cruel persecucion de Maximino.

Mostró bien este santo papa su teson y su vigilancia en conservar la pureza de la fe y la santidad de la religion cristiana, por el modo con que castigó á Privato, obispo de Lambisa, en África, convencido de herejía y de vida escandalosa. Los que son de opinion que el emperador Filipo y su hijo fueron cristianos, afirman que recibieron el bautismo de mano de san Fabian. Estableció siete subdiáconos, repartidos en los siete cuarteles ó barrios de Roma, para escribir las actas de los mártires. Créese que al zelo de este santo papa debe la iglesia de Francia aquella apostó-

lica mision de tantos santos obispos como vinieron á plantar la fe de Jesucristo en las provincias de este reino. En fin, habiendo sucedido á Filipo el emperador Décio, y dado principio á su gobierno por una cruel persecucion contra los cristianos, logró san Fabian la dicha de hallarse á la frente de los que combatian en defensa de la fe, que él mismo confirmaba con sus palabras y con sus ejemplos; recibiendo la corona del martirio el dia 20 de enero del año 250, despues de haber gobernado la Iglesia trece años y ocho dias.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Fabian, papa y mártir, que sufrió la muerte bajo el emperador Decio, y fué enterrado en el cementerio de Calisto.

Allí mismo, en las Catacumbas, san Sebastian, mártir, que, siendo capitan de la primera compañía de guardias del pretorio, por su cualidad de cristiano, fué atado á un árbol en medio del campo, asaeteado por sus propios soldados, y en fin apaleado hasta que rindió la vida.

En Nicea, en Bitinia, san Neófito, mártir, que, siendo de edad de quince años, fué azotado con varas, arrojado á un horno ardiendo y expuesto á las bestias; pero como no hubiese recibido lesion alguna, y perseverase con mayor constancia en confesar la fe de Jesucristo, fué por último degollado.

En Cesena, san Mauro, obispo, ilustre por sus virtudes y sus milagros.

En Palestina, san Eutimio, abad, célebre por su zelo en mantener la disciplina católica, y por la grandeza de sus milagros. Fué uno de los ornamentos de la Iglesia en tiempo del emperador Marciano.

La oracion de la misa es la que sigue.

Infirmitatem nostram respice, omnipotens Deus : et quia pondus propriæ actionis gravat, beatorum Martyrum tuorum Sebastiani et Fabiani intercessio gloriosa nos protegat: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Atiende, ó Dios todo poderoso, á nuestra flaqueza; y pues nos oprime el peso de nuestros pecados, alivianos de él por la gloriosa intercesion de los bienaventurados mártires Fabian y Sebastian : Por nuestro Señor Jesucristo que contigo vive y reina...

La epistola es del cap. 11 de la que escribió san Pablo á los Hebreos.

Fratres : Sancti per fidem vicerunt regna, operati sunt justitiam, adepti sunt repromissiones, obturaverunt ora leonum, extinxerunt impetum ignis, effugerunt aciem gladii, convaluerunt de infirmitate, fortes facti sunt in bello, castra verterunt exterorum : acceperunt mulieres de resurrectione mortuos suos : alii autem distenti sunt non suscipientes redemptionem, ut meliorem invenirent resurrectionem. Alii vero ludibria, et verbera experti; insuper, et vincula, et carceres : lapidati sunt, secti sunt, tentati sunt, in occisione gladii mortui sunt, circuierunt in melotis, in pellibus caprinis, egentes, angustiati, afflicti : quibus dignus non erat mundus, in solitudinibus errantes, in montibus, et speluncis, et

Hermanos : Los santos por la fe vencieron los reinos, obraron justicia, alcanzaron lo que se les habia prometido, cerraron las bocas de los leones, apagaron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, convalecieron de su enfermedad, se hicieron esforzados en la guerra, desbarataron los ejércitos de los extraños. Las madres recibieron resucitados á sus hijos que habian muerto. Unos fueron extendidos en potros, y despreciaron el rescate, para hallar mejor resurreccion. Otros padecieron vituperios y azotes, y además cadenas y cárceles : fueron apedreados, despedazados, tentados, pasados á cuchillo, anduvieron errantes, cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, necesitados, angustiados, afligidos :

in cavernis terræ. Et hi omnes testimonio fidei probati, inventi sunt in Christo Jesu Domino nostro.

hombres que no los merecia el mundo anduvieron errantes por los desiertos, las cuevas y cavernas de la tierra. Y todos estos se hallaron probados por el testimonio de la fe en Cristo Jesus nuestro Señor.

NOTA.

« Escribió san Pablo esta epístola cuando estaba en
» Roma por el año 62 de Jesucristo. No expresa en
» ella su nombre, ni el título de apóstol, como en
» las otras, á lo que se cree por no inquietar á los
» Judíos que todavía le miraban con algun desvío. En
» ella da una sublime idea de la grandeza de Jesu-
» cristo, y enseña que la verdadera justicia no nace
» de la ley sino del mismo Cristo que nos la comunica
» por la fe. »

REFLEXIONES.

Quisiéranse ver milagros para creer; ¿pero qué mayor milagro que ver ha creido todo el universo? El entendimiento se amotina contra las verdades de la fe; la voluntad se resuelve contra la moral del Evangelio; todos los príncipes, todas las naciones, todos los reinos se coligan, se arman para destruir, para aniquilar nuestra religion, para que no quede en el mundo ni una centella de la fe. Y esta fe sujeta á los pueblos, triunfa de los reyes; y los santos por la fe vencieron y convirtieron á los reinos. ¡Qué maravilla mas grande! ¡pero que con esta misma fe no pueda yo vencer una sola de mis pasiones; que no pueda corregir uno solo de mis defectos; que esta misma fe no me convierta á mí ¿es este menor prodigio? y porque sea tan frecuente, ¿deja de ser prodigio? El no creer en este caso es la mas insigne, la mas culpable de todas las locuras; ¿y el no obrar

no será la mas necia, la mas culpable de todas las extravagancias?

Afirma san Pablo que el mundo no es digno de los santos; que no hay en él cosa que sea digna de ellos. Tiene sobradísima razon para afirmarlo: sus honras son muy vanas, sus placeres muy amargos y muy cortos, muy vacíos sus bienes. Estos grandes héroes del cristianismo son acreedores á una gloria mas sólida, á unos bienes mas preciosos y mas reales, á unos placeres mas exquisitos, mas puros, de mas larga duracion. El mismo Dios ha de ser el premio, la recompensa de sus escogidos. Y con todo eso, estos mismos escogidos de Dios de que el mundo no es merecedor, son despreciados, son perseguidos por el mismo mundo. Sí, mira el mundo con lástima, con una especie de compasion á aquellos de quienes él no es digno. Si esta no es locura, si esta no es insensatez, ¿qué cosa lo será? *Nos insensati.* ¿Pero de qué sirve conocer á la hora de la muerte que uno no fué prudente? ¿De qué sirve conocerlo en una hora en que ya no puede serlo el que antes no lo fué?

El evangelio es del capítulo 6 de san Lucas.

In illo tempore: Descendens Jesus de monte, stetit in loco campestri, et turba discipulorum ejus, et multitudo copiosa plebis ab omni Judæa, et Jerusalem, et maritima, et Tyri, et Sidonis qui venerant ut audirent eum, et sanarentur à languoribus suis. Et qui vexabantur à spiritibus inmundis, curabantur. Et omnis turba quærebat eum tangere: quia virtus de illo exibat, et sanabat

En aquel tiempo: bajando Jesus del monte, se detuvo en el valle, y con él la comitiva de sus discípulos y una copiosa multitud de pueblo de toda Judea, de Jerusalen y del país marítimo de Tyro y de Sidon que habian venido á oirle y á ser curados de sus enfermedades. Y los que eran atormentados por los espíritus inmundos eran curados. Y toda la multitud queria tocarle, porque

omnes. Et ipse elevatis oculis in discipulos suos, dicebat: Beati pauperes, quia vestrum est regnum Dei: Beati, qui nunc esuritis, quia saturabimini. Beati, qui nunc fletis, quia ridebitis. Beati eritis cum vos oderint homines, et cum separaverint vos, et exprobraverint, et ejecerint nomen vestrum tamquam malum propter Filium hominis. Gaudete in illa die, et exultate: ecce enim merces vestra multa est in cœlo.

salia de él una virtud y curaba á todos. Y él, levantando los ojos hácia sus discípulos, decia: Bienaventurados, ó pobres, porque es vuestro el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora teneis hambre, porque sereis saciados. Bienaventurados los que llorais ahora, porque reiréis. Seréis bienaventurados cuando os aborrecieren los hombres, y cuando os separaren, y os injuriaren y despreciaren vuestro nombre como malo por causa del Hijo del hombre. Gozaos en aquel dia, y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en el cielo.

MEDITACION.

CUÁNTO SE OPONEN LAS MÁXIMAS DE CRISTO Á LAS MÁXIMAS DEL MUNDO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa tan contraria ni tan opuesta á las máximas de Cristo como las máximas del mundo, y que es insigne locura el pretender concordarlas.

El mundo coloca toda su felicidad en la alegría y en la abundancia. ¿Qué otra idea se forma de un hombre dichoso á lo del mundo? Al contrario: Jesucristo dice que la pobreza mas miserable se debe preferir á la abundancia mas deliciosa; afirma que el título de pobres nos da derecho al reino de los cielos; asegura que aquella hartura, que es como herencia, ó como la legítima de los bienaventurados, es fruto de la necesidad que se padece en esta vida. No señala al

parecer otra causa del torrente de alegría que inunda á los escogidos, sino los torrentes de lágrimas que derramaron en este valle de ellas: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados*. El mundo ciertamente no se acomoda con esta máxima; ¿ pero dejará por eso de ser una de las principales máximas de Jesucristo, aunque el mundo no se acomode con ella?

El espíritu del mundo quiere que se haga empeño, ó se haga como una especie de mérito de parecer bien en todas las concurrencias. A este fin se adorna, se viste, se prepara, se mendigan gracias, se inventan artificios, se reprime el genio, se disimulan pesadumbres, se hace todo á todos, y se representan diferentes personajes. Y cuando despues de todo no se ha dado en el punto de agradar al mundo, ¡ qué dolor, qué sentimiento!

Todo esto lo reprueba Jesucristo. Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrecieren por amor de mí. El mundo os enseña que para ser dichosos en él, es menester agradarle; y yo os digo, que solamente lo seréis cuando por amor de mí le desagradareis á él. No es posible darle gusto á él, sin darme disgusto á mí. Ahora escoged entre estos dos partidos. ¡ Ah mi Dios! ¿ Y se hallan muchos que siquiera deliberen? El mundo se lleva casi siempre la preferencia. ¡ Y qué pocos se apresuran á no agradar mas que á Dios!

¡ O qué motivo tan justo de indignacion contra mí mismo! ¡ qué copioso manantial de remordimientos producen en mí estas reflexiones, ó dulce Jesus mio! ¿ Cómo he podido seguir al mundo, haciendo profesion de creeros á vos? Tened, Señor, alguna atencion á mi dolor y á mi arrepentimiento, que son efectos de vuestra divina gracia.

PUNTO SEGUNDO.

Considera qué oposicion mas visible ni mas descubierta que la que se halla entre el espíritu del mundo y el espíritu de Cristo.

En el mundo se tiene por digno de compasion el que es pobre. ¡Qué afrenta el ser maltratado! ¡ qué infamia ser la fábula de los mundanos, y el objeto de sus desprecios, de sus zumbas ó de sus chacotas! ¡qué mortificacion el ser excluido de las funciones de gusto, ó no ser convidado á las visitas de diversion! Pero escuchemos cómo se explica en este particular Jesucristo.

Seréis bienaventurados, hijos mios, cuando no seais del gusto de las gentes del mundo : seréis dichosos cuando vuestra modestia, vuestra regularidad y vuestro recogimiento sea el asunto de sus zumbas y de sus insulsas gracias : seréis felices cuando los que viven segun el espíritu del mundo, os miren con compasion, cuando oigan vuestro nombre con horror, cuando huyan de vuestra compañía y no quieran admitiros en la suya, cuando os carguen de oprobios. Regocijaos entonces, mostrad vuestro gozo y alegría, y teneos por los mas dichosos, por los mas bien librados del mundo. En buena fe : ¿ Estos oráculos de Cristo hablan con todos los cristianos? ¿ los hemos creido hasta aquí, y creemos ahora mismo que son verdaderos oráculos de Jesucristo?

¿Serán bien recibidas estas máximas en estas fiestas del carnaval, y entre esas gentes que estan embriagadas en las máximas del mundo? Y por lo menos, ¿ serán del gusto de aquellos que tienen una vida un poco mas arreglada? Pues compongamos estas opiniones prácticas con la idea que tenemos de nuestra religion.

San Sebastian era caballero; habíale hecho capitan de sus guardias el emperador; era su favorecido; pero al mismo tiempo era cristiano, y como tal nunca se tuvo por mas dichoso que cuando se vió desposeido de sus bienes, privado de sus empleos, amarrado á un tronco y cubierto de saetas por amor de Jesucristo. Estos son los sentimientos de los santos, ¿y nuestra conducta corresponde á estas sus máximas? De buena fe, al ver como se portaron los santos, y como procedemos nosotros, ¿se creerá que somos todos de una misma religion? Pero siendo nuestro proceder tan distinto, ¿tendremos fundamento para esperar la misma recompensa?

No permitais, Señor, que estas reflexiones que por vuestra misericordia hago hoy para convertirme, sirvan algun dia para mi mayor condenacion. Vuestras máximas son santas, son verdaderas; y yo os prometo no seguir otras jamás. De hoy en adelante serán la regla de mi conducta, así como son el objeto de mi fe.

JACULATORIAS.

Si quid patimini propter justitiam, beati. Petri 3.
Seréis bienaventurados, si padeceis alguna cosa por la justicia.

Quæ autem conventio Christi ad Belial: Aut quæ societas lucis ad tenebras? II. Ad Corinth. 6.
¿Qué semejanza hay entre Cristo y Belial? ó ¿qué union puede haber entre la luz y las tinieblas?

PROPOSITOS.

1. No te contentes con condenar las máximas del mundo, pues ya se sabe que el entendimiento se convierte antes que la voluntad. Imponte una ley, no solo de no defenderlas jamás en las conversaciones, sino de renunciarlas verdaderamente en la práctica. Para esto haz un firme propósito de no asistir á aquellas

concurrencias ó funciones de donde está para siempre desterrado el espíritu del cristianismo; de no concurrir jamás al baile ni á los espectáculos; y cuando la necesidad ó la atencion indispensable te precisen á dejarte ver en semejantes funciones ó fiestas, que sea siempre mostrándote cristiano en ellas.

2. Mira las adversidades de la vida y las desazones que trae consigo el comercio del mundo: míralas, digo, con aquellos ojos con que Cristo quiere que se miren; y nunca las mires á otra luz ni debajo de otros colores falsos. ¿Eres contradecido, despreciado, maltratado? pues nunca se te caiga de la boca este oráculo: *Non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quæ revelabitur in nobis:* Ninguna proporcion tienen las aflicciones de esta vida con la gloria que nos espera en la otra; ó aquellas hermosas palabras del apóstol san Pedro: *Si quid patimini propter justitiam, beati:* Bienaventurados los que padecen algo por amor del Señor.

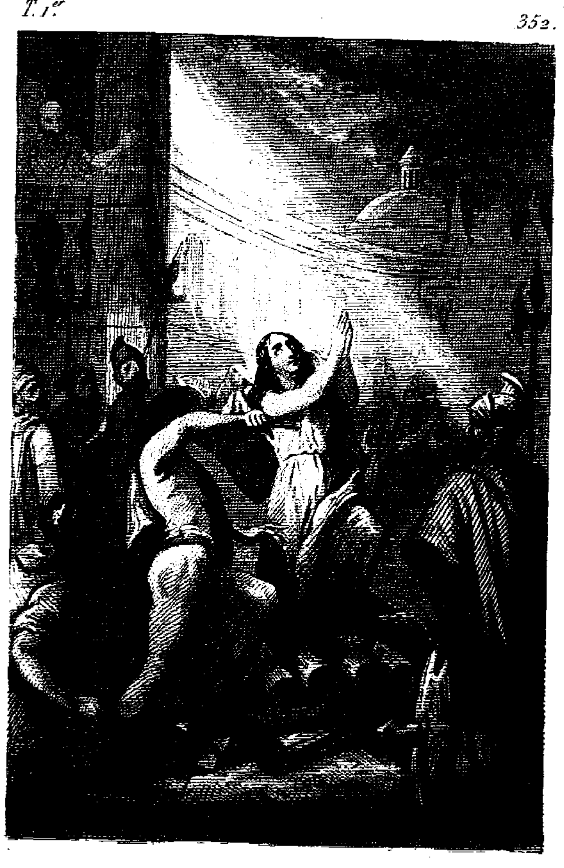
Tambien es un ejercicio muy agradable á los ojos de Dios repetir alguna breve oracion ó jaculatoria, aunque no sea mas que un *Gloria Patri...* en accion de gracias siempre que nos sucede algun contratiempo, algun trabajillo, alguna cosa que nos humille. En los reveses de la fortuna, en un suceso desgraciado, en la pérdida del pleito, en el despojo del cargo, en una humillacion que no se esperaba, decir con el Profeta: *Bonum mihi, Domine, quia humiliasti me:* Señor, me tengo por muy dichoso, porque me habeis mortificado, porque me habeis afligido, porque me habeis humillado. Este es el espíritu del cristianismo, y el verdadero cristiano no debe tener otro lenguaje ni otros sentimientos en punto de trabajos y de desprecios. Pocos hay que conozcan el precio y el mérito de este tesoro. No hay camino mas seguro ni mas breve para el cielo. Quizá tampoco hay medio mas eficaz para ser santo.

DIA VEINTE Y UNO.

SANTA INÉS, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Santa Inés, admirada de todo el mundo, como dice san Jerónimo, y tan celebrada en toda la universal Iglesia, nació en Roma hácia el fin del tercer siglo de padres nobles, ricos y virtuosos. Los grandes dones que desde luego descubrieron en su hija, contribuyeron no poco á aumentar el desvelo con que se aplicaron á cuidar de su educacion. Criáronla en un grande amor á la religion cristiana, y desde sus mas tiernos años formó Inés una idea cabal del estado feliz de la virginidad.

Las instrucciones de sus padres solo sirvieron de fomentar las impresiones de la gracia. El Espíritu Santo habia producido en aquel tierno corazon unos sentimientos tan nobles y tan cristianos, que á los diez años de su edad parecia haber llegado á una consumada y eminente perfeccion. Amó á Dios, dice san Ambrosio, desde que pudo conocerle, y se puede decir que le conoció desde que nació. Las diversiones de la niñez eran únicamente los ejercicios de la devocion mas tierna. Fué niña en los años, pero no en las inclinaciones ni en los sentimientos. Su rara hermosura añadia nuevos realces á su modestia. Era extraordinaria su piedad, y la extrema ternura con que amó á la Reina de las vírgenes casi desde la cuna, la inspiró un amor y una estimacion tan grande de la virginidad, que apenas tenia uso de razon cuando se resolvió á no admitir nunca otro esposo que á solo Jesucristo. No tenia mas que trece años cuando su hermosura y su raro mérito hacian gran ruido en la córte.



S.TA INÉS, V. Y M.

Vióla un dia por accidente Procopio, hijo de Sinfronio, gobernador de Roma, y quedó tan ciegamente enamorado de ella, que resolvió tomarla por esposa. Informado el padre de la calidad y de las grandes prendas de la doncella, aprobó mucho el pensamiento de su hijo; pero era menester el consentimiento de Inés. El primer paso que dió Procopio fué enviarla un rico regalo, declarándola al mismo tiempo el fin de sus honestos deseos; pero el desaire que le hizo en no recibirle, y el desprecio con que se lo volvió, no produjeron otro efecto que el de aumentar su pasion. Sirvióse de cuantos artificios pudo, y de cuantos medios discurrió para conquistarla: ruegos, promesas, amenazas, todo lo empleó, pero todo inútilmente. El último recurso de que se valió fué buscar modo para hablarla él mismo, no dudando que al cabo se rendiria á sus ternuras y á sus solicitaciones; pero todo cuanto pudo sugerirle una pasion ciega, vehemente y persuasiva, solo sirvió para desengañarle de la ineficacia de sus mayores esfuerzos; porque animada Inés de un espíritu y de una firmeza muy superiores á sus años, le dijo con resolucion: *Apártate de mí, aguijon del pecado, tentador importuno, y ministro del padre de las tinieblas. No te canses en aspirar á la mano de una doncella que ya está prometida á un Esposo inmortal, único dueño del universo, y que solo dispensa sus favores á las vírgenes puras y castas.*

Una resolucion tan majestuosa y una respuesta tan desengañada, como poco prevenida, llenó á Procopio de desesperacion. Exaltada furiosamente su pasion, se dejó poseer de una cruel melancolía. El padre, que le amaba con extremo, resolvió valerse de su autoridad para lograr el beneplácito de los padres y el consentimiento de la hija. Llamóla á su casa; y habiéndola recibido con toda la atencion que correspondia á su calidad y á su mérito: No ignorarás, la

dijo, el fin para que te he llamado. Mi hijo desea apasionadamente ser dichoso, mereciendo tu mano; tu nobleza y la noticia que tengo de todas tus bellas prendas, me hacen aprobar gustoso su acertada eleccion: paréceme que tampoco tú podrás aspirar á mejor partido; y no me persuado que serás tan enemiga de tí misma, que no abraces al instante esta proposicion.

Inés, á quien el cielo habia dotado de una prudencia y de una discrecion superiores á sus pocos años, respondió con singular modestia, pero con igual resolucion, que conocia bien la grande honra y la mucha merced que se la hacia en pensar en ella; pero que ya tenia escogido esposo mucho mas noble y mas rico que Procopio; que á la verdad las riquezas de tal esposo no eran de este mundo, pero que por lo mismo eran mucho mas preciosas; y que la virginidad, que ella estimaba mas que todas las coronas del universo, era la única dote que su esposo la pedia. Quedó confuso el gobernador mostrando no entender quien era aquel esposo de quien Inés le hablaba. Un caballero, que se hallaba presente, le dijo: Señor, esta doncella es cristiana, y desde su niñez está criada en las extravagancias de esta secta; con que no dudeis que ese divino esposo de quien habla, es el Dios de los cristianos.

Entonces, mudando el gobernador de tono y de modales: Ya veo ahora, la dijo, que es lo que te tiene trastornada la razon y alucinado el espíritu. Déjate, hija mia, de esas ideas frívolas de virginidad; déjate de esos supersticiosos fantasmones con que esa secta llena las cabezas de todos los que la siguen. Sean nuestros dioses desde hoy en adelante el único objeto de tus cultos; sean sus máximas la regla de tus dictámenes y de tus operaciones. No hagas ostentacion de la ceguedad, mete en casa el buen dia, y tiendo

los brazos á la fortuna que te los alarga, brindándote con una elevacion de tanta honra para tí. Reflexiona bien lo que desprecias, y hazte cargo de que si lo abrazas, ocuparás un lugar tan distinguido en la cabeza del universo, poseerás grandes riquezas, serás una de las primeras señoras del mundo, y harás dichosa á toda tu casa. Por lo demás, añadió en tono imperioso y severo: Solo tienes veinte y cuatro horas de término para tomar tu partido: escoge, ser la primera dama de Roma, ó espirar infamemente en los mas crueles tormentos.

« Señor, le replicó santa Inés, no he menester tanto » tiempo para determinarme, porque mi partido ya » está tomado: desde luego os declaro que no admitiré jamás á otro esposo que á Jesucristo, así como » nunca reconoceré á otro Dios que al soberano » Criador de cielo y tierra. Y me admiro tengais valor » para proponer á una persona de razon, que adore á » unos dioses de palo y de piedra. No penseis espantarme con la amenaza de los mayores suplicios; » porque si reconozco en mi alguna ambicion, es » únicamente la de añadir la corona de mártir á la » de vírgen. Niña soy y soy flaca; pero confio en la » gracia de mi Señor Jesucristo que me dará fuerzas » para morir por su amor. »

Atónito quedó el gobernador al oir una respuesta tan animosa; pero volviendo de su primer asombro, quiso hacer la última tentativa. Como la santa mostraba tanto amor á la virginidad, le pareció que nada la intimidaria tanto como amenazarla con que haria fuese violada su entereza; y así la dijo: Escoge una de dos: ó casarte con Procopio, ó ser deshonrada en el lugar infame de las malas mujeres antes de espirar en los tormentos.

« Tengo colocada toda mi confianza en mi divino » esposo Jesucristo, respondió la santa. Él es pode-

» roso para librarme de tus violencias; y él es tan
» zeloso de la pureza de sus esposas, que no permi-
» tirá las quiten un tesoro que dimana de él, y que
» está debajo de su custodia. Vuestros dioses hedion-
» dos y malvados os inspiran semejantes infamias;
» pero el Dios de la pureza, á quien yo sirvo, sabrá
» libertarme de vuestros impíos intentos.»

Espumando Sinfronio de cólera y de furor, mandó que al instante la cargasen de cadenas. Al punto trajeron los ministros una multitud de argollas, grillos y esposas, que con el ruido y con la vista hacian estremecer; pero Inés no mudó ni de color, ni de semblante, ni de lenguaje en presencia de los verdugos y de los instrumentos. Mantúvose serena en medio de aquel funesto aparato; y oprimida con el peso de las cadenas, estaba libre, porque no se habian hecho aquellos hierros para un cuerpecillo tan pequeño. Enternecíanse todos, sin poder contener las lágrimas hasta los mismos paganos; pero Inés no podia disimular su alegría, agobiada debajo de las prisiones.

Lleváronla como arrastrando al templo para que ofreciese sacrificio á los ídolos; pero esto solo sirvió para que confesase mas públicamente á Jesucristo en presencia de mayor concurso. Moviéronla por fuerza la mano; mas ella hizo la señal de la cruz, levantando, por decirlo así, este trofeo sobre los mismos altares de los demonios.

Confuso el gobernador con la constancia de aquella doncellita, sin darse por vencido se hizo mas furioso. Creyendo, y con razon, que el lugar infame de las mujeres perdidas la causaria mas horror que la misma muerte, la hizo conducir á él; pero un ángel la defendió, y desprendiéndose de lo alto una celestial luz, convirtió aquel hediondo lugar en oratorio, santificado con las oraciones y con los votos de la santa virgen.

Solo Procopio, mas osado que los demás, se atrevió à entrar con resolucion de profanarle; pero al instante cayó muerto á los piés de la santa. Llenó de consternacion á todos un caso tan espantoso. Traspasado de dolor el prèfecto con la muerte de su hijo, mudó las bravatas en súplicas y en ruegos, y pidió á Inés que resucitase á Procópio. Apenas levantó los ojos y las manos al cielo, cuando volvió à la vida el infeliz y ya dichoso mancebo, porque volvió publicando en alta voz que todos los dioses de los gentiles eran vanos y quiméricos, y que no habia otro verdadero Dios sino el que adoraban los cristianos.

Como habia sido tan interesado el gobernador en aquel evidente milagro, no pudo menos de mostrarse favorable á santa Inés; pero los sacerdotes de los ídolos que habian concurrido á la voz de aquella maravilla, conmovieron tanto al pueblo contra la santa vírgen, tratándola de hechicera, de maga y de sacrílega, que el gobernador, temiendo una sedicion si la libraba, y no atreviéndose á condenar á muerte á la que habia dado á su hijo la vida, tomó el partido de retirarse, y cometer la causa á Aspasio su teniente. Intimidado este con los gritos del pueblo, que clamaba contra Inés como contra una maga y hechicera, dió sentencia de que fuese quemada viva.

Previénese la hoguera, llénase el pueblo de espectacion, y arde en una furiosa impaciencia de ver reducida à ceniza aquella dichosa víctima; pero el fuego la respetó reverente. Divididas las llamas en dos partes, la dejaron intacta en medio del brasero como se conservaron ilesos los tres mancebos hebreos en el horno de Babilonia; pero arremolinadas despues las mismas llamas por uno y otro lado, abrasaron á muchos de los circunstantes que hacian el oficio de verdugos.

En fin, obstinándose siempre los sacerdotes y el

pueblo en atribuir aquellas maravillas à industria y artificio del demonio, y temiendo el teniente algun alboroto, mandó que un verdugo la degollase en el mismo lugar donde habia de ser quemada. Impaciente entonces la santa con el ansia de unirse para siempre en el cielo con su divino Esposo, le suplicó que se dignase en fin consumar su sacrificio: y volviéndose al verdugo que se iba acercando à ella con una especie de temblor y miedo reverencial, le alentó á que cumpliese con su oficio, diciéndole con valor: « Date » priesa á destruir este cuerpo, que no ha tenido la » desgracia de agradar á otros ojos que á los de mi » divino esposo Jesucristo, el cual fué siempre el » único dueño de mi corazon. No temas darme una » muerte que comienza á ser para mí el principio de » una vida eterna; y levantando amorosamente los » ojos hácia al cielo: Recibid, Señor, exclamó, á esta » alma que tanto os costó, y á la cual amais vos » tanto. » Al acabar de decir estas palabras, el verdugo con mano trémula la pasóla espada por el pecho, y al instante espiró. De esta manera, dice san Jerónimo, Inés, haciéndose superior à la natural flaqueza de su edad y de su sexo, consiguió dos victorias del enemigo de Jesucristo; y consagrando por el martirio el honor de la virginidad, mereció en el cielo una duplicada corona.

No pudo estorbar todo el furor de los paganos que el cuerpo de la santa fuese enterrado como con una especie de triunfo. Los muchos milagros que desde luego se comenzaron á obrar en su sepultura aumentaron la devocion de los fieles, y desde entonces se hizo célebre el nombre de santa Inés en todo el orbe cristiano. No contentándose la Iglesia con solemnizar una fiesta en honra de la santa, hace dos veces memoria de ella. El dia 21 celebra su pasion y su gloriosa muerte en la tierra, y el 28 solemniza su naci-

miento en el cielo. El concurso á su sepulcro fué siempre muy numeroso, no solamente de los fieles, sino tambien de los mismos paganos, que se mezclaban con ellos para entrar á la parte en los milagrosos favores de la santa. Edificóse en el mismo lugar una magnífica iglesia con el título de santa Inés, desde el tiempo del Grande Constantino; y en esta iglesia de santa Inés se bendicen todos los años dos corderitos vivos, de cuya lana se forma el *palio* que los papas envian á los arzobispos.

La oracion de la misa es la que sigue.

Omnipotens sempiterne Deus, qui infirma mundi eligis, ut fortia quæque confundas; concede propitius, ut qui Beatæ Agnetis virginis et martyris tuæ solemnia colimus, ejus apud te patrocinia sentiamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Todo poderoso y sempiterno Dios, que escoges lo mas flaco del mundo para confundir á lo mas fuerte; concédenos por tu clemencia, que los que hoy celebramos la fiesta de la bienaventurada vírgen y martir santa Inés, experimentemos cuan poderosa es su intercesion para contigo: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 51 *del libro del Eclesiástico.*

Confitebor tibi, Domine Rex, et collaudabo te Deum Salvatorem meum. Confitebor nomini tuo: quoniam adjutor, et protector factus es mihi, et liberasti corpus meum à perditione, à laqueo linguæ iniquæ, et à labiis operantium mendacium, et in conspectu astantium, factus es mihi adjutor. Et liberasti me secundum multitudinem misericordiæ no-

Yo te daré gracias, Señor Rey, y te alabaré, ó Dios y Salvador mio. Porque has sido mi ayuda y mi protector, glorificaré tu nombre, y porque libraste mi cuerpo de la perdicion, del lazo de la lengua injusta, y de los labios de los forjadores de mentiras, y has sido mi defensor contra mis acusadores. Y me libraste segun la muchedumbre de la miseri-

minis tui à rugientibus præparatis ad escam, de manibus quærentium animam meam, et de portis tribulationum quæ circumdederunt me : à pressura flammæ, quæ circumdedit me, et in medio ignis non sum æstuata : de altitudine ventris inferi, et à lingua coinquinata: et à verbo mendacii, à rege niquo, et à lingua injusta : audabit usque ad mortem anima mea Dominum, quoniam eruis sustinentes te, et liberas eos de manibus gentium, Domine Deus noster.

cordia de tu nombre de los leones rugientes dispuestos á devorarme, de las manos de los que querian quitarme la vida, y de todas las tribulaciones que me cercaron por todas partes; de la voracidad de la llama que me rodeaba, y en medio del fuego no sentí el calor de la profundidad de las entrañas del infierno, de la lengua impura, y de las palabras de mentira, de un rey injusto y de las lenguas maldicientes : mi alma alabará hasta la muerte al Señor; porque tú, ó Señor Dios nuestro, libras á los que esperan en tí, y los salvas de las manos de las gentes.

NOTA.

« Los Griegos llaman al libro de donde se saca la » la epístola de este dia, *la Sabiduría de Jesus, hijo de* » *Sirach*, y los latinos le dan el nombre del *Eclesiás-* » *tico*, esto es, como ya se ha dicho, *el libro que predica.* » Este es uno de los últimos libros del Testamento » antiguo, y se compuso cerca de 285 años antes de » la venida de Cristo. En el capítulo que la Iglesia » aplica á las vírgenes y mártires, Jesus hijo de » Sirach da gracias á Dios porque le libró de grandí- » simos peligros. »

REFLEXIONES.

¿De cuántos peligros nos ha librado el Señor? ¿cuántas gracias le hemos rendido por estos beneficios? ¿cuántas le rendimos el dia de hoy?

Retrocedamos con la consideracion á los primeros años de nuestra edad; á aquellos dias inmediatos á

los primeros en que comenzamos á vivir. ¡Cuántos invisibles socorros en mil peligros presentes! ¡qué secreta providencia en cien reencuentros! Si pudiéramos traer á la memoria toda la historia de nuestra infancia y de la edad mas avanzada; si fuéramos capaces de desenvolver toda la interior economía, descubriríamos sin duda cien pequeños milagros obrados en nuestro favor. ¿Y quién se acuerda de dar gracias al Señor y de mostrarle su reconocimiento? Algun dia conoceremos de qué consecuencia fueron todos esos beneficios, cuando conozcamos el daño que nos hizo nuestra ingratitud á ellos. ¿Será ya tiempo de dar gracias á Dios por tantos favores?

Grande lo es sin duda la proteccion del Señor en los peligros de la vida; ¿pero será menor la que nos dispensa con tanta frecuencia librándonos de los del alma? ¡O, y con cuánta razon podemos exclamar con el Sabio: *Libràsteme, Señor, segun la multitud de tu misericordia, de los leones rugientes, que, cercándome por todas partes, procuraban devorarme!* Si Dios es nuestro defensor y nuestro protector, ¿quién nos podrá dañar? Una gran confianza en Dios cuando es sostenida por una grande inocencia, ó á lo menos por una penitencia constante y por un deseo sincero de no negar nada á Dios, es una poderosa, es una fuerte trinchera. El Sabio tenia poco mas ó menos los mismos enemigos que nosotros, la misma violencia de pasiones, los mismos falsos amigos, las mismas injusticias de parte de los concurrentes, la misma malignidad de los envidiosos, los mismos artificios de los disimulados, todos falaces, todos temibles; las mismas mordeduras de los calumniadores, la misma mala fe, la misma crueldad, las mismas injusticias. En medio de todos estos peligros, rodeado de todos estos enemigos, está seguro á la sombra de la proteccion divina. No son hoy mas frecuentes las tempestades que lo eran en-

tonces, ni son las adversidades mas abundantes. Los escollos son los mismos; el brazo del Señor no se ha encogido; su misericordia no se ha dilatado; ¿pues de dónde nace que no experimentemos la misma proteccion? ¿No será quizá porque nosotros no nos gobernamos por los mismos principios? Sirvamos á Dios con fidelidad, coloquemos en él toda nuestra confianza, vivamos como los santos; y como ellos bendeciremos al Señor, porque nos ha librado de las aflicciones que iban á oprimirnos, de las llamas que nos cercaban y del mismo infierno que nos estaba esperando con la boca abierta. Sirvamos á Dios con fervor; adorémosle en espíritu y en verdad; amémosle sin reserva, sin tibieza; y entonces todas nuestras acciones, todos nuestros sentimientos, y aun nuestras mismas inclinaciones alabarán á Dios hasta la muerte.

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile erit regnum cœlorum decem virginibus: quæ accipientes lampades suas, exierunt obviàm sponso, et sponsæ. Quinque autem ex eis erant fatuæ, et quinque prudentes: sed quinque fatuæ, acceptis lampadibus, non sumpserunt oleum secum: prudentes verò acceperunt oleum in vasis suis cum lampadibus. Moram autem faciente sponso, dormitaverunt omnes et dormierunt. Media autem nocte clamor factus est: Ecce sponsus venit, exite obviàm ei. Tunc surrexerunt omnes virgines illæ, et ornaverunt lampades suas. Fatuæ

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes que tomando sus lámparas salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes; mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceite; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo, salid á recibirle: entonces se levantaron todas aquellas vir-

autem sapientibus dixerunt: Date nobis de oleo vestro; quia lampades nostræ extinguuntur. Responderunt prudentes, dicentes: Ne fortè non sufficiat nobis, et vobis, ite potius ad vendentes, et emite vobis. Dum autem irent emere, venit sponsus: et quæ paratæ erant, intraverunt cum eo ad nuptias, et clausa est janua. Novissimè verò veniunt et reliquæ virgines, dicentes: Domine, Domine, aperi nobis. At ille respondens, ait: Amen dico vobis, nescio vos. Vigilate itaque, quia nescitis diem, neque horam.

genes, y adornaron sus lámparas. Mas las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que lo venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas, entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin llegan tambien las demás vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y él las responde, y dice: En verdad os digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el dia ni la hora.

MEDITACION.

DE LA VERDADERA SABIDURÍA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la verdadera sabiduría consiste en hacerse santo; cualquiera otra ciencia ó cualquiera otra habilidad no merece el nombre de esta virtud. Todos esos hombres grandes, cuya memoria hace tanto ruido en el mundo, y cuyo nombre brilla tanto en la historia, si se condenaron, fueron sabios de perspectiva. Celebre en buena hora el mundo sus ideas, sus preocupaciones, su jerigonza; pero desengáñese, que la sabiduría verdadera, propiamente hablando, no es otra que la ciencia de la salvacion.

¿No habla en este sentido el Sabio cuando dice que el número de los necios es infinito, y que hay pocos que posean esta verdadera sabiduría? Toda nuestra prudencia, todo nuestro ingenio se reduce á apacentarnos de quimeras, y toda la vida se pasa en edificar sobre arena movediza obras que el menor movimiento, el mas lijero soplo las reduce á nada.

¿Será sabiduría, será prudencia el trabajar para los otros? Y un cuarto de hora despues de la muerte, ¿de qué servirán los bienes que se juntaron con tanta fatiga? ¿Será sabiduría, será prudencia el tener las lámparas encendidas, pero sin advertir que se va acabando el aceite? ¿Y será tiempo de hacer la provision cuando se está de partida para la eternidad?

¿Será sabiduría, será prudencia abandonar el único negocio para el cual estamos en este mundo, y solo darse priesa, afanarse mucho cuando no se está para hacer nada? Y con todo eso, esta es la conducta ordinaria de los que en el mundo pasan por hombres sabios, por hombres de conducta. ¡Qué locura, pensar en todo, dar providencia á todo, tomar justas medidas para todo excepto para la salvacion! El infierno está lleno de estos sabios de mogiganga: *Utinam saperent, ac novissima prœviderent.*

¡Ah Señor! ¿Y no aumentaria yo el número de ellos si vos no me hubiéreis conservado la vida hasta hoy? Pero ¿qué no mereceré si desde luego no me hago sabio verdaderamente?

PUNTO SEGUNDO

Considera que es mucha necedad no pensar mas que en una fortuna imaginaria, que eternamente la hemos de mirar como tal; que sabemos nada tiene de permanente, nada de sólido; que ni tampoco está en nuestra mano, y apenas se deja ver cuando desaparece; al mismo tiempo que nada hacemos por una fortuna

eterna, estando persuadidos á que nuestra condenacion será obra precisamente nuestra. ¡Cosa extraña! Aquello que ha de ser materia eterna de nuestro dolor y de nuestro arrepentimiento, eso es lo que ocupa todo nuestro corazon, y ese es el objeto de todas nuestras atenciones.

Las vírgenes necias no por eso dejaban de ser vírgenes; y si fueron condenadas, no lo fueron por el desórden de su vida. Tampoco fueron negligentes en todas sus obligaciones; pensaban alguna vez en que el esposo habia de venir. Figura vivísima de aquellas almas insensibles y perezosas, que nunca miran mas que á una parte de la ley, y que no ignoran del todo su religion. Siempre con algunos deseos de romper aquel lazo, de corregir aquel natural, de domar aquella pasion, de ser mas regulares, mas devotas; siempre ocupadas en vanos proyectos de conversion, pero siempre las mismas. Presto se duerme enteramente el que está medio soñando. A la llegada del esposo, cuando llama á la puerta, todos despiertan, el fervoroso y el tibio; pero dichoso aquel que tiene hecha con tiempo su provision. ¿Mas será tiempo de hacerla cuando ya es preciso presentarse delante del juez? ¿Y no es locura esperar ser prudente, ser sabio de repente el que toda la vida dió la prueba mas visible de una insigne necedad? Los hijos del siglo son muy hábiles en proporcionar los medios para conseguir sus fines, aun cuando el fin que se proponen los conduzca á su perdicion. ¿Y será posible que solo en materia de la salvacion eterna han de ser estúpidos y zurdos?

¡Ah, y qué prudente fué la tierna doncellita santa Inés! A la edad de trece años desprecia generosamente por amor de Jesucristo, hermosura, juventud, nobleza, tesoros, grande fortuna y la vida misma. Persuadida de las verdades de la Religion, juzgó que no debia tomar otro partido. Fué prudente, fué sabia. ¿Cuándo

me harán fuerza estas reflexiones? ¿cuándo me moverá este bello ejemplo?

Señor, aunque estoy persuadido, aunque estoy convencido de lo que debo hacer, nada puedo sin vuestra divina gracia. Yo os la pido, ¡ó dulce Jesus mio! resuelto á dar principio desde este mismo momento al estudio de la sabiduría cristiana, que consiste en trabajar eficazmente y sin tardanza en el negocio de mi eterna salvacion.

JACULATORIAS.

Da mihi, Domine, sedium tuarum assistricem sapientiam. Sapient. 9.

Dame, Señor, aquella verdadera sabiduría que desciende de vos; aquella que os hace perpétua compañía en vuestro trono.

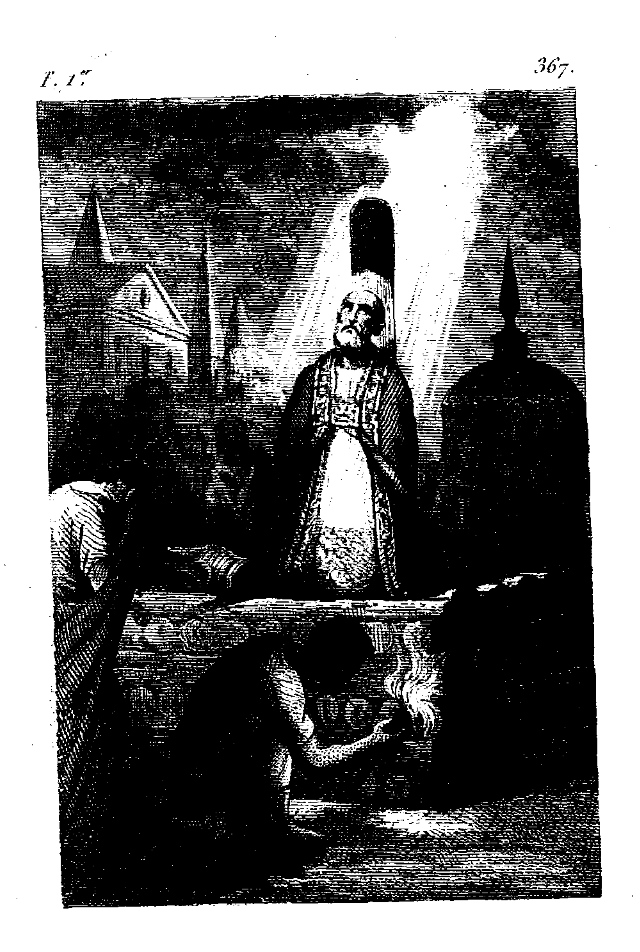
Plenitudo sapientiæ est timere Deum. Eccl. 1.

Toda la sabiduría consiste en temer y en servir á Dios.

PROPOSITOS.

1. Forma un concepto cabal de la verdadera sabiduría, y está plenamente convencido á que solo son verdaderamente sabios los que saben salvarse. Para esto de aquí adelante no te has de gobernar por otro principio; y cuando te hayas de empeñar en alguna cosa, cuando hayas de emprender algun negocio serio, cuando hayas de parecer hombre prudente en el mundo, nunca dejes de preguntarte á tí mismo: Y bien, ¿qué parte tiene en esto mi salvacion? ¿qué interesa la Religion en esta empresa, en este negocio, en este empeño?

2. El hombre prudente siempre toma medidas seguras para llegar á su fin. Guárdate bien de forjarte una conciencia falsa en negocio de tanta consecuencia. Huye con horror de todo libro sospechoso: el ve-



S. FRUCTUOSO, O. Y. M.

neno cuanto es mas sutil, es mas mortal; y el mas disimulado es el mas digno de temerse. Aunque el licor sea dulce, aunque sea muy grato al paladar, aunque le apetezcan y le alaben innumerables gentes, si tiene veneno es pernicioso. Haz un firme propósito de no leer jamás libros condenados : si no descubres sus errores, por lo mismo serán quizá mas malignos. Le tiene condenado el papa; ¿pues qué insolencia, qué impiedad será no rendirse á una órden superior tan legítima? Aunque tengas licencia, aunque tengas privilegio para leer libros prohibidos, no por eso será su doctrina mas sana ni mas santa : libraráste del pecado y del castigo; ¿pero te librarás del peligro? ¡Cosa extraña! A la menor sospecha que se tenga de peste ó de contagio quedan desiertas las ciudades mas pobladas. El oráculo de la verdad declara que una obra está emponzoñada, y no se quiere creer que haya tal ponzoña. Retírate cuidadosamente de toda persona sospechosa en la doctrina; y sobre todo huye de todo director, de todo confesor relajado, contemplativo y nimiamente indulgente. Cuando se trata del negocio de la salvacion no sobran precauciones ni medidas, ni se puede decir sin temeridad que se toma un camino demasiadamente estrecho.

SAN FRUCTUOSO,

OBISPO DE TARRAGONA, MÁRTIR.

La nobilísima y antigua ciudad de Tarragona, capital de toda la España citerior, y silla de los presidentes romanos, fué la patria dichosa de san Fructuoso y de sus diáconos Augurio y Eulogio. Sin embargo de haber llegado hasta nuestros tiempos las actas auténticas de este santo y esclarecido obispo, no sabemos quienes fueron sus venturosos padres.

No sabemos á punto fijo en qué año regaló Dios á su iglesia con este don precioso; pero atendiendo á las actas de su martirio, y á que el gran padre san Agustin le llama *anciano trémulo* al tiempo de padecerle, debió nacer san Fructuoso hácia el fin del siglo segundo. Su natural dócil y las felices inclinaciones con que estaba adornado su corazon, junto con un genio superior y comprensivo, hicieron á Fructuoso tan sabio, tan honesto y tan religioso, que solo los años obstaban para respetar en él un anciano justo y venerable. No son los años los que labran los méritos de los hombres: en poco tiempo, dice el Espíritu Santo, llega el justo á reunir en sí los merecimientos que suelen producir muchos siglos. Jóven era Fructuoso, y ya tenia adquirido todo el conocimiento de la falsedad y apariencia del mundo, que bastó para que, despreciando sus mayores esperanzas, pensase en dedicarse á Dios en el ministerio del altar. Segrególe el Espíritu Santo como vaso de eleccion, para que su predicacion y su ejemplo fuesen muro fuerte donde se apoyase la casa de Dios en un tiempo en que el furor del infierno estaba empeñado en destruirla.

Disfrutaba, pues, la catedral de Tarragona en Fructuoso un ministro fiel y prudente, y un sacerdote santo, ejemplar y edificativo, cuando aconteció verse privada de pastor. El clero y el pueblo pensaron luego en dar un digno prelado á la Iglesia, y para esto inquirian y comparaban entre sí á los mas beneméritos, que eran por lo comun los mas escondidos y retirados. No se escuchaban las voces de la ambicion; no tenia lugar en los pechos de los electores el privado interes; los artificios, los empeños, la simonía, los pactos indecorosos no se empleaban en conseguir una dignidad de trabajo, de mortificacion, de desvelo continuo, y á que por lo regular se seguia una muerte horrible. La caridad, el zelo, la sabiduría eran las señas que

distinguian á los canditados, y que mal grado suyo los sacaban de su humilde retiro para colocarlos encima del monte santo. Estas mismas virtudes hicieron una piadosa traicion á Fructuoso, obligándole á aceptar el cargo de pastor que por su respeto pusieron el clero y el pueblo sobre sus hombros.

Era amado universalmente antes de ascender á la dignidad episcopal; pero hecho obispo se derramó con tal ímpetu el torrente de su caridad y beneficencia, que hasta los mismos gentiles sentian copiosamente sus efectos, y le profesaban un amor sencillo. La verdadera caridad ni tiene límites, ni conoce respetos particulares, ni hace aceptacion de personas. Todo lo abraza, todo lo disimula, á todos manifiesta sus entrañas de piedad, y se hace amar de todos, así como no excluye de sus beneficios á ninguno. Cuantas virtudes requiere san Pablo para constituir un obispo perfecto, otras tantas se admiraban en Fructuoso. Era fiel dispensador de los misterios de Dios, inocente, humilde, manso, sobrio, prudente, desinteresado, hospitalario, benigno, justo, santo; capaz de exhortar con doctrina sana á los tibios, y de contener con su sabiduría á los soberbios. El zelo santo abrasaba su corazon, y las llamas encendian igual fuego en unos, y abrasaban y consumian los excesos y desórdenes en otros. Gozaba en fin Tarragona el mas completo prelado que podian apetecer sus deseos, y el espíritu de Jesucristo vivificaba los corazones de todos en aquellos felices dias.

A esto se agrega la santa compañía de Augurio y Eulogio, diáconos que asistian de continuo á su prelado para ayudarle en los ejercicios de su ministerio. El haber sido elegidos por Fructuoso entre los demás del clero en un tiempo de persecucion en que los mas íntimos de los obispos eran tambien los preferidos para los tormentos y la muerte, es una prueba convincente

de su viva fe y de la santa vida que los hizo acreedores á la preferencia. A la verdad, constándoles la suerte del español san Lorenzo, que habia sido quemado vivo dos años antes por ser el confidente del santo papa Sixto II, no podrian alimentar esperanzas ambiciosas con su proteccion y confidencia; y sola la caridad y la gloria de Dios, junto con un deseo vivo de padecer por su amor y por su fe, debian ser los motivos de sus eclesiásticos ministerios. Unas intenciones tan puras tuvieron el premio debido á los principios que las causaban, y los que merecieron ser compañeros de su prelado en los trabajos del obispado, tambien fueron dignos de acompañarle en el heróico vencimiento, y en la corona con que un ilustre martirio vemos que despues los recompensa.

Habia venido por este tiempo á Tarragona un presidente imperial llamado Emiliano. Su eleccion misma es el testimonio mas fiel de su crueldad, y del odio que alimentaba su pecho contra el nombre de Cristo. Valeriano, aquel emperador insaciable de sangre, que no contento con ser desmesuradamente ambicioso, era finalmente cruel y carnicero; aquel ejemplar infeliz de la fortuna, ó por mejor decir aquel ruidoso escarmiento que presentó á los ojos de todo el mundo la divina justicia, permitiendo que fuese vencido por el hijo de Artajerjes I, traido en una jaula de hierro para servir de escabel á su orgulloso vencedor, y desollado finalmente, y echado en sal en justa venganza de los horrores que habia ejecutado con los cristianos. Este emperador desventurado eligió á Emiliano como fautor suyo, y capaz de sustituir en España á la inhumanidad y á la fiereza de su señor. Apenas llegó á Tarragona quiso dar pruebas de que su eleccion habia sido acertada; y meditando con infernal astucia que el primer golpe debia descargar sobre la cabeza para que los miembros quedasen lánguidos y amortecidos,

determinó prender á san Fructuoso y á sus diáconos con ánimo de comenzar por ellos el exterminio, y para que, herido el pastor, fuese mas fácil hacer presa en las ovejas desamparadas.

Mandó arrestar en la misma casa del obispo á san Fructuoso y á sus dos compañeros Augurio y Eulogio, hasta que, en el dia 16 de enero del año de 259, en que eran cónsules Emiliano y Baso, dia de domingo, dió órden á sus soldados beneficiarios Aurelio, Festucio, Elio, Polencio, Donato y Máximo de que los trajesen á su presencia, para dar principio en dia de la mayor veneracion de los cristianos á la inicua obra que tenia proyectada. Fueron los soldados á casa de san Fructuoso; y sintiéndolos venir el santo, fué tal la alegre conmocion de su espíritu, que salió á recibirlos á la puerta casi descalzo, sin mas que unas sandalias en los piés. Intimáronle la órden que traian, diciendo: *El presidente manda que vengas á su presencia juntamente con tus diáconos.* A lo cual respondió el santo obispo: *Vamos al instante, y si lo permitis me calzaré antes. Cálzate á tu gusto,* respondieron los soldados; y habiéndolo hecho, fué conducido á la casa del presidente juntamente con sus dos inseparables compañeros. Por el pronto mandó que los llevasen á la cárcel pública donde fuesen bien asegurados. Como Fructuoso era el caudillo que debia esforzar á sus soldados para que no desmayasen en la terrible batalla que tenian inminente, en el mismo camino de la cárcel iba alentando á sus diáconos, proponiéndoles la dignidad y precio de la fe, y el amor que debian á aquel que por su redencion habia sacrificado su vida muriendo ignominiosamente en una cruz. *Hijos mios, decia, seguidme, no os aparteis de mí. Ahora mas que nunca necesita vuestro corazon del valor y de la constancia. La serpiente infernal prepara á los ministros de Dios terribles penas; pero para que la muerte no os amedrente ni inti-*

mide, fijad vuestros ojos en la palma que nos ofrece la victoria. La cárcel misma, cuando se padece por motivo tan glorioso, es escalon para subir al cielo, y nos reconciliará eternamente con Dios en bienaventuranza eterna.

Entre coloquios tan sublimes llegaron á la cárcel, en donde quedaron los tres santos con mas ánimo para padecer, que crueldad tenia el tirano para atormentarlos. Allí oraban incesantemente, considerando la dignacion de Dios que los habia escogido para adornarlos con tan preciosa corona. Los fervorosos cristianos, noticiosos de la prision de su obispo y de sus diáconos, vinieron presurosos, y consolándolos con amorosas razones, oraban con ellos y les pedian parte en sus merecimientos y sus ardientes oraciones. En corazones menos cimentados en la esperanza de una resurreccion gloriosa, pudieran hallar lugar el temor y la zozobra á vista de una muerte tan cercana; pero Fructuoso miraba con los ojos de la fe el término de su vida, y no descubria en él otra cosa que el principio de una felicidad eterna. En este concepto sus anhelos eran hacerse mas acreedor á las benignas miradas del Juez de vivos y muertos, ante cuya presencia esperaba presentarse muy presto para verse coronado; y al dia siguiente de su prision bautizó en la cárcel misma á un catecúmeno, llamado Rogaciano, para que se verificase que el grano no solamente muerto, sino aun antes de morir, producia dulces frutos para Jesucristo.

Seis dias estuvieron en la prision, hasta que al viernes siguiente por la mañana estando el presidente sentado en su tribunal, mandó que fuesen traidos á su presencia el obispo Fructuoso con sus dos compañeros Augurio y Eulogio. Fueron traidos y presentados, y así que los vió el presidente, dijo al obispo: ¿Has oido lo que tienen mandado los emperadores? A lo que respondió Fructuoso: *No sé lo que tienen man-*

dado; lo que sé decirte es que yo soy cristiano. Lo que los emperadores han mandado, dijo el presidente, es que todos adoren á los dioses. A lo que dijo el santo: *Yo adoro á un solo Dios, que es el que hizo el cielo y la tierra, el mar y cuanto en ellos existe. ¿Sabes que hay dioses?* replicó el presidente. *No lo sé*, respondió el santo. *Ya lo sabrás despues*, dijo Emiliano. Conociendo el santo la perversa intencion con que lo decia, y que en aquel acto mismo habia resuelto su muerte, levantó el corazon á Dios, y comenzó á darle gracias é implorar su soberana asistencia. Entretanto, vuelto el astuto presidente hácia Augurio, hizo una exclamacion, diciendo: *¡Quiénes han de ser obedecidos, temidos y adorados, si no se reverencian los dioses, y no se adoran las estátuas de los emperadores! Augurio, no des crédito ni te dejes seducir de las palabras de Fructuoso.* Pero el bendito diácono, que tenia arraigada en su corazon la doctrina de su maestro y su obispo, y estaba tan léjos de negarla como ansioso de dar su vida por su calificacion y testimonio, contestó al juez con valor sobrenatural, diciendo: *Yo solamente adoro á Dios omnipotente. ¿Y tú, Eulogio,* preguntó el juez, *adoras tambien á tu obispo Fructuoso?* ¡Rara astucia para coger en el lazo al inocente, suponer que el seguir la doctrina verdadera del que animosamente la confesaba era un crimen de idolatría! Pero el santo diácono Eulogio hizo una distincion precisa de ambas cosas, diciendo: *Yo no adoro de manera ninguna á mi obispo; pero al propio tiempo confieso que adoro al mismo Dios que él adora.* Conoció el inicuo juez que eran ociosas las diligencias que empleaba para pervertir á alguno de ellos, y resuelto á condenarlos en vista de su firmeza, preguntó á san Fructuoso: ¿Eres obispo? *Lo soy*, respondió el santo. Y como sabia que iba á dar contra los tres sentencia de muerte, y que se habia de ejecutar al punto, dijo Emiliano,

sonriéndose y haciendo burla de la respuesta : *Lo fuiste.* En efecto, mandó que los tres santos fuesen quemados vivos.

Los soldados sacaron presurosos las tres víctimas para llevarlas al anfiteatro en donde estaba preparada la hoguera. Apenas salieron del pretorio y se presentaron en público, cuando una conmocion universal se apoderó de los corazones de todos. La amabilidad y dulces prendas del santo obispo excitaron el dolor y la compasion, no solo en los cristianos, sino en los mismos idólatras, que conocian en medio de su superstición que no merecia tan cruel muerte su rectitud y su beneficencia. Los cristianos mas ilustrados y de mas viva esperanza, mezclaban con sus lágrimas una santa alegría por la gloria inefable de que ya le juzgaban poseedor segun la cercanía de la victoria. Hubo entre ellos muchos que instigados del amor confeccionaron vino para confortarles, y hacer menos sensibles las agonías postrimeras; pero al ofrecerles los vasos, dió san Fructuoso aquella famosa respuesta que manifestó la severidad con que observó toda su vida la disciplina de la Iglesia, y que dió materia despues con lo demás al grande Agustino para formar sólidas y vivas instrucciones á su pueblo en un sermon que es el 273 de los santos: *Ayunamos*, dijo el santo obispo, *y no es todavía hora de comer ni de beber.* En medio de la escasez y horrores de una cárcel, habian guardado solemnemente, como dicen sus actas, la estacion del miércoles anterior, y el dia de su martirio la observaban del mismo modo, y con tanto rigor, que porque era la hora cuarta no quisieron admitir aquel leve refrigerio estando tan cercanos á finalizar la vida. El justo observa escrupulosamente las leyes, sin que pueda servirle de pretexto para dispensarse de ellas ni la condescendencia y juicio de los demás, ni aun la misma muerte.

Iba san Fructuoso lleno de gozo y de seguridad al suplicio, deseoso de acabar la estacion con los mártires y profetas en el paraiso que Dios tiene prometido á los que de veras le aman; y la presura con que caminaba al fuego, daba claro indicio del superior y mas vivo que interiormente le abrasaba. Llegaron al anfiteatro, y pidiéndole con lágrimas en los ojos un lector suyo, por nombre Augustal, que le permitiese descalzarle, respondió el santo obispo: *Déjalo, hijo, que yo me descalzaré animoso, contento y cierto de las divinas promesas.* Descalzóse el santo; y entonces se llegó á él otro cristiano, llamado Feliz, y tomándole la mano derecha le pidió encarecidamente que se acordase de él en aquel sacrificio que iba á hacer á Dios de sí mismo y cuando estuviese gozando del premio eterno debido á su victoria. El santo con voz clara, que oyeron todos los circunstantes, le respondió: *Lo que conviene es que tenga presente en mi memoria á toda la Iglesia católica extendida desde el Oriente al Occidente.* Respuesta divina que enseñó la economía y justa direccion que debe hacerse de las oraciones, y de que se valió san Agustin en el sermon dicho para intimar la unidad de la Iglesia, diciendo en boca del santo mártir: *Si quieres que ore y pida por tí, no te separes de aquel místico cuerpo de aquella Iglesia católica por quien oro.*

Ya estaba el santo á la puerta del anfiteatro; sus ojos habian advertido la pira sobre que su cuerpo habia de ser quemado en grato holocausto al Dios de las alturas. El Espíritu Santo movió entonces su corazon y sus labios para decir á los fieles una profética sentencia, que contenia el mayor consuelo que en aquellas tristes circunstancias podia darles. La persecucion estaba declarada, la fiereza y la crueldad unidas eran el espíritu del juez inicuo que la promovia. Veian los fieles con sus ojos los tormentos que estaban

destinados á la confesion constante de Jesucristo; y muerto el pastor se contemplaban desamparados y faltos de la celestial doctrina de sus palabras y su ejemplo, capaces de sostener los corazones mas cobardes y mas tibios. El dolor, la tristeza, la consternacion y el desamparo se veian pintados en los semblantes melancólicos y llorosos de los fieles. San Fructuoso lo veia todo y lo sentia todo, y queriendo asegurarlos y consolarlos á un mismo tiempo, fortaleciendo su voz, y rigiendo su lengua el Espíritu divino, prorumpió clara y distintamente en estas palabras llenas de consolacion: *Hijos mios muy amados: estad ciertos de que ya de aqui adelante no os ha de faltar pastor, ni menos podrá faltaros la caridad del Señor y su promesa, tanto ahora como en lo futuro. Estos tormentos que veis son cosa lijera y transitoria, que á lo mas podrán durar una hora.* Dicho esto con palabras de mucho amor, instruccion y ternura, consoló á sus dolientes ovejas, y caminaron al fuego. Puestos encima de la pira los ataron las manos, y aseguraron á tres palos gruesos que estaban en medio; y dejándolos así, se bajaron los crueles ministros y echaron á arder la leña, que en muy poco tiempo se encendió toda, convirtiéndose en altas y voraces llamas.

Un espectáculo tan horroroso tenia á todos los espectadores en una profunda suspension de ánimo, indicando con el silencio aquel miedo y consternacion que impone á los mas inocentes corazones la presencia del suplicio, y la ejecucion irresistible de la sentencia que da la justicia ó injusticia sostenida del poder. Los alaridos, los lamentos, las quejas y demás señales con que se hace conocer el dolor de los pacientes en tan funestas circunstancias, se convirtieron en una serenidad y gozo que afrentaban á los mismos ministros de la crueldad. Todos veian arder la hoguera y abrasarse las víctimas sin notar la menor con-

torsion ni otro movimiento indicante de pena; prueba de que el Espíritu Santo andaba entre las llamas confortando á sus soldados, como lo hizo en los tres venturosos mancebos en el horno de Babilonia. Pero la admiracion fué suma, cuando, habiéndose ya quemado los cordeles con que tenian los santos las manos atadas, vieron todos que, desasiéndose de los palos que los tenian sujetos, no cayeron amortiguados en la hoguera, ni dieron señal alguna de que les fuesen sensibles los tormentos. Todos tres, unánimemente y movidos de un mismo espíritu, se ponen de rodillas, y extendiendo sus brazos en forma de cruz, perseveraron entre las llamas orando con alegría, seguros de la vida gloriosa que tenian tan inmediata. El fuego de la caridad que abrasaba sus corazones era mucho mas superior al que quemaba sus cuerpos, y los refrigeraba con mas poder que el que tenia el fuego material para quemar. Cuantos fieles estaban presentes concibieron en vista de una accion tan portentosa los deseos mas vivos de ser participantes de aquel divino espíritu que daba fortaleza para despreciar con tanta valentia los tormentos y la muerte mas horrorosa. Al paso que en los cristianos se advertia el consuelo, la satisfaccion y la animosidad, se veian pintados en los semblantes de los fieros ministros la desesperacion y la rabia, viéndose confundidos con los mismos medios que habian elegido para infundir terror.

Al fin, quiso Dios permitir á la voracidad del fuego que consumase la victoria, para adornar las heróicas frentes de sus siervos con las coronas de gloria imarcescible que los tenia preparadas; y en la misma postura de cruz alcanzaron un triunfo semejante al que el Rey de los mártires consiguió en una cruz en medio de la tierra. Sus almas purificadas como el oro en el crisol, salieron de entre las llamas puras y resplandecientes para subir á ser inmortal adorno de la ce-

lestial Jerusalen: y el benignísimo Dios que, en medio de los triunfos alegres que consiguen sus justos, tiene presentes á los mas obstinados pecadores para ofrecerlos los tesoros de su misericordia, quiso que al tiempo que subian las almas de los tres vencedores á recibir el premio de su martirio, fuesen vistas de Babilon y Migdonio, cristianos y criados de la hija del pretor. Sorprendidos de la vision portentosa, avisaron á su ama para que fuese testigo de la divina maravilla, y de la gloria que habian conseguido Fructuoso, Augurio y Eulogio en premio de sus tormentos. Llamaron tambien al presidente con el mismo fin; pero, como la virginidad es tan amada del cielo como odiada la obstinacion y desconfianza, logró la hija por ser vírgen, como dice Prudencio, el distinguido favor de ver gloriosos á los mártires, de lo que se hizo indigno su padre por la ceguedad en sus errores.

Insultaba este á sus criados y á su hija, burlándose de sus dichos, y negando que sus visiones pudiesen ser efecto de otra cosa que de la debilidad de sus cabezas; mas, para castigar su presuncion y glorificar á sus santos, hizo Dios que se le apareciesen vestidos de unas estolas hermosísimas y resplandecientes que indicaban en su claridad y belleza la firmeza y certidumbre de las promesas divinas. Reprendiéronle además con la mayor aspereza su crueldad, haciéndole ver cuan falsamente estaba persuadido á que el haberlos mandado quemar fuese un mal verdadero, puesto que veia con sus ojos la grande gloria de que gozaban aquellos mismos á quienes habia abrasado sus cuerpos; pero Emiliano quedó tan duro y obcecado despues de la terrible reprension como lo estaba primero; fruto ordinario que produce la muchedumbre de delitos, y castigo el mas severo con que la divina Justicia acostumbra vengar sus ultrajes.

La falta de su pastor produjo en los fieles una suma

tristeza, no porque tuviesen lástima de Fructuoso, á quien firmemente creian glorioso y triunfante en los cielos, sino porque se acordaban de sus virtudes, de su doctrina y del amor paternal con que los habia apacentado. Sus pechos anhelantes deseaban tener alguna reliquia de los sagrados despojos para sostener con ella los encendidos afectos de su corazon. Las tinieblas de la noche dieron facilidad para calmar sus deseos. Llenos de fe, de amor y de solicitud piadosa, concurrieron al anfiteatro prevenidos con vino generoso para apagar el fuego, y refrescar los huesos de los mártires que pudiesen hallar medio quemados. Cada cual se apresura á recoger el precioso tesoro: unos se vuelven contentos á sus casas cargados con alguna reliquia marcada de las señales del triunfo; y los menos afortunados recogen las cenizas, ciertos de que en ellas se contenia parte de lo que apetecia su corazon y veneraba su fe. La piedad cristiana siempre dispensó las veneraciones debidas á las reliquias de los santos, haciendo entre el Señor y los siervos la justa distincion que corresponde á sus personas, y dando al culto la distribucion ordenada que enseña la Iglesia y el Evangelio. Si la ignorancia ó la supersticion confunde ciegamente las respectivas adoraciones, no será porque los primeros cristianos no dejasen abundantes ejemplos de que solo Dios debe adorarse por sí mismo, por su dignidad y su grandeza; y por su amor y respeto, aquellos héroes que fueron dignos de sus eternas recompensas. Las acciones de mayor edificacion deben estar sujetas á la voluntad divina; y no siempre es conforme á las ocultas dispociciones de la Providencia todo lo que sugiere la piedad. Queria Dios que los que habian vivido juntos y habian padecido juntos por su nombre no se separasen aun despues de muertos; y así aquella misma noche se apareció san Fructuoso á los cristianos que habian recogido las re-

liquias, y con semblante benigno los amonestó que las juntasen todas y las colocasen en un solo lugar. Viéronse sus corazones combatidos de afectos contrarios, y quisieran conservarse en la posesion de su tesoro, y quisieran obedecer á su pastor. Al fin prevaleció esto último; y juntándose los fieles por la mañana en la iglesia mayor, cada uno restituyó lo que habia recogido, y puesto en una arca de mármol lo colocaron debajo del altar mayor, cantando mil alabanzas por lo maravilloso que en sus santos se habia mostrado.

Aquí permanecieron las sagradas reliquias por muchos siglos con grande veneracion de los fieles, que recibian continuos favores de la dignacion divina por la intercesion de los santos. Las iglesias de España los celebraron por tales desde luego, leyendo sus actas, que son de la mayor veneracion y autenticidad, en los divinos oficios. Y en la iglesia de África vemos que, en tiempo del padre san Agustin, era el dia de san Fructuoso dia solemne, en el cual el mismo santo doctor predicó un sermon en su elogio despues de haberse leido las actas de su martirio. Permaneció Tarragona con la gloria de poseer las reliquias de su santo obispo todo el tiempo del reinado de los Godos, hasta que en la desolacion universal de los Sarracenos quedó saqueada, quemada y totalmente destruida. Dios entonces, celoso del honor de sus siervos, cuidó de que por ministerio de un san Justino y otros varones piadosos á quienes guió un angel, fuesen trasladadas las preciosas reliquias á la ribera de Génova, y colocadas en una montaña quince millas de la ciudad entre esta y Porto-fino. Despues edificaron allí los fieles un monasterio, que dieron al órden de san Benito para que cuidasen de su veneracion y custodia, mostrándose continuamente en repetidos prodigios la proteccion que san Fructuoso les dispensaba. Vióse esta con

mayor solemnidad en el año de 986, en que la emperatriz Adelagia, mujer del emperador Oton III, hizo al monasterio una donacion cuantiosa en reconocimiento de que el Todopoderoso habia libertado de un naufragio á su hijo Cárlos por la intercesion de san Fructuoso, á quien en medio del peligro se habia encomendado. Así manifiesta el santo su proteccion y patrocinio con los que debidamente le invocan en sus necesidades, y así manifiesta Dios la complacencia que tiene en que sean honrados y venerados los que por su amor y por su fe desprecian la muerte, y abrazan con heroismo los tormentos.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, el martirio de Santa Inés, vírgen, la que fué arrojada en una grande hoguera en tiempo de Sinfronio, prefecto de la ciudad; pero como las llamas se apagasen con sus súplicas, fué luego decapitada. San Jerónimo hace su elogio en estos términos : La vida de Inés ha sido celebrada, sobre todo en las iglesias, por los escritos y por las lenguas de todas las naciones, á causa de que, sobrepujando la flaqueza de su edad, triunfó del tirano y consagró su castidad por un glorioso martirio.

En Aténas, san Publio, obispo, que gobernó muy dignamente esta iglesia despues de san Dionisio el areopagita. Tan célebre por el resplandor de sus virtudes como ilustre por su doctrina, recibió la corona de gloria por el testimonio que habia dado á Jesucristo.

En Tarragona, en España, los santos mártires Fructuoso, obispo, Augurio y Eulogio, diáconos, los que durante la persecucion de Galiano fueron primeramente encarcelados, y despues arrojados á las llamas, en medio de las cuales, luego que se hubieron que-

mado las ligaduras, levantando los brazos en forma de cruz, orando á Dios cumplieron su martirio. San Agustin hizo un sermon al pueblo el dia de su fiesta.

En Troyes, san Patroclo, que mereció la corona del martirio bajo el emperador Aureliano.

En el monasterio de Richenou, san Meinardo, ermitaño, muerto por unos ladrones.

En Pavía, san Epifanio, obispo y confesor.

La misa es en honor de los santos mártires, y la oracion es la que sigue.

Deus, qui beatum Fructuosum, et ejus Diaconos Augurium, et Eulogium per ignem probatos martyrio decorasti; concede nobis famulis tuis, ut ipsorum intercessione, flamma divini amoris succensi, cum illis pariter coronemur in cœlis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que honraste con la corona del martirio al bienaventurado Fructuoso, y á sus diáconos Augurio y Eulogio, probándolos por el fuego: concédenos á tus siervos, que encendidos en la llama del divino amor por su intercesion, seamos tambien con ellos coronados en los cielos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 3 de la Sabiduría.

Justorum animæ in manu Dei sunt, et non tanget illos tormentum mortis. Visi sunt oculis insipientium mori, et æstimata est afflictio exitus illorum: et quod à nobis est iter, exterminium: illi autem sunt in pace. Et si coram hominibus tormenta passi sunt, spes illorum immortalitate plena est: In paucis vexati, in multis bene disponentur; quoniam Deus tentavit eos, et invenit eos dignos se. Tamquam

Las almas de los justos estan en la mano de Dios, y no llegará á ellos el tormento de la muerte. Pareció á los ojos de los necios que morian, y se juzgó ser una afliccion el que saliesen de este mundo, y una entera ruina el separarse de nosotros; pero ellos estan en paz: y si han sufrido tormentos en presencia de los hombres, su esperanza está llena de la inmortalidad. Habiendo padecido lijeros males, recibirán

aurum in fornace probavit illos, et quasi holocausti hostiam accepit illos, et in tempore erit respectus illorum. Fulgebunt justi, et tamquam scintillæ in arundineto discurrent: Judicabunt nationes, et dominabuntur populis, et regnabit Dominus illorum in perpetuum.

grandes bienes; porque Dios los tentó, y los halló dignos de sí. Probólos como al oro en la hornilla, y recibiólos como á una hostia de holocausto, y á su tiempo los mirará con estimacion. Resplandecerán los justos, y correrán como centellas por entre las cañas. Juzgarán á las naciones y dominarán á los pueblos, y su Señor reinará eternamente.

REFLEXIONES.

Los justos han sido y serán siempre perseguidos en el mundo. Lo fué Jesucristo que es la misma justicia; y no dejó á sus discípulos otra herencia que cruces, tormentos y persecuciones. Si á mí me persiguieron, sabed que tambien á vosotros han de perseguiros. Aunque este oráculo no fuese verdad eterna, nos lo acredita sobradamente la experiencia de todos los siglos. Lo mismo es renunciar uno al mundo y dedicarse al servicio de Dios, que levantarse contra él por todas partes mil persecuciones y molestias. A no decirlo el Evangelio, no se pudiera creer que llegase á tanto el odio y el encono de los mundanos contra la virtud, que los padres se levantasen contra los hijos, los hermanos contra los hermanos, y hasta la mujer contra su propio marido. Aun si esto sucediese por una voluntad maliciosa y declarada, por una venganza conocida, por un odio envenenado y mortal, que no pudiese disculparse aun en la conciencia mas estragada, no seria esto una cosa de que no fuese capaz la corrupcion del hombre; pero seguir á un justo, calumniarle y quitarle hasta la misma vida, y pensar que en ello se hace á Dios un grande obsequio, no parece que pueda suceder en racionales. Con todo, es una

verdad divina, es una verdad de hecho, y ha sido la suerte de muchos mártires.

¿Mas de dónde nace esta persecucion continua contra el justo? ¿Un justo es por ventura un asesino, un ladron, un declarado enemigo de la tranquilidad pública? ¿Es acaso mal ciudadano, mal vasallo, mal padre de familias, mal juez, mal ministro ó mal soldado? No por cierto; ninguno mejor que el justo puede desempeñar exactamente tan sagradas obligaciones. El hombre mas perverso busca cuando lo necesita un abogado justo, un amigo justo, un juez justo, y quiere que sean justos todos aquellos con quienes tiene alguna relacion ó dependencia. Ninguno busca para sí un criado que le robe, un amo que le usurpe, un amigo que le engañe, una mujer que le pierda. ¿Qué mas? Aun en los mismos muebles de que nos servimos buscamos siempre la bondad. Un caballo, un vestido, una casa, un coche, todo ha de ser bueno, y sino no lo queremos. Pero esta misma bondad que tanto se apetece y se busca en el hombre, es perseguida de muerte cuando llega á descubrirse. ¿Y no es este un misterio incomprensible? ¿Porqué Cain quitó la vida á Abel? porque las obras de este eran justas. Fuerte contradicion: no podia temer Cain que Abel quisiese quitarle la vida, y esta seguridad le ofende y le da en rostro. ¡Cuántos imitadores tiene Cain en medio del cristianismo!

El evangelio es del cap. 21 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Cum audieritis prælia, et seditiones, nolite terreri, oportet primum hæc fieri, sed nondum statim finis. Tunc dicebat illis: Surget gens contra gentem, et regnum ad-

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Cuando oyereis las guerras y sediciones no os asusteis; porque es menester que haya antes estas cosas, pero no será luego el fin. Entonces les decia: Se levantará

versus regnum. Et terræmotus magni erunt per loca, et pestilentiæ, et fames, terroresque de cœlo, et signa magna erunt. Sed ante hæc omnia injicient vobis manus suas, et persequentur, tradentes in sinagogas, et custodias, trahentes ad reges et præsides propter nomen meum: continget autem vobis in testimonium. Ponite ergo in cordibus vestris non præmeditari quemadmodum respondeatis; ego enim dabo vobis os, et sapientiam, cui non poterunt resistere, et contradicere omnes adversarii vestri. Trademini autem à parentibus, et fratribus, et cognatis, et amicis, et morte afficient ex vobis: et eritis odio omnibus hominibus propter nomen meum: et capillus de capite vestro non peribit. In patientia vestra possidebitis animas vestras.

una nacion contra otra nacion, y un reino contra otro reino, y habrá grandes terremotos por los lugares, y pestes y hambres, y habrá en el cielo terribles figuras y grandes portentos. Pero antes de todo esto os echarán mano, y os perseguirán, entregándoos á las sinagogas, á las cárceles, trayéndoos ante los reyes y presidentes por causa de mi nombre. Y esto os acontecerá en testimonio. Fijad pues en vuestros corazones que no cuideis de pensar antes lo que habeis de responder. Porque yo os daré boca y sabiduría, á la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros contrarios. Y seréis entregados hasta por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos, y matarán á algunos de vosotros. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas no perecerá ni un cabello de vuestra cabeza. En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.

MEDITACION.

DE LA DIVINA GRACIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que sea la que fuere tu condicion, y la diversidad de obstáculos que halles en tí mismo, y la dificultad de vencerlos, nunca podrás quejarte con razon de que te falta la gracia necesaria para superarlos. Por vivas y dominantes que sean tus pasiones, por

grande que sea tu flaqueza, siempre tienes una gracia bastante poderosa para vencer á toda suerte de enemigos que se opongan á tu salvacion. La gracia no es particular á ningun estado con preferencia de otro: es un socorro sobrenatural y divino con que Dios nos hace querer el bien y ejecutarlo; es una inspiracion santa que ilustra el espíritu, mueve el corazon y nos hace amar nuestro sumo bien; ya es un remordimiento que inquieta y perturba la conciencia, ya es un pesar que aflige al alma, ya es un temor que la amedrenta, ya es una dulce esperanza que la anima y la consuela. ¿Y en qué estado, en qué condicion ó fortuna puedes hallarte que no sientas muchas veces varios afectos de esta gracia? El hombre mas estragado en sus costumbres no puede menos de pensar alguna vez en los horrores que trae consigo una vida licenciosa. ¿Quién es el que alguna vez no tiembla al acordarse de su futuro destino? En cualquiera situacion que puedas imaginarte, llevas siempre dentro de tí mismo un rígido y severo censor de todas tus acciones y pensamientos mundanos, y un apologista perpetuo de la virtud que has abandonado. No puedes aunque quieras hacerte sordo á una voz interior que continuamente reprende tus excesos ó aplaude tus buenas obras. ¿Y no son todos estos unos efectos de la gracia que te dirigen y te excitan á obrar tu eterna salud, si quieres corresponder á estas santas inspiraciones? Si no te salvas, pues, en tu estado, no te quejes de que Dios te escasea sus gracias; quéjate sí de tu poca fidelidad á sus mercedes. La gracia del Señor ha formado y forma cada dia santos en todas las condiciones y estados.

Es muy cierto que en cada condicion se hallan estorbos particulares para la virtud; pero tambien lo es que cada condicion tiene sus particulares gracias. Seria injusto Dios, si colocándote en este estado á que te destinó su providencia, no te hubiese dado al mismo

tiempo las gracias necesarias para desempeñarle y santificarte en él. Por eso llamaba san Pablo á la gracia del Señor *multiforme*; esto es, que tiene diferentes formas y diversos auxilios con que socorrerte en todas ocasiones. En los inagotables tesoros de la misericordia divina hay gracias de sacerdocio, de magistratura, de persona pública y de hombre privado. Solo te pide que entres en los designios de Dios, y te revistas del espíritu de zelo que exige el uno, del espíritu de equidad que es necesario en el otro, de la sumision y paciencia que convienen á un estado inferior, y de la condescendencia y dulzura que deben templar al que domina. Esta es la gracia particular que debes esperar y pedir para tu estado.

Si sabes corresponder á esta gracia, crecerá cada dia tu piedad aun en medio de aquellas ocupaciones que al parecer debian disiparla. ¿Son penosas tus obligaciones? pues ya tienes en ellas un modo fácil de hacer penitencia y satisfacer por tus culpas; ¿son honoríficas? glorifica á aquel á quien se debe todo honor; ¿son peligrosas para tu salvacion? pues humíllate y pide á Dios con mas instancia te socorra; ¿tienes autoridad sobre otros? pues reprime el vicio, protege la inocencia y haz respetar la Religion. ¿Y no son medios todos estos para santificarte si sabes usar bien de ellos? Las mismas violencias que tienes que hacer contra tu humor, contra tu inclinacion á expensas de tu descanso y comodidad para cumplir con tus obligaciones, son otras tantas ocasiones de aumentar tu virtud en medio del mundo donde te ha puesto la Providencia.

Verdad es que el retiro ha formado muchos santos; pero si en el siglo quieres vivir como un santo, correspondiendo á las gracias que tienes preparadas, podrás sí envidiar la quietud y sosiego del solitario, pero este podrá tambien envidiar justamente tu mayor ánimo y

tu mayor mérito y firmeza en medio de los mayores peligros.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay obstáculo tan grande para la divina gracia que no pueda ella vencerle y aun convertirle en un medio eficaz para tu salud eterna. Puedes ciertamente quejarte de tu natural inconstancia, de tu conocida fragilidad, de la violencia de tus pasiones y de cuantos peligros por todas partes te combaten; puedes alegar una inclinacion fuerte hácia lo malo, y una oposicion continua á todo lo bueno, que son los dos polos sobre que ruedan todas tus operaciones. No se puede negar que esta es una situacion muy capaz de amedrentarte y acobardarte enteramente para que no entres como debes por el camino de la virtud; mas no obstante, esta es tu situacion, la mia y la de todos los hombres : y si no tuviésemos otro recurso que nuestras propias fuerzas, debiéramos desesperar absolutamente de la salvacion, y de nada nos hubiera aprovechado el mérito infinito de un hombre Dios. Pero si á pesar de todos tus delitos, de toda tu corrupcion y fragilidad, puedes prometerte una gracia muy superior á todos tus crímenes, á tus pasiones y á toda esa flaqueza, por deplorable que te parezca el estado de tu salvacion, ¿no será verdad que tienes siempre un socorro abundantísimo para negociarla, y que si no la consigues, á nadie podrás culpar sino á tí mismo? No es otro este socorro que la gracia de Jesucristo. ¿Y quién te impide que le logres y le conserves todo el tiempo que quisieres? ¿Es Dios por ventura tan avaro de sus bienes que haya de despojarte de ellos despues de habértelos franqueado con una liberalidad inmensa, si tú no los desprecias libremente? Dios, como dice san Agustin, á ninguno desampara sin que antes se le abandone.

Dirás acaso que no tienes ánimo para resolverte á causa de tu mucha flaqueza y de las miserias y fragilidades que cada dia experimentas; ¿mas no sabes que el pensar así es hacer tu salvacion dependiente solo de tus fuerzas? ¿no sabes que injurias atrozmente á la gracia cuando dices que te faltan las fuerzas para cumplir lo que te inspira? Jesucristo te declara que nada es imposible para Dios de cuanto parece imposible á los hombres. San Pablo te dice, todo lo puedes con la gracia. ¿A quién hemos de creer? Eres débil, es verdad; pero si has experimentado tu flaqueza en el vicio, ¿la has experimentado para la virtud? ¿has probado tus fuerzas para librarte del yugo del demonio? Quieres suponerte muy débil para no empeñarte á luchar contra tus inclinaciones. ¿Pues qué? por débil que seas ¿no deberás hacer algun esfuerzo para conseguir tu salvacion? Piensas en satisfacer una pasion, y la misma dificultad es el mas poderoso aliciente para ello; y cuando se te habla de tu salud eterna, el menor obstáculo se te hace insuperable. Solo exageras tu debilidad para disculpar tu flaqueza. Quisieras vivir en una torpe indolencia, y que de repente y sin algun trabajo tuyo se consumase la obra de tu salud: quisieras que estando dormido como san Pedro, se rompiesen las cadenas con que estás sujeto al pecado, y que una mano invisible te hiciese pasar de la esclavitud en que gimes á la libertad de los hijos de Dios.

Dí, sí, que eres flaco, débil y miserable; pero dílo con espíritu de compuncion, de humildad y de oracion. Así lo dijeron y debieron decirlo todos los santos; mas no por eso creyeron que debian dejar de trabajar incesantemente en la obra de su salud. No contaria hoy la Iglesia entre sus hijos á los mártires, si estos no hubieran contado sino con sus fuerzas para serlo. ¿Qué cosa mas horrible que la muerte acompañada de hogueras, garfios, ruedas, horcas y

cuchillos? ¿Tendrias tú valor, no solo para presentarte intrépido á morir en medio de los mas crueles suplicios, sino para burlarte de ellos, para alegrarte padeciéndolos, y entonar himnos de alabanza á vista de los horrores de la muerte? ¿Y eran por ventura de otra naturaleza que tú, mil débiles ancianos, mil tiernas y delicadas doncellas, que dieron generalmente la vida en defensa de las mismas verdades que te precias de creer? La gracia de Jesucristo es la que ha obrado tantas maravillas: esta no te faltaria si procurases pedirla y cultivarla con iguales disposiciones.

¡Mi buen Dios, de cuántas gracias vuestras me he privado por mi poca resolucion y mucha cobardía en serviros! ¡qué progresos no pudiera yo haber hecho en el camino de mi salvacion si hubiera confiado mas en vuestro auxilio y desconfiado menos de mis fuerzas! Dueño dulcísimo de mi alma, pues la habeis redimido para que fuese vuestra eternamente, dadme una gracia poderosa, eficaz, omnipotente, que triunfe de toda mi tibieza y me llene de la fuerza de vuestro espíritu.

JACULATORIAS.

Inclina cor meum, Deus, in testimonia tua. Salm. 118.
Inclinad, Señor, por vuestra gracia mi corazon á la observancia de vuestros mandamientos.

Spiritus adjuvat infirmitatem nostram. Actor 8.
El espíritu del Señor es el que fortalece nuestra debilidad.

PROPOSITOS.

1. No hay hombre que no sienta y experimente cada dia mil efectos de su natural miseria, y que no reconozca en sí mismo un fondo de debilidad que le hace dependiente de los demás. A pesar del natural orgullo que quisiera elevarle sobre todos, tiene que sujetarse

y pedir auxilio aun á los que por su condicion ó estado le son muy inferiores. Los mismos monarcas son tambien esclavos en este punto. Solo un cristiano es, por decirlo así, todopoderoso, porque todo lo puede en aquel, y con aquel le conforta.

¡ Qué grandeza, qué excelencia la de un verdadero cristiano! Reflexiona cada dia esta sublime verdad, y responde con ella á cuantos obstáculos y dificultades quieran oponerte el mundo, el demonio y la carne. Soy débil, tengo que luchar conmigo mismo, hacerme una continua violencia, aborrecer lo que mas amo y crucificarme con Jesucristo: pues todo lo puedo con su gracia. Tengo que andar una larga y penosa carrera, muchas pasiones que vencer, muchos pecados que expiar, muchos lazos que romper, muchas virtudes que practicar, y prescribirme mil precauciones y cuidados: pues todo lo puedo con la gracia; la gracia me ayudará, me enseñará y me dará fuerzas para todo. Por grandes que sean mis pecados, aunque la conciencia me presente el abismo abierto debajo de mis piés; aun cuando me viese esclavo de todas las pasiones y asaltado de todas las tentaciones, yo obraré con valor, combatiré con denuedo y perseveraré hasta el fin.

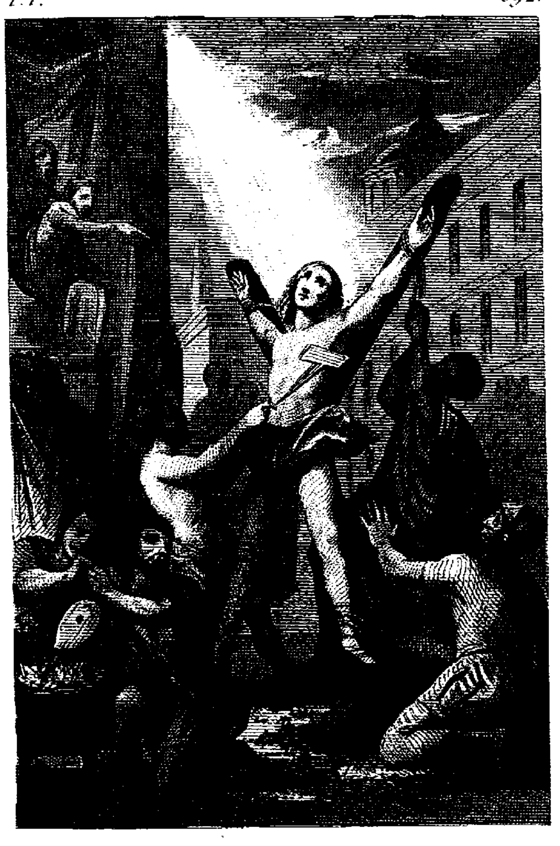
2. Reflexiona tambien atentamente que aunque la gracia te obligue á hacer continuos esfuerzos contra tí mismo, trae consigo una fuente de consuelos continuos, mucha fortaleza y uncion de lo alto, con que todo te lo allana, te lo hace fácil y dulce; que aunque te prohibe los placeres profanos, te ofrece otros sin comparacion mas suaves, y que te harán insípidos los del mundo; que aunque algunas veces te obligará á derramar copiosas lágrimas, estas sabe enjugarlas la mano consoladora de tu Dios. La gracia combatirá todas tus pasiones, pero te dará una quietud y un contento que no te sabrán ofrecer todas las pasiones.

Si alguna vez trastorna tus proyectos y te priva de tus prosperidades temporales, te dará tambien una paz de corazon que excede infinitamente á todas las felicidades del siglo. Resuélvete, pues, á seguirla, á abrazarla y á no perderla jamás. Gusta y ve: experimenta siquiera cuan bueno y cuan suave es el Señor; y si te fuere mal en su servicio, si no hallares ser ciertas todas estas ventajas, entonces puedes ver si toda la felicidad del mundo y todos los placeres imaginables llenan el vacío de tu corazon.

DIA VEINTE Y DOS.

SAN VICENTE Y SAN ANASTASIO, MÁRTIRES.

Fué san Vicente uno de los mas ilustres mártires de la iglesia de España, en quien se hizo mas visible cuanto puede la gracia de Jesucristo. Nació en Huesca de una de las mejores y mas distinguidas casas del país. Desde niño le entregaron sus padres al gobierno y á la direccion de Valerio, obispo de Zaragoza, que le crió en toda piedad, haciéndole instruir así en los misterios como en las obligaciones de la Religion, sin olvidar el estudio de las letras humanas. En poco tiempo aprovechó mucho Vicente; y viendo el santo prelado los progresos que hacia en todo, le ordenó diácono de su iglesia, encargándole el ministerio de la predicacion, que no podia ejercitar el santo obispo por razon de su avanzada edad. Desempeñóle Vicente con dignidad y con feliz suceso; porque, predicando tanto con las obras como con las palabras, no solo enseñaba y fortalecia á los fieles, sino que tambien convertia á la fe á mucho número de gentiles.



S. VICENTE, M.

Hácia fin del año de 803, que fué el principio de la persecucion que los emperadores Diocleciano y Maximiano movieron en España, queriendo Daciano, gobernador de la provincia de Tarragona, á cuya jurisdiccion pertenecia Zaragoza y Valencia, señalar su celo y su actividad en que fuesen obedecidos los decretos de los emperadores, mandó prender á Valerio y á Vicente, dando órden para que fuesen conducidos á Valencia cargados de cadenas. Lisonjeábase con la esperanza de que se desalentarian con las fatigas y con los malos tratamientos que habia encargado se les hiciesen en el camino; y le adquiririan la gloria de haber vencido á los dos mayores héroes cristianos que se conocian á la sazon en la nacion española. Pero quedó no poco admirado cuando los vió en su presencia tan frescos y tan robustos como si nada hubieran padecido, á pesar de las diligencias que se habian hecho para matarlos de hambre en tan prolijo y tan penoso viaje.

Parecióle á Daciano que para persuadir á unos hombres de aquel carácter tendrian mas fuerza los buenos términos que la severidad y las amenazas. Con esta idea, dirigiendo primero la palabra á Valerio, le representó que su avanzada edad estaba pidiendo de justicia algun descanso, y sus muchos achaques una vejez dulce y tranquila; que uno y otro lo hallaria obedeciendo á las órdenes justas de los emperadores. Y volviéndose despues á Vicente, le dijo con afectada blandura: « Tú, hijo mio, estoy seguro que no de» generarás de la nobleza de tu sangre. Tienes talentos » y eres noble; con que espero te harás acreedor á » las honras que la generosidad de los emperadores » se dignará dispensarte. Eres jóven, eres galan, eres » generoso, eres discreto, y puedes esperar los gran» des favores con que te brinda la fortuna, la cual » se te presenta colmada de gracias y de dichas. Para » merecerlas no has menester mas diligencias que no

» abandonar la religion de tus padres. Ven, hijo mio,
» ríndete á lo que ordenan los emperadores, y no te
» expongas por una necia obstinacion á una muerte
» anticipada y afrentosa. »

El santo viejo Valerio padecia alguna dificultad en la lengua, y no podia explicarse con bastante expedicion, por lo que ordenó á Vicente que respondiese por los dos. Tomando este la palabra, habló á Daciano con valerosa intrepídez, declarándole el bajo concepto que hacian de los demonios, trasformados en dioses del imperio, y añadió : « No creas que las amenazas
» de la muerte nos han de acobardar, ni las despre-
» ciables honras de la vida pueden movernos á faltar
» á nuestra obligacion; porque has de tener enten-
» dido que no hay cosa tan estimable ni tan dichosa
» en el mundo, que se acerque de mil leguas al con-
» suelo y á la honra de morir por Jesucristo. »

Ofendido Daciano de la generosa libertad del santo diácono, se contentó con desterrar á Valerio, y descargó toda su cólera sobre san Vicente. Dió órden á los verdugos para que empleasen los tormentos mas crueles, y para que inventasen tambien los mas terribles que pudiesen discurrir, á fin de vengar á los dioses del desprecio que se les habia hecho; y fueron ejecutadas sus órdenes con la mayor exactitud y con la mayor puntualidad.

Tiéndenle al punto sobre la catasta, aplícanle los cordeles, y comienzan á tirarle los piés y las manos, jugando el artificio de aquella horrible máquina con tanta violencia, que luego se oyó el ruido y se percibió la dislocacion de todos los huesos; de suerte que apenas se mantenian los miembros unidos al cuerpo sino por medio de los nervios. Viendo el tirano que el santo se reia de aquel tormento, mandó que le rasgasen las espaldas con uñas ó garfios acerados; lo que se ejecutó de un modo tan cruel, que se le

descubrieron las costillas hasta el espinazo. Esperaba Daciano que el santo mártir lanzaria por lo menos algun suspiro ó dejaria correr alguna lágrima; pero queriendo el Señor dar à entender á los hombres que sabe muy bien cuando quiere endulzar las penas y los trabajos que se padecen por su amor, hizo que el santo sufriese este segundo suplicio con tanta constancia y con tanta alegria como habia sufrido el primero.

Quedó atónito el tirano al ver aquella asombrosa tranquilidad del santo mártir en medio de los mas vivos dolores; pero cuando le oyó hacer como burla y chacota de la crueldad de los verdugos, y que á él mismo le desafiaba que le hiciese sufrir todo lo que se le antojase, espumaba de cólera, teniéndolo por especie de insulto. Y sabiendo que las llagas en dejándose enfriar son mas dolorosas si se vuelven á abrir, ordenó que fuese despedazado de nuevo, lo que se hizo con tanta crueldad, que arrancándole crecidos pedazos de carne, dejaban ver patentes las entrañas. Corrian arroyos de sangre por todas partes, y solo se miraba un esqueleto que vivia en fuerza de milagro. Comprendió bien el tirano que en aquella constancia se ocultaba alguna cosa sobrenatural, y que nunca podria vencer una fuerza tan superior á la suya. Mandó que cesasen los tormentos; pero, sin querer manifestarse vencido, le ordenó que á lo menos le entregase los libros sagrados para arrojarlos al fuego, ofreciéndole la vida si le obedecia en esto.

Vicente, con modo grato, pero santamente intrépido, respondió al juez que el fuego con que amenazaba á los libros estaria mejor empleado en el mismo santo para acabar su sacrificio en las llamas; y tambien me veo obligado á prevenirte, añadió el invicto mártir, que algun dia arderás tú por toda la eternidad en las del infierno si no renuncias el culto de los falsos dioses.

Apurado todo el sufrimiento de Daciano al oir tan no esperada respuesta, y no pudiendo contener la indignacion en el pecho, mandó que al instante le extendiesen en una cama de hierro ardiendo, aplicándole por todo el cuerpo láminas ó planchas encendidas.

Renovóse la alegría de Vicente á vista del nuevo tormento que le esperaba. Todo su gusto era pasar de un suplicio á otro, del ecúleo ó del potro á las parrillas, las cuales se componian de unas barras atravesadas, no de plano, sino de esquina, abiertas en forma de sierra y salpicadas á trechos de puas agudas á manera de rallo. Su elevacion era de una cuarta escasa, y se colocaban sobre carbones encendidos que estaban continuamente avivando los verdugos. Llenábanse todos de horror al ver aquel cuerpo medio desollado, amarrado con cadenas á la parrilla, cubierto de planchas ardiendo por la parte superior, mientras por la inferior le derretia el brasero. La grasa que el santo cuerpo destilaba añadia mucha fuerza á la violencia del fuego, y como si aquel conjunto de tormentos no bastase á causarle un dolor agudísimo y cruel, cuidaban los verdugos de avivársele, llenándole de sal las llagas y las heridas.

Permanecia Vicente inmoble, los ojos fijos en el cielo y el semblante risueño, adorando y bendiciendo sin cesar al Señor en aquella postura de inmolacion y de víctima. Pero como la mano del Todopoderoso se descubria tan visiblemente en la alegría y en la constancia del santo mártir, no podia permanecer expuesto por mucho tiempo á los ojos del público un espectáculo que tanto desacreditaba el culto de los ídolos. Todos admiraban la fuerza prodigiosa del paciente, y hasta los mismos gentiles clamaban que aquello no podia ser sin gran milagro; de suerte que se vió precisado Daciano à mandar retirar al in-

victo diácono. Encerráronle en un oscuro calabozo, donde le tendieron para descansar sobre pedazos de hierro, con severa prohibicion de que no se le diese el menor alimento, ni el mas lijero alivio; pero el Señor tuvo providencia de su siervo, porque de repente bajó una celestial luz que despidió las tinieblas del calabozo, y al mismo tiempo derramó Dios en el alma de aquel héroe una divina dulzura, un consuelo de superior órden que le inundó de alegría. Hallóse de repente restituido á su antigua robustez y mejorado en su natural hermosura, exhalando de su cuerpo un suavísimo olor, que llenaba de fragancia aquel lugar hediondo. Bajaron á hacerle compañía escuadrones de espíritus angélicos, y se dejaron percibir los celestiales cánticos con que entonaban alabanzas al Señor; de manera que aquella horrorosa prision se convirtió en paraiso de delicias.

La fragancia, la música y el resplandor llenaron de admiracion á los guardas; pero quedaron atónitos cuando vieron á Vicente sin la mas leve señal de los tormentos pasados, y convertidos en rosas los pedazos de hierro de que estaba sembrado el calabozo. No era fácil resistir á tanto tropel de prodigios. Convirtiéronse á Cristo el alcaide con los guardas; y llegando á noticia de Daciano lo que pasaba, tomó (fuese desesperacion ó despique) una resolucion bien extraña. Manda que al punto saquen al santo del calabozo; ordena que le acuesten en la cama mas blanda y mas regalada que se pueda disponer, y da providencia para que se le cuide, sin perdonar á regalo ni á remedio. Publícase en toda la ciudad este decreto; acuden los fieles en tropas á la cárcel; conducen al santo como en triunfo por las calles; pero Vicente apenas entró en el regalado lecho que se tenia prevenido, cuando, como si fuera aquel el mayor de los tormentos, espiró, y voló su alma al cielo á re-

cibir la corona y el premio de su victoria; sucediendo esto el dia 22 de enero del año 304 ó de 305.

Rabioso y fuera de sí Daciano al verse vencido y confundido por aquel héroe cristiano, mandó que fuese arrastrado su cadáver, y que sacándole al campo, le arrojasen en un barranco donde sirviese de pasto á las aves y á las fieras; pero envió Dios un cuervo de grandeza extraordinaria que le hizo centinela y le defendió de los demás animales. Ordenó el tirano que le echasen en alta mar, porque no le diesen culto, y careciese de ese consuelo la devocion de los fieles; pero el Señor, que se burla de todos los artificios de la humana prudencia, condujo á la orilla al santo cuerpo; y acudiendo los cristianos, le enterraron secretamente fuera de las murallas de Valencia en el mismo lugar donde hoy es venerado en una magnífica iglesia.

El año de 542 sitió y tomó á Zaragoza Childeberto, rey de Francia, y se contentó con llevarse la estola que habia servido al santo diácono, y se la entregó á san German, obispo de Paris. Consérvase esta preciosa reliquia en la iglesia de san German, que antiguamente se llamaba de san Vicente.

El mismo dia celebra la Iglesia la fiesta de san Anastasio mártir. Fué Persa de nacion; y antes de su bautismo se llamaba Magundat. Sirvió algun tiempo en las tropas del rey Cósroes. Despues de la toma de Jerusalen, como se llevaban la cruz de Cristo á Ctesifon, quiso saber qué motivo tenian los cristianos para hacer tanta estimacion de dos maderos que habian servido para ajusticiar á un hombre. Informado de todo, y bien instruido en la religion cristiana, recibió el bautismo y vivió algun tiempo en el monasterio de san Atanasio. Siete años empleó en los ejercicios mas humildes y mas perfectos de la vida monástica. Movido de un ardiente deseo de derramar su sangre

por amor de Jesucristo, pidió, y obtuvo licencia para pasar á Cesaréa. Supo que ciertos soldados de la guarnicion hacian algunos maleficios : reprendiólos, y echaron mano de él. Confesó que era cristiano, y sufrió con heróica constancia azotes, palos y todas las incomodidades de una rigurosa prision. Confortóle el Señor con una aparicion de mucho consuelo; y en fin coronó su santa vida con el martirio, habiendo sido ahorcado por la confesion de la fe el dia 22 de enero del año 628.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Valencia de España, san Vicente, levita y mártir, el cual por sentencia del presidente Daciano, famoso por sus crueldades, sufrió cárceles, hambre, caballete, descoyuntamiento de miembros, parrillas de hierro encendidas y otros muchos géneros de tormentos, con los cuales voló al cielo á recibir la recompensa de tan glorioso martirio. El poeta Prudencio ha cantado su triunfo en versos elegantes, y san Augustin y el papa san Leon le han celebrado tambien con grandes alabanzas.

En Roma, en las fuentes Salvianas, se solemniza la fiesta de san Anastasio, monje Persa, el cual, despues de haber sufrido en Cesaréa de Palestina una rigurosa prision, azotes y cadenas, fué atormentado todavía de diferentes maneras por Cósroes, rey de Persia, y últimamente decapitado; habiendo tenido antes el consuelo de enviar al martirio setenta compañeros suyos que fueron todos anegados. Su cabeza fué llevada á Roma juntamente con su imágen, cuya presencia sola, asi como lo atestiguan las actas del segundo concilio de Nicea, arroja los demonios y cura las enfermedades.

En Embrun, los santos Vicente, Oroncio y Victor, que alcanzaron la corona del martirio en la persecucion de Diocleciano.

En Novara, san Gaudencio, obispo y confesor.

En Sora, santo Domingo, abad, célebre por sus milagros.

La oracion de la misa es la siguiente.

Adesto, Domine, supplicationibus nostris: ut qui ex iniquitate nostra reos nos esse cognoscimus, beatorum martyrum tuorum Vicentii et Anastasii intercessione liberemur: Per Dominum...

Atiende, Señor, á nuestras humildes súplicas, para que pues nos reconocemos reos por nuestra maldad, seamos librados de nuestras culpas por la intercesion de vuestros bienaventurados mártires Vicente y Anastasio: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 3 de la Sabiduría, y la misma que el dia anterior, pág. 332.

NOTA.

« Ya llevamos dicho que el libro de la Sabiduría de » donde se sacó esta epístola, fué compuesto por Sa- » lomon. Habla el sabio en este capítulo de la espe- » ranza de los justos y del cuidado que Dios tiene de » ellos. Dice que su alma está en la mano de Dios; y » esto es lo que les hace mantenerse inmobles en » medio de todos los acaecimientos de esta vida; esto » es lo que comunicó tanto valor y tanta fortaleza » á los mártires. Si el mismo Dios es su fortaleza, » ¿quién los podrá vencer? Es de grandísimo consuelo » todo lo que se dice en este capítulo. »

REFLEXIONES.

¡O qué bien está el que está en manos de Dios! Nadie está en las manos de Dios que no esté en su corazon. ¡Qué estancia tan dichosa! Pues esta es la de los justos. ¡Gran Dios, qué lugar hay en el mundo mas digno de una ambicion noble y bien nacida! Ora

amenace la tempestad, ora intime estragos y terrores el vaporoso estruendo de los truenos, el justo está al abrigo; su alma está en las manos de Dios; ¿qué tiene que temer?

Es la muerte un tormento que asusta á los mas resueltos, que á los mas intrépidos los estremece; pero como la muerte de los justos siempre es preciosa á los ojos del Señor, la ven venir no solo sin susto, pero con alegría, porque no la miran como suplicio sino como premio; los llena de dulzura, de consuelo y de confianza.

Su muerte en la apariencia es como la de los demás, término fatal de todas las cosas; pero es en la apariencia y á los ojos de los insensatos, que los prudentes y los sabios juzgan muy de otra manera de la muerte de los justos. Si salen de este mundo, es porque se les levanta el destierro; si se apartan de nosotros, es para entrar triunfantes en la gloria. ¡O qué gozo el de no haberse descaminado! ¿Qué consuelo mas dulce ni mas exquisito que el que se experimenta cuando se llega al término dichosamente? Los santos sufrieron tormentos á los ojos de los hombres, parecieron afligidos y humillados, fueron maltratados y perseguidos; pero á los ojos de los hombres, y no mas: todo lo áspero, todo lo duro de sus cruces estaba en la corteza; que por lo demás, en medio de los mayores trabajos lograban una esperanza llena de inmortalidad. ¿Qué proporcion hay entre lo que padecieron y lo que ahora gozan? Dichoso aquel que no cede á las pruebas que de él se hacen. No gusta Dios de siervos cobardes y pusilánimes. ¡Felices aquellos á quienes el Señor encuentra dignos de sí!

Mas ¡oh! y qué diferencia hay entre la muerte de los justos y la de los que se llaman dichosos á lo del mundo! La felicidad de estos se desvanece en su postrera hora. Grandeza, riquezas, honores, placeres,

todo se sepulta con ellos; pero al contrario, la última hora de los otros es la primera de una eternidad de delicias. Sus nombres son colocados en los fastos de los santos; su memoria está llena de bendicion; se honran y se veneran hasta sus mismas cenizas; y aquellos hombres viles á los ojos del mundo, brillarán por toda la eternidad como astros en el firmamento; reinarán sobre todos los pueblos, y juzgarán á todas las naciones. ¡Qué objeto mas digno de la ambicion de un corazon cristiano!

El evangelio es del cap. 21 de san Lucas, y el mismo que el dia anterior, pág. 384.

MEDITACION.

QUE NO HAY EN LA TIERRA OTRO VERDADERO MAL SINO EL PECADO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay en la tierra otro verdadero mal sino aquel que él solo nos priva del verdadero bien y del principio de todos los bienes: tal es el pecado.

Mírese por donde se mirare, el pecado siempre es pecado. Juzguémosle como Dios le juzga, eternamente será el pecado objeto de su odio y de su indignacion, y eternamente será materia de nuestro arrepentimiento; pues ¿cómo lo puede ser ahora de nuestros deseos y de nuestra complacencia?

Todo lo que llamamos males en el mundo, en tanto lo son, en cuanto son consecuencias del pecado. El pecado fué el que inundó la tierra de tantas desdichas; él es el que tiene encendido el fuego del infierno; el pecado es el que hace infelices á los que lo son; la tranquilidad y la alegría solo reinan donde reina la inocencia. Siendo Dios un bien infinito, y

siendo todo bien, por sí mismo no puede comunicar otra cosa. Solo el pecado es quien causa todo el mal, privándonos de este bien. ¿Y es esta la idea que se tiene del pecado? ¿Pero dejará de ser menos mal, ó dejará de ser menos pecado, porque se tenga de él otra idea diferente?

Esas concurrencias de la diversion, de donde está siempre desterrada la inocencia; esos desahogos del carnaval, que si no siempre son pecado, son sumamente peligrosos siempre; esos espectáculos, esas alegrías profanas, orígen fatal de tanto desórden, ¿prueban por ventura que se tiene al pecado grande horror? Y aun las personas que se abstienen de esos desórdenes ¿viven siempre muy inocentes? ¡Ah! que por decirlo así, nos familiarizamos con el pecado; ¿pero nos familiarizaremos igualmente con los tormentos que le corresponden?

¡O Señor, y qué poco que he conocido al pecado! pero ¡cómo le conozco y cómo le detesto ahora! Aumentad mi dolor y perdonad mis maldades.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que es error dar el nombre de males á lo que puede contribuir á nuestra felicidad; y que á excepcion del pecado, todo puede ser útil á una alma fervorosa.

Las desgracias, las persecuciones, las enfermedades, la pobreza, hasta la misma muerte, todo puede servirnos para ser dichosos; porque todo puede conducir para que seamos santos.

Pocos santos hay que no deban, por decirlo así, á las persecuciones, á las adversidades, á los trabajos, algun grado por lo menos de su elevacion en el cielo. ¿Qué no debieron los mártires á los suplicios? Vuestros parientes, vuestros amigos, dice el Salvador, os perseguirán, mas no por eso se-

réis menos dichosos; porque toda la malicia y toda la rabia de los tiranos no podrá arrancaros un solo cabello de la cabeza. Quien está en gracia de Dios, el que es querido de Dios, ¿qué tiene que temer? Grande error reputar el odio del mundo como mal, cuando todo el odio del mundo es porque se quiere amar y servir á Dios. ¿Cuántos favores, cuántos ventajosos partidos ofreció el mundo á san Vicente para pervertirle? ¿qué crueles tormentos no padeció, porque despreció sus engañosas promesas? ¿con qué valor se burló este insigne santo así de los tormentos como de los halagos del tirano? Antes bien los mayores halagos fueron para él los mas intolerables tormentos. Perdió la vida por no perder la amistad de Dios. ¿Cuándo ha de llegar el tiempo de que nosotros pensemos de la misma manera? ¿cuándo hemos de discurrir sobre los mismos principios? ¿Tiénese el dia de hoy al pecado por el mayor mal de todos los males? ¿tiénenle siquiera por mal aquellos y aquellas que hacen vanidad de cometerle? Llámanse males una pérdida de intereses, una afliccion, una persecucion, una desgracia, que suelen ser principio de mil bendiciones, segun los amorosos designios de la divina providencia. ¿Pero se considera al pecado como gran mal cuando se discurre que puede ser medio conducente para hacer fortuna?

¡En qué ceguedad he vivido yo hasta aquí, Dios mio! Perdonadme, Señor, y oid benigno mi humilde súplica. Haced que padezca todos los tormentos, hacedme sufrir todos los males de esta vida antes que cometer jamás un solo pecado.

JACULATORIAS.

Væ vobis, viri impii, qui dereliquistis legem Domini. Eccl. 41.

¡Ay de vosotros, hombres impíos, que abandonasteis la ley de vuestro Dios y Señor!

Horrendum est incidere in manus Dei viventis.
Ad Hebr. 10.
Terrible cosa es caer en las manos de Dios vivo.

PROPOSITOS.

1. Concibe tan grande horror al pecado que estés dispuesto á perder los bienes, la salud y la misma vida antes que perder la gracia. Muy digno de lástima serás si te hallas en otra disposicion; pero porque son inútiles y de nada sirven las mejores máximas si no se reducen á práctica, siempre que á tí ó á otro suceda alguna desgracia, algun contratiempo, algun trabajo, toma la santa costumbre de decirte á tí mismo: No hay otro mal que el pecado; consolémonos, que esta pérdida de los bienes de fortuna, de la salud ó de la honra se puede convertir en grande provecho mio. Líbrame, Señor, de todo pecado; que no temo otro mal alguno.

2. Toma ocasion de todos los contratiempos de esta vida para decir á tus hijos, á tus amigos, á tus domésticos que en este mundo no hay mas que un solo mal, hablando propiamente, el cual mal es el pecado. Sea este tu mas frecuente refran, tu adagio favorecido. Repítelo sin cesar á tus hijos, dítelo á tí mismo cien veces al dia, y no te perdones ni las mas leves mentiras oficiosas, ni las restricciones mentales, que son verdaderamente mentiras disfrazadas, ni las mas lijeras impaciencias. Todo lo que pueda alterar la caridad, por poco que sea, debe ser prohibido para ti. Ser demasiadamente indulgente consigo mismo, y poquísimo con los demás, suele ser ocasion de muchas faltas: todo lo que puede agraviar de alguna manera al prójimo, todo lo que tenga sombra de pecado debe causarte horror. La imagen sola de un monstruo espantoso atemoriza. Repítete con frecuencia aquellas bellas palabras: *Malo mori, quam fœdare animam*

meam : mas quiero morir, que manchar jamás mi alma. No te contentes con tener horror al pecado solamente : el mismo has de tener á todas las ocasiones de pecar, de las cuales has de huir como del mismo pecado. No se aborrece el pecado cuando no se aborrece la ocasion.

DIA VEINTE Y TRES.

SAN RAIMUNDO DE PEÑAFORT.

Nació san Raimundo de Peñafort el año de 1175 en el castillo de este nombre, en el Principado de Cataluña, siendo sus padres señores del mismo castillo, y aliados de los reyes de Aragon. Criáronle con el cuidado correspondiente; y habiéndole aplicado al estudio de las ciencias naturales, como estaba dotado de un excelente ingenio, hizo en poco tiempo tantos progresos, que enseñó públicamente filosofía en Barcelona con tanto aplauso como feliz suceso. Aplicóse despues al estudio de las leyes; y para perfeccionarse en ellas, pasó á la universidad de Bolonia, donde luego se hizo admirar; y recibiendo el grado de doctor en ambos derechos, habiendo vacado una cátedra de maestro, fué provisto en ella con general aceptacion.

Causaba admiracion su ingenio, pero mayor su desinterés y su vida ejemplar; porqueno quiso admitir la renta que le señaló la ciudad, sino para repartirla entre los pobres, no teniendo en sus estudios otros fines que puramente el de la caridad.

Al volver de Roma Berenguel, obispo de Barcelona, pasó por Bolonia para ver á Raimundo, su diocesano, de quien oia hablar en toda Italia con tanto elogio y con tanta estimacion. Conoció luego



S. RAYMUNDO DE PEÑAFORT.

que un sugeto de aquel mérito podia ser de suma utilidad á su iglesia. Proveyó en él un canonicato, y despues una de las primeras prebendas de la catedral. Esta se aprovechó bien de lo mucho que acababa de perder la universidad de Bolonia. Desde luego se dejaron admirar el extraordinario mérito y la no menos extraordinaria piedad de Raimundo. Su caridad con ıos pobres, su amor al retiro, su asistencia al coro, su recogimiento interior y su modestia, hicieron impresion en los ánimos y en los corazones, de manera que en poco tiempo se reconoció visiblemente la reforma del cabildo.

Profesó siempre una tierna devocion á la santísima Vírgen, animada de un deseo ardiente de extender su culto, y de inspirar la misma piedad en los corazones de todos. Reparando que la fiesta de la Anunciacion se celebraba con poca solemnidad en Barcelona, obtuvo que se hiciese el oficio con mayor celebridad; y dejó una fundacion para que fuese esta fiesta una de las mas solemnes.

Solo pensaba Raimundo en santificarse cada dia mas y mas por medio de los ejercicios de devocion y de penitencia, cuando se sintió llamado á estado mas perfecto. Valiose Dios para su vocacion del escrúpulo que se le excitó por haber quitado á un pariente suyo la que tenia de entrar en la religion de santo Domingo, con el pretexto de que toda novedad es sospechosa. Tomó el hábito de la misma religion en Barcelona el dia de viernes santo del año de 1222, cerca de ocho meses despues de haber muerto el santo fundador y patriarca.

Con el nuevo estado renovó extrañamente su fervor. Ningun novicio le hizo ventajas en correr apresurado por el camino de perfeccion; ninguno le excedió en los esmeros de una humildad profunda, ni en la exactitud de la regular observancia.

Muy á los principios de su noviciado, pidió con instancia á los superiores que le diesen una severa penitencia por las vanas complacencias que habia tenido cuando oia los aplausos con que celebraba el mundo su magisterio. Consintió en ello el provincial, y le mandó que en penitencia compusiese una suma de moral, y es la que corre hoy con nombre de la suma de Raimundo, siendo la primera que salió á luz en esta materia.

La generosidad con que un hombre tan distinguido por su nacimiento, por su ingenio y por su dignidad; tan admirable por su virtud, tan respetable por sus raros talentos y por su sabiduría, habia dejado el mundo para vivir humilde y desconocido en el estado religioso, le hizo mucho mas célebre por todo el universo, y de todas partes concurrian á consultarle como á oráculo.

Escogióle Dios para contribuir mas que ningun otro á la fundacion de una nueva órden, célebre en la Iglesia católica por su instituto de redencion de cautivos, con el título de nuestra Señora de la Merced. Una maravillosa vision que en una misma noche tuvieron Jaime, rey de Aragon, san Pedro Nolasco y nuestro Raimundo, unió el zelo de todos tres para promover este sagrado instituto. San Pedro Nolasco fué el fundador, el rey de Aragon el apoyo, y Raimundo fué como el alma de esta grande empresa, que tuvo despues tan grandes resultados.

Por este tiempo vino á España á predicar la cruzada contra los moros el cardenal Juan de Abbevilla, obispo de Sabina y legado de la santa Sede. Parecióle que no desempeñaria bien su legacia si san Raimundo, tan poderoso en obras como en palabras, no le ayudaba con sus consejos y con su santo zelo. Predicó la cruzada con tanto espíritu y con tanta felicidad, que el legado le atribuia principalmente, y

con mucha razon, las grandes ventajas que las armas cristianas consiguieron de los infieles. Vuelto á Roma el cardenal dijo tantas maravillas de san Raimundo, que el papa Gregorio IX le llamó para que asistiese cerca de su persona; hízole su capellan, escogióle por su confesor, y le nombró por penitenciario mayor de la santa iglesia de Roma. Despues que experimentó su rara capacidad, le mandó copilar todas las decretales ó constituciones pontificias de sus predecesores con los decretos de los concilios. Esta coleccion de las decretales en cinco libros, hecha por san Raimundo, es la mas autorizada y la mas generalmente recibida en todas las universidades.

Ni las grandes ocupaciones, ni los continuos estudios alteraron nunca su piedad, ni mucho menos se dispensó por eso en los ejercicios de la vida religiosa. Instóle el papa para que aceptase el arzobispado de Tarragona y otras dignidades eclesiásticas con que le brindó, pero todo fué en vano; porque fué tan invencible su resistencia como su humildad. Y habiendo juzgado los médicos que le convenia restituirse á Cataluña para reparar la salud, se volvió á su convento de Barcelona como un fraile particular, sin beneficio, sin título, sin pension, considerándose en todo como el menor de sus hermanos.

La enfermedad que le obligó á retirarse de Roma se la habian causado sus excesivas penitencias; pero apenas recobró la salud, cuando volvió á ellas con mayor fervor. Comia una sola vez al dia; todas las noches tomaba una áspera disciplina; eran extraordinarias sus vigilias, su oracion continua, su mortificacion severa, pero únicamente para él; porque para los demás era suavísimo, siendo la dulzura de Jesucristo el modelo de la suya. Sin dejarse llevar de indignas ó cobardes complacencias, sabia perfectamente el arte de ganar los pecadores sin dar cuartel al pecado.

Gozaba Raimundo tranquilamente el dulce sosiego de la vida privada, retirado en su convento de Barcelona, cuando en el año de 1238, muy contra su voluntad, fué electo general de toda la órden en lugar de Luis Jordan que habia sucedido á santo Domingo. Cualquiera otro corazon menos humilde que el de Raimundo pudiera dejarse lisonjear de un empleo de tanta distincion; y no faltarian razones al amor propio para juzgar conveniente á la mayor gloria de Dios y al mayor bien de la Religion el mantenerse en él; pero eran muy despejadas las luces, muy sólidos y muy espirituales los dictámenes de Raimundo para que le hiciesen fuerza estos pretextos, desviándose de su fin que era aspirar á la mayor perfeccion. Despues que visitó á pié todas las provincias de la órden, renovando en los corazones de sus súbditos el primitivo fervor, renunció el generalato.

Mas no por eso logró tampoco esta segunda vez por mucho tiempo el descanso del retiro y de la vida particular. Los papas Celestino IV, Inocencio IV, Alexandro, Urbano y Clemente descargaron en él gran parte del peso de sus cuidados y de las penosas fatigas de la santa Sede. A tantas ocupaciones importantes se añadieron las que le encomendaba el rey de Aragon, que le habia escogido por su confesor, y frecuentemente le empleaba en diferentes legacías. Bendijo Dios tan extraordinariamente el zelo de su fiel siervo dándole tanta gracia para la conversion de los Moros y de los Judíos esparcidos en toda España por aquel tiempo, que en pocos meses convirtió mas de diez mil.

Tenia el Rey una entera confianza en su confesor, y le hizo venir á Mallorca donde á la sazon se hallaba la corte. Allí se continuó la conversion de los Judíos y de los Moros; pero, habiendo llegado á entender que habia en la corte cierta dama con quien se sospechaba que el rey tenia algun ilícito comercio, tomó la liber-

tad de representarle con respeto, y de suplicarle con instancia que se sirviese separarla. Como vió que proseguia el escándalo, y que aquel monarca le iba entreteniendo con vanas palabras, creyó que estaba obligado á pedir licencia para retirarse; y habiéndosela negado, él se la tomó.

Fué al puerto para embarcarse; pero se le dijo que habia órden del rey para que, pena de la vida, ninguno le pasase. Entonces, lleno el santo de una gran confianza en el Señor, hizo la señal de la cruz, extendió su capa sobre el agua, tomó el báculo en la mano, montó en aquella embarcacion de nueva especie, tomó la mitad de la capa, atóla al mango del báculo, haciendo mástil de este y vela de aquella, y á favor de un viento fresco que se levantó hizo en menos de seis horas el viaje de cincuenta y tres leguas que hay desde Mallorca á Barcelona. Al llegar á su convento, se le abrieron por sí mismas las puertas, que estaban cerradas; hallóse sin la mas leve señal de humedad la capa que le habia servido de embarcacion y de vela; y el miedo que tuvo el compañero de fiarse en aquel navío, acreditó tambien la verdad del hecho y de la maravilla.

Como fueron innumerables los testigos de milagro tan estupendo, presto se extendió la fama por todas partes. Creció la estimacion y la veneracion que se tenia del santo; el rey se dió por entendido, al instante echó de sí aquella cortesana, y se volvió á entregar con mayor confianza en manos de su santo director.

Vivió todavía algunos años san Raimundo dedicado á continuos y penosos ejercicios de la caridad. Ni sus viajes, ni los trabajos de las misiones, ni sus molestos achaques le estorbaban el celebrar cada dia el santo sacrificio de la misa. Hacíalo con tanta devocion, con tanta ternura, que comunmente se decia que no habia convertido á menos pecadores su modestia en el altar,

que su fervor en el púlpito. Suplicó á santo Tomás de Aquino que escribiese contra los infieles; y á las instancias de Raimundo debemos lo que el santo doctor dejó escrito en la suma contra los gentiles. En fin, consumido de trabajos y colmado de merecimientos, murió en Barcelona tan santamente como habia vivido, el año de 1275, á los noventa y nueve y cuatro meses de su edad. En su enfermedad le visitaron los reyes de Castilla y de Aragon, y honraron su entierro con su asistencia, juntamente con los príncipes y princesas de las dos casas reales, los prelados y señores de las dos cortes, acompañados de la nobleza y del pueblo de la ciudad. Trescientos veinte y seis años despues de su muerte el papa Clemente VIII, movido de la devocion de los reyes y de los pueblos, y de un gran número de milagros, le canonizó solemnemente el dia 2 de abril del año de 1601.

La oracion de la misa es la que sigue.

Deus, qui beatum Raymundum Pœnitentiæ Sacramenti insignem Ministrum elegisti, et per maris undas mirabiliter traduxisti; concede, ut ejus intercessione dignos pœnitentiæ fructus facere, et ad æternæ salutis portum pervenire valeamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que escogiste al bienaventurado Raimundo para que fuese insigne ministro del sacramento de la Penitencia, y con singular maravilla le hiciste pasar por las ondas del mar; concédenos por su intercesion que hagamos frutos dignos de penitencia, y que arribemos felizmente al puerto de la salvacion eterna: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 31 de la Sabiduría.

Beatus vir, qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. Quis est

Dichoso el hombre que fué hallado sin mancha, y que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero ni en los

hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia in vita sua. Qui probatus est in illo, et perfectus est, erit illi gloria æterna : qui potuit transgredi, et non est transgressus ; facere mala, et non fecit : ideo stabilita sunt bona illius in Domino, et eleemosynas illius enarrabit omnis Ecclesia Sanctorum.

tesoros. ¿Quién es este, y le alabarémos? Porque hizo cosas maravillosas en su vida. El que fué probado en el oro y fué hallado perfecto tendrá una gloria eterna : pudo violar la ley, y no la violó ; hacer mal, y no lo hizo. Por esto sus bienes estan seguros en el Señor, y toda la congregacion de los santos publicará sus limosnas.

NOTA.

« Jesus, hijo de Sirach, autor de este libro tan ins-
» tructivo y tan moral, hace aquí elogio del rico
» que teniendo en nada los bienes perecederos, úni-
» camente procura agradar á Dios y adquirir un tesoro
» de merecimientos en el cielo, conservando su cora-
» zon puro y desprendido de los bienes de la tierra
» que suelen servir de tanta ocasion al pecado. »

REFLEXIONES.

Segun el Sabio, tan dificultoso es encontrar un hombre que no corra tras el dinero, como hallar un hombre sin tacha. El interés en todas partes domina : dichoso aquel que verdaderamente se hallare exento de esta pension; porque en realidad no será para él empeño muy árduo conservarse en la inocencia. Es muy rara la virtud que esté á prueba de interés. Así como la justicia contiene en sí todas las virtudes, así la avaricia contiene todos los vicios.

¡Qué vanidad tan ridícula tenerse por mas que los otros, porque posee mas bienes que ellos! El dinero por sí solo no da mérito. Un libertino lleno de oro es un libertino que brilla; mas no por eso es menos libertino. La virtud sola da el mérito, y la virtud no se compra con dinero.

Feliz aquel que no coloca la esperanza en las riquezas, y que conociendo su insustancialidad, no se deja deslumbrar del falso resplandor que descubren. Feliz el que considerándose como administrador de sus bienes, solo se sirve de sus tesoros para comprar el cielo con limosna. *Quis est hic?* exclama el Sabio. ¿Quién es este? y le alabaremos como un prodigio, porque su vida es una série de maravillas: *Fecit enim mirabilia.* Su virtud es virtud á toda prueba. ¡Qué de lazos! ¡qué de peligros no rodean á un hombre rico! Casi todo es tentacion para él: la abundancia estorba mas para la salvacion que la pobreza. Conservar el corazon puro, libre, desinteresado en medio de los tesoros, es el ápice de la perfeccion, es un milagro; por eso se recompensa con una eterna gloria. Tanta verdad es que las riquezas solo son útiles á los que las desprecian, y que rarísima vez se las ama inocentemente.

La facilidad que tienen los grandes y los poderosos para quebrantar los mandamientos, es el mayor elogio de los que los guardan en medio de las grandezas y de la abundancia. La regularidad, la vida ejemplar de un hombre opulento añade especial lustre á la virtud, y hace honor á la Religion. Los tesoros de los avarientos se desvanecen; las mas elevadas fortunas se hunden; las herencias de los justos son únicamente las que se burlan de la inconstancia de los tiempos porque el Señor las conserva.

El evangelio es del cap. 12 de S. Lucas, y el mismo que el dia XVII, *pág.* 306.

MEDITACION.

DE LA VIGILANCIA CRISTIANA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que ninguna cosa se nos ordena mas expresamente en el Evangelio, ninguna es mas indispensable, pero ninguna es menos observada que el velar sin cesar.

Vivimos todos en medio de un pais enemigo; la vida del hombre es una continua guerra, todo es peligro, todo es tentacion. Los sentidos caminan de acuerdo, y tienen inteligencia con el enemigo; las pasiones no pierden ocasion de amotinarse; la razon en materia de costumbres á cada paso se engaña; nuestro mismo corazon nos hace traicion; y con todo eso en medio de tantos peligros vivimos con la mayor seguridad sin desconfiar en nada. ¿Pues de qué nos admiramos si tantos perecen miserablemente?

El aire del mundo es contagioso, y nos exponemos á él sin preservativo. El enemigo de la salvacion, semejante á un leon furioso, anda rugiendo al rededor de nosotros buscando coyuntura para despedazarnos, sin que sus rugidos nos hagan despertar de nuestro letargo. Caminamos con los ojos cerrados por medio del precipicio; exponémosnos á mil combates sin precaucion y sin armas; ¡y nos admiramos de que tantos se condenen! Mas nos debiéramos admirar si con tan poca vigilancia se salvaran muchos.

No hay que buscar fuera de nosotros mismos las pruebas de esta verdad. ¿Desvelámosnos por ventura mucho en el negocio importante de nuestra salvacion? ¿Hasta dónde llega en este punto nuestra vigilancia? ¿Tenemos bien conocidas las fuerzas y los artificios de nuestro enemigo? ¿Estamos prontos á resistirle?

¿Sabemos bien los medios para vencerle? Estos y no otros son los efectos de la vigilancia cristiana. Aquellas almas cobardes y descuidadas, aquellos cristianos flojos y adormecidos ¿experimentan en sí estos preciosos efectos? ¿Reina la vigilancia cristiana en esas concurrencias de la profanidad, en esos bailes, en esos saraos, en esos juegos, en esas fiestas del mundo? ¡Y luego extrañaremos que sea tan limitado el número de los escogidos!

¡Dichoso, Señor, el siervo á quien halláreis velando; y desdichado de mí si me encontrareis durmiendo!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la vigilancia cristiana debe estar acompañada de la oracion. Esta consigue los auxilios del cielo que necesitamos para combatir; y la vigilancia nos constituye en estado de podernos aprovechar ventajosamente de estos auxilios. *Velad y orad,* dice el Señor, *para que no caigais en la tentacion.* Orar sin velar es presumir de la gracia lisonjeándose de vencer sin combatir, y sin estar continuamente alerta contra el enemigo. Velar sin orar es presumir temerariamente de las propias fuerzas, exponiéndose al peligro con igual temeridad. Toda la vida del cristiano es una continua guerra; la vigilancia y la oracion deben ser el ejercicio de todos los dias. ¿Y nos hemos ocupado hasta aquí todos los dias en este ejercicio?

¿Qué es lo que pobló los desiertos de tanto solitario ilustre? La obligacion que tiene todo cristiano de velar y de orar incesantemente. ¿Aquellas grandes almas, aquellos héroes del cristianismo tenian por ventura otras pasiones que domar, otros riesgos de de que huir, otros enemigos que vencer? ¡Ah, que la mayor parte de ellos tenian cien veces menos que combatir que nosotros! Y con todo, ¡cuánta fué su

aplicacion, qué continuo su cuidado en orar y velar! ¿Y cuánto es el nuestro? Ellos vivian en el desierto, nosotros en medio de un mundo corrompido y tentador, expuestos á mil golpes, y estamos en él sin defensa. ¡O qué diferencia de conducta! ¡Pues qué! ¡unas almas inocentes, de todas edades, de todos sexos, de todos estados, cerradas en una estrecha celda, siempre con las armas en la mano, siempre en centinela dia y noche temen ser sorprendidas; y unos hombres por la mayor parte ya derribados, extremadamente flacos, pasan tranquilamente los dias entregados á todo género de diversiones, á discrecion de un enemigo sagaz y artificioso que perpetuamente nos rodea para perdernos! Compongamos esta seguridad con la vigilancia de los santos.

San Raimundo renunció al mundo con todas las prelacías y dignidades del estado religioso para entregarse á una vida privada, para ser siempre siervo atento y vigilante. No contento con haber velado toda la vida en el negocio de la salvacion, renueva la vigilancia en los últimos treinta y cinco años que vivió. Bienaventurados los siervos á quienes cuando viniere el Señor los encontrare velando. Bienaventurados los que estuvieren despiertos en la segunda y en la tercera vigilia. Si hubiera venido el Señor, ¿me hubiera encontrado de esta manera?

Eternamente seais bendito, Padre de las misericordias, porque no habeis querido cogerme desprevenido. Pero ¿qué castigo mereceré si despues de esta meditacion me cogiereis de repente en la hora en que viniereis? No, mi Dios; espero que no me ha de suceder esta desgracia. Resuelto estoy, mediante vuestra divina gracia, á orar y á velar con tanto cuidado lo que me restare de vida, que no me cojais sin prevencion y de repente.

JACULATORIAS.

Oculi mei semper ad Dominum: quoniam ipse evellet de laqueo pedes meos. Salm. 24.

Siempre fijaré los ojos en el Señor, esperando que me librará de los lazos de mis enemigos.

Vigilate et orate, ut non intretis in tentationem. Matth. 26.

Velad y orad, para no caer en la tentacion.

PROPOSITOS.

1. Ten siempre en tu cuarto algun excitativo que te despierte la memoria de estar siempre velando, y de vivir prevenido contra un enemigo que nunca se duerme; la imágen de un crucifijo, la de la muerte, alguna sentencia sacada de la sagrada Escritura, singularmente esta: Velad y orad, porque vendrá el Hijo del hombre cuando menos lo penseis: *Vigilate et orate, quia qua hora non putatis Filius hominis veniet.* Examina si estás enredado en alguna ocasion peligrosa; y no se pase el dia sin apartarte de ella, sin desviar de tí cuanto te pueda servir de embarazo para salvarte. Desconfía de todo, aun de tus mismos propósitos, hasta que veas los efectos.

2. Fuera de estos devotos medios, pequeños en su entidad, pero realmente de grandísimo socorro, no dejes de observar cuidadosamente los siguientes: Un dia de retiro cada mes, sin que en esto haya jamás falta; una confesion general todos los años, ó al fin de ellos, ó el dia en que los cumples. Ten un crucifijo destinado para que te auxilien con él en la hora de la muerte; dispon tu testamento; y caso de tenerle ya dispuesto, si hubiere que mudar, hazlo en el mismo dia. Si hay alguna restitucion que hacer, ó algun daño que reparar, guárdate bien de dejarlo al cui-

S. ILDEFONSO.

dado de tus herederos; ejecuta por tí mismo uno y otro sin dilacion. ¿Qué motivo hay para creer que los otros serán mas activos ni mas exactos en cumplir con nuestras obligaciones que nosotros mismos? Luego que te sientas indispuesto llama al confesor, y confiésate como para morir aunque no haya sombra de peligro. Finalmente, en dando el reloj ten la piadosa costumbre de rezar el *Ave María*, diciendo con santa Teresa: *Ya tengo una hora menos de vida, y ya estoy mas cerca de la eternidad.* Portémonos como aquellos que estan amenazados de ladrones. ¡Qué vigilancia! ¡qué cuidado! ¡qué precaucion! El mismo Jesucristo nos enseña este medio: gran dolor tendremos si no nos aprovechamos de él.

SAN ILDEFONSO, ARZOBISPO DE TOLEDO.

Uno de los varones mas ilustres en letras y santidad que tuvo España en su verdadero siglo de oro, cuando florecieron los Isidoros, los Heladios, los Justos y los Eugenios, fué san Ildefonso, arzobispo de Toledo. Su nacimiento y aun su concepcion fueron fruto de la piedad y dádivas con que quiso Dios premiar en esta vida las limosnas y oraciones que los habian merecido. Sus padres, Esteban y Lucía, gente noble y poderosa, vivian afligidos, no habiéndoles dado el cielo, en algunos años que llevaban de casados, quien perpetuase su estirpe y heredase con su hacienda su piedad. Importunaban por tanto con ruegos, vigilias, oraciones y limosnas la misericordia divina; y Lucía, que tenia singularísima devocion à la madre de Dios, la ponia por intercesora con una viva confianza de alcanzar lo que pretendia. Dios, que tiene dada palabra de oir los ruegos humildes, y de con-

solar al justo en su afliccion, oyó las súplicas de sus siervos, dándoles el deseado fruto de bendicion que con tanto fervor le habian pedido. Nació pues Ildefonso cerca del año del Señor de 608, reinando á la sazon Witerico, y presidiendo Aurasio en la silla de Toledo, patria de nuestro santo.

Los años de su niñez fueron un cierto indicio de que Dios le destinaba para uno de los mayores héroes de su Iglesia. La docilidad con que oia á sus maestros, la obediencia que profesaba á sus padres, el respeto que tenia à los mayores, junto con una particular dulzura que hacia amables todas sus acciones, constituyeron un niño verdaderamente inocente. A esto se llegaba el esmero con que sus padres procuraban educarle, porque le miraban como el depósito de su sangre y de su nobleza. Su madre particularmente no perdia ocasion de inspirar en su tierno corazon un amor y devocion sólida á la Madre de Dios; y apenas tenia Ildefonso dos años cuando ya le habia hecho aprender el Ave María, que repetia el santo niño con frecuencia manifestando la dulzura que sentia en su alma. Creció Ildefonso, y juntamente con él la piedad, las inclinaciones santas, las esperanzas que habian concebido sus padres de su virtud y grandeza. Y para asegurarlas mejor, le entregaron á san Eugenio, que aun no era arzobispo ni se habia retirado á Zaragoza, el que como maestro suyo no solo le enseñaba las ciencias que ilustran el entendimiento, sino las que forman el corazon del hombre y le dirigen al supremo Ser.

Viendo san Eugenio los rápidos progresos que hacia Ildefonso, y considerándole capaz de mucha mayor instruccion que la que él podia darle, le envió á Sevilla con recomendacion particular para san Isidoro, cuyos escritos y santidad eran á la sazon dos lumbreras que iluminaban á toda España, y aun vertian res-

plandor fuera de sus recintos. Aprovechòse nuestro jóven de tan buena ocasion, adelantando en su instruccion cuanto se podia esperar de su talento y del sabio maestro que le cultivaba; pero al mismo tiempo no echaba en olvido que la ciencia sin la virtud hincha y ensoberbece, como dice san Pablo; y así era admirado de su preceptor y de sus condiscípulos como un ejemplar cristiano, al mismo tiempo que su ingenio, su aplicacion y su aprovechamiento le hacian respetar mas como maestro que como discípulo.

Siendo el santo de veinte y cuatro años, esto es, en el año de 632, volvió de Sevilla á Toledo, y se presentó á sus padres y á san Eugenio con mas conocimientos, pero con mas desengaños del mundo. Este le prometia sus mas lisonjeros bienes atendido su nacimiento, sus riquezas, sus prendas naturales y adquiridas, y la proteccion de los que actualmente podian ensalzarle; pero él por el contrario pensaba en despreciarlo todo, poniendo en ejecucion los deseos que desde niño habia tenido de entrar en un monasterio. Se cuenta que, faltando de su casa y presumiendo su padre que habia ido á hacerse monje, salió con alguna gente armada á detenerle en el camino, y aun á sacarle por fuerza del monasterio caso que estuviese ya en él; que Ildefonso advirtió esto, y se escondió en el cóncavo de una peña, dando tiempo á que pasase su padre de vuelta del monasterio, persuadido ya á que se habia engañado; que luego prosiguió su camino y recibió el hábito de mano del abad; pero estando el monasterio Agaliense en el arrabal de Toledo como unos ciento y cincuenta pasos distante de la iglesia pretoriense, entre Poniente y Norte segun creen algunos, no es fácil concebir donde pudiese haber peñascales, sotos ni otros sitios cerrados é incultos donde sucedió este milagro.

Como quiera que fuese, nuestro santo tomó el há-

bito de monje con tanto gusto suyo como amargura de su padre, que, apenas lo supo, creyó haberse perdido los timbres de su casa y las esperanzas de su posteridad; pero al fin reducido á mejor consejo por las discretas y religiosas reflexiones de su mujer, quedó sosegado, y san Ildefonso quieto y pacífico en el retiro de su amado monasterio, en donde permaneció desde antes del año de 633, en que, siendo ya monje, fué ordenado de diácono por san Heladio, hasta fin del 657, en que fué sacado contra su voluntad del retiro, para apacentar las ovejas del rebaño de Jesucristo. En este largo tiempo tuvo su espíritu cuanto podia desear para emplearse enteramente en lo que le deleitaba, que eran las virtudes cristianas. Su mortificacion, su silencio, su caridad, su continua oracion y su asistencia á los ejercicios mas humildes, le hicieron reconocer fácilmente por un monje perfecto, capaz de servir de ejemplar á los demás en el oficio de abad que habia vacado; y asi de nada sirvió su resistencia para que los monjes dejasen de poner sobre sus hombros el cuidado del monasterio y la direccion de sus almas.

Siendo abad, cumplió perfectamente con las dificultosas obligaciones de prelado, manifestándose afable con los humildes, compásivo con los flacos, piadoso con los miserables, con los tristes consolador, justo con los delincuentes y padre caritativo con todos. Cuidaba del adelantamiento de su espíritu y de su monasterio, sin omitir por eso el estudio de los libros sagrados, que le hacian mirar como uno de los mas aventajados doctores de la Iglesia, y otros estudios útiles y provechosos, como el de la música, en que era extremado. Este estudio le proporcionó el desahogo de su tierna devocion á la Reina de los ángeles, componiendo varias antífonas en su alabanza con una música armoniosa que suspendia con su dulzura, y encendia el corazon en los santos afectos con que

habia sido concebida; con la cual música compuso tambien dos misas á san Cosme y san Damian, titulares de su monasterio Agaliense. Por este tiempo murieron sus virtuosos padres, y el santo, amante de la virginidad, que conservó toda su vida, á proporcion del amor que le encendia hácia la Vírgen de las vírgenes, empleó su grueso patrimonio en fundar y dotar un convento de monjas en un lugar cercano llamado Deibio, cuya situacion cierta se ignora.

De cada dia iban creciendo á proporcion los méritos de Ildefonso y su fama, la cual se hizo mayor con la asistencia á los concilios VIII y IX de Toledo en que manifestó su sólida piedad y portentosa sabiduría. A él se le atribuye comunmente el cánon primero del concilio X Toledano, en que se instituye en la Iglesia de España la fiesta de la Expectacion; y atendiendo á que este concilio se tuvo en el año octavo de Recesvinto, un año antes que fuese hecho metropolitano san Ildefonso, y á su devocion particularísima á la Reina de los ángeles, no carece de fundamento tan piadosa persuasion; sin embargo de que se convence mejor su piedad con los hechos ciertos que llenaron de admiracion á los fieles despues de hecho obispo. Esto sucedió en el año del Señor de 657, á principios del mes de diciembre, habiendo pasado á mejor vida su predecesor y maestro san Eugenio en 13 de noviembre del mismo año.

Solo Ildefonso pudiera haber enjugado las lágrimas justamente vertidas por san Eugenio, y llenar el vacío que con la falta de este habia de experimentar la iglesia de España. Esta se hallaba bien instruida de las sobresalientes prendas que adornaban á Ildefonso, y que le hacian el mas acreedor á la prelacía de cuantos florecian en la península; y así le eligió por metropolitano de Toledo con tanta aceptacion y aplauso de todos, como dolor y amargura de parte del santo

que se hallaba bien con su amada soledad. Resistió cuanto pudo; tanto, que fué necesario que el rey le obligase con alguna violencia para que se determinase á sentarse en la primera silla; pero persuadido á que Dios la llamaba à aquel honor, hubo de condescender con la voluntad divina, y tomar sobre sí tan formidable carga.

Consagrado metropolitano de Toledo, comenzó á esparcir rayos de luz como un sol brillante en medio de su carrera, ó como la luna en su mayor llenura. Misericordioso con los pobres los socorria con abundantes limosnas, sin que hubiese viuda, huérfano ó desamparado que no hallase en él un padre benéfico. Sus ojos se dirigian á todas partes; en donde quiera que encontraba el mérito le premiaba, y con la misma igualdad corregia ó castigaba donde quiera que hallase los delitos. Era agudo en las disputas, y tan elegante y copiosa su manera de decir, que parecia que Dios hablaba por su boca, segun asegura san Julian en su vida, y Cixila, varon insigne en santidad y letras, que tambien fué cronista suyo. Mostróse bien esto, porque, habiendo pasado á España de la Galia gótica unos herejes, que, siguiendo la doctrina de Helvidio, negaban la virginidad perpetua de María, san Ildefonso los confutó, escribiendo un libro maravilloso de este argumento, y los obligó á salir de España. Agradóse tanto la Madre de Dios de este servicio, que, estando el santo en fervorosa oracion, se le apareció la piadosa Vírgen con el libro en la mano, y se dignó de dar gracias á su siervo por el valor, zelo y sabiduría con que habia defendido su virginidad.

A este celestial favor que el santo habia recibido en secreto, se siguió otro sumamente público. Concurrieron al templo de santa Leocádia á celebrar su dia el rey, la clerecía é inmensa multitud del pueblo; y estando san Ildefonso orando inmediato al sepulcro

de la santa, que entonces se ignoraba, he aquí que repentinamente se levanta por virtud superior una losa del pavimento que dificultosamente podrian moverla treinta jóvenes robustos. Sucesivamente sale del sepulcro la santa, cubierta de un delgadísimo y cándido velo, y llegándose á Ildefonso, le abrazó y dijo en alta y clara voz: *Por la vida de Ildefonso vive mi Señora.* El pueblo se conmueve todo absorto de admiracion y de alegría: todo era dar á Dios gracias y bendiciones; y el clero entonaba *alleluyas*, repitiendo el cántico que el santo prelado habia compuesto para la solemnidad de la Vírgen María, y de que usa hoy toda la Iglesia. Tenia san Ildefonso asido el velo de la santa vírgen, y clamaba con ansia que le diesen con que poder cortarle un pedazo para memoria de milagro tan portentoso. Recesvinto que lo advirtió, alargó un cañavete que traia á la cintura, con el cual cortó san Ildefonso una porcion del velo que tenia asido, custodiando despues la reliquia y el cuchillo en una caja de plata. Desapareció la santa, y celebraron su solemnidad con el fervor, alegría y devocion que es fácil concebir despues de haber recibido favores de tan superior órden.

Con estos regalos celestiales se encendia mas y mas el corazon de Ildefonso en el amor de Dios, de que estaba abrasado, y en el obsequio de su Madre santísima, cuyo honor con tanto empeño habia defendido. Multiplicaba las limosnas, los ayunos, las vigilias y todas las obras de piedad. Estudiaba y predicaba incesantemente, con especialidad en las festividades de la Vírgen; y deseando que sus ovejas se dispusiesen con el mayor fervor para celebrar la nueva solemnidad establecida por sugestion suya en el concilio X, mandó que se celebrasen tres dias de letanías con ayuno antes de la fiesta de la Expectacion; la cual en el concilio dicho se llama fiesta de la Encarnacion

del divino Verbo. Ejecutóse así, y la piadosísima Virgen, agradada y complacida sumamente de los obsequios de su siervo, quiso dar nuevas pruebas de la ternura con que le amaba, haciéndole un regalo de los tesoros celestiales de su Hijo, que fué al mismo tiempo un testimonio auténtico de la santidad y superiores méritos de san Ildefonso. Ya habian precedido los tres dias de letanías y ayuno para la solemnidad de la Virgen; el santo, encendido en su amor y en su servicio, habia previamente dispuesto que se leyese en su oficio el libro de la purísima Virginidad, escrito en estilo salmódico, propio para el canto eclesiástico, y compuesto de testimonios del viejo y nuevo testamento. Habia acabado en aquellos dias una misa que se debia cantar en aquella solemnidad, cumpliendo de este modo la prevencion del concilio, que disponia se celebrase la nueva festividad con el mas solemne rito y magnificencia religiosa que fuese posible.

Yendo pues el santo acompañado de mucha gente que le precedia con hachas encendidas á cantar los maitines de media noche, llegaron todos á la iglesia; abrieron las puertas los que iban delante con las hachas, y vieron tal golpe de luz extraordinária y divina, que, no pudiendo sufrir con ojos mortales el excesivo y desusado resplandor, se quedaron medio muertos; cayéronseles de las manos las luces, y absortos, atónitos y sorprendidos, solo tuvieron espíritu para huir, dejando á san Ildefonso solo. Entró el santo en la iglesia, y aunque la luz celestial que iluminaba no dejó de llevarle la atencion, con todo eso se dirigió adonde acostumbraba, y puesto de rodillas comenzó á hacer oracion. Suspendióle la celestial armonía con que los espíritus angélicos entonaban cánticos á su Reina, y volviendo los ojos hácia la silla donde acostumbraba sentarse á predicar, vió sentada en ella á la Madre de Dios, María santísima, cercada de resplan-

decientes y purísimos coros de vírgenes, los que con infinita multitud de ángeles alababan á su Señora. Quedóse el santo suspenso, clavados sus ojos en la Madre de Dios, la cual con semblante benigno y amoroso le dijo estas palabras: *Ven acá, buen siervo de Dios, recibe de mi mano este pequeño don que te traigo de los tesoros de mi Hijo, que es justo tengas un vestido sagrado y bendito en los cielos, para que uses de él solamente en mi dia. Y sabe que por haber tenido siempre los ojos de la fe fijos en mi servicio, y haber inspirado dulcemente en los corazones de los fieles mis alabanzas, no solo te adornarás en esta vida con este precioso vestido de la Iglesia, sino que en la vida eterna te regalaré con otras dádivas en compañía de otros siervos de mi Hijo.* Dicho lo cual, desapareció la piadosa Reina juntamente con la luz, los ángeles y vírgenes que la habian acompañado, dejando al santo absorto y anegado en la delicia incomprensible de tan divinos favores.

Los que habian acompañado á san Ildefonso, volvieron, solícitos de saber qué cosa le habia pasado en aquella celestial vision; y le hallaron orando y dando á Dios humildes gracias por su dignacion y la de su Madre santísima. Vieron tambien la casulla celestial; y divulgado por toda la ciudad el milagro, concurrió al dia siguiente infinita multitud de pueblo á la iglesia, celebrando los oficios divinos con tanta devocion y tan copiosas lágrimas de ternura, que parecian los fieles mas ángeles que hombres. En la iglesia de Toledo se conserva todavia una piedra en donde es tradicion puso sus virginales plantas la Reina soberana, la cual adora todo cristiano como preciosa reliquia. La casulla fué custodiada en el sagrario de Toledo hasta la perdicion de España. Entonces se trasladó con otras preciosas reliquias á la catedral de Oviedo, en donde permanece. Se refieren muchos milagros de esta preciosa vestidura; entre ellos, que habiéndosela querido poner

Sisberto, prelado de Toledo, acabó mal, pues en el concilio XVI de Toledo fué depuesto de su dignidad en pena de su soberbia, que le condujo al execrable delito de rebelion contra su monarca.

Despues de la descension de la vírgen María vivió san Ildefonso poco tiempo, empleándole con mas ahinco en el cumplimiento de su oficio pastoral y en el ejercicio de todas las virtudes que le habian hecho digno de los favores divinos que quedan referidos. Su contemplacion era tan continua y tan intensa, que á ella mas que á otra cosa se debe atribuir su preciosa muerte, que sucedió á 23 de enero del año del Señor de 667, y 18 del reinado de Recesvinto, habiendo gobernado la iglesia de Toledo nueve años y casi dos meses. Su sagrado cuerpo fué sepultado en la iglesia de santa Leocadia á los piés de su predecesor san Eugenio; pero al presente se venera en Zamora, adonde fué trasladado con motivo de la irrupcion de los Sarracenos. Fué de estatura gentil, y de una varonil hermosura, que le hacia amable aun por el semblante: á esto se llegaba un modesto y venerable aspecto que causaba reverencia, una dulzura de genio y de costumbres que encantaba, y una suavidad en el trato, junta con una continua alegría, que robaba los corazones de todos, tanto en el estado seglar y de monje como en el de obispo.

Escribió muchas obras, bien que no todas quedaron concluidas, por causa de que se lo impidieron varias ocupaciones y molestias, como dice san Julian en su vida; sin embargo, las que andan impresas dan un testimonio de su profunda humildad, de su amor y ternura á la vírgen María, de su vasta erudicion sagrada y profana, y del gusto y zelo con que reformaba y promovia la disciplina eclesiástica: por todo lo cual mereció justamente ser apellidado en vida nuevo Crisóstomo, oráculo del cielo, luz de doctores

y otros títulos que muestran el aprecio en que fué siempre tenido, y con cuanta razon le regaló la Virgen soberana *visitándole en persona* y *asegurándole* de otros mas dulces y apetecibles regalos, que al presente goza en las mansiones eternas.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Barcelona, san Raimundo de Peñafort, cuyo tránsito se celebra el dia 7 de este mes.

En Roma, santa Emerenciana, virgen y mártir, la cual no siendo aun mas que catecúmena, fué apedreada por los gentiles mientras estaba orando sobre el sepulcro de santa Inés, que *habia sido su hermana* de leche.

En Filipos de Macedonia, san Pármenas, uno de los siete primeros diáconos, que, habiéndose entregado á la divina gracia para no seguir mas que su direccion, se aplicó con una entera fidelidad al ministerio de la predicacion que le habian confiado los apóstoles, y llegó bajo Trajano á la gloria del martirio.

En Cesarea de Mauritania, los santos mártires Severiano y Aquila su mujer, que fueron entregados á las llamas.

En Antinoe, ciudad de Egipto, san Asclas, mártir, quien despues de varios tormentos fué precipitado en el rio, donde rindió su alma á Dios.

En Ancira, en Galacia, san Clemente, obispo, que, habiendo sido muchas veces probado con diversas torturas, consumó en fin su martirio bajo Diocleciano.

En el mismo sitio y el mismo dia, san Agatángelo, que sufrió la muerte bajo el presidente Lucio.

En Alejandría, san Juan el Limosnero, obispo de esta ciudad, tan célebre por su ardiente caridad con los pobres.

En Toledo, san Ildefonso, obispo, á quien por la inocencia de su vida, y por haber defendido contra

los herejes la virginidad de la Madre de Dios, la misma Señora le dió de su mano una blanquísima vestidura; y últimamente, despues de haberse hecho célebre por su santidad, fué llamado al cielo.

En el Abruzo citerior, san Mártir, solitario, de quien hace mencion el papa san Gregorio.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui per gloriosissimam Filii tui Matrem beatum Ildephonsum confessorem tuum atque pontificem, misso de thesauris cœlestibus munere decorasti: concede propitius, ut per ejus preces et merita munera capiamus æterna: Per eumdem Dominum nostrum...

O Dios, que por medio de la Madre gloriosísima de tu Hijo honraste al bienaventurado Ildefonso tu confesor y pontífice, enviándole un don precioso de los tesoros celestiales, concédenos benigno que por su intercesion y merecimientos consigamos los dones eternos: Por el mismo Jesucristo nuestro Señor...

La epístola es del capítulo 4 de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo.

Charissime: Testificor coram Deo, et Jesu Christo, qui judicaturus est vivos, et mortuos per adventum ipsius, et regnum ejus: prædica verbum, insta opportune, importune: argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina. Erit enim tempus, cum sanam doctrinam non sustinebunt, sed ad sua desideria coacervabunt sibi magistros, prurientes auribus, et à veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur. Tu vero vigila,

Carísimo: Te conjuro delante de Dios, y de Jesucristo, que ha de juzgar á los vivos y á los muertos, por su venida y por su reino, que prediques la palabra; que instes á tiempo y fuera de tiempo; que reprendas, supliques y amenaces con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes bien juntarán muchos maestros conformes á sus deseos que les halaguen el oido, y no querrán oir la verdad, y se convertirán

in omnibus labora, opus fac Evangelistæ, ministerium tuum imple. Sobrius esto. Ego enim jam delibor, et tempus resolutionis meæ instat. Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiæ, quam reddet mihi Dominus in illa die justus judex: non solum autem mihi, sed et iis, qui diligunt adventum ejus.

á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien, he consumado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demás tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor en aquel dia, el justo juez: y no solo á mí, sino tambien á todos los que aman su venida.

REFLEXIONES.

Vendrá tiempo en que los hombres no quieran sufrir la sana doctrina. Quizá se pensará que está muy lejos de nosotros este tiempo desgraciado de que habla el apóstol; mas para creerlo así era necesario ver que fuese generalmente bien recibida la sana doctrina. ¿Qué se piensa de un predicador cuando en desempeño de su sagrado ministerio combate las supersticiones, los abusos, las falsas devociones que reinan en el pueblo, pero que ceden en beneficio de algunos particulares que tienen interés en sostenerlas? Se dice que esto es destruir la piedad, que es alterar la creencia del pueblo; que á este se le debe dejar en su buena fe, como si la piedad cristiana debiera apoyarse en fábulas y mentiras injuriosas por todos respectos á la misma Religion que las detesta. ¿Es mejor recibida la sana doctrina del que hace ver los evidentes peligros que ocasionan á la conciencia los teatros, los espectáculos sangrientos, ciertos bailes y algunas concurrencias de donde no puede menos de salir manchada la inocencia? ¿Se verian tan frecuentados estos lugares de disolucion si se viese bien recibida entre los

cristianos la sana doctrina? No parece sino que el ser uno católico cristiano no consiste mas que en saber el símbolo y lo que se debe creer, y descuidar totalmente de lo que se debe practicar. Ya se ve: el símbolo no está en guerra con las pasiones, y se quisiera que el decálogo se convirtiese en artículos de pura creencia. Dígase á una de esas personas mundanas que la Virgen santísima no es Madre de Dios, se irritará, se enfurecerá, y dirá que perderá la vida en defensa de lo contrario; pero dígasela que debe mortificarse y llevar la cruz de Jesucristo, se la verá disculparse, santificarse, y asegurar que en nada halla peligro; ¿y es esto algo mas que una lijera sombra de cristianismo?

El evangelio es del cap. 5 *de san Mateo, y el mismo que el dia* XVI, *pág.* 286.

MEDITACION.

DE LOS DAÑOS QUE CAUSA EL LUJO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que por mas que se declame y se haga patente á los ojos de cualquier hombre de mediano juicio la necedad de sostener un lujo que arruina las casas y familias, es tan fuerte la preocupacion á favor suyo, que llega á tenerse por virtud entre sus apasionados. Nada importa que la santa escritura, los padres y doctores le abominen; de nada sirve que la razon y la experiencia se reunan para hacer palpables sus estragos. El lujo ¡quién lo creyera! tiene apologistas entre los cristianos, que han hecho solemne renuncia de las galas y vanidades del siglo: el lujo, se dice, es el alma del comercio, es el nervio de los estados, es el que da ocupacion á una infinidad de artesanos, que morirían sin él á manos de la indigencia; el lujo, se dice, es el azote de la holgazanería.

el destructor de la avaricia, el padre de las artes y el apoyo de la felicidad de las repúblicas. Pero, bien examinadas, ¿tienen alguna fuerza estas exageradas ponderaciones? ¿pueden hacer otra cosa que seducir á los incautos y á los que no se paran en reflexionar las cosas como son en sí mismas? Los imperios mas florecientes del mundo comenzaron todos por la frugalidad, y se arruinaron por el lujo: los Persas, los Asirios, los Griegos y los Romanos no tuvieron otro origen ni otro principio de su fatal decadencia, como lo acreditan sus historias: nunca está mas debil un reino que cuando mas brilla en él un lujo desmedido; y si esto es evidente respecto á una nacion entera, ¿qué sucederá con las familias particulares? ¿Cuántas quiebras ruidosas no padecen los mas sanos caudales? ¿cuántos enlaces ventajosos no impide el lujo cada dia? ¿Qué trastornos, qué inquietudes, qué disgustos, qué disensiones eternas no fomenta el lujo en muchas casas y familias? ¿De cuántas injusticias, de cuántas infamias no es la causa? ¿de qué artificios no debe valerse el que tiene que aparentar una ostentacion que le arruina interiormente?

Pero el lujo fomenta una multitud de manos que vivirian en la ociosidad. Bellamente: no se puede negar que es un bien imponderable que se dé ocupacion á los ociosos, que se ejerciten los talentos útiles y que se fomenten las artes; ¿pero no hay su mas y su menos en esta ocupacion de manos y talentos? ¿Qué utilidad nos traen tantos artífices del lujo y de la vanidad, tantos talentos inútiles y aun nocivos que no tienen otro objeto que las nuevas invenciones con que cada dia se disipan los caudales mas lucidos? ¿Son realmente necesarios esos innumerables ministros de la vanidad, que únicamente se emplean en llenar de polvo y de inmundicia los cabellos, adornándolos y rizándolos contra el precepto del apóstol, y en dar

una enorme magnitud á unas cabezas tan pequeñas como vanas? Serian útiles ciertamente, si, como las adornan en lo físico, las compusieran en lo moral. ¿Y es tambien necesaria esa multitud inmensa de sirvientes, que no tienen otro empleo que dar ostentacion á los señores, viviendo sin embargo en un ocio eterno y vergonzoso? ¿Son por ventura indispensables para nuestra felicidad esas personas que se emplean en las fútiles bagatelas, fruslerías y necedades que nos presenta el inconstante sistema de la moda?

Mas, se fomenta el comercio, y subsisten los artesanos: asi se dice. Pero ábranse los libros de los comerciantes, y se verán llenos de cuantiosos créditos contra esas mismas personas que aparentan en el público el lujo mas brillante; se verá la mayor miseria cubierta con una ostentacion magnífica y pomposa. Y no cobrando el comerciante el importe de sus géneros, ¿podrá subsistir largo tiempo su comercio? Se da de trabajar al artesano; ¿pero cuántos de estos infelices suspiran largo tiempo por sus jornales, carecen del fruto de sus sudores con que debieran alimentar á su familia, y padecen entre tanto no solo el horror de la miseria sino insultos y desprecios de parte de sus deudores? ¿Y es esta toda la utilidad y ventajas que el lujo nos proporciona? ¿Y habremos de ser tan ciegos que no conozcamos nuestra ruina cuando se nos entra por los ojos?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay vicio mas ridículo que la vanidad en el lujo, ni que mas pueda hacer reir á cualquier hombre sensato. Aun los mas apasionados por el lujo se quejan amargamente de la dura precision en que los pone para haber de mantenerle, aunque sea á costa de la mayor economía y del ayuno mas

riguroso en sus casas. Se quejan del excesivo precio á que deben pagar esos muebles de vanidad, que hoy lucen y mañana se desprecian. Ponderan que ha subido tanto de punto la vanidad, que se ven precisados á que sus mujeres é hijas lleven hoy en la cabeza lo que en otros tiempos seria el dote de una princesa ó de una reina; se lamentan de que no pueden colocar á una hija á causa de los excesivos gastos que ha introducido la moda; y si no la colocan, sienten el desvelo é inquietudes que les causa el custodiarla. Así hablan los mismos esclavos del lujo, aquellos hombres en cuyas manos está el librarse enteramente de tan tirana esclavitud, si tuviesen siquiera una hora de juicio. ¿No seria un loco el que pudiendo con solo querer librarse de una enfermedad, se obstinase en padecerla y se quejase de sus males? ¿No seria mas digno de risa que de lástima? Pues esto es lo que sucede á los lujosos: todos se quejan, todos pueden solo con que quieran librarse de tan molestos sinsabores, y con todo ninguno se resuelve á romper esta cadena que á todos enlaza.

No es menos risible la locura de los que dicen serles necesaria la ostentacion y el lujo para distinguirse de los inferiores y de las gentes de otra clase. Y llega á tanto el desatino, que creerian arriesgar su honor si no se presentasen con el mismo tren y magnificencia que los demás de su esfera y condicion. ¡Sublime idea por cierto la que se tiene del mérito y del honor! A poco tiempo que se reflexione, se conoce claramente que el honor no tiene enemigo mas poderoso ni temible que el mismo lujo con que quiere conservarse. Quiere una señora mantener entre sus iguales el mismo lujo que ellas; saben muy bien estas lo que pasa por sí mismas para sostenerle, la economía, los ayunos forzados que les cuesta en su casa el brillar en las concurrencias; saben tambien á cuanto ascienden sus

rentas; y por estos principios, en que no pueden equivocarse, cuando ven que otra las compite ó las excede en galas, y sin tener una igual ó mayor renta, es muy natural la consecuencia que, ó el mercader le dará sus géneros de valde, ó que se valdrá de alguna industria que ellas no conocen. ¿Y cuánto no interesa esto su honor? ¿Y serán muy temerarios los juicios á que se da lugar con una conducta semejante?

Quiere una señora distinguirse de la plebe con un vestido magnífico y costoso, ¿pero no se sabe demasiado que ciertas prendas naturales reunidas á la disolucion mas infame suelen equivocar todas las clases? ¿Quién podrá distinguir una de esas viles criaturas de la señora mas encumbrada, solo por el exterior? Debiera, pues, esta vestirse de estrellas y coronarse de luceros para distinguirse de las otras. Pero ¿tienen juicio, tienen sentido comun unas personas que hacen consistir su honor en cuatro cintas, en cuatro bagatelas que se compran en cualquiera tienda por unos pocos doblones? ¿Mas qué se dirá de mí si no me presento con los mismos atavíos que las señoras de mi esfera? Se dirá que tienes juicio, que no eres tan loca como las demás, que usas de tu razon, que fundas tu mérito en tus operaciones, que no quieres ser vil esclava de los caprichos de la moda, que crees que el vestido no puede darte un mérito verdadero, que te sabes contentar con una decencia cristiana y digna de que la imitasen las demás. Esto es lo que se dirá, y así pensará todo hombre sensato. Es verdad que no juzgará del mismo modo esa turba de adoradores sacrílegos que te adula, que celebra tus prendas y elogia el bello gusto de tus adornos; ¿pero eres tan inocente que no adviertas adonde se dirigen esos fingidos elogios? Saben muy bien esos jóvenes á quienes procuras agradar, que á proporcion que es mayor tu artificio en adornarte, es menor el que tienen que

emplear para seducirte. Esos mismos que elogian tus gracias y belleza no son los que te buscarán para esposa. Saben que una mujer apasionada por el lujo no es una fortaleza inconquistable á las balas de oro y plata; que el honor es una débil barrera en este caso; y aun cuando pudieses resistir á sus ataques, ¿quedaria por eso tu honor ileso entre sus lenguas?

Desengáñate, pues, y cree firmemente que la virtud, la honestidad y la decencia son las prendas mas brillantes, y las que hacen el verdadero adorno de una señora cristiana. Todo cristiano renuncia solemnemente en el bautismo las galas, pompas y vanidades del siglo. Pregunta, pues, á una de esas personas del mundo qué es lo que ha renunciado en el bautismo, y no sabrá que responderte, ¡cosa extraña! Jamás pensó san Ildefonso en los vanos adornos que tanto se estiman en el mundo, y mereció que la misma Reina del universo le honrase, enviándole de los cielos un adorno preciosísimo.

¡Cuándo haré, Dios mio, el aprecio que debo del verdadero mérito, de la santa libertad de hijo vuestro que me mereció mi Redentor, y despreciaré altamente estas ilusiones de vanidad con que el mundo me deslumbra! ¡Cuándo lograré revestirme de la estola de justicia que haga á mi alma vistosa y agradable á vuestros ojos, y me desnudaré del hombre viejo que todo es corrupcion y vanidad!

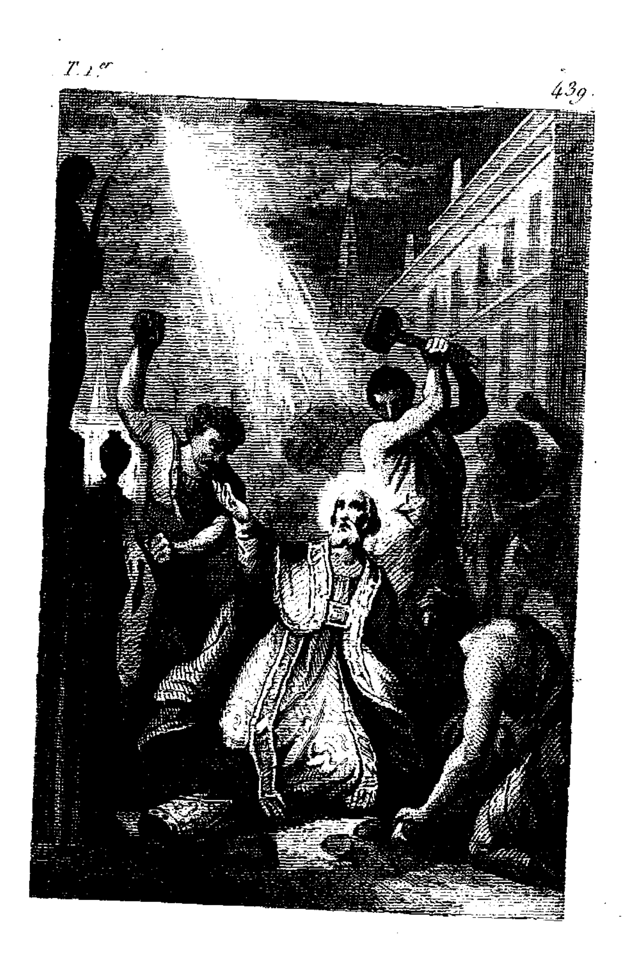
JACULATORIAS.

Averte oculos meos, ne videant vanitatem. Salm. 118.
Apartad, Señor, mis ojos de la vanidad del mundo.

Tu scis quod abominer signum superbiæ et gloriæ meæ, quod est super caput meum. Esth. 14.
Sabeis, Señor, que abomino esta señal de soberbia y de vanidad que llevo sobre mi cabeza.

PROPOSITOS.

1. La soberbia, la avaricia y otras semejantes pasiones son unos vicios que naturalmente aborrecemos en los demás, pero que con dificultad los conocemos dentro de nosotros. Se hacen las mas fuertes invectivas contra la sed insaciable de un avaro; pero apenas hay quien se confiese herido de esta lepra. Lo mismo sucede con el lujo: por poca reflexion que se haga se conocen con evidencia los daños que causa al estado, á las familias y á la Religion; pero son muy pocos los que se quejan de esta enfermedad. Se ven infinitas personas en quienes no puede menos de condenarse un lujo exorbitante, y que escandaliza no solo en las calles y paseos, sino al pié de los santos altares; se las ve llegar tambien, y con frecuencia, á presentarse al juicio del sacerdote, y sin duda se creerá que van á manifestar esta lepra. Esperas los siete dias que prescribe la ley para abrirse de nuevo el juicio, y observas que no solo continúa la lepra, sino que va creciendo por momentos. Esperas no obstante otros siete dias, y no ves que los leprosos se presenten con vestidos descosidos, con la cabeza desnuda, con el rostro cubierto, y llamándose á voces contaminados é inmundos, ni que se separen de la multitud conforme á la sentencia de la ley. Es decir, esas mismas personas frecuentan los sacramentos, hacen una vida al parecer cristiana, y no se las ve que minoren el lujo: lo que es una prueba decisiva de que ó no le tienen por malo, ó que no le condena el sacerdote. A tanto como esto llega la ceguedad en que puede precipitarte ese vicio detestable. El ejemplo de los demás tiene tambien una fuerza poderosa para que creamos permitido lo que vemos universalmente practicado; pero debes tener muy presente que no te ha de juzgar Dios por lo que hicieren ó pensaren los demás, sino



S. TIMOTEO, O. Y C.

por tu propia conciencia. No te servirá de disculpa el mal ejemplo : Dios te manda que lo evites, y esto debe ser la regla de tu conducta.

2. Hazte una ley inviolable de cercenar algo cada dia de aquellos gastos que te parezcan menos precisos, y vete reduciendo poco á poco á una moderacion y frugalidad cristiana. No te se prohibe un porte decente y honesto conforme á tu calidad; pero ¿ tendrás conciencia para dejar el vestido decente que hoy usas por comprarte otro, sin mas necesidad que el ser de moda? ¿ No es mucho mas preciso el socorro de los pobres á quienes faltan uno y otro? Sueles hacerte un vestido en tu cumpleaños, en tus dias ó en los de tu mujer ó hijos, sin mas necesidad que esta ocurrencia; y ¿no seria una moda muy cristiana y digna de que se extendiese en todas partes que vistieses á algun pobre en tales dias? Sueles tambien en dichas ocasiones dar una mesa espléndida á tus conocidos y parientes, que no lo necesitan y que tal vez murmuran de tu profusion ó se quejan de tu escasez; ¿y no seria mejor que te acompañasen varios pobres, que quedarian satisfechos y los tendrias siempre agradecidos? Estas razones te parecen bien, y aun te convencen; ¿ pero tendrás resolucion para ponerlas en práctica?

DIA VEINTE Y CUATRO.

SAN TIMOTÉO, OBISPO DE ÉFESO Y MÁRTIR

San Timotéo, á quien san Pablo en muchas de sus cartas llama su discípulo carísimo, su amado hijo y su hermano, fué natural de Listres, en Licaonia, provincia del Asia Menor. Su padre era gentil y su madre judia; llamábase esta Eunice, y habia abrazado la re-

ligion católica, como tambien Lois, abuela de Timotéo, en el primer viaje que hicieron á Listres san Pablo y san Bernabé. Así Lois como Eunice se distinguian mucho entre los cristianos por su celo y por su piedad. El mismo apóstol san Pablo da testimonio de su fe en la segunda epístola á Timotéo, cuando dice: *Teniendo presente aquella fe, que es en ti tan verdadera, y fué tan constante en tu abuela Lois y en tu madre Eunice.* Estas dos santas mujeres criaron cuidadosamente en la fe y en la piedad á Timotéo, aplicándole tambien al estudio de las letras sagradas, en que se empleó desde su niñez; y adelantó tanto en ellas, que cuando el apóstol volvió la segunda vez á Listres en compañía de Silas, encontró á Timotéo hombre ya formado en la virtud, y le escogió por compañero de sus peregrinaciones y de sus trabajos en la predicacion del Evangelio. Ante todas cosas hizo que se circuncidase; no porque creyese que la circuncision de la carne era necesaria ni conducente para la salvacion, sino para habilitarle para predicar la fe á los innumerables judíos que habia en aquella provincia; los cuales sin esta circunstancia nunca le darian oidos y huirian de él, teniéndole por infiel como hombre incircunciso. Desde este tiempo, aunque Timotéo era jóven, le miró siempre san Pablo como compañero de su apostolado, coadjutor y hermano suyo.

La estimacion que de él hacia y la ternura con que le amaba se conocen bien en los diferentes elogios con que le nombra en sus cartas. Escribiendo á los Corintios, les dice: *Ahí os envio á mi amado hijo Timotéo, que es fiel en la obra del Señor.* Y en el título de la epístola que dirige á los fieles de la ciudad de Filipos le iguala consigo mismo, diciendo: *Pablo y Timotéo, siervos de Jesucristo, á todos los santos que estan en Filipos.* Lo mismo repite en la epístola á los Tesalonicenses: *Os hemos enviado á Timotéo, hermano nuestro y ministro*

de Dios en el Evangelio de Jesucristo. Y otra vez á los de Filipos: *Muy presto espero enviaros á Timotéo, porque no tengo otra persona de mayor satisfaccion mia, ni que mas cordialmente se interese por vosotros, puesto que todos buscan su interés y no el de Jesucristo. Por vuestra propia experiencia conoceréis qué hombre es. Él me ha ayudado en el ministerio del Evangelio como pudiera ayudar un buen hijo á su padre.* Finalmente, escribiendo á los Colosenses, comienza de esta manera: *Pablo apóstol de Jesucristo por órden de Dios, y Timotéo su hermano.* El grande amor que profesaba á Timotéo un apóstol tan iluminado y tan lleno del amor de Cristo como san Pablo, acredita bien cuán amado era de Dios aquel á quien él estimaba y amaba tanto.

El primer viaje que hizo san Timotéo en compañía de san Pablo fué el de Asia á Macedonia, donde tuvo mucha parte en las conversiones que allí obró el Señor por medio de su apóstol. Siguióle á todas las ciudades de aquella provincia hasta Beréa, donde le dejó con Silas, teniéndole por muy á propósito para trabajar en aquella nueva viña del Señor, y para confirmar á los fieles en la fe. Hallándose san Pablo en Atenas, llamó á Timotéo para que le ayudase en aquella mision; pero, teniendo noticia de que eran maltratados los cristianos de Tesalónica, envió allá á su querido discípulo para asegurarlos, para fortalecerlos, y para prevenirlos contra la persecucion que ya amenazaba á la Iglesia.

Volvió despues san Timotéo á buscar á san Pablo á la ciudad de Corinto, y le acompañó en todos los viajes que hizo á Jerusalen, Grecia, Asia, Macedonia, Acaya y Palestina, y hasta á Roma; compartiendo, por decirlo así, con este grande apóstol los trabajos que padecia por Jesucristo, como inseparable compañero de sus apostólicas fatigas.

Pero si tuvo tanta parte en estas, no tuvo menos en

sus conquistas. Vuelto á Roma el apóstol, le envió á visitar diferentes iglesias particulares, en las cuales hizo inmensos bienes por la gloria de Jesucristo. Volvió á Filipos, donde fué preso por la fe. Alegróse tanto de padecer en defensa de la verdad, que tenia por singulares favores del cielo los ásperos tratamientos que le hacian. Puesto en libertad el generoso confesor del Evangelio, pasó inmediatamente á Roma á buscar al apóstol san Pablo, con quien hizo otra jornada al Oriente; y los dos se dividieron en Éfeso por algun tiempo. Viendo el apóstol la necesidad que tenia aquella iglesia de un obispo particular, le consagró obispo de ella; y aunque amaba tanto á aquel querido hijo suyo, se separó de él cuando la gloria de Dios lo pedia así. Comunicóle el órden episcopal por la imposicion de las manos; y estando para partir á Macedonia, le mandó que se quedase en Éfeso como su primer obispo.

Antes de partir, le encomendó san Pablo que se opusiese con vigor á la mala doctrina que sembraban algunas personas; que arreglase sus oraciones públicas, y que velase sobre la vida de todos los fieles.

Fué muy sensible á entrambos esta separacion; solo pudo resolverlos á ella la obligacion de preferir los intereses de la Iglesia universal á su particular complacencia. No pudo san Pablo estar mucho tiempo sin escribir á su querido Timotéo; y por el estilo de la carta se conoce la singular ternura que conservaba siempre á un discípulo tan amado. Enséñale en ella las principales obligaciones del obispo, y las prendas que deben acompañar á los que hubieren de ser escogidos para el ministerio sagrado. Exhórtale á reprimir los falsos doctores, que con hipócritas apariencias, con palabras dulces y afectadas, con voces artificiosas y nuevas, introducian doctrinas peligrosas y corrompian las costumbres. Muéstrale los deberes de todos

los cristianos en general, sin distincion de estados ó condiciones. Quiero, decia, que á todos se les haga familiar la oracion, y que sepan hacerla á Dios en todo lugar y tiempo; que las mujeres vistan modestamente, adornándose con el pudor y con la modestia mas que con los galones, con las pedrerías y con las telas; que los ricos no sean orgullosos ni coloquen su esperanza en las riquezas vanas y perecederas, sino en la bondad de Dios que nos da los bienes en abundancia; que sean ricos en buenas obras, explicándolas en limosnas y en liberalidades. Finalmente exhorta al mismo Timotéo á que sea ejemplo de los demás fieles, sirviéndoles de modelo la regularidad de su vida y la pureza de sus costumbres. Con todo esto le aconseja que modere sus excesivas penitencias, y le ordena que beba un poco de vino por su grande flaqueza de estómago, y por los molestos achaques que padecia.

Volviendo san Pablo de Oriente, pasó por Éfeso para ver á su querido discípulo, y cuando llegó á Roma le escribió otra segunda epístola. *No te avergüences*, le decia, *de dar testimonio de nuestro Señor, y de mí que estoy en prisiones por su amor.* Animale despues á que esté firme en las contradicciones y las persecuciones de los falsos doctores, y de los falsos hermanos: *Conserva con cuidado*, le dice, *el depósito de la fe y de la sana doctrina que aprendiste de mí. Predica, reprende, corrige, ruega en toda paciencia; llena con diligencia tu ministerio, y no desmayes por las contradicciones. Vendrá tiempo en que el prurito de oir novedades hará que cada uno busque maestros que le hablen á su paladar y á su deseo. Habrá hombres llenos de amor propio y atestados de vicios, que con apariencia de piedad, ó con un exterior aparato de virtud, serán enemigos de la Religion.* De este número son los que se insinúan en las casas para dogmatizar y para introducir el error, valiéndose de mujeres cargadas de pecados, y agita-

das de diferentes pasiones para dar crédito á su perversa doctrina.

No solo fué discípulo de san Pablo san Timotéo, sino que en cierta manera se puede decir que tambien lo fué de san Juan; porque habiéndose retirado á Éfeso este amado discipulo de Cristo, gobernando desde allí todas las iglesias del Asia, no amó menos que san Pablo á nuestro santo obispo, dándole una especie de inspeccion general sobre las mismas iglesias que el evangelista gobernaba. Tiénese por cierto que fué san Timotéo aquel ángel de la iglesia de Éfeso con quien habla en su Apocalipsi el mismo evangelista, alabándole mucho por el horror con que miraba á los herejes, por el celo con que trabajaba en la viña del Señor, y por los muchos trabajos que habia padecido promoviendo su mayor gloria. Despues le exhorta á renovar el fervor, así como san Pablo le habia exhortado en su carta que renovase la gracia que habia recibido al tiempo de ordenarse por la imposicion de las manos.

Despues del destierro de san Juan, duró poco tiempo san Timotéo en la silla episcopal de Éfeso; porque se ofreció presto ocasion de explicar su ardiente celo con el motivo de una de las fiestas de los gentiles, llamada Catagogía. Prendiéronle, arrastráronle por la ciudad, y le cargaron de pedradas y de golpes con unas grandes mazas. Sus discipulos le retiraron medio muerto, y le condujeron á un monte vecino, donde consumó su martirio el año 97 del nacimiento de Cristo.

LA DESCENSION DE LA VÍRGEN SANTÍSIMA,

Ó FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ.

En el dia 24 de enero se celebra en todo el arzobispado de Toledo la admirable descension de la Reina de los ángeles, desde el trono de su gloria eterna á la santa iglesia catedral de Toledo, con el fin de manifestar su agradecimiento á su devotísimo siervo san Ildefonso, honrándole con una dádiva de los tesoros del cielo, la cual se conserva hasta el dia para eterna memoria de un favor tan singular.

No satisfecha la santísima Vírgen con haber honrado al santo por medio de la gloriosa santa Leocadia en los asombrosos términos que queda dicho en su vida, quiso por sí misma manifestarle su gratitud al apreciable obsequio que la hizo en la defensa de su perpetua virginidad contra los blasfemos herejes impugnadores de tan singular prerogativa. Llegó la víspera de la festividad de la Expectacion, que por decreto del concilio Toledano X se mandó celebrar en España en el dia 18 de diciembre; pasó el santo prelado á la media noche, acompañado de su familia y de algunos de su clero y pueblo, á cantar los maitines de aquella solemnidad; y advirtiéndose al tiempo de entrar en la iglesia un inmenso resplandor, cuya excesiva luz no podian resistir los ojos corporales de la comitiva, huyeron asustados, dejando solo al santo. Entró Ildefonso al templo lleno de confianza en el Señor, y puesto de rodillas ante el altar donde acostumbraba orar, vió sentada en su catédra á la santísima Vírgen entre una multitud innumerable de espíritus celestiales. Atónito con la novedad, y tur-

bado con la reverencia que le causó la soberana presencia de la Reina de los ángeles, luchaba consigo mismo sin atreverse á mirar ni explicarse. Pero viendo la Señora la congoja en que se hallaba su siervo, le alentó con benignidad diciéndole: *No temas, Ildefonso, porque aunque soy Madre de Dios, no me desdeño en descender de los cielos para honrarte, para consagrar tu Iglesia y eternizar en todo el mundo tu memoria: sabe que porque defendiste con tanto brio y zelo mi virginal pureza contra los blasfemos enemigos que procuraron negarme esta singular gracia, y por el amor y afecto que me profesas, quiero honrarte con este don del cielo, y darte por mi mano esta vestidura gloriosa, de la que usarás en mis festividades*; y poniéndole una casulla sobre los hombros, desapareció al momento, quedando el templo lleno de inexplicable fragancia. Entraron los clérigos despues de algun tiempo en la iglesia, deseosos de saber lo acaecido, y hallaron al santo anegado en lágrimas de gozo, tan distraido con la dulzura que le ocasionó el prodigio, que no acertaba á explicarles el suceso; y refiriéndoles, despues de reparado, lo ocurrido en aquella extraordinaria fineza, pasmados y asombrados todos, le veneraron en lo sucesivo como á privado de la Reina de los ángeles.

Por haber sido tan particular el beneficio dicho, dispuso la santa iglesia de Toledo celebrar su memoria anualmente en el dia siguiente á la festividad de san Ildefonso, en reconocimiento de un favor tan singular concedido á su prelado, y persuadida á mayor abundamiento que despues que la santísima Virgen consagrara aquel templo con su real presencia, habia de quedar por casa suya, para que en ella la invocasen los fieles con particular afecto, recompensado con los innumerables beneficios de proteccion que tiene acreditada la experiencia.

La referida casulla se conservó en la santa iglesia de Toledo con el aprecio y veneracion correspondiente hasta la irrupcion de los Árabes, en la que, temerosos los fieles de que cayese en sus manos tesoro tan precioso, la retiraron á la ciudad de Oviedo, donde permanece en la cámara santa, inclusa en una arca de plata con grande custodia y respeto, sin atreverse á abrirla los prelados de aquella iglesia, por los castigos que el Señor ha hecho cuando lo han ejecutado no siendo justísimo el motivo, manifestando por ellos la profunda veneracion que se debe á los dones del cielo.

Tambien se llama esta festividad Nuestra Señora de la Paz, por lo siguiente. Cuando el rey don Alfonso el sexto conquistó de los Moros la ciudad de Toledo, una de las condiciones estipuladas con ellos fué el que quedase por mezquita el templo principal de aquella capital. Ausentóse Alfonso á Castilla la Vieja, dejando á su mujer Doña Constanza por gobernadora de Toledo con el arzobispo don Rodrigo, nuevamente electo; y pareciendo á estos que era cosa indigna de la piedad cristiana, que, siendo los católicos los dueños de la ciudad, no lo fuesen de la Iglesia metropolitana, consagrada con la real presencia de la Vírgen santísima, centro y asilo de los fieles; mirando con horror por lo mismo el que sirviese para los cultos del falso profeta Mahoma, trataron de apoderarse de ella con gente armada, sin reparar en el contrato celebrado por el rey, ni temer el peligro á que se exponian en un pueblo donde era mayor el número de Agarenos; los cuales, advirtiendo el hecho, tomaron las armas para vengar la injuria, juzgando habia quebrantado Alfonso el pacto juramentado; y solo se aquietaron por haber sabido que se ejecutó sin saberlo el rey, á quien despacharon embajadores inmediatamente, querellándose del atentado. Sintió Alfonso en el alma semejante pro-

cedimiento, como tan amante de la fidelidad en sus contratos. Volvió á Toledo precipitadamente, con firme resolucion de hacer en la reina y arzobispo un escarmiento, por la violencia que hicieron á su real palabra.

Súpose en la ciudad el enojo que concibió el rey: y para moverle á conmiseracion, salieron los cristianos vestidos de luto en procesion de penitencia; pero como era un príncipe de tanto honor y de fuerte empeño, no fué capaz semejante invencion piadosa para ablandar su magnánimo pecho, como ni los ruegos de su hija única, que vestida de cilicio le suplicó, llena de lágrimas, se dignase perdonarles, atendiendo al motivo que les animó para una accion que solo tuvo por objeto el que se le tributasen al Señor los cultos correspondientes en aquel templo. Pero, en fin, oidos sus ruegos en el cielo, se logró el intento por una de sus extraordinarias disposiciones; y fué, que, considerando los Árabes el peligro á que se exponian si el rey llegaba á ejecutar la resolucion premeditada, postrados á sus piés, le suplicaron encarecidamente perdonase á los cristianos, manifestándole que convenian desde luego gustosos en la dimision del templo.

Conociendo Alfonso en esto que obraba la divina Providencia para que, sin mengua de su palabra real, lograsen los cristianos el fin que deseaban, no otro que el que se adorase á Dios en la principal iglesia, lleno de regocijo, entró en la ciudad, y perdonó con munificencia á la reina, arzobispo, y católicos que contribuyeron á la empresa. Y verificada la paz no esperada, por el insinuado medio, se llamó la festividad que se celebra en este dia Nuestra Señora de la Paz, con cuyo título continúa su memoria.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de san Timotéo, discípulo de san Pablo, y consagrado obispo de Éfeso por este apóstol. Despues de haber sufrido muchos combates por Jesucristo, reprendiendo un dia este zeloso ministro á los paganos que sacrificaban á Diana, fué cubierto de una nube de piedras, y á poco tiempo reposó en el Señor.

En Antioquia, san Bábilas, obispo, que, habiendo glorificado muchas veces á Dios por sus sufrimientos durante la persecucion de Decio, acabó su gloriosa vida cargado de cadenas, con las cuales quiso ser enterrado: se refiere que con él padecieron tres niños, Urbano, Prilidiano y Epolonio, á quienes habia instruido en la fé de Jesucristo.

En Neocesarea, los santos mártires Mardonio, Muson, Eugenio y Metelo, que fueron quemados, y sus cenizas arrojadas al rio.

En Foligni, san Feliciano, á quien el papa Victor habia consagrado obispo de esta ciudad, y el que, despues de muchos trabajos, recibió en una extrema vejez la corona del martirio bajo el emperador Decio.

El mismo dia, san Tirso y san Proyecto, mártires.

En Bolonia, san Zamas, que habiendo sido creado primer obispo de esta ciudad por el papa san Dionisio, propagó en ella maravillosamente la fe cristiana.

El mismo dia, san Surano, abad, que tuvo gran reputacion de santidad en tiempo de los Lombardos.

La oracion de la misa es la que sigue.

Infirmitatem nostram respice, omnipotens Deus: et quia pondus propriæ actionis gravat, beati Timothei martyris tui atque pontificis intercessio gloriosa nos protegat: Per Dominum nostrum Jesum Christum.

Atiende, ó Dios todopoderóso, á nuestra flaqueza; y pues nos oprime el peso de nuestros pecados, alívianos de él por la gloriosa intercesion de tu bienaventurado mártir Timotéo: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 6 de la primera del apóstol san Pablo á Timotéo.

Charissime : Sectare justitiam, pietatem, fidem, charitatem, patientiam, mansuetudinem. Certa bonum certamen fidei, apprehende vitam æternam, in qua vocatus es, et confessus bonam confessionem coram multis testibus. Præcipio tibi coram Deo, qui vivificat omnia, et Christo Jesu, qui testimonium reddidit sub Pontio Pilato, bonam confessionem: ut serves mandatum sine macula irreprehensibile usque in adventum Domini nostri Jesu Christi, quem suis temporibus ostendet beatus et solus potens, Rex regum, et Dominus dominantium : qui solus habet immortalitatem, et lucem inhabitat inaccessibilem : quem nullus hominum vidit, sed nec videre potest : cui honor, et imperium sempiternum.

Amen.

Carísimo : Sigue la justicia, la piedad, la fe, la caridad, la paciencia, la mansedumbre. Pelea en el santo combate de la fe; asegúrate la vida eterna para que has sido llamado, habiendo hecho tan buena confesion de la fe en presencia de muchos testigos. Te mando en presencia de Dios, que vivifica todas las cosas, y de Jesucristo, que dió tan glorioso testimonio de la verdad bajo Poncio Pilato, que guardes mis mandamientos puros irreprensibles hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo, la que en su tiempo manifestará el bienaventurado y solo poderoso Rey de reyes y Señor de señores, que solo posee la inmortalidad, que habita una luz inaccesible: al cual no ha visto hombre alguno, ni aun le puede ver; y á quien se debe el honor y el imperio eterno. Amen.

NOTA.

« Habiendo dejado san Pablo en Éfeso á su discípulo
» Timotéo, que fué el primer obispo de aquella ciu-
» dad, pasó el apóstol á Macedonia, donde estuvo
» algun tiempo en la ciudad de Filipos; y desde allí
» escribió su primera carta á Timotéo hácia el año 64
» del nacimiento de Cristo. Explícase en esta carta el
» verdadero carácter de un perfecto obispo; por lo
» que, dice san Agustin que los prelados debieran
» leerla continuamente. »

REFLEXIONES.

Gobiérnate siempre por la justicia, por la piedad, por la fe, por la caridad, por la paciencia, por la dulzura. Estas virtudes andan siempre juntas: quien tiene piedad, quien tiene caridad, las tendrá todas.

¿Puede haber en el mundo otro objeto que sea mas acreedor á todas nuestras atenciones, á todos nuestros cuidados? Y con todo eso cualquiera otro objeto nos ocupa mas. No siempre son las mejor desempeñadas las obligaciones de la Religion, ni suele ser el amor de la virtud la pasion mas viva que tenemos. Un falso oropel nos deslumbra; una apariencia de fortuna nos encanta. Corremos sin saber adonde; nos fatigamos, nos afanamos tras unos bienes cuya fugacidad se llora y cuya vanidad se palpa. Aquellas mismas quimeras contra las cuales declamamos tanto, esas suelen ser nuestros ídolos. Una plaza, un empleo, un beneficio, una honra imaginaria, que solo subsiste en nuestra fantasía, que no tiene otro sér real sino los trabajos que cuesta el conseguirla y el dolor de haber servido de burla ó de juguete á su insubsistencia; esto es á lo que se aplica toda la atencion, á esto se consagran los desvelos, á esto se sacrifican los bienes, la salud, la salvacion. ¡O eterno Dios, y cuándo tendremos juicio! ¡Cosa extraña, que solo desbarremos en nuestros verdaderos intereses!

Trata de asegurar la vida eterna, para la cual fuiste criado. El tiempo de esta vida solamente se nos dió para hacer esta fortuna; y esta fortuna solamente se puede fabricar mientras dura el tiempo. ¿Hay por ventura otra fortuna que hacer? El fruto del buen uso del tiempo es una dicha eterna.

¿Qué testimonio hemos dado de nuestra fé? ¿y delante de quién hemos dado este testimonio? ¿Es acaso delante de los hijos y de los domésticos, á quienes tan

poco se les edifica y tanto se les escandaliza? ¿es por ventura en esas concurrencias del mundo, donde se tiene vergüenza de parecer cristianos? ¿es quizá en el comercio de la vida civil, donde reina tan poca rectitud, y de donde está desterrada la buena fe? ¿es en el templo santo de Dios, donde se está con tan poco respeto y con tan ninguna devocion? ¿Pues dónde, en qué parte damos este público testimonio de nuestra fe y de nuestra piedad?

Exhorta el apóstol á su discípulo que trabaje sin cesar en el negocio grande de su salvacion, y que trabaje hasta la muerte, sin lo cual no se hace este grande, este importante negocio. ¿Cuántas reflexiones pueden hacer aquellas personas que comienzan tan tarde á trabajar en él, y se cansan tan presto, faltando á la perseverancia?

El evangelio es del cap. 14 de san Lúcas.

In illo tempore, dixit Jesus turbis: Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus. Et qui non bajulat crucem suam, et venit post me, non potest meus esse discipulus. Quis enim ex vobis volens turrim ædificare, non priùs sedens computat sumptus qui necessarii sunt, si habeat ad perficiendum: ne posteaquàm posuerit fundamentum, et non potuerit perficere, omnes qui vident, incipiant illudere ei, dicentes: Quia hic homo cœpit ædificare, et non potuit con-

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas: Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su mujer, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio los gastos que son necesarios para ver si tiene con qué acabarla, á fin de que despues de hechos los cimientos, y no pudiendo concluirla, no digan todos los que la vieren: Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? O ¿qué rey

summare? Aut quis rex iturus committere bellum adversùs alium regem, non sedens priùs cogitat, si possit cum decem millibus occurrere ei, qui cum viginti millibus venit ad se? Alioquin, adhuc illo longe agente, legationem mittens rogat ea, quæ pacis sunt. Sic ergo omnis ex vobis, qui non renuntiat omnibus quæ possidet, non potest meus esse discipulus.

debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego, si puede presentarse con diez mil hombres, al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, aun cuando está muy lejos, le envia embajadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

MEDITACION.

DE LA RENUNCIA DE TODO LO QUE SE AMA POR AMOR DE JESUCRISTO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el Evangelio no anuncia otra cosa sino humildad, mortificacion, penitencia; nada predica sino abnegacion, renuncia de todo cuanto mas se ama en el mundo; hasta decirnos que si no nos aborrecemos aun á nosotros mismos, no podemos ser discípulos de Cristo. ¿Qué nos parece de esto? Segun esta idea ¿tendrá Cristo el dia de hoy muchos discípulos en el mundo?

¿Qué cosa mas loable ni mas justa que amar al prójimo? El mismo Dios nos lo manda con precepto formal y expreso. Con todo eso, cuando se atraviesan los intereses de Dios, es menester renunciar la carne, la sangre, y aun á sí mismo, so pena de renunciar á Dios. El que viniere á mí (esta expresion comprende todos los estados, todas las condiciones de las personas cristianas), el que viniere á mí, dice Cristo, y no aborreciere al padre, á la madre y hasta á su misma persona, no puede ser mi discípulo. No puede ser cosa

mas positiva ni mas clara. No necesita de explicacion el oráculo; ¿pero esta moral es muy de nuestro gusto? ¿se practica mucho el dia de hoy esta cristiana filosofía?

¿Ceden siempre á las obligaciones de la Religion los intereses de la familia? ¿no se da oidos jamás á los clamores de la carne y de la sangre en perjuicio de la conciencia? En los negocios, en las diversiones, en los proyectos para adelantarse, para hacer fortuna, ¿se consulta siempre á solo Dios, y á solo Dios se le oye, sin que concurran otros respetos? Ciertamente nos merece Dios bien poco, si no nos merece todo nuestro corazon. ¡Qué impiedad colocar al ídolo de Dagon en el mismo templo! ¡O mi Dios, y qué mal se compone lo que obramos con lo que creemos! Creemos vuestras palabras; pero nada hacemos menos que lo que ellas nos intiman. Nuestras obras desmienten visiblemente nuestra fe.

No permitais, Señor, que esta confesion sirva solo para hacerme mas delincuente. Vos me asegurais que debo aborrecerme á mí mismo si quiero ser vuestro discípulo. Sí, Señor; yo quiero serlo; y desde hoy en adelante será mi vida la prueba mas concluyente de mi sincera voluntad.

PUNTO SEGUNDO

Considera en qué grosero, en qué pernicioso error incurriria una persona que oyendo estas palabras del Salvador: *El que viniere á mí, y no aborreciere al padre, á la madre y aun á su misma persona, no puede ser mi discípulo*, se persuadiese que podia ser verdadero discípulo de Cristo, sin tener este odio santo, este odio evangélico, amándose únicamente á sí mismo, no dando lugar en su corazon á otro objeto que á su ambicion, á sus gustos, á sus propios intereses. Ea, pues, suspendamos por un momento nuestras anti-

guas preocupaciones. Vaya á un lado por un instante la autoridad de nuestro amor propio. ¿No somos nosotros los que incurrimos en este error? ¿hacemos por ventura otra cosa? ¿queremos acaso mas que aquello mismo que estamos condenando?

¡Ah, que estamos de tal manera enamorados de nosotros mismos, llenos de nosotros mismos, esclavos de nosotros mismos, que somos, por decirlo así, ídolos de nosotros mismos, quemándonos incienso, ofreciéndonos votos, sacrificándonos víctimas; siendo la primera que se sacrifica nuestra propia salvacion y los intereses de Dios!

Si se coteja nuestra conducta con la de los santos mártires, ¿quién no dirá que tuvieron otro Evangelio? Digámoslo mejor: el Evangelio es el mismo; y por lo mismo que lo es, no puede haber mayor extravagancia que lisonjearnos de ser discípulos de un mismo Maestro, y de seguir la misma doctrina cuando las costumbres son tan diferentes. Si paso los dias en las diversiones y en los entretenimientos; si solo ando tras lo que lisonjea los sentidos y halaga la concupiscencia; si fomento las pasiones y me dejo arrastrar de ellas; si toda mi ocupacion es satisfacer el amor propio; ¿podré decir que sirvo á un mismo Señor, y que obedezco á una misma ley que los santos mártires? ¿Y qué razon tendré para esperar la misma recompensa? Una mujer que vive entre la delicadeza y entre el regalo, ¿logrará la misma bienaventuranza que santa Inés? Un hombre que solo ama sus gustos y sus placeres, ¿podrá racionalmente esperar la misma gloria que san Timotéo?

Vos, Señor, me mandais que me aborrezca. Y con efecto, ¿tengo yo mayor enemigo de mi verdadero bien que á mí mismo? ¿Pues qué odio mas justo? ¿No es amarme verdaderamente el aborrecerme de esta manera? Dadme, Señor, este santo odio de la carne y

sangre, este odio saludable de mí mismo. No permitais olvide jamás que no es digno de Vos aquel que ama á otra cosa que á Vos.

JACULATORIAS.

Sponsus sanguinum tu mihi es. Exod. 4.

Señor, no podré amaros ni serviros, si no me abrazo, si no me desposo con vuestra cruz, si no me aborrezco por amaros á Vos solo.

Quid mihi est in cœlo? et à te quid volui super terram? Salm. 72.

Ni en el cielo ni en la tierra ame yo otra cosa que á Vos, Dios de mi alma.

PROPOSITOS.

1. Comienza desde este dia á amar á Dios con un amor de preferencia, en fuerza del cual le asegures el primer lugar en tu corazon, de manera que para mantenerle en él, estés dispuesto á sacrificar bienes, gustos, amigos, parientes y hasta tu misma vida. Para esto toma una firme resolucion de no querer, de no emprender cosa alguna sin consultar primero á Dios, y sin arreglarte en todo á lo que conocieres ser conforme á su voluntad. No te fies de tu sola razon, porque el amor propio ciega. Jamás te resuelvas á hacer cosa de monta sin el parecer de un prudente y zeloso director.

2. Examina si te dejas llevar con exceso del amor de tu familia y de tus intereses temporales. Suele haber ciertas predilecciones, ciertas preferencias de amor entre los mismos hijos, queriendo á unos mas que á otros, las cuales llenan las casas de zelos y de inquietudes. No son menos odiosas ni menos perniciosas en las comunidades las amistades particulares. Todas esas distinciones, todas esas preferencias son efectos del amor propio. Tengamos sí amor á nuestros parientes y á nosotros mismos; pero sea un amor bien



CONVERSION DE S. PABLO.

ordenado. No seamos esclavos de la pasion, y entonces no cometeremos injusticias. Dios debe estar á la frente de todo, que ese es el lugar que le corresponde. Ahoga tambien al mismo tiempo cierta sensibilidad excesiva; corrige cierto refinamiento de delicadeza y de blandura, que muestra bien el demasiado amor que te tienes á tí mismo. Es el amor propio un enemigo sagaz y doméstico, tanto mas digno de temerse, cuanto menos se desconfia de él. Cuando nos lisonjea, entonces nos vende; camina siempre de acuerdo con las pasiones, y sin cesar arma lazos á nuestra salvacion. Toma desde hoy la generosa resolucion de no contemplarle, de combatirle y de vencerle. En todo se introduce, en todo se insinúa; no hay que perdonarle en cualquiera parte en que se hallare. Foméntase con nuestras convenienzuelas, con nuestras comodidades: y así, corta con resolucion lo que no fuese absolutamente necesario para vivir. La mortificacion le debilita; pues determina desde luego las que has de practicar. Es el suplicio del amor propio, la mortificacion de los sentidos: private de todos esos gustos que solo sirven de hacerle mas orgulloso. No hay cosa mas contraria á la verdadera devocion que el amor propio; y con todo eso no suele estar muy reñido con muchos que hacen profesion de ella. Declárale desde luego una perpetua guerra.

DIA VEINTE Y CINCO.

LA CONVERSION DE SAN PABLO.

Son tan grandes los beneficios que ha recibido la Iglesia de la poderosa mano de Dios por el ministerio del apóstol san Pablo, que en señal de su agradecimiento quiso celebrar con particular culto la memoria

de su conversion, la cual fué como época famosa de todas sus maravillas, habiéndose seguido tambien á ella la conversion de los gentiles. Estableció, pues, una fiesta particular para dar gracias á Dios por la conversion de este apóstol, por su divina vocacion; y por su especial mision á la conversion de la gentilidad. Estos tres señalados favores que hizo Cristo á san Pablo en el instante de su conversion, forman como el objeto principal de esta festividad. Y á la verdad, si entre el *pueblo judío* se celebraba solemnemente la memoria aniversaria de aquellas victorias señaladas que habian sido especialmente ventajosas al estado, ¿qué victoria hubo jamás, que fuese tan ventajosa á la Iglesia, de la cual hubiese sacado tanto fruto ni que la hubiese sujetado tantos pueblos, como la que Cristo consiguió del perseguidor mas furioso de los fieles, por cuyo medio, del mayor enemigo suyo hizo el mayor defensor de su ley, un vaso de eleccion, el doctor de las gentes, y en fin uno de sus mayores apóstoles?

Saulo, que despues tomó el nombre de Pablo, era de nacion judío, de la tribu de Benjamin, y habia nacido en Tarso, metrópoli de Cilicia. Profesaba su padre la secta de los fariseos, esto es, de aquellos judíos que hacian profesion de ser los mas exactos observadores de la ley, y de seguir la moral mas rígida y mas severa. Por su nacimiento era ciudadano romano, por ser este uno de los privilegios de la ciudad de Tarso, que era *Municipio* de Roma (título mas noble que el de *Colonia*), en atencion á que en las guerras civiles se habia siempre declarado por Julio César, y despues por Augusto, hasta tomar el nombre de Juliópolis. Pasó los primeros años de su puericia en Tarso, donde estudió las ciencias griegas, que se enseñaban en aquella ciudad, de la misma manera que en Alejandría y en Atenas. Como tenia Saulo ingenio

conocido, y naturalmente era inclinado al estudio, le enviaron sus padres á Jerusalen, donde aprendió en la escuela de Gamaliel, célebre doctor de la ley, y fué instruido por él con la mayor exactitud en todo lo que pertenecia á la religion, costumbres y ceremonias de los Judios.

Aprovechóse bien de sus estudios; los que le inflamaron tanto en el celo de la observancia de la ley, que en poco tiempo se mostró no solo de costumbres irreprensibles, sino uno de los mas ardientes y mas obstinados defensores de la secta farisáica.

Un celo tan encendido por las ceremonias de sus padres, no podia menos de hacerle enemigo ardiente de la religion cristiana; y así se declaró luego por tal. Tiénese por cierto que fué uno de los judios de Cilicia que se levantaron contra san Estéban, y que disputaron con él. A lo menos es indubitable que fué de los que con mas ardor clamaron por su muerte; y que no teniendo bastantes fuerzas para apedrearle, por sus pocos años, quiso tener el gusto de guardar las capas de los que lo hacian, para apedrearle, como dice san Agustin, por las manos de todos.

La sangre de este primer mártir irritó mas la cólera y encendió mas la rabia de los judios. Excitaron una horrible persecucion contra la iglesia de Jerusalen, pero ninguno se mostró mas ardiente que Saulo en la ansia de destruirla. Ammábale contra los cristianos un celo que parecia furor. Viéndose aplaudido y autorizado por los de su nacion, no guardaba términos ni medidas. Entrábase por las casas, sacaba de ellas á todos los que sospechaba ser discípulos de Cristo, metíalos en las cárceles, y los hacia cargar de prisiones y cadenas.

Crecia su rabia contra los fieles al paso que experimentaba el buen suceso de su persecucion. Obtuvo

sin dificultad amplia comision del pontífice Caifás para hacer exacta pesquisa de todos los cristianos, con facultad de castigarlos. Íbase á todas las sinagogas, hacia apalear y azotar cruelmente á cuantos creian en Jesucristo, y ponia en ejecucion cuantos medios alcanzaba; promesas, amenazas, tormentos, para hacerlos blasfemar de su santo nombre.

Habiéndose extendido la fama de esta terrible persecucion, era mirado Saulo como un furioso perseguidor de los cristianos, como enemigo jurado de Jesucristo, y como el azote de sus fieles siervos; de manera, que solo el nombre de Saulo aterraba á los que creian en él.

Parecian cortos los límites de Judea, de Galilea y de toda la Palestina para contener el celo, ó por mejor decir, la furia de este rabioso perseguidor. Lleno siempre de amenazas, alentaba sangre y respiraba muertes al oir solo el nombre de cristiano.

Teniendo noticia que cada dia se aumentaba el número de los discípulos de Cristo en Damasco, ciudad célebre á la otra parte del monte Líbano, pidió al sumo pontífice cartas para aquellas sinagogas, con autoridad de prender cuantos cristianos hallase, y de llevarlos á Jerusalen donde podrian ser castigados con mayor libertad, resuelto á exterminar él solo aquella tierna y recien nacida religion.

Hallábase ya á dos ó tres leguas de la ciudad, cuando á la misma hora del medio dia vió bajar del cielo una gran luz mas resplandeciente que el mismo sol, la cual le rodeó á él y á todos los que le acompañaban. Al punto cayeron todos en tierra atónitos y deslumbrados, y Saulo oyó una voz que le dijo en hebreo: *Saulo, Saulo, ¿porqué me persigues? En vano tiras coces contra el aguijon.* Entonces Saulo mas aturdido, exclamó: *Señor, ¿quién sois Vos?* Y le respondió el Salvador: *Yo soy Jesus, á quien tú persigues.* Fuera de

sí Saulo al oir esta respuesta, replicó, temblando de turbacion y de miedo: *Señor, ¿qué quereis que haga?* Mandóle el Salvador que se levantase; y aunque le remitió á otro para que supiese de él lo que era voluntad suya que hiciese, no por eso dejó de darle allí mismo una idea general y confusa de lo que tendria que padecer. «Levántate, le dijo, y estáte en pié, porque » yo me he dejado ver de tí para hacerte ministro y » testigo de las cosas que has visto y de otras que te » manifestaré. Te saqué de las manos de este pueblo, » y de las naciones á las cuales te envio ahora, para » que, abriéndolas los ojos, pasen de las tinieblas á » la luz, y del imperio de Satanás al de Dios, y para » que reciban la remision de sus pecados y la herencia » de los santos por medio de la fe que hace creer » en mí.»

Mientras pasaba todo esto, los que iban en compañía de Saulo, levantados ya de la tierra, estaban en pié atónitos y suspensos. Oian una voz, pero no veian al que hablaba. Habiéndose tambien levantado Saulo, aunque tenia los ojos abiertos, nada veia. Fué menester guiarle de la mano para conducirle á Damasco. Metiéronle en casa de cierto vecino que se llamaba Judas, donde estuvo tres dias ciego, sin comer ni beber.

Vivia á la sazon en Damasco un discípulo de Cristo nombrado Ananías, hombre de gran piedad, y venerado por su virtud hasta de los mismos judíos. Apareciósele el Señor en una vision, y le mandó que fuese á la calle Derecha, y que buscase en ella á cierto hombre llamado Saulo, natural de Tarso, á quien hallaria en oracion. Espantado Ananías al eco del nombre de Saulo, replicó aturdido: *¡Cómo, Señor, si he oido decir á muchas personas que ese hombre ha hecho grandes males á vuestros santos en Jerusalen! Aun ahora trae amplísimo poder de los príncipes de los sacerdotes para meter en la cárcel á los que invocan vuestro santo nombre.*

No importa, le respondió el Señor, *vé adonde te mando; ese hombre ya es un vaso de eleccion, escogido por mí para que predique mi nombre delante de las naciones, delante de los reyes de la tierra y delante de los hijos de Israel. Así, ya le tengo mostrado y prevenido lo mucho que ha de padecer por mi amor.*

Al mismo tiempo que el Salvador estaba declarando esto á Ananías, estaba Saulo viendo en espíritu que un hombre llamado Ananías entraba en su cuarto, y ponia las manos sobre él para que recobrase la vista.

Obedeció Ananías á Dios sin dilacion, lleno de fe y de confianza: fué á buscar á Saulo en el lugar donde se le habia señalado; y poniendo las manos sobre él, le dijo: *Saulo hermano, el Señor Jesus, que se te apareció en el camino por donde venias, me ha enviado aquí para que te restituya la vista y para que seas lleno del Espíritu Santo.* Al mismo tiempo se le cayeron de los ojos como unas escamas, y comenzó á ver con toda claridad. Levantóse lleno de alegría, de admiracion, y de los mas vivos sentimientos de gratitud y de amor; y habiéndole declarado Ananías lo que el Señor le habia dado á entender tocante á su devocion, y de aquello en que debia emplearse, le bautizó, y el Espíritu Santo le llenó de sus celestiales dones. Despues de haber dado ambos gracias á Dios, tomó Saulo alimento, recobró las fuerzas y se quedó algunos dias con los fieles que estaban en Damasco. Créese que tendria entonces cerca de treinta y seis años de edad. Antes que saliese de Damasco predicó en la sinagoga que Jesus, á quien él habia perseguido, era el Mesías verdadero, hijo eterno de Dios vivo. Es fácil concebir con cuanta admiracion le oirian todos aquellos que pocos dias antes le habian visto perseguir tan furiosamente á la religion cristiana y sabian que solo habia venido á Damasco para meter en prisiones á todos los que la profesaban.

Muchos siglos ha que se fijó la fiesta de la conversion de san Pablo al dia 25 de enero, en el cual se hacia antes conmemoracion particular del mismo apóstol con el motivo de una traslacion de sus reliquias á Roma.

En Francia se celebraba ya la fiesta de la conversion de san Pablo en el octavo siglo; y el papa Inocencio III ordenó que se enseñase á los fieles la devocion particular que debian tener con este dia. Desde entonces se celebró por fiesta de precepto en la mayor parte de las iglesias de Occidente, y así se conservó en Francia hasta el año de 1524 en que se publicó el decreto de reformacion de fiestas, dispuesto por Estévan Poncher, arzobispo de Sens. Sin embargo, aun el dia de hoy se celebra de precepto en muchos obispados, así de Francia como de los Paises Bajos; y se observa que, no obstante el cisma y revolucion de la iglesia Anglicana, se mantiene esta fiesta en Inglaterra, donde fué generalmente establecida en tiempo de Inocencio III.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La conversion del apóstol san Pablo acaecida el año segundo despues de la Ascencion de nuestro Señor.

En Damasco, la fiesta de san Ananías, que bautizó al mismo apóstol, y habiendo predicado el Evangelio en Damasco, Eleuterópolis y otras partes, fué sajado á azotes con nervios de toro, bajo el juez Licinio; en fin, enterrado á pedradas, consumó su martirio.

En Antioquía, los santos Juventino y Máximo, que obtuvieron la corona del martirio bajo Juliano el Apóstata. San Juan Crisóstomo hizo un sermon al pueblo el dia de su fiesta.

En Clermont, en Auvernia, san Proyecto, obispo, y san Marino, varon de Dios, á los cuales martirizaron los principales de aquella ciudad.

El mismo dia, los santos mártires Donato, Sabino y Agabo.

En Tomes, en Escitia, san Bretanion, obispo, varon de una santidad admirable y de un zelo ardiente por la fe católica; brilló en la Iglesia bajo Valente, emperador arriano, á quien resistió con fortaleza.

En Arras, san Popon, obispo, ilustre por sus milagros.

La misa es en honra del santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui universum mundum beati Pauli Apostoli prædicatione docuisti; da nobis, quæsumus, ut qui ejus hodie conversionem colimus, per ejus ad te exempla gradiamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que enseñaste á todo el mundo por medio de la predicacion del apóstol san Pablo; concédenos la gracia de que así como hoy honramos su conversion, así tambien caminemos á tí siguiendo su ejemplo: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 9 de los Hechos Apostólicos.

In diebus illis: Saulus adhuc spirans minarum et cædis in discipulos Domini, accessit ad principem Sacerdotum, et petiit ab eo epistolas in Damascum ad synagogas; ut si quos invenisset hujus viæ viros, ac mulieres, vinctos perduceret in Jerusalem. Et cum iter faceret, contigit ut appropinquaret Damasco: et subito circumfulsit eum lux de cœlo. Et cadens in terram, audivit vocem dicentem sibi: Saule, Saule, quid me persequeris? Qui dixit: Quis es, Domine? Et ille: Ego sum Jesus, quem

En aquellos dias: Saulo, respirando aun amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, fué al príncipe de los sacerdotes, y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, para traer presos á Jerusalen á cuantos hombres y mujeres encontrase de esta secta. Y cuando iba de camino, sucedió que llegando cerca de Damasco, repentinamente le rodeó una luz del cielo; y cayendo en tierra, oyó una voz que le decia: Saulo, Saulo, ¿porqué me persigues? Y dijo: ¿Quién eres, Señor? Y el Señor dijo: Yo soy

tu persequeris: durum est tibi contra stimulum calcitrare: et tremens, ac stupens, dixit: Domine, quid me vis facere? Et Dominus ad eum: Surge, et ingredere civitatem, et ibi dicetur tibi quid te oporteat facere. Viri autem illi, qui comitabantur cum eo, stabant stupefacti, audientes quidem vocem, neminem autem videntes. Surrexit autem Saulus de terra, apertisque oculis nihil videbat. Ad manus autem illum trahentes, introduxerunt Damascum. Et erat ibi tribus diebus non videns et non manducavit, neque bibit: Erat autem quidam discipulus Damasci, nomine Ananias; et dixit ad illum in visu Dominus: Anania. At ille ait: Ecce ego, Domine. Et Dominus ad eum: Surge, et vade in vicum qui vocatur Rectus: et quære in domo Judæ Saulum *nomine* Tarsensem: ecce enim orat. (Et vidit virum Ananiam nomine, introeuntem; et imponentem sibi manus ut visum recipiat.) Respondit autem Ananias: Domine, audivi à multis de viro hoc, quanta mala fecerit sanctis tuis in Jerusalem: et hic habet potestatem à principibus sacerdotum alligandi omnes, qui invocant nomen tuum. Dixit autem ad eum Dominus: *Vade, quoniam* vas electionis est mihi iste, ut

Jesus á quien tú persigues. Dura cosa es para tí cocear contra el aguijon. Y temblando y pasmado, dijo: Señor, ¿qué quieres que yo haga? Y el Señor le respondió: Levántate, y entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que debes hacer. Mas los hombres que caminaban con él estaban atónitos, porque oian la voz, y á nadie veian. Levantóse, pues, Saulo del suelo, y teniendo abiertos los ojos, nada veia; y llevándole de la *mano*, le *entraron* en Damasco; y estuvo tres dias y tres noches sin ver, y no comia ni bebia. Estaba, pues, en Damasco un discípulo llamado Ananías, al cual dijo el Señor en una vision: Ananías. Y él respondió: Aquí estoy, Señor: y el Señor le dijo: Levántate, y vé á la calle que se llama Derecha, y busca en casa de Judas á uno llamado Saulo, que es de Tarso, y está allí en oracion. (Y vió Saulo en vision á un hombre llamado *Ananías*, que entraba, y le imponia las manos para que recobrase la vista.) Y Ananías respondió: Señor, he oido decir á muchos de este hombre cuantos males ha hecho á tus santos en Jerusalen. Y aquí tiene facultad de los príncipes de los sacerdotes para prender á todos los que invocan tu nombre. Y el Señor *le dijo: Vé, porque este hombre* es un vaso que he elegido para

portet nomen meum coram gentibus, et regibus, et filiis Israel. Ego enim ostendam illi quanta oporteat eum pro nomine meo pati. Et abiit Ananias, et introivit in domum: et imponens ei manus, dixit: Saule frater, Dominus misit me Jesus, qui apparuit tibi in via, qua veniebas, ut videas, et implearis Spiritu sancto. Et confestim ceciderunt ab oculis ejus tanquam squamæ, et visum recepit: et surgens baptizatus est. Et cum accepisset cibum, confortatus est. Fuit autem cum discipulis, qui erant Damasci, per dies aliquot. Et continuo in synagogis prædicabat Jesum, quoniam hic est Filius Dei. Stupebant autem omnes, qui audiebant, et dicebant: Nonne hic est, qui expugnabat in Jerusalem eos, qui invocabant nomen istud: et huc ad hoc venit ut vinctos illos duceret ad principes sacerdotum? Saulus autem multò magis convalescebat et confundebat Judæos, qui habitabant Damasci, affirmans, quoniam hic est Christus.

que lleve mi nombre delante de las gentes, de los reyes y de los hijos de Israel. Porque yo le manifestaré cuanto debe padecer por mi nombre. Partió pues Ananías, y entró en la casa; é imponiéndole las manos, le dijo: Hermano Saulo, el Señor Jesus, que se te apareció en el camino por donde venias, me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo. Y al punto cayeron de sus ojos como unas escamas, y recobró la vista; y levantándose, fué bautizado. Y tomando alimento, se restableció, y estuvo algunos dias con los discípulos que habia en Damasco. Y al punto comenzó á predicar en las sinagogas á Jesus, que este es el Hijo de Dios. Pero todos los que le oian se pasmaban y decian: ¿Por ventura no es este el que perseguia en Jerusalen á los que invocaban este nombre, y ha venido aquí para llevarlos presos á los príncipes de los sacerdotes? Mas Saulo se hacia mas fuerte, y confundia á los Judíos que habitaban en Damasco, afirmando que este es el Cristo.

NOTA.

« Ya hemos hablado antes del libro de los Hechos
» de los Apóstoles; y así solamente se añade aquí
» que este libro, que contiene la historia de la Iglesia
» recien nacida, representa en particular los hechos

» maravillosos de aquellos que mas contribuyeron á
» establecerla. Aquí se ve el cumplimiento de las pro-
» mesas de Jesucristo, la victoria de la fe sobre la
» gentilidad, y el triunfo de la Iglesia. Finalmente, en
» ninguna otra parte se hallan pruebas mas visibles de
» la verdad de nuestra religion. »

REFLEXIONES.

¡Qué ardiente, qué impetuoso, qué digno de temer es un celo falso, un celo postizo! Hace en la viña del Señor el mismo destrozo que aquellas raposas de que habla la Escritura; y va introduciendo el fuego por todas las mieses. Como esta furiosa pasion se cubre siempre con el especioso pretexto de la mayor gloria de Dios, no hay cosa capaz de vencerla, ni aun de moderarla. El celo puro y santo es vivo, pero es dulce, pero es dócil; el falso celo siempre es amargo, siempre caprichudo, y no da cuartel á la razon.

A la verdad, en este particular apenas hay lugar á la ignorancia invencible; á poca reflexion que se haga, se descubre todo el error: reina en él demasiado la pasion, para estar muy encubierta. Solo con que se considere el verdadero motivo de esa aspereza, de esos desprecios, de esas picantes aversiones, está descubierto todo el veneno. Al verdadero celo le anima siempre una verdadera caridad, que nunca respira la pérdida del prójimo sino el deseo de su mayor bien; tan lejos está de triunfar en sus desgracias, que antes se compadece y se contrista en todas sus aflicciones. No hay cosa mas moderada, ni mas apacible, ni mas compasiva que el verdadero celo; su perpetuo y su divino ejemplar es la conducta que observó Jesucristo con los mayores pecadores. Al contrario, el falso celo, como en suma no es mas que una vehemente pasion mal disfrazada, siempre es turbulento, siempre inquieto, siempre maligno, siempre lleno de sal y de

hiel. Su fuego no purifica, pero abrasa; lleno de industrias, de calumnias y de dureza, coloca toda su virtud en la malignidad y en el artificio. En conclusion, no es celo, que es espíritu de parcialidad y de empeño.

Este era el falso celo de Saulo. No respiraba mas que amenazas, muertes y estragos: todo lo queria trastornar, todo lo queria perder; y en nada menos pensaba que en convencer y en convertir.

Pide cartas de recomendacion para las sinagogas de Damasco. ¿Será acaso para que le ayuden á sacar dulcemente á sus hermanos del engaño y del error en que los consideraba metidos? Ni por pienso. Pídelas para sepultarlos á todos en profundos calabozos, para cargarlos de cadenas. Todo celo falso es duro y desabrido. Sírvele de pretexto la religion; pero el móvil principal que le rige, el verdadero motivo que le anima, es el espíritu de indignacion y de encono. Mas ¡y qué difícil es curar una enfermedad que está arraigada en el corazon y en el entendimiento!

Para convertir á Saulo fué menester cegarle. La luz de sus ojos solamente le servia para que viese menos. Si habia de ver con claridad, era menester que desconfiase, que renunciase su propia luz. Mil preocupaciones siniestras alimentaban su pasion, su orgullo la encendia. Preciso era extinguir todo este fuego; y para esto fué necesario un milagro. Hubo de bajar del cielo una nueva claridad que derribase en tierra aquel espíritu orgulloso. Nunca se acompañó con el falso celo la virtud de la humildad. Fué menester mudar aquel corazon maligno y duro; hacer dócil aquel ánimo impetuoso y fiero. ¡O cuántos milagros son menester para curar un celo falso! Ilustre prueba es de esto la conversion de Saulo. *Señor, ¿qué quereis que haga?* ¡O qué diferencia de dictámenes y diversidad de lenguaje! Va ya Saulo á saber de Ananias lo que debe

creer, y lo que debe obrar. Siempre nos habla, siempre nos instruye Dios por el oráculo de la Iglesia. ¿Cuánto va del celo de Saulo al celo de Pablo? Aquel solo respira muertes: este solo alienta la salvacion de todos los hombres, á ejemplo de Jesucristo.

El evangelio es del capítulo 19 de san Mateo.

In illo tempore dixit Petrus ad Jesum: Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te: quid ergo erit nobis? Jesus autem dixit illis: Amen dico vobis, quod vos, qui secuti estis me, in regeneratione cum sederit Filius hominis in sede majestatis suæ, sedebitis et vos super sedes duodecim, judicantes duodecim tribus Israel. Et omnis qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem, aut uxorem, aut filios, aut agros, propter nomen meum, centuplum accipiet, et vitam æternam possidebit.

En aquel tiempo dijo Pedro á Jesus: Hé aquí que nosotros lo hemos abandonado todo, y te hemos seguido: ¿qué premio, pues, recibiremos? Pero Jesus les respondió: En verdad os digo, que vosotros que me habeis seguido, cuando en la regeneracion, el Hijo del hombre se sentare en el trono de su gloria, os sentaréis tambien vosotros en doce tronos, y juzgaréis á las doce tribus de Israel. Y todo aquel que dejare ó su casa, ó á sus hermanos ó hermanas, ó á su padre ó madre, ó á su mujer ó hijos, ó sus posesiones por causa de mi nombre, recibirá ciento por uno y poseerá la vida eterna.

MEDITACION.

DE LAS SEÑALES CIERTAS DE UNA CONVERSION VERDADERA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que muchas veces se cree ser conversion lo que no es mas que un proyecto, una idea de convertirse. Muchos son los que se engañan en esto. La obediencia pronta á la voz de Dios, la mudanza de costumbres, de máximas y de conducta, esta es la

única prueba de haberse convertido de veras. ¿Experimento yo en mí mismo esta genuina prueba?

En Saulo, aquel fiero enemigo del nombre cristiano, puedes ver el modelo de una conversion perfecta. Al primer rayo de la gracia, por decirlo así, á sola la voz de Dios, cae Saulo en tierra, y exclama fuera de sí: *Señor, ¿qué quereis que haga?* Así habla el que está verdaderamente convertido. Desaparecen de nuestros ojos mil brillanteces falsas; piérdense de vista muchos objetos que nos deslumbran; dícese á Dios desde luego: *Señor, ¿qué quereis que haga? ó haced lo que quisiéreis de mí.*

El primer paso es el retiro. Búscase un Ananías, esto es, un director seguro, bien instruido en los caminos de Dios. Ya no hacen fuerza los respetos humanos: si antes se persiguió á Jesucristo, ya se hace pública profesion de ser su discípulo, y de parecer tal en todas ocasiones. Ni la tentacion, ni el empeño, ni las persecuciones, ni las adversidades, ni las pruebas, ni las cruces, nada inmuta á un corazon verdaderamente convertido; todo sirve para purificarle mas, para hacerle mas puro y mas fiel. ¿Parécense á este modelo las conversiones de muchos que se ven en estos tiempos? ¿La mia es de este carácter? Por solas estas señales se conoce una conversion verdadera.

¡Qué error imaginar que se ha convertido solo porque se conoce y se confiesa la necesidad que hay de convertirse! Entre el pensamiento de convertirse y la conversion efectiva, hay un dilatado espacio de camino, hay grandísima distancia. ¡O qué cosa tan triste es morir solo con el deseo de convertirse!

No permitais, Señor, que me suceda esta desdicha. Resuelto estoy, con la asistencia de vuestra divina gracia, á probar el deseo de convertirme con mi misma conversion.

PUNTO SEGUNDO.

Considera con qué prontitud lo dejan todo los apóstoles por seguir á Jesucristo en el instante en que los llama. *Ecce*: en aquel punto, en aquel momento. Es poco sincera la conversion menos pronta: en materia de conversion toda tardanza es sumamente peligrosa; el dilatarlo un punto es tanto como no querer hacerlo. Ni aun ir á rendir los últimos obsequios á un padre difunto se permite á un mancebo que dice quiere seguir á Cristo; ¿pues qué se dirá de los que no quieren convertirse hasta que hayan redondeado bien todos sus negocios, hasta que se acabe esta comision, hasta que vuelva de tal viaje, hasta que deje este empleo, hasta que mude de estado? ¡O Dios, y con cuánta razon os burlais de estas vanísimas monerías, de estos fantásticos trampantojos!

Reliquimus omnia. Todo lo hemos dejado. Otra prueba que caracteriza la conversion verdadera. Quien dice *todo*, nada exceptúa. Aunque solo esté preso con un alfiler el corazon humano, ya no es corazon libre. Conversion con reserva, no es conversion, que es supercheria. Todos los Amalecitas han de ser sacrificados, desde el rey hasta el esclavo mas vil. ¡O qué compasion ver tantas excepciones, tantas limitaciones frívolas en nuestras imperfectas conversiones! Siempre se ha de reservar alguna cosa; pero desengáñate, que si no te retiras de todos los objetos, si no huyes de todas las ocasiones, si no rompes todos los lazos, ciertamente no te has convertido.

Pero no basta dejarlo todo por Jesucristo, es necesario seguirle: *Secuti sumus te.* Otra prueba de la conversion verdadera; con la circunstancia de que á esta precisa condicion se promete únicamente el premio: *¿Quid igitur dabis nobis præmii?* Y para seguir á Cristo no basta haber dejado el pecado; es menester

practicar todas las virtudes cristianas. Conversion ociosa, conversion poco activa, no es mas que una fantasma, un espantajo de conversion. ¿Cuánto tiempo ha que estoy haciendo vanos propósitos de conversion, pero no me convierto? A la verdad, desprendíme ya de algunos lazos; ¿pero me he desprendido de todos? ¿puedo decir con verdad que sigo á Cristo? ¿Pues en qué título fundo la esperanza de la recompensa? ¡O qué locura vivir con tanto atolondramiento en punto tan delicado y en materia de tanta consecuencia!

Reconozco, Dios mio, y confieso con el mas vivo dolor de mi corazon, que hasta ahora no me he convertido por mas que vos me habeis solicitado tanto para que me convirtiese; pero al presente, que por vuestra gracia estoy sinceramente resuelto á mi conversion, quiero desde luego daros pruebas verdaderas de que es efectiva y sincera, siendo fiel en serviros, fervoroso en amaros, regular y exacto en todo lo que sea obedeceros.

JACULATORIAS.

Loquere, Domine, quia audit servus tuus. I. Reg. 3.
Hablad, Señor, que vuestro siervo oye.

Domine, ¿quid me vis facere? Act. 9.
Señor, ¿qué quereis que haga?

PROPOSITOS.

1. Al principio del año formaste un plan de vida, y el dia siguiente renovaste el propósito de convertirte sin dilacion. Vuelve á leer lo que entonces escribiste con los propósitos que se señalaron en el tercero dia del año, y sin andarte entreteniendo mas en vanos deseos, ni engañándote con vanas ideas, tómate cuenta á ti mismo; y si hallares que desde entonces acá en nada te has reformado, pregúntate en qué pararon aquellos

grandes proyectos de conversion, y concluye que todos fueron cosa de juego.

2. Considera en particular cual es tu pasion dominante; porque todos tienen cierta pasion favorecida, á la cual no se le ha de tocar en el pelo de la ropa. Resuélvete desde luego á no darla cuartel, á no hacerla gracia; y para no incurrir en adelante en otra tal ineficacia, imponte por modo de penitencia una limosna ó alguna mortificacion por espacio de quince dias siempre que cayeres en semejante falta. Cuando se quiere de veras una cosa, se aplican los medios para conseguirla. Las resoluciones vagas ó ineficaces solo sirven para adormecernos en nuestros desórdenes. Todos los dias meditar y no enmendarse viene á ser estudiar en ser tibio sin remordimiento. Ninguno hay que no tenga necesidad de convertirse; porque ninguno se hallará que no necesite de alguna reforma. Examina hoy si te has enmendado en aquellas faltas de que te acusas en casi todas tus confesiones; si has pagado esos salarios, esas deudas, como lo habias prometido; si has hecho esa restitucion que tanto tiempo hace agrava tu conciencia. ¿Eres ya menos colérico y no tan arrebatado? ¿eres ya mas vigilante en el cuidado de tu familia y en la educacion de tus hijos? ¿cumples mejor con las obligaciones de tu estado? ¿eres mas fervoroso y mas exacto en la observancia regular? Si te faltan estas señales de conversion, no te des por convertido; pero comienza desde este dia á convertirte, y determina dos ó tres puntos de enmienda que sirvan de prueba y acrediten tu reforma.

DIA VEINTE Y SEIS.

SAN POLICARPO, OBISPO DE ESMIRNA Y MÁRTIR.

San Policarpo, discípulo de san Juan Evangelista, obispo de Esmirna, y mártir, nació por los años de Cristo de 70 en tiempo del emperador Vespasiano, y fué convertido á la religion cristiana en su niñez cuando imperaba ya Tito. Hízose no solo querer sino estimar aun de los mismos apóstoles por la inocencia de sus costumbres, por el fervor de su piedad y por el ardiente celo que mostraba en todo lo que pertenecia á la religion. Tuvo la fortuna de conocer y de conversar con muchos que habian tratado al Salvador cuando vivia en el mundo; fueron sus maestros los apóstoles, y san Juan Evangelista tomó especialmente á su cargo el cuidado de enseñarle. En tal escuela, y con las nobles disposiciones que habia recibido del cielo, ¿cuántos progresos haria?

«Policarpo (dice san Ireneo en el libro de las he-»rejías) no solo fué enseñado por los apóstoles y »conversó con muchos que habian conocido en vida »á Jesucristo, sino que los mismos apóstoles, en Asia, »le eligieron por obispo de Esmirna. Yo le alcancé »en mis juveniles años; porque vivió mucho tiempo, »y era ya muy viejo cuando salió de esta vida por medio »de un gloriosísimo y muy ilustre martirio. Enseñó »siempre aquella misma doctrina que habia apren-»dido de los apóstoles: la que enseña la Iglesia y la »que es únicamente doctrina verdadera. Todas las »iglesias de Asia, y todos los que hasta ahora han »sido sucesores de Policarpo en la silla episcopal, »dan testimonio de que fué inviolable predicador de »la verdad, mas digno de fe que Valentino, Marcion



S. POLICARPO, O. Y M.

» y los demás descaminados que se han dejado llevar » de la mentira y del error. En tiempo de Aniceto vino » á Roma, convirtió á la fe y reconcilió con la Iglesia » de Dios á muchos secuaces de los herejes, publi» cando que la doctrina que él habia aprendido de los » apóstoles era únicamente la que la Iglesia enseñaba. » Hasta aquí son palabras de san Ireneo.

Como era san Juan el que tenia á su cargo todas las iglesias de Asia, él fué quien le encomendó la iglesia de Esmirna, consagrándole por obispo de ella por medio de la imposicion de las manos, poco tiempo antes que saliese á su destierro de la isla de Patmos. Tiénese por cierto que los elogios que el santo Evangelista da en su Apocalipsi al ángel, esto es, al obispo de Esmirna, se dirigian á san Policarpo; el único de los siete obispos que fué declarado por irreprensible de boca del mismo Cristo, por estas palabras: *Yo sé que padeces, y que eres muy pobre: con todo eso eres muy rico, porque eres objeto de la murmuracion de aquellos que se llaman judíos, y no lo son, porque componen la sinagoga de Satanás. No temas por lo que te resta de padecer; ves aquí que el demonio va á meter en la cárcel á muchos de vosotros, para que todos seais probados, y vuestra tribulacion será de diez dias. Sé fiel hasta la muerte, que yo te daré la corona debida.*

Con efecto, tuvo Policarpo gran necesidad de mucho valor y de mucha paciencia para sufrir las persecuciones que se levantaron contra él, no solo de parte de los paganos, sino tambien de los herejes y de los falsos hermanos que por largo tiempo ejercitaron su virtud y sufrimiento.

Habiendo muerto su amado maestro san Juan, quedó Policarpo privado de un gran socorro y de un dulcísimo consuelo; pero conservó siempre sus máximas y su espíritu, tanto, que parecia hablaba Juan por boca de Policarpo.

Fué condenado á muerte su grande amigo san Ignacio, obispo de Antioquía, por el emperador Trajano, que se hallaba á la sazon en Siria; y se dió órden de que fuese conducido á Roma, donde habia de ser echado á las fieras, por la fé de Jesucristo, en el anfiteatro público. Tuvo gran consuelo san Ignacio de pasar por Esmirna y dar un abrazo antes de morir á su amigo Policarpo. Llenóse de gozo cuando vió la iglesia de Esmirna tan fervorosa y tan florida, y dió mil gracias á Dios por haberla concedido un pastor tan santo, tan vigilante y tan prudente. Ambos habian sido discípulos del sagrado Evangelista, y desde entonces habian contraido una estrechísima amistad. Antes de llegar á Roma san Ignacio escribió á san Policarpo, á quien no solo tenia por amigo, sino que en cierta manera le trataba como á hijo, por ser mucho mas anciano que él. Con esta licencia, le da en la carta unos consejos semejantes á los que san Pablo daba á su discípulo Timotéo. « Cumple (le dice) con » las obligaciones de tu cargo, dando á él toda la » aplicacion de tu cuerpo y de tu espíritu. Sufre á los » demás, como el Señor te sufre á tí. Si todos te die» sen que padecer, padece de todos con caridad, » como lo haces. Pide á Dios la sabiduría aun en » mayor abundancia que la tienes. Vela, puesto que » posees un espíritu que no duerme. Habla á cada uno » en particular, segun lo que el Señor te diere á en» tender. Lleva en paciencia las flaquezas de otros » como perfecto atleta. Cuando el trabajo es mayor, » tambien es mayor el provecho. El que ames á los » buenos, ni dado ni gracias. Aplícate á ganar á los » mas perversos por la dulzura. No todas las llagas se » curan con un mismo remedio. Las inflamaciones » se supuran bañándolas y rociándolas. No te dejes » aturdir de los que parecen dignos de fe y enseñan » errores. Mantente firme, como se mantiene el yunque

» por mas que le golpeen. Es propio de un grande
» atleta ser despedazado y vencer. »

Hallándose san Ignacio en Filipos de Macedonia, escribió otra segunda carta á san Policarpo, en toda la cual le habla con la licencia de anciano, con la autoridad de obispo, con la cordialidad de amigo y con el fervor de mártir que estaba ya casi tocando con la mano la corona en el fin de su gloriosa carrera.

San Ireneo, su amigo antiguo y su discípulo ilustre, dice que fué testigo ocular de la santidad de toda su vida, de la gravedad de todas sus operaciones, de la majestad de su semblante y de su porte, de su inmensa caridad y de la maravillosa estimacion que se ganó en el concepto de todos.

Habiendo sido discípulo de san Juan Evangelista, no es de extrañar se le hubiese pegado un ardentísimo amor á Jesucristo y una devocion muy tierna á la santísima Vírgen María. Se ha hecho la prudente y especial observacion que todas las iglesias que lograron la dicha de tener por obispos á los santos apóstoles ó á sus discípulos, han conservado siempre una devocion muy particular á la Madre de Dios y Reina de los ángeles.

Hállandose ya san Policarpo en los ochenta años de su edad, pasó á Roma para consultar con el papa Aniceto algunos puntos sobre la disciplina eclesiástica: especialmente el que entonces era muy controvertido acerca del dia en que los cristianos habian de celebrar la Pascua. Fué utilísima la mansion que hizo en Roma nuestro santo para algunos fieles que estaban algo tocados del veneno de las nuevas herejías. Quedó confundido el error con la presencia y con la doctrina de un discípulo tan ilustre de san Juan Evangelista. Encontrando un dia en la calle al heresiarca Marcion, preguntó este al santo si le conocia, y Policarpo le respondió: *Sí, ya te conozco, y ya sé que eres el hijo primogénito de Satanás.*

Vuelto al Asia nuestro obispo, no gozó por mucho tiempo de la paz en que habia dejado á su iglesia al tiempo de partir á Roma. El emperador Marco Aurelio, que habia sucedido á Antonino, teniendo á los cristianos por enemigos de sus dioses, hizo punto de honra y de religion el exterminarlos del mundo. Esto dió lugar á la sexta persecucion, que fué una de las mas crueles; y la iglesia de Esmirna fué uno de los primeros teatros de ella. El procónsul Cuadrato dió principio á la persecucion, mandando echar á las fieras doce cristianos traidos de Filadelfia. Era como capitan de esta tropa san Germánico, cuya constancia irritó tanto á los gentiles contra los cristianos, que el pueblo comenzó á clamar por su muerte, pidiendo ante todo la de Policarpo, cuya presencia hacia invencibles á los fieles, inspirándoles el menosprecio de la muerte y de todos los tormentos.

Quiso el santo mantenerse en la ciudad sin hacer caso de estos clamores, y continuar sin novedad en sus visitas pastorales; pero se vió precisado á ceder á las ardientes instancias de los cristianos, que le obligaron á retirarse y esconderse en una casa de campo, donde no estuvo muchos dias; y los pocos que estuvo los pasó en continua oracion dia y noche.

Tres dias antes que le prendiesen tuvo una vision en sueños, pareciéndole que ardia la almohada sobre que reclinaba su cabeza. Luego que despertó juntó á los fieles, y les dijo: Tened por cierto que dentro de pocos dias he de ser quemado vivo: demos por siempre gracias á nuestro dulcísimo Jesus, que me quiere hacer merecedor de la corona del martirio. Al dia siguiente se halló la casa cercada de soldados y de guardas. Hallábase el santo en oracion en el desvan de la casa; y oyendo el ruido, se ofreció por víctima al Señor, suplicándole se dignase de aceptar el sacrificio de su vida; y lleno de extraordinaria alegría, bajó

donde estaban los soldados y saludó cortésmente al oficial que los mandaba; declaróle quien era; rogóle que entrase con su gente á descansar un poco; mandó que les dispusiesen de comer, y él se retiró á continuar su oracion.

Quedaron atónitos el oficial y los soldados al ver tanta serenidad, tanta dulzura y tanta mansedumbre; llenándolos tambien de veneracion y de respeto la majestuosa presencia de aquel venerable anciano; pero al fin eran mandados y no podian dejar de cumplir su comision, aunque ya con general dolor de todos. Al amanecer hicieron montar al santo en un humilde jumento para ir á Esmirna. Poco antes de entrar en la ciudad encontró al corregidor y á su padre Nicetas que iban de paseo; obligáronle á que se metiese en su coche, y comenzaron á persuadirle con las razones mas vivas y mas blandas que pudieron, á que se rindiese al emperador y sacrificase á los dioses. Indignado el santo obispo de que tuviesen valor para hablarle en aquella materia, les respondió con tanta resolucion y con tanto brio, que le arrojaron violentamente del coche, quedando no poco maltratado del golpe que recibió en la caida.

Al entrar en el anfiteatro oyó una voz del cielo que le decia: *Buen ánimo, Policarpo, y está firme.* Fué luego presentado ante el tribunal del procónsul, que le exhortó mucho á que obedeciese, y considerase que ni sus años ni su gran debilidad podrian tolerar el rigor de los tormentos á que irremisiblemente le condenaria si al instante no maldecia á Jesucristo. Entonces el santo viejo, como recogiendo todos los espíritus de su celo, y cobrando un vigor y un tono de voz muy superior á su avanzada edad, le respondió de esta manera: *Ochenta y seis años ha que sirvo á mi Señor Jesucristo; nunca me ha hecho ningun mal, y siempre me ha hecho mucho bien, recibiendo cada dia de*

su mano nuevos favores; pues ¿ cómo quieres que maldiga á aquel que me dió la vida, que es mi Criador, mi Salvador y mi Padre, árbitro de mi suerte eterna; que ha de juzgar á todos los hombres, y finalmente mi Dios, á quien debo todo mi amor, todo mi reconocimiento y todo mi respeto?

Irritado el procónsul con una respuesta que no esperaba, le amenazó que le echaria á las fieras. Confiado en mi Señor Jesucristo, respondió el santo, no temo ni á las fieras, ni al fuego, ni al acero. Cuando oyó el pueblo estas palabras, comenzó á gritar enfurecido: Pues dice que no teme al fuego, que sea quemado vivo. Diciendo y haciendo, encendieron luego tumultuariamente una hoguera, arrojaron en ella á Policarpo, que, con semblante alegre y los ojos puestos en el cielo, se estaba ofreciendo á Dios en holocausto; pero respetándole las llamas, le rodearon blandamente, y elevándose sobre la cabeza á á modo de pabellon, le cubrian sin hacerle daño. Mas irritados los paganos con este prodigio, le atravesaron una espada por el cuerpo, y la sangre que derramaba el santo mártir apagó el fuego. De esta manera acabó su gloriosa carrera Policarpo; y desde entonces celebró toda la Iglesia su ilustre martirio. Venérale la Francia y le ha venerado siempre por uno de sus apóstoles, por haberle debido á san Ireneo, obispo de Leon, á san Benigno, obispo de Langres, á san Andoco, á san Tirso y san Andéolo, que todos fueron discípulos de nuestro santo. Sucedió su glorioso martirio cerca del año 160 de nuestro Señor Jesucristo.

La oracion de la misa es la que sigue.

Deus, qui nos beati Polycarpi martyris tui, atque pontificis annua solemnitate lætificas; concede propitius, ut

O Dios, que cada año nos alegras con la solemnidad de tu bienaventurado mártir y pontifice Policarpo; concédenos la

cujus natalitia colimus, de ejusdem etiam protectione gaudeamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum....

gracia de que honrando su nacimiento en el cielo, nos regocijemos mereciendo su proteccion en la tierra: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 3 de la primera del apóstol san Juan.

Charissimi: Omnis qui non est justus, non est ex Deo, et qui non diligit fratrem suum; quoniam hæc est annuntiatio quam audistis ab initio, ut diligatis alterutrum. Non sicut Cain, qui ex maligno erat, et occidit fratrem suum. Et propter quid occidit eum? Quoniam opera ejus maligna erant: fratris autem ejus, justa. Nolite mirari, fratres, si odit vos mundus. Nos scimus quoniam translati sumus de morte ad vitam, quoniam diligimus fratres. Qui non diligit, manet in morte; omnis, qui odit fratrem suum, homicida est. Et scitis quoniam omnis homicida non habet vitam æternam in semetipso manentem. In hoc cognovimus charitatem Dei, quoniam ille animam suam pro nobis posuit: et nos debemus pro fratribus animas ponere.

Carísimos: Todo aquel que no es justo, no es de Dios, como tampoco el que no ama á su hermano: porque esto es lo que se os ha anunciado y habeis oido desde el principio: que os ameis unos á otros. No como Cain, que era del espíritu maligno y mató á su hermano. ¿Y porqué le mató? Porque sus obras eran malignas, y justas las de su hermano. No os maravilleis, hermanos, si el mundo os aborrece. Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte á la vida, porque amamos á los hermanos. El que no ama, permanece en la muerte. Todo el que aborrece á su hermano es homicida. Y vosotros sabeis que ningun homicida tiene en sí mismo la vida eterna. En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que dió él su vida por nosotros: y nosotros debemos tambien dar la vida por nuestros hermanos.

NOTA.

« Estando san Juan Evangelista en Éfeso, y siendo de mas de noventa años, escribió casi á un mismo tiempo su evangelio y las tres epístolas canonicas.

» El fin era refutar á los herejes que negaban la di-
» vinidad de Jesucristo, entre otros Ebion y Cerinto.
» La primera carta es general, y antiguamente se inti-
» tulaba á los *Parthos*, porque se dirigia á los de esta
» provincia, ora sea que san Juan hubiese predicado
» en ella el Evangelio, como algunos quieren, ora sea
» que solo hubiese escrito á los Judíos esparcidos en
» dicha provincia, como san Pedro escribió á los del
» Ponto y de Galacia. »

REFLEXIONES.

El que no es justo, no es hijo de Dios. Justo es aquel que vive por la fe, y en quien la fe vive por las obras. No basta creer para ser justo; es menester vivir conforme á lo que se cree. Estos son los que con toda confianza y á boca llena pueden llamar padre á Dios. ¿Qué dignidad mas noble, ni mas respetable, ni de mayor consuelo que la de ser hijo de Dios? ¿Pero se mira como tal? ¿hacen grande aprecio de ella los que la desacreditan con sus obras? El que considerare estas con reflexion ¿podrá inferir de ellas que Dios es nuestro padre? ¿Se podrá asegurar en virtud de ellas que somos hijos de Dios?

Para acreditarnos de tales es menester amar á nuestros hermanos. ¿Y reina entre nosotros la amistad pura y sincera? Cada cual ama sus intereses, ama sus gustos, ámase á sí mismo. Pero ¿adónde está aquel corazon tierno y compasivo de las miserias ajenas, aquel corazon benéfico para con los ingratos, aquel corazon generoso que solo olvida las injurias? Sin embargo, este es el corazon propio de los verdaderos hijos de Dios. ¿Y es este nuestro propio corazon?

Las dos bases sobre que se funda todo el edificio de la vida cristiana son el amor de Dios y del prójimo. Quien no ama á su hermano, debe considerarse en estado de muerte. Por el odio que Cain tuvo al suyo,

fué, digámoslo así, el patriarca de los precitos. La envidia degenera luego en odio; este es el carácter de los corazones viles, de las almas bajas; no mirar jamás con buenos ojos la virtud y la prosperidad de los otros. Un genio maligno y un corazon envenenado todo lo emponzoñan.

Sabemos que amando á nuestros hermanos pasamos desde la muerte á la vida. Parece que san Juan reduce al amor del prójimo toda la obligacion del cristiano; á lo menos quiere que la caridad sea como el carácter y el distintivo de los fieles; pues ¿qué deben esperar aquellos en quienes una emulacion maligna ha extinguido esta caridad; aquellos que tienen con sus hermanos un corazon frio, un corazon seco; aquellos que no tienen valor para perdonar una injuria? En vano se aturden ó se atolondran á sí mismos, pareciéndoles que están indiferentes. Sea así; pero la indiferencia no es amor, y el que no ama á su hermano, téngase por muerto: el que le aborrece, repútese por homicida. La señal por donde conocemos la caridad con que Dios nos amó, es que dió su vida por nosotros; si tenemos caridad, debemos tambien exponer la nuestra por nuestros hermanos. Así discurre san Juan sobre la caridad, y por esta regla debemos examinar hasta donde alcanza la nuestra.

El evangelio es del cap. 10 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Nihil est opertum, quod non revelabitur; et occultum, quod non scietur. Quod dico vobis in tenebris, dicite in lumine: et quod in aure auditis, prædicate super tecta. Et nolite timere eos, qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere,

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Nada hay escondido que no venga á descubrirse, ni oculto que no llegue á saberse. Lo que os digo á oscuras, decidlo públicamente, y lo que se os dice al oido, predicadlo desde los tejados. No temais á los que matan el cuerpo y no pueden matar al *alma*;

sed potius timete eum, qui potest et animam, et corpus perdere in gehennam. Nonne duo passeres asse væneunt: et unus ex illis non cadet super terram sine patre vestro? Vestri autem capilli capitis omnes numerati sunt. Nolite ergo timere: multis passeribus meliores estis vos. Omnis ergo, qui confitebitur me coram hominibus, confitebor et ego eum coram Patre meo, qui in cœlis est.

antes bien temed á aquel que puede arrojar al infierno al alma y al cuerpo. ¿Por ventura no se venden dos pájaros por la menor moneda, y ninguno de ellos caerá sobre la tierra sin la voluntad de vuestro padre? Pero á vosotros os tiene contados todos los cabellos de la cabeza. No temais pues: mucho mas valeis vosotros que muchos pájaros. Cualquiera, pues, que me confesare delante de los hombres, le confesaré yo tambien delante de mi Padre que está en los cielos.

MEDITACION.

DEL INFIERNO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que hay infierno, esto es, un lugar en que todo el poder de Dios junta todos los tormentos para castigar, para hacer padecer á los que mueren en su desgracia, y para hacerlos padecer eternamente.

La ira de un Dios irritado enciende un fuego de un ardor, de una vivacidad incomprensible, que no solo abrasa los cuerpos, sino que, por decirlo así, derrite los espíritus. Un condenado está hundido, sepultado, anegado en aquel fuego, inmoble en aquel fuego, penetrado en aquel fuego, no respira ni puede respirar mas que el fuego que le abrasa. En cada instante experimenta nuevo dolor, nuevo tormento, y por un prodigio espantoso de rigor que es efecto de todo el poder divino, un condenado sufre todos los tormentos juntos en cada uno de los instantes.

Pero, por espantosas, por incomprensibles que sean

todas estas penas, se puede decir que son muy poca cosa en comparacion de aquellos crueles remordimientos, de aquella eterna desesperacion que causa á un condenado la memoria del tiempo pasado y de lo mal que se aprovechó de este tiempo, y de tantas gracias, de tantos auxilios como recibió en él.

La falsa brillantez de los honores de que se dejó deslumbrar, lo vacío de los bienes temporales que le ocuparon el alma, la engañosa apariencia de los deleites que le encantaron, la vanidad de los objetos que le apartaron de Dios, lo frívolo de los que se llaman respetos humanos de los cuales se dejó arrastrar, la nada de todas las grandezas humanas, son otras tantas furias que despedazan, que martirizan el corazon de un infeliz condenado.

¡Qué! ¿por gozar un momento de aquellos amarguísimos deleites, por satisfacer mi orgullo, por contentar mi vanidad, por dar gusto á mi pasion, me he precipitado en estos hornos eternos? Fantasmones de grandeza, fortuna quimérica, vanísimas ideas de felicidad, mil veces os detesté y nunca dejé de seguiros; apacentéme de vuestras locas esperanzas, y véisme aquí que estoy para siempre condenado. Pude salvarme, ¡y cuánto me solicitó Dios para ello! nunca me faltó la gracia; pero no quise corresponder á ella. Pensé muchas veces en el infierno; creia todo lo que ahora veo; todo lo que ahora experimento me estremecia de indignacion y de horror cuando consideraba los muchos que se condenaban; y con todo eso ¡yo soy uno de estos condenados!

A estos mortales remordimientos, á estas penas inimaginables, añade la consideracion de un Dios soberanamente irritado, de un Salvador convertido en enemigo irreconciliable, de un Dios perdido sin remedio, y perdido por un pecado. Era menester poder comprender qué cosa es Dios, para poder concebir

qué cosa es perderle, y perderle sin esperanza de volverle á hallar jamás. Esta sola pérdida es mayor suplicio que todos los suplicios. Considera, si es posible, qué tormento es haber perdido á Dios, y haberle perdido para siempre.

¡Ah, Señor! Piérdalo yo todo desde este mismo instante, bienes, dignidades, salud, honra y la misma vida, antes que os pierda á vos. Mil veces he merecido el infierno; pero válgame vuestra misericordia infinita; en ella coloco toda mi esperanza: no permitais que me condene, dulcísimo Jesus mio.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que las penas del infierno no solamente son universales, excesivas, incomprensibles, sino que son tambien penas eternas; esto es, que por mas espantosas, por mas intolerables que sean las penas que allí se padecen, no hay esperanza ni de recibir nunca el menor alivio ni de que se acaben jamás.

¡Qué dolor, qué desesperacion, qué rabia para una alma condenada, cuando, desde aquel abismo de la eternidad, despues de haberse estado abrasando millones de millones de años, vuelva los ojos á esta pequeñísima porcion, á esta imperceptible parte de tiempo que vivió, y apenas la divise al cabo de aquel prodigioso número de siglos como habrán pasado despues de su muerte! Conocerá claramente que por no haberse querido hacer un poco de violencia durante un casi imperceptible espacio de tiempo, arde, se abrasa, sufre de una vez todos los tormentos; y despues de tantos millones de siglos como los está padeciendo, no por eso puede decir que le resta un instante menos que padecer.

Arder en los infiernos tantos años, tantos siglos como instantes se han vivido, es una duracion que causa espanto. ¿Qué será arder tantos millones de si-

glos como gotas hay en los rios y en el mar? Pues un condenado habrá padecido en aquellas prisiones de fuego toda esta incomprensible extension de tiempo, y no se habrá pasado ni medio cuarto de hora, ni un instante de la eternidad. Los hijos de tus hijos estarán enterrados, habrá arruinado el tiempo las casas que fabricaste, habrá destruido la ciudad en que naciste, habrá trastornado los estados donde te criaste; el fin de los siglos habrá sepultado en sus mismas cenizas á todo el universo; habránse pasado tambien despues del fin del mundo tantos millones de siglos como duró momentos el mismo mundo, y ni un solo instante habrá pasado de aquella espantosa eternidad. Si te condenaste, te restará tanto que sufrir como el primer momento que caiste en aquellas abrasadoras llamas.

¡O eternidad espantosa! ¡ó incomprensible eternidad! ¿Quién puede creerte, y vivir en pecado ni un instante? ¿quién puede creerte, y dilatar ni un momento su conversion?

Supongamos que un pecador está condenado á arder en el infierno hasta que una hormiga traslade al mar toda la arena que hay en la orilla, viniendo una sola vez de mil en mil años, y conduciendo cada vez un solo grano: ¡santo Dios! desde que Cain está en el infierno no hubiera llevado mas que seis ó siete granos este animalillo: ¿y qué seria si aquel infeliz hubiese de padecer hasta que esta hormiga trasportase, no solo toda la arena del mar, sino toda la tierra del mundo; hasta que hubiese desgastado todas las peñas, todas las rocas, todas las montañas de la tierra, no pasando mas que una vez cada mil años? El juicio se pierde, la imaginacion se confunde en este abismo de tiempo. Pues, al cabo habrá de llegar tiempo en que, si te hubieras condenado, podrás decir con verdad: Despues de mi muerte, desde que estoy rabiando en medio de este fuego, aquella hormiga

hubiera trasportado ya toda la arena y toda la tierra del universo; hubiera ya desgastado todas las montañas, todas las rocas; hubiera ya cavado y penetrado hasta el centro del mismo mundo; toda esta prodigiosa duracion de tiempo se ha pasado en estos terribles tormentos, y todavía me queda que sufrir una eternidad toda entera. ¡Hay infierno; hay una desdichada eternidad en este infierno; hay cristianos que lo creen: y hay cristianos que pecan! Hé aquí una cosa tan incomprensible como la misma eternidad.

¡Y qué! Señor, ¿no me habréis dado tiempo para pensar en las penas eternas del infierno, sino para aumentar por pura malicia mia el rabioso dolor que tendré de haberme condenado despues de haber pensado en estas eternas penas? ¡Qué dolor, qué desesperacion no será algun dia para mí, si despues de haber hecho esta meditacion no mudo de vida; si no me aplico á trabajar con el auxilio de vuestra divina gracia en el negocio de mi salvacion! Desprended, Padre eterno, desprended hácia este miserable pecador un rayo piadoso de vuestros benignos ojos: mirad que todavía estoy teñido con la sangre de mi Señor Jesucristo; y en virtud de esta sangre os pido misericordia; os pido me hagais la gracia de que os ame por todo el tiempo de mi vida y durante toda la eternidad.

JACULATORIAS.

Quis poterit habitare cum igne devorante? quis habitabit cum ardoribus sempiternis? Isai. 33.

¡Ah, Señor! ¿quién podrá habitar en medio del fuego devorador? ¿quién podrá vivir entre las llamas eternas?

Hic ure, hic seca, hic non parcas, ut in æternum parcas. August.

Señor, aquí abrasa, aquí corta, aquí no perdones, con tanto que en la eternidad me perdones.

PROPOSITOS.

1. Baja, dice san Bernardo, baja muchas veces con la consideracion al infierno en vida, para no bajar á él despues de muerto. Cuando se teme un gran mal se piensa en él frecuentemente; este pensamiento sirve para aplicar los medios y tomar las medidas para precaverse. No pierdas de vista el infierno, dice el Sabio, si no quieres ir por su camino. Es ejercicio muy provechoso valerse de todos los trabajos de esta vida, de todo lo que en ella nos aflige ó nos molesta, para traer á la memoria las penas del infierno; y aun se puede decir que la memoria de estas penas endulza y suaviza aquellos trabajos. ¿Si te aprietan dolores vivos, agudos, penetrantes, acuérdate de los que padecen los condenados en el infierno. Vivimos en casas, habitamos en lugares, tenemos empleos que tuvieron muchos de los que ahora estan ardiendo en aquellas llamas eternas. No nos hallaremos en concursos, en convites, en diversiones donde haya mucha gente, que no podamos decir muy probablemente que algunos de los que allí se hallan, algun dia serán del número de los condenados; que muchos de los que allí se divierten, arderán algun dia en el infierno. No hay disgusto, no hay placer en esta vida, que no sea muy oportuno para traernos á la memoria los tormentos de la otra; tampoco hay remedio mas eficaz para templar, para quitar del todo la gana de estos placeres, como aquella memoria. Si se rebela la concupiscencia, si se sienten los estímulos de la carne, si se amotinan las pasiones: imagina que oyes la voz de aquel rico infeliz que grita desde el abismo: *Crucior in hac flamma:* Soy cruelmente atormentado en medio de este fuego. Lleva contigo en la imaginacion esta imágen y en el oido esta voz en todos tus placeres, en todas tus diversiones, y á buen seguro que presto las perderás

el gusto, y ellas perderán para tí todo su atractivo.
Hallándose un dia extraordinariamente tentado un santo ermitaño, aplicó la punta del dedo á la llama del candil, y como el vivísimo dolor que sintió le obligase á retirarla prontamente: ¡Qué, dijo al tentador, tú me incitas, tú me solicitas á que me entregue á un deleite ilícito por el cual he de ser condenado al fuego eterno, cuando no tengo valor ni aun para tocar con la punta del dedo á este fuego usual! ¡Oh! si muchos se sirviesen de semejantes industrias en muchas ocasiones, ¡y como serian menos frecuentes las caidas!

2. No hay otra pérdida que sea irreparable sino la pérdida del alma. Ruina de negocios, reveses de fortuna, pérdida de pleitos, naufragios, desgracias, por sensibles, por grandes que parezcan, hablando propiamente, todo tiene remedio; pero si una vez me condeno, ¿quién me podrá consolar? ¿qué alivio me resta? ¿qué esperanza, qué recurso me queda? Todo se perdió si pierdo á Dios. ¡O qué pensamiento tan oportuno para nutrir la devocion, al mismo tiempo que se fomenta el horror que debes tener al pecado! En tus pérdidas, en tus desgracias, en aquellos importunos temores, en aquellos molestos sobresaltos que son inseparables de la vida, dite, dite sin cesar á tí mismo: No hay otro mal que el pecado; no hay otra pérdida digna de temerse sino la pérdida de Dios. De la pérdida de los bienes, de la salud, de los empleos me podrán consolar los amigos, el tiempo, y aun la misma muerte puede servirme de consuelo; pero perder á Dios, perderle para siempre, ¡ó qué irreparable pérdida! Así en las prosperidades como en las adversidades de la vida, hazte familiar con estas palabras: *Quid prodest homini, si mundum universum lucretur?* ¿De qué le sirve al hombre ser dueño de todo el mundo, ser el mas poderoso monarca de la tierra, si al cabo se condena y se pierde? ¿de qué



Sta PAULA, VIUDA.

le sirve ahora á aquel señor, á aquel grande, á aquel rico que se condenó, haber vivido con tanta magnificencia, con tanta abundancia, con tantos gustos y regalos? ¿de qué le sirve á aquella mujer profana, á aquella dama llena de presuncion y de vanidad, haber brillado, haber sobresalido tanto en las funciones del mundo, si al presente arde y arderá por una eternidad en las llamas del infierno? ¿de qué sirven aquellos pomposos dictados, aquellos soberbios palacios, aquel aparato, aquel tren de modas, de vestidos y de galas; de qué sirve todo esto a quien se condenó? ¿Será gran consuelo para aquel padre, para aquella madre que estan en el infierno, haber dejado tantos hijos que viven con grandes conveniencias en el mundo, mientras ellos se abrasan en aquellas llamas? Hazte familiares estas reflexiones, porque hay pocos ejercicios que sean mas saludables. Ten siempre en tu sala ó en tu cuarto algun objeto que te acuerde sin cesar la memoria de la muerte ó del infierno.

SANTA PAULA, VIUDA.

« Si todos los miembros de mi cuerpo se convirtiesen » en lenguas, y cada una de sus partes mas pequeñas » fuese capaz de hablar con voz humana, con todo eso » nada podria yo decir que fuese proporcionado y digno » de las virtudes de la venerable Paula. » Así comienza san Jerónimo la vida de esta insigne matrona, precioso fruto de la sangre con que fecundaron la Iglesia los mártires de los tres primeros siglos, y uno de los mayores espíritus que se produjeron en el cuarto. Su vida, compendiada de la que escribió el santo doctor para consuelo de Eustoquia, es como se sigue:

Nació santa Paula en Roma en el dia 5 de mayo del

año del Señor de 347, siendo cónsules Eusebio y Rufino. Sus padres fueron Rogato y Blesilla, esta descendiente de los Escipiones y Gracos, gente noble y poderosa, y aquel oriundo de Agamenon, el mismo que destruyó á Troya despues de haberla tenido sitiada diez años. Los timbres, los blasones y las riquezas de esta casa eran correspondientes á la antigüedad y nobleza de su sangre, que no solo en Roma sino en toda la Grecia era conocida y respetada. Crióse Paula con suma opulencia, regalo y delicadeza; y aunque ni esto ni la acendrada estirpe de nobles ascendientes es cosa que engrandece á quien lo tiene por fortuna ó casualidad, con todo eso, dice san Jerónimo, en quien sabe renunciarlo y despreciarlo por Jesucristo es cosa grande y digna de las mayores aclamaciones. Siendo de edad competente para el matrimonio, la casaron sus padres con un jóven nobilísimo, llamado Tejocio, descendiente de Enéas y de Julio César, por lo que llamaron tambien Julia á su hija Eustoquia. A pesar de la corrupcion de costumbres que habia introducido en Roma la excesiva opulencia nacida de la conquista de todas las naciones del mundo, Paula se conservó impenetrable al mal ejemplo, y su honestidad y pureza eran el iman del casto amor de su esposo, y la materia de las aclamaciones con que la celebraba aquel inmenso pueblo. Todos los estados son susceptibles de la verdadera virtud cuando se quiere dar oidos á las inspiraciones de la gracia; y las riquezas mismas, que suelen tener los apocados en el concepto de impedimentos para servir á Dios, son en realidad medios que el mismo Dios proporciona para desahogo de los corazones grandes y caritativos. El de Paula halló en ellas todo esto, pues no solo servian para socorrer á los necesitados, sino para proporcionar como verdadera madre la santa educacion que debia dar á sus hijos.

Para hacerla gloriosa en su descendencia, y para que no careciese de la dote de fecunda, que brilla entre todas las que hacen á una mujer recomendable, dióla el cielo cuatro hijas y un hijo: Blesilla, que quedó viuda á los siete meses de casada, y murió de veinte años llena de virtudes y merecimientos; Paulina, casada con Pamaquio, á quien dejó en herencia su patrimonio y su espíritu; Eustoquia, vírgen santísima, joya de inestimable valor con que se adorna la Iglesia; Rufina, que con una muerte temprana llenó de consternacion à su madre, y en fin Tejocio, último fruto de sus entrañas, con el cual aplacó el deseo de un varon que afligia á su marido, y puso fin á las lícitas delicias del matrimonio. Pero este se disolvió llevando Dios á mejor vida á su amado consorte, cuya falta lloró Paula con tan extremo dolor, que estuvo para morir de sentimiento; y por otra parte, libre ya de los lazos y ataduras que en cierta manera aprisionaban su espíritu, se convirtió al Señor con tal fervor, que no parecia sino que habia estado deseando su muerte.

Luego que se vió Paula con toda su libertad, soltó las riendas á la ardiente caridad de que estaba penetrada su alma, y repartió á los pobres casi todas las inmensas riquezas propias de una casa noble y opulentísima. Su compasion y beneficencia no reconocian límites, y el mas desconocido las experimentaba con mayor abundancia á medida de su necesidad. ¿Qué pobre no se vistió con su mortaja para caminar al sepulcro? ¿qué enfermo no recibió el sustento de su caritativa mano? Buscábalos con toda diligencia por la ciudad, y creia que su mayor daño consistia en que fuesen curados y mantenidos con dinero de otros. Sus parientes la reprendian porque despojaba á sus hijos del cuantioso patrimonio que debia sustentar su nobleza; pero la santa, llena de fe, les respondia que no creia poder dejar á sus hijos mayer herencia que

la divina misericordia. Estas reconvenciones terrenas y las frecuentes visitas de otras matronas nobles, la eran estorbos fastidiosos para caminar á Dios con toda la priesa que anhelaba su espíritu. La misma alteza y esplendor de su jerarquía la causaban tristeza y amargura, y deseaba con vivas ansias huir las alabanzas que la tributaban continuamente ó el agradecimiento ó la lisonja.

Vinieron en esta sazon á Roma, llamados por el emperador y por san Dámaso para componer ciertas diferencias que turbaban la Iglesia, san Epifanio, obispo de Salamina, y Paulino, obispo de Antioquía, varones de mucha autoridad y de acendrada virtud. Al primero le hospedó santa Paula en su misma casa, y á Paulino le preparó otra á sus expensas donde estuviese con la mayor comodidad y regalo. Ninguna espuela alijera tanto los pasos en el camino de la piedad como una santa compañía. Las virtudes y continua conversacion con estos admirables varones encendieron de tal manera el pecho de la santa, que sin acordarse de sus hijos, de su familia, de sus estados ni de cuanto da de sí el mundo, solo pensaba en dejarlo todo, y marcharse sola á imitar en un yermo la vida solitaria de los Antonios y los Pablos. Acabóse de confirmar en este propósito con la inevitable partida de Epifanio y Paulino, á quienes por entonces acompañó en espíritu, puesto que sus circunstancias no la permitían todavía acompañarlos en efecto.

Entretanto arregló las cosas de su familia y de sus estados; y mandando disponer un bajel, se aprestó para el viaje y apartamiento meditado. Llegó el dia alegre y venturoso para la santa, y triste y desventurado para sus deudos, para sus amigos y para sus hijos; y venciendo con increible fortaleza cuantos obstáculos la oponian la sangre y la humildad, bajó

al puerto para dejar por siempre las prendas mas amadas de su corazon. Acompañábanla un hermano suyo, sus parientes y deudos, y lo que es mas, seguíanla sus hijos bañados todos en lágrimas, solicitando con sus lamentos y suspiros detener los pasos de la tierna y sensible Paula, la que, amando mas á Dios que á los suyos, entró en el bajel que estaba preparado. Comenzaron á hincharse las velas del navío, y apartarle los remos de las patrias orillas, y comenzaron á sonar mas fuertemente en los oidos de Paula las tristes quejas y amargo llanto de los que dejaba. El niño Tejocio levantaba las manos al cielo, y otras veces las dirigia donde estaba su madre. Rufina, que era ya jóven casadera, la suplicaba, anegada en lágrimas, que esperase siquiera hasta presenciar sus cercanas bodas; pero, venciendo el amor de Dios al de la naturaleza, caminaba insensible con su hija Eustoquia, mirando con ojos enjutos un apartamiento que no podian menos de llorar aun los mas extraños. Cuantos iban con Paula en el navío miraban con amor las riberas de que se iban alejando: sola esta heróica mujer tenia valor para dirigir su vista á la parte contraria, negándose á mirar lo que no podia ver sin amargura. Nadie amó tanto á sus hijos, á quienes antes de partirse dejó cuanto tenia, desheredándose en la tierra para encontrar mejor patrimonio en el cielo; pero negó á su corazon los sentimientos de madre, ansiosa de que Dios la recibiese por su sierva.

Contenta Paula de verse ya libre de los lazos de la carne y sangre, caminaba llena de gozo, alimentando los deseos de su corazon con las esperanzas de darles prontamente el apetecido cumplimiento. Llegó á la isla Pontia, lugar del destierro que por Jesucristo padeció santa Flavia Domitila; y al ver las celdillas estrechas en que esta santa habia sufrido un prolongado martirio, se encendia mas el deseo de llegar á ver

Jerusalen y los Santos Lugares. En Salamina fué detenida diez dias por el santo obispo Epifanio, no para regalarse, como el santo pretendia viéndola cansada y macilenta de los trabajos de la navegacion, sino para visitar con santa piedad y reverencia los monasterios, á los que repartió limosnas proporcionadas á su pobreza. De allí partió á Seleucia y Antioquía; y aunque san Paulino intentó detenerla, no fueron suficientes ni sus ruegos ni lo frio de la estacion para que dejase de seguir su camino sobre un pobre jumento aquella noble romana que antes era llevada sobre los hombros de sus esclavos. Llegada á Palestina, comenzó á respirar su corazon con la vista de tantos lugares testigos de las divinas maravillas, y la parecia que iba leyendo las divinas escrituras segun veia los sitios que la traian á la memoria los varios acontecimientos que en ellas se refieren, hasta que, embebida en tan santas observaciones, llegó finalmente á Jerusalen, término deseado de su larga peregrinacion.

El procónsul de Palest na, que sabia la alteza de su linaje, la preparó habitacion en el palacio pretoriense, pero la santa prefirió una casilla pobre y humilde á las comodidades y soberbios edificios, que habia de antemano comenzado á despreciar. Todos sus cuidados y esmeros eran visitar y venerar los lugares consagrados con los misterios de nuestra redencion; y esto con tal fervor y devocion tan tierna y encendida, que solo la podia separar de los primeros la consideracion de los muchos que restaban. Adoró la santa cruz postrada en tierra con tantas lágrimas como si viera con los ojos corporales pendiente de ella á Jesucristo. Habiendo entrado en el sepulcro santo, besaba la piedra que levantó el ángel, y lamia ansiosa el lugar dichoso en que habia yacido muerto el cuerpo del Redentor, saliendo continuamente de su abrasado corazon mil dolorosos suspiros que manifestaban su

compasion, y excitaban á toda Jerusalen á imitar sus fervorosos ejemplos. Subió al monte Sion, en donde la fué mostrada una columna, que sostenia el pórtico de la iglesia, teñida con sangre del Salvador cuando fué atado y azotado en casa de Pilato. Vió tambien el lugar en donde descendió el Espíritu Santo sobre ciento y veinte creyentes, segun el oráculo de Joel, y con mano caritativa distribuyó limosnas á los pobres, que era el ordinario obsequio con que intentaba dar á entender su amor al soberano autor de tantos misterios.

Desde allí marchó á Belen, y habiendo observado á la derecha del camino el sepulcro de Raquel, entró en aquel dichoso albergue en que el buey conoció á su poseedor y el asno el pesebre de su dueño. Juraba en mi presencia, dice san Jerónimo, que allí vió con los ojos de la fe al Redentor recien nacido, envuelto en las mantillas y reclinado en el pesebre llorando; á los Magos que le adoraban, á la estrella que los conducia, á la Madre vírgen, al solícito José, á los Pastores admirados, á los Inocentes muertos, á Herodes enfurecido, y á José y á María huyendo presurosamente á Egipto para libertar á Jesus de sus furores. El gozo y consolacion que sentia su espíritu hacian arrasar de lágrimas sus ojos, y, mezclado el consuelo con el llanto, clamaba : Salve, Belen, casa de pan en que nació aquel Pan divino que bajó del cielo. ¡Venturosa yo, miserable pecadora, que he sido digna de besar el pesebre en que lloró mi Señor recien nacido y orar en la cueva en que la Vírgen purísima parió á su mismo Dios! Esta será mi descanso, pues es la patria de mi Señor; aquí habitaré, puesto que mi Redento la ha elegido. Sin embargo de estos propósitos no dejó lugar consagrado con los piés de Jesus que no visitase con indecible devocion y consuelo de su alma. El monte Olivete, desde donde el Salvador glorioso subió á su Padre celestial, el sepulcro de Lázaro, la

casa de sus hermanas, los sepulcros de los doce patriarcas; Samaria, en donde descansaban Eliséo, Abdías y el Bautista, y en donde tembló consternada á vista de inauditas maravillas, pues se oian rugir los demonios en fuerza de los tormentos, y los hombres mismos ahullaban, ladraban y silbaban como lobos, perros y serpientes; en fin todos los lugares dignos de veneracion fueron visitados por santa Paula con increible fe y provecho de su alma.

Pero su corazon no se saciaba con esto; queria ver los templos vivos en que habitaba el espíritu del Señor: las soledades de Egipto llamaban á sus fervorosos deseos para conocer por la experiencia virtudes y austeridades que se hacian increibles en la fama; y así emprendió este viaje, considerando de paso muchos sitios en que el Dios de Israel habia manifestado sus prodigiosas grandezas á su pueblo. El santo y venerable obispo Isidoro la salió al encuentro, rodeado de una muchedumbre de santos monjes, á cuyos piés se postraba, llena de devocion y de respeto, admirando y envidiando á un mismo tiempo la santidad de su vida. Registró sus celdas, admiró su pobreza, sorprendióla su austeridad y penitencia; y con ánimo y fortaleza superior á su sexo, se quedara en aquella soledad con sus doncellas, si el amor superior que tenia á los Santos Lugares no hubiera servido de obstáculo. Al fin hubo de dejar aquellos desiertos; y tornándose á Belen, determinó quedarse allí por toda su vida. A este fin hizo edificar varios monasterios, viviendo entretanto en una casa pobre; y acordándose que en aquel mismo lugar no habian encontrado donde hospedarse la Vírgen María y José, mandó construir á la orilla del camino varios hospicios donde fuesen los peregrinos albergados. Todo lo prevee la caridad, y todo lo que previene lo ejecuta sin que puedan impedir sus ideas las dificultades.

¿Qué seria en una santa que juntaba con una caridad ardentísima todo aquel cúmulo de virtudes que son necesarias para aclamarla perfecta? Su humildad era tan extremada, que el que no la hubiera visto antes, al verla la primera vez la juzgaria una de sus mas ínfimas criadas: pues realmente lo daban á entender así su vestido, su modo de hablar y todas sus costumbres, sin que en los copiosos coros de vírgenes de que andaba siempre rodeada, pudiese encontrarse alguna que en la humildad se equivocase con Paula. Jamás se sentó á la mesa con hombre alguno, por santo y decorado que fuese, despues de la muerte de su marido; jamás hizo uso de los baños á no estar en evidente peligro; jamás quiso acostarse en cama blanda, aun estando con ardentísima calentura, sino sobre la dura tierra, que cubría primero con cilicios, y regaba despues con tan copiosas lágrimas, que se la juzgaria reo de gravísimos delitos. Amonestábala san Jerónimo que no llorase tanto, porque no perdiese los ojos tan necesarios para la leccion de los sagrados libros, y la santa respondia: Justo es que sea afeado el rostro que contra la ley de Dios procuré hermosear con afeites, y afligido el cuerpo que gozó de tantas delicias; la inmoderada risa justo es que se pague con llanto, los vestidos ricos y delicados con cilicios, y que yo, que procuré agradar á mi marido y al mundo, procure ahora complacer á Jesucristo. A esto se llegaba una castidad angelical, que no solo la hizo en Roma ejemplar de matronas castas cuando era seglar, sino que en ningun tiempo pudo la mas venenosa maledicencia encontrar la mas leve mancha en su honestísima conducta.

Clemente y mansa, ni deseaba la conversacion de los poderosos ni despreciaba á los vanidosos y soberbios. Si veia á un pobre, le sustentaba; si á un rico, le exhortaba á dar limosna. Moderada en todo, solo

en ser liberal se excedia. Confieso mi yerro, dice san Jerónimo, porque viendo su profusion en dar limosna, llegué á reprenderla, proponiéndola varios lugares de la Escritura en que se nos enseña la moderacion y la prudencia aun en el modo y distribucion de la limosna; entre ellos aquel del Evangelio en que dice el Salvador: El que tuviere dos túnicas dé la una al que no tiene; pero la santa, llena de vergüenza, propia de su modestia y su humildad, desataba en pocas palabras todas mis reconvenciones, protestando delante de Dios que todo lo ejecutaba por su amor y santo nombre, y que nada deseaba mas en esta vida que morir tan pobre, que tuviese que sustentarse de limosna, sin dejar á su hija un ochavo, ni tener una sábana en que se pudiese amortajar y dar sepultura á su cuerpo. Si yo no tengo, decia, pediré y encontraré muchos que me socorran; pero si me pide un mendigo, y por no darle yo, que puedo socorrerle aun de lo ajeno, perece de necesidad, ¿á quién hará Dios cargo de aquella alma? Al fin vió cumplidos sus deseos, muriendo tan pobre, que no dejó á su hija Eustoquia mas herencia que la obligacion de pagar muchas deudas contraidas por dar limosna. No porque la hiciese de manera que pretendiese enriquecer á quien la daba, como acontece á muchos que buscan cebar la vanidad bajo el pretexto de virtud; sino porque aunque la repartia con suma prudencia socorriendo solamente la necesidad, esta se multiplicaba en proporcion muy superior á las facultades que tenia. El ser tan limosnera no juzgó que fuese un salvo conducto para dispensarse de las demás virtudes, y singularmente de la mortificacion. Hay personas que dan limosna con abundancia; pero al mismo tiempo conservan su corazon estragado, hecho esclavo de la gula, de la lujuria y de los demás vicios que las acompañan, semejantes á los sepulcros enlucidos y blanqueados por defuera, pero que dentro no

encierran mas que huesos de muerto y podredumbre. Paula al contrario era limosnera; pero tambien era humilde, casta, continente, mortificada, y tan parca en la comida, que de ayunar contrajo muchas veces debilidad y dolencias peligrosas. Solo los dias de fiesta usaba de aceite en la comida. Y, quien en esto guardaba tan admirable abstinencia, ¿qué haria con la leche, miel, huevos, peces y otras tales viandas gustosas al paladar, de las cuales llenando algunos el estómago hasta hartarse, tienen valor para juzgarse todavía muy abstinentes?

La verdadera virtud siempre fué perseguida de la envidia, y sus rayos hieren con mas fuerza á los montes mas altos de perfeccion. Vióse esto en Paula; pues tuvo tales persecuciones, que el mismo san Jerónimo llegó á aconsejarla que seria prudencia ceder y volver la espalda al porfiado enemigo, yéndose á vivir á otra tierra donde pudiese dedicarse á la virtud en paz tranquila, como lo habian hecho Jacob y David en semejantes circunstancias. Pero la santa, llena de invicta paciencia, le respondia: Eso estaria bien si el demonio distinguiera de lugares para hacer guerra á los que sirven á Dios, si no precediera él con sagaz astucia á los que huyen de la pelea, y últimamente, si en otra parte pudiera yo hallar mi amada Belen y los demás santos lugares. Yo tengo por mas acertado vencer con mi paciencia el ajeno encono, quebrantar con humildad á la soberbia, y al que me hiera una mejilla ofrecerle la otra, segun la doctrina de Jesucristo; y de esta manera creo que venceré el mal con el bien, como aconseja san Pablo, y triunfaré de mis enemigos. El Evangelio llama bienaventurados á los que padecen por la justicia: estando seguros en nuestra conciencia de que los males que padecemos no son castigo de los pecados, yo estoy firmemente persuadida á que las aflicciones y persecuciones de este

mundo no son otra cosa que ocasiones de mayor premio.

A respuesta tan llena de divina sabiduría no tenia que reponer el santo padre, admirando en Paula los efectos mas portentosos de la gracia. Nada la conmovia, nada era capaz de turbar aquella tranquilidad que llegan á adquirirse las almas que se dominan á sí mismas. Si la injuriaban con palabras descompuestas, la santa callaba, repitiendo en su corazon aquella sentencia de David : Enmudecí y cerré mi boca cuando el pecador se presentó contra mí : y á este tenor siempre estaba armada de sentencias de la Escritura para rebatir sufriendo las adversidades. Llegóse á ella un hombre chismoso y adulador (raza perniciosa al género humano), y fingiendo amor y deseo de su bien, la dijo que por el demasiado fervor con que se habia entregado á los ejercicios de piedad se habia debilitado la cabeza de manera que parecia á todos loca, y que debia con algunos apósitos confortarse el cerebro para tornar otra vez en su acuerdo y juicio. Una piedad menos sólida que la de Paula pudiera haber padecido alguna quiebra con tan diabólica propuesta, capaz de intimidar y llenar de desconfianza al mas virtuoso; pero la invicta matrona le despachó, diciendo con reposada pausa : Que habiéndose tenido á Jesucristo por samaritano y endemoniado, no era extraño que la tuviesen á ella por loca y por necia; pero que san Pablo habia padecido lo mismo por su Señor, y sabia que el mas necio, delante de Dios es mas sabio que todos los hombres. Armada con estos y otros infinitos lugares de la Escritura como con un escudo impenetrable, caian á sus piés melladas y perdidas cuantas saetas la disparaba la encrudecida y rabiosa envidia, quedando siempre victoriosa, sin mas auxilio que el de la paciencia cristiana que conservó toda su vida.

tantas virtudes y tan ardiente caridad no podian caber en el estrecho ámbito de su corazon; á lo menos era preciso que vertiesen fuera del pecho parte de los efectos con que tenian preparada aquella alma santa. Conocia Paula con una piadosa astucia que sembrando carne podria coger espíritu, que dando bienes terrenos la volverian otros celestiales, y que por una cosa pasajera y transitoria se ganaria eternas recompensas. Habia ya experimentado estas plausibles usuras en un monasterio de hombres que habia fundado, y cuyo gobierno habia fiado á ellos mismos. Quiso ejecutar lo mismo viendo las muchas doncellas que venian á buscar su direccion, fabricando tres monasterios de vírgenes sagradas en donde ni la nobleza del siglo era estimada, ni despreciada la pobreza, solo se distinguia la virtud. Como el ejemplo en el superior tiene mas fuerza que los consejos, procuraba la santa ser la primera, tanto en los ejercicios corporales como en los del espíritu. Ninguna hora, ni aun la de la media noche, era incómoda para que dejase de ir con las demás á cantar el salterio, que sabian todas de memoria, con gran inteligencia de las sagradas escrituras sobre las que diariamente eran enseñadas para decirlas con fruto. No permitia á las nobles tener en su compañía criadas de sus casas, ni aun hablar siquiera de los regalos y opulencia en que se habian criado; no consentia distincion en los hábitos, ni curiosidad afectada, diciendo que el nimio esmero en el vestido es funesto indicio de la suciedad del alma. A ninguna la era lícito usar lienzo, sino para enjugarse las manos, ni hablar con hombre alguno, ni tener otra cosa que lo necesario para el preciso vestido y la moderada comida. Si alguna venia tarde al coro, la amonestaba con dulzura ó con rigor, segun lo exigia el genio de la que habia delinquido; si reñian entre sí, las apaciguaba con santas y amorosas palabras; si veia que

alguna se afeitaba para parecer mas hermosa, la daba á entender su yerro con el ceño y tristeza que manifestaba en su frente; y á la que se excedia con tanta demasía que alborotaba, suscitaba rencillas, provocaba á las demás y se hacia sorda á las primeras amonestaciones, la separaba de las otras y la ponia á comer en sitio distinto, para que hiciese el pudor lo que la correccion blanda no habia conseguido.

Con las enfermas era sumamente caritativa, consolándolas, sirviéndolas, y practicando con ellas todos los oficios de madre y de sierva. Dábalas abundantemente cuanto tenia, y procuraba que comiesen carne y regalos para que restaurasen con mayor facilidad la salud perdida; pero no guardaba igualdad en estas piadosas máximas, porque cuanto tenia para con sus monjas de dulzura y de clemencia, otro tanto tenia consigo misma de abstinencia y de rigor, sin que hubiese consejo ni autoridad que pudiesen doblar su constancia. Cayó enferma de mucho peligro; y habiendo salido de él casi milagrosamente, la rogaban los médicos que tomase un poco de vino á las comidas para restaurar mas fácilmente las fuerzas, y para evitar una hidropesía que la amenazaba si seguia bebiendo agua. Supliqué yo, dice san Jerónimo, ocultamente al santo obispo Epifanio que la amonestase y aun compeliese á beber el vino que mandaban los médicos: hízolo el santo; pero santa Paula, conociendo el artificio, dijo sonriéndose: Esto es cosa de Jerónimo; permaneciendo al mismo tiempo constante en su determinacion. ¿Qué mas? Saliendo el santo obispo despues de haberla exhortado con grande actividad, le preguntó san Jerónimo qué habia hecho. Y san Epifanio respondió: Es tanto lo que he conseguido, que ha faltado muy poco para que no me haya persuadido á mí que no beba vino, siendo ya viejo y necesitándolo. Tan austera y rígida era Paula en su

virtud de la abstinencia, que aunque la sagrada escritura aconseje que no se tomen cargas superiores á nuestras fuerzas, hay casos en que el fervor y la encendida caridad desvanecen cualquier recelo, y son causa de que apruebe semejantes esfuerzos el mismo Espíritu Santo que los inspira, y que da fuerzas para ejecutarlos.

Además de que la fe viva y firme en el Señor todo lo vence, todo lo puede, todo lo rinde y avasalla; no solo cuanto puede contrastar las fuerzas de la carne, sino aun las batallas del espíritu, son otras tantas victorias cuando la fe sobrenatural es la que dispone y reparte las fuerzas. Aun en esta línea tuvo santa Paula un vencimiento portentoso, porque habiendo sido tentada por un perverso hereje, tan malicioso y poco sabio como arrogante y atrevido, sobre la resurreccion y sobre la causa por que un niño sin pecado habia de ser poseido del demonio, oyendo la sana doctrina que la dió san Jerónimo, abominó de tal manera al hereje y sus sectarios, que los llamaba públicamente los enemigos de Dios. Facilitábala la consecucion de estos vencimientos la inteligencia y estudio que habia hecho de las sagradas escrituras, siendo su maestro é intérprete el glorioso santo padre de la Iglesia. Era tal su teson en aprender y descubrir el espíritu que vivifica, que sin embargo de que la deleitaba la historia, sacrificaba este gusto al provecho de conocer los misterios escondidos bajo de la corteza de la letra. A este fin tuvo valor y constancia para estudiar y aprender la lengua hebrea, superando mil dificultades, hasta llegar á cantar los salmos con tal propiedad y perfeccion, que no se echaba de ver la nativa lengua latina á que estaba la pronunciacion acostumbrada.

Así llegó á hacerse participante en esta vida de las divinas dulzuras, las cuales embriagaban su alma de santo amor hasta conducirla á punto de clamar con

san Pablo : Deseo ser desatada de los lazos de la mortalidad y vivir con Jesucristo. Sus encumbrados merecimientos no podian menos de proporcionarla el fin de sus deseos : cayó pues en una peligrosa enfermedad, que desde luego se dejó ver con todos los síntomas de funesta, aunque Paula no la tuvo por tal, segun ardia su corazon en el amor de su Dios. Aumentaba su consolacion y alegría ver la piedad y solicitud con que su hija Eustoquio la servia; fieles señales de que quedaba heredera de su espíritu, que era lo que deseaba. Sentia esta santa vírgen la muerte y separacion de su madre, y quisiera que sus diligencias y esmero fueran poderosos á detener el alma que estaba ya partida para la otra vida. Ella la administraba las medicinas, la daba por su mano el sustento, la hacia la cama, la aderezaba y acomodaba la ropa, la sostenia la cabeza, y practicaba tantos oficios, que se veia bien estaba persuadida á que todos eran privativamente suyos, y que cualquiera que la quitasen era robarla el mayor merecimiento. ¡Qué suspiros los suyos, qué gemidos, qué lágrimas nacidas del corazon, pidiendo al Señor, postrada delante del santo pesebre, ó que la dejase á su madre, ó que fuese servido de que ambas fuesen llevadas en un mismo féretro al sepulcro!

Entretanto, sintiendo santa Paula por la frialdad de sus miembros que se acercaba su muerte, como si saliera de entre extraños para caminar á su patria, repetia en voz baja aquellos versos de David: « Amé, » Señor, la hermosura de tu casa y el lugar donde reside » tu gloria: ¡ó qué amables son tus tabernáculos, Señor » de las virtudes! Desfallece mi alma de deseo de en» trar en sus átrios; porque amo mas estar en el lugar » mas ínfimo de la casa de mi Dios, que habitar en los » tabernáculos de los pecadores. » Dijo esto, y quedóse en silencio, de modo que aunque la hablaban no respondia. Llegóse entonces san Jerónimo, y preguntán-

dola porqué callaba, y si la dolia algo, respondió en lengua griega: Todo está quieto y tranquilo; no siento dolor ni molestia alguna. Dicho lo cual enmudeció y cerró los ojos para siempre; pues aunque se conocia que repetia algunos versos de los salmos, como tenia los dedos en forma de cruz sobre la boca, no se la podia entender. Estaba à su cabecera el obispo de Jerusalen y los de las otras ciudades; san Jerónimo é infinita multitud de sacerdotes y levitas rodeaban el lecho, sin que faltasen los coros de purísimas vírgenes y santos monjes que habia instituido. En tan santa compañía, llena de tranquilidad en el espíritu y de hermosa serenidad en el semblante, dió su preciosa alma al Criador para ser coronada eternamente con la gloria debida á sus heróicos merecimientos. Fué su dichoso tránsito á 26 de enero, dia martes, despues de ponerse el sol, en el año del Señor de 404, siendo la sexta vez cónsul Honorio Augusto juntamente con Aristeneto.

Su muerte no fué llorada y gemida como suele acontecer con los del siglo, sino celebrada como preciosa delante del Señor, cantando muchos salmos en diversas lenguas. Fué llevado su venerable cadáver en hombros de obispos á la iglesia de la Cueva del Salvador, ó adonde estaba el pesebre en que nació Jesus, acompañando unos á su entierro con velas de cera y lámparas en las manos, y dirigiendo otros los coros de los que iban cantando. Apenas se divulgó su muerte en Palestina, no quedó monje, religiosa ni seglar que no se conmoviese y no juzgase sacrilegio dejar de ofrecer los últimos oficios de piedad á tan noble y santa madre de pobres. Estos venian en tropas, llorando su desdicha como si á cada uno de ellos se le hubiera muerto su madre verdadera. ¡Disposicion admirable de la divina Providencia! aquella misma que despreció por Jesucristo la pompa mundana, las grandes con-

currencias, la comitiva de criados, los palacios suntuosos, la mesa regalada, el obsequio del mundo y la grandeza del linaje y de los cortesanos; esa misma hace Dios que sea celebrada en su muerte con tal conmocion y pompa cual fué pocas veces en el mundo; y eso que murió tan pobre, que no dejó á su hija Eustoquia otra herencia que su espíritu y muchas deudas que pagar. Tres dias estuvo su cuerpo expuesto á la veneracion de la inmensa multitud, que con lágrimas nacidas de una santa alegría no se hartaba de mirarle tan hermoso y natural como si la muerte no tuviera en él dominio. Eustoquia no sabia apartarse de él: le besaba, le abrazaba, y hacia tales extremos de amor, que se manifestaba legítima hija de Paula en la piedad con los suyos. Al fin, cantando salmos en lengua latina, griega y siríaca, fué depositado debajo de la iglesia junto á la Cueva del Señor. San Jerónimo adornó su sepulcro y la puerta de la bóveda con dos epitafios en que cifró la nobleza, las virtudes, los grandes hechos, la preciosa vida y santa muerte de una matrona digna de las alabanzas del mundo, y mayor que todos los elogios.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Esmirna la fiesta de san Policarpo, discípulo del apóstol san Juan, el cual, habiendo sido consagrado obispo de aquella ciudad por el mismo apóstol, vino á ser primado de toda el Asia. Despues, en el imperio de Marco Antonino y de Cómodo, estando el procónsul en su tribunal, gritando contra el santo todo el pueblo en el anfiteatro, fué arrojado al fuego; y como saliese de él sin lesion ninguna, atravesáronle con una espada, y alcanzó así la corona del martirio. Con él fueron martirizados otros doce cristianos que habian venido de Filadelfia.

En Hipona, en Africa, los santos Teógenes, obispo, y otros trienta y seis cristianos que en la persecucion de Valeriano, despreciando una muerte temporal, obtuvieron la corona de la vida eterna.

En Belen de Judá, el tránsito dichoso de santa Paula, viuda, madre de la vírgen santa Eustoquia, señora virtuosa, que siendo de la sangre mas noble de los senadores, renunció al siglo, distribuyó todos sus bienes á los pobres y se retiró al lado del pesebre del Señor, donde, despues de haber adquirido y practicado muchas eminentes virtudes, coronada con la gloria debida á un prolongado martirio, pasó al reino de los cielos. San Jerónimo escribió su vida, que no fué mas que un tejido maravilloso de toda clase de buenas obras.

En la diócesis de Paris, santa Batilda, reina, tan ilustre por la santidad de su vida como por la gloria de sus milagros.

La misa es en honor de la santa, y la oracion la siguiente.

Deus, qui beatam Paulam famulam tuam, spretis mundi deliciis, post insignia virtutum incrementa, ibi voluisti nasci cœlo, ubi Unigenitus tuus natus est mundo; concede propitius, ut ejus exemplo terrena cuncta despicientes, cœlestia consequi mereamur: Per eumdem Dominum nostrum Jesum Christum Filium tuum. Qui tecum vivit...

O Dios, que quisiste que tu bienaventurada sierva Paula, habiendo despreciado los deleites del mundo y adquirido grandes aumentos de virtud, naciese para el cielo, en donde tu Hijo unigénito nació al mundo; concédenos, que, despreciando á imitacion suya todas las cosas terrenas, merezcamos conseguir las celestiales: Por el mismo Jesucristo Señor nuestro.

La epístola es del cap. 31 del los Proverbios.

Mulierem fortem quis inveniet? procul et de ultimis

¿Quién hallará una mujer fuerte? Es mas preciosa que lo

finibus pretium ejus. Confidit in ea cor viri sui, et spoliis non indigebit. Reddet ei bonum, et non malum, omnibus diebus vitæ suæ. Quæsivit lanam, et linum, et operata est consilio manuum suarum. Facta est quasi navis institoris, de longe portans panem suum. Et de nocte surrexit, deditque prædam domesticis suis, et cibaria ancillis suis. Consideravit agrum, et emit eum: de fructu manuum suarum plantavit vineam. Accinxit fortitudine lumbos suos, et roboravit brachium suum. Gustavit et vidit quia bona est negotiatio ejus: non extinguetur in nocte lucerna ejus. Manum suam misit ad fortia, et digiti ejus apprehenderunt fusum. Manum suam aperuit inopi, et palmas suas extendit ad pauperem. Non timebit domui suæ à frigoribus nivis: omnes enim domestici ejus vestiti sunt duplicibus. Stragulatam vestem fecit sibi: byssus et purpura indumentum ejus. Nobilis in portis vir ejus, quando sederit cum senatoribus terræ. Sindonem fecit, et vendidit, et cingulum tradidit chananæo. Fortitudo et decor indumentum ejus, et ridebit in die novissimo. Os suum aperuit sapientiæ, et lex clementiæ in lingua ejus. Consideravit semitas domus suæ, et panem otiosa non comedit. Surrexerunt filii

que se trae de las extremidades del mundo. El corazon de su marido pone en ella su confianza, y no necesitará de despojos. Le pagará con bien y no con mal todos los dias de su vida. Buscó lana y lino, y trabajó con habilidad de sus manos. Es como el navío del mercader que trae de lejos su pan. Levantóse antes de amanecer, y repartió á su familia la comida, y su tarea á las criadas. Reconoció una heredad, y la compró; y plantó una viña con el trabajo de sus manos. Ciñóse de fortaleza, y fortificó su brazo. Probó y vió que era bueno su tráfico: su candela no se apagará de noche. Aplicó á la rueca su mano, y sus dedos tomaron el huso. Abrió su mano al necesitado, y extendió su brazo hácia el pobre. No temerá que molesten á su casa los frios ni la nieve, porque toda su familia tiene ropas dobles. Hizo para sí alfombras, lino finísimo, y púrpura son sus vestidos. Su marido será ilustre entre los jueces cuando se sentare con los senadores de la tierra. Tejió lienzo, y lo vendió; y dió un cíngulo al Cananeo. La fortaleza y la honestidad son sus atavíos, y se reirá en el último dia. Abrió su boca con sabiduría, y la ley de piedad está en su lengua. Reconoció todos los rincones de su casa, y no

ejus, et beatissimam prædicaverunt; vir ejus, et laudavit eam. Multæ filiæ congregaverunt divitias: tu supergressa es universas. Fallax gratia, et vana est pulchritudo: mulier timens Dominum, ipsa laudabitur. Date ei de fructu manuum suarum: et laudent eam in portis opera ejus.

comió el pan de balde. Levantáronse sus hijos, y publicaron que era bienaventurada; y tambien su marido la elogió. Muchas mujeres han amontonado riquezas, pero tú aventajaste á todas. Es engañoso el donaire, y vana la belleza: la mujer que teme á Dios, esa será alabada. Dadle del fruto de sus manos, y alábenla sus obras en presencia de los jueces.

REFLEXIONES.

Abrió su boca para recibir la sabiduría. Este es uno de los elogios que hace el Espíritu Santo de una mujer virtuosa. ¿Cuándo se conocerán bastante los estragos que hace la falta de instruccion en las madres de familia? De ellas pende absolutamente nuestra educacion en los primeros años; y es consumada locura querer que un arbol estéril y sin cultivo dé sazonados frutos. La mujer que no ha tenido una educacion cristiana no puede darla á sus hijos. Se piensa comunmente que toda la educacion de una señora está reducida á aquellas labores mujeriles que no pasan de las manos, y no se cuida de formarlas el corazon, como si no fueran racionales. Está todavía muy arraigada en el espíritu de muchas gentes aquella perniciosa y cruel máxima de que daña gravemente á las mujeres el aprender á escribir y leer, porque se dice que pueden abusar aun de esta cortísima instruccion que se las permitiese. Supuesto este principio, es consiguiente que no puedan educar á sus hijos, y quede reducida toda su obligacion para con ellos al material cuidado de criarlos á sus pechos, como lo hacen las bestias con los suyos, y aun de esta natural obligacion

se dispensan infinitas; cosa que no se advierte entre las fieras.

Quiérese suponer por otra parte que la mujer tiene un juicio menos sólido que el hombre, un talento mas limitado, una complexion mas débil y un corazon mas sensible para las funestas impresiones del vicio. ¿Y qué son todos estos defectos mujeriles sino otras tantas pruebas de la mayor necesidad que tienen de instruirse? Ya lo dijo el Sabio y lo acredita la experiencia, son vanas y falaces las gracias de la hermosura en que los hombres apasionados y brutales hacen consistir todo el mérito de una mujer; solo la que teme á Dios es digna de los mayores elogios. Al paso que decayese la belleza, crecerian las prendas del espíritu en una mujer sabia y virtuosa, y los años harian que fuese mas apreciable para su consorte y para todos. Querer que una señora sea prudente, constante, caritativa, fiel, económica y enemiga de vanidades, y privarla al mismo tiempo de todos los auxilios con que los hombres llegan á conseguir despues de mucha observacion y experiencia algunas de estas virtudes, es querer un imposible. ¿Y cuál es la causa de un proceder tan extraño? No es imposible adivinarla. Una mujer ignorante no resiste largo tiempo al artificio de la seduccion y á la lisonja. No penetra todo el horror que trae consigo el vicio. El honor es una muralla de barro que cede á los primeros ataques. Como no tiene en qué emplear sus potencias, se distrae con dificultad de las impresiones que la causan las adulaciones importunas. Se persuade fácilmente á que no tiene otro destino en el mundo que lucir y agradar á sus adoradores. El ejemplo de las demás fortifica esa opinion. No piensa ni habla sino de adornos, modas y otras semejantes bagatelas. Los ataques son continuos, las pasiones no duermen, la ociosidad y la molicie las avivan, sus ocupaciones ordinarias no embarazan el

espíritu, sus tareas no molestan una imaginacion viva y desarreglada; y en medio de tantos peligros y combates, ¿es de esperar que la misma flaqueza salga victoriosa? ¡Qué locura!

El evangelio es del cap. 13 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile est regnum cœlorum thesauro abscondito in agro: quem qui invenit homo, abscondit; et præ gaudio illius vadit, et vendit universa quæ habet, et emit agrum illum. Iterum simile est regnum cœlorum homini negotiatori, quærenti bonas margaritas. Inventa autem una pretiosa margarita, abiit, et vendidit omnia quæ habuit, et emit eam. Iterum simile est regnum cœlorum sagenæ missæ in mare, et ex omni genere piscium congreganti. Quam, cum impleta esset, educentes, et secus littus sedentes, elegerunt bonos in vasa, malos autem foras miserunt. Sic erit in consummatione seculi: exibunt angeli, et separabunt malos de medio justorum. Et mittent eos in caminum ignis: ibi erit fletus, et stridor dentium. Intellexistis hæc omnia? Dicunt ei. Etiam. Ait illis: Ideo omnis scriba doctus in regno cœlorum, similis est homini patrifamilias, qui profert de thesauro suo nova et vetera.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le halla, le esconde, y muy gozoso de ello va, y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. Tambien es semejante el reino de los cielos al comerciante que busca buenas perlas, y en hallando una de gran precio, se fué, y vendió cuanto tenia, y la compró. Tambien es semejante el reino de los cielos á la red que, echada en el mar, coge toda suerte de peces, y en estando llena, la sacan, y sentados á la orilla, escogen los buenos en sus vasijas, y echan fuera á los malos. Así sucederá en el fin del siglo: saldrán los ángeles, y apartarán los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí será el llanto y el crugir de dientes. ¿Habeis entendido todo esto? Respondiéronle: Sí. Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos, es semejante á un padre de familias que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

MEDITACION.

DEL POCO CASO QUE SE HACE DE INSTRUIRSE EN LA RELIGION.

PUNTO PRIMERO.

Considera que siendo el estudio de la Religion el mas útil é importante para la felicidad del hombre, es tambien el mas olvidado, y el que se mira con una total indiferencia. No hay palabra, accion ni pensamiento en el cristiano que no deba reglarse por los principios de la Religion. Todas las artes y ciencias tienen á la verdad sus prerogativas que las hacen respectivamente útiles á la sociedad, y dignas del aprecio de los hombres; pero ni todas son útiles ni necesarias á todos, ni ninguna de ellas puede interesarnos tanto como la ciencia de la Religion. La excelencia de su objeto, las importantes verdades que nos propone, los sólidos principios en que estriba, y nuestra felicidad ó perdicion eterna, que pende enteramente de este conocimiento práctico, son las cosas en que debiéramos pensar de continuo, y las que merecen ocupar siempre nuestro espíritu, como las mas propias de una alma racional criada para la eternidad.

Apenas, despues de muchos años de estudio, se perfecciona un hombre en una sola ciencia; pero todos se creen bastante sabios en la ciencia del cristiano con no haber aprendido otra cosa que los primeros elementos. El catecismo que estudió en la niñez es todo lo que sabe de su religion ese célebre letrado que consumió sus años sobre los libros, ese profundo político que penetra los mas ocultos misterios de los gabinetes, ese hábil astrónomo que calcula y mide paso á paso todos los movimientos de los astros. ¿Y saben mas acaso muchos de los que se tienen por maestros y

doctores de la ley? Ninguna otra ciencia tiene una íntima conexion con todas las acciones de la vida. El médico no obra siempre como médico, ni el físico como físico; pero el cristiano debe obrar y portarse siempre como cristiano. Nadie fiará un pleito de importancia á un letrado que no sepa sino los primeros y universales elementos de la jurisprudencia : se examina su ciencia, su mucha práctica, su crédito en los tribunales, y se toma el parecer de otros clientes á quienes haya defendido en sus pleitos. Mas en punto de religion cada uno se tiene por bastante sabio, y aun se haria escrúpulo de querer instruirse mas á fondo en las materias de nuestra fe. Se pensaria que era dudar de la certeza de la religion de Jesucristo el reflexionar sobre su admirable propagacion, sobre los milagros que la comprobaron, sobre los medios que nos ofrece para nuestra salvacion y sobre el íntimo enlace que tienen unas con otras todas las máximas que nos enseña.

¿Qué idea puede formar de la grandeza y bondad de Dios quien jamás ha reflexionado sobre el órden maravilloso de su adorable providencia, así en las cosas naturales que cada dia tenemos á la vista como en las sobrenaturales y divinas? ¿Qué puede pensar de sí mismo y de su propia impotencia para todo lo bueno el que no está bien persuadido de las mortales llagas que le causó el primer pecado, de la necesidad de un redentor, de un médico y de un maestro como Jesucristo? ¿Se tiene bien conocida la eficacia de los sacramentos cuando tan sacrílegamente se profanan, ó cuando se reciben sin otra disposicion que unos débiles preparativos de nuestra parte? ¿Se sabe comunmente que el dolor necesario para la confesion no es obra del hombre, y que no puede obtenerse por todos los esfuerzos humanos, y que solo ha de venir de lo alto, y ser un especial favor de la divina

gracia? ¿Se verian tantas recaidas en la culpa si se supieran prácticamente las condiciones de una confesion verdadera?

Lo poco que se sabe de la Religion es como por hábito, por costumbre; y es mas un efecto de la educacion, que un convencimiento sólido y fundado de nuestro entendimiento. Hacemos profesion de cristianos, porque hemos nacido en el seno del cristianismo, porque las gentes con quienes conversamos y vivimos desde la niñez creen las mismas cosas. Se cree casi del mismo modo que un mahometano ó un hereje, que no se obstinan en sus errores y delirios sino por una determinacion ciega y jamás reflexionada con que han adoptado la enseñanza de sus padres. ¿Y será de algun mérito la fe en quien no reflexiona sobre ella y aprende sus misterios del mismo modo que el idioma de su pais? No se pretende decir que todo cristiano deba hacer un estudio tan profundo de su religion como un teólogo, que debe defenderla de los ataques de los herejes, infieles y judíos; mas no por eso debe contentarse con saber únicamente lo que ha aprendido en la escuela. Para los niños, como dice san Pablo, será bastante la leche de la doctrina; pero los adultos necesitan de mas sólidos alimentos. Para oponernos á la falsa doctrina de los perversos, que con capa de piedad quieran seducirnos y hacernos sus prosélitos, nos manda san Pablo que estemos dispuestos á dar la vida en defensa de la verdad de nuestra religion santa; y no podemos estarlo cuando apenas queremos instruirnos lijeramente en sus dogmas. ¡Gran Dios, cuánto tengo que temer me priveis del conocimiento de mi religion por la indiferencia con que la he mirado hasta ahora!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no se puede amar de veras lo que no se tiene bien conocido. Ninguna otra cosa puede temer mas la Religion que el no ser bastantemente conocida. Se declama mucho contra los progresos que hace cada dia la irreligion y el libertinaje. ¿Y cuál es la causa de ellos sino la ignorancia en que se vive de las excelencias de nuestra religion? Es imposible ser ateista é impío el que sepa y medite aun la historia sola del cristianismo. Cualquiera mediano talento debe convencerse absolutamente de la divinidad del Evangelio, de la pureza de sus máximas, y de que es una obra muy superior á los alcances de todos los sabios juntos. Los grandes talentos que sin preocupacion le han examinado, aun sin haberse educado en el seno del cristianismo, son una prueba que no deja que replicar.

No hay camino mas fácil para la irreligion y el ateismo, y aun para todo género de vicios, que la ignorancia de la Religion. Examínense los progresos que han hecho en muchas naciones que antes eran católicas, las sectas y herejías de Mahoma, de Lutero, Calvino y demás novadores, y se verá que no han tenido apoyo mas fuerte ni mas oportuno para sus designios, que la credulidad de los pueblos y su ignorancia en los divinos misterios. El pueblo instruido y convencido íntimamente y por principios de la verdad de su creencia, seria el mayor estorbo que pudiese hallar la incredulidad, y miraria con horror y con desprecio al que intentase seducirle. Aun dentro del mismo cristianismo, pero á la sombra de la comun ignorancia, se han escrito infinitos libros que han corrompido enteramente la sana moral del Evangelio. Esta es la llaga mas profunda que tiene que sentir la Religion, y que parece casi incurable. La

supersticion, el fanatismo, las falsas devociones y ciertas exterioridades de religion, en que se hace consistir la verdadera piedad con desprecio de los mas severos y terminantes preceptos del Evangelio, no han tenido otro orígen que la superficial idea que se tiene de la Religion. Cuando no se conoce bien todo el horror y las funestas consecuencias que trae consigo el vicio, se debilita muchísimo el temor de cometerle. Cuando se llega á creer que la Religion no nos pide otra cosa que ciertas prácticas exteriores, que en nada se oponen á nuestro amor propio y no luchan con nuestras inclinaciones, se tiene por un justo el que no es mas que un hipócrita.

Haced, Dios mio, por vuestra misericordia, que no pierda jamás de vista unas verdades que os habeis dignado manifestarme, y de las que pende únicamente mi eterna felicidad. Imprimid en mi corazon un amor santo á vuestra ley, para que sea en todas mis operaciones el norte seguro que me guie siempre á amaros y conoceros como debo.

JACULATORIAS.

In justificationibus tuis meditabor; non obliviscar sermones tuos. Salm. 118.

Meditaré siempre vuestros mandamientos, y no los olvidaré jamás.

Da mihi intellectum, et scrutabor legem tuam: et custodiam illam in toto corde meo.

Dadme, Señor, el don de entendimiento para conocer vuestra santa ley, y la observaré de todo corazon.

PROPOSITOS.

1. Imponte desde hoy la obligacion de leer cada dia algun capítulo del Evangelio ó de las santas escrituras. Este es libro que Dios ha dictado para los hombres: ningun otro, por bueno que sea, deja de ser

obra del hombre. No puedes pensar que Dios se haya engañado, ni querido engañarte en lo que te dice, como pudieras presumirlo de cualquier hombre. En este libro hallarás el remedio seguro para todas tus dolencias en cualquiera situacion que te hallares. No te aflijas porque no puedas entender por tí mismo muchas cosas; estas ciertamente no son necesarias para tu salvacion. La santa escritura es para los doctos y para los ignorantes; pero debes leerla con espíritu de humildad, y como si estuvieras oyendo al mismo Dios que se dignase enseñarte. Por grandes y urgentes que sean tus ocupaciones, siempre puedes hallar tiempo para esta lectura y meditacion. No tendrás tú tantos negocios como David, y dia y noche rumiaba él y meditaba la ley de Dios. Santa Paula, aunque señora tan ilustre, aprendió las lenguas en que estaban escritos los santos libros para entenderlos mejor, y cantar al Señor sus alabanzas. Acaso consumes horas muy preciosas en leer otros libros inútiles ó tal vez perjudiciales.

Ten gran cuidado de instruir á tu familia en los principios de la Religion. No porque tus hijos vayan á la escuela pública á aprender el catecismo dejas de tener estrecha obligacion de instruirlos por tí mismo y explicarles con mas extension, segun tus alcances, la historia de la creacion del mundo, los daños que nos causó la primera culpa, la necesidad que tuvimos del Redentor, quién fué este, qué bienes nos trajo con su venida al mundo, qué es lo que nos tiene prometido, y qué es lo que nos manda hacer para conseguirlo. Examina el mucho tiempo que empleas en conversacion inútil, y hallarás que debes sustituir á ella otra mucho mas útil y necesaria, y cuyos frutos te se harán increibles cuando comiences á lograrlos. Verás mas amor y obediencia en tus hijos, mas fidelidad y respeto en tus criados, mas su-

mision y modestia en tu consorte, y una paz inalterable en toda tu familia. Será tu casa una pequeña república de verdaderos cristianos, en donde no se conozca ni el nombre de avaricia, de discordia, de celos, chismes, envidias ni murmuraciones. A ninguno verás ocioso, todos procurarán darte gusto, y el desempeño de sus obligaciones respectivas hará el de las tuyas mucho mas dulce y agradable.

DIA VEINTE Y SIETE.

SAN JUAN CRISÓSTOMO, OBISPO Y CONFESOR.

San Juan, llamado Crisóstomo, que quiere decir *boca de oro*, por su singular elocuencia, salió al teatro del mundo en el siglo mas florido de la Iglesia, y fué uno de los principales ornamentos de aquel siglo. Nació por los años de 347, de padres distinguidos por sus empleos y por su nobleza, pero mucho mas señalados por su piedad. Perdió á su padre, que se llamaba Segundo, estando todavía en la cuna. La madre, por nombre Antusa, quedó viuda á los veinte años de su edad; y siguiendo los piadosos impulsos de su inclinacion, se negó á casarse segunda vez, despidiendo una buena boda que se la ofreció, y se dedicó enteramente á la crianza y educacion de su hijo. Buscóle los mejores maestros de aquel tiempo para que le enseñasen las ciencias humanas; y ella tomó á su cargo instruirle desde la niñez en la ciencia mas importante de la salvacion. Estudió retórica, siendo discípulo del célebre Libanio, y en la filosofía lo fué de Andragato. Hizo en una y otra facultad tantos progresos, que apenas acababa de ser discípulo, cuando fué reputado por uno de los mas hábiles maestros.



S. JUAN CHRISÓSTOMO, O. Y C.

Pasó á la universidad de Atenas para perfeccionarse en estas ciencias, y allí confundió á los filósofos gentiles, demostrándoles la santidad y la verdad de nuestra religion. Logró convertir á uno de ellos, que se llamaba Antemo, quien pidió el bautismo, y fué despues cristiano ejemplar y fervoroso.

Aunque nuestro santo tenia tan grandes talentos y tan nobles disposiciones para seguir la abogacía, con todo eso era mayor su inclinacion al retiro. En vano le lisonjeaba la fortuna tentándole con las mayores esperanzas, porque el deseo de trabajar únicamente en el negocio importante de su eterna salvacion tuvo para Juan mas atractivo que todo lo demás. Teniendo noticia de su resolucion san Melecio, obispo de Antioquía, hizo juicio que debia aprovecharse la Iglesia del que no queria que se aprovechase de él el mundo; y llamándole á dicha ciudad, le persuadió se quedase en un santo monasterio que habia en uno de sus arrabales, donde hizo maravillosos progresos en todo género de virtudes.

Hacia tres años que Crisóstomo se estaba perfeccionando en los ejercicios de la vida religiosa, cuando san Melecio fué desterrado la tercera vez por los arrianos. Pareciôle que la ausencia del prelado era bella ocasion para satisfacer el deseo que tenia de retirarse á hacer vida solitaria. Comunicó este pensamiento con su grande amigo san Basilio, que habia sido condiscípulo suyo y no suspiraba menos que él por la soledad. Tuvo noticia Antusa de esta resolucion de su hijo, y no perdonó á lágrimas, á ruegos ni á razones para disuadirle de ella; pero todo fué en vano, y un caso imprevisto que sucedió fué ocasion de que el santo mozo se retirase antes de lo que pensaba.

Habiéndose juntado en Antioquía los obispos de Siria para dar pastores á dos iglesias que estaban sin ellos, hicieron juicio que no podian darlas otros me-

jores que á san Crisóstomo y san Basilio. Llegó á entenderlo nuestro santo, y supo esconderse tan bien, que no fué posible dar con él; y así solo Basilio pudo ser nombrado. Con este motivo se quitó Crisóstomo de dudas y condescendencias para diferir su resolucion de retirarse á la soledad, y sin mas dilacion abrazó la vida monástica, entregándose á la disciplina de cierto anciano solitario, donde practicó con extraordinario fervor todos los ejercicios y toda la mortificacion que llevaba de suyo aquella vida.

Al cabo de cuatro años que vivió en aquel monasterio, pidió licencia para retirarse á mas profunda soledad. Encerróse en una cueva, donde estuvo dos años entregado á la mas rigurosa penitencia. Durante estos seis años de retiro compuso aquellos excelentes libros del sacerdocio, el admirable tratado de la compuncion, y la bella apología de la vida monástica contra ciertos novadores que se declararon enemigos de tan santa profesion.

Las excesivas penitencias con que afligia su cuerpo quebrantaron tanto su salud, que le obligaron los superiores á que volviese á Antioquía. Dejóse ver en ella como otro hombre, y fué recibido como un santo. Habia vuelto ya de su destierro el santo obispo Melecio; y por mas que resistió Crisóstomo, le precisó á recibir los órdenes sagrados, pasando cinco años en las funciones del diaconato. Muerto Melecio, le sucedió san Flaviano; y volviendo este á llamar á nuestro santo del monasterio donde segunda vez se habia retirado, sin dar oidos á las razones que le sugeria su humildad y su modestia, le ordenó de presbítero, siendo de edad de 38 años, pero dotado ya entonces de una eminente sabiduría y de una virtud consumada.

Al tiempo que recibió el órden sacerdotal sucedió una maravilla. Dejóse ver, como lo afirma el empe-

rador Leon, una paloma, que, volando blandamente mientras el obispo le imponia las manos, fué á reposar sobre la cabeza del nuevo sacerdote. No le sirvió la nueva dignidad de título meramente honorario. Conociendo Flaviano su eminente virtud y sus extraordinarios talentos, le mandó desde luego que distribuyese al pueblo el pan de la palabra divina. Fué asombroso el fruto que produjo su santo ministerio. Su elocuencia viva, nerviosa, sustancial, llena de uncion y de gracia, reformó desde luego las costumbres de todos los estados. El clero y el pueblo, los grandes y los pequeños, todos experimentaron la impresion que hace un santo que predica, y que predica elocuentemente.

En aquella pública consternacion que padeció la ciudad de Antioquía, despues del ultraje hecho á la estatua de Flavila, mujer del emperador *Teodosio el* Grande, se conoció bien cuán poderoso era el santo en obras y en palabras. No hubo persona afligida que no experimentase los efectos de su ardiente caridad.

Despues que la ciudad se reconcilió con el emperador, prosiguió el santo el ministerio de la predicacion con el mismo zelo y con la misma dicha que antes. Este fué el tiempo en que compuso, y en que predicó tantas y tan diferentes homilías, tantos y tan nobles *panegíricos de los santos mártires*, en que escribió tantos y tan bellos tratados espirituales, y en que explicó diversos libros de la sagrada escritura. No hay santo padre de la Iglesia, en cuyas obras se lean los puntos de moral ó de la doctrina cristiana explicados con tanta claridad y menudencia, ni cuyos escritos sean mas instructivos, mas nerviosos, mas elocuentes ni mas delicados.

Granjeóse Crisóstomo tanta reputacion y tanto crédito en los doce primeros años de su ilustre sacerdocio, que, habiendo vacado la silla patriarcal de Cons-

tantinopla en el año de 397 por la muerte del patriarce Nectario, no se halló otro mas digno de sucederle en aquella elevada dignidad. Sabia muy bien el emperador Arcadio que no seria fácil reducirle á que la aceptase, si no se echaba mano de la fuerza; y así, dió órden al conde Asterio, gobernador de Antioquía, para que se apoderase de él secretamente, y le enviase con buena guardia á Constantinopla, como se ejecutó.

No hay voces para explicar la alegría con que fué recibido en la corte imperial. Salióle al encuentro toda la ciudad. Habiéndose juntado todos los obispos que á la sazon se hallaban en la corte (y no eran pocos) para hacer mas solemne su ordenacion, Teófilo, patriarca de Alejandría, dejándose llevar del maligno espíritu de la emulacion y de la envidia, fué el único que se opuso al consentimiento general de todos los demás prelados y á los ardientes deseos de toda aquella iglesia. Pero habiéndole mostrado Eutropio y los demás ministros de la corte los muchos memoriales que se habian presentado contra él á los obispos, y amenazándole que le hariam causa, consintió en la ordenacion de san Crisóstomo, que fué consagrado por obispo y patriarca de Constantinopla el dia 26 de febrero del año 398.

Apenas se vió este gran santo en aquella sublime dignidad, cuando atendiendo únicamente al cumplimiento de su obligacion, negando los oidos á todo lo que no eran las voces de su deber, declaró la guerra á todos los vicios; pero lo hizo con tanta prudencia, con tanta dulzura y con tanta destreza, que los mas desordenados cedieron á su zelo. Era enemigo de toda cobarde complacencia, incapaz asimismo de toda indigna lisonja; y caminando igualmente distante de los dos extremos de cobardía y de temeridad, nunca dió cuartel al pecado y siempre miró con ojos compasivos

y piadosos al pecador. Su virtud notoria y sobresaliente, superior à los tiros de la mas osada calumnia, su vida ejemplar y penitente, su caridad universal é inagotable, su elocuencia, su dulzura y su humildad, dieron á su zelo tan prodigiosa eficacia, que á pocos dias de obispo se reformó toda la ciudad de Constantinopla.

Prohibió á los eclesiásticos que tuviesen en sus casas ciertas mujeres que solian mantener con títulos de sororas beatas, y atendió generalmente á la reformacion de toda la clerecia. Combatió fuertemente contra la avaricia; reformó la profanidad de las mujeres, y corrigió la delicadeza y la suntuosidad de las mesas; resucitó la modestia y la sobriedad cristiana, exterminó los juramentos, desterró los espectáculos profanos, reformó los abusos de todos los estados, renovó la disciplina monástica que se habia relajado en muchas casas religiosas, y en fin hizo revivir la devocion y el fervor en todos los fieles, de manera que en pocos dias mudó de semblante la gran corte de Constantinopla por el maravilloso zelo de su santo pastor.

No se estrechó su caridad dentro de las murallas de la corte, porque hubo pocas provincias en todo el Oriente adonde no se extendiesen los ardores de su incendio.

En Fenicia, destruyó un templo de los gentiles, abolió las reliquias del paganismo, y fundó iglesias y monasterios. Lo mismo hizo en los Escitas y en los Celtas: exterminó de todo el imperio á los eunomianos y á los montanistas; declaró cruel guerra á los arrianos, consiguiendo del emperador que no quedase ni uno solo dentro de la ciudad; y si su pontificado hubiera sido ó mas largo ó mas tranquilo se pudiera esperar que librase enteramente de ellos á todo el mundo cristiano.

Cortó todos los gastos inútiles, y con este ahorro aumentó mucho las rentas de los hospitales. Con la frugalidad de su mesa y con la modestia en todo el tren de su casa, tuvo medio para socorrer á muchos infelices, y para sustentar un gran número de pobres. Dilatóse su solicitud y su vigilancia pastoral á todas las iglesias de la Tracia, á las del Asia y del Ponto. Causa admiracion que un hombre solo, extenuado por las penitencias, y de una salud muy delicada, pudiese á un mismo tiempo dar luz á tantas y tan excelentes obras; gobernar con tanta aplicacion y con tan admirable prudencia una de las mas vastas diócesis de todo el universo; predicar casi todos los dias, atender á las necesidades espirituales y corporales de tantos pobres, de tantos huérfanos y de tantas viudas; y sobre todo esto, aplicar tambien no pequeña parte de su cuidado á veinte y ocho provincias eclesiásticas sujetas al patriarcado de Constantinopla. En medio de tantas y tan graves ocupaciones, ningun dia dejó de decir misa; y celebraba los santos misterios con tanta devocion, y aun derramaba el Señor todas las veces en su alma tantos consuelos celestiales, que solo una vez dejó de comunicárselos, y aun el mismo Dios le dió á entender que no habia sido por culpa suya, sino por una falta que habia cometido el diácono que le asistia.

No podian faltar envidiosos á un mérito tan extraordinario y á una virtud tan ilustre. El ardor de su zelo y su constante entereza le granjearon muchos enemigos así en la corte como entre el clero. Principalmente el patriarca de Alejandría Teófilo, hombre ambicioso y de vida poco ejemplar, lleno de avaricia, y de genio muy violento, no podia llevar en paciencia las bendiciones que Dios echaba al zelo de san Crisóstomo. Los monjes de Nitria, á quienes llamaban por otro nombre los frailes grandes, se quejaron de él

en el tribunal de nuestro santo, porque los habia maltratado injustamente; y Teófilo, para eludir la acusacion, resolvió perder á los acusadores y al juez.

Algunos clérigos de Constantinopla, que no podian sufrir la regularidad de vida á que el santo los precisaba, varios obispos, no de los mas ejemplares, diferentes abades, de aquellos que frecuentaban mas la corte que el monasterio, entraron fácilmente en la conspiracion, y mas cuando supieron que la emperatriz Eudoxia estaba irritada contra el santo patriarca, porque habia predicado contra los desórdenes y contra la profanidad de las mujeres. Parecióle á Teófilo que no podia ser la ocasion mas favorable para sus intentos; y habiendo ganado con dinero á los ministros del emperador, consiguió licencia para formar una junta de treinta y siete obispos de su parcialidad. Escogió para este conciliábulo la pequeña poblacion de Chesme, cerca de Calcedonia, de donde era obispo Cirino, enemigo jurado de nuestro santo. En él fué luego condenado Crisóstomo sobre diferentes capítulos de acusacion que se forjaron; y contra toda razon y derecho fué depuesto de su silla patriarcal por una injusticia atroz, que llenó de escándalo y de dolor á todos los buenos. Ejecutóse la sentencia con gran secreto en la mitad de la noche, para evitar el alboroto del pueblo; pero apenas se habia embarcado el santo, cuando sobrevino un terremoto tan furioso, que, atemorizada la emperatriz á vista de un accidente en que andaba tan visible la venganza del cielo, estimulada de los remordimientos de su conciencia, solicitó incesantemente que luego luego volviese Crisóstomo á Constantinopla, y ella misma le escribió una carta en estos términos: *No crea V. Santidad que yo he sido noticiosa de lo que ha pasado; estoy inocente de vuestra sangre. Esta conspiracion la han formado unos hombres perversos y corrompidos, Testigo es Dios*

de las lágrimas que he derramado, y que le he ofrecido en sacrificio. Tengo muy presente que mis hijos estan bautizados por vuestras manos. No duró este destierro mas que un dia; porque Crisóstomo volvió á entrar en la ciudad en medio de las aclamaciones públicas, dándose priesa cada uno por ver y por congratularse con su santo pastor.

Pero esta calma tardó poco en alterarse. Dos meses despues de este suceso predicó el patriarca con tanta elocuencia y con tanto zelo contra los juegos públicos que se hacian delante de una estatua de la emperatriz, y eran todavía reliquias del gentilismo (las que veinte años despues abolió el emperador Teodosio el Jóven), que, irritada de nuevo aquella princesa, volvió á llamar à los enemigos del santo con firme resolucion de perderle enteramente.

Fué fácil conseguir el intento. Ni á Teófilo ni á sus parciales se les habian agotado las calumnias. Sostenidos del poderoso favor de la emperatriz, se valieron de tales artificios, y de tal manera sitiaron al pobre emperador, que al cabo de un año lograron que saliese el decreto de destierro. Dióse órden al coronel Lucio, que en el concepto comun era tenido por gentil, para que con cuatrocientos hombres pasase á la iglesia á fin de contener el pueblo. Era el dia de sábado santo, y los soldados cometieron en el templo desórdenes execrables: alborotóse la ciudad, concurrieron los vecinos á cercar el palacio patriarcal para embarazar que se hiciese alguna violencia á su santo pastor; pero este, que se hallaba dispuesto á dar la vida por sus ovejas, temiendo que no la perdiesen ellas por defenderle á él, se salió secretamente del palacio, presentóse á los ministros imperiales, y fué conducido à Cucusa, ciudad poco considerable de la Armenia, adonde llegó enfermo y muy maltratado por las fatigas del camino. No es fácil decir en pocas palabras lo

mucho que padeció en este viaje. En Cucusa no estuvo ocioso, porque así la ciudad como todo el pais circunvecino experimentó luego los efectos de su zelo.

Tampoco el cielo lo estuvo, á vista de las violencias que se ejecutaban con el santo. Cayó sobre la corte de Constantinopla un prodigioso granizo, que causó estragos horrorosos; murió precipitadamente la emperatriz Eudoxia, y apenas hubo perseguidor de Crisóstomo que no experimentase alguna desgracia. Los cuerdos miraban estos avisos como efectos de la indignacion del cielo; pero nada bastó para que abriese los ojos el patriarca Teófilo. Valióse de mil artificios para engañar al papa Inocencio; mas no le aprovecharon, porque, habiendo recibido el pontífice las cartas de san Crisóstomo, y hallándose bien informado de la injusticia que con él se habia hecho, determinó convocar un concilio general para que se viese en él su causa; y empeñó al emperador Honorio á fin de que se interesase fuertemente con su hermano el emperador Arcadio, para que se reparase la injusticia que se habia hecho al patriarca y á la iglesia de Constantinopla.

Asustados los enemigos de Crisóstomo con la resolucion del pontífice, y estando ciertos de que en el concilio general serian condenados, tomaron la bárbara determinacion de acabar de una vez con el santo prelado. Las asombrosas conversiones que hacia en su destierro, las continuas quejas de los buenos, la fama de sus milagros, irritaban tanto la cólera de sus émulos, que se dejaron arrastrar de las resoluciones mas violentas. Encarnizados implacablemente en perseguirle, no podian tolerar el sosiego y la estimacion que por su eminente virtud se habia granjeado en Cucusa, y no pararon hasta conseguir del emperador que fuese trasladado á otra parte.

Enviáronle de pronto á Arabisa haciéndole padecer

mortales fatigas en el camino. Como vieron que no habian podido lograr que estas le acabasen en la Armenia, dispusieron que fuese desterrado al espantoso destierro de Pitias, ó Pitiontes. El intento era hacerle morir á fuerza de padecer, y consiguiéronlo finalmente; porque lo largo y lo penoso del camino, los malos tratamientos que le hacian de propósito los que le llevaban, y en fin tantos trabajos y fatigas le debilitaron las fuerzas de manera que se vieron precisados á hacer alto, y á meterle en una iglesia, donde se veneraba el sepulcro de san Basilio, para que allí descansase. Aquella noche se le apareció el santo, y le anunció que el dia siguiente pondria fin á sus penosos trabajos, y se verian juntos en la gloria. En virtud de esta vision, luego que amaneció rogó el santo á sus guardias que le dejasen allí hasta medio dia; lo que no fué concedido. Partieron de la iglesia; pero apenas habian caminado legua y media cuando el patriarca se sintió tan desfallecido, que fué preciso desandar lo andado, y volverle al mismo templo. Luego que se vió en él, hizo que le mudasen de traje, y pidió un vestido blanco. Hallándose todavía en ayunas, recibió la sagrada eucaristía, hizo su última oracion, la que concluyó con estas palabras que le eran muy familiares: *Dios sea bendito por todo;* y al decir *Amen,* entregó su espíritu en manos del Criador el dia 14 de setiembre del año 407, cerca de los sesenta de su edad, y el noveno de su pontificado.

Publicóse luego milagrosamente la noticia de su muerte, y concurrió innumerable multitud de gentes de todas partes. Hiciéronle un entierro que mas parecia triunfo, y desde luego comenzaron todos á honrarle como á mártir, y á invocarle como á santo. Treinta y un años despues de su dichoso tránsito, el emperador Teodosio el Menor, hijo y sucesor de Arcadio, hizo trasladar el santo cuerpo á Constantinopla

con tanta pompa y con tanta magnificencia, que pudieran quedar deslucidos los mayores triunfos de los emperadores romanos. Salióle á recibir toda la corte; el Bósforo estaba cubierto de embarcaciones, y la multitud de hachas parecia competir con las estrellas. Apenas descubrió el emperador las sagradas reliquias, cuando se postró delante de ellas, y pidió perdon al santo en nombre de sus padres de lo mal que le habian tratado. Depositáronse despues con extraordinaria solemnidad en la iglesia de los santos Apóstoles, y se hizo esta traslacion el año 438 á los 27 de enero, en cuyo dia celebra la Iglesia su fiesta.

SANTA ANGELA DE MÉRICI, VÍRGEN,

FUNDADORA DE LAS URSULINAS.

Por los años de 1470, el dia 21 de marzo, nació en Densenzano de Brescia, en Italia, Angela Mérici, hija de padres distinguidos por su nobleza, y mas aun por su piedad, los que la dieron una educacion cristiana. Desde su tierna infancia comenzó á mostrar la santa un aire grave y modesto, y á practicar tan grandes mortificaciones, que obligaban muchas veces á sus padres á moderar su rigor. La muerte arrebató á estos cuando aun era niña; tomóla entonces bajo su tutela un tio suyo que habitaba en Salo con una de sus hermanas que participaba de los mismos gustos por la piedad. Su tio las dejaba una libertad completa de seguir sus inclinaciones por los ejercicios religiosos; pero como no satisficiese esto su zelo, deseando tener una vida mas perfecta, se escaparon un dia de la casa para retirarse á una gruta situada en las montañas á cuatro leguas de Salo. Su desaparicion repentina derramó la inquietud en la casa, porque á nadie habian

prevenido de su proyecto; y haciendo diligencias para buscarlas, se las encontró al fin, y fueron vueltas á la casa del tio, el cual de la misma manera que antes las dejó entera libertad de servir á Dios.

Caminaba Angela cada dia con mas rápida carrera en el camino de la perfeccion, cuando vino el Señor á visitarla con una prueba, llevando á sí á la hermana, á quien amaba entrañablemente, por ser la que con una emulacion santa la sostenia en la virtud. Entonces, no buscando consuelos mas que en la Religion, entró la jóven vírgen en la órden tercera de san Francisco, y dando rienda suelta á su fervor practicaba todas las austeridades que su piedad la sugeria; llevaba cilicio, no comia mas que pan y legumbres, y no vivia mas que de limosnas á pesar de las representaciones de su tio. La sagrada comunion, que recibia todos los dias, era la fuente donde sacaba las gracias abundantes que sostienen al hombre en los combates que tiene que dar aquí abajo. Entretanto vino á morir su tio, y volviendo la vírgen á Densenzano, trabó amistad con muchas hermanas de la órden tercera, á las cuales comunicó el proyecto que hacia mucho tiempo tenia en su alma de consagrarse á la instruccion de las niñas, en el que nuevamente se confirmó por una vision que tuvo. Conviniendo en él las compañeras á quienes dió parte, luego principiaron á reunir las niñas de aquellos parajes, y á enseñarlas la doctrina cristiana; y bendiciendo el Señor tan piadosa empresa, bien pronto se conoció su utilidad por la mudanza que obraron en las jóvenes tan virtuosas maestras; de manera que, envidiosa la ciudad de Brescia, capital del Bresano, de los bienes que se hacian en Densenzano, llamó á Angela á sus muros, donde confirmó plenamente la alta opinion que se habia concebido de sus talentos y virtudes.

Algun tiempo despues de su llegada á Brescia, mo-

vida del deseo de visitar los lugares que santificó el Señor con su presencia, emprendió el viaje de la Tierra Santa; mas, habiendo perdido la vista antes de llegar á Palestina, fué obligada á dar la vuelta, y no recobró su uso hasta que estuvo en Italia. En el año de 1525 hizo el viaje á Roma para ganar el jubileo, y tuvo el consuelo de ser recibida en audiencia por el papa Clemente VII, quien manifestó hacer mucho aprecio de ella. Contrariada en sus buenas obras por las guerras que afligieron á la Italia, no pudo establecer los fundamentos de su órden hasta en el año de 1535, en el que, asociándose primeramente doce compañeras, formó una regla para guiarlas en las funciones penosas y meritorias de instruir á las niñas; dió á su instituto el nombre de santa Ursula, para impedir que algun dia se le diese su propio nombre; y como fuese necesario nombrar una superiora, hizo todo lo que estaba de su parte para no ser promovida á este cargo, que al fin fué obligada á aceptar á pesar de todas sus repugnancias. Mas tarde quiso hacer dimision, y fué preciso que el obispo de la diócesis interpusiese su autoridad para hacerla proseguir en el puesto.

Una grave enfermedad la arrebató á sus hijas el dia 27 de enero de 1540. Su muerte difundió el duelo por toda la ciudad. Fué enterrada cerca del altar mayor de la iglesia de santa Afra, su parroquia, segun el deseo que habia manifestado. Clemente XII la beatificó el 30 de abril de 1768, y Pio VII la canonizó solemnemente el 24 de mayo de 1807. Su instituto se ha extendido por casi toda la Europa, y en nuestros dias cuenta con algunas casas hasta en América.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Constantinopla, san Juan, obispo, á quien hizo dar su admirable elocuencia el sobrenombre de Cri-

sóstomo, es decir, *boca de oro;* fué utilísimo á la religion cristiana con sus discursos y ejemplos, y despues de muchos trabajos murió desterrado. Su cuerpo fué trasladado en este dia á Constantinopla en tiempo de Teodosio el Menor, y despues fué transferido á Roma y colocado en la iglesia del príncipe de los apóstoles.

En Sora, san Julian, mártir, el cual fué preso durante la persecucion de Antonino, y porque mientras se le daba cuestion de tormento cayó por tierra un templo de ídolos, se le cortó la cabeza, y recibió así la corona del martirio.

En Africa, san Avito, mártir.

En el mismo lugar, los santos Dacio, Reato y sus compañeros, martirizados durante la persecucion de los Vándalos.

Además, los santos Dativo, Julian, Vicente y otros veinte y siete mártires.

En Roma, san Vitaliano, mártir.

En Mans, el tránsito de san Julian, primer obispo de esta ciudad, á quien envió san Pedro á predicar el Evangelio en el Maine (1).

En el monasterio de Benvois, san Mauro ó Mari, abad.

En Brescia, santa Angela Mérici, vírgen, de la órden tercera de san Francisco, y fundadora de la congregacion de las Ursulinas, la que despues de haberse hecho notable por la santidad de su vida, fué á reunirse este dia con su divino esposo. Siendo célebre por su milagros, fué canonizada por el papa Pio VII.

(1) No ha podido ser enviado por san Pedro, porque está ya bien probado que este santo ha sido de dos siglos posterior al príncipe de los apóstoles: no se conserva por otra parte ninguna noticia del pormenor de sus acciones.

(*Nota del traductor.*)

La oracion de la misa es la que sigue.

Ecclesiam tuam, quæsumus, Domine, gratia cœlestis amplificet quam beati Joannis Chrysostomi confessoris tui atque pontificis, illustrare voluisti gloriosis meritis, et doctrinis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que la gracia celestial dilate cada dia mas la santa iglesia, que te dignaste ilustrar con los gloriosos merecimientos, y con la doctrina del bienaventurado Juan Crisóstomo tu confesor y pontífice: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 4 de la segunda del apóstol san Pablo á Timotéo, y es la misma que el dia XXIII, *pág.* 324.

NOTA.

«Escribió san Pablo esta epístola á su querido dis-
» cípulo Timotéo desde la cárcel de Roma, cuando
» estaba en vísperas de ser martirizado, y en ella
» habla de su muerte con bastante claridad. Por eso
» san Juan Crisóstomo llama á esta epístola el testa-
» mento del apóstol. Exhórtale viva y patéticamente
» á cumplir con las obligaciones de obispo y de doctor,
» mostrando siempre aquel zelo que debe animar á
» un confesor de Jesucristo. Encárgale que nunca ol-
» vide la doctrina que le enseñó, y que se oponga
» valerosamente á los enemigos de la verdad; que
» resista á los que introdujeren la relajacion, des-
» viándose de la doctrina y moral del Evangelio. Escri-
» bióse esta epístola el año 65 de nuestro Señor Je-
» sucristo.»

REFLEXIONES.

Es propio del buen zelo aprovecharse de todo para la salvacion de las almas, y no acobardarse por nada. Cuanto son mayores los obstáculos, es mas ardiente y mas vivo. Hacer buenas obras, y no padecer contra-

dicciones, no puede ser. La paciencia es la virtud de profesion de todos los hombres apostólicos. Para convertir las almas se necesita fervor y caridad; pero no se necesita menos prudencia, menos mortificacion, menos dulzura ni menos humildad. Aquellos celos amargos, tumultuarios, impacientes, turban las conciencias, irritan los espíritus, avinagran los corazones, pero nunca los convierten.

Por nombre de *advenimiento de Jesucristo* se entiende lo mucho que el Salvador hizo por la redencion de las almas; y por nombre de *su reino* se debe entender el gran premio que tiene preparado á los que no contentos con guardar la ley, se aplican á enseñarla á los demás. Ambos son motivos poderosos para devorar cuantos trabajos puede padecer el zelo apostólico en el ministerio de la salvacion de las almas.

Ni hay que acobardarse por el poco fruto que se saca. El verdadero zelo nunca es infructuoso. Si no aprovechare al pecador, aprovechará al predicador. *Insta oportuna é importunamente.* Tarde ó temprano, deja pocas veces de ser eficaz el zelo verdadero. Sembremos el grano, y no nos aflijamos porque fructifique ni deje de fructificar. El zelo puro solo busca la gloria de Dios, y no la suya. Hay terrenos duros donde el grano necesita mas tiempo para prender y para brotar; es menester humedad y caridad, y con eso brotará el grano que se juzgaba perdido. Un buen consejo, la palabra de Dios predicada con zelo y uncion, un aviso, una advertencia hecha en sazon fructificarán á su tiempo: no todas las estaciones del año son igualmente fecundas. En el otoño se ven cubiertos de frutos aquellos árboles que en el invierno solo parecen buenos para el fuego. Gran daño hace un zelo impetuoso, impaciente, que desespera del fruto tardío y abandona el cultivo del terreno. Es menester sembrar con dolor para coger con alegría.

Vendrá tiempo, dice el Apóstol, *en que los hombres no podrán llevar en paciencia la doctrina sana y buena.* ¿No habrá llegado ya este tiempo por nuestra desgracia? ¿No estamos ya en un tiempo en que los hombres, llevados de una vana curiosidad, ó de un espíritu de relajacion mal encubierto, andan buscando maestros sobre maestros hasta encontrar con alguno que les hable al paladar de sus deseos? Desdichado el enfermo que no busca quien le cure, sino quien le lisonjee. Acab no podia ver al profeta Miqueas, porque siempre le pronosticaba cosas tristes. Solicítanse confesores cómodos, francos y contemplativos; húyese de un director rígido y exacto, como si nuestra religion, que no admite mas que una fe, pudiera admitir dos doctrinas. Cuatrocientos profetas prometen á Acab una completa victoria (1); y Miqueas incurre en la desgracia del rey porque le pronostica su ruina; dáse la batalla, y queda Acab muerto en el campo. Esto es lo que ganan aquellos que buscan teólogos que los adulen. El carácter de la doctrina verdadera es la mortificacion de las pasiones. Convengo en que esta doctrina no es muy del gusto del mundo; ¿pero por eso dejará de ser doctrina de Jesucristo? Y sobre todo, ¿qué se va á ganar en seguir y en gustar las máximas del mundo? Camínase á la perdicion por un contento fugaz y pasagero: *Gustavi paululùm mellis*, dice Jonatás, *et ecce morior* (2). Este es el fruto de esas lisonjeras direcciones que intentan componer la vida cristiana con la vida inmortificada.

¿Qué cosa mas digna de compasion que negar muy de intento los oidos á las voces de la verdad, por concederlos á los artificios de las fábulas? Y ¿qué otra cosa hacen todos los que estan fuera del gremio de la santa iglesia cotólica romana? Aquellos que no se rinden á las decisiones pontificias pronunciadas por el oráculo

(1) III. Reg. 22. — (2) I. Reg. 14.

infalible de la Iglesia, únicamente por dejarse gobernar de su capricho, ¿hacen mas que huir de la verdad á letra vista, prefiriendo su dictámen al del mismo Jesucristo, manifestado al mundo por la voz de su vicario? ¿Y qué diremos de esta dureza? Que igualmente nace de un corazon relajado, que de un entendimiento alucinado y presumido. Estos son los dos manantiales de donde siempre se deriva todo orgullo. El que obra mal, huye de la luz; y el que ama el error, cierra los oidos al oráculo de la verdad.

El tiempo de mi muerte, dice el apóstol, *cerca está.* Los santos nunca pierden de vista la sepultura; ni tampoco hay pensamiento mas saludable. ¡O qué consuelo poder decir al fin de su vida: ¡*Peleé con valor; acabé felizmente mi carrera!* ¡Ah! que la carrera todos la acaban; ¡pero desdichado de aquel que no la acabare bien!

El evangelio es del cap. 5 *de san Matéo y el mismo que el dia* XVI, *pág.* 269.

MEDITACION.

DEL BUEN EJEMPLO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el buen ejemplo no es una virtud de puro consejo, es de obligacion y de precepto. *Luzca vuestra luz delante de los hombres*, dice Cristo, *para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre celestial que está en el cielo.* Indispensablemente estamos obligados á ser ejemplares desde que somos cristianos. Todos tienen derecho á nuestro buen ejemplo, y es especie de injusticia privar de él á nuestros hermanos. La ley que profesamos, las verdades que creemos, el premio que esperamos, son los títulos en que se funda este derecho.

Nuestras conversaciones deben ser documentos, y nuestras operaciones modelos. Pocas faltas puede cometer un cristiano, que no sean una especie de escándalo. ¡Qué terrible cuenta darán á Dios aquellos cristianos imperfectos, aquellas almas relajadas, cuyas costumbres son tan corrompidas!

Todos somos buen olor de Jesucristo; pues ¿cuál debe ser la pureza de nuestras obras para que exhalen una celestial fragancia? Todos somos luz del mundo; pues ¿cuál debe ser el resplandor, la claridad de nuestras costumbres? Todos somos sal de la tierra; luego nuestras acciones y nuestras palabras deben ser eficaz preservativo contra la corrupcion. Y siendo esto así, ¿nos contentaremos con una devocion insulsa, insípida y sin gusto?

La vida de los cristianos debe ser vida de santos, porque en el cristianismo no hay dos religiones ni dos reglas de costumbres. Desengañémonos, que una vida que no es ejemplar, no es cristiana. En cualquiera estado que se viva, se debe el buen ejemplo al público y á los hermanos.

¡Mi Dios, cuánto tengo que acusarme en este punto! ¡y qué terrible cuenta tengo que daros! Pues que vuestra infinita misericordia me ha hecho conocer mis descaminos, dadme gracia y dadme tiempo para enderezarlos.

PUNTO SEGUNDO.

Considera cuanto aprovecha, cuanto alienta á los demás el buen ejemplo. No hay atajo mas breve, no hay medio mas eficaz, no hay elocuencia mas persuasiva para reformar las costumbres ajenas, que la edificacion de las propias.

¡Qué bienes no produce en la corte y en toda una monarquía la ejemplar piedad de los grandes! ¡qué fervor no encienden en una comunidad los buenos

ejemplos de un superior! ¡qué inclinaciones tan perversas podrán resistir á las costumbres piadosas y devotas de un padre, de una madre de familias! El genio mas indómito, el corazon mas mal inclinado, las pasiones mas violentas, todo cede á una modestia, á una piedad constante, que guarda consecuencia, que nada se desmiente: el buen ejemplo domestica los naturales mas feroces. Quéjanse los padres de las malas inclinaciones de los hijos; ¿y no tendrán los hijos corazon para quejarse de los malos ejemplos de los padres?

¿Qué fuerza no tiene en el corazon de una doncella la modestia, la devocion, la piedad edificativa de una madre que perpetuamente tiene delante de los ojos? Hagamos juicio de esto por los fatales efectos que cada dia produce el mal ejemplo. Son los buenos ejemplos unas correcciones mudas, pero vivas, pero picantes de los desórdenes que cometen los imperfectos. Ninguna cosa cubre de tanta vergüenza, de tanta confusion á los súbditos; ninguna reprende con mayor viveza su tibio proceder, que el buen ejemplo de aquellos que los gobiernan. En cierto modo se puede decir que el ejemplo todo lo suple.

Pero si por nuestra desgracia nos faltan buenos ejemplos en los que tenemos delante, acudamos por ellos á las vidas de los santos. No hay vida de santo alguno que no sea un rico tesoro de buenos ejemplos.

¡Qué renunciacion mas perfecta de la carne y sangre que la que nos enseñó con su ejemplo san Juan Crisóstomo! ¡qué humildad entre las mayores honras! Arrojado de su silla patriarcal, dos veces desterrado; ¡qué constancia en la persecucion! ¡qué alegría en las adversidades! ¡qué modelo de perfeccion cristiana en toda su vida! La vida de los santos es toda ejemplar; ¿lo es tambien la nuestra? ¿podrá servir de modelo? ¿serán santos los que siguieren

nuestro ejemplo? Estas reflexiones se hacen, y ellas son muy verdaderas; ¿es posible què se puedan hacer tan á sangre fria?

Mi dolor, Señor, mi dolor declara bien el sentimiento con que yo las hago; espero con el auxilio de vuestra divina gracia, que mi porte declarará tambien el fruto que han producido en mí. Hasta ahora no he dado mas que malos ejemplos; desde hoy en adelante comenzaré á reparar el daño que he hecho con mis escándalos. ¡O mi Dios, y cuándo podré decir con vuestro apóstol : *Imitatores mei estote, sicut et ego Christi* : Imitadme á mí, como yo imito á Jesucristo!

JACULATORIAS.

Beati immaculati in via, qui ambulant in lege Domini. Salm. 118.

Bienaventurados los que estan en el camino de la inocencia, y andan fielmente en la ley del Señor.

Bonum æmulamini in bono semper. Ad Galat. 4.

Tened una santa emulacion de todo lo bueno, con recta intencion de hacer siempre bien.

PROPOSITOS.

1. En este mismo dia has de escoger media hora, ó por lo menos un cuarto de hora, para examinar con la mayor seriedad si en todo y por todo das buen ejemplo á tus hijos, á tus criados, á tus súbditos, á tus inferiores, á tus iguales. ¿Son de edificacion todas tus conversaciones? ¿tu porte, tu modo de hablar, tu modo de vestir, tu modo de andar, es todo ejemplar, es todo cristiano? ¿Das ejemplo en las concurrencias, en las funciones, en los convites y en todas las lícitas diversiones? ¿Sirves de mucha edificacion á los que te ven en la calle, en casa ó en la iglesia? No te contentes con un exámen precipitado y superficial. Júz-

gate á tí mismo como juez recto, imparcial, desinteresado, y sentencia en justicia si los que viven contigo serán muy perfectos solo con que imiten y sigan tus ejemplos. Toma despues tus resoluciones y tus medidas, y no se pase el dia sin que todo esté reformado y arreglado.

2. Desde hoy en adelante siempre que fueres á hacer alguna cosa, hazla con el pensamiento y con el deseo de dar en ella buen ejemplo; preséntate en la iglesia con mayor modestia, con mayor respeto que hasta aquí. Acude con puntualidad á aquellas acciones á que te llama la obligacion ó el estado. Cuando hablas, cuando te empleas en algo, haz reflexion á que entonces estás destinado para dar ejemplo. Reza el rosario en comunidad con toda la familia, procura que le sirva de modelo tu devocion interior y exterior. No dejes de visitar á los pobres en el hospital, y da hoy todos los buenos ejemplos que puedas al público, á los inferiores y á los iguales. Siempre que por la noche examines la conciencia, tómate cuenta de si en aquel dia has servido de edificacion ó de ruina. Es esta una obligacion de que muchos cuidan poco; pero es una obligacion que algun dia nos dará bastante pena.

DIA VEINTE Y OCHO.

LA CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS.

Es santo y saludable pensamiento, se dice en el segundo libro de los Macabeos, *el rogar á Dios por los difuntos, para que sean libres y absueltos de sus pecados.* Es pensamiento santo, porque tiene, por principio á la fe, y por principal motivo á la caridad. Es pensamiento saludable, no solo para aquellas afligidas



CONMEMORACION

DE LOS DIFUNTOS.

almas por quienes se aplican los sufragios de los fieles, sino tambien para los mismos que practican esta grande obra de caridad y hacen tan importante servicio á las ánimas benditas; las cuales despues que algun dia se ven libres de sus penas y tormentos, nunca podrán olvidar lo que debieron á sus piadosos bienhechores.

Por eso la iglesia católica ha tenido siempre tan impresa en su corazon esta misericordiosísima obra, que destina por lo menos un dia cada mes para ofrecer el santo sacrificio de la misa por estas benditas ánimas. Siguiendo este mismo espíritu de nuestra benignísima madre, nos ha parecido escojer tambien un dia de cada mes en estos ejercicios de piedad de todo el año, para hacer conmemoracion de los fieles difuntos.

No se ha de creer que esta sea una devocion nuevamente inventada. Desde que nació la santa iglesia, tuvo la caritativa costumbre de rogar á Dios por todos aquellos hijos suyos que lograron la dicha de morir dentro de su gremio y en su comunion. Estas oraciones tenian dos respectos: eran sufragios por aquellos que tenian necesidad de ellos, y eran acciones de gracias por los que habian conseguido una muerte preciosa en los ojos del Señor, especialmente por aquellos héroes cristianos que habian coronado su vida con la palma del martirio. Tertuliano hace mencion de estas dos especies de conmemoraciones en aquella parte de sus obras donde trata individualmente de las antiguas tradiciones de la Iglesia. *Pro natalitiis annua die facimus*: cada año celebramos en el dia de la muerte de los mártires el de su triunfo, y el de su mejor nacimiento á la gloria (1). *Ex majorum traditione, quo defunctis annua die facimus*: y siguiendo la tradicion de nuestros antepasados, tambien hace-

(1) Lib. de Coron. milit.

mos cada año memoria de los fieles difuntos, ofreciendo por ellos el divino sacrificio.

Esta es una obligacion de que nunca ha dispensado la santa iglesia á sus hijos; y aunque la sagrada escritura no hiciera memoria de ella, como la hace en el libro de los Macabeos, bastaria, dice san Agustin, la autoridad de sola la Iglesia para obligarnos á rogar á Dios por los difuntos, y á ofrecer por ellos sacrificios y sufragios (1): *In Machabæorum libris legimus oblatum pro mortuis sacrificium: sed etsi nusquam in scripturis veteribus omnino legeretur, non parva est ecclesiæ universæ, quæ in hac consuetudine claret, auctoritas; ubi in precibus sacerdotis, quæ Domino Deo ad ejus altare funduntur, locum suum habet etiam commendatio mortuorum.*

No es pues dudable, dice en otro lugar el mismo santo, que no sean muy útiles á los difuntos las oraciones, los sacrificios y las limosnas que se ofrecen por ellos (2): *Neque negandum est, defunctorum animas pietate suorum viventium revelari, cum pro illis sacrificium mediatoris offertur, vel eleemosynæ in Ecclesia fiunt.* Pero porque entre los difuntos, añade san Agustin, hay unos que ya estan gozando de Dios en la patria celestial, y estos no necesitan de nuestras oraciones; hay otros que murieron en pecado, y á estos de nada les sirven; y hay finalmente no pocos á quienes pueden aprovechar, porque aunque murieron en gracia, ó no hicieron bastante penitencia por los pecados que cometieron, ó cuando hubiesen evitado todo pecado mortal, no por eso dejaron de tener sus faltillas y sus imperfecciones, que son naturalmente inevitables en la humana miseria; y no pudiendo la Iglesia discernir entre unos y entre otros, ofrece generalmente por todos (3): *Non existimemus ad mortuos pervenire, nisi*

(1) Lib. de cura pro mort. cap. 1. — (2) Enchirid. 105. — (3) Lib. de cura pro mort. cap. ult.

quod pro eis, sive altaris, sive orationum, sive eleemosynarum sacrificiis solemniter supplicamus. Quamvis non pro quibus fiunt omnibus prosint; sed iis tantum quibus dum vivunt, comparatur, ut prosint. Sed quia non discernimus qui sint, oportet pro regeneratis omnibus facere, ut nullus prœtermittatur eorum ad quos hœc beneficia possint, et debeant pervenire. Estas misas, oraciones y buenas obras, dice san Agustin, no siempre las acepta Dios por aquellos por quienes se aplican, sino por aquellos que mientras vivieron se hicieron dignos de esta gracia por la práctica de las virtudes cristianas, y singularmente por su caridad con los difuntos.

Y ciertamente debe excitar mucho nuestra compasion, el lastimoso estado en que se hallan las ánimas del purgatorio. Ellas son unas almas justas que padecen tormentos indecibles. Abrásalas un fuego devorador, encendido nada menos que por la justicia de todo un Dios, y cuya actividad en cierta manera es proporcionada á esta divina justicia. Son unas almas predestinadas que estan padeciendo mucho mas de lo que puede comprender el humano pensamiento, ni es capaz de concebir la mas viva imaginacion. No hay con qué comparar las penas del purgatorio, sino que sea con las del infierno. Los mas de los doctores afirman que en sustancia son las mismas, menos tan solamente la duracion y la desesperacion. Se te desharian de compasion las entrañas si vieras en aquel estado á un desconocido, á tu mayor enemigo. Y no es un enemigo tuyo, no es un mero conocido; es tu padre, es tu madre, es tu amigo, es tu hermano, es tu marido, es tu mujer quien está ardiendo en aquellas voraces llamas, quien está padeciendo aquellos horribles tormentos; y quizá los está padeciendo por el excesivo amor que te profesó, por el ansia de dejarte muchos bienes, por el anhelo de que vivieses tú con grandes conveniencias. Y ¿es po-

sible que no nos han de mover á lástima? ¿que hemos de mostrarnos insensibles á sus gemidos, á sus clamores, á sus penetrantes ayes, cuando por ventura toda la ocasion de sus tormentos fué el habernos amado con exceso?

Aquellas afligidas almas no pueden satisfacer por sí mismas á la divina justicia, sino que sea pagando la deuda con el último rigor; pero tú puedes satisfacer por ellas á poquísima costa tuya. Ellas por sí no pueden merecer gracia, por mas que clamen, ni por mas que padezcan, porque ya no estan en estado de merecer; pero tú puedes merecérsela á ellas. Una misa, una limosna, una visita de altares, una mortificacion, la menor buena obra que ofrezcas á Dios por ellas para su alivio, para su refrigerio, todo esto á tí te cuesta muy poco, y á ellas las vale mucho. ¿Tendrás valor, tendrás corazon para negárselo? Cada dia haces mas por un extraño, y ¿no querrás hacer esto poquito por un padre, por una madre, por un amigo?

Y no creas que el alivio que solicitares á aquellas ánimas benditas sea poco provechoso para tí. Ten entendido que toda la caridad que tuvieres con ellas, la tienes tambien contigo mismo. Sabiendo ellas bien que deben á tus oraciones el haberse ido á gozar cuanto antes de la gloria, ¿se olvidarán acaso de tí cuando esten bien informadas de todas tus necesidades, cuando sean tan poderosas con Dios, y cuando su caridad sea mas pura y mas perfecta?

Fuera de que ¿no te has de ver tú algun dia en el mismo estado que ellas? ¿Piensas morir tan santo, tan puro, tan perfecto, haber hecho tanta penitencia por tus culpas, que no tengas que satisfacer en la otra vida? ¿y que lo mismo será espirar, que ser trasladado á la dichosa mansion de los bienaventurados? ¡Ah, que son poquísimos los justos que se libran de pasar por el purgatorio! ¿Pues qué consuelo será tener en

el cielo amigos, y amigos que nos ven en las mismas penas de donde nosotros los sacamos á ellos? Siendo poderosos para aliviarnos en tan grande necesidad por el crédito y por el valimiento que tendrán con Dios, ¿cómo es verisímil que se hagan sordos á nuestros gemidos? ¿cómo se han de mostrar insensibles á nuestros tormentos? Y aquel gran Dios de las misericordias, que sabe muy bien la caridad que tuvimos con las ánimas del purgatorio, ¿dejará de aplicarnos las buenas obras de nuestros parientes, de nuestros amigos, y las oraciones de la Iglesia? Y mas, cuando tantas veces nos asegura en el Evangelio que la misericordia se reserva para aquellos que la hacen, y que con la medida con que midiéremos, con esa seremos medidos. Confesemos, pues, que ninguno puede ser duro con las ánimas del purgatorio, que no lo sea consigo mismo; y que, fuera del motivo de la caridad cristiana, es interés y provecho propio nuestro el hacer muchos sufragios por los difuntos.

Esta es una de las prácticas mas antiguas, y de las costumbres mas constantes de la Iglesia. Hay pocas semanas en que en los dias de feria no aplique algunos sufragios por ellos; en las mas de las religiones algo antiguas, siempre que se reza de feria, ordinariamente se reza tambien el oficio de difuntos. Por una devocion tan provechosa, y por una obra de tanta caridad hemos escogido para la conmemoracion de los difuntos este dia, el único en todo el mes que esté exento de alguna fiesta particular (1). La conmemoracion que se hace de santa Inés, no embaraza que se pueda celebrar la misa de difuntos, especialmente si cayere en lunes este dia.

(1) En España se reza hoy de san Julian, obispo de Cuenca, doble de segunda clase.

La misa es la cotidiana de difuntos, y la oracion lá siguiente.

Fidelium Deus omnium conditor, et redemptor, animabus famulorum famularumque tuarum, remissionem cunctorum tribue peccatorum; ut indulgentiam, quam semper optaverunt, piis supplicationibus consequantur: Qui vivis, et regnas...

O Dios, Criador y Redentor de todos los fieles, conceded á las almas de vuestros siervos y siervas la remision de todos sus pecados, para que obtengan por las piadosas oraciones de vuestra Iglesia el perdon que siempre desearon en ti: Que vives y reinas...

La epistola es del cap. 14 del Apocalipsi.

In diebus illis: Audivi vocem de cœlo, dicentem mihi: Scribe: Beati mortui, qui in Domino moriuntur. Amodo jam dicit Spiritus, ut requiescant à laboribus suis: opera enim illorum sequuntur illos.

En aquellos dias: Oí una voz del cielo que me decia: Escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor: Desde ahora, les dice el Espíritu, que descansen de sus trabajos; porque sus obras los acompañan.

NOTA:

« Ya queda dicho que el Apocalipsi es el libro donde » se contienen las misteriosas visiones que san Juan » tuvo en la isla de Patmos, adonde fué desterrado » por la fe. El capítulo 14 de donde se saca esta epístola » habla del juicio final y de la bienaventuranza eterna » de todos los predestinados. »

REFLEXIONES.

Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Y ciertamente, sin esta bienaventuranza, ¿de qué sirven todas las demás? Morir en el Señor es morir predestinado, es morir en su gracia, es morir como murieron los santos; es entrar en el goce del Señor para nunca salir de él, es tomar posesion del mismo Dios.

Toda la vida se nos da únicamente para disponernos á lograr una tal muerte; ¿pero nos ocupamos mucho en esta disposicion durante la vida? ¿De qué le sirve al hombre haber vivido con las mayores conveniencias, con la mayor brillantez? ¿De qué le sirve haber poseido riquísimos tesoros, haber ganado á todo el mundo si al cabo se pierde? ¿y qué equivalente podrá encontrar de su alma? ¡Ah, dichoso aquel que muere en el Señor! Entonces ya no hay riesgos que evitar, ya no hay enemigos que temer, ya no hay trabajos, no hay desgracia que rezelar.

Entonces cada cual hizo ya su fortuna, sin susto de reveses, sin miedo de competidores, sin rezelo de envidiosos. Ya se llegó dichosamente al puerto, donde no se temen ni vientos, ni piratas, ni tempestades. Dolores, tristezas, enfermedades, inquietudes, pesadumbres, sobresaltos, todo está para siempre desterrado de la mansion feliz de los bienaventurados. No se da entrada en aquella santa ciudad á cosa alguna que melancolice; una alegría pura y llena, una paz y una calma inalterable, una gloria real y superabundante, eso es lo que reina en aquella dichosa patria, en cuya posesion se entra por medio de esta preciosa muerte. ¡Y es posible que mientras se vive, se trabaje ni se piense en alguna otra fortuna!

La muerte santa es fruto de una santa vida. Cueste en hora buena lo que costare el vivir cristianamente; sea dolorosa y amarga la mortificacion y penitencia; súfrase, padézcase infinito en violentarse; sean los trabajos grandes, prolongados, continuos; ¿no habrá lugar para descansar de ellos en toda una eternidad? ¿y no nos indemnizará, no nos recompensará abundantemente de todas nuestras fatigas este eterno descanso? Comprende, si puedes, la gran desdicha que es no morir en el Señor.

El evangelio es del cap. 6 de san Juan.

In illo tempore dixit Jesus turbis Judæorum : Ego sum panis vivus, qui de cœlo descendi. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum: et panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. Litigabant ergo Judæi ad invicem, dicentes : Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus : Amen, Amen dico vobis : nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et bibebitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis : Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam æternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.

En aquel tiempo dijo Jesus à la muchedumbre de los Judíos: Yo soy el pan vivo, que he bajado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi carne por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los Judíos, y decian : ¿Cómo puede este darnos á comer su carne? y Jesus les respondió : En verdad, en verdad os digo que si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia.

MEDITACION.

LA MUERTE ES DULCE PARA LOS BUENOS, Y TERRIBLE PARA LOS MALOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que es cosa tan natural que una buena vida tenga por fin una buena muerte, y que una vida desarreglada pare en una muerte funesta, como lo es que un árbol bueno produzca frutos buenos, y un árbol malo produzca frutos malos. La muerte es eco de la vida, esto es, que corresponde perfectamente á ella; ó, por decirlo de otra manera, aquello que fuere el hombre en la vida, eso será en la muerte.

¿No seria grande extravagancia esperar que aquel que nunca supo hablar, mientras vivió, otra lengua

que la de su pais, hable en la hora de la muerte una lengua extranjera? Toda la vida se ha hecho profesion de mundano, de libertino y de irreligioso, y se espera morir como cristiano: ¿será esta por ventura menor extravagancia?

Si tal vez sucede que algun pecador logre buena muerte, ¿no será una especie de milagro? ¿no le tienen por tal hasta los hombres mas relajados? ¡Y qué consuelo, Dios mio, el no poderse uno salvar sino que sea por milagro! Los disolutos no deben contar sobre este género de milagros para conseguir su salvacion, mas que lo que pueden contar los enfermos sobre las curaciones milagrosas para lograr la salud.

Es necesario morir: ¡terrible sentencia! pero ya está pronunciada, y es irrevocable. Es necesario morir. ¡O qué palabra tan espantosa para un hombre que jamás ha pensado en la muerte, que toda la vida ha tenido horror de pensar en ella; y que solo el acordarse de ella le servia de intolerable suplicio! ¡Qué turbacion, qué desórden no causan en el alma de un pecador los crueles remodimientos que brotan al oir esta palabra! porque entonces es cuando se siente toda su amargura, cuando se penetra todo su sentido.

Es necesario morir; es decir, es necesario dejar los bienes, la casa, los empleos, los amigos; es necesario despedirse para siempre de todos los gustos de esta vida; es necesario ir á comparecer ante el tribunal de Dios para darle cuenta de los deseos y de las acciones. ¿Cuántas cosas se han de dejar? ¿cuántas se han de llorar? ¿cuántas se han de disponer? ¿cuántas se han de rezelar? y para todo esto no resta mas que un momento de tiempo. El proceso ya está formado; y dentro de nuestra misma conciencia estan las pruebas perentorias de todos los hechos. Dios irritado está á punto de pronunciar la sentencia, y de vengarse por sí mismo de todos los insultos. El mismo pecado, sí,

el mismo pecado que antes tenia tantos atractivos, ya es un monstruo que se levanta contra el pecador: *Peccatum meum contra me.* ¡O muerte de los pecadores, y qué funesta eres! La memoria de lo pasado espanta, la vista de lo presente consume, el temor de lo futuro desespera. ¡O muerte de los pecadores! terrible muerte! muerte cruel, que sola equivale á un infierno!

PUNTO SEGUNDO.

Considera qué gozo, qué consuelo causa la noticia de haberse ganado un pleito de importancia; de haberse levantado la sentencia de un largo y penoso destierro; de haberse conseguido una victoria completa que asegura una corona: pues todo esto se halla, todo se siente, todo se experimenta en la muerte de los justos, y cien veces mas que todo esto. Con ella se pone fin á un tristísimo destierro; con ella se rompe una perpetua cadena de males; con ella espira una continua vicisitud ó alternativa de escollos, de temores, de peligros; con ella se ciega para siempre jamás un manantial perenne de inquietudes, de sustos, de sobresaltos; con ella comienza una felicidad pura, llena, superabundante, eterna, interminable.

Las almas de los justos estan en las manos de Dios, y el tormento de la muerte no los afligirá. Si Dios nos tiene en sus manos, si Dios nos lleva en ellas, ¿de qué podemos temer? Lo que hace terrible la muerte es la vista de un Dios airado; y solo el mismo Dios la puede hacer dulce. Siempre muere contento el que muere como santo.

Cuando no se ama la vida, se deja sin dolor; cuando se piensa que el morir es principio de una vida eterna, se muere con placer. El que ha amado y ama á Dios ¿podrá temer mucho el caer en sus manos; y mas estando cierto de que si le ama, tambien es tiernamente correspondido del mismo Dios?

No nos da Jesucristo su precioso cuerpo y su preciosa sangre solamente para alimentarnos; dánosle tambien para hacernos vivir eternamente; y el principio de esta vida eterna es la muerte temporal.

¡Cuánto consuela á una alma justa la memoria de lo pasado! ¡cuánto la alegra la vista de lo presente! ¡cuánto la alienta la esperanza de lo futuro! la esperanza, digo, de las misericordias del Señor, que está para recibir; de la eterna bienaventuranza, que ya está para gozar. La muerte de los justos es como un preludio de la gloria eterna.

A la verdad, el alma mas santa tiene justo motivo para temer á vista de sus pecados; pero tambien la alienta maravillosamente la vista del crucifijo. Las oraciones de la Iglesia, la intercesion de los santos, y sobre todo la de la Reina de los mismos santos, la vista misma de Jesucristo inspira á los justos en aquel postrer momento una confianza tan grande en la misericordia divina, que ni la tentacion la derriba, ni la turbacion la ofusca, ni el horror natural de la muerte es capaz de hacerlos titubear.

¡O buen Dios, qué diferencia tan grande entre la muerte de los justos y la muerte de los impíos! Pero la opcion entre estas dos muertes, es menester hacerla en vida.

¡Cosa extraña! todos alabamos mucho á los santos, todos veneramos mucho á los santos; ¿pues cuando imitaremos sus ejemplos? ¿Estaré yo muy satisfecho, Dios mio, solo por haberme contentado con venerarlos, con alabarlos, sin haberme aplicado jamás al empeño de seguirlos? Y los mismos santos ¿hubieran sido santos si se hubieran contentado con vivir como yo vivo?

No permitais, Señor, que estas reflexiones me sirvan de nueva materia de dolor en aquella última hora; y que cuando yo estoy pidiendo por aquellas almas que

estan padeciendo penas tan terribles por faltas tan lijeras, deje de hacer esta penitencia saludable, que, aunque tan corta, puede por vuestra misericordia librarme de tan crueles tormentos.

JACULATORIAS.

Beati qui in Domino moriuntur. Apoc. 14.
Bienaventurados aquellos que mueren en el Señor.

Moriatur anima mea morte justorum, et fiant novissima mea horum similia. Num. 23.
Tenga yo, Señor, la dicha de morir como mueren los justos, y sea mi fin semejante al suyo.

PROPOSITOS.

1. Examina como has cumplido hasta ahora con la obligacion que tienes á las ánimas del purgatorio. En él tendrás padres, amigos y parientes; todos los fieles que se hallan en aquellas penas son hermanos tuyos: ¿qué has hecho para aliviarlos? Medios no te faltan. Aquel padre que te crió con tanto desvelo, aquella madre que te amó con tanta ternura, y que quizá ahora estan padeciendo únicamente por lo demasiado que te amaron; esos estan ardiendo despues de su muerte en aquellas abrasadoras llamas, y ahora imploran tu socorro. Aquellos mismos que te dejaron tan crecidos bienes, aquellos amigos que te hicieron servicios tan importantes, todas aquellas almas atormentadas y afligidas, muchas de ellas profundamente abandonadas y olvidadas de todo el mundo, todas claman, todas gritan, todas levantan las manos y los ojos hácia tí, diciéndote enternecidas: *Miseremini mei saltem vos amici mei, quia manus Domini tetigit me*: Vosotros que cuando viviamos os mostrasteis tan amigos nuestros; vosotros que ahora nos podeis hacer tanto bien á poquísima costa vuestra, compadecéos

de nosotras, tened misericordia de nosotras. Examina, pues, en este dia qué has hecho por aquellas benditas ánimas: qué oraciones, qué limosnas, qué buenas obras, cuántas misas has mandado decir por su alivio. ¿Has cumplido con los legados pios que dejaron ellas, y cuyo cumplimiento tienes á tu cargo? ¿has restituido todo lo que debe tu herencia? ¡O cuantas almas estan penando en el purgatorio por la dureza y por la avaricia de sus hijos y herederos! ¡Qué crueldad! ¡qué pecado! No dejes pasar este dia sin cumplir con una obligacion tan estrecha y tan importante.

2. Imponte una como ley de que no se te pase dia alguno sin hacer particular oracion por las ánimas del purgatorio, aunque no sea mas que rezar el *De profundis*... Si puedes, manda decir hoy una misa; y si no, óyela á lo menos por las mismas benditas ánimas. Todas las buenas obras que hoy hicieres, todas las limosnas que dieres, sean por su alivio. Es devocion muy loable acabar el rosario y las demás devociones, ó el oficio divino, los que tienen obligacion de rezarle, con alguna oracion por los difuntos. La caridad que se tiene con aquellas dichosas encarceladas, es medio eficacísimo para morir con la muerte de los justos. Apenas se encontrará pueblo alguno donde no esté concedida cada mes alguna indulgencia por los difuntos; nunca dejes de hacer cuanto puedas para ganarles esta indulgencia. El celo que tuvieres por aquellas almas afligidas, siempre te servirá á tí de grandísimo provecho. Algun dia tendrás tú necesidad de los sufragios de los fieles; pues usa ahora de la mayor caridad con las ánimas del purgatorio, si quieres que Dios te aplique entonces las oraciones y las buenas obras que ofrecieren otros por ellas. ¡Y qué felicidad, qué consuelo será el tuyo si tienes la dicha de librar, de aliviar aunque no sea mas que á una de

estas benditas ánimas ! ¡ Qué no podrás esperar de ella luego que se vea gozando de la presencia de Dios en el cielo ! Da todos los dias, si puedes, una limosna por las ánimas del purgatorio, y reza una vez cada mes el oficio de difuntos.

SAN JULIAN, OBISPO DE CUENCA.

San Julian, obispo y patron de Cuenca, ornamento de la Iglesia, honor inmortal de España, y gloria de la ciudad de Burgos, nació en ella el año de 1128. Su concepcion tuvo muchas señales de milagrosa, ó por lo menos mas se debió á las oraciones de sus piadosos padres, que á los esfuerzos regulares de la naturaleza. Contaban muchos años de casados sin el consuelo de sucesion ni esperanza de tenerla : acudieron al cielo con fervorosas súplicas, y fueron atendidos sus deseos. Hízose embarazada su madre; y un sueño que tuvo el padre de Julian por este tiempo, le puso en expectacion, y sin dejar de darle algun cuidado, se ladeaba sin embargo su inclinacion á interpretarle como misterio. Representóle una noche la fantasía que ardia en vivas llamas su cuarto, y que, sin reparar en el incendio, iban ocupando todo él aves nocturnas, animales oscuros y feas sabandijas, que con sus ingratos ahullidos y con su tedioso aspecto, eran horror de los ojos y tormento de los oidos. Pero notó que saliendo de su mujer un hermoso cachorrillo, mas blanco que la misma nieve, cambió el voraz incendio del cuarto en un inocente resplandor, con las brillantes y lucidísimas centellas que despedia por los ojos y la boca, al mismo tiempo que con sus apacibles ladridos despejó la pieza de tanto animal inmundo, y hecho esto, se volvió el tierno cachorro á refugiarse en su albergue. Dispertó; comunicó el

sueño á su mujer, y conviniendo ambos en que eran especies demasiadamente arregladas para que las enlazase el casual desórden de la imaginacion, neutrales entre la confianza y el susto, esperaron á que el tiempo aclarase su significado.

Solo tardaron en entenderle lo que tardó el niño en nacer. Luego que vió la luz, levantó el tierno bracito, y echó la bendicion á los circunstantes, como lo hacen los obispos cuando bendicen al pueblo. Al asombro que causó esta maravilla, se siguieron inmediatamente otras dos, que fueron á un mismo tiempo interpretacion del misterioso sueño y explicacion de la primera. El mismo dia en que bautizaron al niño, se oyó en el aire una suavísima música de los ángeles que cantaban este motete : *hoy ha nacido un niño, que en gracia no tiene par*; y al mismo tiempo que le estaban bautizando, se dejó ver sobre la pila un ángel en figura de un niño hermoso y corpulento, con una mitra en la cabeza y con un báculo pastoral en la mano que decia : *Julian ha de ser su nombre.* Esta continuacion de prodigios, se pudieran llamar, aun mas que vaticinios, historia de lo futuro, ó noticia puntual de lo que Julian habia de ser.

Ahorró á sus devotos padres el cuidado de la educacion, porque desde que fué capaz de ella, mostró que no la habia menester. Prevenido con mucha anticipacion de la divina gracia, comenzó á ser santo antes de ser hombre, y cuando apenas asomaba en su entendimiento el uso de la razon, ya era muy conocido en su inocente alma el uso de la virtud. Niño en los años, y maduro en las costumbres, castigaba en su tierno cuerpo la inocencia, como si tomara venganza de la malicia. Aun no sabia pecar, y ya sabia ayunar, haciéndolo tres dias cada semana, con tanto rigor, como si castigara desórdenes de la gula el que apenas habia aprendido á comer. Desconoció entera-

mente las travesuras de la niñez, y todos sus juegos se reducian á retirarse largos ratos, y rezar con tierna devocion muchas oraciones que tenia señaladas para cada dia.

Correspondieron sus progresos en el estudio de las letras á sus adelantamientos en la ciencia de los santos. Hízose dueño de la latinidad, de las artes liberales y de la sagrada teología, con tanta rapidez y con tanta facilidad, que mereció pasar de discípulo á maestro; enseñando esta última facultad con tanto crédito de su sabiduría, como concepto de su elevada virtud. Murieron sus padres en esta sazon, y dejándole heredero de un honrado patrimonio, no faltaron amigos que le aconsejasen siguiese el ejemplo de los que le habian dado el ser, abrazando el mismo estado, para perpetuar en su descendencia los bienes que poseia. Despreció unos consejos en que tenia mas parte el espíritu del mundo que el espíritu del Evangelio, y resolvió conservar perpetuamente intacta su virginal pureza, para que fuese mas grata al Señor la entrega que ya le habia hecho de todo su corazon.

Con este espíritu de devocion y de recogimiento labró una humilde casita, pegada por una parte al convento de san Agustin, y por otra á una ermita que había sido habitacion de santo Domingo de Silos, para que una y otra vecindad fomentasen el retiro y fuesen incentivo á su fervor. El ejemplo de los religiosos avivaba en él la devocion; y la memoria del milagroso ermitaño encendia mas y mas en su corazon el amor á la soledad.

No debió de bastar esta señal á los que le importunaban sobre que se casase, para que conociesen que eran muy distintos sus santos pensamientos; y acaso con el fin de que les entrase por los ojos el desengaño, manifestando con las obras que ya habia tomado su partido, recibió las cuatro primeras órdenes;

pero sin querer pasar de ellas hasta haber recogido mas caudal de devocion y de virtud, persuadida su humildad á que todavía le faltaba mucho para el que pedia la sublime dignidad del sacerdocio. Fué en fin promovido á ella, y con la nueva dignidad, si no se vió en Julian otro nuevo hombre, se hizo por lo menos muy perceptible á todos una palpable renovacion de fervor.

Pareciéndole que podia ser tibieza en el sacerdote la que era devocion en el seglar, se entregó total y absolutamente á la oracion, al estudio y al retiro. Celebraba cada dia el santo sacrificio de la misa en el altar de un devoto y milagroso crucifijo, con tanto recogimiento, con tanta compostura, con tanta gravedad y con tanta devocion, que la comunicaba á todos los asistentes; de manera que los que entraban en el templo indevotos, solo con verle celebrar se reconocian compuestos, y salian compungidos. Las dulces lágrimas que se desprendian de sus ojos eran de ternura, sin dejar de ser de devocion; y dándose por entendidos los corazones de los que las observaban, hacian devota compañía las que se derramaban en la iglesia, á las que se vertian en el altar.

Desde él se retiraba á su cuarto: todo el tiempo que no dedicaba á la oracion, le empleaba en el estudio de la sagrada escritura y en la atenta leccion de los santos padres y doctores de la Iglesia, negándose absolutamente á la lectura de autores profanos; persuadido á que esta especie de erudicion, en quien no tiene obligacion de dedicarse á ella ó por instinto ó por ministerio particular, si no desdice de la santidad del sacerdocio, contribuye poco á perfeccionarla, y cuando no disipe el espíritu, á lo menos le deseca. No habia que hablarle de negocios puramente seculares, pues en no perteneciendo directa ó indirectamente á la salvacion de las almas ó al bien espiritual

de sus prójimos, no solo se negaba resueltamente á sus oficios, sino tambien á su noticia. Pronto, expedito, activo y siempre eficaz en los primeros, se hacia del todo sordo á los segundos, siendo de dictámen que el sacerdote debe ser continuamente mediador entre Dios y el pueblo, pero nunca entre el pueblo, el interés, la ambicion, la conveniencia ó la codicia.

Estimulado del celo y de la obligacion en que le empeñaba su estado, cuando se halló con suficiente caudal de doctrina, por no estancar las aguas que tenia recogidas en su cisterna derivadas de la fuente del Salvador, determinó comunicarlas á los pueblos por el ministerio de la predicacion. Dió principio á él, predicando en las aldeas ó poblaciones reducidas de los contornos de Burgos. El fruto correspondió á la solidez de los sermones, á la pureza de la intencion y á la santidad del predicador. Envidiosa con santa emulacion la misma ciudad de Burgos de que los extraños, por decirlo así, se comiesen su sustancia, dió á entender á Julian que pedian la razon, la justicia y la obligacion, que el celo comenzase por los propios; y como en él era encogimiento y desconfianza lo que parecia extrañeza, fácilmente se rindió á los deseos de sus conciudadanos. Comenzó á predicar en las iglesias de la ciudad, y desde luego se conoció que eran estrecho teatro para los concursos las mas capaces iglesias. El aplauso fué sin igual, pero no fué estéril. Al número de los concursos correspondia el número de las conversiones; y cuando todos salian de sus sermones diciendo que nunca habia hablado así ningun otro hombre, acreditaban sus lágrimas, sus sollozos y la mudanza de las costumbres, la verdad de lo que decian. Sin esta verdadera prueba, los mayores aplausos de los predicadores son estruendo de la lengua, y hojarasca de los oidos, á excusas del buen juicio y sin noticia del corazon. Extendida por toda

la España cristiana la fama del nuevo predicador, fueron muchas las provincias que le desearon, y muchas tambien las que le oyeron, experimentando con la general reforma que la fama era menor que su mérito, y que aquella voz que suele cobrar mas fuerzas cuanto mas camina, con efecto habia llegado algo cansada á sus oidos.

Experimentólo así la santa iglesia de Toledo, y ansiosa de aumentar su esplendor con aquella brillante antorcha, como tambien de disfrutar mas de asiento su doctrina, su apóstolico celo y sus ejemplos, deseó, solicitó y consiguió hacerle prebendado suyo, con la sobresaliente dignidad de arcediano. Fué Julian modelo de arcedianos, como lo habia sido de sacerdotes y de predicadores. El coro, los pobres, la vigilancia sobre las costumbres, la proteccion de las viudas, el amparo de los huérfanos, sus acostumbrados sermones, el estar pronto para servir al prelado siempre que este imploraba *las funciones de su ministerio*, siendo *el ojo y la mano derecha del obispo*, segun la expresion de los sagrados cánones, estos fueron los continuos ejercicios de nuestro santo arcediano: tan distante de representar la nueva dignidad con diferente aparato, que nunca se consideró mas obligado á dejarse ver en su casa y en el público con mas humildad, con mayor moderacion, ni con mas pobre decencia.

Alfonso VII, rey de Castilla, auxiliado del rey de Aragon, habia conquistado pocos años antes la ciudad de Cuenca, restituyéndola á su legítima dominacion, despues de haber sufrido la tiránica de los Sarracenos. Muerto Don Juan Yañez, su primer obispo despues de la conquista, juzgó el rey que no podia presentar para aquella silla hombre mas benemérito que á nuestro arcediano de Toledo. Sobresaltóse extrañamente la modestia de Julian, cuando entendió la resolucion del

monarca; representó, instó, suplicó, lloró, y protestó la falta de virtud, de talentos y de fuerzas; pero le fué preciso obedecer, siendo su misma resistencia el mejor testimonio del acierto y el fiador mas seguro de la eleccion.

Consagrado ya obispo, tuvo poco que hacer para disponer su familia. Reducíase toda ella à un solo criado que le servia de paje, de capellan, de limosnero, de mayordomo y de secretario. Llamábase este Lesmes, hombre en todo tan parecido à su amo, que rindió la vida en servicio de la caridad, y mereció á la iglesia de Burgos, donde recibe culto su cuerpo, las veneraciones de santo. Con esta comitiva se dirigió Julian á su obispado y entró à pié en la ciudad de Cuenca, sin admitir otro recibimiento que el que le hicieron (y él no podia excusar) las ansias de los pobres, las esperanzas de los huérfanos, y los suspiros de los necesitados.

Excedió con muchas ventajas toda su expectacion. Declaró desde luego que no se interesaria ni en un solo maravedí de las rentas de su obispado, y cumplió á la letra lo que declaró. Dedicólas todas, hasta el último cornado, al sustento de los pobres, á la redencion de los cautivos, á dar estado á las huérfanas desamparadas, á satisfacer deudas de los encarcelados, à socorrer hospitales, á erigir y dotar otros nuevos, y à diferentes pias fundaciones, cuya memoria subsiste hoy en aquella ciudad, donde parece que dejó la caridad como en herencia, y la misericordia como fruto del terreno ó como temperamento del clima. Mientras tanto el obispo y su capellan, á imitacion de san Pablo, se sustentaban con el trabajo de sus manos, haciendo cestillas que vendian para alimentarse, y les sobraba mucho del producto, que se agregaba á la gruesa de los pobres, porque para ayunar los dos necesitaban poco dinero. Era mucho el despacho de

estas cestillas, porque en cada una de ellas llevaban los compradores un seguro depósito de milagros, como se experimentó en una furiosa pestilencia que afligió en tiempo del santo obispo á la ciudad, en la cual ningun enfermo las tocó que no hubiese encontrado en ellas la salud: prodigio, que aun despues de muerto el santo, se experimentó por largo tiempo en muchas enfermedades, supliendo las cestillas de san Julian lo que faltaba al acierto de los médicos ó á la eficacia de las medicinas.

No podia olvidarse de las obras de misericordia espirituales el que con tanto esmero se dedicaba al ejercicio de las corporales; y era preciso que en su apostólico celo ocupasen el primer lugar las necesidades del alma, cuando se hacian tanto en su caritativa compasion las diligencias del cuerpo. Estaba aun muy reciente en la diócesis de Cuenca la memoria de los infieles que la habian tiranizado, para que todavía no se conservasen muchas huellas que la mezcla de los moros habia estampado en las costumbres de los cristianos: para borrarlas del todo, visitaba Julian indefectiblemente cada año su obispado, y era cada visita, no como quiera una reforma, sino una visible trasformacion de los pueblos. Persuadido á que arreglado en los eclesiásticos el modelo de la grey, saldria sin defectos la fundicion del rabaño, se dedicaba principalmente á la buena formacion de aquellos: se compadecia de los flacos, abatia el orgullo de los díscolos, castigaba á los obstinados y nunca daba cuartel á los escandolosos; pero con todos preferia los suaves medios de la dulzura á las severidades del rigor; y cuando echaba mano de estas, daba bien á entender que la aspereza de la medicina no era desabrimiento del médico, sino maliciosa rebeldía de la enfermedad. Con este método, consiguió en breve tiempo que el clero de la diócesis de Cuenca fuese como un animado

ejemplar á toda la clerecía de España; y para conservar en la suya los frutos de la reforma, ponia el mayor cuidado en no conferir las órdenes á sugeto alguno, cuyas ejemplares costumbres no legitimasen la pureza de la vocacion, y no pronosticasen el desempeño del estado; siendo de parecer, que rara vez se hace un eclesiástico ajustado de un seglar escandaloso.

Además de las exhortaciones públicas que hacia en tiempo de la visita, cuando se retiraba á la capital, predicaba todas las semanas á los muchos infieles que habia aun dentro de ella; y para que se extendiese el mismo beneficio á los muchos mas que estaban esparcidos en todo el obispado, iba de pueblo en pueblo ejercitando el propio ministerio, con lo que hacia innumerables conquistas para Jesucristo, desterrando el alcoran é introduciendo el Evangelio; y al mismo tiempo que alumbraba á la ceguedad de los Moros con las luces de la fe, movia la dureza de los cristianos á la reforma de la vida.

Pero ninguna cosa le ganó mas los corazones de todas sus ovejas, que aquellas entrañas de misericordia con que se deshacia en beneficio de ellas el liberalísimo pastor. Esta inagotable caridad, que fué su verdadero carácter, le mereció innumerables favores del cielo, y fué acreditada con otros tantos prodigios. En cierta ocasion tuvo por convidado en la casa de los pobres al mismo Jesucristo, que le agradeció lo que hacia por ellos, honrándole con el título de *buen amigo suyo*, y prometiéndole en premio la eterna bienaventuranza. En otra, vió repentinamente colmada de trigo su panera para socorrer cierta necesidad, siendo así que reconocida un poco antes se hallaba sin un grano. En otra, se vió entrar por la ciudad una milagrosa recua cargada de granos, sin guia ni conductor, que se dirigió al palacio del obispo,

y dejando caer los costales, desapareció sin poderse averiguar quien la habia conducido. Dió órden el santo á su fiel criado Lesmes que al punto repartiese todo aquel trigo entre los pobres, proporcionando la distribucion á la necesidad de cada uno. Hízolo Lesmes con tanto celo y con tanta actividad, que rindió la vida al exceso del trabajo: mártir de la caridad, que murió de fatiga porque otros no pereciesen.

Claro está que el enemigo de la salvacion no habia de mirar con indiferencia aquel varon de misericordia, cuyas obras eran tan gratas á los ojos del Señor. Armóle todo género de lazos para derribarle. Uno de los muchos dias que ayunaba á pan y agua, fué Julian á sentarse á la mesa, cuyo aparato se reducia á una pobre servilleta sobre una tosca tabla. Encontró en ella una hermosa trucha como de tres libras, cuya frescura era capaz de despertar al mas dormido apetito. Sorprendióse el obispo; preguntó á su criado quien la habia puesto allí; respondió con verdad que no lo sabia, y sospechando Julian el artificio del enemigo comun, fué á cogerla para arrojarla en un pozo, y desapareció la trucha, quedando descubierto el lazo.

Estando el santo rezando en otra ocasion con el recogimiento que acostumbraba, entró un hombre en su cuarto cargado con talegos de moneda, y sin mirarle, por no interrumpir su devocion, creyendo que seria el mayordomo, le preguntó: *¿Qué traeis ahí? Señor, el dinero de las rentas,* respondió el hombre aparente. No ignoraba Julian que todas las devengadas estaban ya bien expendidas; pero, persuadiéndose que podia ser alguna de aquellas milagrosas providencias á que estaba tan acostumbrado, iba á tomar el dinero, cuando este y el que le traia se desvanecieron en humo, pero tan pestilencial y hediondo, que por largo rato dejó inficionada la habitacion con un hedor abominable, convirtiéndose en despecho de Satanás el

imaginario triunfo, porque la accion de Julian fué efecto de confianza, impulso de la caridad y desprecio de la codicia.

Tercera vez volvió á la carga el no escarmentado enemigo. Habia rescatado nuestro santo á una doncella noble, natural de la ciudad de Burgos, á quien habian hecho cautiva los Moros de Granada, y puesta ya en libertad, la habia casado con un caballero de iguales circunstancias; pero era ya muerta, sin que Julian lo supiese. Estando un dia en oracion, oyó una voz que le dijo: *Julian, siervo de Dios, ? qué es lo que haces? duermes? ¿ no me conoces?* Abrió los ojos, y viendo junto á sí á la que se figuró la doncella rescatada, la preguntó sobresaltado qué se la ofrecia. A que respondió la representada mujer, con halagüeña ternura, que venia á mostrarse agradecida á su caridad, y á corresponder obsequiosa a tanto como le debia, arrimándose mientras tanto hácia Julian, y añadiendo otras palabras de cariño. A este tiempo sintió el santo que con mano invisible lo daban un empellon, y oyó una voz que le decia: *¿ Qué haces Julian? Mira que no es la que piensas, sino el sucio y abominable Satanas que intenta engañarte;* y al punto desapareció el enemigo. Quedó nuestro santo extrañamente confuso, y pareciendo á su delicadeza que habia tenido algun descuido, le lloró amargamente, haciendo penitencia de él toda su vida.

Habiendo sido esta no menos dilatada que llena de virtudes, de ejemplos y de merecimientos, quiso en fin premiárselos el Señor, y para purificarle mas, le envió una enfermedad no menos grave que penosa, la que entendió Julian habia de ser la última. Cuando le pareció tiempo, pidió los santos sacramentos, y para recibirlos con mas devoto aparato se vistió de pontifical; pero despues de recibidos, se despojó de los ornamentos de la dignidad, se vistió un áspero

cilicio, se tendió en el duro suelo, se cubrió de penitente ceniza, no admitiendo otra almohada que la de una dura piedra; y cuando ya habia entrado en la agonía, vió venir hácia sí una hermosísima doncella cuyo ropaje excedia en candor al ampo de la nieve; y el resplandor que despedia de sí, oscurecía los mismos rayos del sol. Traia en la cabeza una guirnalda de rosas; acompañábala una brillante tropa de vírgenes celestiales y todas cantaban con dulcísima armonía aquel verso del Ecclesiástico: *Veis aquí al gran Sacerdote que en sus dias agradó al Señor.*

Dióle milagrosas fuerzas la visita celestial; hincóse de rodillas, rindió mil gracias á la Madre de su Dios por aquel inestimable favor, y alargándole una palma la benignísima Señora, le dijo: *Toma, siervo de Dios, esta palma en señal de la virginidad y pureza que siempre has guardado.* Desapareció la vision, y poco despues se fué tambien tras ella la purísima alma de nuestro santo, desprendida de su cuerpo, un domingo 28 de enero del año 1208 á los ochenta de su edad. Al mismo tiempo que espiró, vieron cuantos se hallaron presentes que salió de su boca un hermoso ramo de palma mas blanco que la misma nieve, el que se fué elevando por el aire hasta esconderse en los cielos, los cuales se rasgaron á vista de todos, y se oyó la música de los ángeles.

A una concepcion verdaderamente milagrosa, á un nacimiento acompañado de prodigios, á una vida llena de milagros, y á una muerte tan colmada de portentos, se siguieron tantos despues de ella, que la devocion de los pueblos comenzó á aclamarle santo; instando por que fuese elevado de la tierra, como se hizo pocos años despues, y colocándole sobre el altar de santa Agueda, se le rindió culto, se le celebró fiesta y se le hizo lugar en el calendario. Trescientos y diez años se mantuvo su cuerpo en este altar, hasta que en el

de 1518, siendo pontífice Leon X, y reinando en España Cárlos V, fué solemnísimamente trasladado al que hoy ocupa. Cuando se abrió la urna para registrar al santo cuerpo, se halló tan entero, tan sin corrupcion, como si espirara en aquel punto; y las vestiduras tan nuevas y tan flamantes como si acabaran de salir de la tienda. Estaba vestido de pontifical: mitra de raso blanco labrada de oro en la cabeza; báculo pastoral, cáliz y vinajeras, todo de plata, sobre el santo cuerpo, y al lado un ramo de palma tan verde y tan frondoso como si le acabaran de cortar. Esta solemne traslacion es la que celebra hoy toda la iglesia de España. Y en el dia cinco de septiembre solemniza la santa iglesia de Cuenca la fiesta principal de su gran patrono san Julian.

La misa es en honor del santo, y la oracion es la que sigue.

Hunc spiritum charitatis, quo implere dignasti confessorem et pontificem tuum beatum Julianum, concedas populo tuo, quæsumus, Domine, ut exempla illius imitando cujus festum celebramus, possimus ad te venire: Per Christum Dominum nostrum, etc.

Suplicámoste, Señor, que excites en tu pueblo aquel espíritu de caridad de que llenaste á tu confesor y pontífice, el bienaventurado Julian, para que caminemos á tí, imitando los ejemplos de aquel, cuya fiesta celebramos: Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La epistola es del capitulo 20 de los Hechos apostólicos.

In diebus illis: A Mileto Paulus mittens Ephesum, vocavit majores natu Ecclesiæ. Qui cùm venissent ad eum, et simul essent, dixit eis: Attendite vobis, et universo gregi, in quo vos Spiritus Sanctus posuit episcopos regere Eccle-

En los dias apostólicos Pablo envió á llamar desde Mileto á los ancianos de la iglesia de Efeso, á quienes luego que se presentaron, estando juntos, les dijo: Cuidad de vosotros, y de toda la grey, en que os puso obispos el Espíritu Santo, para

siam Dei, quam acquisivit sanguine suo. Commendo vos Deo, et verbo gratiæ ipsius, qui potens est ædificare, et dare hereditatem in sanctificatis omnibus. Argentum et aurum, aut vestem nullius concupivi, sicut ipsi scitis: quoniam ad ea quæ mihi opus erant, et his qui mecum sunt, ministraverunt manus istæ. Omnia ostendi vobis, quoniam sic laborantes, oportet suscipere infirmos, ac meminisse verbi Domini Jesu, quoniam ipse dixit: Beatius est magis dare, quam accipere

regir la iglesia de Dios, que adquirió con su sangre Jesucristo. Y os encomiendo á Dios, y á la palabra de su gracia, que es poderosa para edificar y dar herencia en todos los santificados. De ninguno codicié la plata, el oro ó vestido, como sabeis vosotros mismos: porque *todo lo necesario* para mí y mis compañeros sufragaron estas manos. Todo os lo he manifestado, porque trabajando así conviene recibir á los enfermos, y acordarse de la palabra del Señor Jesus, que dijo: Mucho mas dichoso es dar que recibir.

REFLEXIONES.

Testigos sois del modo con que me porté con vosotros, sirviendo á Dios con toda humildad. Esta fué la virtud de san Pablo, y esta fué tambien por decirlo así la virtud de Cristo: *discite à me, quia mitis sum, et humilis corde.* Es la humildad el cimiento de toda virtud, y el título primordial para tener derecho á la eterna bienaventuranza. Con ella se puede aspirar á su dichosa posesion; y sin ella es vana toda pretension de conseguirla jamás. La soberbia precipitó de la corte celestial á los ángeles rebeldes, y la humildad la volvió á poblar de tantos espíritus verdaderamente humildes. No hay virtud que esté mas á mano para todo. Ninguno hay que no se encuentre á sí mismo muy pequeño, si se mira con ojos sanos. Los empleos, los títulos, el nacimiento, las dignidades en sí mismas tienen algun precio, pero no le comunican: el verdadero mérito siempre ha de ser personal. El hombre mas perfecto es el que tiene menos faltas; el mas

grande es el mas humilde: porque la soberbia y el orgullo siempre acreditan poco corazon y poco espíritu. Basta haber pecado ó poder pecar para que vivamos siempre humildes. La virtud, la inocencia, el mérito y la misma santidad ofrecen grandes materiales al ejercicio de esta virtud. Ninguno hay que no pueda y no deba humillarse: el grande, conociendo su nada; el pequeño, amando su oscuridad y su abatimiento. Si Dios hubiera hecho dependiente nuestra salvacion de otra virtud, muchos quizá se considerarian excluidos de su reino; pero ninguno se puede excusar de ser humilde. No hay cosa mas fácil que el ser santos, cuando el ser humildes nos es tan natural. Pero no se trata ahora de aquella humildad especulativa que consiste solo en conocer cada uno la pobreza de sus talentos: este conocimiento le tienen todos los hombres capaces, y solamente los tontos pueden dejar de tenerle. Háblase de la humildad cristiana, que es la humildad de corazon. Esta no solo abre los ojos del conocimiento propio, no solo enseña el bajo concepto que cada cual sabe debe tener de sí mismo, sino que se alegra de que los demás hagan tambien el mismo bajo concepto. Bien puede uno ser humillado sin ser humilde: para ser humildes es menester complacerse en la humillacion, y este es el fundamento del edificio cristiano.

El evangelio es del capítulo 6 de san Mateo.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis: Nolite thesaurizare vobis thesauros in terra, ubi ærugo et tinea demolitur, et ubi fures effodiunt et furantur: ubi enim est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum. Lucerna corporis tui est oculus tuus. Si oculus tuus fuerit

En tiempo que Jesucristo enseñaba á sus discípulos, que no codiciasen las cosas temporales, les dijo: No querais atesorar riquezas en la tierra, donde el orin y la polilla roen, y los ladrones desentierran y roban. Atesorad bienes para vosotros en el cielo, donde no roe la

simplex, totum corpus tuum lucidum erit. Si autem oculus tuus fuerit nequam, totum corpus tuum tenebrosum erit. Si ergo lumen, quod in te est, tenebræ sunt, ipsæ tenebræ, quantæ erunt? Nemo potest duobus dominis servire: aut enim unum odio habebit, et alterum diliget: aut unum sustinebit, et alterum contemnet. Non potestis Deo servire et mammonæ. Ideò dico vobis, ne solliciti sitis animæ vestræ quid manducetis, neque corpori vestro, quid induamini. Nonne anima plus est quàm esca, et corpus plus quàm vestimentum? Respicite volatilia cœli, quoniam non serunt, neque metunt, neque congregant in horrea; et Pater vester cœlestis pascit illa: nonne vos magis pluris estis illis? Quis autem vestrum cogitans, potest adjicere ad staturam suam cubitum unum? Et de vestimento quid solliciti estis? Considerate lilia agri, quo modo crescunt: non laborant, neque nent. Dico autem vobis: quoniam nec Salomon in omni gloria sua coopertus est, sicut unum ex istis. Si autem fœnum agri, quod hodie est, et cras in clibanum mittitur, Deus sic vestit, quantò magis vos modicæ fidei? Nolite ergo solliciti esse; dicentes: Quid manducabimus, aut quid bibemus, aut quo

polilla, y los ladrones no desentierran, ni roban. En donde está tu tesoro, allí esta tambien tu corazon. La antorcha de tu cuerpo son tus ojos. Si estos fuesen simples, todo tu cuerpo será tenebroso. Si la luz que hay en tí son tinieblas, ¿cuántas serán estas mismas? Ninguno puede servir á dos señores: porque ó aborrecerá á uno y amará á otro, ó tolerará á uno y despreciará á otro. No podeis servir á Dios, y al dinero. Por tanto os prevengo que no esteis ansiosos en vuestro interior de lo que habeis de comer, ni en vuestro exterior, de lo que habeis de vestir. ¿Por ventura no importa mas el alma que la comida, y el cuerpo mas que el vestido? Mirad las aves que sin sembrar, segar, ni entrojar, las alimenta vuestro Padre celestial. ¿Acaso no valeis vosotros mas que ellas? Quién de vosotros por mas discursos que haga puede añadir á su estatura un solo codo? Considerad como crecen los lirios del campo, sin manufacturar, ni hilar: y sin embargo, os aseguro que Salomon en toda su gloria no se adornó como uno de ellos: si al heno del campo, que hoy existe y mañana se echa en el horno, viste Dios de esta manera: ¿cuánto mas á vosotros hombres de poca fé? No querais ser ansiosos,

operiemur? Hæc enim omnia gentes inquirunt. Scit enim Pater vester, quia his omnibus indigetis. Quærite ergo primum regnum Dei, et justitiam ejus: et hæc omnia adjicientur vobis.

diciendo, ¿qué comeremos, beberemos ó vestiremos? Todas estas cosas solicitan los gentiles. Vuestro Padre sabe muy bien que de todo esto necesitais. Buscad, pues, primeramente el reino de Dios, y su justicia, que lo demás se os dará por accesorio.

MEDITACION.

DE LA CARIDAD CON LOS POBRES.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la caridad, ó la misericordia con los pobres, es una tierna compasion del alma, á vista de las miserias y de las necesidades ajenas, con un vivo deseo de remediarlas. Un corazon duro es señal de alma negra y maligna. Es la compasion una virtud natural al hombre: apenas hay bárbaro que pueda mirar á sangre fria las lágrimas y el desconsuelo de otros. Ninguna cosa hace á los hombres mas semejantes á las fieras que la inhumanidad, y ninguna es mas propia de un verdadero cristiano que la misericordia. Con mucha frecuencia nos la inculcó Jesucristo, haciendo de ella como un mandamiento, ó precepto suyo muy particular, y queriendo que las obras de misericordia fuesen como las únicas condiciones ó precisos títulos, por los cuales nos habia de conferir el reino de los cielos. Quiere que la caridad que tiene Dios con los hombres sea, por decirlo así, la medida de la que nosotros debemos tener con nuestros hermanos: *Sed misericordiosos, como lo es nuestro Padre celestial.* ¿A cuánta bondad, á cuánta compasion, á cuánta liberalidad nos obliga este precepto? Pero en medio de eso, ¿cuáles son sus efectos?

En vano nos dice el Salvador que él mismo es el que nos pide limosna, que á él mismo se la damos: *mihi fecistis*: tiénese por una figura de retórica, que se lee ó se oye con admiracion. ¿Créese por ventura que se da al mismo Jesucristo la limosna que se hace? ¿Créese que Jesucristo es el que gime en los calabozos, donde todo le falta? ¿Créese que es el que desfallece en los hospitales, el que se muere de hambre y de miseria en las casas particulares, mientras tú engordas entre la abundancia, y los excesos te acortan los dias de la vida? ¿Juzgas que fué efecto de la casualidad, ó de la industria, el que los bienes se hayan como desatado sobre tu casa y sobre tu familia? Aquel Dios que todo lo dispone con infinita sabiduría, te hizo rico para que fueses padre, tutor y curador de los pobres. Como tengas cuidado de alimentar á estos que puso Dios á tu cargo, consiente el mismo Señor que tú te pagues el primero; mas con la precisa condicion de que has de proveer á las necesidades de los pobres. No los olvidó en la distribucion y economía de su providencia. Dióte Dios esos bienes con la indispensable condicion y carga de cuidar de los infelices. ¿Pero se cumple el dia de hoy con esta obligacion indispensable? ¡O Dios! ¡cuántos ricos se condenan por no haber socorrido á los pobres!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la misericordia con los pobres no solo es prenda que asegura los bienes de la otra vida, sino fuente inagotable de las prosperidades de esta. ¡Cosa extraña! cada dia se estan arruinando las casas, consumiéndose las mas floridas rentas, y haciéndose los mas locos, los mas superfluos gastos, por el deseo de la gloria, de sobresalir y distinguirse. Cómprase un poco de polvo que se echa á los ojos de las gentes, y un relámpago fugaz que se desvanece en un instante;

hácense grandes gastos para dar al mundo unas escenas teatrales, que deslumbran, que engañan, que divierten por algun tiempo, y al cabo ordinariamente se terminan en confusion, en desprecio, y en mucha burla del mismo que las dió. Por el contrario, ¿cuánto honor haria á todos los hombres ricos una liberalidad verdaderamente cristiana? ¿Qué accion mas noble, que sacar de la miseria, y arrancar como de los brazos de la muerte á un número sin número de infelices? Y aun en máximas del mundo, ¿qué obra mas heróica ni mas magnífica, que ser por tu liberalidad como un glorioso redentor de muchas familias honradas á quienes una secreta, muda y vergonzosa miseria iba á precipitar en la desesperacion, y tú las restituiste á la salvacion y á la vida? ¿No es mas glorioso dar el pan á Jesucristo en la persona de los pobres, que mantener una docena de holgazanes, solícitos en vivir á costa ajena, para ser mas disolutos?

Atribúyese la inconstancia de las prosperidades á mil accidentes, mil acasos, que ciertamente no tuvieron parte en ella. La causa mas frecuente de esos trastornos, de esas revoluciones de fortuna, es la dureza de los ricos con los pobres. Niéganse á Dios los intereses, y así no hay que estrañar que te haga perder el principal. No le das el fruto, y quítate el fondo: *aliis locavit agricolis*. Si se cierra el canal por donde ha de correr el agua, ¿qué mucho que se divierta á otra parte? ¿Quieres fijar la rueda de esa próspera fortuna? ¿quieres que las rentas y las posesiones sean por largos siglos hereditarias en tu familia? ¿quieres que pase la abundancia á una dilatada serie de descendientes tuyos? pues sé rico en misericordias; sé liberal, sé magnánimo, sé pródigo en limosnas. El mayor título para las prosperidades es la subsistencia de los pobres; el bien que se hace á ellos interesa al mismo Dios; todo cuanto se les da, se pone á lucro.

No esperes que tu habilidad, ni tus precauciones hayan de asegurar á tus hijos esa rica hacienda. Mas virtud, mas fuerza tiene la limosna, que todas las escrituras y todos los contratos. ¿Dónde hay gloria mas brillante ni mas sólida, que la que produce la misericordia con los desdichados? Pon los ojos en san Julian. Su caridad le despojó de todos sus bienes, hasta de los precisos para sustentarse. Pero, ¡qué gloria, qué consuelo el de este gran santo, por haber sacrificado cuanto tenia en alivio de los pobres!

¡Cuándo ha de llegar el tiempo, divino Salvador mio, en que vuestro ejemplo me inspire esta misericordia para con todos los menesterosos! Mucha necesidad tengo de vuestra gracia; y así os la pido, Señor, y con ella aquellas entrañas de misericordia con los infelices, que son un manantial inagotable de todos los bienes.

JACULATORIAS.

Bienaventurado aquel que se compadece del pobre y del menesteroso, porque el Señor se compadecerá de él y le librará, en el dia de su mayor tribulacion (1).

Alarga tu mano al pobre, para que tu caridad sirva de sacrificio de propiciacion por tus pecados, y para que el Señor eche la bendicion sobre tus bienes (2).

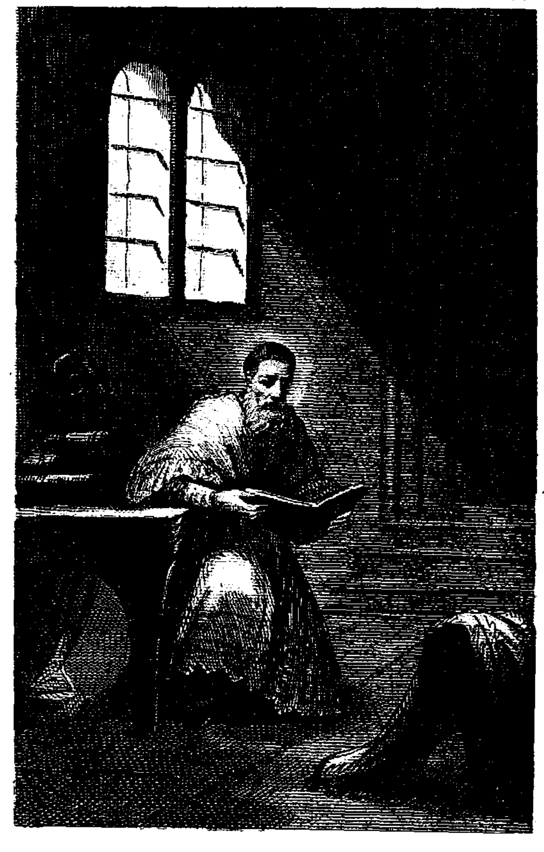
PROPOSITOS.

1. Acuérdate de que no te hizo Dios rico para tí solo: dióte los bienes que posees, para tí y para los pobres. Siendo padre de todos, ¿á qué fin te habia de conceder á tí tantas cosas superfluas, dejando á tantos otros sin las necesarias? No los ama menos que á tí, ni tú le costaste menos que ellos: de su pura liberalidad recibiste todas esas posesiones. *¿Qué*

(1) Psalm. 40. — (2) Eccles. 7.

tienes que no hayas recibido de Dios? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorias como si no lo hubieses recibido? dice el apóstol. Advierte, pues, que esas riquezas se te dieron á título oneroso, esto es, para el sustento de los pobres. Quiere Dios que gozes de tus bienes, pero quiere tambien que los pobres tengan parte en ellos. No olvides, pues, esta obligacion de una caridad indispensable, y desde hoy mismo imponte una ley de que no se te pase dia sin hacer alguna limosna á proporcion de tus haberes. Aunque pagases á Dios el diezmo de tus bienes, no harias demasiado, pues al fin es el primer señor, y el soberano dueño de todo. ¡Escandalosa injusticia! ¡dureza impia! ¡cuánto se gasta en mantener gordos los perros y los caballos, dejando perecer miserablemente de hambre muchas familias! Haz reflexion á lo que en un solo dia gastas en el juego y consumes en tus diversiones, considerando que eso solo bastaria para sacar de miseria á un gran número de infelices.

2. No te pide Dios que te despojes de todos tus bienes, aunque lo hicieron muchos santos. Tampoco te pide que te hagas esclavo para rescatar á otro: heroismo de caridad que todos admiramos en san Paulino, y que solicitó despues imitar santo Domingo; pídete que de cuando en cuando visites los pobres en los hospitales; que socorras á los vergonzantes; que vayas á consolar á los enfermos y á los encarcelados, alentándolos con tus consejos, y solicitando su libertad con tus buenos oficios, en cuanto lo permita la justicia. No te empobrecerán estos obras de misericordia; antes bien enriquecerán no solo á los pobres, sino á tus mismos herederos. En fin, rescata tus pecados con la limosna. Si tienes tres hijos, dice san Agustin, haz cuenta que tienes cuatro, contando á Jesucristo por uno de ellos, y vístele en la persona de un pobre.



S. VALERIO, O.

SAN VALERIO, OBISPO DE ZARAGOZA.

La antigua, noble y deliciosa ciudad de Zaragoza, fertilísima entre todas las de la provincia Tarraconense, y la mas famosa por los monumentos de piedad que en ella se conservan, fué la patria de san Valerio. Sin embargo de haber tenido esta ciudad la ventura de que los mismos que desolaron otras muchas tuvieron respecto á su grandeza al tiempo de conquistarla, ha sido desafortunada en las pérdidas que ha padecido, pereciendo sus archivos en repetidos incendios. Por esta causa son muy escasas las noticias que han llegado á nuestros tiempos de los héroes de la religion cristiana, en que fué gloriosa y fecunda sobre las demás ciudades de España en los primitivos siglos de la Iglesia. Ignórase absolutamente toda la serie de sus prelados hasta san Valerio, siendo este el primer obispo de quien con seguridad se puede hablar, aunque con el dolor de sernos desconocidas las particularidades de su preciosa vida, hasta que, junto con san Vicente, fué preso en tiempo de la persecucion de Diocleciano y Maximiano. No obstante, de las actas de este invicto mártir de Jesucristo, de lo que escribió el famoso cesaragustano Prudencio, y de otras memorias auténticas, se deduce con seguridad lo siguiente.

Antes de la mitad del siglo tercero enriqueció Dios á la Iglesia con el nacimiento de san Valerio, en quien la preparaba un ministro digno, cual requiere la acertada y fiel dispensacion de la sangre del Crucificado. Se ignoran los nombres de sus padres; pero se sabe por Prudencio que eran nobilísimos, de la casa ilustre y consular de los Valerios, una de las familias mas

esclarecidas que tenia entonces Zaragoza, y de la cual habian salido, antes de nuestro santo, varones muy ejemplares, y de la mas alta dignidad en la Iglesia. No ha faltado quien le hiciese griego de nacion, diciendo que san Sixto II le trajo á España cuando vino al concilio de Toledo, y que al pasar por Zaragoza, viéndola sin obispo, dejó á san Valerio en su silla; pero los manifiestos errores que contienen estas palabras, hacen la noticia tan apócrifa como verdadera la contraria. Crióse el santo con una educacion correspondiente á su esclarecido nacimiento, y en la piedad que se derivaba de sus antepasados. Estudió letras sagradas y profanas, en que se aventajó sobremanera, mayormente adornando su espíritu con la sumision y con la desconfianza de las propias luces, sin cuyo requisito las mas veces degenera la humana sabiduría en aquel género de ciencia altiva que condena san Pablo. Veia toda Zaragoza no solamente los crecidos provechos que habia sacado de sus estudios, sino, lo que es mas digno de llevar la atencion, que Valerio, en medio de una edad floreciente y por lo comun peligrosa, en medió de las proporciones que le ofrecia la nobleza de su familia para las diversiones y aun disoluciones de la juventud, se conservaba inocente, y con un método de vida que servia á un mismo tiempo á la santificacion y al aprovechamiento de los demás.

A proporcion que se le aumentaban los años, iban tambien creciendo en él los merecimientos; de modo que llegaron á ser conocidos de todos, y á ser premiados de cuantos los conocian. Antes de que la ambicion clavase su ferino diente en lo sagrado, era la justicia quien repartia las dignidades y los oficios, y el mas poderoso medio para obtenerlos era la aptitud para ellos y la virtud sólida con que se hubiesen merecido. Por estos escalones subió san Valerio á la cumbre del

obispado; y aunque ignoramos sus hechos mientras vivió en los grados inferiores, se puede discurrir cómo serviria á la Iglesia y al pueblo el que por aclamacion de todos fué puesto en la silla episcopal en un tiempo de turbacion en que el pastor y el rebaño eran perseguidos por los enemigos de Jesucristo. Fué su consagracion cerca de los años del Señor de 290, con tanto sentimiento suyo, como gusto y complacencia del clero, que en él se prometia un obispo perfecto.

Acreditó la verdad que no habia sido errado su dictámen, ni mal apoyadas sus esperanzas, porque, sentado Valerio en la silla episcopal, comenzó á derramar luces de divina sabiduría, y á esparcir por todas partes los efectos de su celestial beneficencia. Era misericordioso y caritativo con los pobres: el huérfano, el pupilo, la viuda desamparada, tenian en su obispo padre, tutor, esposo y todo su amparo. Cuidaba de lo temporal como si no tuviera otro empleo, y al mismo tiempo eran las almas de sus súbditos las que le costaban mayor cuidado. Para este efecto las proporcionaba dignos ministros que las dirigiesen, enseñasen y confirmasen en la sana doctrina, con un celo fervoroso y encendido que le abrasaba el corazon, con una integridad que despreciaba todos los respetos humanos, y con una caridad que nada temia mas que desagradar á Jesucristo. Era Valerio el complemento de las esperanzas de su pueblo, y tal, que no pudieran haber deseado un obispo tan cabal y perfecto, excediendo el conjunto de sus prendas y virtudes á las miras y deseos que al tiempo de elegirle se habian prefijado.

Como conocia que uno de los principales medios, ó acaso el único, para promover, conservar y afirmar el verdadero espíritu del Evangelio, pende de la buena eleccion de obreros y ministros que le cultiven, tuvo siempre gran cuidado de examinar la vocacion de los

que se dedicaban al santuario; y antes de dedicarlos para siempre á tan santo ministerio, estaba bien seguro de que su conducta habia de ser de edificacion y ejemplo á los fieles. Estos, de cualquier grado, dignidad, oficio y estado que sean, tienen las mismas obligaciones y las mismas leyes que los eclesiásticos, porque todos profesan una misma religion, que es la de Jesucristo; pero los que sirven al altar, por la alteza de su ministerio deben aspirar á mayor perfeccion, y servir de ejemplo y regla por donde los demás conduzcan sus acciones: pero si por desgracia no llenan su ministerio, y en vez de servir de edificacion sirven de escándalo, faltarán á su obligacion, haciéndose reos de la sangre de Jesucristo; pero nunca podrán servir de excusa á las trasgresiones de los pueblos. La fatal preocupacion que sobre este punto ha reinado siempre en las gentes del siglo, hacia mas vigilante á san Valerio, y sola la eleccion de san Vicente que ha llegado á nuestra noticia, puede servir de testimonio de su cuidado é integridad.

Este santo mártir, celebrado por su fortaleza y por las terribles circunstancias de su martirio en toda al Iglesia desde sus primeros siglos, es el dichoso fruto por donde podemos venir en conocimiento del árbol precioso que le produjo. Engendróle en el espíritu san Valerio, enseñándole las ciencias sagradas y el santo temor de Dios, con que le iba disponiendo y labrando cual piedra preciosa que habia de servir de ornamento á la celestial Jerusalen. Viéndole tan aprovechado y digno de servir á la santa Iglesia en el mas alto ministerio, le ordenó de diácono, y le constituyó, segun la disciplina antigua, por su cooperador y compañero en los santos ejercicios, en que siempre á los obispos acompañaban uno ó mas diáconos. Además de esto, le encargó uno de los oficios privativos suyos, que era la dispensacion de la divina palabra.

Era san Valerio sumamente anciano, y con los años, trabajos, penitencias y desvelos continuos en el cumplimiento de su cargo, se le habia aumentado cierto impedimento para hablar que tenia en la lengua, al paso que habia crecido el deseo de que sus ovejas recibiesen en mayor copia el pasto de la divina palabra. Como san Vicente era capaz de desempeñar á satisfaccion el ministerio, y le empeñaba á emplearse en él con todas sus fuerzas el celo de su obispo, resultó un fruto copioso á proporcion de la caridad y vigilancia pastoral de quien le promovia. Jamás se vió tan floreciente Zaragoza; jamás fueron sus costumbres tan arregladas al Evangelio; jamás se vió este observado con mas pureza, ni respetadas con mayor sumision las leyes y disciplina eclesiástica. Pudo en este tiempo feliz preciarse Zaragoza de que su distrito, comprendido en él todo el obispado, era el teatro donde se veia en todo su esplendor, majestad y pureza la religion de Jesucristo; donde mas alumnos crió el espíritu de mortificacion y desprecio del mundo, y donde se produjeron mayores testigos que con su sangre manifestaron la verdad del Evangelio.

El cuidado de sus ovejas no disminuia un punto el resto de sus obligaciones. Todos los obispos debian atender á que estaban sentados en la silla del imperio Diocleciano y Maximiano, y que, aunque el fuego de la persecucion solia amortiguarse, tenia sobrado cebo en los infernales pechos de los emperadores, para arder despues con mas vigor y voracidad. Debian por tanto conferenciar entre sí los obispos, y asegurar los medios mas conducentes para sostener al pueblo en la firmeza de la fe que habia profesado, sin que bastasen tormentos ni promesas para contrastarla. A este fin se juntó un concilio, que fué el primero de España, en la ciudad de Eliberi, hoy Granada, á que asistió san Valerio, y firmó en sexto lugar, precediendo en mu-

cho tiempo al famoso obispo de Córdoba Osio, que firmó en el undécimo. En él se entablaron cánones muy oportunos para confundir y poner en odio á la idolatría, y robustecer y dar ánimo á los que habian recibido el bautismo.

Contento san Valerio con el auxilio que se le acababa de proporcionar para la mayor santificacion de sus ovejas, se volvió á Zaragoza á continuar los desvelos de su cargo pastoral. Ejercitábase en ellos con su diácono Vicente, exhortando á los remisos, aterrando á los soberbios, fortaleciendo á los flacos y haciéndose todo para todos, á fin de ganarlos á todos para el Señor. Con singularidad procuraba inspirar en sus corazones la virtud de la fortaleza, proponiendo el precio de la fe y las coronas inmarcesibles que tiene Dios ofrecidas á los que delante de los hombres le confiesan. No duró mucho la tranquilidad; y se vió muy en breve cuán oportunamente preparaba á sus fieles para la batalla que el enemigo comun les presentaba.

Llegó en este tiempo á Zaragoza el presidente Daciano, á quien en el año anterior de 303 habian enviado á España Diocleciano y Maximiano por ministro de sus crueldades, y ejecutor de la horrible y sangrienta persecucion que habian movido contra el nombre de Cristo. Informado de que el obispo Valerio y su diácono Vicente eran las cabezas y caudillos que sostenian la religion del Crucificado, predicando incesantemente la verdadera doctrina del Evangelio contra la supersticiosa y vana adoracion de los ídolos, pensó con astucia infernal que, destruido el principio, podria mas fácilmente derribar y deshacer cuanto por él se sostenia. Mandó inmediatamente que prendiesen á los dos santos y los trajesen para ser juzgados á su presencia. No eran tan vivos los deseos que tenia el tirano de derramar su sangre, como los que encendian los dos fervorosos corazones de ver-

teria valerosamente por la confesion de Jesucristo. Apenas hubieron entendido el decreto, cuando ellos mismos con la mayor presteza determinaron ponerle en ejecucion, alentados de la fe, y gozosos con la dulce esperanza de la victoria que ya veian cercana. La misma consideracion de los duros tormentos que se prometian padecer, los alentaba y comunicaba mayor espíritu para acelerar sus pasos á la casa del presidente, en donde debian ser juzgados.

Puestos en la presencia de Daciano, confesaron con voz intrépida y libre que adoraban á Jesucristo, á quien reconocian por verdadero Dios, y abominaron los torpes ídolos que la ciega gentilidad adoraba. Bien quisiera el cruel ministro castigar allí mismo aquella cristiana libertad que en su interior calificaba de temeraria osadía; pero creyendo que con aflicciones y malos tratamientos podria quebrantar sus ánimos y resoluciones, mandó que los cargasen de hierro y los llevasen á Valencia. No contento con esto, encargó que los maltratasen en el camino, escaseándoles el sustento necesario para la vida, y que los pusiesen bien asegurados en el calabozo mas hediondo, incómodo y oscuro que en las cárceles hubiese. Los soldados del presidente ejecutaron su órden; y cargando á los santos de pesadas cadenas de hierro, los llevaron con la mayor inhumanidad, añadiendo á la vejez y debilidad de san Valerio, y al cansancio y tormentos de las prisiones, los denuestos y mortificaciones que su furia les dictaba. A los tormentos del camino se siguieron los de la cárcel, en donde estuvieron mucho tiempo cargados de prisiones, y con la misma escasez de comida que el presidente habia determinado.

Restituido este de Zaragoza á Valencia, creyó que enflaquecidos y extenuados los cuerpos de los santos varones, habrian tambien descaecido las fuerzas de su espíritu. Pensaba por tanto hallarlos mas blandos y

accesibles para las propuestas de paz que habia de hacerles, y contaba ya con un ejemplo famoso de abjuracion del nombre cristiano, capaz de conmover y trastornar á los mas fuertes, y de proporcionarle una conquista que haria el nombre de Daciano glorioso en el gentilismo. No queria además que muriesen oscuramente entre los tormentos, hambre y hediondez del calabozo, sin que pudiesen ser á los demás fieles un escarmiento horroroso; pues en tal caso, decia el inhumano juez, ni con los muertos tendria piedad, y hubiera atormentado ó escarnecido á los cadáveres para infundir terror á los vivos. Manda pues que saquen á Valerio y á Vicente de la cárcel y los traigan á su presencia; lo que al punto fué ejecutado.

Esperaba el juez injusto ver delante de sí dos hombres pálidos, extenuados, consumidos; ver sus ojos amortiguados, sus alientos abatidos, y con todas las señales que anuncian una cercana muerte; pero se quedó suspenso y helado cuando contra su esperanza vió que estaban mas lucidos, fuertes y vigorosos que cuando en Zaragoza los habia visto. No alcanzaba que pudiese haber sido efecto milagroso y gracia sobrenatural de aquel Dios igualmente omnipotente y benéfico que adoran los cristianos; y vuelto á sus ministros, ciego de cólera y furor, les dijo: *¿Cómo habeis tenido osadia para regalar á estos reos con abundante comida y bebida, contra lo que yo he mandado?* Luego, se aquietó algun tanto, para que la furiosa cólera que agitaba su corazon no desautorizase á sus palabras, y con tono mas templado y persuasivo, dijo á san Valerio: « ¿Qué es lo que haces, Valerio? ¿En qué piensas? ¿Juzgas que es suficiente pretexto para desobedecer á los príncipes el apoyo de la vana religion de que te precias? ¿Ignoras que los que niegan la obediencia á sus decretos tienen en gran peligro sus

» vidas? Los señores y emperadores del mundo tie-
» nen mandado que sacrifiqueis á los dioses, sin que
» pretendais profanar un culto antiguo y venerable
» por su dignidad, con las leyes de una religion falsa
» y desconocida. Vuelve en tí: reflexiona mis amo-
» nestaciones, y ofrece á los dioses incienso, para que,
» viendo los demás que su obispo abraza este partido,
» sigan con mas facilidad la religion que te propongo.
» Y tú, Vicente, acuérdate que eres noble, y de que
» estás en medio de las mas lisonjeras proporciones
» por tu juventud florida y por la alteza de tu linaje.
» Uno y otro son motivos poderosos que te deben
» persuadir á dar asenso á mis palabras. Finalmente,
» resolvéos: declarad únanimemente vuestro último
» dictámen, para que, segun él sea, recibais ó pre-
» mios y galardones, ó tormentos crueles y los últi-
» mos suplicios. »

Oido el astuto y capcioso razonamiento del inicuo Daciano, respondió el santo obispo que estaban prontos y preparados á derramar con gusto su sangre en defensa y testimonio de la santa religion que profesaban; que abominaban de todo su corazon los dioses de los gentiles, y que los decretos de los emperadores no se debian obedecer cuando expresamente eran contrarios á lo que manda Jesucristo. Como san Valerio daba esta respuesta con algun trabajo por el impedimento de su lengua, y el juez instaba con nuevas réplicas y reconvenciones, pidió san Vicente licencia á su obispo para hablar y dar satisfaccion á Daciano. Concedióse la elsanto, diciendo: *Tiempo ha, hijo mio muy amado, que con suma satisfaccion y consuelo de mi alma te encargué el santo ministerio de la divina palabra, para que instruyeras á los fieles: de la misma manera te encargo ahora que respondas en defensa de la fe, por cuya causa nos hallamos en este tribunal*. Luego que san Vicente hubo obtenido esta li-

cencia, habló al juez con tanta libertad y constancia, con tal desprecio de los dioses y de los tormentos, que, encendido en rabiosa cólera Daciano, dirigió sus miras á hacer en Vicente un ejemplar escarmiento: y lleno de enojo, dijo: *Quitad de mi presencia á este obispo, y sea al punto desterrado por haber despreciado los imperiales edictos.*

No fué piedad lo que movió al juez á dejar con vida á san Valerio, sino el deseo de que fuese su tormento mayor, siendo mas duradero y prologado. Le veia en los años mas trabajosos de una vejez achacosa y hecha mas pesada con los ayunos, penitencias, vigilias y atencion continua á los oficios de su cargo; y pensó que esto mismo, junto con el destierro, le seria una pena continua, que estaria sirviendo de escarmiento á los que quisiesen seguir sus pasos. Púsose en ejecucion la sentencia; y al separarse los dos santos, uno para ser llevado al ecúleo y el otro al destierro, fueron tantas las lágrimas de san Valerio, que conocieron los crueles ministros cuánto envidiaba la suerte de Vicente. La caridad hacia hervir su helada sangre en fervientes deseos de derramarla por Jesucristo; pero la Providencia tenia diferentes miras, y san Valerio hubo de conformarse con sus consejos inescrutables. Saludáronse amorosísimamente los dos invencibles soldados de Jesucristo: dijéronse palabras de grande edificacion y ternura; y confortándose mutuamente en sus trabajosos destinos, se dijeron el último adios, despidiéndose en este mundo hasta la patria celestial.

San Valerio fué llevado á cumplir su destierro á un lugarcillo infeliz, llamado Enet, distante una legua de Barbastro en la ribera del rio Cinca, con la mira de que su espíritu estuviese mas atormentado oyendo las crueldades que en su rebaño hacian los ministros de Satanás, y viéndose imposibilitado de suministrarles

el pasto de la celestial doctrina; pero el santo convertia en su propia santificacion todo el cuidado que no podia emplear en el provecho de sus ovejas. Ejercitábase en ayunos, penitencias, leccion de los libros sagrados y meditacion continua de las divinas grandezas. En estos santos ejercicios pasaba su preciosa vida, esperando por instantes que el Señor le librase de los lazos de la mortalidad para ir á gozar de sus eternas recompensas. Llegó á su noticia el triunfo que su arcediano Vicente habia alcanzado en Valencia, muriendo en la confesion de la fe entre tormentos horribles, que sufrió no solo con admirable constancia, sino con gozo y alegría: pedia á Dios que fuese servido de darle facultades para edificar una iglesia en honor del santo mártir, y oyendo tan justas súplicas, le concedió este consuelo. No hay fuerza, no hay consejo contra la fuerza y consejos del Altísimo. En medio de las calamidades de un destierro y de estar el santo obispo destituido de todos los socorros humanos, hubo piedad y valor en los fieles para proporcionar al santo prelado los caudales que para una obra costosa y ruidosa al mismo tiempo eran esenciales y necesarios. Con este consuelo se avivaron mas los deseos que tenia de ver coronado en la gloria á quien habia construido un monumento de eterna veneracion en la tierra. Sintió que estaba muy cercano el cumplimiento de sus esperanzas; y habiéndose preparado con todo el fervor de su ardentísima caridad, dejó al mundo para vivir eternamente, gozando el premio de sus trabajos y heróicas virtudes en el cielo.

Sucedió su dichosa muerte en el año del Señor de 315, habiendo vivido en el destierro con invicta paciencia once años. Su cuerpo fué sepultado por los cristianos en el castillo de Estrada, en donde se mantuvo con gran veneracion, obrando Dios continuamente por la intercesion de su siervo muchos por-

tentos y maravillas, con los que sencilla y devotamente imploraban su patrocinio. En la venida de los Sarracenos pereció con la destruccion del castillo de Estrada la memoria de las preciosas reliquias, hasta que el año de 1050, se dignó Dios revelar el lugar donde reposaban al devoto Arnulfo, obispo de Roda, el que trasladó el cuerpo del santo á su silla, colocándolo en la iglesia de san Vicente. Poco despues de la conquista de Zaragoza, sucedida en diciembre de 1118, obtuvo su obispo y cabildo, á fuerza de ruegos y lágrimas, del obispo de Ribagorza Raymundo, que habia venido á felicitarlos, la gracia de que les diese un brazo entero de su santo prelado. Hízose la traslacion con tanta pompa y aparato, y manifestó el pueblo tan extraña alegría, que salian todos sin distincion de clases, edades ni sexos al camino dando saltos de contento, y haciendo otras demostraciones que llenaron de sorpresa á los mahometanos, no pudiendo ver sin risa que se hiciesen tales fiestas por un hueso de hombre muerto.

Dios, que tiene gran cuidado de honrar á sus siervos, y de manifestar á los infieles con prodigios las verdades de la religion cristiana, quiso cumplir uno y otro, haciendo que á la presencia de la santa reliquia saliese el demonio del cuerpo de un infeliz energúmeno á quien atormentaba con horrorosos dolores y contorsiones que ponian espanto á cuantos le veian. En el año de 1170, vino el rey Don Alonso II á celebrar la fiesta del nacimiento de Cristo á la iglesia de san Vicente de Roda, y suplicó á su obispo Don Guiller Perez, y al capítulo, le hiciesen merced de darle la cabeza de san Valerio. Condescendieron gustosos con la devocion del príncipe, quien entregándola al obispo de Zaragoza, hizo que se trasladase á esta ciudad, donde se venera con suma devocion en la iglesia de la Seo. Otras muchas iglesias se honran con alguna

reliquia de este santo prelado, especialmente Castelnou, lugar perteneciente al ducado de Hijar, al cual manifestó una particular proteccion cuando vivo, y mucho mas despues que reina con Dios en los cielos. Los prodigios que han visto sus devotos, y las mercedes señaladas que por su intercesion han recibido de la divina mano, dificultosamente pueden reducirse á número determinado: y solos los preciosos dones con que la casa del excelentísimo señor duque de Hijar ha manifestado su agradecimiento por los favores que ha recibido de este santo, son una prueba de la largueza con que socorre á sus devotos, y del alto grado de gloria con que Dios ha coronado sus merecimientos.

SAN CIRILO, PATRIARCA DE ALEJANDRÍA.

El Señor que tiene cuidado de proveer á su Iglesia de acérrimos defensores para conservar pura y sin mancha la sagrada doctrina, suscitó á san Cirilo para defender el misterio de la encarnacion, en un tiempo en que la herejía se habia desencadenado para aniquilarle. Por esta razon le llamaron *el doctor del dogma de la Encarnacion*, como san Agustin es llamado *el doctor de la Gracia*. Instruido desde la infancia en el estudio de los sagrados libros, á la vista del patriarca Teófilo, tio suyo, juntó en seguida el de la tradicion; aficionándose de tal suerte á la doctrina de los antiguos Padres, que, segun él mismo lo confiesa, no enseñaba nada que no fuese tomado de ellos. Sus libros contra Juliano hacen ver que reunia tambien un grande conocimiento de los autores profanos.

Habiendo muerto Teófilo en 412, hubo grandes altercados para la eleccion de sucesor; pero al fin prevaleció el partido de nuestro santo, y fué entronizado

á los tres dias de la muerte de su tio. Principió el ejercicio de su alta dignidad por un rasgo de vigor contra los novacianos, haciendo cerrar las iglesias que tenian estos herejes en Alejandría, y apoderándose de todos los vasos y muebles que habia en ellas. Algun tiempo despues arrojó los judíos, culpables de muchas violencias contra los cristianos; lo que le indispuso con Oreste, gobernador de Alejandría, quien fué picado vivamente de este acto de autoridad, y rompió públicamente con el santo; y aunque este dió todos los pasos para reconciliarse, enviándole á pedir su amistad en nombre de los santos evangelios, todo fué inútil: Oreste prosiguió en su odio, y fué ocasion de una funesta catástrofe. Una jóven pagana, llamada Hipacia, habia abierto en Alejandría una escuela de filosofía platónica; su reputacion era tal, que se atrajo un gran número de discípulos, y entre ellos al célebre Sinesio, á quien la suplicó revisase sus obras. Los filósofos mas afamados la consultaban de todas partes sobre cuestiones difíciles, y recibian sus decisiones como oráculos. Hipacia tenia estrechas relaciones con Oreste; y el pueblo de Alejandría, de una imaginacion fácil de ser inflamada, dió crédito al rumor de que ella era la que retraia al gobernador de reconciliarse con el patriarca. Su muerte fué jurada, y al salir un dia de su casa, echándose sobre ella una tropa de hombres furiosos, la arrojaron del carro en que iba, la hicieron pedazos, y arrastraron sus miembros por los diferentes barrios de la ciudad. Pasó esto el año 415. Una accion tan horrible fué detestada por todas las personas de bien, y mas particularmente por san Cirilo, que buscaba los medios de sofocar toda semilla de division.

Desgraciadamente se habia dejado prevenir nuestro santo contra san Crisóstomo, que habia sido condenado por su tio; y á consecuencia de esto se habia

rehusado largo tiempo á restablecer su memoria, hasta que, convencido al fin en 419 de la inocencia del santo arzobispo de Constantinopla, puso su nombre en las dípticas, que era la manera de alzar la excomunion á los muertos. El papa Zósimo, informado de lo que habia hecho, le mandó al punto cartas de comunion. Esto es todo lo que sabemos de la vida de san Cirilo hasta el año 428, en que empezó á defender la fe contra el nestorianismo.

Nestorio, monje y sacerdote de Antioquía, tenia todo lo que es propio para seducir al pueblo, que se deja engañar siempre por las apariencias. A un exterior devoto y mortificado juntaba algunos conocimientos, con una gran facilidad de explicarse; pero en su corazon albergaba la hipocresía, un orgullo insoportable, y un grande encaprichamiento por sus ideas, que preferia á la doctrina de los antiguos padres. Estando vacante la silla de Constantinopla, fué elevado á ella en 428, y empezó su pontificado por perseguir con una especie de furor á los arrianos, macedonianos, maniqueos, cuartodecimanos, y acabó por arrojarlos de su diócesis. Pero al mismo tiempo dió en comunicar con Celestio y Juliano, corifeos principales del pelagianismo, y aunque admitiese con la Iglesia la existencia del pecado original, negaba con aquellos la necesidad de la gracia. No contento con esto, comenzó á predicar públicamente que habia dos personas en Jesucristo, la de Dios y la del hombre; que el Verbo no estaba unido hipostáticamente á la naturaleza humana, y que por consiguiente la santísima Vírgen no era madre de Dios, sino del hombre ó de Cristo. Estas novedades impías causaron mucho escándalo en los fieles, y llenos de celo algunos sacerdotes, entre otros san Proclo y Eusebio, despues obispo de Dorilea, representaron vivamente á Nestorio, quien despreció

sus amonestaciones, poniéndoles en el caso de separarse de su comunion.

Entretanto san Cirilo que habia recibido las homilías de Nestorio, conoció por su lectura ser ciertos los errores que le achacaban, y le escribió una carta para volverle á la verdad por los medios de la blandura; pero el orgullo de Nestorio, que no podia verse contradecido, fué picado vivamente, y le respondió con la mayor altanería. Llevado este negocio á Roma, convocó allí el papa Celestino un concilio particular para examinar la nueva doctrina, y como todos los padres exclamasen á una voz que Nestorio era heresiarca, se pronunció contra él la sentencia de excomunion y de deposicion, la que fué mandada á Cirilo, para que, si en el espacio de diez dias contados desde su notificacion, no retractaba Nestorio públicamente sus errores, pasase á la ejecucion de ella. Escribióle nuestro santo por última amonestacion una nueva carta, al fin de la cual habia doce *anatematismos*, ó artículos, á los cuales debia suscribir el arzobispo de Constantinopla, si queria ser reconocido como ortodoxo. Mas este se resistió á obedecer, mostrándose mas terco que nunca. Esta pertinacia dió lugar á la convocacion del tercer concilio general, que se tuvo en Éfeso en 431, al que concurrieron doscientos obispos, siendo presidente san Cirilo á nombre del papa Celestino. La doctrina de Nestorio fué examinada y condenada, y como á pesar de hallarse en la ciudad elheresiarca se negase á comparecer, precedidas las tres citaciones juridicas, se pronunció contra él la sentencia de deposicion y se dió informe al emperador.

Seis dias despues llegaron á Éfeso Juan de Antioquía y otros catorce obispos del Oriente, protectores de Nestorio, los cuales, en vez de juntarse á los padres del concilio excomulgaron á san Cirilo y á todos los que seguian su partido. Reclamóse de ambos

lados al emperador, el cual dió órden para que se prendiese á san Cirilo y á Nestorio; pero á pesar de que el primero era inocente, fué peor tratado que el segundo, y aun faltó poco para que saliese desterrado; tal era la influencia que ejercia su enemigo en la corte. Felizmente llegaron á esta sazon los obispos Arcadio y Proyecto y el presbítero Felipe, legados del papa san Celestino, y los negocios tomaron otro giro mas favorable á san Cirilo. Informados plenamente estos legados de todo lo que se habia hecho, aprobaron la conducta de nuestro santo, declararon injusta su condenacion y confirmaron la de Nestorio. En fin la verdad recobró sus derechos; san Cirilo fué restablecido, los obispos cismáticos se reconciliaron con él despues de suscribir á la condenacion de Nestorio, y este se retiró al monasterio de Antioquía donde habia sido criado. Algun tiempo despues fué arrojado de allí por el emperador Teodosio, á instancias del patriarca Juan, porque no cesaba de dogmatizar; y, relegado al Oasis, en los desiertos del alto Egipto, murió sin haber retractado su doctrina impía. El nestorianismo sobrevivió á su autor, y todavía subsiste en el Oriente.

Vuelto á Alejandría, se aplicó Cirilo el resto de su vida á llenar con fervor los deberes del episcopado, á conservar en toda su pureza el precioso depósito de la fe, y á restablecer y cimentar la paz que habia turbado la herejía. Ocupado en estas funciones, murió el 28 de junio del año 444. El papa san Celestino, que habia concebido de él la mas alta opinion, le dió los títulos de *defensor generoso de la Iglesia y de la fe*, de *doctor católico*, y de *varon verdaderamente apostólico*. Los griegos honran su memoria el 18 de enero y el 9 de junio. Las obras principales que tenemos de san Cirilo, son: 1° *la Adoracion en espíritu y en verdad*, en que explica alegórica y moralmente algunos pasajes del Pentateuco; 2° los libros llamados *Glafiros*, ó

explicacion alegórica de las historias referidas en el Pentateuco; 3° *los Comentarios sobre Isaías, los doce profetas menores y el evangelio de san Juan;* 4° el libro titulado *el Tesoro*, á causa de las sublimes verdades que encierra, contra los arrianos; 5° el libro *sobre la santa y consustancial Trinidad, y sobre la encarnacion;* 6° los tres *Tratados sobre la fe; 7° los cinco libros contra Nestorio;* 8° *los doce Anatematismos*, de que ya hemos hablado, y *las dos apologías* de aquellos mismos; 9° el libro *contra los Antropomorfitas*, que daban á Dios un cuerpo humano; 10° los diez libros *contra Juliano el Apóstata;* 11° *las Homilias sobre la Pascua*, y muchas cartas.

Tuvo san Cirilo una grande devocion al misterio de la encarnacion, al sacramento de la eucaristía, y á la santísima Vírgen, á quien en el libro 4° contra Nestorio dirige estas bellas palabras, que no podemos menos de trascribir: « Yo os saludo, María, madre » de Dios, tesoro venerable de todo el universo, lám» para que no se apaga, brillante corona de la virgi» nidad, cetro de la buena doctrina... Yo os saludo, » á vos que en vuestro seno virginal habeis encerrado » al Inmenso y al Incomprensible; á vos por quien la » santa Trinidad es adorada y glorificada; á vos por » quien la cruz preciosa del Salvador es exaltada por » toda la tierra; á vos por quien ha victorias el cielo, » se alegran los ángeles, se ahuyentan los demonios, » vencido es el tentador, alzada es al cielo la criatura » culpable, y el conocimiento de la verdad se esta» blece sobre las ruinas de la idolatría; á vos por quien » los fieles alcanzan el bautismo y son ungidos con el » aceite de la alegría; por quien son fundadas todas » las iglesias del mundo y guiadas las naciones á la » penitencia; á vos en fin por quien el Hijo único de » Dios, que es la luz del mundo, ha esclarecido á los » que estaban sentados en las sombras de la muerte. »

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, la segunda fiesta de santa Inés.

En la misma ciudad, san Flaviano, que sufrió la muerte bajo Diocleciano.

En Apolonia, los santos Tirso, Leucio y Calinico, que despues de haber sido probados con muchas maneras de tormentos, consumaron su martirio en tiempo del emperador Decio: el primero y el último fueron decapitados; Leucio rindió su espíritu en el momento que le llamó una voz del cielo.

En la Tebaida, san Leónida y compañeros, que obtuvieron la palma del martirio en tiempo de Diocleciano.

En Alejandría, la conmemoracion de muchos santos mártires, que, habiendo sido sorprendidos en la iglesia, en el momento en que celebraban los divinos misterios, sufrieron diversos géneros de muerte por la faccion de un jefe de soldados, de la secta de los arrianos, llamado Siriano.

El mismo dia, san Cirilo, obispo de Alejandría, el cual, despues de haber sido uno de los mas generosos defensores que haya tenido la fe católica, y haberse distinguido por su ciencia y santidad, murió tranquilamente.

En Zaragoza, san Valerio, obispo.

En Cuenca en España, la fiesta de san Julian, obispo, el cual repartiendo á los pobres las rentas de su iglesia, y viviendo del trabajo de sus manos á ejemplo de los apóstoles, descansó en paz, siendo ilustre por sus milagros.

En el monasterio de Reomay (1), la muerte de san Juan, presbítero, varon de Dios.

En Palestina, Santiago, ermitaño, el que, para hacer

(1) Es la abadía llamada Moustier-Saint-Jean, en la diócesis de Langres.

penitencia de una falta que habia cometido, vivió por mucho tiempo encerrado dentro de un sepulcro; esclarecido despues con muchos milagros, fué á gozar de la presencia de Dios.

La misa es en honor de san Valerio, y la oracion es la siguiente.

Omnipotens sempiterne Deus, qui sacram beati Valerii confessoris tui atque pontificis solemnitatem hodierna die venerari voluisti: nos famulos tuos ab omni culpa liberos esse concede; ut ejus intercessione ad vitam perveniamus æternam: Per Dominum...

O Dios eterno y todopoderoso, que has querido que veneremos hoy la festividad sagrada de tu confesor y pontífice el bienaventurado Valerio; concédenos á tus siervos que seamos libres de toda culpa, para que por su intercesion lleguemos á la vida eterna: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 44 y 45 de la Sabiduria.

Ecce sacerdos magnus qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus, et in tempore iracundiæ factus est reconciliatio. Non est inventus similis illi qui conservaret legem Excelsi. Ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere in plebem suam. Benedictionem omnium gentium dedit illi, et testamentum suum confirmavit super caput ejus. Agnovit eum in benedictionibus suis: conservavit illi misericordiam suam, et invenit gratiam coram oculis Domini. Magnificavit eum in conspectu regum; et dedit illi coronam gloriæ. Statuit illi testamentum æternum, et dedit illi sacerdotium mag-

He aquí un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios, y fué hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliacion. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio: y le colmó de gloria para que

num, et beatificavit illum in gloria. Fungi sacerdotio, et habere laudem in nomine ipsius: et offerre illi incensum dignum, in odorem suavitatis.

ejerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

REFLEXIONES.

He aqui un sacerdote grande, que mientras vivió fué agradable á su Dios. De nada sirve, segun el lenguaje de las santas escrituras, el agradar á los hombres; solo se cuenta en el número de los buenos el que procura agradar á Dios. Si yo pensase en complacer á los hombres, decia el apóstol, no seria siervo de Jesucristo. El mismo Salvador dice expresamente á sus discípulos que no pueden agradar al mundo, porque no son del mundo; que si lo fueran, el mundo los estimaria: y si este divino oráculo debe verificarse respecto de cualquiera fiel imitador de Jesucristo, mucho mas se debe comprobar en sus ministros. La conducta de estos debe ser una continua censura de las máximas del mundo; deben reprender, argüir, corregir y enmendar todo género de delitos, á todas horas, en todas ocasiones; y con esto es imposible que pueda granjearse la estimacion del mismo mundo. La mayor prueba de la virtud de un sacerdote es el no hacer caso de los aplausos y elogios de los mundanos; antes bien debe despreciarlos y huir de ellos, como que son la polilla que roe los buenas obras.

Los mismos medios por donde se busca muchas veces la estimacion del mundo, son los que mas desacreditan á los sacerdotes. Aun el seglar mas relajado entiende bastante de virtud y de moral para censurar en su interior la conducta de un eclesiástico. Cualquiera sabe que todo el que pretende un beneficio ó una dignidad eclesiástica se hace indigno de ella por el mismo hecho de pretenderla: y bajo este principio, ¿qué juicio deberá formar de las bajezas, de las indig-

nas sumisiones y de los infames artificios con que se solicitan los puestos de la Iglesia? Todos saben que la caridad y el desinterés son las virtudes características de los sacerdotes, y se escandaliza altamente cuando ven que las rentas eclesiásticas tienen un destino muy ajeno de su naturaleza é instituto. Todos conocen que el mérito, la virtud y la ciencia deben ser la única y la mayor recomendacion del ministro de la Iglesia; que debe ser el espejo en que se miren los seglares; que deben recurrir á él para pedirle consuelo en sus trabajos, consejo en sus dudas y doctrina para el régimen de sus conciencias. Pero hallan tal vez un sacerdote distraido, ocupado únicamente en los negocios é intereses del siglo, que no sirve sino de gravámen á la Iglesia, que huye del trabajo á que le obliga su ministerio, y que es mas ignorante en la ciencia de la Religion que ellos mismos. Por eso se queja amargamente san Gregorio del daño que ocasionan á los fieles aquellos sacerdotes que, habiéndolos destinado Dios para la correccion de los demás, son ellos mismos ejemplo de corrupcion. Cuando pecan los que debieran contener y refrenar á los pecadores, cuando no buscan el interés de las almas que se les han confiado sino el suyo propio, cuando, por verse superiores á los demás, se toman la libertad de vivir como se les antoja; por mas que piensen agradar al mundo, imitando sus modales, manifestando un aire de vanidad que los equivoca con los mismos mundanos, solo pueden conseguir que el mundo los abomine, y que Dios los aborrezca. Un sacerdote ejemplar no puede menos de ser amado de Dios y de los hombres: estos hacen justicia al mérito de la virtud, aun cuando está en contradiccion con sus relajaciones y costumbres; pero no pueden llevar en paciencia que se les parezcan los que han hecho profesion de no imitarlos.

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam peregre proficiscens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua. Et uni dedit quinque talenta, alii autem duo, alii vero unum, unicuique secundum propriam virtutem, et profectus est statim. Abiit autem qui quinque talenta acceperat, et operatus est in eis, et lucratus est alia quinque. Similiter, et qui duo acceperat, lucratus est alia duo. Qui autem unum acceperat, abiens fodit in terram, et abscondit pecuniam domini sui. Post multum vero temporis venit dominus servorum illorum, et posuit rationem cum eis. Et accedens qui quinque talenta acceperat, obtulit alia quinque talenta, dicens: Domine, quinque talenta tradidisti mihi, ecce alia quinque superlucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam, intra in gaudium domini tui. Accessit autem et qui duo talenta acceperat, et ait: Domine, duo talenta tradidisti mihi, ecce alia duo lucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam, intra in gaudium domini tui.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Un hombre que debia ir muy lejos de su pais, llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á otro dos, y á otro uno, á cada cual segun sus fuerzas, y se partió al punto. Fué, pues, el que habia recibido los cinco talentos á comerciar con ellos, y ganó otros cinco: igualmente el que habia recibido dos, ganó otros dos; pero el que habia recibido uno, hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas despues de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, y les tomó cuentas. Y llegando el que habia recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, hé aquí otros cinco que he ganado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llégo tambien el que habia recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, hé aquí otros dos mas que he granjeado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

MEDITACION.

SOBRE LA LIMOSNA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay remedio mas seguro para nuestra santificacion y para nuestra justificacion, si somos pecadores, que el que nos ofrece Dios en la limosna. ¿Eres justo y quieres aumentar la santidad? pues es un excelente medio la limosna; porque todas tus obras son tanto mas agradables al Señor, cuanto son nacidas de una mayor santidad; y se debe convenir en que aquellas obras en que damos á Dios mayor honor y gloria, son tambien las mas propias para santificarnos. ¿Qué es pues lo que haces cuando socorres á tu hermano necesitado? Reconoces del modo mas solemne el soberano dominio de tu Dios; y la obediencia que en esto protestas á su suprema autoridad eleva infinitamente el precio de la limosna. Este Dios santo te manda distribuir tus bienes con aquellos á quienes la Providencia ha querido privar de ellos. Son tan terminantes sus órdenes en este punto, que no admiten réplica ni interpretacion. Bien sea que des limosna por tu natural inclinacion, ó ya tengas que vencer para ello tu codicia, das no obstante á Dios las pruebas mas sensibles de sumision y de respeto; porque ó sacrificas á Dios tus pasicnes é intereses, ó bien te haces un santo hábito á respetar sus intenciones y designios, y ofreces en ello al Señor un debido sacrificio de alabanza. Persuadido á que Dios es el árbitro supremo de todos los bienes que de su mano has recibido; que su solo poder y voluntad es el que fecunda ó esteriliza los campos, le reconoces como al primer propietario de tus bienes. Miras entonces al pobre como á un substituto de Dios para el cobro del tri-

buto que le debes, y te miras á tí mismo como dispensador de aquellos bienes que la Providencia puso á tu cuidado, testificando juntamente tu propia indigencia á los ojos de tu Dios: y este obsequio es tanto mas grato y sincero, cuanto es menos violento y mas conforme al designio de Dios en enriquecerte.

Porque ¿qué otro fin pudo proponerse la eterna sabiduría en llenar á unos de bienes, dejando á otros sumergidos en la miseria y confundidos con el polvo de la tierra? No otro que el que dice el apóstol; á saber, que la abundancia del rico supla la indigencia del pobre. Así se conserva en el mundo aquella mutua dependencia que hace que el rico necesite de los trabajos del pobre, y el pobre halle de que subsistir en los socorros del rico. Esta misma desigualdad es la que conserva el órden, la subordinacion y la dependencia que á cada uno corresponde; admirable disposicion por cierto de la divina Providencia, cuya equidad y sabiduría hace ver al rico caritativo.

Blasfema un impío de la Providencia, y atribuye al capricho de la fortuna la desigualdad que se observa en la reparticion de los bienes de la tierra. ¿Dónde está, dice, el Dios de estos hombres abandonados é infelices? Si el mismo Dios es el que ha criado al pobre y al poderoso, ¿porqué esta acepcion de personas? Si él es y se llama Padre de los pobres, ¿porqué los deja combatir contra su mala fortuna? El pobre mismo maldice tambien la mano divina que le ha formado; se olvida del Dios que le sostiene, y le hace autor de los males que le oprimen. Pero dame un rico caritativo, y este hará convenir al impío en que hay un Dios que cuida de las necesidades de los que le invocan; un Dios rico en misericordias para todos los que se llaman sus hijos. Un rico limosnero justificará la providencia en el espíritu de los pobres, mucho mejor que lo pudieran hacer los mas sólidos razonamientos.

Nada harás con exhortar á un pobre á la confianza en aquel Dios que no se olvida de las aves del campo, en vano le predicarás que se conforme con las disposiciones divinas; todos tus discursos no harán impresion en su alma grosera mientras se ve morir en el seno de la necesidad y la indigencia. Pero cuando un nuevo Elías multiplica el pan de esa viuda desamparada; cuando el pobre ve que sin pensarlo se halla socorrido, entonces esta inopinada limosna triunfa de su poca fe; entonces tus exhortaciones hallan en él un corazon dócil y bien dispuesto, y se ve precisado á confiar en aquel Señor que le socorre. De manera, que con sola esta limosna puedes remediar muchas necesidades. Pero ¿piensan así esos ricos indolentes, á quienes nada basta para satisfacer sus pasiones, y que nada tienen mas olvidado que la miseria de los pobres?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que á pesar de las terribles maldiciones con que Jesucristo nos ha hecho tan temibles las riquezas, se convierten en fuentes inagotables de gracia y de bendicion para el rico que sabe hacer de ellas el uso que las corresponde. Las riquezas pueden librarte de los escollos en que suele naufragar la salvacion de los poderosos. La irreligion, la indolencia, el ocio, la molicie, la soberbia y la codicia, vicios tan ordinarios, y casi connaturalizados con las riquezas, ya no hallan cabida en el corazon del rico misericordioso. Aquella iniquidad universal que sale del seno de las riquezas, se hace para el rico un medio seguro de felicidad; porque, como dice Dios, todo se hace puro y santo para el que diere liberalmente sus bienes á los pobres. La caridad, que es la que da mérito á todas las virtudes, releva infinitamente el precio de la limosna, y cubre así la multitud de los pecados; porque ¿cómo podrá Dios negar su misericordia al que ve

sensible á las miserias de sus semejantes? Aun cuando tuviese armado contra tí el rayo de su ira para perderte, se le arrancaria de las manos la misericordia que ejercitas con el pobre.

Si adviertes tambien que el pobre á quien socorres es hermano tuyo, redimido con la misma sangre del Cordero inmaculado, unido con la misma fe y esperanza, hijo de la misma Iglesia y coheredero de la misma gloria, hallarás otros tantos motivos de piedad para compadecerte de su desgracia. Pero mas que todo esto debe determinarte la consideracion de que *no es precisamente un hombre á quien socorres*; este pudiera serte ingrato, y pagarte con injurias el beneficio que le haces: es el mismo Jesucristo quien da por recibida en su persona la limosna que das al pobre necesitado. ¿Y podrás dudar de su bondad ó de su liberalidad para premiarte el bien que le haces en la persona de sus miembros indigentes?

Un vaso de agua que des al pobre, es lo mismo que si lo dieses al mismo Jesucristo que viniese á pedírtelo en persona. Esta es una verdad de fe tan cierta como cualquiera de los artículos de creencia de nuestra religion; pero si se creyese como es debido, ¿se verian tantos pobres, y extremamente necesitados entre los cristianos? ¿habria un cristiano, por duro y cruel que fuese, que se atreviera á negar una limosna al mismo Jesucristo si se la pidiese? No es creible. Con todo, perece de hambre el mismo Jesucristo en la persona de sus pobres.

Aun cuando no te mueva tu propio interés en la limosna, debe moverte la consideracion de los muchos bienes que puedes causar, y de los males que puedes evitar con ella en tus hermanos. Tal vez mantienes en la debida sumision á un hombre que, cansado de arrastrar las tristes cadenas de su infortunio, estaba ya á pique de acabar su vida en la desesperacion mas

horrorosa. Tal vez conservas en la inocencia una castidad vacilante, que, no pudiendo resistir á los duros golpes del hambre, reunidos muchas veces con las mas vivas é importunas solicitaciones, siente á un tiempo mismo el rigor de la miseria y el riesgo del honor y de la conciencia. ¡Cuenta, si puedes, en este caso los pecados que evitarias con sola una limosna! Consuelas acaso á unos miserables, que, bajo el peso de los males que los oprimen, no saben si deben llorar mas la privacion de los bienes de fortuna, ó la conservacion de su vida moribunda; á unos miserables, que, unidos por los vínculos mas estrechos de la sangre á otros tan infelices como ellos, añaden al dolor de su propio tormento el de ver padecer á aquellos que mas aman. Por cortas que sean tus limosnas, sostienes la confianza del pobre, enjugas sus lágrimas, y derramas en su pecho una felicidad que le anima y le fortalece.

¡O gran Dios, y qué á poca costa y facilísimo me habeis hecho el medio de salvarme! Es vuestro sin disputa todo lo que tengo, y me premiais como si hiciese una gran cosa cuando os vuelvo lo que de vos he recibido. Ahora quisiera yo tener riquezas inmensas para ponerlas á ganancia en vuestros pobres. Dadme, mi Dios, esta santa codicia, y apartad de mí la que es orígen de todos mis delitos.

JACULATORIAS.

Jucundus homo qui miseretur et commodat. Salm. 111.

¡Qué agradable á Dios es el que tiene misericordia con los pobres!

Beati misericordes, quoniam ipsi misericordiam consequentur. Matth. 5.

Bienaventurados los misericordiosos con los pobres; porque tambien Dios tendrá misericordia de ellos.

PROPOSITOS.

1. Cuando por un error tan perjudicial como grosero llegues á persuadirte que solo has de dar limosna de lo que te sea absolutamente superfluo, acabaste de una vez con esta obligacion indispensable. Será preciso entonces que la recibas tú, y la pidas al pobre mas necesitado. Serán tantas y tan urgentes las necesidades que te ocurran para decir que nada te sobra, que sola su enumeracion podrá mover á lástima; y no habrá mendigo que pueda contar otras tantas. Juzgarás necesario el mantener un lujo ruinoso, para no desdecir de tus iguales, ó excederlos, si lo permiten tus rentas. Tendrás por necesario el aventurar á la suerte en un juego gruesas sumas con que pudieran subsistir muchas familias; tendrás por indispensable adornar y enriquecer esos ídolos del deleite que merecen tus adoraciones, y este es un fuego que nunca dice: basta. Será necesario sujetarte al capricho de la moda, y pagar á precio exorbitante una bagatela que de nada te sirve, y acaso te incomoda; ¿y hallarás un solo pobre que exagere tanto sus necesidades? No tiene límites la codicia; y si el mundo todo se empeñase en enriquecerte, nunca te sobraria cosa alguna para el pobre. La dureza de los ricos y sus locas profusiones son las que multiplican los pobres en el pueblo; y aunque muchas veces la Providencia se complace en llenar de bienes á los pobres, y privar de ellos á los ricos, ninguno piensa que esto haya de pasar por él: ponen su confianza en los tesoros, y aquella es tanto mayor, cuanto estos se aumentan cada dia con lo que se usurpa al necesitado.

2. No dejes de hacer la limosna que pudieres, segun tu estado y condicion; y para que tengas una regla segura que te enseñe como debes portarte con el pobre, ponte en lugar suyo, y mira como quisieras tú

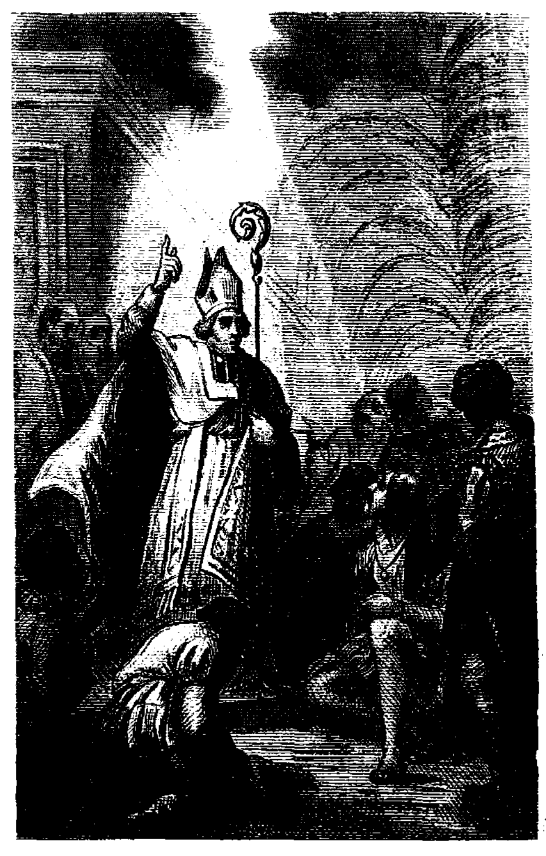
ser tratado por el rico. Así verás fácilmente cuántos medios te suministra esta sola diligencia para el socorro de los pobres. Si yo fuera pobre, no necesitaba de tantos platos en mi mesa; pudiera pasar muy bien y sin indecencia en mi trato, sin estos muebles que he comprado solo por seguir la moda. ¿Cuántas cosas tengo en mi casa que son de puro lujo, de ninguna utilidad, y que si se quiebran ó se rompen me causan un grave sentimiento? ¿Y no estaria mejor empleado todo esto en manos de los pobres? ¿No tendria yo la dulce satisfaccion de haberlos socorrido, y haberme ahorrado un disgusto, que será mucho mayor que el simple placer de poseerlo? ¿Qué utilidad me trae, por ejemplo, este grandioso espejo que me costó tantos doblones, y que por un leve acaso puede hacerse mil añicos? ¿No me seria mejor haber empleado su importe en remediar á algunos pobres que hoy y siempre rogarian á Dios por mí, y tendria yo el consuelo de haber hecho una accion tan meritoria, y de que jamás debiera arrepentirme? ¿Pensaré del mismo modo á la hora de mi muerte cuando haya de dejar por fuerza todas mis riquezas?

DIA VEINTE Y NUEVE.

SAN FRANCISCO DE SALES,

OBISPO Y CONFESOR.

San Francisco de Sales, ilustrísimo por su nacimiento, como hijo de una de las mas nobles y mas antiguas casas de Saboya, celebérrimo por su piedad y por su celo, apóstol de estos últimos tiempos, uno de los mas bellos ornamentos de la dignidad episco-



S. FRANCISCO DE SALES.

pal, y uno de los mayores santos de la Iglesia, nació en el castillo de Sales del ducado de Saboya el dia 21 de agosto del año 1567.

La condesa su madre, que era de la ilustre casa de Sionas, quiso encargarse por sí misma del cuidado de su primera educacion, y de formarle en la virtud desde sus primeros años. Las buenas disposiciones del hijo hicieron desde luego eficaces los piadosos desvelos de la madre. En su niñez, no gustaba de otros entretenimientos que de aquellas devociones serias que son propias de la edad mas adelantada y mas madura. La compasiva ternura con que miraba á los pobres en una edad tan poco sensible á las miserias ajenas, fué un presagio de la extraordinaria caridad que habia de tener despues. No se contentaba con repartir entre ellos cuanto le daban á él para sus inocentes juegos, sino que en no teniendo otra cosa que darles, se quitaba algo de su propia comida para socorrerlos.

Los progresos que hizo en las ciencias correspondieron á los que ya habia hecho en la virtud. Era de ingenio vivo, sólido, penetrante, claro y naturalmente culto y despejado; poseia una elocuencia nada comun, y estaba dotado de una memoria feliz. Estos grandes talentos le hicieron despues uno de los mas sabios y de los mas santos prelados de la Iglesia.

Enviáronle sus padres á París al colegio de los padres de la compañía de Jesus, que le recibieron manifestándole aquel buen concepto que se formaba de él en cualquiera parte donde se presentase. Estudió filosofía y teología, siendo su maestro el sabio padre Maldonato, y aprendió las lenguas hebrea y griega, enseñándoselas el famoso Genebrardo.

Pero aunque adelantaba mucho en todas estas ciencias, adelantaba mucho mas en la importantísima de la salvacion. El único descanso que tenia

para respirar de las tareas del estudio era entregarse á ejercicios de virtud; tanto, que ya desde entonces fué menester tirar de la rienda á su fervor.

Considerando los grandes medios que hay en las congregaciones de la santísima Vírgen erigidas en los colegios de los padres jesuitas, no solo para conservar la inocencia, sino para hacer grandes progresos en la perfeccion, quiso entrar en una de ellas. Por su piedad fué en breve el primero entre aquella juventud edificativa; y no es fácil decir el mucho provecho que produjeron sus buenos ejemplos. Comulgaba cada ocho dias; tres en la semana traia cilicio; y queriendo consagrarse á Dios mas perfectamente, hizo voto de perpetua castidad delante de una imágen de la santísima Vírgen en la iglesia de san Estévan.

No podia sufrir el enemigo comun tanta inocencia y tanto fervor en un jóven de tan tierna edad, y le acometió con una tentacion que era la mas capaz de trastornarle. Sugirióle con la mayor viveza que en vano se fatigaba, puesto que era del número de los precitos, y que así, hiciese lo que hiciese, infaliblemente se condenaria. El horror del infierno, el considerarse en el infeliz estado de los réprobos, el espanto y turbacion que esto le causó, le llenó de una melancolía tan profunda, que poco á poco le iba consumiendo; hasta que fijando un dia los ojos en un retrato de la santísima Vírgen, la dijo con extraordinario fervor y ternura: Señora, si es tanta mi desdicha que he de ser condenado, y he de estar en la desgracia de mi Dios despues de mi muerte, á lo menos quiero tener el consuelo de amarle con todo mi corazon por todos los dias de mi vida. Esta oracion tan devota y tan ajena de los sentimientos que suele tener una alma réproba, disipó las nubes, confundió al demonio y restituyó la tranquilidad á su corazon.

Habiendo acabado sus estudios en París, pasó de órden de sus padres á la ciudad de Padua á estudiar en aquella célebre universidad la jurisprudencia, bajo el magisterio del famoso Pancirola. Escogió luego por director de su conciencia al padre Posevino; y conociendo este insigne jesuita en aquel jóven un corazon segun el corazon de Dios, se aplicó con el mayor empeño á proporcionarle, disponerle y habilitarle para las grandes empresas á que concibió tenia Dios destinada aquella alma verdaderamente grande.

Envidiosos los condiscípulos del joven conde de la universal estimacion que se habia adquirido, probaron tentar su virtud, y armaron á su pureza un terrible lazo. Con cierto honrado pretexto que fingieron, le llevaron á casa de una dama cortesana, que á los principios se fingió muy virtuosa y muy devota, y le dejaron solo con ella. Lidió algun tiempo contra sus artificios y contra su desenvoltura, y fué tan violento el combate, que al fin no tuvo otro medio para salir del peligro, que tirarla á la cara un tizon que encontró á mano, y tomar la escalera con precipitada fuga. Hízole mas circunspecto esta victoria; y renunciando desde luego las malas compañías de la gente jóven, redobló sus penitencias.

Al volverse á Saboya quiso visitar la santa casa de Loreto, y en aquella celestial capilla recibió tales favores, y experimentó su alma tales consuelos en premio de la ternísima devocion que profesaba á la santísima Vírgen, que no siendo fácil imaginarlos, lo es mucho menos referirlos. Renovó en ella el voto de perpetua castidad que habia hecho en París, y la resolucion que ya tenia tomada desde Padua de abrazar el estado eclesiástico, como lo ejecutó luego que llegó á Anecy. Vacó por entonces la dignidad de preboste en la iglesia catedral, y fué provisto á ella á pesar de su humilde repugnancia. Ordenado de sacerdote solo

pensó en desempeñar con el mayor fervor las obligaciones de su dignidad y de su ministerio.

Era obispo de aquella iglesia Claudio Granier, que amaba tiernamente á Francisco, y le miraba ya como á su sucesor. Mandóle que predicase; y lo hizo con tanto espíritu y con tanta eficacia, que logró por fruto de su primer sermon trescientas conversiones grandes y ruidosas.

No es ponderable el gusto con que le oian, ni el fervor y la eficacia con que predicaba. Era voz comun que no habia obstinacion tan empedernida que pudiese resistir á su devocion en el altar, ni á su elocuencia en el púlpito. Andaba sin cesar de aldea en aldea y de choza en choza, instruyendo á innumerables pobres rústicos é ignorantes que vivian en el cristianismo casi sin conocerle; y sus primeras excursiones apostólicas ganaron tantas almas para Jesucristo, que así el obispo de Ginebra como el duque de Saboya le hicieron misionero del Chablais, no dudando que habia de ser su apóstol.

Luego que Francisco recibió su mision, marchó á buscar al enemigo, y sin acobardarle estorbos, trabajos ni peligros, fué á atacar á la herejía hasta en sus mismas trincheras. A vista de las iglesias arruinadas, de los monasterios asolados y de las cruces echadas por tierra, se derritió su ternura, y se dobló el aliento de su celo. Lleno de aquella santa intrepidez, y de aquella confianza que hacen el carácter de los héroes cristianos, entró por Tonon despreciando generosamente las befas, las irrisiones y los insultos de los protestantes. La paciencia, la modestia y la dulzura fueron las únicas armas de que se valió para resistir á los escarnios y á la malignidad de aquel furioso pueblo. Con esta moderacion y con los ejemplos de su vivísima virtud, se fueron domesticando aquellos ánimos feroces y aquellos corazones apóstatas. Habla,

y convence, y mueve; óyenle, y se convierten. Pónese en conmocion todo el partido protestante, y resuelven los ministros deshacerse de él. Avisado Francisco de sus intentos, no por eso se acobardó, antes bien se mostró mucho mas celoso, y con sola su presencia desarmó á los asesinos que iban á matarle. Cerráronle las posadas, y fuése á dormir al campo. A las violencias sucedieron las calumnias; divulgaron de él que era mago, hechicero y brujo, adelantando que le habian visto en las juntas nocturnas que se dice celebran estos en el sábado, danzando al rededor del demonio; pero nuestro santo desarmó á todo el infierno con su confianza en Dios y con su paciencia.

Teniendo noticia el baron deHermance de las conspiraciones que se fraguaban contra su vida, quiso darle una escolta para su defensa; pero Francisco no la admitió, diciendo que habia entrado en el Chablais como misionero, y como tal se habia de mantener en él. No pocas veces se veia en medio de la ciudad tan solo como si estuviera en el desierto, por las rigurosas penas con que los protestantes habian prohibido acompañarle, recogerle ni escucharle; pero no por eso dejaba de venir todos los dias á Tonon desde Alinges. Ni las lluvias, ni las nieves, ni los yelos, ni los vientos mas furiosos fueron nunca bastantes para estorbarle que se pusiese en camino. Algunas veces le pasaba el frio de manera, que se quedaba casi inmoble, y se veia en peligro de morir; pero nada de esto era capaz de reprimir ni aun de moderar su celo. Pasa noches enteras expuesto á la lluvia y al rigor de todos los temporales. Atraviesa arrastrando por un estrecho madero todo cubierto de yelo, para ir á enseñar á unos pobres paisanos recien convertidos que estaban de la otra parte de un arroyo bastante profundo. Ningun peligro le detiene, ningun riesgo le acobarda, todos los arrostra por la salvacion de aquel obstinado

pueblo. De esta manera fueron excesivos sus trabajos; pero tambien fueron inmensas sus conquistas. Volvieron á entrar en el seno de la Iglesia los bailiages de Gex, de Ternier y de Gaillard; todo el Chablais se convirtió, porque no habia resistencia ni á la fuerza de sus discursos, ni á la virtud de sus ejemplos. Y, por un milagro evidente en que andaba visible el dedo poderoso de Dios, aquel cordero rodeado de lobos, en manifiesto peligro de ser despedazado por ellos, con su prudencia, con su mansedumbre y con su piedad, convirtió á los mismos lobos en corderos.

Tuvo varias controversias; ocho ó diez veces ofreció disputar ó conferenciar con los sacerdotes protestantes sobre los puntos contestados: pero estuvieron tan lejos de aceptar la conferencia, que buscaron nuevos asesinos para quitarle la vida.

Extendióse por todas las cortes la fama de estas maravillas. Escribióle el papa un breve en que despues de haberse congratulado con él por los éxitos felices que lograba, le daba órden que pasase á Ginebra á conferenciar con Teodoro Beza. Recibiólo aquel famoso apóstata con grande honra, oyóle con gusto: confesóse convencido de sus razones, fué conmovido hasta derramar lágrimas; pero no se convirtió, porque dilató demasiado el convertirse: y despues de haber hecho á nuestro santo las mas bellas promesas, Beza murió apóstata en Ginebra.

Habia solo dos ó tres años que predicaba en el Chablais, y todo el Chablais estaba convertido. Volviéronse á levantar las cruces en todo el pais, reedificáronse las iglesias, restablecióse el culto divino, y todo esto era fruto de los trabajos apostólicos de nuestro Francisco. Cuando entró el santo en Tonon no habia mas que siete católicos en toda la ciudad, y ya pasaban de seis mil los nuevamente convertidos

dentro de ella. En los bailiages de Ternier, de Gaillard y de Gex se contaban mas de sesenta y dos mil. Esto hizo decir al célebre cardenal del Perron que, como no le pidiesen mas que convencer á los hugonotes, él se obligaba á hacerlo; pero que si se trataba de convertirlos, era menester enviarles á Francisco de Sales.

Ciertamente apenas se puede comprender como un hombre solo y en tan poco tiempo pudo hacer tantas maravillas, sin rendirse al peso de tantos trabajos. Predicaba muchas veces al dia, daba instrucciones particulares, tenia conferencias públicas, visitaba á los enfermos, buscaba á la gente mas pobre y mas desamparada en sus cabañas y en sus chozas, oia confesiones hasta muy entrada la noche, administraba los sacramentos á los moribundos, asistia á los entierros; en fin, á ningun oficio perdonaba su cuidado, á todo se extendia su celo; y media su caridad con las necesidades, y no con la calidad de las personas, haciéndose todo á todos para ganarlos á todos.

Tal era san Francisco de Sales cuando el obispo de Ginebra le deseó y le pidió para su coadjutor. Lo único que hubo que vencer fué la resistencia del santo; pero al fin le obligaron á obedecer, y se vió precisado á ir á Roma. Recibióle el papa Clemente VII como apóstol del Chablais; admiróle como á uno de los prelados mas sabios de su tiempo, y le honró como á uno de los mayores santos que habia entonces en la Iglesia. Asistió el mismo pontífice á su exámen; y habiendo sido testigo de sus extraordinarios talentos, se levantó de su silla, abrazóle tiernamente, y le dijo estas misteriosas palabras de la sagrada escritura: *Bebe, hijo mio, de las aguas de tu cisterna, y de la fuente de tu corazon; y haz que la abundancia de tus aguas se derrame por todas las plazas públicas, para que todos puedan beber y saciar su sed.* Declaróle despues el papa por

obispo de Nicópolis, coadjutor y sucesor del obispo de Ginebra.

Apenas volvió Francisco á Saboya, cuando los negocios de la Religion le precisaron á pasar á París. Allí fué recibido de Enrique IV y de toda la corte, con aquel respeto y con aquella veneracion que sigue á la virtud, y acompaña siempre á la santidad. La estimacion y la confianza con que el rey le trató, y los públicos testimonios que dió de ella, fueron ocasion de que le levantasen una calumnia. Pretendieron hacerle sospechoso con el rey; pero presto se justificó plenamente, y la malignidad de los envidiosos solo sirvió para que creciese el amor y el concepto que ya tenia aquel monarca de san Francisco de Sales. Ofrecióle el rey beneficios y pensiones, y llegó á brindarle con el obispado de París; pero todo lo agradeció cortesanamente, y todo lo renunció con noble desinterés. Esta generosa prenda, su piedad, su dulzura, y sus gratísimas modales encantaron á toda la corte. Predicó delante de ella; pero ¡con qué felicidad, con qué éxito! Las maravillosas conversiones que logró fueron fruto de los asombrosos ejemplos que dió en todo. Consiguió decreto del rey para que se volviese á establecer la religion católica en el bailiage de Gex, cuya solicitud habia sido el principal motivo de su viaje á la corte.

Cuando volvia á su iglesia recibió en el camino la noticia de la muerte de su predecesor. Preparóse para su consagracion con algunos dias de retiro, y en aquella augusta ceremonia recibió con la plenitud del sacerdocio la plenitud del espíritu de Dios.

El nuevo carácter añadió nuevo lustre á su virtud. Quiso visitar desde luego su obispado, é hizo á pié toda la visita. No hubo choza, ni tan escondida en los valles, ni tan elevada en los riscos, que se huyese á las fervorosas fatigas de su celo. Pasó por medio de la

ciudad de Ginebra á cara descubierta, sin esconderse ni disimularse. Fué árbitro de todas las contiendas. ¡Con qué prudencia, con qué felicidad manejó los importantísimos negocios que le encomendaron los sumos pontífices! Como ángel de paz, ajustó las disensiones que habia entre el archiduque y el clero del Franco Condado; como legado de la santa sede, reformó las abadías de Taloires, de Abundancia, de Puitdorbe, de santa Catalina y de Six; como buen pastor, apacentó sus ovejas con el pan de la divina palabra, y expuso cien y cien veces su vida por su salvacion, mereciendo mil bendiciones del cielo para toda su diócesis.

Crecia por instantes su fama. Los príncipes se competian unos à otros en darle los mas ilustres testimonios de su alta estimacion. No quiso admitir muchas ricas abadías con que le brindó Enrique IV, y renunció el capelo de cardenal que le ofreció Leon XI. Paulo V le mandó que dijese su sentir sobre la famosa controversia de *Auxiliis*. De todas partes le consultan como á oráculo de su siglo; y lo que pareceria increible, si la experiencia no hubiera mostrado lo contrario, esta multitud de ocupaciones tan graves, que las menores bastarian para rendir el celo de los mas infatigables prelados, no le estorbaron predicar muchas cuaresmas en Anecy, en Grenoble, en Chamberi, ni retirarse todos los años á ejercicios al colegio de la compañía de Jesus.

Al mismo tiempo que el santo obispo comunicaba á todas partes los ardores de su celo, tuvo noticia de que le habian acusado ante su santidad de poco vigilante en desterrar de su obispado los libros heréticos ó de doctrina sospechosa, suponiendo que eran buscados con solicitud y leidos con perniciosa curiosidad por los católicos nuevamente convertidos. Y aquel santo, todo mansedumbre, que hasta entonces

no habia manejado mas armas que las de una invicta paciencia para rebatir los golpes de la calumnia, que ciertamente en nada le perdonó, mostró en aquella ocasion por la vivacidad vigorosa con que se justificó, el horror con que miraba tan perniciosa negligencia.

Su celo por la salvacion de las almas era inmenso; pero quiso en cierta manera hacerle eterno, componiendo aquel excelente libro de la *Introduccion á la vida devota*, que él solo, en sentir de los mayores hombres, vale por cuantos libros espirituales se han escrito, habiendo merecido los mas significativos elogios de las naciones, de los monarcas, y de los mismos vicarios de Jesucristo.

Apenas salió á luz esta admirable obra que llevaba la reformacion general de las costumbres y la devocion en todos los estados, cuando cierto predicador violento, indiscreto y precipitado, comenzó á declamar furiosamente contra ella, calificándola de relajada, y llegando á tanto exceso su pasion, que la quemó públicamente en el púlpito. Contaron al santo este suceso; y todo su resentimiento se redujo á decir: *que deseaba tan abrasado en el fuego del amor de Dios el corazon de aquel padre, como su libro lo habia sido en las llamas.*

Pero ninguna empresa fué mas digna de aquella grande alma, ninguna pudo ser mas útil á toda la Iglesia, que la fundacion del orden de la Visitacion, que se puede llamar una de las mas nobles porciones del rebaño de Jesucristo, y uno de los mas bellos ornamentos de su Iglesia.

El dia seis de junio del año 1610, en que ce celebraba la fiesta de la santísima Trinidad, la célebre señora Chantal, hija del señor Fremiot, presidente de nala en el parlamento de Dijon, justamente con la señorita Faure, hija del primer presidente de Saboya, y con la virtuosa señoria de Brechar del Nivernois,

dieron principio, bajo la direccion de san Francisco de Sales, á este nuevo instituto, que parece encerrar en sí lo mas perfecto y lo mas sobresaliente que contienen todos los demás, y florece hoy en la universal Iglesia con tanta edificacion como admiracion de los fieles. Despues que el santo fundador confesó y dió la comunion á aquellas sus nuevas hijas, las dió tambien unas reglas llenas de prudencia, discrecion y dulzura, en las cuales toda la perfeccion cristiana, como reducida á arte, viene á ser el fruto de una vida tranquila y suave. Es este santo órden, obra grande de nuestro santo, que se halla hoy dia difundido con tanto esplendor por todo el mundo, y que despues de un siglo conserva todo el fervor de su primitivo espíritu, contando mas de seis mil y seiscientas esposas de Jesucristo, que edifican á la Iglesia con sus ejemplos, y son digno objeto de la admiracion de los pueblos con sus religiosas virtudes.

Poco tiempo despues compuso aquel admirable libro de la *Práctica del amor de Dios*, que el papa Alejandro VII llamaba *libro de oro*, y del cual han hecho elevadísimos elogios los mas ilustres prelados. *En la* Introducion á la vida devota (dice el célebre obispo de Vence, el señor Godeau), *Francisco es un ángel que guia los Tobías pequeñuelos por el camino y por la peregrinacion de esta vida; en el tratado del* Amor de Dios *es un abrasado serafin que pega el fuego del amor celestial al corazon de los perfectos. Este enseña á volar; aquel, á caminar por las sendas del Evangelio con modo sencillo, pero sólido y seguro: el uno da el pan de los fuertes á las almas fuertes: el otro nutre con suavísima leche á los que no son capaces de alimento mas robusto.*

Otras muchas obras devotas dió á luz san Francisco de Sales, llenas todas de igual solidez y de aquella divina uncion que solo el Espíritu Santo es capaz de

derramar. Por eso el papa Alejandro VII, en la bula de su canonizacion, declara que los saludables escritos de este santo son hachas encendidas que introducen la luz y pegan fuego á todos los miembros del cuerpo místico de la Iglesia.

El año de 1622 recibió Francisco órden de su soberano el duque de Saboya, para pasar á Aviñon á unirse con el príncipe y la princesa de Piamonte. Desde Aviñon pasó á Leon de Francia, donde á la sazon se hallaba el rey cristianísimo Luis XIII, con toda la corte, de quien recibió singulares honras, y especiales demostraciones de aprecio y de veneracion. Por su parte correspondió tambien con nuevas pruebas de celo y de respeto. Aunque se hallaba con la salud bastante quebrantada, predicó en la iglesia del colegio de la compañía de Jesus, y se dedicó á todo género de buenas obras, hallándole pronto cuantos le buscaban para su consuelo y para su alivio en las necesidades espirituales.

El dia de navidad dió el hábito de la Visitacion á dos doncellas, predicó sobre el misterio del dia, y tuvo varias piadosísimas conferencias con la comunidad. Al amanecer del dia de san Juan sintió que se le debilitaba la vista, y se le iban disminuyendo las fuerzas, mas no por eso dejó de celebrar aquel dia. Luego que dió gracias, fué á visitar al duque de Nemurs para interceder por aquellos mismos oficiales del ducado de Ginebra que tanto le habian dado en que merecer; y no se retiró hasta que les consiguió el perdon. Por la noche cayó en una especie de deliquio, que presto se declaró en apoplejía.

Apenas se divulgó en la ciudad su peligro, cuando todos concurrieron á visitarle. Los primeros que llegaron fueron los jesuitas del colegio de san José; y luego que los vió el santo, les dijo con el mayor agrado: *Padres mios, ya ven que en el estado en que*

me hallo solo tengo necesidad de la misericordia de mi Dios. Implórenla por mí, y para mí, que yo todo lo espero de su bondad. Mucho tiempo ha que tengo hecho al Señor sacrificio de mi vida. En fin, el dia 28 de diciembre del año de 1622, fiesta de los santos Inocentes, este insigne prelado, reverenciado de los pueblos, honrado de los príncipes, amado de los vicarios de Jesucristo, y lo que es mas admirable, respetado hasta de los mismos herejes, de quienes era el mayor azote, rindió á Dios su espíritu inocente y puro, con aquella misma tranquilidad con que habia vivido. Murió á las ocho de la noche en el cuarto del hortelano de la Visitacion á los cincuenta y seis años de su edad, y á los veinte de su obispado.

Abrieron el santo cuerpo para embalsamarle, y con esta ocasion se reconoció que aquella grande dulzura, que tanto admiraron todos, no era natural á su genio; pues que se le encontró la hiel endurecida y petrificada, dividida en muchos y muy consistentes pedacillos, por la continua violencia que se habia hecho para reprimir la cólera á que naturalmente estaba sujeto.

Luego que se esparció la noticia de su muerte, fué extraordinaria la conmocion y el concurso de todo el pueblo. Condújose el santo cadáver á Anecy con pompa digna del mérito del santo, y correspondiente á la celosa veneracion con que todos le miraban. Dióselc sepultura en la iglesia del primer convento de la Visitacion; y su corazon, que hoy dia se venera entero engastado entre dos corazones de oro, quedó en Leon de Francia en el célebre convento de la Visitacion, que está en Belle Cour, y fué fundacion del mismo santo y de la ilustre madre Chantal, el año de 1615, poco tiempo despues que se fundó el de Anecy: disponiendo la divina Providencia que despues de muerto se quedase su corazon con aquellas hijas á quienes habia tenido mas dentro de él cuando vivo.

Hallándose en Leon el rey Luis XIII, el año de 1630, y habiendo caido enfermo, deseó su majestad ver el corazon de san Francisco de Sales, el cual le trajo su confesor. La curacion pronta y milagrosa del rey contribuyó mucho para que creciese la devocion que ya se tenia al santo. Aquel grande y piadoso monarca mandó hacer, en testimonio de su reconocimiento, una urna de oro, donde se reservase aquella preciosa reliquia. Algunos años antes de su canonizacion, habiendo recibido por medio de ella semejante favor el duque de Mercur, su madre la duquesa de Vandoma mandó fabricar otra grande caja de oro, donde estuviese cerrado todo el relicario.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Leon de Francia, san Francisco de Sales, obispo de Ginebra, y confesor, del cual se hace memoria el dia veinte y ocho de diciembre.

En Roma, sobre la via de Nomento, los santos mártires Papias y Mauro, soldados, los cuales no bien hubieron confesado á Jesucristo, en tiempo del emperador Diocleciano, cuando les rompieron las mandíbulas con guijarros, por órden de Laodicio, prefecto de la ciudad : en tal estado les hizo encerrar en un calabozo, despues molerlos á palos, y en fin destrozarlos con látigos con bolas de plomo á las puntas, hasta que espirasen.

En Perusa, san Constancio, obispo y mártir, el cual recibió con sus compañeros la corona del martirio, en defensa de la fe, bajo el emperador Marco Aurelio.

En Edesa, en Siria, san Sarbelio y santa Barbea, hermanos, quienes habiendo sido bautizados por el bienaventurado obispo Barsimeo, obtuvieron la palma del martirio durante la persecucion de Trajano, bajo el presidente Lisias.

En la comarca de Troyes, san Sabiniano, mártir,

decapitado por la fe de Jesucristo por órden del emperador Aureliano.

En Milan, san Aquilino, presbítero, á quien atravesaron los arrianos las garganta de una estocada, y asi recibió la corona del martirio.

En Tréveris, el fallecimiento de san Valerio, obispo, discípulo del apóstol san Pedro.

En Bourges, san Sulpicio el Severo, obispo, ilustre por sus virtudes y erudicion.

La oracion de la misa es la que sigue.

Deus, qui ad animarum salutem beatum Franciscum confessorem tuum atque pontificem, omnibus omnia factum esse voluisti; concede propitius, ut charitatis tuæ dulcedine perfusi, ejus dirigentibus monitis, ac suffragantibus meritis, æterna gaudia consequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum....

O Dios, que quisiste que el bienaventurado Francisco, tu confesor y pontífice, se hiciese todo á todos por la salvacion de las almas; concédenos benignamente que, llenos de la dulzura de tu inmensa caridad, por los consejos y por los merecimientos de este gran santo, consigamos la alegría eterna: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 44 *y* 45 *de la Sabiduria, y la misma que el dia* XXVIII, *pág.* 596.

NOTA.

« El capítulo 45 del libro intitulado el *Eclesiástico*,
» de que ya hemos hablado, contiene el elogio de
» Aaron, y de su sacerdocio prometido á sus hijos.
» Despues habla del castigo de Coré, Datan y Abiron
» que sin vocacion legítima quisieron entremeterse en
» las funciones del mismo sacerdocio. Describe la
» magnificencia de los ornamentos sagrados, cuyas
» riquezas, dice san Gregorio, eran figura de las
» virtudes que deben ser el principal ornamento de
» los sacerdotes. »

REFLEXIONES.

En cualquiera dignidad que se logre, en cualquiera estado en que se viva, en cualquiera empleo que se ocupe, en tanto es el hombre verdaderamente grande en cuanto agrada á Dios. Su aprobacion es la medida justa de nuestra grandeza; y ella hace, hablando con propiedad, todo nuestro mérito. Sea uno el primero, el mayor hombre del mundo á los ojos de los hombres, ¿de qué le servirá toda esa fugaz fantástica apariencia de gloria, si no lo es á los de Dios?

¡O, y cuánto sirve al estado y á la Iglesia un prelado santo, sobre todo en aquellos tiempos en que Dios está justamente irritado con nosotros! Por sus virtudes y por su ministerio es el árbitro, es el mediador que reconcilia á Dios con los hombres.

Hízole el Señor, dice el sabio, famoso, célebre, estimado de todo el pueblo, porque solo se aplicó, solo trabajó en hacer al pueblo sujeto y rendido á la ley santa de Dios. ¿Queremos trabajar con fruto y con felicidad en la viña del Señor? ¿queremos hacer maravillas? pues portémonos de manera que se pueda decir de nosotros lo que el sabio decia de Aaron: *No se encontró otro como él que observase la ley del Altísimo.* Los grandes deben dar mayor ejemplo, porque á quien se halla en mayor elevacion se le ve desde mas lejos. Si los que estan destinados para celadores de la ley, se dispensan de su observancia; si las obras desmienten las palabras, en vano se predica reforma, porque se cree mas á los ojos que á los oidos. *Cœpit Jesus facere et docere*: antes comenzó Cristo haciendo que enseñando.

La verdadera grandeza, el mérito verdadero, no consiste en ocupar grandes puestos, en poseer grandes dictados, en conseguir gran nombre, en lograr la gracia del príncipe, sino en gozar de la de Dios: *Invenit gratiam coram oculis Domini.*

Piérdese, arruinase un pobre hombre con gastos locos y excesivos para conseguir estimacion; y solo logra que todos le desprecien. Se mete en inmensos trabajos, ¿y para qué? para que se burlen de él. Desengañémonos, que solo cumpliendo con su obligacion, y sirviendo á Dios de veras, se consigue la verdadera gloria; y gloria que no depende ni de la inconstancia del tiempo, ni del capricho de los hombres. Dios es, y solo Dios es el que hace á los hombres gloriosos hasta con los mismos reyes; toda gloria que no deriva de Dios su estimacion y su lustre es gloria falsa, es gloria aparente. Solo Dios reparte las coronas de gloria; pero las reparte únicamente entre aquellos fieles siervos suyos que desempeñaron dignamente las obligaciones de su estado y ministerio. *Beatificavit illum in gloria, dedit illi coronam gloriæ.*

El evangelio es del cap. 25 *de san Mateo, y el mismo que el dia* XXVIII, *pág.* 596.

MEDITACION.

DE LA DULZURA CRISTIANA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay virtud mas necesaria á un cristiano que la dulzura; porque ó encierra en sí ó á lo menos supone todas las demás virtudes.

La humildad de corazon, que es como la base de nuestra perfeccion, es inseparable de esta dulce tranquilidad del alma: esta calma sirve de abrigo á la pureza. La dulzura siempre es fruto de una constante mortificacion; así como la paciencia lo es de una dulzura inalterable. Por lo que toca á la liberalidad, se puede decir que es en parte el carácter de esta amabilísima virtud; no hay otra mas benéfica. Y en punto de caridad, ¿puede haberla sin dulzura?

Pero ¿qué virtud hay mas amable? No hay pasion que no dome; no hay natural tan áspero, tan desabrido, tan feroz, que no le domestique; no hay genio tan agrio, que no le endulce; no hay corazon tan duro, que no le ablande; tan rebelde, que no le rinda; todo lo avasalla, todo lo conquista; todo cede á la dulzura. Gran error es imaginar que la severidad sea siempre el mejor remedio. Mas llagas ha curado el aceite que el fuego. ¿De dónde nace que se vean tan pocos niños bien disciplinados? ¿De dónde nace que se multipliquen los vicios, los desórdenes en las comunidades y en las familias? No de otro principio, sino de que, ó se descuida en la correccion, ó si se reprende, es siempre con desabrimiento, con pasion y con encono.

Es la dulzura cristiana hija legítima de la caridad. El celo áspero y amargo siempre es celo falso. No era espíritu de Cristo el que deseaba que bajase fuego del cielo para exterminar los corazones rebeldes. El caritativo samaritano curaba á su pobre enfermo con óleo y con vino. ¡O mi Dios, y qué error es pensar que la pasion pueda ser celo verdadero! La malignidad del corazon, el mal humor, la envidia, la emulacion, el genio, y no pocas veces el maldito interés, son los que encienden el fuego que no purifica, pero que quema. ¡Cuánto es de temer que el celo ardiente sin compasion y sin dulzura sea una pura pasion mal enmascarada! Jesucristo tenia celo; ¿y no tenia dulzura Jesucristo? ¡O qué error el no tener siempre á la vista este divino modelo! Hermanos mios, decia el apóstol, si alguno de vosotros se deja engañar, y cae en pecado, vosotros, que sois hombres espirituales, dadle buenos consejos, pero sea con espíritu de dulzura: *In spiritu lenitatis.*

¡Qué quietud, qué paz en las familias! ¡qué dulzura en el comercio de la vida civil! ¡qué copioso

fruto en los trabajos apostólicos si reinara en todos esta importante virtud! ¿De dónde nacen las quejas, las disensiones, las enemistades? ¿De dónde nacen aquellas tempestades que tantas veces se resuelven en piedra y en granizo? ¿De dónde provienen tantos enconos, tantas pesadumbres, sino del vicio opuesto á la dulzura?

¡Ah, Señor! y cuántas veces ha pasado por mí esta tristísima experiencia! ¿Será posible que no he de amar en adelante una virtud tan necesaria y tan ventajosa? ¿Será posible que despues de unas reflexiones tan concluyentes, no he de trabajar eficazmente con el socorro de vuestra divina gracia en adquirir una virtud tan amable?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la dulzura se puede llamar la virtud predilecta, la virtud favorecida de Jesucristo. No se contentó con enseñarnos esta amable virtud, sino que él mismo se nos propuso como ejemplar de ella (1): *Discite à me:* Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon. Este es el ejemplo que os propongo. A vista de esto, ¿qué hay que admirar que la dulzura fuese una virtud tan familiar á todos los discípulos de Cristo? ¿Se podrá dejar de aprender esta importante leccion en tan celestial escuela? Son inseparables la dulzura y la humildad, haciendo una y otra como el carácter de la verdadera devocion.

Busca un santo que no haya tenido este espíritu de dulzura. Siempre que se va á ver algun sugeto que está en reputacion de eminente santidad, se va con la idea de encontrar á un hombre dulce, suave y apacible (2).

La Escritura dice (3) que Moisés era el hombre

(1) Matth. 11. — (2) Num. 22. — (3) Psalm 131.

mas dulce de todos los mortales (1). David parece que solo colocaba su confianza en su dulzura. Bienaventurados los mansos, dice el Salvador del mundo. Todo el evangelio de hoy está respirando un carácter de dulzura que embelesa. ¿Cuándo ha de llegar el caso de que esta amabilísima virtud, que tanto celebramos y que tanto nos agrada en los demás, tenga eficaz atractivo para trasladarla á nosotros?

La dulzura fué el carácter y el distintivo de san Francisco de Sales (2): *In fide et lenitate sanctum fecit illum.* Como estaba singularmente animado del verdadero espíritu de Jesucristo, no debe causar admiración que sobresaliese tanto en esta virtud. Y sobresaliendo tanto en ella, debe extrañarse mucho menos que hubiese reducido tantos herejes, que hubiese convertido tantos pecadores, y que hubiese hecho tantas maravillas. La dulzura en san Francisco de Sales no fué virtud de temperamento, sino de religion. Necesitó vencerse, reprimirse, mortificarse mucho tiempo para conseguirla. Necesitó domar su natural ardiente, y lograr tantas victorias como le presentó combates. Pero, ¡ó buen Dios, y qué delicioso es el fruto de estos sacrificios! ¡qué cosa tan dulce adquirir una virtud que trae consigo tantas otras!

Por el progreso que se hace en la dulzura cristiana, se reconoce el que se hace en la virtud. Unas modales llenas de altanería y de desprecio, unos ímpetus de un genio inquieto y enfadoso, unos fuegos de arrebatamiento y de cólera, siempre son efecto de una conciencia poco tranquila, y frecuentísimamente de un corazon atestado de pecados.

Pues vos quereis, dulcísimo Jesus mio, que yo aprenda de vos la dulzura y la humildad, dadme vos mismo esta docilidad tan necesaria. Tiempo era ya

(1) Matth. 5. — (2) Eccl. 45.

de que yo la hubiese aprendido desde que vos me enseñasteis tan importante leccion. Pero al fin esto es hecho, desde hoy en adelante estoy resuelto á declararme por discípulo vuestro, y quiero que singularmente se conozca en qué escuela estudio por mi humildad y por mi dulzura.

JACULATORIAS.

Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram. Matth. 5.
Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra de los elegidos.

Beati pacifici, quoniam filii Dei vocabuntur. Matth. 5.
Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

PROPÓSITOS.

1. Hallándote bien convencido del mérito y de las utilidades de la dulzura cristiana, haz seria reflexion sobre tí mismo, sobre tu genio, sobre tus vivezas, sobre tus ímpetus, sobre tu conducta; y examina si esta amable virtud es tu carácter, ó si, por el contrario, solamente la conoces por el nombre. Trae á la memoria aquellos impetuosos movimientos de un natural vivo y ardiente, aquella enfadosa taciturnidad, hija de un humor adusto y extravagante; aquellas respuestas secas y desabridas, aquellas modales duras, agrestes y despreciativas, aquellas altanerías insoportables, aquellas palabras avinagradas y llenas de hiel, aquel semblante oscuro, ceñudo y negativo, aquel tono de voz lleno de fiereza y de severidad, en fin aquellos torrentes de injurias, aquellos fuegos, aquellas cóleras, aquellos arrebatamientos que muchas veces tocan la raya del furor. Examina sin misericordia y con sinceridad, si estás sujeto á alguno de esos defectos tan contrarios á la manse-

dumbre cristiana. No te contentes con convenir en el hecho; pasa á notar y aun escribir todo cuanto reprensible hallares en tí sobre este artículo; y despues de haberte acusado amargamente de todo á los piés de tu crucifijo, despues de haberlo detestado todo con dolor vivo, eficaz y perseverante, imponte alguna penitencia por cada vez que cayeres; como dar una limosna considerable en aquel dia, hacer alguna mortificacion, tal que la puedas hacer inmediatamente despues de haber cometido la falta; y da cuenta de todo á tu confesor luego que puedas.

2. Fuera de esta práctica, que es admirable, imponte desde este punto las leyes siguientes. Primera: Tengas el motivo que tuvieres para enfadarte ó para reprender, nunca lo hagas con terminos injuriosos ni despreciativos. Se puede hablar algunas veces con sequedad y con entereza; pero nunca con cólera. La correccion mas necesaria, la de mayor importancia es inútil y aun perniciosa, cuando en ella se descubre pasion ó ira. Los que gruñen mas no por eso son los mejor servidos. Aquellas gritadoras eternas, aquellos amos, aquellos superiores que no saben mandar sino á gritos y en tono descompasado, ni son amados ni son temidos. Si quieres ser obedecido, nunca mandes con altivez ni con fiereza. No temas perder tu autoridad por hablar con dulzura, en tono moderado, con modo afable. A los brutos se les doma con el miedo; pero á los hombres, aun á los menos dóciles, aun á los mas bárbaros, se les gana por razon, por religion y por amor. Propon firmemente desde este mismo instante conservar siempre un aire sereno, un semblante risueño, unas modales gratas, urbanas, apacibles con todo el género humano. Nunca hables con enfado, ni en tono áspero, altivo ó impaciente. La costumbre, el genio y tu poca virtud, te representarán desde luego como impracticables estos

consejos; tus continuas recaidas te persuadirán que es imposible esta reforma; pero no hay que desalentarse. A pesar de estos ímpetus indeliberados, que previenen á la voluntad y á la razon; á pesar de estos tonos de voz demasiadamente vivos, de esos primeros movimientos que se escapan á la mayor advertencia; á pesar de esas reincidencias en la cólera, que antes se ha manifestado que se haya prevenido; persevera siempre en tu propósito de corregir las modales, de observar perpetuamente las mas gratas, las mas apacibles, ya sea con los hijos, á quienes la aspereza pocas veces aprovecha, ya sea con los criados ó con los súbditos, á quienes la impaciencia siempre irrita, ya sea con los extraños, que solo se ganan con el buen modo. De hoy en adelante has de renovar este propósito todas las mañanas, ó cuando ofrezcas las obras, ó al fin de la oracion; y cuando por la noche hagas el exámen de conciencia, nota bien las faltas que hubieres cometido en este particular. Con el socorro de la divina gracia no hay genio, no hay natural, no hay costumbre que pueda resistir á la vigorosa resolucion de una buena voluntad. San Francisco de Sales logró hacerse uno de los hombres mas dulces que se habian conocido en el mundo, sin embargo de que por su naturaleza era colérico, como ya se ha dicho. Segunda: Observa con particular atencion á ciertas personas de virtud sobresaliente; y repara bien que por su dulzura inalterable han hecho muy amable á la virtud. Estudia sus modales, y advierte aquella serenidad constante, aquella afabilidad universal, aquella moderacion, aquella tranquilidad, aquel tono de voz siempre igual, siempre apacible. Te encanta, te hechiza el verlos; ¿pues quién te quita imitarlos? El orgullo destierra la dulzura. Sé humilde, sé mortificado; porque nunca se falta á la dulzura sino porque se olvida la mortificacion: resuelve trasladar á tí lo

que te agrada en los otros. Con este importante estudio se endulza el genio mas agrio, y el natural mas desabrido se suaviza. Ten presente que ni ha habido ni habrá jamás virtud verdaderamente cristiana sin dulzura.

DIA TREINTA.

SANTA MARTINA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Nació santa Martina en Roma de padres tan distinguidos y tan calificados, que su padre fué tres veces cónsul. Fué su dichoso nacimiento hácia el principio del segundo siglo. Eran sus padres cristianos; y así criaron á la niña con el mayor cuidado y con la mayor piedad. Desde sus mas tiernos años hizo tantos progresos en la virtud, que fué ejemplar y aun confusion de muchos fieles adultos. Penetrada de las verdades de nuestra religion, y favorecida de dones celestiales, solo se ocupaba en obras de caridad, pasando los dias en la oracion y el retiro. Estaba como escondida dentro de su propia virtud; y al paso que iba creciendo en edad, se iba tambien adelantando en sabiduría y piedad.

Imperaba á la sazon Alejandro Severo, que, aunque se mostró favorable á los cristianos, no por eso dejó de hacer muchos mártires, entre los cuales fué una nuestra Martina. Es verisímil que la persecucion fuese obra de los ministros del emperador, y que sin noticia del príncipe desahogasen ellos el odio que tenian contra los cristianos, cubriéndose con las leyes del imperio y con los decretos de los emperadores, que no estaban revocados.

Habiendo llegado á noticia de los magistrados que Martina era cristiana, la mandaron comparecer en nombre del emperador para que diese razon de la

religion que profesaba. Compareció la santa doncella con un semblante tan majestuoso, y con una modestia tan noble y tan cristiana, que los jueces no pudieron menos de mirarla con respeto, y aun con veneracion. Preguntáronla luego si era verdad que fuese cristiana. Tengo la dicha de serlo, respondió la santa con tono firme y con resolucion modesta, y me hacen mucha lástima los que no logran la misma dicha que yo.

¿Es posible, la replicó uno de los jueces, que una doncella de tu distincion, de tu entendimiento, de tu espíritu, tan rica y tan hermosa como tú, haya dado en las fantasías y supersticiones de los cristianos? Deja de reconocer por Dios á un hombre que por sus delitos fué crucificado, y ven inmediatamente conmigo al templo del grande Apolo á ofrecerle sacrificio. Este dios, á quien profesa singular devocion nuestro augusto emperador, derramará sobre tí á manos llenas beneficios y favores, luego que le rindas aquella veneracion y aquel culto que por tantos títulos le son debidos.

Como no reconozco otro Dios mas que el único á quien adoro, replicó Martina, tampoco debo rendir á otro ni veneracion ni culto. Mi mayor nobleza, y la prenda mayor de que me precio, es de ser cristiana; teniendo tambien por la mayor de todas las felicidades el derramar toda mi sangre y ofrecer mi vida por mi religion. Admírome ciertamente que unos hombres como vosotros, entendidos, discretos y capaces, tengais por dios á una estatua de mármol ó de bronce, fabricada á golpes de martillo por un artífice que vale mucho mas que ella: y para que conozcais por vuestra propia experiencia cuan ridículas son estas divinidades quiméricas, á las que dedicais vuestros cultos, llevadme, si gustais, al templo de vuestro Apolo, y veréis como reduzco en polvo á esa mentida deidad en vuestra misma presencia.

Irritados los jueces al oir una respuesta tan generosa y tan noble, mandaron que fuese conducida al templo de Apolo, para que en él ofreciese sacrificio; y caso de resistirse á obedecer, que sin remision alguna fuese atormentada con los mayores suplicios.

Apenas descubrió la santa el templo adonde la llevaban, cuando levantando los ojos y las manos al cielo, hizo esta devota oracion: «Dios y Salvador mio, » que sacasteis de la nada á todas las criaturas, y » que todas las reducis á la nada cuando es vuestra » voluntad, dignaos de oir la oracion de esta humilde » sierva vuestra, y haced ver á este ciego pueblo » que solo vos mereceis nuestra adoracion y nuestro » culto, y que los ídolos suyos, que son obra de sus » manos, son indignos de la menor veneracion.»

Apenas acabó la santa de pronunciar estas palabras, cuando se sintió un espantoso terremoto que llenó de terror á todos: una parte del templo se desplomó, la estatua de Apolo quedó hecha mil pedazos; y se oyó la voz del demonio que residia en aquel ídolo, que dijo en tono lamentable: «¡O Martina, sierva del » verdadero Dios, tú me arrojas de mi mansion, donde » vivia tantos años ha; es preciso ceder á la omni» potencia de tu Dios, que va á llenar de calamidades » á este imperio!»

Fueron testigos de este suceso la mayor parte de los ministros del emperador; y temiendo el furor del pueblo, que atribuia los milagros de los cristianos á magia y encantamiento, mandaron que sin respeto á la calidad ni á la tierna edad de Martina, fuese apaleada con gruesos bastones nudosos, y fuese arañado su rostro con uñas aceradas. Durante este horrible suplicio estaba la santa doncella bendiciendo á nuestro Señor Jesucristo, y dándole gracias por la merced que la hacia de padecer algo por su santo nombre y por su gloria. Consolóla el Señor, y la alentó con una luz

celestial, asegurándola que triunfaria de todos sus tormentos. Viendo los verdugos todas estas maravillas, de repente dejaron de atormentarla, y arrojándose á sus piés, declararon altamente que eran cristianos, y suplicaron á la santa que les alcanzase del Señor la gracia del martirio. Fueron oidos pronto, pues que el juez les mandó cortar á todos la cabeza al momento.

No cabia en sí de gozo santa Martina al ver la victoria que su dulce esposo Jesucristo acababa de conseguir de sus enemigos; y como el tirano la apretase para que ofreciese sacrificio, y no se quisiese exponer á que se ejecutase con ella lo que se acababa de ejecutar con los otros, le respondió la santa vírgen con cristiana intrepidez, que los tormentos mas crueles eran para ella favores insignes y placeres exquisitos; y que así, en vano se cansaba en tentar su fe y su constancia. Enfurecido el tirano, mandó que la despedazasen de nuevo con gárfios agudos, y que la llevasen arrastrando al templo de Diana, para que á lo menos se hallase presente al sacrificio de aquella diosa; pero apenas apareció en él la santa, cuando el demonio salió del templo haciendo un espantoso ruido, á que se siguió un rayo, que redujo á ceniza la estatua de Diana. No pudiendo el tirano sufrir la injuria que hacia á la religion del emperador aquella tierna doncella, mandó que fuese atormentada con cruelísimos suplicios. Empleóse el hierro y el fuego en martirizar á aquella cristiana heroina, que en medio de los mayores tormentos no cesaba de bendecir y de alabar al Señor, hasta que, cansado en fin el tirano, lleno de confusion por verse vencido de una tierna doncellita, la mandó cortar la cabeza, coronando de esta manera con tan glorioso martirio su fe y su virginidad.

Fué siempre célebre en Roma la memoria de esta

insigne santa, en cuyo honor se edificó una capilla en el mismo lugar donde estaba sepultada, al pié del monte Capitolino. Pero lo que aumentó mucho mas la celebridad de su culto, fué la invencion y la traslacion de sus reliquias, en el pontificado de Urbano VIII. Hallóse el sagrado cuerpo entre las ruinas de la primitiva iglesia el dia 25 de octubre del año de 1634. Estaba cerrado en una como caja ó ataud de barro, la cual descansaba sobre una gran piedra, y todo dentro de un nicho ó de dos estrechas paredes, cubierto de tierra y de cascajo. La cabeza estaba separada en una fuente ó vasija de cobre toda desgastada y medio roida del orin, y daba indicios de ser cabeza de una doncellita de pocos años. Asistió á esta célebre traslacion el papa Urbano VIII, con gran número de cardenales, y desde entonces creció mucho la devocion con santa Martina, así en Roma como en toda la cristiandad.

SAN LESMES, ABAD.

San Lesmes, uno de los mas célebres abades del órden benedictino, nació en la ciudad de Leon de Francia, de muy distinguidos padres en nobleza, riquezas y piedad, los cuales aprovechándose de su bello natural, vivo y perspicaz ingenio, sobre formarle en los sólidos principios de la religion cristiana, procuraron instruirle en las ciencias liberales. Despues, por voluntad de los suyos siguió la carrera militar, sin que la licenciosidad de esta profesion fuese capaz de manchar en lo mas mínimo la pureza de su alma. Muertos sus padres, oyendo en la iglesia al tiempo de cantarse el Evangelio, aquel admirable consejo de Jesucristo sobre la perfeccion, á saber: Si quieres ser

perfecto, ve, y vende cuando posees, y dalo á los pobres; hicieron en su corazon tanta impresion estas palabras divinas, que, siguiendo el ejemplo de aquel célebre padre de los desiertos de Egipto, el grande Antonio, distribuyó entre los necesitados su cuantioso patrimonio, para poder conseguir, libre de los impedimentos de esta vida, los bienes de la eterna. Quejáronse sus parientes del reparto, alegando serles debida la preferencia; pero Lesmes les satisfizo, que en la distribucion no era su ánimo atender á los vínculos de la carne y sangre, sino granjear por este medio los lucros que ofrecen las promesas divinas en la eternidad.

Pareciéndole menos proporcionada su patria para conseguir el fin á que aspiraba, se ausentó de ella una noche, sin otra compañía que la de un criado fiel, de quien se despidió á poco en el camino, cambiando el vestido con él, dándole al tiempo de la separacion los mas santos y saludables consejos sobre que no se atreviese jamás á ofender á Dios con el mas leve pecado. Solo, dirigió su rumbo á Roma con el fin de visitar los santos lugares que se veneran en aquella capital, conduciéndose á pié descalzo en la peregrinacion, como un mendigo, pidiendo de puerta en puerta el alimento preciso para pasar la vida. Quiso ver en Isoire, pueblo de Auvernia, al célebre Roberto, su conocido, abad del monasterio llamado Casa de Dios, quien le rogó con eficaces instancias se quedase en su compañía, para dedicarse al servicio del Señor bajo la disciplina de aquel instituto. No fué posible detenerle por entonces; pero le prometió volver á su sociedad concluida su peregrinacion.

Habiendo llegado á Roma, gastó dos años en satisfacer los deseos de venerar con el mayor fervor y devocion los santos lugares regados con la sangre de tantos mártires, manteniéndose de limosna gustosísimo

con los demás mendigos, conforme lo ejecutó en toda su peregrinacion, para satisfacer la máxima que Jesucristo recomendó á sus apóstoles. Habiendo vuelto á cumplir la palabra que dió al abad Roberto, le desconoció este al pronto por lo desfigurado que se habia puesto al rigor de su penitencia, y admitiéndole con las demostraciones del mayor aprecio entre los alumnos de aquel monasterio, vistió con las insignias benedictinas á aquel militar de Jesucristo, no dudando de las ventajas que lograria aquella casa de Dios con un individuo de tan eminente virtud. No salieron frustradas sus esperanzas, pues en muy breve tiempo acreditaron los progresos de Lesmes en la carrera de la perfeccion el concepto que se formó de su persona. A todos los monjes llenó de admiracion su oracion continua, su abstinencia, sus ayunos y rigor de penitencia, su profunda obediencia y humildad. Era tan observante del silencio, que solo hablaba por necesidad, ú obligado de precepto superior; y brillaba sobre todo en el amor de la paz y concordia de sus hermanos: de forma que, habiéndose propuesto seguir los vestigios de su santo patriarca, y los de otros héroes recomendables del instituto, lo logró á costa de incesantes mortificaciones.

Sin embargo de que en la religion benedictina se comete el magisterio de los jóvenes á sugetos antiguos y aprobados para el empleo, fiaron este encargo á Lesmes muy á los principios de su entrada, en el concepto de que alentaria en el fervor á los mas tibios con su ejemplo, doctrina y virtud; lo cual se verificó, saliendo de su escuela muchos recomendables discípulos capaces de dar honor al instituto. Por obediencia ascendió al órden sacerdotal, para que fuese útil á los demás fieles, dispensando las funciones del carácter con la edificacion que cabe en un ministro digno del altar.

Habiendo ascendido el abad del monasterio á la dignidad episcopal, todos los monjes pusieron los ojos en Lesmes para sucesor, cuyo empleo rehusó por cuantos medios son imaginables. Pero se rendió en fin á las reconvenciones que le hicieron de que resistia á la voluntad divina, y tuvo tal acierto en el gobierno, que logró ser agradable á Dios y á los hombres, á pesar de ser cosa muy dificil en los superiores que se interesan en la observancia regular. Pero como todos sus deseos eran por el retiro para dedicarse con quietud y tranquilidad en altas contemplaciones, por medio de las cuales le dispensaba el Señor extraordinarios consuelos, resentida además de esto su profunda humildad de los honores que le tributaban en el empleo, le renunció muy contra la voluntad de los monjes, confesándose indigno del ministerio.

Los asombrosos milagros que obraba cada dia Lesmes de prodigiosas curaciones con el santo nombre de Jesus (al que profesaba tanta devocion, que al proferirlo, inclinaba la cabeza, ó fijaba los ojos en tierra en señal de veneracion), hicieran célebre la fama de su santidad en todos los confines de Francia é Inglaterra, y le impedian conseguir allí la apetecida quietud, por la multitud de gentes que concurrian á él para consuelo de sus almas y remedio de sus enfermedades, cuando se ofreció ocasion oportuna de disfrutarla en España.

Entendida Costancia, mujer de Alfonso VI, rey de Castilla y Leon, de la santidad y eminente virtud de Lesmes, persuadió á su esposo que le rogase pasar á España, á fin de ilustrarla con su doctrina y ejemplo; pues necesitaba por entonces varones de su clase, por estar recien conquistada de los moros, los cuales dejaron en ella no poca infeccion. Hizo Alfonso el empeño, y condescendió Lesmes con la condicion de que no se le obligase á seguir la corte, siendo su

ánimo vivir retirado para dedicarse con tranquilidad al servicio del Señor. Admitida la propuesta, eligió para su habitacion la ermita de san Juan Bautista, contigua á la ciudad de Burgos, con el objeto de hospedar á los pobres peregrinos que pasaban á visitar el sepulcro de Santiago en Galicia; cuyo oficio dispensó con tanto amor, con tanta afabilidad y entrañable caridad, que llenaron de asombro á cuantos pudieron entender el esmero de su piedad. En vista de lo cual, le concedió Alfonso muchas posesiones para que invirtiese sus rentas en tan piadosos designios, encomendándose con su real familia y reino á su poderosas oraciones para con Dios, bien acreditadas en los prodigios que obraba cada dia.

Ocupado en tan loables hechos, llegó el fin de su vida. Quiso el Señor probarle por medio de una aguda y grave enfermedad, en la que dió pruebas de su pacífico sufrimiento y resignacion en todo con la voluntad de Dios; mostrando una alegría extraordinaria en los dolores mas vivos, ansiosa su alma de disolverse de los vínculos del cuerpo para unirse con Cristo. Recibió de mano del arzobispo de Burgos los sacramentos con la ternura y devocion propia de su abrasado espíritu; y despues que dió gracias, rogó le llevasen al oratorio de la capilla dicha, y entonando al tiempo de entrar aquellos versos de David: Sálvame, Señor, en tu nombre, y júzgame en tu virtud; en tus manos encomiendo mi espíritu; abrazado con un crucifijo, pasó á disfrutar los premios eternos por los años 1070, con imponderable sentimiento de la ciudad, que lloró su falta como la de un amoroso padre que era el refugio de todas sus necesidades espirituales y corporales.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, santa Martina, vírgen, martirizada el primer dia de este mes.

En Antioquía, el martirio de san Hipólito, presbítero, el que primeramente se dejó arrastrar por engaños al cisma de Novato; pero, reconociendo su falta, por un efecto de la gracia de Jesucristo, tornó á la unidad de la Iglesia, y por ella y en ella sufrió despues un glorioso martirio. Como antes de morir le preguntasen sus amigos cual era la secta verdadera, abominando la herejía de Novato, respondió que era necesario guardar la fe que profesa la Cátedra de san Pedro; despues de lo cual tendió su cuello al verdugo.

En África, los santos Feliciano, Filapiano, y otros ciento veinte y cuatro mártires.

En Edesa de Siria, san Barsimeo, obispo, que, habiendo convertido á la fe á muchos paganos que envió delante de sí al triunfo, les siguió despues en tiempo de Trajano, logrando la corona del martirio.

En la misma ciudad, san Barses, obispo, célebre por el don de curaciones, el cual acabó su vida en aquellas regiones, adonde habia sido desterrado por Valente, emperador arriano.

Además, san Alejandro, venerable por su grande ancianidad, y por haber confesado muchas veces la fe: habiendo sido preso durante la persecucion de Decio, entregá su alma en medio de las torturas.

En Jerusalen, san Matías, obispo, del cual se refieren cosas maravillosas que son otras tantas pruebas de la grandeza de su fe: habiendo padecido mucho bajo el emperador Adriano, murió en paz.

En Roma, san Félix, papa, que trabajó mucho en defensa de la fe católica.

En Pavia, san Armentario, obispo y confesor.

En Maubeuge en el Hainaut, santa Aldegonda, vírgen, que floreció en tiempo del rey Dagoberto.

En Milan, santa Savina, mujer religiosísima, que mientras estaba orando en el sepulcro de los santos Nabor y Félix, durmió en el Señor.

La oracion de la misa es la que sigue.

Deus, qui inter cætera potentiæ tuæ miracula etiam in sexu fragili victoriam martyrii contulisti; concede propitius, ut qui beatæ Martinæ, virginis, et martyris tuæ natalitia colimus, per ejus ad te exempla gradiamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum.

O Dios, que entre las otras maravillas de tu poder hiciste tambien victorioso al sexo frágil en los tormentos del martirio; concédenos benigno la gracia de que, honrando el nacimiento al cielo de la bienaventurada Martina tu vírgen y mártir, logremos caminar á tí, sirviéndonos de guia sus ejemplos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 51 *de la Sabiduria, y la misma que el dia* XXI, *pág.* 359.

NOTA.

« En la vida de santa Inés se dijo que la Iglesia aplicaba á las vírgenes y mártires la accion de gracias » que Jesus, hijo de Sirach, rindió á Dios por los peligros de que le libró. Estos peligros que describe » aquí individualmente, son imágen alegórica de los » que padecieron las vírgenes y mártires en las persecuciones mas crueles, de los cuales las sacó con » tanta felicidad y tanta gloria la mano del Todopoderoso: conviniéndolas con admirable propiedad todo » cuanto se dice en la epístola del dia. »

REFLEXIONES.

Sirvamos á Dios con fidelidad; sirvámosle con perseverancia, que su majestad sabrá sacarnos felizmente de todos los malos pasos. Cuanto mas se multipliquen los enemigos, cuanto mayores sean los peligros, mas debemos contar sobre su proteccion, con tal que no sirvamos á otro dueño, y con tal que estos riesgos y estos enemigos no nazcan precisamente del empeño de querer servir á otro.

Es la vida una continua guerra; es menester que se sepa debajo de qué banderas se sirve, y por cuales intereses se pelea. Navégase por un mar borrascoso y lleno de escollos; si se pierde de vista el norte, no es posible navegar largo tiempo sin hacer naufragio. Es el mundo un pais enemigo; todo es tentacion, todo está lleno de emboscadas. Es el domicilio de la injusticia, es el solar de la mala fe, la disimulacion es la potencia dominante. Las pasiones, como leones que rugen, no son forasteras, antes estan en él avecindadas. Es propiamente region de trabajos y de pesadumbres. No hay rocío del cielo que temple sus ardores, y crecen las espinas con el riego de las lágrimas, que por eso es valle de ellas. Solamente la multitud de las misericordias del Señor pueden conservarnos en medio del mundo, como conservaron á los tres mancebos hebreos entre las llamas del horno. Solo su misericordia y su brazo omnipotente nos pueden librar de estos leones rugientes, hambrientos siempre, y siempre prontos á despedazarnos. Solo él puede hacernos escapar de los que nos buscan para quitarnos la vida del alma. Sola su mano benéfica puede aliviarnos de las aflicciones que nos sitian, de la violencia del fuego que nos amenaza, de las entrañas del infierno en que nos quieren precipitar tantos enemigos. ¿Quién es el que estudia en ganar la buena gracia del Señor? ¿quién se mata, quién se aflige por merecer su proteccion? ¿quién se guarda, quién se desvela por no caer en tantos y tan grandes peligros? ¿quién recurre á la oracion sin cesar? Y despues de tanto descuido, se extrañará que sean tan pocos los que se salvan. La negligencia con que se vive en el importantísimo negocio de la salvacion; la portentosa seguridad con que se camina en medio de tanto riesgo; las pocas ó ningunas diligencias que se hacen para recobrar la gracia perdida; todo esto acredita, todo convence que

la reprobacion es obra de nuestras manos, y que, por nuestra desgracia, trabajamos tanto en esta infeliz obra, que al cabo salimos con ella. ¡Y mientras tanto vivimos con una tranquilidad que puede parecer modorra! ¿En qué se fundará esta falsa seguridad?

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo, y el mismo que el dia XXI, *pág.* 362.

MEDITACION.

DE LA REPROBACION.

PUNTO PRIMERO.

Considera toda la fuerza de aquellas terribles palabras: *Nescio vos;* no os conozco. A la hora de la muerte, en aquel momento crítico y decisivo de nuestra eterna suerte, oir de la boca del Redentor, en quien únicamente teníamos puesta toda nuestra confianza: *De verdad os digo, no os conozco.* ¡Y esto sin réplica, y esto sin revocacion! ¿Qué impresion hará en una pobre alma este decreto fulminante?

La circunstancia hace mas vivo el sentimiento y el dolor. Comparece al mismo tiempo igual número de vírgenes, las cuales son muy bien recibidas. No eran algunas vírgenes de region extraña, ni de diferente condicion que la suya; eran las mismas con quienes habian vivido, cuya conducta y cuyos ejemplos habian tenido siempre á la vista. ¡O buen Dios, y qué suerte tan diferente! *No sé quién sois, no os conozco.* Así habla, esto dice el mismo Jesucristo. ¡O pereza! ¡ó flojedad! ¡ó falta de prevencion, y qué caro cuestas!

Eran vírgenes; su vida era irreprensible; pero se durmieron, se descuidaron en hacer su provision. Apagáronse las lámparas por falta de aceite; quisieron acudir por él, pero ya era tarde: llegó el esposo antes de lo que pensaban; en vano gritan que las abran la

puerta; respóndeselas de adentro que no las conocen. Esta es una vivísima imágen de tantas almas que, con pretexto de una vida bastantemente cristiana, parecen no tener otro defecto que una falta de prevision, una floja pereza, estando siempre dilatando para otro tiempo su total reforma y la resolucion de trabajar con mas celo, con mayor eficacia en el negocio de la salvacion. La vida regalona, ociosa, mundana, sensual y floja, nunca fué vida cristiana. ¡Buen Dios, cuántos y cuántos oirán en la hora de la muerte: *No sé quién sois, no os conozco!* Y ¿no tengo yo motivo para temer ser de este número?

¡Qué desgracia, dulcísimo Jesus mio, la de una alma redimida con vuestra preciosa sangre, que solo se perdió por culpa suya! ¡Qué desesperacion seria la mia, si con los auxilios que ahora me ofreceis no evitara esta desgracia!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la reprobacion es el colmo de todas las desdichas, es el conjunto de todos los males. Todo lo cruel, todo lo desesperado que hay en el mundo, todo se une en una alma reprobada. Tal fué la suerte de las vírgenes necias. Pero ¿somos nosotros mas prudentes que ellas? No solo no tenemos el aceite que ellas fueron á buscar, pero ni quizá lámparas donde echarle. Casi toda la vida estamos dormidos cuando se trata del negocio de nuestra salvacion. Vendrá muy presto el esposo, y acaso está ya en camino. ¿Cuántos harán esta meditacion, á quienes el esposo dirá: *No os conozco?* ¡Qué desgracia la de los mundanos si esta venida les coge de repente y como de sorpresa! ¡Qué desesperacion la de las personas religiosas si las coge desprevenidas! ¿Acaso nos faltaban medios, y medios muy eficaces para prevenirnos?

Nuestra salvacion siempre es obra de la gracia del

Redentor; pero nuestra condenacion siempre es obra nuestra. En nuestra mano está hacer las provisiones á tiempo; á las vírgenes necias no las faltaba con qué comprar el aceite, solamente las faltó la actividad y vigilancia: el sueño y la ociosidad pudieron mas que sus mayores obligaciones. ¡Mi Dios, y qué retrato tan parecido á innumerables almas que tendrán semejante suerte! y ¿no será quizá retrato de la mia?

Santa Martina lo renunció todo en la flor de su edad. Bodas ventajosas, fortuna brillante, alegría del mundo, pompa vana; todo lo sacrificó. Derramó su sangre y dió su vida por evitar la muerte eterna. Cuando amenaza naufragio todo se arroja en el mar. ¡Cosa extraña! crece la tempestad, auméntase el peligro; y en vez de alijerar el buque, se le carga mas. Esas pasiones tan cuidadosamente sustentadas, esos festines, esos saraos, esas diversiones de carnaval, ¿nos aseguran en el puerto? ¿nos apartan de los escollos? ¡O gran Dios, y cuánta verdad es que nuestra condenacion es obra de nuestras manos!

Resuelto estoy, divino Salvador mio, á todo lo que quisiereis hacer de mí para evitar esta desgracia. Si fuere menester sacrificar mis bienes, y aun mi vida, desde luego os la sacrifico. Hablo, Señor, con todo el corazon, con toda el alma; y así voy desde luego á daros pruebas de mi sinceridad.

JACULATORIAS.

Ne projicias me à facie tua: et Spiritum sanctum tuum ne auferas à me. Salm. 50.

No me arrojeis, Señor, de vuestra presencia; y no me priveis de la luz de vuestro santo Espíritu.

Quid prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur? Matth. 16.

¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?

PROPOSITOS.

1. Siendo como es la reprobacion obra de nuestras manos, guardémonos bien de trabajar en ella. Resuélvete eficazmente á huir de todo cuanto pueda precipitarte en esta suma desgracia. El aire del mundo es contagioso; no te expongas á él sin gran necesidad y sin grandes precauciones. Las casas de conversacion, las de juego, los saraos, los espectáculos; en una palabra, todas las que se llaman diversiones de carnestolendas, son sumamente peligrosas. ¿Cuántos comenzaron por aquí su infeliz destino? Resuélvete á no parecer jamás en ellas. ¿Pero qué dirán? Dirán que temes la peste, que huyes el peligro, que sigues el partido de los cuerdos, que no quieres perderte, que tienes eficaz deseo de salvarte. ¿Podrán decir otra cosa con razon? Trata de tener juicio; y dime si le tendrás procediendo de otra manera.

2. No se pase el dia sin que pongas en ejecucion lo que has prometido quizá muchos meses ha, y siempre inútilmente. Si tienes que hacer alguna restitucion ó alguna reconciliacion, hazla sin demora. Si tu confesor te ha aconsejado algunas devociones ó algunos actos de virtud, practícalos luego. Si has hecho propósito de hacer alguna mortificacion, no lo dejes para mañana. Lee hoy mismo en algun libro que te inspire el amor á la penitencia, infundiéndote un santo horror al infierno. Lee el sermon del infierno del padre Bourdalue, si es que lo tienes, ó, en las reflexiones cristianas sobre varios puntos de moral, el artículo de la eternidad desgraciada, que se halla en el primer tomo. La devocion ardiente y fervorosa con Cristo Señor nuestro en el sacramento de la eucaristía, y la tierna devocion con la santísima Vírgen, son grandes señales de predestinacion cuando estan acompañadas de una vida cristiana. Esfuérzate

á tener estas señales; y resuelve desde luego no acostarte nunca sin haber hecho una visita al santísimo sacramento, y profesar una tierna devocion á la santísima Vírgen.

DIA TREINTA Y UNO.

SAN PEDRO NOLASCO, CONFESOR.

San Pedro Nolasco era francés, de una de las mejores casas de Langüedoc. Nació el año de 1189 en el pais de Lauregais, en un lugar del obispado de san Papoul, llamado Mas de las Santas Puelas, á una legua de Castelnaudarri. Habiendo perdido á su padre siendo de edad de quince años, prosiguió viviendo en compañía de su madre, que, resuelta ya á no volverse á casar y á dedicarse á Dios únicamente, empleaba en servirle sus bienes y sus talentos.

Siguió algun tiempo al conde Simon de Montfort, general de la cruzada contra los Albigenses. Despues de la famosa batalla de Muret, en que quedó muerto don Pedro rey de Aragon, compadecido el conde de la desgracia y de la poca edad del niño rey don Jaime, que habia quedado prisionero y no tenia mas que seis ó siete años, creyó no podia hacerle mayor servicio que darle por ayo y por gobernador á Pedro Nolasco. Desempeñó este importante empleo con feliz suceso, y mereció toda la estimacion y toda la confianza del jóven monarca; de la cual solo se valió para reformar la corte y para ir delante de todos con el buen ejemplo.

La devocion á la Reina de los ángeles, y la caridad con los cristianos cautivos que gemian en la esclavitud de los Moros, fueron las dos virtudes carac-



S. PEDRO NOLASCO, C.

terísticas de Nolasco, que no paró hasta vender todos sus bienes para asistir y aliviar á aquellos pobres.

Animóse tanto con el buen suceso que tuvieron las primeras pruebas de esta ardiente caridad, que persuadió á muchos caballeros ricos y piadosos á que se juntasen con él para formar una como congregacion ó confradía, que tuviese por fin trabajar en la redencion de los cautivos, bajo del título y proteccion de la santísima Vírgen.

Corrió esta santa congregacion la misma fortuna que todas las obras piadosas, las que siempre procura el demonio arruinar ó á lo menos desacreditar por medio de contradicciones y de murmuraciones. Pero el rey don Jaime, los grandes del reino y toda la gente virtuosa y bien intencionada, que estaban palpando las visibles utilidades de aquella insigne obra, hicieron enmudecer á la calumnia, y disiparon la tempestad.

Apenas comenzaba la caritativa congregacion á derramar sobre aquellos infelices los primeros efectos de su celo, cuando la santísima Vírgen se apareció á Nolasco el primer dia de agosto, y le declaró seria muy del agrado de su Hijo y suyo que fundase una religion, con el título de nuestra Señora de la Merced, para la redencion de los cautivos cristianos, prometiéndole su socorro y proteccion. Persuadido Pedro de la voluntad de Dios en fuerza de esta vision, de cuya verdad no le quedó la menor duda, y que la misma Iglesia ha autorizado con una fiesta particular, solo deliberó en los medios para la ejecucion de lo que se le habia mandado. Ante todas cosas, no queriendo moverse á nada sin consultarlo todo con su confesor san Raimundo de Peñafort, fué á buscar al santo, que habia tenido la misma vision aquella propia noche. Confirmados ambos con la uniformidad de la revelacion, pasaron á palacio á comunicar con el

rey sus intentos, y darle parte de lo sucedido. Pero se hallaron sorprendidos y gustosamente admirados cuando el rey se adelantó á contarles una vision que habia tenido, y era en todo conforme á la de los dos, sin faltarla circunstancia. Con esto solo se pensó desde luego en disponer todo lo necesario para la fundacion de una religion tan ilustre y tan santa.

El dia de san Lorenzo, el rey, acompañado de toda su corte y de los magistrados y ministros de Barcelona, pasó á la catedral intitulada santa Cruz de Jerusalen, donde san Raimundo subió al púlpito y declaró delante de todo el pueblo la revelacion de la madre de Dios que habian tenido el rey, Pedro Nolasco y el mismo Raimundo, sobre la fundacion de una nueva órden con el título de nuestra Señora de la Merced, para la redencion de los cautivos. Despues del ofertorio, el rey don Jaime y san Raimundo presentaron á Nolasco á don Berenguer de la Palú, obispo de Barcelona, que le vistió el hábito blanco y el escapulario de la órden, y un poco antes de la comunion, despues de los tres votos religiosos ordinarios, hizo un cuarto voto por el cual él y todos los de este nuevo instituto se obligaban no solamente á solicitar limosnas para ir á redimir á los cristianos cautivos, sino tambien á darse ellos mismos en rescate cuando fuere necesario. Juntamente con el santo profesaron otros dos caballeros. El rey les cedió liberalmente la mayor parte de su palacio de Barcelona para que fundasen en él el primer convento de la órden, queriendo que llevasen en el escapulario el escudo de las armas de Aragon, á las que añadió el santo, con beneplácito del rey, las de aquella santa iglesia catedral.

Derramó el Señor tantas bendiciones sobre la nueva religion, y fueron tantos los sugetos de la primera nobleza que se declararon pretendientes del piadosísimo instituto, que fué preciso hacer segundo con-

vento. Destinóse para este la iglesia de santa Eulalia; y en poco tiempo tuvo Nolasco el consuelo de ver dilatada su familia por todas las principales ciudades de Aragon y Cataluña.

En medio de estar Pedro muy retirado de los negocios de la corte, se vió precisado á pasar á ella para sosegar las inquietudes que causaban en todo el reino las facciones de don Sancho, primo hermano del rey, y de don Guillen de Moncada, vizconde de Bearne. Puso en libertad al rey, á quien los sediciosos tenian como prisionero en el castillo de Zaragoza, y pacificó los alborotos con recíproca satisfaccion de ambas parcialidades.

Cuando se restituyó á Barcelona, representó á sus religiosos que, para satisfacer la obligacion del cuarto voto, no bastaba hacer algunas redenciones sin salir de los paises sujetos á los príncipes cristianos; que su instituto les obligaba á ir personalmente á los dominios de los infieles, y á ofrecerse á quedar ellos por esclavos para librar á los cristianos cautivos. Ofreciéronsele todos para tan heróica expedicion; pero el santo, escogiendo unos pocos, se puso á la frente de ellos, y entró en el reino de Valencia, ocupado á la sazon por los Sarracenos, donde, lejos de hallar los desprecios y las cadenas que ansiosamente buscaba, solo encontró estimacion y respeto. Libró de las mazmorras á todos los cristianos cautivos; y habiendo hecho un viaje á Granada, redimió en las dos expediciones á cuatrocientos esclavos.

No se contentaba el celo de Nolasco con la redencion de los cautivos; adelantábase tambien á la conversion de los infieles, y nunca hacia rescate de cristianos, que no convirtiese gran número de Moros á la fe de Jesucristo.

El eco de tantas maravillas hizo famosa en toda la Europa la nueva religion de la Merced. Aprobóla la

silla apostólica el año de 1230, y hallándose en Roma como penitenciario mayor el glorioso san Raimundo, que se puede llamar su segundo fundador, hizo que el papa Gregorio IX la confirmase en el de 1235.

Por este tiempo el rey don Jaime, despues de haber conquistado á Mallorca del poder de los infieles, entró con sus armas victoriosas por los reinos de Valencia y de Murcia. Como este católico príncipe atribuia los felices sucesos de sus armas menos á sus fuerzas que á las oraciones de Nolasco, en todos los paises que iba conquistando dejaba fundados conventos de la Merced. Concedió á la religion el famoso castillo de Uneza, donde se fundó un convento, que en todos tiempos hizo tan célebre la devocion de los fieles, con el nombre de Nuestra Señora del Puig. Cuando se abrian los cimientos de la obra, se observó en cuatro sábados consecutivos que siete brillantes luces, á manera de astros resplandecientes, bajaban como del cielo y ocultaban su luz en el mismo lugar donde se abrian los cimientos. Persuadido Nolasco á que algo queria decir este prodigio, mandó que se cavase mas y mas, hasta que al fin se encontró una campana de extraordinaria grandeza, debajo de cuya concavidad se halló una bellísima imágen de Nuestra Señora, que recibió el santo como un precioso don con que Dios queria regalarle y enriquecerle. Colocóla luego en un devoto altar, y los continuos favores que la Reina de los ángeles dispensa á todos los que la invocan en aquella santa capilla, acreditan bien que son muy de su especial agrado los cultos que recibe en ella.

El año de 1238, se hizo dueño de Valencia el rey don Jaime, y despues que hizo consagrar la mezquita mayor en iglesia catedral por el arzobispo de Narbona, concedió la segunda mezquita á la religion de la Merced.

Ya no tenia Nolasco cautivos que rescatar en todas

las costas de España, porque su caridad habia redimido á cuantos se hallaron en poder de los infieles; y para no descansar en el ejercicio de su voto y de su celo, pasó á buscar en Berbería lo que no encontraba en España. Allí sí que pudo satisfacer su ardiente sed de padecer por Jesucristo, si ella no fuera insaciable; porque además de las fatigas que padeció, fué metido en una mazmorra, cargado de cadenas, tratado con crueldad; y no pocas veces estuvo en evidente peligro de perder la vida. Pero como vieron los bárbaros que no deseaba otra cosa, y que cuando no pudiese conseguir esta dicha, tenia por la mayor el quedarse cautivo por los cautivos, le enviaron á España con un gran número de ellos.

Luego que volvió á Barcelona, hizo cuanto pudo para renunciar el generalato; pero no pudo conseguir el consentimiento de ninguno de sus hijos. Lo mas que logró fué que le nombrasen un vicario, á quien el santo cedió luego todo lo honorífico del empleo, reservándose para sí únicamente el cuidado de distribuir las limosnas á los peregrinos y á los pasajeros. Hallábase cargado de achaques y extraordinariamente debilitado con sus grandes trabajos; mas no por eso dejó de doblar las penitencias, teniéndose siempre por siervo inútil. Es dificultoso ser mas humilde que lo fué Nolasco. Aunque Dios se habia servido de él para obrar tantas maravillas, él se juzgaba incapaz de hacer cosa de provecho, y solo se valia de su suprema autoridad para ejercitarse en los oficios mas bajos de la casa.

En vano le empeñaba su humildad en vivir desconocido, cuando su reputacion le hacia famoso por todo el mundo. San Luis, rey de Francia, habiendo venido á la provincia de Langüedoc, quiso ver un hombre tan santo, de quien la fama publicaba tantas maravillas. Llamóle, túvole en su corte algunos dias,

comunicóle el pensamiento que tenia de ir á conquistar la Tierra Santa, y á librar á tantos cristianos como gemian bajo el pesadísimo yugo de los Sarracenos. Ofrecióse Nolasco á acompañarle en aquella sagrada empresa; pero atajó los pasos de su celo una larga enfermedad, efecto de sus penitencias y trabajos, que al cabo le redujo á la sepultura.

Padeció por espacio de dos años vivísimos dolores, que sufrió sin perder un punto de su ordinaria tranquilidad y acostumbrada dulzura. Cuanto eran aquellos mas intensos, mayor alegría mostraba por poderlos unir con los que padeció Jesus en su nacimiento. Fué en el dia de Navidad, que viendo llegar el feliz momento en que habia de ser premiada su ardiente caridad, despues de recibidos con nuevo fervor los santos sacramentos, y despues de haber protestado á sus hijos que era cosa muy dulce vivir y morir en el servicio de Dios, y en la proteccion de la santísima Vírgen, rindió su espíritu al Señor hácia el anochecer, á los sesenta y nueve años de su edad, y á los cuarenta despues de fundada su religion, que ha dado tantos hombres grandes á todo el mundo cristiano, y está dando el dia de hoy tan heróicos ejemplos de caridad á toda la Iglesia. Fué canonizado este gran santo por el papa Urbano VIII, el año de 1628.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Barcelona, san Pedro Nolasco, confesor, que descansó en paz el dia veinte y cinco de diciembre.

En Roma, en la via Portuense, san Ciro y san Juan, mártires, los cuales, despues de haber sufrido muchos tormentos por la confesion del nombre de Jesucristo, fueron decapitados.

En Alejandría, san Metrano, mártir, que fué bárbaramente apaleado en tiempo del emperador Decio por

no querer decir las palabras impías que le proponian los paganos. Despues le punzaron la cara y ojos con cañas agudísimas, y sacándole fuera de la ciudad sin cesar de atormentarle, le apedrearon hasta dejarle muerto.

En la misma ciudad, los santos mártires Saturnino, Tirso y Victor.

Además, los santos Tarsicio, Zótico, Ciriaco y compañeros, mártires.

En Cizica en el Helesponto, santa Trifena, la que, despues de haber vencido muchos tormentos, mereció la palma del martirio siendo muerta por un toro.

En Módena, san Geminiano, obispo, ilustre por sus gloriosos milagros.

En el Milanesado, san Julio, presbítero y confesor, que floreció en tiempo del emperador Teodosio.

En Roma, santa Marcela, viuda, cuyo elogio ha escrito san Jerónimo.

Allí mismo, la bienaventurada Luisa de Albertona, viuda romana, de la órden tercera de san Francisco, mujer de una eminente virtud.

El mismo dia, la traslacion de san Márcos evangelista, cuando fué traido de Alejandría, ciudad de Egipto ocupada entónces por los bárbaros, á la ciudad de Venecia, donde fué colocado con grande pompa en la iglesia mayor, consagrada á Dios bajo su nombre.

En Viterbo, santa Jacinta Marescoti, vírgen, religiosa de la órden tercera de san Francisco, que habiéndose elevado animosamente sobre las seducciones del siglo y de la sensualidad, se esforzó constantemente en agradar á su divino esposo por su caridad, su humildad y sus mortificaciones corporales. Fué canonizada por el papa Pio VII.

La oracion de la misa es la que sigue.

Deus, qui in tuæ charitatis xemplum ad fidelium redempionem, sanctum Petrum Nolasum Ecclesiam tuam nova prole œcundare divinitus docuisti: ipsius nobis intercessione concede, à peccati servitute solutis, in cœlesti patria perpetua libertate gaudere: Qui vivis, et regnas...

O Dios, que á ejemplo de tu caridad enseñaste á san Pedro Nolasco que enriqueciese tu iglesia con la fundacion de una nueva religion para redencion de los cautivos cristianos; concédenos por su intercesion, que desprendidos de las cadenas de los pecados, gocemos de una libertad eterna en la patria celestial: Que vives y reinas...

La epístola es del cap. 31 de la Sabiduría, y la misma que el dia XXIII, *pág.* 412.

NOTA.

« Contiene este capítulo del Eclesiástico, como ya » se ha dicho, los merecidos elogios del rico que, sin » dejarse deslumbrar del aparente oropel de los bienes » de la tierra, suspira únicamente por los del cielo. » Describe el sabio en este lugar las inquietudes de los » avarientos y la maldicion de Dios que cae sobre ellos; » alabando al mismo tiempo al rico que se conserva » en la inocencia; teniendo esto por especie de milagro. » Tan extraordinaria cosa es poseer muchas virtudes » cuando se poseen muchos bienes. »

REFLEXIONES.

Es la inocencia manantial de consuelos y de felicidades. El pecador nunca está contento, nunca tranquilo. La paz que hace gustar al alma tantas dulzuras, la paz que sosiega, que llena el corazon, siempre es fruto de la buena conciencia. Los sobresaltos, las inquietudes, los temores son cosecha del pecado y herencia del pecador.

Causa admiracion que creyéndose y experimentándose que no hay contento dulce, que no hay alegría pura y sólida sino en la vida inocente, todavía se insista y se haga empeño de buscarla en otra parte.

Los placeres del mundo son fugaces y amargos. Cristo comparó las riquezas á las espinas; los honores no tienen mas ser que la sombra y el humo. ¿Qué ha quedado hoy de aquellos dichosos del siglo, de aquellos que brillaron por el resplandor de sus tesoros mas que por la luz de sus merecimientos? Pasaron como relámpagos, y ni aun memoria ha quedado de sus nombres; su grandeza, su brillantez, su imaginada felicidad, todo se enterró con ellos en la sepultura; y si murieron en pecado, !qué desdicha, qué lamentable desgracia!

Bienaventurado aquel que fué hallado sin mancha; bienaventurado aquel que no corrió tras el oro, que no colocó su esperanza en sus tesoros; su gloria será eterna. ¡Pero qué gloria!

No hay hombre justo, no hay hombre santo que no pueda ser tan desenfrenado y licencioso como el mas libertino: es mas piadoso y mas circunspecto, porque es mas prudente. *Pudo hacer mal, y no lo hizo.* ¿Y se arrepentirá jamás de no haberle hecho? ¿Qué se pierde en servir á Dios? ó por mejor decir, ¿qué no se gana en servir á tan grande y tan poderoso dueño (1)? *Deum time, et mandata ejus observa: hoc est enim omnis homo:* Teme á Dios, y guarda sus mandamientos, que en esto consiste toda la dicha del hombre.

El evangelio es del cap. 12 de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nolite timere pusillus grex, quia complacuit patri vestro dare vobis regnum.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el

(1) Eccl. 12.

Vendite quæ possidetis: et date eleemosinam. Facite vobis sacculos, qui non veterascunt, thesaurum non deficientem in cœlis: quo fur non appropiat, neque tinea corrumpit. Ubi enim thesaurus vester es, ibi et cor vestrum erit.

reino. Vended lo que teneis, y dad limosna. Haceos bolsillos que no envejecen, un tesoro en los cielos que no mengua, adonde no llega el ladron, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon.

MEDITACION.

DE LA HUMILDAD.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay virtud mas liberalmente recompensada que la humildad. A los humildes los salvará Dios, dice el profeta. No tienes que temer, pequeña grey; con vosotros hablo, los que pareceis tan pequeñuelos á vuestros propios ojos, y casi desapareceis á los ajenos; porque vuestro Padre, que es el Padre de las misericordias, ha querido escogeros con preferencia á todos los demás, para que pobleis el reino de los cielos. Para vosotros es este reino, y ninguno entrará en él que no sea humilde; la soberbia precipitó de aquella corte celestial á los ángeles rebeldes, y la humildad la poblará de espíritus humildes; este es el título como primordial de su pcsesion. ¡Mi Dios, y qué poco conocida es en el mundo esta verdad!

No hay en él cosa mas rara ni mas escasa que esta virtud; pero tampoco la hay mas importante. Ninguna otra nos enseñó tanto Jesucristo con sus discursos y con sus ejemplos: *Discite à me*. No quiso, por decirlo así, que tuviésemos otro maestro de la humildad mas que á él mismo; ni tampoco podia haber quien nos la enseñase con modo mas eficaz. La humildad es la virtud de Cristo y la de todos sus hijos verdaderos. ¿Es

acaso tambien la nuestra? No se habla ahora de aquella humildad de entendimiento y de razon, que consiste solo en conocer cada uno la pobreza de sus talentos; este conocimiento le tienen todos los hombres capaces, y solamente los tontos pueden dejar de tenerle: háblase de la humildad cristiana, que es una humildad de corazon. Es menester conocer que no tiene uno ninguna virtud; formar de sí mismos un bajo concepto, y alegrarse de que los demás hagan de nosotros el mismo concepto. Bien puede uno ser humillado sin ser humilde; para ser humilde es menester complacerse en la humillacion, y este es el fundamento del edificio. Cristiano, ¿lo es del nuestro? ¿Poseemos esta virtud que tiene al cielo por herencia? ¿Entramos en el número de aquellà pequeña grey que no tiene por qué temer? Somos á la verdad pequeñuelos, pero somos humildes à los ojos de Dios.

Con todo el corazon deseo serlo, ó divino maestro mio; y es justo que siga á lo menos vuestro ejemplo. Un Dios humilde es verdaderamente un gran remedio para curar mi soberbia.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay virtud mas á mano para todo género de gentes que la humildad; ninguno hay que no se encuentre á sí mismo bien pequeño si se mira con ojos sanos. Los empleos, los dictados, el nacimiento, las dignidades tienen en si algun precio, pero nó le comunican. El verdadero mérito siempre ha de ser personal. El hombre mas perfecto es el que tiene menos faltas, es el que es mas humilde; porque la soberbia y el orgullo siempre acreditan poco corazon y poco espíritu. Basta haber pecado, ó poder pecar, para que vivamos siempre humildes. La virtud, la inocencia, el mérito y la misma santidad ofrecen grandes materiales al ejercicio de esta virtud. Sean

nuestros dictámenes y nuestras máximas en este punt la regla por donde debemos juzgar de nuestro verdadero mérito.

Ninguno hay que no pueda y no deba humillarse. El grande, conociendo su nada; el pequeño, amando su oscuridad y abatimiento. ¡O Dios mio, y qué amable sois! Si hubierais hecho dependiente de otra virtud nuestra salvacion, muchos quizá se juzgarian excluidos de vuestro reino; pero ninguno puede excusarse de ser humilde. Considera qué cosa tan fácil es ser uno santo, cuando el ser humilde es tan natural. Y pregunto: ¿Nos es muy familiar una virtud que tenemos tan á mano? ¿De dónde nace aquella delicadeza, aquella sensibilidad tan inquieta, aquella falta de dulzura tan ordinaria, aquella inmortificacion tan viva? ¿De qué otro principio provienen casi todas nuestras faltas?

Busca un solo santo que no haya sido humilde. San Pedro Nolasco, siendo de familia nobilísima, se reputa por tan poca cosa, que se obliga con voto solemne á quedarse él mismo por cautivo siempre que fuere necesario para librar á otros del cautiverio. Fué sin duda magnánima esta caridad; pero su cimiento fué el de una humildad profundísima. Observando con reflexion nuestros sentimientos, ¿quién no diria que hemos encontrado, que hemos descubierto alguna otra senda para ir al cielo? ¡O gran Dios, qué mayor prueba de que es bien corto el número de los escogidos que el ser tan limitado el número de los humildes!

Deseo, mi Dios, ser de este pequeño número; y por eso os pido con las mayores veras me concedais esta amable virtud. Humilladme, Señor, cuanto os sea de vuestro agrado; pero otorgadme la gracia que os sea humilde.

JACULATORIAS.

Vilior fiam plus quàm factus sum, et ero humilis in oculis meis. 2. Reg. 6.

Sí, Señor, cada dia quiero ser mas humilde á mis propios ojos; y por eso deseo ser cada dia mas humillado y mas abatido á los ojos del mundo.

Bonum mihi quia humiliasti me: et discam justificaciones tuas. Salm. 118.

Muy provechoso me ha sido, Señor, el que me hubiéseis humillado; que de esta manera me habeis hecho dócil á vuestros preceptos, y rendido á vuestros mandamientos.

PROPOSITOS

1. En los otros se estima y se alaba grandemente la virtud de la humildad; pero son pocos los que trabajan eficazmente por poseerla ellos mismos. Si se pudiera ser humilde sin ser humillado; si para serlo bastara el conocer que hay sobra de pecados, falta de virtudes, escasez de méritos, pobreza de talentos; no seria tan rara en el mundo esta virtud. Un poco de entendimiento basta para que cada cual se haga justicia á sí mismo; pero nuestras sentencias en este particular jamás salen del secreto tribunal del entendimiento, y nunca se notifican, ni las consiente el corazon. Sin embargo, ello es cierto que sola la humildad de corazon es virtud cristiana. Para lograrla es menester, á pesar de la repugnancia natural, llevar á bien y aun desear ser humillado. Examina cuidadosamente los rodeos, los artificios, los ingeniosos escapes del amor propio para evitar una humillacion. ¡Qué sensibilidad cuando se nos hace el mas leve menosprecio! ¡qué vivacidad, qué empeño en justificar hasta nuestras mismas faltas! ¡con qué frialdad miramos á

los que nos son preferidos! ¡qué desafecto hácia aquellos que á nuestro modo de entender no nos estiman tanto como los demás! Toma una vigorosa resolucion de reprimir todas estas vivacidades, todos esos dictámenes, todos esos ímpetus del orgullo; y por lo menos de no quejarte, de callar cuando se te ofrezcan ciertas pequeñas humillaciones, y de rogar á Dios por todos aquellos de quienes se vale su amorosa providencia para humillarte.

2. Haz hoy una visita á los pobres encarcelados; practica con ellos la liberalidad, usa la misericordia, haciéndoles una buena limosna; y á lo menos ofréceles tus oficios y tu crédito con el juez, tu proteccion y tus buenos consejos. Considera que no son como aquellos vagamundos cuya presencia importuna viene á inquietar tu devocion hasta en el mismo templo de Dios; son unos infelices cuya desgracia los imposibilita de irte á buscar á tu casa. Tienen cuanto han menester para excitar tu compasion, menos el poder hacerse presentes á tu vista. No son como aquellos holgazanes que hacen tráfico de su miseria y negociacion de su necesidad; imposibilitados estan de ganar su vida, ni un pedazo de pan para sus hijos, que no pocas veces hallan su temprana muerte en la prision de sus padres. *Acordáos sobre todo de los pobres encarcelados*, escribia san Pablo. Ciertamente, si tuviéramos fe, no hubiera entre los cristianos gente mas feliz que los pobres. Todos nos empeñaríamos á competencia en socorrerlos en sus necesidades, en aliviarlos en sus miserias, sabiendo que cuanto hacemos con ellos lo hacemos á la persona del mismo Jesucristo. Imponte una ley de visitar dos veces por lo menos á los pobres de la cárcel, sin tener asco de sus miserias ni horror de sus calabozos, acordándote de aquel oráculo de Jesucristo: Yo estaba en la cárcel, y me vinisteis á visitar; porque de verdad os digo, que á

mí mismo me visitasteis en aquellos lugares de llanto y de miseria, todas las veces que por mi amor visitasteis á los encarcelados : *In carcere eram , et venistis ad me... Amen dico vobis, quamdiù fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis.*

FIN DEL MES DE ENERO.

TABLA

DE LOS TÍTULOS QUE SE CONTIENEN EN ESTE PRIMER TOMO.

Pág.

FIN DE LA TABLA.

POISSY. — TIP. Y STER. DE AUG. BOURET.